

# MEGAN MAXWELL

## ¿Y A TI QUÉ TE PASA?



# *Índice*

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Dedicatoria  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20

Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Epílogo

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## *Sinopsis*

Menchu, a la que conocimos en *¿Y a ti qué te importa?*, ha dejado su trabajo en el parador de Sigüenza y está desarrollando su propia empresa de creación de páginas web. Siempre ha estado enamorada en silencio de Lucas, compañero de Juan en la base de los GEOS, pero cansada de sus desplantes, decide hacer un cambio en su vida e irse a Los Ángeles a pasar un tiempo en casa de Tomi, primo de su íntima amiga, la actriz Stella Noelia Rice Ponce.

Tomi es un gurú de la moda y la convencerá de que se haga un cambio radical para que se saque todo el partido y deje de ser un patito normal para convertirse en un cisne precioso.

Entretanto, Noelia, Juan y algunos amigos, entre los que se encuentra Lucas, acuden a Los Ángeles para celebrar el cumpleaños de Tomi. Cuando el GEO descubre a la nueva Menchu, se queda sin palabras, y más viendo que un famoso director de cine no se separa de ella. ¿Será capaz de conseguir que vuelva a fijarse en él o, por el contrario, Menchu lo ignorará del mismo modo que había hecho él con ella? Eso solo lo sabrás si lees *¿Y a ti qué te pasa?*

*¿Y a ti qué te pasa?*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

*Para todos los Guerreros y las Guerreras que lloran  
sin lágrimas, sonrían con el corazón roto, viven de ilusiones  
y mueren de realidades y, aun así, luchan para salir adelante  
contra tormentas y tempestades con la seguridad de que  
algún día todo se solucionará.*

*Dicen que el amor duele, pero si duele es porque alguna vez  
su magia nos hizo sentir.*

*Mil besos,*

MEGAN



## Capítulo 1

Risas...

Buen humor...

Diversión...

Estela Noelia Rice Ponce, la archifamosa actriz de Hollywood afincada en Sigüenza por amor, disfrutaba junto a su marido y sus amigos de la fiesta de cumpleaños de su única hija.

—Mírala, ¡está feliz! —le murmuró a su amiga.

María del Carmen, a la que todos llamaban Menchu, miró a la pequeña Abril, de seis años, y afirmó:

—Normal..., ¡es su cumpleaños!

Noelia asintió y contempló a su marido, que estaba junto a la pequeña.

Abril era físicamente como su padre: morenita, con los ojos oscuros, pero tenía el mismo carácter impetuoso y loco de su madre. Le encantaba bailar, cantar, interpretar, y en ese instante bailaba junto a sus amiguitas en la improvisada pista.

Juan se acercó a Menchu y Noelia, y la primera cuchicheó:

—Abril se lo está pasando fenomenal.

—¡Mi niña algún día ganará un Oscar! ¡Os lo digo yo! —afirmó Noelia.

Menchu y Juan se miraron, y este último suspiró:

—Por si no he tenido bastante con una *estrellita*, pánico me da pensar en luchar con dos.

Noelia le sonrió divertida a su marido. Desde que se habían casado, Juan había asumido a la perfección su nueva vida pública, y se lo agradecía. Que él en ocasiones la acompañara a festivales o muestras de cine, aunque no le gustara

posar para las fotos, le hacía saber cuánto la quería, pensó con un suspiro.

Segundos después, su teléfono móvil sonó y, al ver de quién se trataba, saludó con una sonrisa:

—*Helloooooooooo, my loveeeeeeeeeee...* Cuánto te echamos de menos.

Tomi, primo de la actriz y afincado en Los Ángeles, murmuró con voz lastimosa:

—Aiss, no me lo digas..., por el amor de *my life*, ¡que lloro! ¿Cómo está mi pequeñita?

Noelia sonrió. Era la primera vez que su primo Tomi no asistía al cumpleaños de Abril. Días antes se había caído y se había hecho un esguince de tal magnitud que apenas si podía moverse. Para intentar alegrarlo cuchicheó:

—Tranquilo, tu pequeñita está bien, feliz y encantada. Ah..., y prometo escaparme en cuanto pueda con ella para que la veas y la mimes.

Tomi sonrió. Adoraba a Abril y, resoplando, preguntó:

—¿Cómo estáis todos? Incluidos mis *divines X-Men*.

Noelia soltó una risotada.

Los *X-Men* de Tomi eran Juan y sus compañeros de unidad; los miró y, mientras observaba cómo se divertían en la fiesta infantil, indicó:

—Están bien. Disfrutando como niños. Aunque te aseguro que, cuando vayamos a tu fiesta de cumpleaños, ¡se divertirán más!

Tomi, que estaba tumbado en la cama de su casa, resopló al pensar que faltaban seis meses para eso, pero sonrió.

—Lo sé. ¡Mis fiestas son *wonderful*! Pero, dime —insistió—, háblame de mi *pretty baby*: ¿le han gustado mis regalos?

Noelia asintió.

La enorme caja de regalos que su primo le había mandado a Abril le había encantado, en especial, la muñeca Taylor Swift.

—Lo de Taylor es lo que más le ha gustado —aseguró—. Ya sabes que la adora.

Tomi soltó una carcajada. Bien sabía él lo que a la bonita niña le gustaba.

—Lo sé... —afirmó—. Lo sé...

Al saber que era aquél quien estaba al otro lado del teléfono, Juan se apresuró a quitarle el móvil a su mujer y lo saludó con una sonrisa:

—¿Cómo está mi chico preferido?

Tomí suspiró al oír a su Juan —¡qué hombre!—, y con su humor de siempre respondió:

—Esperándote, ¡ya lo sabes!

Juan soltó una carcajada y, gustoso, comenzó a charlar con él.

Así estuvieron un rato, hasta que Tomí, al ver entrar a su amorcito en la habitación sólo con una toalla de ducha alrededor de la cintura, exclamó escandalosamente:

—*Oh, my God!*

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan.

Tomí sonrió y, mirando con lujuria a su novio, que se acercaba, cuchicheó:

—Mi Peterman ha salido de la ducha y, por cómo me mira, estoy seguro de que...

—Vale..., vale..., no quiero saber más —lo interrumpió Juan.

Divertido, Tomí soltó una carcajada y antes de colgar susurró:

—Tengo que dejarte. *Kissessssssssss!*

Cuando el teléfono quedó mudo, Juan se lo pasó a su mujer e indicó, alejándose de ella:

—Tenía cosas que hacer con su Peterman.

Noelia y Menchu se miraron divertidas.

—¿Qué tal tu viaje a Berlín? —preguntó la primera a continuación.

Su amiga sonrió.

Cuando había dejado de trabajar en el parador de Sigüenza años antes, gracias a que hablaba y escribía a la perfección varios idiomas, estudió algo que la apasionaba animada por sus amigas y, al final, creó su propia empresa de diseño de páginas web. Menchu era una loca de la informática.

Ese empleo se amoldaba a ella a la perfección, pues le permitía gestionar su tiempo libre a su antojo, sobre todo porque podía trabajar desde cualquier lugar que tuviera conexión a internet, y lo mejor de todo ¡era que podía hacerlo en pijama!

En esos años, Menchu se espabiló. De ser una chica apocada, pasó a ser una muchacha curiosa y, aunque no se permitía todo lo que deseaba, especialmente a ojos de los demás, sí que había aprendido a darse algún que otro capricho.

Como mujer, era autónoma e independiente, y eso le gustaba. Estaba orgullosa de haber logrado hacer algo así por sí misma y, aunque muchos

siguieran considerándola frágil, la verdad era que era más fuerte de lo que pensaban.

La primera página web que creó fue para su amiga y actriz de renombre, Estela Noelia Rice Ponce, quien, gracias a sus contactos, la ayudó a conseguir clientes, lo que le ofreció una seguridad económica y además pudo realizar unos viajes por el mundo que nunca habría llegado a imaginar.

Estaba pensando en ello cuando respondió:

—Todo estupendo. Tuve una reunión, me dijeron lo que querían y ¡espero que les guste mi propuesta!

Menchu y su amiga sonrieron. Que Noelia hubiera aparecido años antes en su vida había sido su tabla de salvación.

La gran actriz cogió las manos de su buena amiga y afirmó feliz:

—No dudes de que les gustará, ¡eres muy buena!

En ese instante, a Menchu le sonó el teléfono y, torciendo el gesto, murmuró:

—Mi tía Petra.

Noelia asintió y se alejó unos pasos para darle intimidad.

Sabía, como todos, que Menchu y aquélla no tenían una buena relación. Petra era una mujer complicada, con una vida nada recomendable. Había estado en prisión varias veces y ocasionado innumerables problemas a la familia. Siempre había ido a lo suyo, y ni siquiera cuando los padres de Menchu murieron siendo ésta una niña se ocupó de ella. Tuvieron que hacerlo primero sus abuelos y, después, su tía Clara.

—Dime, tía.

Al oír la voz de la joven, por la que no albergaba sentimientos pero a la que utilizaba cuando le convenía, Petra la saludó con amabilidad:

—Hola, chiquilla, ¿cómo estás?

La aludida, que ya la conocía, se separó un poco más de sus amigos y respondió:

—Bien, estoy bien. ¿Qué ocurre?

Petra, que vivía en Madrid y se estaba tomando una cervecita en un bar, indicó:

—¿Por qué tiene que ocurrir algo?

Menchu resopló e, incapaz de contenerse, susurró:

—Tía...

—Vale, chiquilla..., vale... —murmuró molesta Petra y, dando una calada a su cigarrito, soltó—: Necesito cinco mil euros para pagar los últimos meses de alquiler de la casa o me echarán.

Al oírla, su sobrina se quedó en silencio, y aquélla insistió:

—No puedes decirme que no, ¡soy de la familia!

Menchu maldijo. Llevaba sacándole dinero toda su vida

—Eso es mucho dinero —empezó a decir—, y...

—¡No digas tonterías! Tienes un buen trabajo, una casa y un coche, cosas que yo no tengo. ¿Cómo que es mucho dinero?

A Menchu la agobiaba el egoísmo de su tía.

—¿Qué es eso de que no tienes trabajo ni coche? —preguntó.

Petra se miró sus descascarilladas uñas carmesí y, dando un trago a la cervecita que se estaba tomando, respondió:

—El coche lo vendí y el trabajo lo dejé. Me pagaban una miseria en ese restaurante fregando platos.

Menchu cerró los ojos sin dar crédito. Su tía no duraba más de tres meses en un mismo trabajo. Pero, cuando iba a decir algo, Petra insistió:

—Eres mi sobrina..., ¡no lo olvides!

—Imposible olvidarlo —susurró la joven, mirando a su alrededor.

Estaba pensando en qué decirle cuando aquélla soltó:

—¿Clara aún no se ha muerto?

A la joven se le encendió la sangre al oír eso. Si había alguien que la había cuidado, mimado y querido en su vida era su tía Clara, a la que ella cariñosamente llamaba *mamá Clara* desde pequeña. Si alguien había sido su madre era aquella dulce y buena mujer, por lo que, molesta, al entender lo que aquélla quería decir, siseó:

—Por ahí no vayas..., ni se te ocurra.

Petra miró su cerveza. Clara, su hermana mayor, era todo lo opuesto a ella, ¡un coñazo de tía! Y, sin importarle los sentimientos de Menchu, y menos aún los de su hermana, masculló:

—Cuando se muera...

—Maldita sea... No hables así de ella.

Petra, a quien desde hacía mucho los sentimientos la habían abandonado, prosiguió:

—Cuando heredes la casa familiar, debes venderla y...

—Olvídate de esa casa.

Pero, deseosa de conseguir su objetivo, su tía insistió:

—Al menos, dame los muebles. ¿Para qué los quieres? Podría venderlos y...

Menchu maldijo. Muchos anticuarios matarían por los muebles que había en casa de sus abuelos. Y, cortándola, gruñó:

—Hace años que, ante tu insistencia, mamá Clara arregló el papeleo, te compró tu parte de la casa y te dio el dinero que exigías. Pero ¿qué te has creído?

Noelia observaba a su amiga desde la distancia. Como sabía con quién hablaba, rápidamente intuyó lo que ocurría y, acercándose, se puso frente a ella y le tocó el brazo con cariño para demostrarle su apoyo, mientras la joven escuchaba a su tía al teléfono.

—Chiquilla, heredarás esa casa y eres solvente —se mofó Petra—. ¿Acaso no vas a ayudar a tu pobre tía si lo necesita?

Asfixiada por lo que aquélla la hacía sentir con su frialdad y su egoísmo, Menchu miró a su amiga y siseó:

—Te haré una transferencia de dos mil euros, pero se acabó el pedirme dinero. Y, en cuanto a la casa de los abuelos, olvídate de ella porque no pienso venderla.

Acto seguido, colgó el teléfono y, cerrando los ojos, murmuró:

—No puedo más con ella. Te juro que...

No dijo más. Noelia, que estaba al corriente de todo, la abrazó y musitó con cariño:

—Tranquila. Tranquila...

Ella cerró los ojos y se dejó abrazar.

¿Por qué su tía no paraba de asfixiarla de una vez?

Minutos después, cuando se tranquilizó un poco, Noelia se interesó por lo ocurrido y Menchu se lo contó. Sin duda aquella pobre chica, por su carácter gentil, era incapaz de decirle que no a aquella caradura.

—Creo que deberías cortar de una vez por todas con todo esto —le aconsejó su amiga—. Entiendo que es de tu familia, pero está visto que pretende pasarse el resto de su vida viviendo a tu costa, y debes tomar una decisión al respecto.

—¿Y qué hago? —preguntó dolida—. ¿Permito que viva debajo de un puente?

Noelia no respondió. Sin duda, la situación de Menchu no era fácil.

—Es mi tía —añadió esta última—, aunque por ella no sienta más que lástima. Sé que no me quiere y...

—Menchu...

—No, no te preocupes, sé lo que digo. Primero vivió a costa de mis abuelos, cuando ellos murieron lo hizo de mamá Clara, y ahora quiere vivir a mi costa.

—Pues no debes permitirselo.

—Lo sé..., lo sé... —afirmó Menchu, convencida de que algún día tendría que terminar con aquello.

Noelia asintió. La papeleta de su amiga era complicada, y opinar al respecto, difícil.

Estaban hablando cuando Juan se unió a ellas. Se interesó por el problema y, como su mujer, le ofreció todo su apoyo.

Al rato, el teléfono de Menchu volvió a sonar. Había recibido un mensaje. Lo miró y, ya más calmada y sonriendo, anunció:

—Os dejo.

—¿Te vas? —preguntó Noelia.

Menchu miró a su buena amiga, a la que tanto debía desde que había aparecido en su vida, y dijo:

—Voy a ver a mamá Clara. Luego tengo clase de teatro y después he quedado.

—¿Como que te vas?

Al oír aquella voz, a Menchu se le puso la carne de gallina.

A escasos centímetros de ella estaba Lucas, el compañero de base de Juan y el hombre que podía con su voluntad siempre que se lo proponía, con esos ojos azules tan intensos y esa barbita de varios días que lo hacía sexy y peligroso. Una mirada o una palabra suya conseguían que Menchu dejara todos sus planes y sus deseos de lado para centrarse solamente en él.

Noelia, que sabía más de lo que contaba, observó a su amiga y la animó:

—Vete, Menchu, o llegarás tarde.

La aludida la miró. Sabía por qué le decía aquello. Así pues, intentando ser fuerte y no dejarse influenciar por aquel ligón de pacotilla que tan buenos y malos momentos le hacía pasar, declaró:

—Sí. Me voy. He quedado...

—¿Con quién? —se interesó Lucas.

A Noelia le molestó oír eso y, mirando a su descolocada amiga, replicó:

—Con quien le dé la gana. Adiós, Menchu.

Ella asintió. No tenía por qué darle explicaciones ni a Lucas ni a nadie. Pero él, cogiéndola con suavidad del brazo, le susurró:

—Si te animas, más tarde iré a tomar una copa al Croll.

La joven afirmó con gesto confundido. Con los años todo había cambiado en ella, excepto el aleteo de su corazón cuando aquél la miraba.

Una vez que se hubo ido, Noelia, obviando la mirada de precaución de su marido, soltó dirigiéndose a Lucas:

—Y digo yo, ¿qué tal si la dejas en paz?

Él sonrió al oírla y contestó burlón:

—No empecemos, ¡por favor!

Pero Noelia, que ya había tenido aquella misma conversación más veces con él, insistió:

—Pero ¿no ves que ella y tú no queréis lo mismo?

Lucas, un rompecorazones que sólo con mirar a una mujer ya conseguía lo que deseaba, le sonrió a su buena amiga Noelia, y ésta siseó:

—A mí no me sonrías así o te parto la cara.

—¡Joder, con la estrellita! —se mofó Lucas.

—¡Cielo, basta! —la regañó divertido Juan.

—¿Siempre está de tan buen humor? —se burló su amigo, dirigiéndose a él.

Juan no contestó. Entendía a su mujer y también a Lucas, y cuando éste se alejó cuchicheó, cogiendo a Noelia de la cintura:

—Tranquila, canija..., tranquila... Pero ¿por qué te pones así?

Ella resopló. Lucas era un tipo estupendo. Con su marido, era el mejor amigo y camarada; con su hija, era el perfecto compañero de juegos; con sus amigos era el increíble colega, y con ella era el mejor guardaespaldas cuando lo necesitaba. No obstante, odiaba la manera en que utilizaba a Menchu. Sólo estaba con ella cuando le apetecía, y su amiga, obnubilada por él, siempre caía rendida a sus pies como una tonta.

—A ver, canija —insistió Juan—. ¿No crees que ambos ya son lo suficientemente mayores para saber lo que hacen?

Noelia asintió, Juan tenía razón. Sin embargo, no podía callarse lo que



pensaba, e insistió:

—Lo sé, pero Menchu es tan buena... Está colgada de ese chulito y...

—*Estrellita* —murmuró él, tapándole la boca con cariño—. Creo haber hablado contigo ya sobre lo que ocurre entre ellos, y a ella nadie la obliga a...

—Pero, cariño..., Men...

—Menchu —la cortó él— es una mujer hecha y derecha que toma sus propias decisiones como las toma Lucas. Y, que sepamos, él nunca le ha prometido nada ni la ha obligado a nada. ¿O acaso me equivoco?

Noelia resopló. Sabía por la propia Menchu que su marido decía la verdad. Lucas siempre había sido claro con ella.

—De acuerdo —susurró al final—. No diré más.

Divertido, Juan le dio un beso en los labios y, cuando se separó de ella, cuchicheó mirándola a los ojos:

—¿Qué te parece si esta noche tú y yo dejamos a Abril en casa de mi padre y salimos a tomar unas copas con los amigos?

Noelia sonrió. Estar con Juan era uno de los mayores placeres de su vida, y afirmó:

—Me parece bien, siempre y cuando, al llegar a casa..., tú y yo...

No pudo decir más. Su marido la besó con ímpetu en la boca y, una vez que acabó, susurró:

—*Estrellita*..., haré todo lo que desees.

De nuevo se besaron con amor, con pasión, con delicia, hasta que Goyo, el abuelo de Juan, se acercó a ellos y soltó:

—A ver, gorrioncillos, que digo que yo que *pa'* comeros el hocico tenéis vuestra casa.

Noelia y Juan soltaron una carcajada al oírlo, y el abuelo sonrió. Que su nieto y aquella maravillosa joven llegada de *Jóligus*, como él decía, estuvieran juntos, era uno de sus mayores orgullos. Cuando estaba a punto de decir algo, la pequeña Abril se aproximó a ellos acompañada de su amiga Martina y preguntó, dirigiéndose a su madre:

—Mamá, ¿a que Taylor Swift es mi amiga?

Noelia miró a su hija. Su pequeña adoraba a la cantante, a la que había conocido durante una estancia en Los Ángeles. Sonrió y afirmó, mientras Lucas se acercaba de nuevo a ellos acompañado de Damián:

—Sí, Martina. Taylor Swift y Abril son amigas.

Las niñas sonrieron y, cuando se marcharon de nuevo a bailar, Lucas cuchicheó, dirigiéndose a Damián:

—Taylor Swift... ¡Qué bombón!

—Demasiado para ti —se mofó Noelia.

—¿Está casada la tal Taylor? —preguntó Lucas a continuación.

—No —respondió Damián.

Lucas sonrió. La única norma que tenía en lo referente a las mujeres y que cumplía a rajatabla era no liarse nunca con casadas o comprometidas, por lo que afirmó, mirando a Noelia:

—Tú preséntamela, que del resto me ocupo yo.

Ella negó con la cabeza y, dándole un fingido puñetazo en el estómago, murmuró divertida:

—¡Fanfarrón!

Lucas era tan alto como Juan, su pelo corto era castaño tirando a claro, ojos azules, cuerpo de escándalo, sonrisa peligrosa, una labia increíble y una barbita que volvía locas a las mujeres. Toda aquella mezcla hacía que ninguna se le resistiera y que fuera uno de los hombres más solicitados de la base de los GEOS de Guadalajara, después de que Juan se casara con Noelia y se retirara del mercado.

Lucas y Damián, otro geo como ellos, se habían convertido en los caramelitos de las nenas allá adonde fueran, aunque cuando estaban de servicio eran tíos serios y muy profesionales. Los años de experiencia habían hecho que supieran separar el trabajo de la diversión. Eso era impecable. De sus acciones dependían las vidas de muchas personas.

Durante horas, todos continuaron disfrutando de la fiesta infantil, y cuando por la noche Juan y Noelia, tras dejar a su hija con su padre y Maite, su mujer, llegaron al Croll para tomarse algo con los amigos donde fueron recibidos con cariño.

Juan le dio un beso a su mujer en el cuello y se dirigió hacia el lugar donde estaban Carlos, Lucas, Damián y algún que otro amigo, mientras que ella caminó hacia Laura, la mujer de Carlos, y Teresa. Cerca de ellas estaba también Menchu hablando con un chico.

Noelia las saludó a todas y, al verla, Menchu se alejó del hombre para

aproximársele.

—¿Quién es ese moreno tan mono? —preguntó Noelia.

Su amiga sonrió. El hombre al que se refería era un amigo con el que había salido un par de veces.

—Se llama Lorenzo y es del grupo de teatro —se apresuró a responder.

Noelia asintió. Le gustaba que Menchu conociera a gente de fuera de su grupo de amigos.

—¿Qué tal la clase de teatro? —se interesó.

Menchu sonrió. Aquellas clases la divertían de lo lindo y la habían ayudado bastante a desinhibirse.

—Genial. Hoy me ha tocado hacer de criada asesina y desequilibrada.

—¿Y qué tal?

Ella asintió encantada y cuchicheó:

—Hice lo que me dijiste. Cerré los ojos, pensé en el personaje, me metí en la piel de la loca de Dorinda Jones olvidándome de que soy Menchu y, cuando terminé, todos me dijeron que les había dado hasta miedo.

Noelia soltó una carcajada. Le gustaba que su amiga hiciera teatro. Pero entonces vio cómo ésta miraba con disimulo hacia el lugar donde estaba Lucas y murmuró:

—No..., no... Eso no.

Menchu resopló al oírla. Sabía muy bien por qué le decía eso.

—Menchu... —insistió Noelia—, por Diosssss.

—Vale..., vale...

Su amiga maldijo. Menchu no conseguía desengancharse de Lucas.

—¿Qué tal mamá Clara? —preguntó a continuación.

Ella suspiró. La salud de su tía empeoraba día tras día. Noelia la entendió y decidió cambiar de tema:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Tomando una copa —respondió Menchu.

Su amiga le dio un pellizco en el brazo y murmuró:

—Cambia el chip en lo que a cierto hombre se refiere. Sabes que lo digo por tu bien.

Ella asintió. Sabía que tenía razón. Sus escarceos con Lucas eran simples encuentros en los que disfrutaban del sexo y poco más, y estaba pensando en ello

cuando lo miró y él le guiñó un ojo. Sentir que la observaba la hizo sonreír, y Noelia, al verlo, susurró:

—Si es que es para mataros a los dos. A él, por listillo, y a ti por tontilla. Por Dios, Menchu, ¡espabila!

La aludida asintió.

—No soy idiota, Noelia. Soy la primera que sabe que Lucas sólo está conmigo cuando no tiene un plan mejor. No lo culpes a él sólo, porque soy yo la que acepta. A mí no me obliga nadie.

Su amiga la miró boquiabierta y protestó, encogiéndose de hombros:

—¿Y me lo dices así? ¿Tan tranquila? —Luego entornó los ojos y cuchicheó —: Si a mí un tío me hace eso, te juro que...

—¿A ti? —se mofó Menchu, quitándose las gafas—. Por favor, Noelia, tú no eres yo. Tú eres una actriz guapa, divina y glamurosa, y no puedes compararte conmigo, que soy... lo que soy.

Aquellas palabras a Noelia le llegaron al corazón. Menchu era un encanto de mujer y era bonita, pero su problema era que se negaba a sacarse todo el partido que podía, y en ocasiones parecía ocultarse tras el pelo y la ropa en vez de lucirse.

—Tú eres preciosa, guapa y divina —indicó con cariño— Sólo te falta confianza en ti misma y atreverte a cambiar ciertas cosas de ti. ¿De qué tienes miedo?

Menchu sonrió. No era la primera vez que oía eso.

—La verdad, Noelia —contestó—, soy de las que piensan que, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—¡No digas tonterías!

—Y en cuanto a otras cosas, tienes razón. He de tomar las riendas de mi vida. Pero dame tiempo.

Su amiga bufó. Lo que aguantaba por aquel hombre la sacaba de sus casillas e, incapaz de callarse, protestó:

—Pues..., ¡estás tardando!

Menchu resopló. Ella mejor que nadie conocía sus errores y sus debilidades, y Lucas era una de las mayores. Una gran debilidad que no sabía gestionar cuando él simplemente la miraba o sonreía y, aun sabiendo que la utilizaba cuando no había otra mujer que le interesase cerca, ella se lo permitía.

En la cama, Lucas y ella lo pasaban bien, muy bien. Sobre todo porque ambos eran apasionados y desinhibidos en lo que al sexo se refería, aunque luego Menchu en su día a día y ante todos demostrara ser una mujer cohibida y algo apocada.

En la intimidad, ambos habían revelado cosas al otro que nadie imaginaba. Ella había descubierto que Lucas no era el chulito distante que se empeñaba en demostrar delante de todos. En las distancias cortas era cariñoso, atento, incluso galante, aunque luego, ante los demás, fuera un machito egoísta y frío como el hielo. Él, por su parte, había descubierto que Menchu no era la sosita apocada que fingía ser. En la intimidad, era divertida e ingeniosa, aunque luego frente a los demás aparentara ser una chica retraída y hasta aburrida en el vestir.

\* \* \*

Durante un par de horas, el grupo se estuvo divirtiendo mientras bailaban, bebían y brindaban.

Al ver a Menchu acompañada de aquel tipo, Lucas se acercó a ellos y, cortándoles el momento, le pidió para bailar. Como siempre, ella, sin pensar en el chico con el que bailaba, aceptó. ¿Cómo lo iba a rechazar?

Una vez a solas, Lucas la agarró de la cintura, la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Quién es tu acompañante, Gafitas?

Feliz porque hubiera reparado en él, Menchu se tocó las gafas de pasta negra, por las que él la llamaba de ese modo cariñoso sólo en la intimidad, y respondió:

—Lorenzo, un amigo de teatro.

Lucas asintió. A continuación, miró a una exuberante camarera que los observaba desde la barra y, tras guiñarle un ojo y hacerla sonreír, preguntó a la mujer que tenía entre sus brazos:

—¿Amigo?... ¿Qué clase de amigo?

Menchu, consciente de cómo él tonteaba con la camarera, respondió, conteniendo las ganas que sentía de arrancarle la cabeza:

—Amigo..., del estilo de tus amigas.

Lucas sonrió con chulería y, mirando al tipo, que los observaba mientras bailaban, murmuró:

—No me gusta cómo nos mira.

Boquiabierta, ella parpadeó y respondió:

—Es que justamente acabábamos de comentar que nos encantaba esta canción.

El policía asintió y, como no sabía cuál era, cuchicheó:

—Una polladita de esas romanticonas, ¿verdad?

Al oírlo decir eso, Menchu frunció el ceño y replicó:

—Que a ti no te gusten esta clase de canciones no significa que...

—Vale..., vale... —convino él riendo, al verla fruncir el ceño—. ¿Quién canta?

Enfadada por su falta de tacto en ciertos momentos, ella contestó:

—Luis Miguel. Y la canción se llama *O tú o ninguna*.

Lucas sonrió. El romanticismo y él estaban reñidos desde hacía muchos años, así que miró al tipo que segundos antes estaba con Menchu y al que él mismo se había ocupado de apartar, y cuchicheó:

—En cuanto a ese tipo..., parece un pelín... tontito.

A cada instante más molesta con él, Menchu respondió:

—Te equivocas. Es un cielo.

Lucas asintió. ¿Quién era él para estar diciendo aquellas cosas? Y, guiñándole el ojo, declaró sin soltarla:

—Pásalo bien con él, Gafitas.

Oír eso a Menchu le taladró el corazón. Le dolía su indiferencia hacia ella en determinados momentos.

—Tú... también —consiguió decir.

Mientras bailaban en la pista, agarrados, Laura, la mujer de Carlos, tan consciente como los demás de lo que ocurría, susurró, dirigiéndose a Noelia:

—Está visto que a Menchu le gusta sufrir.

Ella asintió. Su amiga era buena, demasiado. Y, al ver a unas chicas entrar con Emilio, otro compañero de la base, afirmó:

—Y lo va a hacer de nuevo en menos de cinco minutos.

Laura miró hacia el lugar donde ella le indicaba y, al divisar a las chicas, resopló.

Y así fue. Cuando la canción acabó y la pareja dejó de bailar, Lucas se acercó a Emilio y a sus amigas, y antes de veinte minutos ya estaba del todo centrado en

una pelirroja de grandes pechos.

Menchu regresó junto a Lorenzo mientras observaba con disimulo el proceder de Lucas, y aunque por dentro la rabia la destrozaba, exteriormente aguantaba el tipo. Ver cómo ligaba con aquélla no le resultaba en absoluto agradable.

Cuando, una hora después, él y la muchacha se despedían para marcharse juntos del local, Noelia se le acercó.

—¿Y ahora qué? —le preguntó—. ¿Te vas a ir con ellos a hacer un trío?

A Menchu la fastidió oír eso, pero cuando iba a contestar, Lucas se aproximó a ellas y, dándoles dos besos a ambas, dijo mirando a Juan y a Lorenzo:

—Hasta mañana. No os acostéis tarde, ¡pillinas! Y tú —añadió, dirigiéndose a Menchu—, cuidadito con ése. No me gusta su cara.

Acto seguido, desapareció.

—No te entiendo —cuchicheó Noelia—. Te juro, Menchu, que no te entiendo.

Ella no dijo nada. Se limitó a sonreír para disimular la impotencia que sentía y, diez minutos después, salió del local acompañada por Lorenzo. Ella también tenía una buena noche por delante, aunque a Lucas no le gustara la cara de aquél.

## Capítulo 2

*Base de los GEOS, Guadalajara (España), marzo de 2017*

Como cada mañana, los geos practicaban sin descanso en el campo de la base. Corrían, hacían abdominales, saltaban obstáculos y hacían rápel por los muros.

En cuanto acabaran el ejercicio físico les esperaba una clase de conducción. Si algo tenían los geos eran formación y preparación continuas, algo primordial en su trabajo, puesto que eran el cuerpo de élite de la policía española.

Su entrenamiento era fuerte, cañero, sin descanso, se buscaba el límite de la condición física y el trabajo en equipo, porque lo mismo realizaban misiones en países conflictivos como liberaban rehenes, luchaban contra terroristas o bandas de narcotraficantes, y en todas ellas su objetivo era finalizarlas con éxito. Debían estar en plena forma, se entrenaban para ello, y nada podía pararlos.

Mientras se dirigían a las duchas para refrescarse tras el ejercicio, Damián preguntó, dirigiéndose a Lucas:

—¿Te ocurre algo?

Todos rieron, y Carlos cuchicheó:

—Que está mayor...

—¡O que la pelirroja de la otra noche lo mató! —se mofó Juan.

Como los hombretones que eran, todos rieron de nuevo, hasta que Lucas, algo congestionado, respondió:

—Tranquilas, nenas, que de ésta no me muero.

Volvieron a reír, y a continuación Emilio preguntó:

—¿Vienes al curso o tienes clase?

Lucas, que era el instructor de artes marciales de la base, se retiró el sudor de



la frente e indicó, mirando a sus amigos:

—Tengo clase.

Cuando Carlos iba a añadir algo, sonó el teléfono de Juan y todos lo miraron. Sabían que ese teléfono tenía prioridad.

—Ni curso ni clase —dijo él después de colgar—. Tenemos trabajo.

Sin tiempo que perder, el grupo se preparó y, una vez equipados, el subdirector apareció frente a ellos y les explicó la situación. Tenían una misión en el casco antiguo de Madrid en la que debían liberar a un matrimonio secuestrado en su propio domicilio. Sus captores pedían un rescate por ellos y no había tiempo que perder.

Una vez en el centro de la ciudad, Juan habló con la persona de enlace que le había indicado el subdirector Téllez y éste le explicó más exhaustivamente la situación. Con todo claro, asintió y se dirigió a sus hombres. El operativo debía ser limpio y rápido. Los captores eran tres, por lo que, en total, había cinco personas en el interior de la vivienda.

Después de distribuir a dos comandos y a sus hombres, Juan se ubicó junto a Lucas, y éste, ajustándose el pasamontañas negro, dijo con seriedad:

—Muy bien. Allá vamos.

Con una profesionalidad impresionante, Juan y sus hombres entraron en la vivienda reventando la puerta con explosivos y, de manera rápida y eficaz, localizaron a los captores. Dos de ellos, asustados, enseguida se tiraron al suelo, pero el tercero se les enfrentó, y antes de que Lucas pudiera pararlo se abalanzó contra él. Ambos rodaron por el suelo, pero el geo se hizo enseguida con el mando.

Damián lo ayudó a retener al secuestrador y luego preguntó:

—¿Todo bien?

Lucas apretó los dientes. En realidad, a cada segundo que pasaba se encontraba peor, pero sin dejarse vencer por su estado, contestó:

—Sí, tranquilo. Terminemos el operativo.

Carlos y Juan liberaron al matrimonio asaltado, quienes se encontraban amordazados y atados de pies y manos, y mientras los sacaban de la vivienda se enteraron de que habían sido secuestrados porque supuestamente habían estafado al padre de sus captores.

En cuanto todo hubo acabado, los geos montaban de nuevo en la furgoneta

negra para irse, cuando Damián se acercó a Juan y le preguntó:

—¿Qué sabes de tu hermana?

Él maldijo al oírlo. Damián y su hermana Eva se llevaban un rollito muy raro que nunca terminaba bien. Y, recordando que ella se había marchado por una jugada nada bonita por parte de aquél, respondió:

—Que sigue en Argentina.

Damián asintió. Eso también lo sabía él. Pero, cuando iba a preguntar de nuevo, Juan lo cortó:

—Si quieres saber de ella, ¡llámala! Pero a mí déjame a un lado.

Su amigo suspiró. Sólo Lucas sabía la verdad de lo ocurrido entre Eva y él, y sin querer añadir nada más, se limitó a pedir:

—Dile algo a Lucas. No lo veo bien.

Juan asintió y, al ver que el aludido se tocaba la garganta con cierto malestar, levantó la voz y siseó:

—Y tú, en cuanto llegemos, te vas directo a la cama. Tienes una pinta desastrosa.

Al oír eso, los demás miraron a Lucas, y éste, al sentirse el centro de atención, se apresuró a replicar:

—Joder, ¡que no es nada!

Juan asintió. Como él, su amigo era un tipo duro, ambos eran hombres que no se dejaban vencer por una simple gripe. Pero, consciente de que lo necesitaba recuperado, añadió:

—Te necesito al cien por cien. Haz el favor de tomarte unos días libres y ponerte bien. Te recuerdo que aún te quedan vacaciones.

Lucas asintió. Sabía que Juan tenía razón, pero guardaba esos días para viajar a Los Ángeles, para el cumpleaños de Tomi, y cuando iba a protestar, Damián bromeó:

—Nuestra Mariliendre es una tiparraca muy dura.

—Habló la heteropetarda —se mofó Lucas.

Todos rieron al oír los apodos que tan buenos recuerdos les traían de Tomi, el particular y escandaloso primo de Noelia que vivía en Los Ángeles, y al que pensaban visitar durante el viaje.

—Como se entere Tomi de que está malito su *Batman* preferido, ¡no quiero ni imaginar la que puede organizar! —señaló Juan.

De nuevo, todos volvieron a reír, y Lucas replicó divertido:  
—Callaos, ¡mamonazos!

\* \* \*

Una vez que llegaron a la base de Guadalajara e informaron sobre el operativo y su efectividad, el grupo se dispersó. Unos se quedaron en el cuartel y otros se marcharon a sus casas.

Al salir, antes de montarse en la moto, Juan observó a Lucas. Su rostro y su seriedad dejaban claro que no se encontraba bien.

—¿Quieres que te acerque? —le preguntó.

Su amigo negó con la cabeza, y Juan insistió:

—Qué cabezón que eres.

Lucas sonrió.

—Vete a tu casa y déjame en paz.

Juan arrancó divertido y se alejó.

Cuando se quedó solo, Lucas se subió a su moto.

Estaba mejor, aunque sentía el cuerpo cortado, y, tras ponerse el casco y los guantes, arrancó el motor y se encaminó hacia su casa. Sin embargo, antes de llegar, se desvió sin dudarlo.

Minutos después, aparcó, bajó de la moto y, casco en mano, se dirigió hacia un portal. Llamó al timbre del tercero derecha y rápidamente se oyó la voz de una mujer:

—¿Sí?

—Soy Lucas.

Al oír eso, ella se apresuró a abrir y se miró en el espejo que tenía en la entrada.

¡Lucas estaba allí!

Segundos después, la puerta del ascensor se abrió y él la saludó con una sonrisa:

—Hola, Gafitas.

Sin necesidad de decir más, Menchu lo invitó a entrar en su casa y, a partir de ese momento, se olvidó del mundo y se dedicó a él en cuerpo y alma.

## Capítulo 3

Cuando despertó a la mañana siguiente en su cama, Menchu se volvió hacia la derecha y sonrió.

Junto a ella estaba Lucas, el guapísimo Lucas, durmiendo tranquilamente.

Cuando la tarde anterior él se había presentado en su casa, de inmediato supo que no estaba bien. Lo conocía a la perfección.

Tras hacerle tomar algo y comprobar que la fiebre le bajaba, le calentó un caldo, le preparó una tortilla francesa, puso una película y lo cuidó con mimo hasta que se quedó dormido, aunque antes hicieron el amor.

Lo estaba mirando ensimismada cuando recordó algo. Ese día era su cumpleaños.

Aquel hombretón grande, sexy y con la sonrisa más bonita que había visto nunca era su más insana perdición. Era mirarla y ella se deshacía y, aun sabiendo que aquello no la beneficiaba en nada, cada vez que le sonreía o le guiñaba un ojo, caía total y completamente rendida a sus pies.

Sin querer seguir pensando en lo tonta que era con aquel hombre, se levantó con cuidado de la cama y se puso las gafas. Era miope y, sin ellas, estaba perdida. Ataviada con una camiseta de «Juego de tronos», salió de la habitación, entró en el baño, se lavó los dientes y la cara y se recogió el pelo en una coleta.

Cuando acabó, salió del baño y se dirigió al aparador que tenía en el comedor. Luego, tras abrir un cajón y coger un paquetito envuelto en papel rojo chillón, se encaminó hacia la cocina, donde preparó café y tostadas.

Diez minutos después, una vez que éstas estuvieron dispuestas en un bonito plato, con el café y el paquetito sorpresa rojo sobre la bandeja, regresó a la habitación.

Al abrir la puerta, su sonrisa se ensanchó al verlo despierto.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó.

El hecho de que Menchu se acordara año tras año le resultaba increíble, pero Lucas contestó:

—Bien sabes que no suelo celebrarlo.

—Lo sé, pero sigo sin entender por qué.

Él lo pensó un momento. Tenía un importante motivo para no hacerlo, pero, sin querer explicárselo, contestó, tocándose su incipiente barbita:

—Porque cumplir años me hace ver que me hago viejo.

Ambos sonrieron por su respuesta. Menchu dejó entonces la bandeja sobre la cama, lo miró y, poniéndole la mano en la frente como Lucas recordaba que hacía su madre, le preguntó:

—¿Qué tal te encuentras hoy?

Con una sonrisa, él asintió, y cuando ella retiró la mano indicó:

—Con la enfermera que tengo, muchísimo mejor.

Ambos sonrieron de nuevo.

Lo que había entre ellos era raro, tanto que ni ellos mismos lo entendían, y cuando un extraño silencio se hizo en la habitación, Menchu cogió el paquetito rojo, lo puso delante de él y murmuró:

—Ábrelo. Espero que te guste.

Conmovido, Lucas tomó aire. No sabía cómo, pero aquella muchacha rompía sus barreras.

—No tenías por qué, Gafitas... —susurró.

—Vamos, ¡ábrelo! Es una tontería —insistió ella, sonriendo al oír el cariñoso mote que sólo le dirigía cuando estaban a solas.

Con una sonrisa, Lucas rasgó el papel rojo y se quedó boquiabierto mirando su regalo. Llevaba tiempo buscando aquel CD de Eric Benét, por lo que preguntó sorprendido:

—Pero ¿cómo sabías...?

Menchu sonrió.

Por desgracia, aunque él no se diera cuenta, ella siempre estaba pendiente de todos sus comentarios. Cualquiera cosa que él dijera era importante para ella, y mirando el CD que él sujetaba respondió:

—El último día que fuimos a Madrid me di cuenta de que preguntabas por

ese CD en distintas tiendas donde vendieran música y no lo tenían. Pero yo ¡lo encontré!

Lucas asintió encantado. Sabía que Menchu lo consentía demasiado, pero aquel detalle era algo más.

Era una de esas cosas que él intentaba mantener a rajatabla con las mujeres: cuanto menos supiesen de él, mejor. Él era un hombre libre e independiente y quería seguir siéndolo. No quería problemas. Había hablado de ello con Menchu hacía tiempo y parecía que ella lo había entendido, aunque en ocasiones sus miradas le indicaban que ella desearía algo más.

Miró el CD que tan buenos recuerdos le traía, y, cuando iba a decir algo, ella preguntó:

—¿Te gusta?

Incapaz de decir lo contrario, y emocionado por ello, Lucas asintió. Menchu leyó el desconcierto en sus ojos y susurró:

—Es sólo un regalo, no le des más vueltas. Es tu cumpleaños y somos amigos, ¿no?

Oírla decir eso lo enterneció. Ella siempre lo enternecía con sus actos.

Era una buena chica, demasiado buena para un cabroncete como él. Incapaz de no sonreír y no agradecerle aquel bonito detalle, le dio un beso en los labios y comentó:

—Gracias, cielo, me encanta.

Cautivada por ese momento tan increíblemente romántico, Menchu sonrió.

Esas palabras...

Esa mirada...

Esa sonrisa...

Todo eso era lo que necesitaba de Lucas y, lanzándose a su boca, lo besó.

Tomó su boca con ternura y, dejándose llevar por un sinfín de emociones, le dio un beso caliente y abrasador. Cuando se separó de él, que la miraba sin saber qué decir, le propuso con una bonita sonrisa:

—¿Quieres que escuchemos el CD mientras desayunamos?

En ese instante sonó el móvil de Menchu. Miró quién llamaba en la pantalla, contestó enseguida y, tras hablar unos minutos al teléfono, colgó y explicó a Lucas:

—Era Susana, de la residencia, para decirme cómo ha pasado mamá Clara la

noche.

—¿Cómo está? —preguntó él.

Menchu sonrió y dijo, encogiéndose de hombros:

—Cada día más delicada, y me preocupa.

Él asintió. Sabía cuánto quería a mamá Clara, una mujer que, debido a sus complicados problemas de salud, había decidido ingresar años atrás en una residencia a pesar de las negativas de su sobrina.

Lucas recordaba haber encontrado a Menchu llorando por aquella circunstancia y eso le había tocado el corazón. Ese día se dio cuenta de que sentía un cariño muy especial por la joven, algo que no se permitía demostrar, ni siquiera disfrutar.

Paseó la mano por la barbilla de la joven y murmuró:

—Lo estás haciendo muy bien. Siéntete orgullosa porque ella lo está de ti.

Menchu sonrió con tristeza. Sabía que el fin de su amada mamá Clara estaba cercano; le dio un dulce beso a Lucas en los labios y murmuró:

—Gracias.

Desconcertado por lo que aquel momento íntimo entre ambos le hacía sentir, él parpadeó. No. No debía dejar ver aquella faceta suya, pero, incapaz de no empatizar con ella ante el problema que se le venía encima, sonrió y ella lo imitó.

Menchu, por su parte, le había ocultado que, cuando encontró el CD, compró dos ejemplares. Quería ver qué era aquello que él buscaba con tanto ahínco, y el corazón se le paralizó al oír aquella música tan romántica. Algo que nadie creería que a él podía gustarle.

Lucas seguía mirándola atontado. Debía cortar aquel momento tan íntimo, pero algo en él no se lo permitía. Aunque no quisiera reconocerlo, le agradaba estar con ella, en su casa, en su habitación, en su cumpleaños, así que sacó el CD de su funda, se lo entregó y dijo:

—De acuerdo. Escuchémoslo mientras desayunamos.

Encantada y feliz, Menchu se dirigió con el CD en la mano hacia el equipo de música, hizo lo que él le pedía y, cuando los primeros acordes delicados comenzaron a sonar, preguntó mirándolo:

—¿Y esto?

Lucas sonrió. Adoraba aquel CD, aquella canción, *The Last Time*, y

respondió:

—Esto es... Eric Benét.

—¿Música romántica?

El policía negó con la cabeza. No iba a entrar en aquello.

—Déjalo simplemente en buena música —repuso—. Nada que ver con los bodrios que te gustan a ti.

Llena de incredulidad, ella replicó:

—Oye, guapo, que a ti no te guste la música de Alejandro Sanz, Luis Miguel o Michael Bublé, ni nada de lo que a mí me gusta, no significa que lo tuyo sea buena música y lo mío, mala.

—Gafitas..., no te enfades. Lo que ocurre es que tenemos gustos distintos. Eso sí, los tuyos, algo pasados de moda.

—¡Serás idiota! —se mofó Menchu, incapaz de no reírse ante los gestos de él.

Durante unos segundos guardaron silencio, hasta que ella se le acercó y afirmó:

—Esto no tiene nada que ver con la música que sueles escuchar.

Lucas asintió.

Por lo general, escuchaba música heavy, como el resto de sus compañeros de unidad, una música que lo reactivaba, lo resucitaba y le daba fuerza para su trabajo. No obstante, a solas y en la intimidad, siempre le gustaba escuchar a Eric Benét, del que tenía varios CD, aunque ése era su preferido y el único que le faltaba.

En silencio disfrutaron de aquella bonita canción hasta que Lucas, sintiéndose desnudo por mostrar aquella faceta que sólo él conocía, dijo mirándola:

—Digamos que es un secreto entre nosotros dos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

A continuación, él sonrió y añadió para quitarle importancia:

—Si los chicos supieran que me gusta este tipo de música, dirían que soy una Mariliendre *blanduscosa* y a saber cuántas polladitas más.

Menchu sonrió. Estaba más que claro que él escondía su aspecto dulce y sensible y, sin querer incordiarlo, asintió, hizo un gesto divertido de cerrarse la boca con una llave y, una vez hecho el ademán de tirar la llave, preguntó:



—¿De qué secreto hablas?

Lucas sonrió a su vez. Sabía que podía confiar en ella.

Sin más dilación, se sentaron en la cama y comenzaron a desayunar entre bromas. Las tostadas caseras de Menchu estaban exquisitas. De fondo, seguía sonando la bonita y dulce canción, y la joven preguntó, al sentir que se le ponía el vello de punta:

—¿Cómo se titula esta canción?

—*The Last Time*.

Menchu, que hablaba perfectamente inglés, francés e italiano, indicó:

—Traducido al español, «La última vez». Bonito título para una canción.

Lucas la miró, y ambos rieron por su comentario.

¿A qué estaban jugando?

Sin embargo, se levantó de la cama, abrió los brazos y, sin preguntar nada, ella aceptó su invitación para bailar.

Sin mirarse a los ojos, se movieron al compás de la música, mientras la voz de Eric Benét contaba una preciosa historia de amor en la que decía que era la última vez que se enamoraba.

En silencio, Lucas y Menchu bailaron semidesnudos en la habitación.

La joven sabía que el descubrimiento de aquella canción, de aquel hombre y de aquel instante quedarían para el resto de su vida en su recuerdo como uno de esos momentos inolvidables, mientras que Lucas se movía al compás de la música sin querer pensar en nada más. No debía hacerlo.

Permanecieron abstraídos en sus propios pensamientos hasta que el tema terminó y, cuando se separaron, ella lo miró a los ojos y declaró emocionada:

—Sin duda es una gran canción.

—Lo es —afirmó Lucas con un sentimiento extraño, mientras le quitaba las gafas para ver aquellos ojos verdes tan bonitos.

Se miraban...

Se tentaban...

Y de pronto, él la besó con mimo primero en la frente, después en la punta de la nariz y, por último, en los labios, mientras Menchu disfrutaba de aquella faceta suya, que nada tenía que ver con la que se empeñaba en mostrar a los demás.

En la intimidad, y al menos con ella, Lucas era caballeroso, atento y

dispuesto, y cuando él la cogió entre sus brazos, ella sonrió y, sacando esa parte descarada que ocultaba también al resto, murmuró, sintiéndose atrevida:

—Te deseo...

A Lucas lo excitó aún más oír eso y, apoyándola contra la pared, le arrancó las bragas, paseó su dura erección por su tentador sexo y murmuró:

—¿Puedo sin...?

Sus ojos se miraban...

Sus respiraciones se aceleraban...

Sin necesidad de más, Menchu entendió que no llevaba preservativo, y afirmó como en otras ocasiones:

—Puedes...

Complacido, él se introdujo poco a poco en ella y ambos temblaron. El placer que aquello les ocasionaba era increíble, pero entonces él, con necesidad de decirlo una y mil veces más, susurró:

—Oye..., sabes que esto es lo que es, ¿verdad?

—Sí... Lo sé..., lo sé... —jadeó la joven, complacida de sentir piel contra piel.

Una..., dos..., siete..., veinte veces Lucas se hundió con placer en su interior.

Cada vez que estaban juntos, Menchu disfrutaba de él como si fuera la última vez. Ella, mejor que nadie, conocía la realidad de su extraña relación y sabía que cualquier día Lucas podía conocer a una mujer que le descabalara la vida y entonces no volvería a mirarla.

Ella no era un bellezón ni vestía de manera provocativa como las mujeres con las que él solía salir. Menchu era una chica normal y corriente, como había miles en el mundo, que simplemente quería encontrar a alguien que la quisiera y ser feliz.

Y su felicidad en ese instante era Lucas, por lo que, olvidándose de sus miedos y sus preocupaciones, disfrutó del presente. Disfrutó de él.

Cuando el momento caliente y placentero acabó, ambos se tiraron en la cama sudorosos y jadeantes. El sexo entre ellos era espectacular. Sus cuerpos se acoplaban a la perfección, y la satisfacción que aquello les provocaba era increíble.

\* \* \*

Miraban el techo mientras sus respiraciones se relajaban cuando sonó el teléfono de Lucas. Éste alargó la mano, lo cogió de la mesilla y, al ver que se trataba de su madre, respondió:

—Hola, preciosa.

Menchu siguió mirando el techo. Le dolió oír eso, pero sonrió de todos modos.

—Gracias, mamá... Pero no llores, por favor..., por favor.

¡Era su madre!

Feliz al oírlo, la joven extendió la mano, cogió las gafas que Lucas había dejado sobre la mesilla y se las puso. Después lo miró y sonrió al verlo bromear. Le gustaba sentir el cariño y el respeto con que trataba a su madre, y eso la emocionó.

Así estuvo un rato, hasta que él colgó y comentó:

—Le he dicho a mi madre que era la primera en felicitarme para evitar dar explicaciones.

Ella asintió. Sin duda eso era lo mejor. ¿O no?

A partir de ese instante, el teléfono de él comenzó a sonar cada dos por tres.

En un principio, Lucas, al ver de quién se trataba, decidió no cogerlo, hasta que ella lo animó. Era su cumpleaños y era normal que la gente lo llamara.

Sin embargo, Menchu pronto se arrepintió de haberlo hecho, puesto que él no paraba de sonreír como un tonto mientras la pantalla de su móvil se iluminaba y ella leía nombres como Karen El Casar, Lydia Fontanar, Sonia Madrid, Laura Pechotes, Carmen Rubiaza de Alcalá...

Mujeres... ¡Mujeres!

Todas llamaban para felicitar a Lucas... Todas querían demostrarle que se habían acordado de su día, y a Menchu la jorobó sentirse como ellas. ¿Por qué había tenido que felicitarlo?

Cuando él colgó la última llamada, miró a la joven y se mofó:

—Facebook es un gran chivato.

La joven asintió. Como todos los usuarios de la red social, estaba al corriente de que si incluías en tus datos personales tu fecha de nacimiento, todos tus amigos virtuales sabrían que era tu cumpleaños, y ahí estaba el resultado.

El teléfono volvió a sonar, y Lucas, al ver que era Juan, su compañero de la

base —¿también se había acordado él?—, le pidió silencio a Menchu y lo saludó:

—¿Qué pasa, capullo?!

Juan, que estaba delante de su casa, afirmó:

—Ya veo que estás mejor. Abre la puerta. Traigo caldo que ha hecho mi padre.

Al oír eso, Lucas se levantó de la cama. Menchu lo miró, y éste, para no hablar delante de ella, entró en el baño y murmuró:

—No puedo abrirte.

—¿Por qué? —quiso saber Juan riendo.

—¿Porque no estoy en casa?

Sin sorprenderse mucho, Juan resopló y preguntó:

—¿Y dónde narices estás? Te dije que te quería recuperado. ¡Joder, Lucas!

Él no respondió, y al oír el silencio de su amigo, bromeó:

—Creía que llamabas para felicitar me por mi cumpleaños.

—¿Es hoy tu cumpleaños?!

—Sí.

A continuación, se hizo un extraño silencio entre ellos, hasta que Juan dijo:

—Felicidades, pero... no estarás con quien creo, ¿verdad?

Consciente de que una vez más lo había hecho mal, Lucas estaba pensando una excusa cuando Juan gruñó:

—Maldita sea, ¿por qué no la dejas vivir? Pero ¿no te das cuenta de que Menchu siente algo por ti que tú no sientes por ella?

—Juan...

—Joder, que esa muchacha es casi una monjita, mientras que tú eres un puto crápula.

Lucas se rascó la cabeza.

Él era igual que su amigo hasta encontrar a la que era ahora su mujer, por lo que, mirándose al espejo del baño, susurró:

—Vamos a ver, Juan...

—¡No! Vamos a ver, Juan, ¡no! —lo cortó éste—. Pero ¿tú eres gilipollas? Menchu no se merece que una sabandija como tú le haga crearse falsas esperanzas cuando se aburre. A ver cuándo te das cuenta de que ella sufre y sufrirá más por tu culpa si no dejas de buscarla cuando no tienes un plan mejor.

Lucas maldijo. Su amigo tenía razón. ¡Era una sabandija!

Siempre hacía lo mismo con Menchu, una y otra vez. Se prometía no volver a repetirlo, pero cuando se encontraba solo, mal o herido, iba a por ella.

—Vale. Tienes razón. Tienes razón, pero...

—Pero nada, Lucas... ¡Aléjate de ella de una santa vez y compórtate como el hombre que creo que eres y no como un puto cabrón!

—¡No te pases! —protestó él, recordando la canción que habían bailado juntos y lo que ella le había hecho sentir.

El silencio se adueñó de nuevo del teléfono, hasta que Juan prosiguió:

—Lucas, sabes que te considero un hermano por infinidad de cosas. En la base eres querido y respetado por tu profesionalidad, pero he de decirte que con esa muchacha no lo estás haciendo bien. Aprecio a Menchu. Es amiga de mi mujer, adora a mi hija y es de la familia, uno de los nuestros, ¡joder! Basta de hacerle creer lo que nunca será...

—Juan..., no me jodas...

—Te merecerías que ella te diera varias cucharaditas de tu propia medicina, pero, por desgracia, Menchu, como siempre dices, ¡no es tu tipo!

Lucas resopló.

Le gustara o no, su amigo estaba en lo cierto, y, consciente una vez más de su metedura de pata, contestó:

—Adiós. Tengo cosas que hacer.

En cuanto colgó el teléfono, se miró de nuevo en el espejo y maldijo. Juan llevaba razón. Todos llevaban razón. Era un cabrón con Menchu y tenía que cambiar.

## Capítulo 4

Tras pasar una estupenda mañana con Lucas en su hogar, cuando él se marchó Menchu estuvo trabajando desde casa en el diseño de una página web durante horas.

Habló varias veces con diversos clientes por teléfono, respondió emails y maldijo cuando recibió un mensaje que decía:

Necesito el dinero ¡ya!

Su tía no la dejaba vivir. Hizo una transferencia de dos mil euros al número de cuenta que ya se sabía casi de memoria y escribió en el móvil:

Ya lo tienes. No vuelvas a pedirme ni un euro más.

Nada más enviar el mensaje, decidió olvidarse de ella. Era lo mejor.

La casa olía a Lucas. Estar con él a solas siempre era placentero, sobre todo porque él dejaba de ser el geo chulo para convertirse en un hombre encantador.

Esa tarde, cuando Menchu llegó a la residencia donde estaba mamá Clara, saludó con cariño al entrar a los demás viejitos. Los ancianos se lo agradecieron, y más cuando, uno por uno, se fue acercando a ellos y los hizo sentirse especiales durante unos minutos.

Luego continuó hacia la habitación donde estaba mamá Clara y, al doblar una esquina, se encontró con Rosa, la doctora de la residencia, que, una vez que la hubo saludado, le dijo:

—Ella ahora está bien, sin dolores y muy lúcida, pero mi consejo es que te prepares, porque, por desgracia, creo que pronto...

No dijo más, puesto que Menchu le hizo un gesto con la mano pidiéndole que callara.

Lo sabía. Sabía lo que iba a ocurrir al cabo de poco tiempo y, asintiendo, indicó:

—Tranquila. Estoy preparada.

La doctora le apretó el brazo con cariño y Menchu continuó caminando hacia la habitación.

Al llegar frente a ésta, se detuvo antes de entrar, cogió aire y, sin poder evitarlo, le vino a la cabeza su maldita tía Petra, pero rápidamente dibujó una bonita sonrisa y abrió la puerta. Segundos después, la mirada azulada y agotada de mamá Clara conectó con la suya. No estaba sola, sino con una enfermera, y la anciana dijo, retirándose la mascarilla de oxígeno:

—Susana, luego seguimos hablando, ahora ha llegado mi niña.

Susana era una de las amigas de Menchu allí, la que la había llamado para informarla, y al verla entrar por la puerta se levantó, le dio un beso a modo de saludo en la mejilla y salió del cuarto.

Sonriendo, Menchu se acercó a la mujer que estaba postrada en cama, le dio un cariñoso beso y murmuró:

—Cotilleando con Susana...

Clara sonrió a su vez. Disfrutaba viendo la juventud de aquellas mocitas.

—Sólo le digo a Susana eso que siempre te digo a ti: ¡que viva!, porque la vida se acaba por muchos años que vivas. ¡Juventud, divino tesoro! Lo que daría yo por tener vuestros años sabiendo lo que sé. Te aseguro que me comía el mundo.

Ambas rieron, y luego Clara añadió, señalando unas flores de colores que había en la habitación:

—Por cierto, hoy ha venido a visitarme Inés. —Al ver que su sobrina la miraba sin comprender, aclaró—: Es esa muchachita que viene a la residencia a ver a su abuela y, fíjate, me ha traído esas bonitas flores.

Menchu sonrió. Sin duda su tía se hacía querer.

Al ver a su sobrina algo más seria de lo normal, Clara tocó la cama con la mano, hizo que su niña se sentara a su lado y, dejando a un lado la libreta donde le gustaba apuntar cosas, le preguntó:

—¿Qué ocurre? Y no me digas que nada, que te conozco muy bien.

Menchu suspiró, pero, incapaz de mentirle, contestó:

—Le he ingresado dos mil euros más.

Sin necesidad de pronunciar su nombre, mamá Clara supo enseguida a quién se refería y, maldiciendo, declaró:

—Sé que quizá Dios me castigue por lo que voy a repetirte y exigirte una vez más, pero debes parar. Debes plantarte, decir «no» y pensar egoístamente en ti o nunca podrás ser feliz.

—Ya..., pero ella es...

—Lo sé, mi vida, lo sé. Sé tan bien como tú quién es.

Ninguna añadió nada más. El tema Petra estaba ya muy hablado entre ambas.

Entonces mamá Clara, deseosa de ver sonreír a su niña, preguntó:

—¿Has felicitado a Lucas?

—Sí —respondió ella sonriendo.

—¿Le ha gustado tu regalo?

La joven asintió. A mamá Clara se lo contaba todo, lo bueno y lo malo. Tenía plena confianza con ella.

—Sí. Vino a casa, se lo di y le gustó mucho —explicó.

Clara miró a su niña emocionada.

—¿Y...?

Al ver su entusiasmo, Menchu resopló.

—Y nada interesante... Bueno, sí. Su teléfono echaba humo por las llamadas de otras mujeres que querían felicitarlo.

Clara bufó.

Había visto a Lucas en alguna ocasión. Incluso una vez él había acompañado a su sobrina a la residencia y pudo ver cómo la miraba. Los ojos no mentían. Pero si por algo se la llevaban los demonios era por la tristeza que había en los ojos de Menchu por culpa de aquel hombre. Miró al techo, levantó las manos y dijo:

—Querido destino, si ese Lucas no es para mi niña; quítalo de una santa vez de su camino o haz que se produzca la magia.

Al oírla, Menchu sonrió. La magia para su tía era el todo en el amor.

—Mejor pídele al destino que yo sea capaz de resistirme a sus encantos —señaló.

Ambas sonrieron, y luego Clara preguntó:



—¿Te has vuelto a dejar engatusar?

—Sí —afirmó ella sin dudarlo.

—¿Y por qué no le has dicho que no?

—Porque no sé hacerlo. Es que me mira y uff... —suspiró Menchu.

—Aiss..., hija mía, el amor es como el viento: no se ve, pero se siente, y quizá ese muchacho te...

—Mamá Clara..., ¿qué te han hecho tomar? —la cortó ella, bromeando.

La mujer sonrió. Sabía cuánto representaba aquel joven para su niña, y mirándola, cuchicheó:

—Desde pequeña siempre has sido muy enamoradiza y...

Sin dejarla acabar, Menchu le dio un abrazo para que callara y luego sugirió:

—¿Qué tal si hablamos de otra cosa?

La mujer asintió. Le dolía ver que su niña sufría por amor e, intentando respetarla, preguntó:

—Vas a ir a Los Ángeles a visitar a Tomi por su cumpleaños, ¿verdad?

Menchu pensó en aquel amigo tan especial al que había visitado otros años y sonrió. Sin embargo, negó con la cabeza.

—¿Y por qué no vas a ir? —insistió Clara.

La joven no respondió. Le preocupaba mucho la salud de la anciana.

Consciente de su silencio, ésta adoptó un tono de voz serio para indicar:

—María del Carmen, mi destino en esta vida está escrito, como está escrito el tuyo y el del resto de la humanidad.

Menchu sonrió. Sólo la llamaba por su nombre completo cuando la regañaba.

—Y, dicho esto —prosiguió Clara—, te ruego que añadas vida, magia y vivencias a tu tiempo porque si no lo haces me voy a sentir fatal. Y si para ser feliz tienes que dejar de ser Menchu para ser María o Carmen o Perica la de los Palotes, ¡hazlo! Pero vive, mi niña, ¡vive! Y equivócate si es necesario, pero busca la felicidad allá donde la encuentres, porque será lo único que te llesves de este mundo.

Consciente de a qué se refería con esas palabras, Menchu iba a protestar cuando Clara, sin soltarle las manos, insistió:

—Eres joven, bonita y encantadora, aunque un poco viejuna en el vestir. Si yo tuviera tu edad, ¡me comía el mundo!

—No empecemos. —Ella sonrió.

Bien sabía que no era una gurú de la moda. La ropa no le había llamado nunca la atención.

—Tienes toda la vida por delante, y quiero..., y necesito que seas feliz haciendo lo que desees y te propongas, porque para eso te he criado, mi amor. Mi tiempo físico a tu lado se acaba, pero sé que siempre vamos a estar unidas aquí —dijo, posando una mano sobre su corazón.

—Mamá Clara...

—No. Escúchame —la cortó—. Si quieres que yo sea feliz, primero has de serlo tú. Y para ello quiero que viajes, que vivas, que te olvides de quien no te quiere y que disfrutes del sexo como te mereces.

—¡Mamá Clara! —exclamó Menchu divertida.

Ambas rieron y, a continuación, la mujer insistió:

—Prométeme que, una vez que haya pasado lo que tenga que pasar, me llorarás dos días, pero al tercero levantarás la cabeza, vivirás la vida y disfrutarás de ella. Dame tu palabra de que buscarás a ese amor que te espera en algún lado, que sólo le permitirás entrar en tu vida cuando sientas que te merece y que serás locamente feliz por ti y por mí, ¡por las dos!

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas. Imaginarse un mundo sin ella, su única familia, no le resultaba fácil.

Pero Clara, que necesitaba sentir a una Menchu fuerte, indicó:

—María del Carmen, me he dejado la piel para criarte. Para hacerte entender que no todo lo que uno quiere conviene. He intentado que comprendas que la magia del amor no se sueña, ¡se vive! Y ahora, mírate. Eres adulta, preciosa y una maravillosa persona a la que miro a los ojos con orgullo y digo: ¡gracias, mi vida! ¡Gracias por haber sido mi hija! —Menchu se emocionó, y Clara prosiguió, quitándole las gafas de pasta—: Ahora, mi niña, ha llegado el momento de que me demuestres que mi esfuerzo y mi trabajo durante todos estos años han servido para algo. ¿Lo harás, mi vida?

Dolor...

El dolor que le suponía aquella despedida hizo llorar a Menchu, pero asintió. Se lo debía a mamá Clara, a su madre. Por ello, se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas y afirmó:

—Te lo prometo, mamá.

A la anciana siempre le había gustado que la llamara así, pero más le gustó

su promesa. Y, como necesitaba que nunca lo olvidara, cogió su libreta y, entregándosela junto con un bolígrafo, le pidió:

—Escríbelo y fírmalo.

—Mamá...

—Fírmalo —insistió ella.

Menchu sonrió.

Desde pequeña, mamá Clara siempre le había hecho que se comprometiera a cumplir objetivos anotándolo en un cuaderno. Era un juego de las dos. Cuando alguna quería algo, hacía firmar a la otra.

Menchu, deseosa de verla feliz, cogió el cuaderno y escribió: «Prometo quererme, encontrar la magia y ser feliz para que estés orgullosa de mí». Y, sin más, estampó su firma tras sus palabras.

Eso hizo sonreír a la mujer, que, leyendo lo que había escrito, afirmó:

—Ahora sé que lo vas a cumplir y no me vas a decepcionar. Y recuerda, mi vida: mientras llegas a tu destino, tienes que disfrutar del camino.

Menchu volvió a asentir y, arrojándose a los brazos de la persona que siempre la había querido, la abrazó con todo su amor.

No sabía cómo lo haría, pero como decía un refrán que su adorada tía había dicho en muchas ocasiones a lo largo de su vida, ¡lo prometido era deuda! Y ella no iba a defraudarla.

## Capítulo 5

El entierro de mamá Clara, una semana después de la visita de su sobrina al hospital, fue triste. Tremendamente triste.

La anciana era una mujer muy querida en Sigüenza, y todo el pueblo se unió al dolor de Menchu, a quien los ojos se le habían secado de tanto llorar.

Decidió no avisar a su tía Petra. Ésta llevaba años sin ver a su hermana y no pintaba nada allí. Sin embargo, se quedó boquiabierta cuando la vio aparecer en el tanatorio.

¿Quién la había llamado?

Petra apareció delante de todos vestida de negro junto a un macarra musculado con coleta y, haciendo el papelón de su vida, se abrazó a su sobrina fingiendo que lloraba. Algo que pocos creyeron.

Menchu, rígida, se dejó abrazar mientras observaba al tipo que acompañaba a su tía, que no era otro más que el Ronchas, su noviete traficante de cocaína, con el que llevaba ya tiempo.

—¿Cómo te atreves a traerlo aquí? —le soltó.

Petra sonrió y, guiñándole un ojo a él, que también sonrió, señaló las gafas de pasta de la joven e indicó:

—Chiquilla, que tú no sepas sacarte partido como mujer no quita que hombres como él se mueran por mí.

Menchu la miró con desagradado; nunca tenía una palabra bonita hacia ella. Asintió sin responder. No merecía la pena.

Noelia, que observaba la situación más allá, al ver el gesto triste de su amiga, susurró, dispuesta a enfrentarse a quien fuera:

—Está visto que las sanguijuelas acuden al olor de la sangre.

Juan y Lucas, que estaban con ella, miraron hacia el lugar donde señalaba, y este último, consciente de quiénes eran aquella mujer y el tipo que la acompañaba, se dirigió hacia ellos sin decir nada. Una vez allí, cuando sus ojos se encontraron con los enrojecidos de Menchu, la separó sin pensarlo de su tía e, interponiéndose entre ambas, siseó con gesto serio:

—Ya puedes marcharte por donde has venido, y de paso te llevas a tu amiguito.

Petra lo miró sin inmutarse. Paseó con lascivia los ojos por el fornido y musculado cuerpo de aquél y, contemplándolo con chulería, preguntó:

—¿Y tú quién coño eres?

Lucas se mordió la lengua molesto.

No era el sitio ni el momento para montar un numerito.

Por su trabajo, había tenido acceso a la ficha policial de la mujer, cuando Menchu, en una de sus quedadas nocturnas, le confesó que su tía estaba en la cárcel.

Le sorprendió la noticia, buscó información sobre ella y se quedó boquiabierto cuando descubrió que había cometido delitos como atraco a mano armada, tráfico de drogas, robos en supermercados y un sinfín de perlas que desconocía si Menchu sabía de su tía y su acompañante. Aun así, calló. Él no era quién para decirle lo que había descubierto.

Menchu, dolida, miró a Lucas y, agradeciendo su protección, apoyó una mano en su pecho y murmuró:

—Tranquilo. Yo me ocupo de ellos.

Él no se movió del sitio.

¿Cómo iba a ocuparse de ellos aquella cándida jovencita?

Al ver la mirada de Menchu, Noelia se dispuso a acercarse para ayudarla, pero su marido, tan consciente como Lucas de quiénes eran aquellos dos, dijo:

—No te muevas. Iré yo.

Y, sin más, se acercó hasta Lucas y, tras medio discutir con él, lo obligó a alejarse de ellos. Menchu le dio las gracias a Juan con una tímida sonrisa.

Una vez a solas, la joven miró a la mala mujer y, sacando fuerzas, le preguntó:

—¿Quién te ha avisado?

Petra, que hacía gestos obscenos con los dedos a algunos vecinos que la

conocían, respondió:

—Se dice el pecado, pero no el pecador.

A Menchu le hervía la sangre.

Por mucho que fuera hermana de la fallecida, aquella mala mujer sólo había acudido para sacarle todo el dinero que pudiera por la muerte de mamá Clara y, conteniendo sus impulsos, susurró:

—Márchate de aquí y llévate a tu amiguito.

Petra sonrió con maldad.

Aquella jovencita era una sosaina sin carácter.

—Tengo más derecho a estar aquí que tú —replicó—. Ella era mi hermana.

Menchu cerró los ojos y pensó en todo el dolor que aquella mujer les había ocasionado primero a sus abuelos y posteriormente a mamá Clara, por lo que contó hasta diez y, cuando los abrió de nuevo, clavó la mirada en ella y le escupió:

—Tienes dos segundos para marcharte o te juro que haré que la policía registre el coche de tu amigo, vuestra casa y...

—¡Vámonos! —dijo el Ronchas, asiendo el brazo de Petra al intuir quiénes podían ser los policías. Él mejor que nadie sabía la mierda que llevaba en el coche para distribuir durante aquel viaje a Sigüenza.

Petra miró entonces a su sobrina sorprendida y susurró:

—Vaya..., si al final va a resultar que tienes carácter.

Menchu resopló y siseó, apretando los puños:

—Aléjate de lo que más quiero o te juro que conocerás la peor versión de mí.

La mujer sonrió, una sonrisa que traslucía la maldad que albergaba en su interior; miró a su sobrina y a sus amigos, que los observaban dispuestos a abalanzarse sobre ellos, y susurró:

—Volverás a saber de mí.

Dicho esto, dio media vuelta y se marchó, sin olvidarse de dirigirles varias peinetas.

Cuando desapareció del tanatorio junto a su desagradable amigo, Noelia se aproximó a Menchu y le preguntó preocupada:

—¿Estás bien?

No le dio tiempo a responder, pues Lucas se le acercó también y, acaparando su atención, indicó:

—Si vuelven a molestarte, dímelo, ¿entendido?

La joven asintió.

Veinte minutos después, acompañada por vecinos y amigos, se dirigió al cementerio, donde descansarían los restos de mamá Clara.

Por suerte para ella, tenía buenos amigos que la cuidaban en aquellos momentos tan tristes. En cuanto se había enterado de la noticia del fallecimiento de Clara, Lucas fue el primero en ir en su busca, y sin dejarla un segundo la ayudó en todo lo necesario y se aseguró de que no se sintiera sola en ningún momento. No pensaba permitirlo.

Ese gesto conmovió a todo el mundo y nadie pudo reprochárselo.

Por una vez en su vida, Lucas había dejado aparcado al guaperas engreído que demostraba ser continuamente para darle todo su apoyo y su cariño a una amiga, y todos se lo agradecieron. En especial Menchu.

\* \* \*

Tras el entierro, cuando regresaban a sus casas, Lucas animó a sus amigos a que fueran a comer algo juntos. No quería dejar sola a la chica en su casa, por lo que se dirigieron a un restaurante muy conocido de Sigüenza.

Cuando se sentaron a la mesa, a Noelia, que estaba al lado de Menchu, le sonó el teléfono, y dijo pasándoselo:

—Es Eva.

Eva era la hermana pequeña de Juan y la mejor amiga de Menchu. Por su trabajo de periodista, se encontraba en Argentina cubriendo un par de reportajes.

—Hola, Eva —la saludó Menchu al teléfono.

Conmocionada por la noticia, su amiga se tocó la frente y murmuró:

—Siento mucho lo de mamá Clara, y siento también no estar a tu lado en un momento así.

Ella asintió con tristeza.

—Tranquila. No hace falta que digas nada, Eva. Y, te equivocas, estás a mi lado.

Durante un rato hablaron de sus cosas, como siempre solían hacer, hasta que Eva inevitablemente preguntó:

—¿Está por ahí el idiota?

Menchu sonrió al oír eso. El idiota era Damián. Observó cómo hablaba con Juan y Lucas y afirmó:

—Sí. Aquí está, junto a los demás.

Eva suspiró. A pesar de haber huido de Damián, sentía algo muy fuerte por él.

—¿Y cómo está? —preguntó.

Tras la marcha de Eva, él no lo había pasado muy bien, por lo que Menchu respondió:

—¿Qué quieres que te diga?

Su amiga resopló. Cada día le pesaba más lo que había hecho, pero como no quería hablar de ello, desvió el tema y preguntó:

—¿El otro idiota también está ahí?

Menchu miró a Lucas.

Su comportamiento con ella en las últimas horas había sido ejemplar y respetuoso al máximo, y afirmó:

—Sí. También está.

Eva suspiró de nuevo al oír eso y, mirando a un guapo argentino que le guiñaba un ojo al pasar, dijo:

—Deberías venirte a Argentina conmigo. Puedes hacer tu trabajo desde cualquier lado. —Menchu sonrió—. Aquí hay hombres que te miran con ojos melosones y te dicen cosas como «sos un bombón de dulce de leche». ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!... Lo que me entra por el cuerpo cuando me dicen eso. —Ambas rieron, y luego Eva añadió—: Soy una egoísta y, aunque esté mal decirlo, ahora soy yo quien los utiliza para quitarse malos recuerdos, como, por ejemplo, el idiota y...

Menchu, incapaz de no reaccionar, la interrumpió:

—Sí, claro, y por eso me has preguntado por él, ¿verdad?

Eva soltó una risotada. Estaba claro que seguía colgada de Damián, y añadió, bajando la voz:

—Lo odio de la misma manera que lo quiero... ¡No hay quien me entienda!

Volvieron a reír y, a continuación, Eva indicó:

—Regreso a España dentro de unos veinte días.

—¡Perfecto!

—Por cierto, tenemos que comenzar a pensar en el regalo de Tomi. Aunque,



la verdad, si le compramos algo de Loewe o de Prada, ¡acertamos seguro! — Menchu asintió—. ¿Miraste los billetes de avión para Los Ángeles? —preguntó Eva.

—No.

—Pero ¡Menchuuuuu!

—No sé si iré, la verdad.

Al oír a su amiga tan desanimada, Eva insistió:

—Te aseguro que ella estaría muy orgullosa de ti si retomaras tu vida. Deja de preocuparte por el qué dirán en el pueblo, porque, como dice el abuelo Goyo, quien habla mal de los demás es probable que no tenga nada bueno que decir de sí mismo.

—Lo sé..., lo sé..., pero...

—Menchu, la vida ha de continuar, y mamá Clara así lo querría —la cortó—. Y en cuanto a la gente, ¡pasa de ella! Hay personas que se aburren y que, cuando lo hacen, les encanta fijarse en las vidas de los demás, sin pararse a pensar que las suyas probablemente también pueden criticarse.

Menchu volvió a sonreír. Eso mismo habría dicho su tía Clara.

—Lo pensaré —contestó—. Pero, de momento, ya estoy deseando que regreses. Te echo de menos.

Una vez que se hubo despedido de su amiga y le devolvió el móvil a Noelia, Lucas, que la había observado hablar por teléfono, se acercó a ella y, mientras se agachaba a su lado, preguntó interesado:

—¿Qué vas a comer, cielo?

Menchu miró las raciones que los camareros habían puesto sobre la mesa para todos y, suspirando, indicó:

—La verdad, no tengo mucho apetito.

Él asintió. Le preocupaba aquella personita tan especial. Intercambió una mirada con Noelia y Laura, que estaban sentadas al lado de ella, e, ignorándolas, insistió:

—Aunque no tengas hambre, tienes que comer. Anoche apenas cenaste y sólo tienes en el cuerpo el café que esta mañana me he encargado de que te tomaras. Así que, Gafitas —dijo bajando la voz mientras ponía frente a ella un pincho de tortilla con pan—, cómetelo o yo mismo me encargaré de que te lo comas, ¿entendido? —A continuación, mirando a Noelia y a Laura, indicó—:

Procurad que se lo coma o lo haré yo.

Dicho esto, se alejó incómodo al ver cómo las otras dos lo miraban, y regresó junto a los chicos.

—Por favor... —cuchicheó Noelia—, su preocupación me tiene atónita.

—Si me pinchan..., no sangro —afirmó Laura.

Noelia sonrió.

—Pero si parece hasta humano y no el chuleras que siempre es.

Menchu sonrió también al oírlas. Pocas personas conocían a Lucas como ella.

—Lo creáis o no, en las distancias cortas es maravilloso —repuso.

Laura y Noelia se miraron sorprendidas.

Lucas era el típico... típico... típico... castigador de nenas, tanto, que era para romperle la cara.

Damián se acercó entonces a ellas y preguntó:

—¿Es cierto que ha llamado la reportera del año?

Al intuir que preguntaba por Eva, las tres lo miraron, y Menchu contestó:

—Sí..., y me ha dado un mensaje para ti.

Damián suavizó el gesto al oír eso. En su fuero interno necesitaba tener noticias de aquella mujer que lo llevaba por la calle de la amargura y, movido por la curiosidad, preguntó:

—¿Y qué te ha dicho?

Menchu asintió. Eva no le había dicho nada para él, pero como necesitaba que Damián la olvidara, soltó:

—Me ha dicho que te diga que los mejores éxitos llegan tras las grandes decepciones y que le encanta el dulce de leche argentino.

El rostro de Damián se crispó. Aun en la distancia, aquella maldita bruja lo hacía enfadar. De inmediato, dio media vuelta y se alejó. No quería oír nada más.

Noelia y Laura miraron boquiabiertas a Menchu, que cuchicheó:

—Es mentira. Eva no le ha mandado ningún mensaje, pero estoy convencida de que le encantará que se lo haya dicho.

Las dos mujeres sonrieron, y Noelia, observando cómo Menchu cogía un trozo de pan y se lo metía en la boca, murmuró:

—¿Quién eres tú y dónde está mi amiga?

## Capítulo 6

A Menchu se le hacían raros los días sin mamá Clara. Estaba acostumbrada a visitarla a diario en la residencia cuando no estaba de viaje, y de pronto eso había acabado y la joven se sentía sola, muy sola. Comenzó a ir los jueves por la mañana al cementerio para llevarle flores, un lugar triste, pero que a ella la hacía sentir que estaba más cerca de la anciana.

Un trabajo para el diseño de una página web hizo que tuviera que viajar a Italia, concretamente a Verona, donde en su tiempo libre pudo visitar sitios tan increíbles como la casa de Julieta, en via Cappello, y también la basílica de San Zenón.

Allí salió a cenar con los clientes que habían contratado sus servicios como diseñadora de páginas web, y aquellos italianos, con su galantería y su amabilidad, la hicieron sentir especial.

Una de las noches, mientras leía un interesante libro en la cama del hotel, su móvil pitó. Era un wasap de Lucas:

Gafitas, ¿cómo va todo?

Le gustó leer su mensaje, pues significaba que se acordaba de ella. Dejó el libro a un lado y respondió:

Verona es una maravilla.

Durante unos segundos esperó y, cuando su móvil pitó de nuevo, leyó:

Sin duda, mejor que la base donde estoy yo esta noche.

Menchu sonrió. Imaginárselo allí la hizo sonreír, y contestó:

No te quejes. Te gusta tu trabajo.

La respuesta no tardó en llegar:

Sí. Pero creo que me atrae más Verona en este instante.

Durante un rato estuvieron intercambiándose mensajes, interesándose por las cosas que hacían el uno y el otro, hasta que él preguntó:

¿Cuándo regresas?

Menchu se apresuró a responder:

El jueves.

Durante unos segundos esperó que él le escribiera pidiéndole que se vieran, pero cuando el móvil volvió a sonar, simplemente leyó:

Pásalo bien. Descansa.

Y, suspirando por aquel hombre que tanto le gustaba, tecleó con cierta tristeza:

OK. Un beso.

Consciente de que aquello que ella tanto deseaba era un tema imposible, iba a dejar el móvil sobre la mesilla cuando éste volvió a sonar.

¿Sólo un beso?

Menchu soltó una carcajada. No sería la primera vez que entraban en un juego caliente vía mensajitos y, dispuesta a ello, respondió:

Un beso me llevaría a otro y...

Estaba sonriendo cuando recibió:

¡¿Y...?!

Ella se acaloró, pero escribió:

Te desnudaría... Te echaría nata por encima y te comería.

Una vez que hubo enviado el mensaje, esperó respuesta, que no tardó en llegar:

Creo que antes te comería yo a ti sin nata. ¿Y sabes por qué?

Divertida, preguntó:

¿Por qué?

Y al poco leyó ansiosa su respuesta:

Porque me lo pedirías con la mirada. Me suplicarías que te hiciera eso que tanto te gusta y tanto te hace jadear de placer.

Menchu se dio aire con la mano. Cuando Lucas se ponía así, la acaloraba muchísimo. No obstante, sin cortarse, respondió:

Eso..., siempre y cuando no fuera yo la que se adelantara y te hiciera eso que tanto te gusta a ti.

Tan pronto como le dio a «Enviar», se tapó la boca. ¡Él la hacía ser muy osada!

Así estuvieron durante un rato.

Se calentaban...

Se tentaban...

Se provocaban...

Hasta que, a las dos de la madrugada, cuando ya no podían más, decidieron dar por aplazada la ardorosa e incendiaria conversación, prometiéndose acabarla

en persona en cuanto pudieran.

Esa madrugada, cuando Menchu apagó la luz de la habitación, estaba tan excitada que se consoló ella sola, mientras pensaba que era Lucas quien la tocaba.

\* \* \*

Dos días después de intenso y productivo trabajo, regresó a España y, cogiendo su coche, que había dejado aparcado en el aeropuerto, se dirigió a Sigüenza. A su hogar.

Al llegar al pueblo y pasar por delante de la residencia donde había estado ingresada su tía, suspiró. Debía parar y recoger sus pertenencias. No podía retrasarlo más.

Con una pena increíble, habló con la directora del centro, saldó la cuenta pendiente y recogió la caja que le tenían guardada con los objetos personales de mamá Clara. Tras despedirse de varios abueletes que se le acercaron a saludarla, salió y, al entrar en su coche, dos lagrimones rodaron por su rostro.

Estaba secándoselos cuando vio un marco de fotos y sonrió al cogerlo. En él había una fotografía de su tía y ella de hacía varios años en la puerta del parador de Sigüenza. Le habían hecho aquella foto el primer día que comenzó a trabajar allí, y Menchu se emocionó.

¡Cómo pasaba el tiempo!

Veinte minutos después, al llegar a su casa y dejar la caja de su tía en una estantería del salón, miró a su alrededor y se sintió tremendamente sola.

Por sus continuos viajes, no se había permitido tener un animalito en casa que le hiciera compañía y, aunque todos la animaban a tener un perro o un gato, nunca se había decidido, pues debería pensar en el animal cuando ella estuviera fuera de casa.

Conforme pasaban los segundos, comenzó a sentir que la pena la embargaba. Entonces le sonó el móvil y lo atendió. Era trabajo, y el trabajo la hacía olvidar. Y así fue, pues enseguida tuvo que encender el ordenador y, durante horas, se dedicó en cuerpo y alma a solucionar temas de la empresa.

Cuando cayó la noche, sin muchas ganas de cocinar, se preparó un sándwich y se sentó ante el televisor. Eso la distraería. Así estuvo un rato, hasta que,

cogiendo su teléfono móvil, buscó un nombre y escribió un wasap.

¿Qué haces?

Lucas, que estaba tomándose algo en ese instante con una preciosa morena, sonrió al ver el mensaje y, disculpándose con aquélla, se alejó unos metros y la llamó. Le gustaba hablar con Menchu.

Cuando ella contestó, Lucas la saludó mientras miraba a su alrededor:

—Buenas..., veo que ya has regresado de tu viaje.

Al oír su voz, Menchu sonrió y, sentándose erguida en el sofá, respondió:

—Sí. Te dije que volvía el jueves.

Por su respuesta, Lucas entendió la llamada. Menchu no era una chica complicada. E, intentando desviar la conversación, preguntó:

—¿Todo bien por Italia?

—¡Perfecto! Todo estupendo. Les encantó mi presentación de su página web.

Él sonrió. Sabía lo mucho que le gustaba su trabajo.

—¿Y tú qué tal estás? —preguntó a continuación.

Menchu se encogió de hombros.

—Bien. Aunque hoy, al regresar, he recogido las pertenencias de mi tía en la residencia y, bueno..., imagínate.

Él asintió. Sin duda no habría sido agradable.

—¿Te apetece venir a mi casa a terminar cierta conversación que tenemos pendiente? —le sugirió ella entonces.

Lucas contuvo el aliento, sabía a qué se refería, pero miró a la morena de increíbles curvas que lo esperaba a escasos metros e indicó:

—No puedo.

—¿Estás en la base?

Se sintió mal..., ¡fatal!

Sabía que, a pesar de ser siempre claro con Menchu, no lo estaba haciendo bien y, sin ninguna razón para mentir, respondió:

—No. No estoy en la base. —Y, antes de que ella insistiera, aclaró—: Estoy tomando algo con una amiga y tengo planes con ella.

Al oír eso Menchu cerró los ojos, e, intentando no parecer más patética de lo que ya se sentía, se apresuró a responder:

—Uf..., lo siento. Espero que lo pases bien. Te dejo... Te dejo...

—Si quieres, mañana te llamo y...

—Es igual. Ya te llamaré yo —lo interrumpió horrorizada—. Adiós.

Sin más, tremendamente apurada y abrumada, cortó la llamada.

Mientras tanto, Lucas miró el teléfono mudo y se sintió fatal. Era un cabrón.

Durante un rato dudó acerca de qué hacer. Algo en él le pedía que fuera con Menchu, pero otra parte de sí mismo le gritaba que no. Ambos no querían lo mismo en la vida. Por ello, al final, se acercó a la morena, llamó al camarero, y dijo mirando a aquélla, que lo miraba a su vez con una sonrisa:

—¿Otra copa, preciosa?

En su casa, Menchu maldijo en silencio una vez que hubo colgado el teléfono.

¿Por qué había tenido que llamarlo?

Durante un rato permaneció en el sofá viendo la televisión. Intentó centrarse en la película que estaban echando, pero no lo conseguía. Se sentía mal, muy mal.

¿Cuándo iba a terminar con aquel complicado juego en el que sólo sufría ella?

Molesta y enfadada consigo misma, se fue a la cama, cogió un libro y comenzó a leer. Sin duda, la inquietante historia de aquel libro la haría olvidar, y así fue. La lectura la ayudó a desconectar.



## *Capítulo 7*

El viernes por la tarde, el agobio de Menchu era tremendo. Se presentaba por delante un largo fin de semana para el que no tenía planes, y sabía que si salía por Sigüenza con seguridad se toparía con Lucas. Por ello, y para evitar el bochornoso encuentro tras la llamada de la noche anterior, decidió llamar a su amiga Marcela, de Madrid, y tras coger su coche se fue a pasar el fin de semana con ella a su casa.

El sábado, cuando se levantaron, se dirigieron al Retiro, donde pasearon durante horas, se sentaron, montaron en barca y charlaron de mil cosas, excepto de Lucas. Menchu no quería hablar de él.

A la hora de la comida decidieron comerse unos bocadillos sentadas en un chiringuito del parque, y sobre las cinco de la tarde quedaron en la boca del metro de Sol con el novio de Marcela y un amigo de éste que ya conocía a Menchu.

Una vez que los cuatro se juntaron, ella se dio cuenta de su error. Ángel, aquel chico con el que ya se había acostado un par de veces, la miraba feliz. Se conocían desde hacía un año y se notaba que quería algo con ella.

Ángel era farmacéutico, un tipo estupendo y encantador, pero cuando lo veía ella no sentía nada más que cariño por él, y sabía que no se estaba comportando bien. En cierto modo, hacía con él lo mismo que Lucas hacía con ella. Lo utilizaba cuando no tenía nada mejor. Sin embargo, sin querer pensar en ello, aceptó el brazo que él le ofrecía y todos juntos decidieron ir al cine, a la sesión de las siete. Acababan de estrenar una película de acción protagonizada por su amiga Noelia que querían ver.

Mientras esperaban a que la proyección comenzara, a Menchu le vibró el



Esa noche se tomaron unas copas en un local de moda y luego los cuatro decidieron ir a casa de Marcela. Una vez allí, las dos parejas se refugiaron en diferentes estancias.

En la habitación, a solas, Ángel volvió a besar a Menchu, y ella se lo permitió.

Por su manera de besarla, de acariciarla, de mirarla, se notaba cuánto la deseaba, y, consciente de ello, la joven lo miró a los ojos y murmuró:

—Sabes que esto no cambia nada, ¿verdad?

Ángel asintió.

A Menchu le dolió verlo asentir como ella asentía a Lucas. Sin embargo, se centró tan sólo en lo que deseaba en ese momento, acercó de nuevo su boca a la de él y lo besó, momento en el que él hizo lo que llevaba toda la noche deseando y, abrazándola, la pegó a su cuerpo para hacerle ver lo duro que estaba por ella.

Menchu se excitó y, egoístamente, olvidándose de la magia, sólo pensó en ella. Se centró en disfrutar del caliente momento con Ángel cuando él le bajó la cremallera del pantalón e instantes después cayó a sus pies, y pensó: «¿Acaso no me lo merezco?».

## Capítulo 8

El domingo por la mañana, tras pasar una interesante noche con Ángel, cuando éste se fue junto al novio de Marcela, su amiga miró a Menchu con una sonrisa y cuchicheó:

—Ángel es un buen tío, ¿verdad?

Ella asintió. Sin duda lo era.

Iba a responder cuando le sonó el teléfono. Había recibido un mensaje de Noelia.

¿Te apetece quedar a comer? Tengo algo que contarte.

Con una sonrisa, le respondió:

Estoy en Madrid, pero sobre las ocho estaré por Sigüenza. Te llamo para vernos y me cuentas.

Su amiga le contestó con un «¡OK!» y Menchu dejó el teléfono sobre la mesa.

—¿Qué te parece si nos vamos los cuatro el fin de semana que viene a Segovia? —prosiguió Marcela—. Creo que lo podríamos pasar muy bien, ¿no te parece?

Menchu sonrió al oír eso y, mirando a su amiga, preguntó:

—¿Y eso a qué viene ahora?

Marcela se sentó junto a ella y, al ver su gesto contrariado, insistió:

—He pensado que, tras lo ocurrido con Ángel, te apetecería volver a verlo.

Menchu suspiró. Su amiga no se rendía.

—Ángel es un buen tipo —contestó, tratando de ser prudente—. Lo pasamos

bien cuando nos vemos, pero no quiero nada más con él.

Marcela asintió. Aunque no habían hablado de Lucas, sabía lo que su amiga sentía por él, y preguntó:

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que ese policía no es lo que tú necesitas?

—Marcela...

—En serio —continuó diciendo ella—. No conozco al tal Lucas, pero por lo que me has contado de él, creo que es un tipo que sólo te utiliza...

—Como yo utilizo a Ángel —finalizó Menchu.

Marcela se calló. Miró a su amiga, y Menchu, cogiéndola de las manos, indicó:

—Te cueste entenderlo o no, Lucas no me engaña a mí, como tampoco yo engaño a Ángel. Somos todos adultos y...

—Pero, Menchu, yo creo que...

—Sé lo que crees, y no te voy a quitar la razón. Pero se trata de mi vida, y te aseguro que yo no haría feliz a Ángel, del mismo modo que Lucas no lo sería conmigo.

Una vez que hubo dicho eso, Marcela no volvió a hablar del tema, y un rato después se despidieron con cariño y Menchu cogió su coche y regresó a Sigüenza.

\* \* \*

Una hora más tarde, cuando entró en el pueblo, detuvo el vehículo y le envió un mensaje a Noelia. Su amiga le dijo que estaban en una terracita a las afueras tomando algo y, tras darle la ubicación, Menchu condujo hasta allí.

Cuando llegó, paró el coche y de inmediato vio salir a Irene y a Almudena, las hermanas de Juan, y a algunos periodistas en la puerta. Sin duda se había filtrado el rumor de que la actriz estaba allí.

Ignorando a los periodistas, Irene y Almudena saludaron a Menchu con la mano, y la segunda le indicó:

—Están dentro. En la segunda terraza.

Ella asintió, les dijo adiós y aparcó su coche en la plaza que ellas dejaron libre.

Luego se encaminó adentro sin tiempo que perder y, al doblar una esquina, se

dio de bruceos con dos tipos. Al levantar la vista vio que eran Emilio y Lucas.

—Hombre..., la viajera —dijo este último.

Su manera de mirarla y su sonrisa la hicieron derretirse, pero intentó parecer impassible a sus encantos, así que Menchu los saludó con una sonrisa y prosiguió su camino.

Sin mirar atrás, llegó hasta donde se encontraban Noelia, Juan, Laura y otros muchos y, al ver copas de champán sobre la mesa, preguntó:

—¿Qué se celebra aquí?

Noelia se levantó rápidamente de la mesa y, aproximándose a ella, le explicó con una enorme sonrisa:

—Estoy nominada a unos premios canadienses.

Menchu abrazó a su amiga encantada y afirmó:

—Si es que la que es buena..., ¡es buena!

Noelia estaba feliz.

Juan, tan encantado como su mujer, se les acercó enseguida con tres copas de champán, les entregó una a cada una y dijo, agarrando a Noelia por la cintura:

—¡Brindemos por mi mujercita!

Cuando, pocos minutos después, Lucas regresó con Emilio acompañados de unas chicas, Menchu lo observó. Estaba en todo su derecho de ir con quien quisiera, como ella, pero al verlo reír mientras charlaba con una de ellas, sintió que el estómago se le revolvía.

¿Por qué se obligaba a soportar algo así?

¿Por qué era incapaz de acabar con algo que le hacía tanto daño?

Una hora más tarde, cuando su nivel de tolerancia llegó a su límite, se encaminó hacia el baño, pero, al llegar, se lo encontró saliendo del de caballeros. Sonriéndole seductor, él se detuvo a su lado al ver que nadie los observaba.

—No respondiste a mi mensaje, Gafitas —le dijo.

Menchu, que sabía a qué se refería, replicó:

—No tenía por qué.

—¡Ehhhh! —Él rio al ver su ceño fruncido—. Si estás mosqueada, no lo pagues conmigo.

La joven se mordió el labio.

Deseaba decirle que estaba mosqueada con él, que no soportaba verlo tontear con otras, pero, incapaz de hacerlo, iba a replicar cuando él bajó la voz y añadió:

—Se me presenta una inquietante noche por delante.

—¡Estupendo! —exclamó ella sonriendo con ganas de estrangularlo. E, incapaz de seguir sintiéndose tan tonta, agregó—: Escucha, Lucas. He estado pensando y he tomado la decisión de que hay ciertas cosas entre nosotros que deben terminar. Lo más sensato es que a partir de ahora simplemente seamos amigos.

Sin cambiar su gesto, a pesar de no gustarle lo que oía, él la miró y preguntó:

—¿Puedo saber por qué?

Nerviosa, Menchu mintió:

—He conocido a alguien especial y...

—¡Sin problemas! —la cortó él, sin dejarla terminar.

Ella asintió. Su indiferencia le dolía.

—¡Perfecto! —afirmó.

Durante una fracción de segundo ambos se miraron con intensidad, hasta que Lucas sonrió con su característica frialdad y cuchicheó:

—Espero que, sea quien sea, te trate bien y, si no es así, dímelo y le partiré la cara.

La joven intentó sonreír cuando él, sin cambiar su gesto guasón, prosiguió:

—No te preocupes, Gafitas, mantendremos las distancias. Pero al menos dime que lo pasaste bien este fin de semana con ese alguien especial.

Con fingida tranquilidad, la joven asintió.

Ángel era un buen amante, pero excesivamente pausado, nada que ver con el sensual y ardiente Lucas. Sin embargo, no dispuesta a revelar ese detalle íntimo, afirmó con una significativa sonrisa:

—Sólo diré: ¡increíble!

A Lucas se le erizó el vello del cuerpo al oír eso, pero sin querer atender aquella señal de incomodidad, sonrió y murmuró, tras darle un beso en la mejilla:

—Así me gusta..., que disfrutes de la vida.

Acto seguido, sin querer pensar más en lo ocurrido, prosiguió su camino sin mirar atrás, mientras Menchu entraba en el baño.

La joven se echó agua en la nuca y, mirándose al espejo, cuchicheó:

—Es lo mejor... Es lo mejor...

Esa noche, cuando todos se despidieron para regresar a sus casas, Lucas,

acompañado de Emilio y Damián, vio cómo ella, tras sonreírle a Noelia, se encaminaba hacia su coche. Aquélla era la segunda mujer en la vida que le llevaba la contraria. La primera era su madre. Cuando el coche de Menchu se alejó, oyó a Emilio preguntar:

—¿Tomamos la última en el Croll?

Y, sin dudarlo, Lucas aceptó. ¿Por qué no, si no tenía que rendirle cuentas a nadie?



## Capítulo 9

Durante los siguientes diez días, tanto Menchu como Lucas procuraron mantenerse alejados el uno del otro, pero el destino parecía no querer permitirselo.

Intentaban no ir a los sitios de siempre para no encontrarse, pero, fueran a donde fuesen, terminaban coincidiendo y, aunque se saludaban porque tenían muchos amigos comunes, la mayoría de las veces trataban de no acercarse al otro.

En ocasiones, las cosas había que cortarlas de raíz, y Menchu así lo había decidido.

Le había prometido a mamá Clara que no desperdiciaría su vida con alguien que no la mereciera y que encontraría la magia del amor y, sin duda, el primero a quien debía tachar de su lista era Lucas.

El jueves por la mañana, tras pasar por la floristería, se dirigió al cementerio. Entró y vio a una muchacha al fondo. Según caminaba se dio cuenta de que ésta estaba frente a la tumba de mamá Clara, y eso la sorprendió.

¿Quién era?

Con paso seguro, caminó hacia la joven y rápidamente observó que no la conocía de nada.

—Hola —la saludó cuando llegó a su lado.

La chica se sobresaltó. Enseguida se volvió para mirarla y murmuró con gesto apurado:

—Lo... lo siento. No quería molestar.

Al ver la incomodidad de la muchacha, que parecía tan joven, Menchu sonrió y, dejando las flores que llevaba en la mano sobre la tumba de mamá Clara, le

respondió:

—Tranquila. No molestas, y a mamá le encantará tu visita.

Ambas se miraron, y entonces la chica se presentó tendiéndole la mano:

—Soy Inés.

Al oír ese nombre y ver sobre la lápida unas flores de colores, la mente de Menchu recordó algo que mamá Clara le había contado.

—Tú eres la chica que alguna vez la había visitado en la residencia, ¿verdad? —preguntó.

La joven asintió con gesto asustado e indicó con tristeza:

—Sí. Mi abuela estaba allí, aunque, bueno..., murió hace días.

Apenada, Menchu suspiró y, acercándose a ella, la abrazó con cariño y murmuró:

—Lo siento mucho, Inés. Mucho.

Sin apartarse, la joven lloró por su triste pérdida, se abrazó con desesperanza al cuerpo de Menchu y musitó:

—Gracias.

Una vez que se hubieron separado, ambas miraron la lápida de mamá Clara, e Inés dijo:

—Tú eres Menchu, ¿verdad?

La aludida asintió, y la chica añadió con una triste sonrisa:

—Tu tía siempre me hablaba de ti. Te quería mucho.

—Lo sé —afirmó ella conmovida—. Tanto como yo a ella.

De nuevo se quedaron en silencio, y permanecieron así durante un rato, hasta que la joven declaró mirándola:

—He de irme. Tengo que coger el autobús de Guadalajara.

Menchu asintió y preguntó curiosa, al ver que sobresalían unos libros de su bolso:

—¿Tienes clase?

La joven, que parecía tremendamente vergonzosa, indicó.

—Sí, pero no he ido para venir aquí —explicó. Menchu la miró sorprendida, y luego ella preguntó—: ¿Te importa que cuando venga a ver a mi abuela le deje unas flores a Clara?

Menchu sonrió con cariño por su bonito gesto.

—Claro que no —contestó—. A ella le gustará mucho.

Dicho esto, la joven se acercó para darle dos besos a Menchu y, con una preciosa sonrisa, se marchó.

Ella se volvió entonces para mirar la lápida donde estaba enterrada su tía y, tocando con un gran cariño el frío mármol blanco, murmuró:

—Hola, mamá Clara. Ya estoy aquí.

Durante una hora permaneció en el cementerio y, después, cogió de nuevo su coche y regresó a casa. Una vez allí, abrió el ordenador y comenzó a trabajar. Por suerte, el trabajo le iba bien.

Al cabo de un rato, su teléfono móvil sonó. Al ver que se trataba de Tomi, lo cogió con una sonrisa y, antes de que pudiera saludarlo, oyó:

—*Hello, darling!* ¿Cómo está mi desastre favorito?

Menchu sonrió. Tomi la llamaba desastre porque se negaba a ponerse en sus manos. Según él, necesitaba un cambio radical, algo que ella nunca le permitía.

—Tu desastre está bien —respondió y, recordando la diferencia horaria de España con Los Ángeles, preguntó—: ¿Ocurre algo?

Tomi, que acababa de llegar de una fiesta con su novio el pianista, bajó el tono y contestó:

—*I need you!*

—¿Y para qué me necesitas? —reclamó ella sonriendo.

En ese instante, Peterman pasó por detrás de Tomi y, cuando le dio un cariñoso beso en el cuello y luego se alejó, él cuchicheó acalorado:

—¡Por el amor de Diosrrrrrrrrrrrr! Mi novio es imponente... —Pero se centró en la conversación y respondió—: Necesito que vengas, ¡sin más!

—Tomi, escucha...

—¡Ah, no! —la cortó él—. No..., no..., no...

—Tomi..., intentaré ir para tu cumpleaños.

El joven maldijo al oír eso. Para su cumpleaños todavía quedaban meses, por lo que respondió:

—Ni se te pase por tu descontrolada cabeza decirme que no vas a venir a mi *birthday*, porque te juro que ¡hago huelga de hambre!

Menchu sonrió. Si algo le gustaba a Tomi era comer. ¡Todo lo arreglaba comiendo!

Al oírla reír, él bajó el tono y preguntó:

—¿Algo nuevo entre mi Batman preferido y tú?

Menchu resopló. Le hablaba de Lucas.

—Nada —dijo—. Bueno, sí, ya no nos acostamos.

—¡Uooooooooooooo! —chilló Tomi—. ¡Eso no te lo crees ni tú!

—Te estoy diciendo la verdad.

—Que no..., ¡que me estás mintiendo!

—Tomi, escucha, he recapacitado y...

—Pero ¿te has vuelto *crazy*?

—No.

—¿Te has quedado ciega?

—No.

—¿Brad Pitt, Colin Firth, Bradley Cooper o Jared Leto han llamado a tu puerta y estás saliendo con alguno de ellos?

Divertida, Menchu sonrió y negó con la cabeza.

—Por desgracia, no.

Tomi se tocó su pelo de color avellana y, mientras se colocaba el flequillo, preguntó entonces levantando la voz:

—Pero ¿cómo te vas a privar de revolcarte con ese *macho man* de *body* apolíneo y deslumbrante?

—Pues ya ves...

—¡Por el amor de Diorrr! Pero, *queen*, ¿qué estás diciendo?

Menchu intentó explicarle las cosas, pero él se negó a entenderlas. Según Tomi, debía seguir disfrutando de aquel adonis todo lo que pudiera y más. Aunque, finalmente, Menchu levantó la voz y exclamó:

—¡Se acabó! No quiero seguir hablando de ello, ¿entendido?

Tomi resopló y, asomándose a la ventana del bonito chalet en Los Ángeles, musitó:

—OK, *my love*. Ya hablaremos de eso en otro momento, aunque dudo que mi Mariliendre te mire y tú no te derritas como un helado de fresa bajo el sol. —Y, dramatizando, prosiguió—: Pero que sepas que si el día de mi *birthday* no entro en mi precioso y *divine* traje plateado de Calvin Klein que me he comprado para la ocasión, será culpa tuya por crearme esta preocupación.

—Sí, claro —se mofó Menchu.

Cuando iba a decir algo más, oyó los ladridos de sus perras, y Tomi se le adelantó:

—Te dejo. *Greta* y *Rita* ya se están peleando. *Bye!* Hablamos.

Una vez que el teléfono quedó mudo, Menchu sonrió y pensó en aquel loco amigo que se había echado años atrás cuando un día él y Noelia aparecieron en el parador de Sigüenza, donde ella trabajaba. Mucho había llovido desde entonces, pero su amistad se había afianzado, hasta el punto de que a Tomi era al único al que no podía engañar. Siempre la pillaba.

\* \* \*

Esa tarde, cuando estaba tirada en el sofá de su casa viendo una película, recibió una llamada de Noelia y quedó con ella en una terraza donde siempre les dejaban un sitio especial para que la gente no molestara a la actriz pidiéndole fotos.

Cuando Menchu llegó, vio a sus amigos Juan y Noelia con las hermanas de éste, Almudena e Irene.

—¡Frita! —estaba diciendo esta última—. Frita me tienen tus sobrinitos. — Juan sonrió, y su hermana prosiguió—: Rocío ahora dice que quiere quedarse otros seis meses más en Londres. Que tiene un buen trabajo en una tienda de ropa y...

—Está estudiando el idioma, ¡no te pongas pesada! —replicó Juan.

Su comentario los hizo sonreír a todos. No dudaban de que Rocío estuviera aprendiendo inglés, pero tampoco que la jovencita se lo estuviera pasando fenomenal ella sola en Londres.

—¿Y Javi? —prosiguió Irene—. ¿Qué me dices del niño, que ahora quiere ser geo como tú? Según él, quiere salvar el planeta de los villanos como hacen su supertío y sus superamiguitos.

—Orgullosa me hace sentir —afirmó Juan.

Noelia sonrió y, tocando con cariño el brazo de Irene, que se sulfuraba por todo, matizó:

—Será un hombre de provecho. Piensa en ello.

Irene se sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, momento en el que Almudena cuchicheó:

—Atención. Ha llegado el momento drama.

Irene le dio un empujón con el brazo y todos rieron mientras le soltaba a su

hermana:

—Cuando Joel sea un puñetero adolescente lleno de granos y continuos reproches hacia ti, ¡la que me reíré seré yo!

Almudena, consciente de que ella tendría que pasar por los mismos disgustos que su hermana con sus tres hijos, declaró:

—Por suerte, yo te tendré a ti y lloraremos juntas.

Todos volvieron a reír, y mientras Irene se guardaba de nuevo el pañuelo, indicó:

—Y luego está Ruth, que ha pasado de amar al osito Sito a estar colgada del teléfono todo el día hablando con chicos y metiéndose calcetines en el sujetador.

Las mujeres soltaron una carcajada. Ruth estaba en el proceso de dejar de ser una niña.

—Hablaré con ella muy seriamente —dijo Juan severo.

Noelia miró a su guapo marido y lo besó.

—No te metas donde no te llaman o, como dice el abuelo Goyo, saldrás escaldado —murmuró.

Volvieron a reír, y Damián, que había permanecido escuchando en silencio, tosió y luego preguntó:

—¿Y qué sabéis de la señorita Metomentodo?

Los demás lo miraron. Preguntaba por Eva, e Irene, enfadada porque su hermana pequeña se hubiera marchado a Argentina por culpa de aquél, le soltó con toda su mala baba:

—A la última persona a la que le contaría algo de Eva María sería a ti.

—¡Irene! —protestó Almudena mirándola.

Damián no dijo nada. Era consciente de que él mismo había creado una historia creíble por la marcha de Eva que no lo dejaba a él en un buen lugar.

—Y se llama Eva María, ¡no señorita Metomentodo! —musitó Irene molesta.

Juan, con una sonrisa, miró a un descolocado Damián e indicó, encogiéndose de hombros:

—Tú has preguntado..., tú has pillado.

Molesto, su amigo se levantó, momento en el que Noelia le pidió a su marido:

—Anda..., ve con él.

Con una sonrisa, Juan se levantó a su vez y, tras darle un beso a su mujer,

miró a su hermana Irene y cuchicheó:

—Tranquilízate, y no seas tan dura, porque Eva también tiene lo suyo.

En cuanto él se alejó, Irene miró a las mujeres que tenía a su alrededor y preguntó, bajando la voz:

—¿Me he pasado con Damián?

Todas asintieron, y Menchu, que era la única que sabía la verdad sobre lo ocurrido entre ellos, afirmó, haciendo un gesto con los dedos:

—Un poquito.

Veinte minutos después, cuando Almudena e Irene se marcharon, Juan, Damián, Emilio y Carlos se acercaron a ellas y las risas volvieron a sonar, hasta que se oyó el ruido bronco de una moto y, al asomarse, Damián indicó:

—Es Lucas.

Poco después, el aludido se acercó a saludarlos, y Noelia, al ver que aquél no le ofrecía una de sus encantadoras sonrisitas a Menchu, preguntó mientras observaba cómo se marchaba de nuevo:

—¿Y a éste qué bicho le ha picado ahora?

Menchu suspiró, y su amiga, que conocía sus gestos, insistió:

—¿Qué no me has contado?

La joven dio un trago a su naranjada y, mirando cómo él se alejaba en su moto, explicó:

—Digamos que he decidido dejar de hacer el tonto.

—Pero ¿qué me dices?

Ella asintió. Aquello le estaba costando horrores.

—Se acabaron ciertas licencias con él —aclaró.

—Vaya..., Tomi tenía razón.

Al oír eso, Menchu miró a su amiga, y Noelia afirmó sonriendo:

—Tomi me llamó y me lo contó, pero no lo creí. ¿En serio ya no...?

—No.

Sorprendida, Noelia levantó las cejas y, cuando iba a hablar, Menchu matizó:

—Si no te importa, por favor..., por favor..., no quiero hablar de ello.

Su amiga asintió. Le tocó la mano y, mirándola, susurró:

—Aquí estoy para lo que necesites.

Ella sonrió.

—Lo sé.

En esos días tampoco se habían mandado ni un solo wasap, cosa que a Lucas le había costado más de lo que en un principio habría creído.

Menchu era una buena amiga y le gustaba hablar con ella, algo que no hacía con ninguna otra mujer, pero lo respetó. Si ella así se lo había pedido, no había más que hablar.



## Capítulo 10

El viernes, cuando Menchu se levantó, el día era espectacular. El sol iluminaba de una manera especial el cielo, y, dispuesta a disfrutar del aire puro de la montaña, se calzó sus deportivas y, tras meter en su mochila una botella de agua fresca, salió de su casa, cogió su coche y se encaminó hacia el mirador de Pelegrina, más conocido por la gente como el de Félix Rodríguez de la Fuente.

Mientras conducía, canturreaba la canción *No vaya a ser*, del maravilloso Pablo Alborán, al tiempo que se convencía a sí misma de que lo que le había dicho días antes a Lucas era lo mejor.

Cuando llegó al mirador, sonrió al encontrarse con otros excursionistas, que, como ella, disfrutaban del día y de las vistas que ofrecía el lugar.

Tras aparcar el coche, cogió su mochila y bajó. Aquel sitio era uno de sus lugares favoritos por los bonitos recuerdos que le traía de mamá Clara. Muchas habían sido las veces que, juntas, habían ido a aquel lugar para simplemente hablar de sus cosas mientras tomaban un bocadillo, sonreían y observaban el maravilloso atardecer y, con suerte, veían volar algún buitre leonado.

Al pensar en ella, las lágrimas acudieron a sus ojos, pero las contuvo. Mamá Clara no querría que llorara. Con seguridad, caminó hacia un lado y se sentó, sacó su botella de agua y, olvidándose de las pocas personas que había a su alrededor, se dedicó a observar las maravillosas vistas de toda la hoz del río Dulce. Sólo quería eso: observar y olvidar.

Así estuvo un buen rato, hasta que de pronto oyó a una mujer gritar. Al levantar la vista, vio que se trataba de una mujer que, asustada, pedía ayuda para su hijo, que parecía estar ahogándose.

Enseguida se organizó un revuelo entre los excursionistas. Menchu se

levantó. El niño, de no más de diez años, se ahogaba con el gajo de una mandarina y, recordando el curso que le habían dado cuando trabajaba en el parador, se dispuso a ayudar. Sin embargo, de pronto, de entre la gente apareció Lucas, que, tomando el control de la situación, cogió al muchacho, lo colocó delante de su cuerpo y, poniendo ambas manos sobre su estómago, comenzó a presionar hacia dentro y hacia arriba, fuerte y rápido, hasta que el gajo de mandarina salió por la boca y el chaval empezó a toser.

Los excursionistas, al ver aquello, se pusieron a aplaudir mientras la madre abrazaba al niño y lloraba por el susto vivido y luego le daba mil veces las gracias a Lucas, que sonreía y la tranquilizaba.

Menchu lo observaba boquiabierto cuando, de pronto, él se dio la vuelta para marcharse y, al verla, murmuró, levantando las manos:

—Tranquila, ¡me esfumo!

Ella no dijo nada. Sólo lo observó mientras él se dirigía hacia su moto, se ponía el casco y se iba sin mirar atrás.

Bloqueada por habérselo encontrado allí, una vez que se calmó el revuelo por lo ocurrido, volvió a sentarse donde estaba minutos antes y dio un trago a su botella de agua.

¿Qué hacía Lucas allí?

\* \* \*

Un par de horas después, tras haber disfrutado del lugar y sus vistas, Menchu cogió el coche y decidió acercarse a la cascada de Gollorio, otro de los lugares que más le gustaban.

Tras aparcar, se encaminó directamente hacia la cascada. El acceso era un poco complicado, pues el sendero aparecía y desaparecía por momentos, e incluso tuvo que trepar por alguna roca para continuar.

Como antes en el mirador de Pelegrina, allí también había quien admiraba la bonita cascada. Eran una parejita y, por cómo se besaban y se hacían arrumacos, Menchu pensó que habían ido hasta allí a buscar intimidad más que a contemplar el paisaje.

Alejándose de ellos para no cortarles el rollo, estaba contemplando la cascada cuando oyó a su espalda:

—Que conste que esta vez yo he llegado antes.

Esa voz...

Se dio la vuelta enseguida y, al encontrarse con Lucas, que estaba sentado sobre una piedra, iba a decir algo cuando él añadió:

—Creo que te toca irte a ti.

Boquiabierta, Menchu lo miró y repuso, frunciendo el ceño:

—Me iré cuando yo decida, no cuando lo digas tú.

—Uoooo, ¡qué humos!

Ella lo miró molesta y siseó:

—¡Anda y que te den!

Lucas sonrió por su respuesta. Era la primera vez que la muchacha le hablaba de ese modo y, sin moverse, afirmó, observando su cabello rizado y mal sujeto en una coleta alta:

—Muy bien. Pero que te quede claro que luego pienso ir a comer a Pelegrina, y cuando acabe visitaré su castillo. Te lo digo por si volvemos a coincidir, no vayas a creer que te estoy siguiendo.

Menchu volvió a mirarlo contrariada y siseó:

—Por mí, como si te vas a la luna.

Él sonrió de nuevo. Le hacían gracia sus contestaciones.

—Todo es proponérselo —repuso.

Evitando mirarlo, Menchu sonrió a su vez. El tono de voz de Lucas era relajado, y su sentido del humor siempre le había encantado. No obstante, sin más, se separó de él y continuó admirando la cascada.

Pero ya nada era igual. Saber que él estaba a escasos metros y que era probable que la observara en silencio hacía que estuviera en tensión, por lo que, sin dudarle, pasó junto a él y, sin mirarlo, dijo:

—Adiós.

—Adiós, Gafitas —respondió el geo.

Menchu se alejó con paso seguro por el sendero hasta llegar al parking, donde se quedó horrorizada al ver su coche. Pero ¿qué le había ocurrido?

Rápidamente se acercó a él y maldijo al comprobar que la rueda derecha delantera estaba pinchada.

¡Menuda faena!

Durante unos segundos pensó qué hacer. Nunca había cambiado una rueda

ella sola, por lo que, sacando de la guantera los papeles del seguro, decidió llamar a una grúa. Sin duda el hombre que acudiera a su rescate se la cambiaría.

Pero su rápido pensamiento se vio truncado cuando le dijeron que tardarían al menos tres horas en enviarle a alguien porque había habido un accidente en cadena en la autopista A-2 que había requerido de varias grúas de la zona y ninguna estaba libre para ir a ayudarla.

Horrorizada, miró a su alrededor y caviló. En aquel lugar apartado, sin tráfico y sin gente, sólo había dos coches estacionados. Uno de ellos era el suyo, y estaba aparcado junto a una moto que enseguida identificó como la de Lucas.

¡El desastre estaba asegurado!

Durante un buen rato esperó a ver aparecer a la parejita del otro coche, pero estaba claro que éstos no tenían ninguna prisa, por lo que al final decidió intentar cambiar la rueda ella sola.

Tampoco sería tan difícil.

Con paciencia, sacó la rueda de repuesto y el gato y los miró. ¿Dónde tenía que poner el gato para alzar el coche?

Sacó también el manual de usuario del vehículo y comenzó a leer.

Lo primero que tenía que hacer era aflojar las tuercas de la rueda antes de elevar el vehículo, pero la cosa se complicó cuando leyó que si tenía algún tornillo antirrobo debía aflojarlo con un adaptador.

¿Tenía tornillo antirrobo y adaptador?

Sin querer agobiarse, continuó leyendo. El manual indicaba el lugar exacto donde debía colocar el gato, una vez hecho lo anterior, para elevar el coche y extraer la rueda. Cuando ésta estuviera fuera, debía colocar en su lugar la de repuesto, poner los tornillos, apretarlos con las manos y, tras bajar el coche de nuevo al suelo, terminar de apretarlos con la llave.

—Si puedo diseñar páginas web, estoy convencida de que sabré cambiar la rueda de un maldito coche —afirmó con seguridad, mientras ponía música y la voz de Alejandro Sanz comenzaba a sonar.

Sin embargo, la cosa se complicó.

Los tornillos estaban tan apretados que, aunque colocaba la llave y se subía a ella para hacer presión, éstos no se movían, y Menchu maldijo como un camionero.

Calor...

Sol...

Desespero...

Cambiar una rueda, cuando no lo había hecho nunca, se estaba convirtiendo en una gran tortura, y más aún cuando oyó:

—¿Necesitas ayuda?

Esa voz...

Sin mirar atrás sabía de quién se trataba y, sudando por lo complicado que se lo estaban poniendo los malditos tornillos, siseó:

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Sí.

Lucas sonrió. Sin duda Menchu tenía más orgullo del que él había pensado.

—De acuerdo —asintió.

Ella no lo miró, pero con el rabillo del ojo observó que caminaba hacia su moto y su pensamiento fue: «¡Menudo culo tienes!».

De inmediato, se regañó a sí misma. Pero ¿qué hacía contemplando su trasero?

Con fuerza, prosiguió con lo que estaba haciendo, cuando vio a Lucas apoyado en su moto observándola con chulería, lo que la sacó de sus casillas.

—¿Me puedes decir qué miras? —le soltó.

Él, apoyado en la moto al más puro estilo James Dean, respondió:

—Ver cómo tu esfuerzo no sirve de nada.

Menchu cerró los ojos furiosa, y él añadió:

—Por cierto, tus gustos musicales son pésimos.

La joven resopló. Sin duda tenía ganas de jorobarla. Y ella siseó:

—Tú sí que eres pésimo..., no la música de mi Alejandro.

Lucas soltó una risotada que redobló el enfado de la joven.

Pero ¿quién era él para meterse con la música que escuchaba?

No tenía la culpa de lo que le había ocurrido con el coche, pero sí la tenía de estar llevándola al límite en ese justo instante, y eso la hizo mascullar molesta:

—Mira, chulito, ¡que te den!

Lucas soltó otra carcajada. Le gustaba que Menchu sacara el carácter, lo sorprendía.

Al verlo reír, ella se retiró el pelo de la cara, y sin pensar en las manos

renegridas que llevaba y con la cara tiznada de negro por la goma de la rueda de repuesto, protestó, señalándolo con la llave:

—Eres un imbécil.

—Pero ¿qué he hecho?

Enfadada con el mundo en general, ella respondió:

—Me enerva tu sonrisita, tu chulería al hablar y tu cara de suficiencia.

Lucas no podía parar de sonreír, y ella, a cada instante más enfadada, se bajó de la llave, la cogió de nuevo con la mano y, acercándose rápidamente a él, siseó:

—O dejas de reír o te juro que te estampo esta llave en la cabeza.

A él lo sorprendió su impetuosidad. Por la extraña relación que había mantenido con Menchu en los últimos años conocía ciertas facetas de ella que otros ignoraban; sin moverse de donde estaba, levantó las manos en el aire y murmuró:

—Vale..., vale..., me rindo.

Estuvieron unos segundos en silencio hasta que él preguntó curioso:

—Dijiste que habías conocido a alguien especial. ¿Por qué no está contigo?

Ella volvió a maldecir. No tenía por qué darle la más mínima explicación. Pero estaba mirándolo a los ojos cuando, de pronto, como si un imán los atrajera, ambos olvidaron lo que se habían dicho días antes, dieron un paso al frente y se besaron. Sus bocas se unieron, sus lenguas jugaron y sus cuerpos se fusionaron.

El beso se alargó. Ninguno parecía querer pararlo y, cuando por fin acabaron, Lucas la miró a los ojos y susurró:

—Y ahora, si sueltas la llave que tienes en la mano, mejor que mejor.

Menchu sonrió y preguntó:

—¿Me ves con la fuerza suficiente para hacerte daño?

Él le devolvió la sonrisa y, retirándole el pelo de la frente, afirmó:

—No. Tú nunca podrías.

Aquella seguridad en sus palabras le hizo ver a Menchu que la conocía demasiado bien y, sin protestar, abrió la mano y la llave cayó a sus pies. En efecto, nunca podría hacerle daño.

Luego, sin dudar, volvió a besarlo y él lo aceptó.

Segundos después, Lucas miró su rostro renegrido y cuchicheó sonriendo:

—La pintura de guerra te queda muy bien.

Sin entender a qué se refería, ella lo miró, y entonces él, moviendo uno de los espejos de su moto, lo puso frente a ella y, al verse, abrió los ojos y exclamó:

—¡Jodeeerrr!

Se soltó de él y fue hasta su coche a toda velocidad, abrió la mochila y, sacando unas toallitas húmedas, se quitó las gafas y se limpió la cara y las manos. Cuando acabó, Lucas, que se le había acercado, comentó con gesto divertido:

—Tranquila, gruñona, yo cambiaré esa maldita rueda.

—Gracias —asintió, poniéndose sus gafas de pasta.

De nuevo, la Menchu tímida estaba ante él, y Lucas sonrió cuando de pronto el ruido de un vehículo llamó su atención y vieron aparecer la grúa.

—Ahí llega tu caballero andante —se mofó.

Ella asintió. Quiso decirle que su caballero andante era él, pero calló. Mejor así.

\* \* \*

El gruista, un tipo encantador y dicharachero, cambió la rueda sin perder tiempo con la ayuda de Lucas y, cuando terminó su trabajo y se marchó, ambos se miraron y él dijo:

—Asunto solucionado.

Menchu asintió, y acto seguido él le propuso:

—¿Puedo invitarte a comer, o eso sería excederse?

Eran las tres de la tarde, ambos estaban hambrientos y sedientos, y la joven, consciente de lo que en realidad deseaba, respondió sin dudarle:

—Puedes invitarme.

Sonreía, e iba a montarse en su vehículo cuando él la cogió de la mano.

—Déjalo aquí —dijo Lucas—. Vamos en mi moto y luego regresamos a por él.

Menchu asintió. Le gustaba ir con él en la moto, pero no estaba segura de querer dejar el coche allí, así que se lo hizo saber y al final cada uno fue en su propio vehículo hasta la Pelegrina, una pedanía de Sigüenza.

Una vez allí, aparcaron junto a un restaurante y, entre risas, entraron en él, donde, como era de esperar, comieron maravillosamente bien mientras charlaban

sin ser conscientes de que se sabían al dedillo los gustos culinarios del otro.

Al salir del restaurante, la joven miró el castillo del lugar, que se erguía con majestuosidad en lo alto del cerro, y, recordando lo que Lucas le había dicho horas antes, preguntó:

—¿No has dicho que ibas a visitar el castillo?

Él asintió. Eran muchas las veces que hacía senderismo por las rutas de la zona, y, agarrándola, afirmó:

—Ven. Acompáñame.

De la mano, y dejándose guiar por él, Menchu lo siguió y pronto se percató de lo bien que se conocía la zona, y en especial, el mejor camino para subir a lo alto del castillo.

Al llegar a él, se encontraron con un grupo de escolares que lo visitaban, pero poco después los niños desaparecieron y se quedaron solos en el derruido castillo, que sin duda había visto tiempos mejores.

Sentados en lo alto del cerro, observaron en silencio el maravilloso paisaje que los rodeaba. Aquél era el lugar preferido de Lucas. La primera vez que lo había visitado se había enamorado de él y, mirándola, explicó:

—¿Sabías que este castillo fue construido entre los siglos XII y XIII?

Menchu sonrió, y él prosiguió:

—Cuando ingresé en la base, el primer fin de semana que tuve libre, decidí darme una vuelta para conocer la zona y llegué hasta aquí. Me pareció impresionante encontrar este lugar, tocar sus torreones cilíndricos, caminar entre sus muros de metro y medio de ancho y ser consciente de cómo desde aquí se domina el valle del río Dulce. A partir de ese día, siempre que necesito paz vengo aquí. Se puede decir que este sitio me la proporciona.

Menchu asintió. El lugar era maravilloso.

Entonces Lucas la miró y le preguntó sin saber por qué:

—¿Sigues viéndote con ese alguien especial?

Ella lo pensó y mintió aposta:

—Sí. Pero también me veo con otros.

—Vayaaaaa, pero ¿desde cuándo eres tan osada? —se mofó Lucas.

Al oírlo decir eso, Menchu comprendió lo estúpida que era siempre en todo lo referente a él y, como deseaba no quedar como una tonta de nuevo, replicó:

—Desde que decido cuándo, cómo y con quién me acuesto sin necesidad de



que se entere media humanidad, como suele suceder cuando tú te acuestas con una mujer.

—Gafitas... —murmuró Lucas.

Menchu siempre lo sorprendía y, al ver cómo ella lo miraba, cambió el tono y agregó, seguro de lo que decía:

—Nunca he querido hacerte daño.

—¿Y eso a qué viene ahora? —replicó ella.

Sintiéndose culpable por lo que a veces creía leer en los ojos de ella, Lucas prosiguió sin apartar la vista de ella:

—Eres maravillosa. Eres una persona dulce, entregada, cariñosa, detallista, mi amiga..., y por eso deberías seguir adelante con la decisión que tomaste el otro día, aunque nos encontremos por ahí. —Se miraron. Ella no dijo nada, y él continuó—: Yo soy lo que soy. Un tipo independiente. Un hombre sin cargas ni compromisos que intenta vivir al máximo su vida, y si no busco el compromiso es porque no creo en la pareja.

Menchu parpadeó. No esperaba oír esa confesión de su boca.

—Yo no soy como Juan o como Carlos —prosiguió él—, que ven a sus mujeres y...

—¿Y por qué crees que no eres como ellos?

Lucas suspiró, pensó en lo que lo había llevado a comportarse como lo hacía y respondió:

—Porque voy a lo mío y sólo busco a las mujeres para llevármelas a la cama, como he hecho contigo y hago con las demás. Por eso no soy como ellos. Y si a eso le sumas que tampoco soy romántico, ni detallista, ni...

—¿Escuchas a Eric Benét y dices que no eres romántico? —lo interrumpió ella.

Lucas sonrió. Sabía que podía perjudicarlo si le dejaba ver aquella faceta suya, pero sin perder la sonrisa y olvidando que cada vez que escuchaba cierta canción de Eric se acordaba de ella, indicó:

—No creo que escuchar a Eric Benét te haga romántico.

—Discrepo, pero respeto lo que dices —afirmó Menchu—. Y en cuanto a lo de detallista, te equivocas. Cuando murió mamá Clara estuviste pendiente de mí y...

—No, Menchu, no te engañes —la cortó él—. Cuando murió mamá Clara

tan sólo fui un buen amigo. Si yo no hubiera estado allí, habría estado Juan, Noelia, Carlos o cualquier otro.

Ella no respondió. No quería entrar en ese debate.

—¿Puedo hacerte una pregunta algo indiscreta? —dijo él entonces.

Menchu sonrió, asintió, y él preguntó mirándola:

—¿Alguna vez has sentido algo por mí?

Confusa y acalorada, ella no se movió. Decirle abiertamente que sí podía ser bochornoso, por lo que, cogiendo aire, respondió:

—No.

—¿Seguro?! —preguntó él sin creerla.

La joven intentó sonreír. Aquello era surrealista. Entonces, recordando sus clases de teatro, replicó:

—¿Y por qué habría de sentir algo por ti? ¡Serás creído!

Lucas forzó también una sonrisa y, haciendo caso omiso de lo que en ocasiones imaginaba, dijo:

—Me sabría muy mal que albergaras ciertos sentimientos hacia mí. Tú me importas más que otras mujeres que pasan por mi vida, porque eres mi amiga, y justo por eso siempre intento dejar las cosas claras entre nosotros y...

Menchu no lo dejó continuar. No quería oírlo. Así pues, cerrando bajo llave lo que de verdad sentía por él, sacó eso que mamá Clara le había hecho saber que se llamaba fortaleza, le tapó la boca con la mano y repuso:

—Lamento decepcionarte, pero no siento por ti nada que vaya más allá de una atracción sexual. Eres bueno en la cama, tienes un buen cuerpo y eso le gusta a cualquier mujer.

Lucas parpadeó sorprendido por sus palabras.

¿Menchu acababa de decir aquello?

—Sé que quizá la gente crea que me muero por ti, pero, ahora que nos estamos sincerando, he de decirte que por ti muero en lo que se refiere a sexo. Admito que eres un buen amante, aunque no el mejor que ha pasado por mi cama. —Lucas frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía a decir eso?—. Me parece que tanto tú como el resto os equivocáis conmigo, y mi atracción por ti no va más allá del plano sexual, por mucho que tú creas o se empeñe la gente en cuchichear. Y si decidí cortar por lo sano el otro día contigo fue, primero, porque estaba conociendo a alguien que luego he visto que no merece la pena y,

segundo, porque estoy cansada de que los amigos comunes que tenemos me miren con lástima cuando estás delante de mí con otra mujer.

Lucas asintió. Entendía lo que le decía, y, sin querer darle vueltas a ciertas cosas, afirmó:

—Sí. La verdad es que es incómodo para mí también. Cuando me hablan de ti y de lo que ellos creen que sientes, hacen que me considere un tipo deplorable.

—Ni caso. Se equivocan, ven algo que no es real —aseguró ella.

Debía cambiar el chip. Lo último que quería era dar pena a los demás, pero, consciente de lo que deseaba más que nada en el mundo, susurró, dispuesta a interpretar el papel de su vida:

—Te propongo algo.

—¿Decente o indecente? —bromeó Lucas.

Menchu sonrió. Le encantaba su sentido del humor; lo miró y señaló, bajando la voz:

—Indecente.

Él soltó una carcajada y cuchicheó tocándose la barba con sensualidad:

—Esto se pone interesante.

Ella asintió y, a continuación, le soltó con seguridad:

—¿Qué te parece si tú y yo nos vemos en secreto, sin que nadie, pero absolutamente nadie, se entere, sólo para divertirnos?

Sorprendido por el giro de la conversación, Lucas preguntó:

—¿A qué te refieres, Gafitas?

Convencida de lo que iba a decir, ella se sentó a horcajadas sobre él olvidándose de sus inseguridades y de todo lo demás y acercó su boca a la de aquel hombre tan tentador.

—A partir de ahora seré para ti María —murmuró—. Olvídate de Menchu.

—¿María?! —exclamó él descolocado.

Ella asintió y, paseando sus labios por la boca de él, susurró:

—Recuerdas cómo me llamo en realidad, ¿verdad?

—María del Carmen, ¿no? —dijo él.

—Exacto —afirmó la joven y, mirándolo a los ojos, prosiguió—: En la intimidad, te propongo que para ti sea María y, cuando nos veamos con nuestros amigos, Menchu. Será una manera de diferenciar el juego de la amistad.

Lucas se dejó besar y, a continuación, preguntó:

—¿Y yo quién quieres que sea en ese juego?

Menchu rio. Ella quería que fuera él, sólo él, pero dispuesta a hacerlo entrar en el juego, respondió:

—¿Qué tal Khal Drogo?

—¡¿Khal Drogo?! —exclamó Lucas riendo, ya que sabía de quién se trataba. En la vida le habían propuesto una tontería semejante.

—Me encantaba ese personaje de «Juego de tronos» —murmuró ella—. Era un hombre tremendamente sexy, y todavía no entiendo cómo se lo cargaron. —Y, al ver su guasa, añadió—: Si no te gusta ese nombre puedo llamarte Arrow, me encanta ese superhéroe.

Lucas asintió divertido. Estar con Menchu siempre era algo especial para él. Le daba una tranquilidad que ninguna otra mujer le proporcionaba, aunque no quería nada serio con ella; antes de besarla afirmó:

—De acuerdo, María, seré Khal Drogo para ti. —Luego la miró a los ojos y preguntó—: ¿Estás segura de lo que propones?

Menchu asintió, consciente de lo que le había prometido a mamá Clara en lo referente a su propia felicidad. Deseaba tenerlo aunque fuera en pequeños momentos.

—Segurísima.

Un beso llevó a otro...

Una caricia llevó a otra...

Y cuando la excitación se apoderó de ambos y ella, sin pensarlo, le desabrochó el cinturón, Lucas sonrió y preguntó divertido:

—¿Aquí?

El lugar sin duda era idóneo. Espectacular. Estaban solos y, parapetados tras uno de los torreones cilíndricos, nadie podía verlos. Así pues, sin dudarlo, se quitaron los pantalones y la ropa interior, Lucas se colocó un preservativo que sacó de su cartera, cogió a Menchu entre sus brazos, la apoyó contra la pared y le preguntó, tras darle un tórrido beso:

—¿Dispuesta a jugar, María?

Ella sonrió. Sin duda el juego podía ser interesante.

—¿Acaso lo dudas, Khal Drogo? —repuso mimosa.

Lucas besó a aquella chica, que era diferente de todas las demás. Para protegerla y que no se lastimara la espalda contra la ruda piedra del torreón, puso

una mano a modo de parapeto e indicó:

—No quiero que te hagas daño.

Menchu volvió a besarlo. El daño sin duda se lo estaba haciendo ella a sí misma, pero no se detuvo. Jamás había practicado sexo al aire libre y, excitada como nunca en su vida, se quitó las gafas de pasta, las tiró sobre los pantalones y, mirándolo, dijo:

—Oye...

—¿Qué? —preguntó él.

Menchu susurró entonces con una sonrisa, consciente del daño que aquellas palabras le causaban a ella misma:

—Sabes que esto es... lo que es, ¿verdad?

Lucas sonrió. Esa frase era la misma que él siempre le decía cada vez que terminaban practicando sexo.

—Sí... —asintió—, claro que lo sé..., María.

Tan excitado como ella, sobre todo por el modo en que lo miraba, colocó la punta de su dura erección en la húmeda entrada y se clavó en ella lenta y pausadamente al tiempo que sus cuerpos temblaban.

Agarrada a sus hombros, Menchu se dejó manejar y el placer no tardó en llegar.

Encendido por el momento, Lucas aceleró sus acometidas. Una..., dos..., siete..., quince... El morbo les podía y, excitado, la besó mientras sus cuerpos se acoplaban a la perfección una y otra vez y ambos jadeaban satisfechos.

Gozaban, disfrutaban, jugaban...

No era la primera vez que estaban juntos, ambos sabían muy bien lo que le gustaba al otro, y se lo daban, se lo regalaban. Cuando Lucas sintió que ella se abría por entero para recibirlo, la tensión pudo con él y, lleno de deseo, se clavó más adentro de ella y la oyó jadear.

Disfrutaban del sabroso momento con respiraciones agitadas mientras éstas sonaban como una composición musical que los excitaba y los encendía a ambos.

El ardor los volvió locos.

La sensación de calor se apoderó por completo de sus cuerpos y, cuando las embestidas se recrudecieron y el lado salvaje y animal de ambos apareció, se miraron a los ojos y sonrieron. Ésos eran ellos, Menchu y Lucas. Lucas y

Menchu. Lujuriosos y desinhibidos, y juntos querían llegar al orgasmo y tocar el cielo.

Segundos después, cuando unos violentos espasmos se apoderaron de sus cuerpos y les hicieron saber que habían llegado ambos a la cima del placer, él se hundió una última vez en ella y, tras soltar un gutural gruñido varonil, la pegó totalmente a su cuerpo.

Con las respiraciones entrecortadas, se miraron, sonrieron, y él murmuró bromeando:

—Resulta placentero que el sol me pegue en el culo.

Ambos soltaron una carcajada y, a continuación, él preguntó:

—¿Has estado alguna vez en una playa nudista?

Menchu levantó las cejas y respondió:

—No.

Lucas sonrió al ver su cara.

—Yo te llevaré —prometió—. Te gustan las sorpresas, ¿verdad?

—Depende del día —repuso ella divertida.

Tras un beso que Menchu provocó, cuando sus bocas se separaron, y aguijoneado por lo que minutos antes ella había dicho, Lucas preguntó curioso:

—¿Qué tal?

Ella lo miró. Había sido impresionante. Sin embargo, cuando la dejó en el suelo, contestó:

—Bien.

A Lucas le pareció insuficiente su respuesta, y mientras ella se ponía las bragas insistió:

—Pero ¿bien de *bien*, o bien de *estupendo*?

Intentando no sonreír, Menchu cogió sus vaqueros y, poniéndoselos, indicó sin querer contribuir a subirle el ego:

—Digamos que bien de *bien*...

No muy feliz con su contestación, Lucas asintió. Él era un buen amante. ¡Un amante excelente! Todas se lo decían siempre, por lo que no le gustó que Menchu le dijera eso.

Cuando ya se disponían a bajar del cerro, la cogió de la mano y propuso:

—Conozco un sitio muy discreto en Palazuelos donde alquilan unas habitaciones con jacuzzi privado. ¿Te animas a pasar la noche conmigo?

Menchu no respondió, pero el corazón se le aceleró.

—Estoy libre hasta mañana a las tres de la tarde —insistió él—, y he pensado que...

—Acepto —dijo ella por último.

Satisfecho, Lucas la cogió entre sus brazos, se la echó al hombro y, mientras ella reía escandalosamente, le dio un azotito en el trasero y afirmó, seguro de sí mismo, mientras bajaban del cerro:

—Prepárate, Gafitas, que esta noche... del *bien...* pasaré al *sobresaliente*.

## Capítulo 11

El sábado, cuando Lucas y Menchu regresaban de su noche loca en el hotel, antes de entrar en Sigüenza pararon su moto y su coche para despedirse.

Sentada en el capó de su vehículo, ella lo besó.

—Tienes cara de cansada —comentó él.

La joven asintió y, evitando decir todo lo que él la hacía sentir, declaró:

—No te puedes imaginar las ganas que tengo de meterme en la cama.

El policía sonrió. La noche había sido, como poco, colosal.

—Piensa en mí cuando lo hagas —le pidió.

Ambos rieron. Luego él la cogió por la cintura, la ayudó a bajarse del coche y, mirándola, preguntó:

—¿Aún quieres seguir adelante con lo de... María?

—Sí, Khal Drogo —afirmó ella—. Es más, cambiémonos los nombres en el móvil y quitemos la foto de wasap. Así nadie nunca sabrá que somos nosotros.

Lucas sonrió. El juego le parecía divertido.

Una vez que hubieron cambiado los nombres y eliminado la foto, exclamó:

—¡Listo!

Ambos rieron de nuevo y a continuación él se miró el reloj.

—Dentro de media hora he de estar en la base —anunció.

Menchu asintió, y, evitando darle un beso de despedida para aparentar frialdad, dio media vuelta y dijo:

—Venga..., no debes llegar tarde.

Lucas no supo qué hacer. El momento pedía a gritos un pico de despedida al menos, pero al ver que ella se alejaba, caminó también hacia su moto y, volviéndose, dijo:



—Ya hablaremos.

Menchu sonrió mientras cerraba la puerta de su coche y se encogió de hombros.

—Claro..., sin problemas —repuso.

Dicho esto, giró la llave en el contacto. Lucas arrancó la moto a su vez y, ya en la carretera general, éste fue tras el coche de ella hasta llegar a Sigüenza, donde tomaron caminos diferentes.

Cuando Menchu llegó a su casa y metió el coche en el garaje, una sonrisa ocupaba su rostro. La noche con Lucas en el hotel había sido, como poco, impresionante. Habían practicado sexo en el jacuzzi, en la ducha, contra la pared y dos veces en la cama. Sin duda el juego había sido placentero, aunque ahora la sensación de soledad era tremenda.

¿Había hecho bien?

¿Estaba tomando la decisión más acertada al meterse en la piel de María?

Sin querer pensar más en ello, decidió ocuparse de los quehaceres de su casa. Eso la mantendría entretenida.

Por su parte, Lucas se dirigió a la base, donde, al llegar con su moto, varios de sus compañeros lo saludaron con una sonrisa. Su trabajo lo reclamaba. Tras cambiarse de ropa, durante horas se ejercitó junto a los demás mientras pasaba por su mente lo ocurrido con Menchu. La imaginaba descansando, y se preguntaba qué estaba haciendo con ella y si se estaría equivocando otra vez con el juego de llamarla María.

No obstante, como no quería seguir pensando en el tema, se centró en el entrenamiento con sus hombres y poco más.

Menchu, una vez que hubo cambiado las sábanas de su cama, decidió poner una lavadora. Manchaba poco pero manchaba, y cuando metió la ropa interior que había utilizado la noche anterior sonrió. Pensar en Lucas, en cómo le hablaba en la intimidad, en cómo disfrutaban de instantes irrepetibles, le hizo cerrar los ojos y suspirar como una tonta.

Cuarenta minutos después, en cuanto terminó el lavado, tendió la ropa y se iba a meter en la ducha para después acostarse cuando sonó el timbre del portero automático. Al comprobar de quién se trataba, sonrió y abrió feliz.

Con la puerta abierta, esperó a que el ascensor parara en su rellano y, cuando la vio aparecer, exclamó sonriendo:

—¡Qué ganas tenía de verte!

Eva y Menchu se fundieron en un cariñoso abrazo y luego se apresuraron a entrar en la casa.

Durante una hora hablaron de sus cosas, poniéndose al día. Por motivos de trabajo, Eva acababa de llegar de Argentina, Chile y Perú, y ambas tenían muchas cosas que contarse.

Hablaron de todo un poco, hasta que esta última preguntó:

—Oye..., ¿por qué has quitado tu foto del wasap?

Menchu sonrió. Tenía una razón muy importante, pero mintió:

—Porque quiero poner otra en la que me vea mejor.

—¡Presumidaaaaaa! —exclamó Eva riendo.

Estaban sonriendo por aquello cuando ésta insistió:

—¿Algo nuevo con el Mariliendre?

Al oír ese apodo con el que muchos llamaban a Lucas por culpa de su amigo Tomi, Menchu soltó una carcajada y, aunque tenía mucho que contarle, decidió omitir la verdad.

—Eso ya se acabó.

Su amiga la miró. Luego negó con la cabeza e indicó:

—No te creo.

—Pues es la verdad —insistió ella.

—Sigo sin creerte —se burló Eva.

Menchu asintió. Su amiga la conocía muy bien. Pero, ocultando los sentimientos que siempre había albergado hacia Lucas, afirmó:

—Ése es tu problema.

Eva sonrió divertida. Se sentó erguida en el sofá de su amiga e insistió:

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Menchu bebió de su Coca-Cola y, sin perder la compostura, repuso:

—Totalmente en serio. Como decía mamá Clara, si algo no funciona después de intentarlo, ¿por qué empeñarte? Y, mira —suspiró—, hay muchos hombres en el mundo como para que yo sufra sólo por uno, por muy bueno que esté.

Aunque asombrada, Eva asintió.

—Menchu..., ¡qué orgullosa estoy de ti!

—Graciasssssssss —bromeó ella.

Le dolía mentirle a su amiga, pero era la única manera de que todos dejaran

de compadecerla.

—¿Has visto a Damián? —le preguntó a continuación.

—¡Ni loca! —se mofó Eva—. Ése, cuanto más lejos, mejor.

—¿No crees que se merece una explicación?

Eva resopló. Sabía que su amiga tenía razón, pero respondió:

—Mejor dejémoslo así.

Menchu suspiró y, cuando iba a decir algo, aquélla se le adelantó:

—Lo del Mariliendre hay que celebrarlo, ¿no crees?

Una carcajada escapó de la boca de Menchu. Si algo le gustaba de su amiga era su vitalidad, y, divertida, contestó:

—¡Por supuesto!

Eva cogió entonces su móvil y cuchicheó:

—Esta noche hay una fiesta muy chula en Madrid, ¡y tengo dos invitaciones!

—¿Qué fiesta? —Ella rio al ver su gesto cómico.

—Es por el estreno de la película de un famosísimo director mexicano, *La hora negra*. Habrá artiteo, gente guapa e interesante, puede estar bien. ¿Qué te parece?

Menchu lo pensó. Estaba agotada tras la noche que había pasado con Lucas, pero, consciente de que a pesar del cansancio no iba a poder dormir, indicó con una sonrisa:

—Me parece una idea perfecta.

En ese instante, a Eva le sonó el teléfono y, tras hablar con alguien, le guiñó un ojo y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—Ponte las lentillas —dijo—, el vestido verde que te regaló Tomi de Montesinos y taconazos.

Al oír eso, Menchu resopló.

—La fiesta lo merece..., créeme —aseguró su amiga—. ¡Joder, Menchu, sácate partido!

Ella resopló. Nunca había sido de las que se pasaban horas delante del espejo arreglándose. Le gustaba ir a la moda, pero con discreción.

—Paso a buscarte dentro de dos horas —dijo Eva—. Ah, por cierto, haremos noche en Madrid en casa de mi amiga Cheli y así podremos disfrutar a tope de la fiesta.

Menchu asintió. Estaba cansada, pero, consciente de que aquello le iría bien,

afirmó:

—De acuerdo.

Una vez que se quedó sola de nuevo, descansó la cabeza en el sofá. Sin embargo, había quedado con su amiga, así que sonrió, se levantó y se metió en la ducha otra vez.

Tiempo después, antes de salir de su casa arreglada con un bonito vestido y tacones, se miró al espejo y musitó:

—María, vamos a pasarlo bien.

## Capítulo 12

Lucas, que hablaba con Juan y Emilio en una zona común de la base, reía por lo que estaba contando este último. Al parecer, había conocido a una chica, y en la quinta cita, cuando estaban tomando algo, aparecieron por sorpresa los padres de ella y terminaron hablando de bodas y demás.

—Uoooooooo, colega... ¡Lagarto, lagarto! —se mofó.

Emilio soltó una carcajada y aseguró, meneando la cabeza:

—¡Se acabó! No voy a volver a quedar con ella. Ni os imagináis lo mal que me sentí en esa encerrona. El padre hablándome de hipotecas, y la madre, de lo bonito que sería celebrar una boda en los salones de su primo Alfonsito.

Los demás rieron. La situación era, como poco, cómica, y más viniendo de un tipo como Emilio.

Mientras este último se alejaba, Damián se reunió con los otros dos y preguntó, dirigiéndose a Juan:

—¿Tengo cara de tonto?

Sus amigos lo miraron y soltaron una carcajada, y Lucas bromeó:

—No preguntes si no quieres pillar.

Volviéron a oírse risas, pero Damián, que no había cambiado su gesto serio y seguía con la vista fija en Juan, preguntó de nuevo:

—¿Por qué no me habías dicho que tu hermanita había regresado?

Juan lo miró. Empezaba a estar un poco harto de su hermana y de él.

—Porque no vi la necesidad. ¿Acaso Eva y tú tenéis algo? ¿O todavía no te has enterado de lo que hiciste?

Damián suspiró. Miró a Lucas, que era el único, junto con Menchu, que sabía la verdad de lo ocurrido, y no respondió. Era mejor callar.

No obstante, la realidad era que la ausencia de Eva lo estaba volviendo loco, y más cuando ella se había marchado meses antes sin avisar.

La chica era lo más bonito que se había cruzado en su vida, pero también lo más complicado y doloroso, por lo que, dirigiéndose a su buen amigo Juan y a Lucas, que lo observaban, respondió:

—Tienes razón. No hay nada entre nosotros, pero...

—¡No hay peros que valgan, Damián! —lo cortó Juan—. Ya lo habéis intentado y no funciona; ¿no crees que es mejor dejar correr las cosas, y más después de cómo acabó todo?

Lucas observó a su amigo. Lo jorobaba bastante que se autoinculpara por algo que no había hecho, pero cuando iba a hablar, éste se le adelantó:

—Quizá tengas razón..

—¡Quizá, no! —replicó Juan—. *Tengo* razón.

Damián asintió y, con una mirada, ordenó callar a Lucas.

Juan, que conocía a la cabra loca de su hermana y a aquel orgulloso, lo miró justo cuando Emilio regresaba, e indicó, bajando la voz:

—Perdona, pero te agradecería que me permitieras mantenerme al margen de esto. Ambos, mi hermana y tú, me importáis, y si me meto entre vosotros, posiblemente termine mal con los dos.

—Acertada decisión —afirmó Lucas.

Damián asintió. Le gustara o no, sabía que Juan tenía razón, y entonces Emilio cuchicheó:

—No me digas que hay una churri que te tiene el seso sorbido.

—¡Cállate, idiota! —protestó Damián.

Juan miró a Lucas al oír eso y ambos evitaron sonreír, pero de pronto Damián dijo, enseñándoles el móvil:

—Sin duda tu hermanita se lo está pasando de lujo en Madrid con Menchu y sus amiguitos pijorros.

Todos fijaron la vista en la pantalla del teléfono. Damián les mostraba una foto que Eva había colgado en su muro de Facebook. Lucas parpadeó al ver a Menchu en la imagen, divertida, arreglada y pasándolo bien.

Pero ¿no se había ido a dormir?

Mientras Damián seguía hablando con Juan sobre su hermana, Lucas no pudo evitar sacar su móvil y, tras buscar en sus contactos a la tal «María», le

escribió un mensaje molesto y le dio a «Enviar».

## Capítulo 13

En la fiesta de Madrid, las chicas lo estaban pasando de maravilla.

Menchu, que conocía a muchos de los amigos y compañeros de trabajo de Eva, durante horas habló, rio, bebió y saboreó la noche, hasta que de pronto su amiga dijo, cogiendo su móvil, que estaba sobre la mesa;

—Tienes un wasap de un tal... ¿Khal Drogo?

Menchu se apresuró a quitarle el teléfono. Si se enteraba de que era Lucas, el desastre estaba asegurado.

—¿Qué no me has contado, *Khaleesi*? —cuchicheó Eva.

—¡Cállate! —ordenó ella riendo.

Divertida, su amiga insistió:

—Vamos, ¿qué me ocultas?

—Nada.

—¡¿Nada?! —

Roja como un tomate, Menchu la miró y, cuando iba a responder, alguien llamó a Eva y ésta dijo:

—Luego hablamos y me cuentas quién es ese tipo con ese nombre tan sexy, ¿entendido?

Menchu asintió y suspiró. Menos mal que lo tenía grabado con ese nombre y no con el de Lucas. Cuando su amiga se alejó, se apresuró a abrir el mensaje:

¿De fiesta?

¿Cómo sabía que estaba de fiesta? Y, satisfecha de que estuviera pendiente de ella, respondió:



Se hace lo que se puede.

Después de darle a «Enviar», iba a guardarse el móvil en el bolso para evitar que Eva pudiera volver a verlo, pero el aparato vibró de nuevo y Menchu leyó:

Creí que estabas cansada por lo de anoche.

Asombrada, Menchu sonrió y, tras dar un trago a su bebida, tecleó con cierta chulería:

Crees demasiado.

Lucas se quedó pasmado al leer aquello, pero, sin querer darle mayor importancia porque ella era tan libre como él, escribió:

Tened cuidado al regresar con el coche.

Menchu sonrió y, consciente de lo que iba a decir, tecleó:

Dudo que regresemos esta noche con lo que tengo delante. Adiós.

En cuanto lo envió, se guardó el móvil y decidió pasárselo bien. Se lo merecía.

Lucas, por su parte, tuvo que leer el mensaje dos veces.

¿En realidad la que respondía era Menchu? ¿O era María?

Y, sin ganas de continuar escribiendo, porque él no era nadie para pedirle explicaciones, se guardó el teléfono, miró a Juan y a Damián, que continuaban con el tema de Eva, y dijo para intentar atajar el tema:

—Joder, Damián, no te calientes, y menos por una tía.

—Eh... —replicó Juan—, te recuerdo que esa tía es mi hermana.

Emilio, que había sido el último en llegar a la base y no conocía a Eva, seguía mirando su foto, y comentó:

—Pues, joder con tu hermanita, está para hacerle un favor.

—¡No te pases! —protestaron al unísono Damián y Juan.

—Pero, oye... —prosiguió Emilio—, ¿la que está a su lado no es Menchu?

—Ninguno respondió, y él afirmó—: No cabe duda de que a partir de ahora la miraré con otros ojos.

—Cierra el pico —repuso Lucas con seriedad, y en cierto modo molesto, señaló—: A las tías no hay quien las entienda.

Tras una tensión que se relajó al segundo, Juan se levantó para marcharse.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, has dicho algo coherente, Lucas.

Cuando él y Emilio se alejaron, Damián miró a su amigo y cuchicheó:

—Me toca las narices la fotito.

Lucas volvió a observar la imagen en el teléfono y, tras mirar a Menchu, que reía divertida copa en mano, sentenció:

—Olvídate de la foto y de ella.

—Lo intento, pero no puedo —murmuró Damián.

Jorobado por ver a su amigo de ese modo después de lo mal que lo había pasado por la marcha de Eva, Lucas le pasó un brazo por los hombros y le aconsejó:

—Céntrate en ti y en tu vida. Recuerda que ella lo quiso así.

Cinco minutos después, ambos se metieron en sus catres de la base y, sumidos en sus pensamientos, intentaron dormir.

## Capítulo 14

A las dos de la madrugada, la fiesta continuaba y todos disfrutaban de ella. Sentada junto a otras personas, Menchu mantenía una conversación con un ejecutivo de coches de alta gama llamado Sergio, mientras que Eva bailaba en la pista con Luis, un analista programador. Estaba más que claro que entre ellos había algo.

—¿Tú también vives en Sigüenza, como Eva? —le preguntó Sergio a Menchu.

—Sí —respondió ella sonriendo.

Sergio asintió y, acercándose un poco más, propuso:

—¿Te apetece bailar?

Ella lo pensó. Le encantaba bailar y, dispuesta a pasarlo bien, se levantó y él la cogió de la mano y la llevó a la improvisada pista.

Bailaron tres canciones, durante las cuales Menchu se percató de cómo él, poco a poco, iba ganando terreno, cosa que ella le permitió, y cuando acercó sus labios a los de ella y la besó, la joven no se retiró.

Sin embargo, tras un par de besos más, le entró el agobio.

¿Qué estaba haciendo?

Cuando Menchu sugirió que dejasen de bailar, Sergio aceptó. Volvieron con el resto del grupo, y Eva, acercándose a su amiga, cuchicheó:

—Vaya..., vaya..., esto sí me demuestra que lo de Lucas es agua pasada.

Como pudo, Menchu sonrió, y su amiga le guiñó el ojo y volvió junto a Luis.

Un buen rato después, estaba más que claro lo que Sergio quería. Por una parte, su lado práctico le gritaba a Menchu que se divirtiera. Aquel tipo era agradable, simpático, estaba muy bien, y los dos estaban solteros y sin

compromiso. ¿Por qué no darse ese capricho?

Por otra parte, en cambio, tenía demasiado reciente la noche que había pasado con Lucas, y algo en su interior le impedía acostarse con Sergio, por muy bueno que estuviera. Así pues, se levantó de golpe y se disculpó:

—Enseguida regreso.

Una vez que se hubo alejado del grupo, se dirigió al baño, donde por suerte no había cola. ¡Aleluya!

Sin dudarle, entró en él y, al salir, se acercó a la barra para pedir algo de beber. Cuando el camarero le sirvió su bebida, la cogió y, subiendo una escalerita, llegó a la azotea del edificio donde se celebraba la fiesta. Necesitaba pensar.

Desde allí se veía Madrid, sus luces, su tráfico, su gente caminando por la Gran Vía, y estaba contemplándolo y pensando en Lucas cuando oyó una voz de hombre a su lado que decía:

—Nunca había visto una mirada más triste.

Menchu se volvió para mirarlo. No le veía en su totalidad el rostro, que estaba en penumbra, pero su voz era cálida y agradable.

—Pues qué bien ves en la oscuridad, ni que fueras Superman —repuso.

Ambos rieron, y él, cambiando de tema, señaló hacia la calle y expuso:

—Siempre me habían dicho que la Gran Vía nunca dormía.

—Exacto. Nunca duerme.

El desconocido, copa en mano, no se movió del lugar al añadir:

—Sin duda Madrid es una ciudad muy bonita.

—Sí. La verdad es que sí lo es.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que él dio un paso al frente, se colocó a su altura y, admirando las mismas vistas que ella, dijo:

—Soy Ignacio. ¿Y tú?

Menchu consiguió verlo entonces con claridad. Era alto, moreno, ojos oscuros, atractivo. Tendió la mano y declaró muy segura:

—María.

Al sentir su naturalidad, y especialmente al intuir que no lo había reconocido como el director de la película *La hora negra*, Ignacio le cogió la mano y se la besó con galantería al tiempo que indicaba:

—María, la de los ojos verdes relindos.

Ambos sonrieron, y Menchu respondió:

—Gracias por el piropo.

—Complacido de haberlo dicho —repuso él.

Entonces ella lo miró y preguntó:

—Tu acento no es español, ¿verdad?

Tras beber de la copa que sujetaba en la mano, Ignacio contestó:

—Mexicano.

Menchu asintió. Recordaba que Eva le había dicho que la fiesta era por algo de México, y afirmó:

—Vale. Sin duda, vienes por parte de la producción de México.

Encantado porque no lo hubiera conocido ni hubiera cambiado su actitud al estar frente a él, Ignacio le guiñó un ojo y contestó:

—Digamos que sí.

De pronto, Menchu notó que se le metía algo en el ojo y exclamó:

—¡Joder..., joder!

Ignacio, al oírla y ver cómo se movía nerviosa, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Sóplame en el ojo.

—¿Qué?! —dijo él con incredulidad.

—¡Que me soples en el ojo! —exigió ella, abriéndoselo ante él—. Se me ha metido algo y me está matando.

Como pudo, Ignacio sopló, pero nada, ella seguía quejándose. No podía abrir con normalidad el ojo, y éste había comenzado a llorarle.

—Míramelo y dime si ves algo —insistió Menchu.

Él volvió a hacer lo que ella le pedía, y de pronto preguntó, al ver algo que se movía:

—¿Llevas lentillas?

Menchu asintió.

—Sí. Y el pelo cardado, taconazos, y voy pintada como una puerta. —Y, bajando la voz, añadió—: Si me vieras otro día, no me reconocerías.

Ignacio rio, pero siguió mirando aquel ojo rojo. No veía nada fuera de lo normal, por lo que al final Menchu le pidió:

—¿Podrías abrirme el bolso?

Él se apresuró a cogerlo y, antes de abrirlo, dijo:

—Con tu permiso.

Ella asintió impaciente y lo apremió:

—Sí..., sí, ábrelo y saca el bote de mis lentillas. Es azul.

Sin tiempo que perder, Ignacio hizo lo que le pedía. En cuanto lo sacó, Menchu se quitó la lentilla del ojo lastimado y murmuró:

—Oh, Dios..., qué gustooooooooooooooooooooo.

Él la miraba con una sonrisa, y entonces ella exigió:

—Abre el lado derecho, por favor.

Dicho y hecho: Ignacio obedeció y ella dejó la lentilla, se dio aire con la mano y después se quitó también la otra.

El mexicano admiró su increíble naturalidad. ¡Era fantástica!

Una vez que ella hubo cerrado el bote de las lentillas, sonrió y comentó:

—Uf..., qué gusto. Está visto que cada día las soporto menos.

—Pero tus ojos siguen siendo igual de bonitos —señaló él.

Ambos sonrieron por la situación, ella lo miró fijamente y repuso:

—Gracias, pero ¡sin lentillas veo menos que Pepe Leches! —Y, sacando sus gafas del bolso, se las puso y exclamó—: ¡Se hizo la luz!

Ignacio sonrió divertido. Sin duda recordaría con gusto aquella situación.

Se sentaron juntos en la azotea y comenzaron a charlar con naturalidad mientras reían por los carteles de la película, donde se veía al malo malísimo del filme con un parche en un ojo y ensangrentado.

A Ignacio, más conocido como Nacho Duarte, le resultó divertido darse cuenta de que la joven no se había percatado de que él era el director de la misma, y disfrutó mucho del momento.

Para Menchu, hablar y bromear con aquel desconocido, que no se propasó en ningún momento, fue fácil, mientras que para él, conversar con una mujer que no se le insinuara ni le hiciera caiditas de ojos fue maravilloso, ¡increíble!

Después de un rato, un hombre trajeado y con pinganillo en la oreja se acercó a ellos y dijo, mirando a Ignacio:

—Señor Duarte, tenemos que partir hacia el aeropuerto.

Él asintió. Debía regresar a Los Ángeles, donde estaba rodando su siguiente película. Así pues, mirando a Menchu, indicó con cierta galanura:

—María de los ojos verdes, ha sido un placer conocerte y haber pasado este ratito platicando contigo.

—Lo mismo digo —afirmó ella con una sonrisa.

Con complicidad, se dieron dos besos y, cuando él ya se disponía a marcharse, se volvió y le preguntó:

—¿Quieres que nos cambiemos los números de los celulares?

Menchu soltó una carcajada divertida. ¡Llamar al móvil *celular* le sonaba a culebrón!

—Vives demasiado lejos —repuso—, no creo que sea buena idea.

Ignacio asintió, sonrió y, guiñándole un ojo, no insistió, sino que dio media vuelta y se marchó.

\* \* \*

Diez minutos después, Menchu regresó a la fiesta, y Eva preguntó al verla:

—Pero ¿dónde te habías metido? ¿Y por qué te has quitado las lentillas? — Menchu iba a responder cuando ella añadió—: Por cierto, el guaperas de Sergio te estaba buscando.

Su amiga la miró con una sonrisa y, evitando mencionar al hombre que había conocido o su amiga la brearía a preguntas, explicó:

—He subido a la azotea a admirar el paisaje y se me ha metido algo en el ojo, por eso ya no llevo las lentillas.

Eva asintió y, a continuación, cuchicheó:

—Quiero saber quién es Khal Drogo.

Menchu rio. No pararía hasta que le hablara de él.

—Un amigo.

—¿Qué amigo? Nunca me habías hablado de él.

Como necesitaba inventarse algo rápido para saciar la curiosidad de Eva, añadió:

—Lo conocí hace poco y, bueno, se puede decir que es encantador.

—Uooooooooooooooooo —soltó Eva riendo, y acto seguido murmuró—: ¿Ha habido tema entre vosotros?

Divertida por las locas preguntas de su amiga, ella asintió.

—Un tema increíble.

Eva soltó una risotada. Le gustaba ver a Menchu segura de sí misma, y al observar que el chico con el que había estado esa noche la miraba, dijo,

cambiando de tema:

—A ver, te lo pregunto sin anestesia porque ya sabes que a mí las medias tintas y las gilipolleces no me van: ¿te apetece sexo con Sergio esta noche?

Menchu soltó una carcajada. Eva era la leche.

—Sin anestesia te digo que hoy no —le aseguró—. Estoy cansada y prefiero dormir.

A las seis y media de la mañana, Menchu, Eva y Cheli regresaron a casa de esta última las tres solas. Menchu no estaba dispuesta a meter a nadie en su cama, y Eva tomó la misma decisión.



## Capítulo 15

Pasaron tres días y Lucas no dio señales de vida.

En un principio, Menchu pensó en enviarle un wasap, pero al final decidió no hacerlo. A pesar de haber entrado en un juego peligroso con él, no pensaba perseguirlo.

El hecho de que Eva hubiera regresado de su viaje le facilitaba la vida. Tener a su amiga a su lado le resultaba reconfortante, así que se dedicó a disfrutarlo sin pensar en nada más.

Una de las tardes en las que ambas tomaban café en la terraza de un local con Noelia, que, oculta tras una peluca oscura y unas gafas de montura metálica podía pasar desapercibida, Eva recibió un mensaje en el móvil.

—Era Luis —comentó divertida.

Menchu sonrió, mientras que Noelia preguntó curiosa:

—¿Y quién es Luis?

Eva terminó de teclear un wasap, dejó el teléfono sobre la mesa y explicó:

—Un tiarrón que tiene unos bíceps y unos tríceps ¡impresionantes!

Todas rieron, y ella añadió, mirando a Menchu:

—Por cierto, él y Sergio están aquí. Les acabo de enviar la ubicación y vienen para cenar con nosotras.

Boquiabierta, su amiga la miró y cuando iba a protestar Noelia preguntó:

—¿Y quién es Sergio?

Menchu y Eva le contaron divertidas lo ocurrido en la fiesta del sábado.

—En resumidas cuentas, regresamos solas a casa, pero ¡quién sabe si hoy, después de la cena, nos apetecerá un apañito para el cuerpo! —terminó Eva.

Las tres soltaron una carcajada llena de complicidad.

La genialidad de Eva siempre las hacía reír. Su locura y su desparpajo no dejaban a nadie indiferente, y cuando le estaba contando a su cuñada Noelia más cosas sobre aquéllos, el ruido de unas motos llamó su atención.

—Vaya por Dios... —murmuró, al ver de quiénes se trataba—. Y con *Belinda*.

Noelia sonrió. Todos sabían que la moto de Damián se llamaba así. Iba a decir algo cuando Eva protestó de nuevo, mientras su cuerpo se tensaba al verlo:

—¿Por qué esos insoportables cucarachos tienen que venir aquí? ¿Acaso no hay más sitios en Sigüenza?

Menchu se puso nerviosa. A escasos pasos de ellas estaba Lucas, tan guapo e impresionante como siempre. Entretanto, Noelia espetó, dirigiéndose a su cuñada:

—Oye, guapa, no metas a mi marido en el mismo saco.

Las tres rieron, y en ese momento Juan se acercó a ellas antes que los otros dos, que hablaban al tiempo que se quitaban los cascos. Le dio un beso en los labios a su mujer y murmuró, al verla con la peluca negra:

—Hola, morena.

Noelia sonrió. En ocasiones, para caminar por la calle tenía que disfrazarse, y eso divertía a Juan. Tras acercar una silla a su mujer, él miró a su hermana y a Menchu y las saludó:

—¿Qué pasa, chicas?

Menchu no dijo nada, pero Eva murmuró:

—¿Por qué has tenido que traer a esos dos?

Juan miró a Lucas y a Damián, sus amigos, sus compañeros, y, encogiéndose de hombros, respondió con cierta desgana:

—Porque siempre que salimos de trabajar nos gusta tomarnos algo juntos. ¿Algún problema, hermanita?

Eva resopló, y Noelia miró a Menchu, e iba a decir algo cuando ésta comentó:

—Por mí no hay problema. Lucas es un amigo como cualquier otro.

Noelia parpadeó con incredulidad. Entonces Eva, al ver aparecer al fondo a Sergio y a Luis, comentó con guasa:

—Ya están aquíiiii...

Juan, que no entendía nada, miró hacia el lugar donde señalaba su hermana y

vio a dos tipos trajeados, con pinta de ejecutivos, que caminaban hacia ellos.

—No me digas que habéis quedado con esos pijorros —cuchicheó.

Eva lo reprendió:

—Chiss... cierra el pico, cucaracho. —Y, levantándose, saludó—: Hola, chicos, ¿qué tal?

Ellos se presentaron con educación, y Sergio murmuró, dirigiéndose a Noelia:

—Tu cara me suena, pero no sé de qué.

Ella sonrió, Juan también y, contemplando a su mujer, bromeó:

—Cariño..., la de veces que te dicen eso. ¡Qué cara más normal debes de tener!

—Pues bien que te gusta mi cara —replicó Noelia.

Juan asintió. Estaba locamente enamorado de ella, y, besándola, afirmó:

—Mucho. Y lo sabes.

Eva, divertida, y guardando el secreto de quién se ocultaba tras aquella peluca oscura y las gafas de montura metálica, respondió:

—Ella es mi cuñada Noelia, que está casada con mi hermano Juan.

Sergio y Luis se miraron. A ambos les sonaba el rostro de la joven. Entonces Juan, sin abandonar su sonrisa, declaró:

—Sí, amigos. Esta preciosidad está casada conmigo. Soy un hombre con mucha suerte.

Todos soltaron una carcajada y, una vez que se sentaron, comenzaron a hablar del tiempo.

A escasos cinco metros de ellos, Damián y Lucas los observaban.

¿Quiénes eran aquellos trajeados?

Y Damián, al ver a Eva por primera vez después de varios meses, susurró:

—Madre mía..., madre mía..., no esperaba encontrarla aquí.

Lucas miró al grupo, pero se centró en su amigo e indicó:

—Tranquilo. Tú puedes con esto y con lo que te propongas.

Damián asintió y, volviendo a mirarla, comentó:

—¡Me cago en la leche! Y encima ahora seguro que se me pondrá chulita.

Lucas, que observaba la escena con seguridad y templanza, se percató de que el del traje azulón y los zapatos aterciopelados hablaba con complicidad con Menchu. Estaba más que claro que no era la primera vez que se veían, pero, sin

querer dramatizar, porque a él eso ni le iba ni le venía, replicó:

—Déjate de gilipolleces y céntrate en ti, ¡joder!

Damián se pasó la mano por el pelo, la presencia de Eva lo descuadraba, y preguntó a Lucas:

—¿Estoy bien?

Sin poder creerse su pregunta, el geo resopló.

—¿A qué viene esa polladita ahora?

Damián sabía que su aspecto desaliñado no era impoluto como el del tipo que estaba con Eva, e insistió:

—Dime si voy bien así vestido, ¡joder!

Lucas pestañeó y, encogiéndose de hombros, contestó:

—No eres mi tipo, pero, sí, creo que vas bien.

El joven policía maldijo, y más cuando vio a Eva soltar una risotada. Le dolía en el alma que sonriera estando con otro.

—No me jodas, Damián —resopló Lucas, al notar su incomodidad—. Pero ¿acaso no hemos hablado ya de esto?

El aludido miró a la mujer que lo traía por la calle de la amargura.

Hablar..., lo que se dice hablar, lo habían hablado, pero verla allí, tan bonita y tan sonriente, lo mataba.

—Pero, vamos a ver —insistió su amigo—, ¿me puedes explicar cómo un tío como tú, que está acostumbrado a la tensión de nuestro trabajo y a que las mujeres se arrojen a sus pies, está aquí lloriqueando como una nenaza por una mujer que lo dejó tirado? Pero ¿qué te pasa?

Damián resopló. Lucas tenía razón. No podía perder los papeles por nadie como los estaba perdiendo y, sacando su móvil, cuchicheó, tratando de recuperar la compostura:

—¿Qué te parece si llamo a Aitana y a Nerea y quedo aquí con ellas?

Entendiendo la necesidad de su amigo, Lucas asintió.

—Estupenda idea.

Damián llamó por teléfono. Necesitaba que Eva viera que él también había rehecho su vida y, tras unas breves palabras, cuando colgó dijo:

—Solucionado. Vienen para acá.

Lucas asintió mirando a Menchu.

Lo que ella hiciera con su vida era su problema, no el de él, y tras

intercambiar una mirada significativa con Juan, que intuyó lo que ocurría con Damián, clavó la vista en su nervioso amigo y le espetó:

—Y ahora vas a dejar de ser una nenita llorona, vas a sonreír, vamos a ir hasta donde están ellos, saludaremos y, por tu bien, si no quieres que te abra la cabeza, mantendrás el tipo hasta que lleguen nuestras citas, ¿de acuerdo?

Damián asintió y, sacando esa parte chula que sabía que tenía, se dirigió con Lucas a reunirse con los demás. Al acercarse, los saludó con una sonrisa:

—¿Qué pasa, familia?! ¿Cómo lleváis el día?

Juan y Lucas se miraron y sonrieron. Como siempre, Damián era capaz de cambiar su actitud en décimas de segundo.

Eva iba a decir algo, cuando él se le adelantó:

—Eva, qué alegría ver que has regresado de tu viaje. ¿Todo bien por Argentina?

—De diez —respondió ella sin mirarlo.

Incapaz de no saludarla, Damián le dio dos besos, después a Menchu y a Noelia y, cuando llegó frente a los desconocidos, tendió la mano y dijo:

—Soy Damián, un placer conoceros.

Los otros dos lo saludaron con amabilidad y, segundos después, fue Lucas quien se presentó.

A continuación, los recién llegados se sentaron junto a Juan y, mientras las chicas hablaban con aquéllos, este último miró a sus amigos y susurró:

—¿Qué me decís del pelito repeinado del de gris?

—¿Y de los zapatos de terciopelo del de azul? —se mofó Lucas.

Los tres rieron. Aquellos finolis no tenían nada que ver con ellos.

De pronto Eva les echó una mirada asesina, y Noelia, que se estaba enterando de todo lo que cuchicheaban, murmuró con cierto disimulo, mientras se atusaba el pelo:

—¿Qué tal si os cortáis un poquito, *cucarachos*?

Los tres sonrieron, pero la ignoraron y siguieron a lo suyo.

Ocultando su nerviosismo por ver a Lucas, Menchu se centró en Sergio y mantuvo la cabeza fría. Estaba más que claro que éste había ido hasta Sigüenza para verla, y le prestó toda su atención.

Tras pedir unas cervezas, llegaron dos chicas guapísimas; Lucas se levantó para saludarlas y las presentó a los demás. Todos las recibieron con una sonrisa,

incluidas Eva y Menchu. ¿Por qué no?

Nerea y Aitana, encantadas por el recibimiento, se sentaron al lado de Lucas y de Damián, y en ese momento Menchu y Lucas se miraron y se sonrieron, pero poco más.

De inmediato retomaron la conversación y, visto desde fuera, parecía un grupo perfectamente avenido.

En un momento dado, Noelia se levantó.

—Tengo que ir al baño.

—Voy contigo —dijo Menchu.

Cuando se alejaron, la actriz cuchicheó:

—Me funcionan mejor las gafas de pasta. Con éstas han estado a punto de reconocirme.

Eso hizo sonreír a Menchu, y en ese instante apareció Eva en el baño como una exhalación y, plantándose ante ellas, siseó:

—Como el imbécil de mi hermano y los otros dos idiotas sigan cotilleando como porteras maléficas de mis amigos, os juro que les estampo la mesa en la cabeza. Pero ¡serán chismosos!

Noelia soltó una risotada, y ella prosiguió:

—Al menos, Sergio y Luis tienen clase, no como esas dos tetonas que han llegado... ¡Y encima, la que está baboseando a Damián es la sobrina de las Chuminas!

—Vamos a ver... —murmuró Noelia para tranquilizarla.

—No..., vamos a ver, no —la cortó Eva—. ¡Todavía no entiendo qué hacemos sentados todos alrededor de la mesa como si fuéramos la familia *happy*! Pero ¿estamos locos o qué?

—Tranquilízate, Eva —pidió Menchu riendo.

Sin embargo su amiga, que era un torbellino, siseó:

—Pero ¿tú has visto qué tetas tiene la sobrina de las Chuminas? —Y cuando Menchu iba a responder, entró en uno de los aseos y dijo—: ¡Me meo *toíta* entera! Os dejo.

Las otras dos se miraron y sonrieron.

—En cuanto a lo de los pechos, la otra tampoco se queda corta —señaló Noelia.

Menchu volvió a reír sin poder remediarlo, y de inmediato Noelia afirmó:

—Pues va a ser cierto que has superado lo de Lucas.

Ocultando la rabia que sentía al respecto, su amiga replicó:

—Como habría dicho mamá Clara, la decepción no mata, ¡enseña!

—¡Y tanto que enseña! —gritó Eva desde el interior del aseo—. Es más, yo añadiría eso de que quien come cuentos de hadas vomita realidades.

—Deja de vomitar y recuerda: la sonrisa es el mejor disfraz —indicó Noelia.

La puerta del aseo se abrió y Eva, enfadada, continuó despotricando con su cuñada hasta que a Menchu le vibró el móvil en el bolsillo. Rápidamente lo sacó y leyó:

¿En serio te van los trajeados?

Era Lucas, bajo el nombre de Khal Drogo, y no dispuesta a dejarse achantar, escribió:

Eso a ti ni te va ni te viene.

A continuación, se guardó el móvil y, mirando a Eva, le cogió las manos y dijo:

—Vamos a ver, ¿por qué te pones así?

—¡¿Cómo?! ¿Cómo me estoy poniendo?

Noelia y Menchu se miraron, y Eva añadió:

—No pensaréis que me importa lo que ese idiota haga con esa tetona, ¿no?

Sus amigas la miraron boquiabiertas y ella, cerrando los ojos, preguntó:

—Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

—Un pelín —asintió Noelia.

Eva maldijo.

Quería ser dura y distante en lo referente a Damián, pero no podía. Ese hombre le importaba más de lo que quería reconocer. Pero, cuando iba a hablar, Menchu se le adelantó:

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Yooooooooooooo? ¡Ni loca!

—¿Por qué no os comunicáis con tranquilidad de una santa vez? —insistió Menchu, consciente de los sentimientos de su amiga.

—Porque lo nuestro es imposible, y lo sabes. ¡Somos incompatibles!

—Eva —susurró Noelia—, piensa entonces por qué te pones tan nerviosa y te enfadas tanto cuando lo ves con otra.

La aludida miró a Menchu. La avergonzaba recordar lo que había hecho. Pero, Noelia, que desconocía el trasfondo de la historia, insistió:

—Dicen que los polos opuestos se atraen y, si no, fíjate en tu hermano y en mí. Vidas opuestas, caracteres opuestos, trabajos nada amoldables..., lo teníamos todo en contra. Y, aunque en un principio ni siquiera nosotros dábamos un duro por nuestra relación, al final, con amor y voluntad por parte de los dos, y rebajando nuestro nivel de cabezonería, somos felices.

—Ya, pero vosotros sois...

—Eva —la cortó Noelia—, nosotros somos dos personas normales y corrientes como lo sois vosotros, y si ambos queréis, ¡podéis!

Menchu las observó.

Noelia tenía razón. Las relaciones de pareja eran cosa de dos.

No valía con que uno quisiera y el otro no. Para que una pareja funcionara, ambos tenían que remar en la misma dirección.

—Estás loca por Damián y, sin duda, él está loco por ti —declaró, mirando a su amiga—. ¿A qué estáis jugando?

Eva se llevó las manos a la cabeza, resopló y cuchicheó con una sonrisa:

—¿Y creéis que si yo...?

Las otras dos asintieron. Estaban más que seguras de que, en cuanto Eva le hiciera una seña, Damián reaccionaría.

—Piénsalo con calma —musitó Noelia—. Medita qué necesitas en la vida para ser feliz y haz lo que tengas que hacer. Y si, después de eso, sientes que lo vuestro puede funcionar, habla con él e intentadlo de nuevo.

Menchu asintió y, mirando a su amiga, susurró:

—Tiene razón. Piensa en lo que quieres y actúa en consecuencia.

Eva suspiró, las abrazó con cariño y dijo:

—Lo haré. Lo pensaré con tranquilidad y tomaré una decisión.

—¡Ésa es mi chica! —aplaudió Menchu feliz.

Si una pareja se merecía una nueva oportunidad, ésa era la de su amiga con Damián.

Aparte de que les tenía cariño a los dos, hacían una bonita pareja, y sabía que una vez que limaran asperezas y se dieran una oportunidad de verdad, podrían



ser felices, siempre y cuando Eva no saliera huyendo de nuevo.

Cinco minutos después, las tres mujeres regresaban a la mesa, donde estaba el resto del grupo. Noelia se sentó junto a Juan, Menchu, junto a Sergio, y Eva se plantó frente a Damián y le soltó:

—¿Qué tal si me besas y nos dejamos de tonterías?

Menchu y Noelia se miraron.

—¿Ya había meditado con tranquilidad?

Damián sonrió al oírla.

No le hacía falta ni una sola palabra más. Así pues, se levantó y, sin importarle nada ni nadie, murmuró:

—Nena, te he echado de menos.

Eva y Damián sonrieron y él, acercándola a su cuerpo, la besó con decisión; Juan y Lucas se miraron desconcertados, y este último pensó que a su buen amigo le faltaba más de un tornillo.

Al ver aquel despropósito, Luis se levantó. Aquello era, como poco, indignante, y sin decir nada dio media vuelta y se marchó.

Sergio miró entonces a Menchu y ella lo animó:

—Ve con él.

—Te llamo —dijo él, alejándose tras su amigo.

Boquiabierta, Nerea hizo lo mismo que Luis: se puso en pie y se marchó. Y Aitana, sin mirar a Lucas, que reía por aquello, se alejó también con su amiga.

—Adiós..., bonitas..., adiós —murmuró Noelia.

Descolocada por la extraña situación, Menchu no sabía qué hacer, aunque viendo a la descerebrada de su amiga Eva, estaba a punto de reír cuando Noelia cuchicheó:

—Está claro que éstos están hechos el uno para el otro.

Menchu resopló. ¡Si ella supiera!

Cuando los besucones decidieron acabar su más que ardoroso momento, Damián susurró, sin soltar a Eva:

—Nena, estás preciosa, aunque a veces te mataría.

—Tú sí que estás precioso, y créeme que yo también te mataría.

De nuevo, otro beso hizo que Juan y Lucas pusieran los ojos en blanco. Cuando decidieron acabar aquel momentito de amor extradimensional, Damián propuso:

—¿Qué tal si nos vamos tú y yo?

Eva asintió, y Juan exclamó, levantando la voz:

—¡Eh..., vosotros! ¡Un segundo!

Todos lo miraron, especialmente los recién besados.

Juan se levantó y, colocándose frente a ellos, les pidió mirándolos con gesto serio:

—Haced el favor de hacer las cosas bien de una santa vez. No sé qué ocurre entre vosotros, pero ¡solucionadlo! Y tú —dijo, señalando a Damián—, si vuelves a hacer sufrir a mi hermana, te juro que te las vas a ver conmigo.

Damián chocó la mano de su amigo y, sin soltar a Eva, la llevó hasta *Belinda*, su moto. Se pusieron los cascos y segundos después desaparecieron.

Sentados en la terraza del bar sólo quedaban ya cuatro, y entonces Menchu exclamó con una sonrisa:

—¡Increíble!

—¡Y tanto! —afirmó Lucas.

Todos volvieron a reír por aquello, y luego este último indicó:

—Creo que mi amigo no sabe dónde se mete, pero...

—¡Cierra el pico! —ordenó Juan sonriendo y dándole un puñetazo.

—Eso..., cierra el piquito, Mariliendre —gruñó divertida Noelia, que acto seguido se dirigió a su marido—: Cariño, deberíamos ir a recoger a Abril a casa de tu padre antes de que se duerma.

Juan se levantó y también lo hizo Lucas. Luego fueron a la barra del local y pagaron la cuenta a medias.

—¿Estás bien? —le preguntó entonces Noelia a su amiga.

—Sí.

—¿Te importa que el tal Sergio se haya marchado?

Menchu sonrió. No le importaba lo más mínimo.

—No. Pero lo de Eva y Damián ¡es de traca!

Ambas reían por aquello cuando Juan y Lucas se les acercaron y Noelia ofreció a su amiga:

—¿Quieres que te acerquemos a tu casa?

Menchu iba a responder, pero Lucas la interrumpió:

—Me voy. Adiós.

Dio media vuelta y se encaminó hacia su moto.

Sin cambiar el gesto, Menchu miró a sus amigos e indicó sonriendo:

—No, gracias. Tengo el coche aparcado cerca de aquí.

Noelia y Juan se despidieron de ella y, cuando se quedó sola, se dirigió hacia su coche. Al llegar junto a él, mientras sacaba las llaves de su bolso, notó que le vibraba el móvil. Un mensaje:

Hola, María.

Al ver que se trataba de él, sonrió y respondió:

Hola, Khal Drogo.

Durante unos segundos, Menchu esperó un nuevo mensaje, que no tardó en llegar:

¿Qué me dices de ir otra vez al motel de Palazuelos?

Nerviosa, ella volvió a leer el mensaje. Podía decir que no, podía negarse, pero era lo último que le apetecía, por lo que tecleó:

Te digo sí.

Lucas, que estaba estacionado en una calle cercana a donde ella se encontraba, se apresuró a escribir:

Lleva tu coche hasta la estación de tren y aparca. Te recojo allí.

Sin dudarle, y con una sonrisa en los labios, Menchu montó en su vehículo y condujo por Sigüenza. El plan que se le presentaba le apetecía. Le apetecía mucho.

Una vez en la estación, divisó a Lucas con su moto. Aparcó junto a él y, cuando bajó del coche, él rápidamente le tendió un casco y dijo:

—Póntelo y vayámonos de aquí antes de que nos vean.

Cinco minutos después, circulaban en la motocicleta por la CM-110 en dirección a Palazuelos.

## Capítulo 16

Damián y Eva subieron cogidos de la mano hasta la casa del geo. Cuando él cerró la puerta y la miró, ella, sin poder contenerse, le soltó un bofetón y exclamó, mientras él la miraba desconcertado:

—¿Con la sobrina de las Chuminas?!

—¿Qué?!

—¿En serio?!

—Joder..., ¿ya empezamos? —protestó Damián.

Adoraba a Eva. Le encantaba su impulsividad y, en cierto modo, también su locura, pero cuando hacía ese tipo de cosas lo irritaba. Sin embargo, cuando iba a contestarle con gesto hosco, ella se lanzó a sus brazos y, besándolo, murmuró:

—Perdón..., perdón..., perdón...

Él no respondió, sino que se limitó a besarla y, cuando el beso acabó, musitó:

—Si vuelves a...

No pudo decir más. Eva asintió y, con gesto pícaro, afirmó:

—Estoy loca, ¡lo sé! Pero te quiero y, aunque deberías darme una patada y echarme de tu casa, quiero que sepas que te he echado mucho de menos.

A partir de ese instante sobraron las palabras.

La ropa de ambos voló por el apartamento de Damián y, media hora después, cuando los dos estaban sudorosos y jadeantes sobre la cama, Eva comentó:

—Eres una máquina.

El geo sonrió.

Si había un sitio donde se compenetraban al cien por cien, era en la cama. El sexo entre Eva y él era, como poco, ¡increíble! Ella fue a levantarse, pero Damián la agarró de la cintura y, poniéndola bajo él, dijo:

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Lo sé.

Un beso..., dos..., siete..., y cuando ella iba a dar el octavo, Damián se apartó y preguntó con cierta sorna:

—Entonces ¿tomaste mucho dulce de leche en Argentina?

Eva sonrió. Sabía muy bien a qué se refería.

—¿Acaso tú no has estado con otras mujeres en mi ausencia? —repuso.

—Sí —afirmó él con rotundidad.

Con pesar, ella asintió, pero cuando iba a responder, él se levantó de un salto de la cama y siseó molesto:

—Eva..., estoy cansado.

—Normal.

—Inventé una absurda historia acerca de que me habías pillado tonteando con otra mujer y por eso te fuiste.

—Lo sé. Me lo contaron mis hermanas —afirmó ella mirándolo.

Damián suspiró y, al ver cómo lo miraba, añadió:

—Lo nuestro no puede continuar así.

La joven asintió.

—Lo sé, y por eso...

Sin escucharla, salió desnudo de la habitación. Adoraba a Eva, la quería, pero no soportaba su manera de ver su relación. Cuando ella apareció tras él, cogió los calzoncillos que ésta le tendía mientras empezaba a ponérselos y dijo:

—Ésta es la última vez. Si no lo conseguimos, creo que deberíamos olvidarnos del tema.

La joven se quedó muda al oír la rotundidad de las palabras de aquél. Ella lo quería, le encantaba Damián, pero tenían un carácter tan distinto que eso los hacía alejarse. Tras ponerse una camiseta y sus bragas, musitó:

—Tienes razón. Esto no puede continuar así.

En silencio, los dos se sentaron en el sofá del salón y se miraron.

Entre ambos había un magnetismo especial. Algo que los empujaba a estar juntos, pero también algo que les hacía discutir constantemente; por ello, Damián la cogió de las manos y dijo:

—Intuyo que mis sentimientos hacia ti son parecidos a los tuyos hacia mí, y quizá por eso, porque queremos que lo nuestro sea algo más que lo que hemos

tenido hasta ahora, deberíamos pensar las cosas un par de veces antes de decirlas o hacerlas. ¿No crees?

—Creo..., creo...

Levantando las manos al cielo, Damián protestó:

—Por el amor de Dios, Eva, ¿cómo pudiste hacerlo?

Ella asintió. Su impulsividad le había hecho hacer algo que no estuvo bien.

—Te quiero —aseguró.

A Damián se le removió el corazón al oírla decir eso, pero, sin dejarse vencer por los sentimientos que ella le provocaba, replicó:

—Me quieres, pero te marchaste y me dejaste colgado sin pensar en mis sentimientos.

—Lo sé —afirmó horrorizada—. Y te juro que no me lo perdonaré en la vida.

Él suspiró.

—Yo también te quiero —dijo—. Pero en ocasiones quererse no basta, si uno compra un billete de avión sin avisar y se va durante seis meses a otro país.

Eva suspiró también. Él tenía razón.

—Sé que la última vez fui yo la culpable, pero he de recordarte que la anterior fuiste tú. Tú fuiste quien, enfadado, pidió destino y se fue durante cuatro meses a Irak a hacer un cursillo de...

—Vale. Tienes razón, pero ahora no sirve de nada eso que dices —matizó Damián.

En silencio se miraron a los ojos, hasta que el geo preguntó:

—¿Qué es lo que esperas de nosotros, Eva? Porque, si te soy sincero, nos siento como dos trenes que chocan, pero una vez que el humo se disipa no queda nada de ellos.

Nerviosa, la joven lo miró y respondió suspirando:

—Lo espero todo.

—¡¿Todo?!

Ella cerró los ojos, y él añadió:

—No mientas, cielo.

—Te juro que no miento —insistió la joven.

Damián, que la conocía muy bien, tomó aire y señaló:

—No lo esperas todo porque, si así fuera, no te habrías marchado huyendo

como lo hiciste la última vez. Y, antes de que digas nada, se lo conté a Lucas, y vi que Menchu lo sabía por tu parte. Nadie más sabe la verdad. Bastante doloroso fue para mí como para que, encima, tuvieran que enterarse de que te marchaste porque te pedí que te casaras conmigo.

La joven cerró los ojos horrorizada, y él añadió:

—Lucas ha sido mi gran punto de apoyo y, a su manera, Menchu también. Gracias a ellos, no me he vuelto loco.

—Lo siento...

Eva sabía que lo había hecho mal, muy mal, y, consciente de que ahora la pelota estaba sobre su tejado, murmuró:

—El anillo era precioso.

Damián asintió. Había estado ahorrando durante meses para comprarlo.

—Por suerte, lo devolví —repuso con indiferencia.

—¿Lo devolviste?

Él asintió. Era mentira. Lo llevaba en el bolsillo secreto de su cartera, pero la miró y dijo:

—Con ese dinero le hice un buen arreglo a *Belinda*.

—¿A *Belinda*? —preguntó ella descolocada al pensar en la moto.

A Damián le gustó ver su gesto desconcertado, y afirmó:

—Sí, cielo. Ella me es fiel siempre porque ni se va ni me abandona. Así que, ¿en quién gastarme mi dinero mejor que en ella?

Eva asintió. Se merecía todo lo que él le dijera. Cuando vio que la miraba a la espera de que añadiera algo más, ella declaró:

—Siento lo que hice. Siempre he sentido cierto yuyu a firmar ese tipo de contrato. No es lo mío y...

—Eva —la cortó—. ¿Y no crees que podrías haber reaccionado de otra manera?

—Damián...

—Podrías haberme dicho: «Damián, sabes que no quiero casarme», o «Damián, es precipitado», o «Damián, vivamos juntos pero sin papeles». Pero no. Lo mejor que se te ocurrió fue marcharte sin avisar y no cogerme el teléfono durante todo este tiempo excepto para soltarme varias de tus perlitas. ¿Cómo crees que me he sentido y sigo sintiéndome?

A Eva le sabía muy mal y no sabía qué decir. No había actuado bien, se

merecía todo aquello.

—Pues imagino que te sentiste fatal y, ahora que estoy delante, te gustaría darme una patada en el culo —respondió al final.

—No me des ideas —cuchicheó él.

Se miraron en silencio.

La situación entre ellos siempre estaba pendiente de un hilo. Sin embargo, Damián, como necesitaba decir lo que realmente sentía, explicó:

—Mi verdadero problema contigo es que te quiero y que, a pesar de tu marcha, a pesar de tu indiferencia y de saber que has tomado más dulce de leche del que me gustaría y de que yo he catado otros manjares, estoy loco por ti, y en cuanto pienso en tu carita de bruja me olvido de todo. En cuanto te veo quiero estar contigo. Y en cuanto...

Eva lo besó. Nunca había conocido a un hombre como él. Cuando el beso acabó, murmuró, con la barbilla temblorosa:

—Cásate conmigo.

Al oírla, él la miró boquiabierto. Eso era lo que él siempre había querido, pero negó con la cabeza y musitó:

—No.

—¿Qué?! —exclamó ella asombrada.

—Que no.

Temblando al sentirse rechazada, la joven insistió:

—Pero ¿por qué?

—¿Te has vuelto loca?

Con una risa nerviosa, Eva asintió.

—Totalmente loca.

Descuadrado como siempre que ella se lo proponía, Damián volvió a negar con la cabeza.

—Ahora no quiero casarme contigo.

—Pero si siempre has querido...

—Pues ahora no.

Un fuego se encendió dentro de Eva.

—Siempre has querido formar una familia.

—En eso tienes razón. Pero me he dado cuenta de que, para ello, antes has de conocer a tu media naranja, y creo que yo aún no la he conocido.



—Pero si tu media naranja soy yo...

—¿Tú crees? —se mofó Damián.

Con el corazón henchido al ver cómo ella lo miraba, sonrió y agregó:

—No lo sé, cielo. Te quiero, pero no sé si eres mi media naranja.

Eva parpadeó y, asintiendo, susurró:

—Vaya...

Sorprendido por su respuesta, el geo preguntó:

—Vaya..., ¿qué?

La joven se retiró el pelo del rostro y aseguró:

—Quiero casarme contigo.

Damián suspiró algo molesto. Se apartó de ella, se levantó y dijo, gruñendo mientras se dirigía a la cocina:

—A ti no hay quien te entienda.

Cuando salió del salón y ella se quedó a solas, asintió. ¡No se entendía ni ella! ¿Le había pedido matrimonio? ¿Estaba loca?

Y, levantándose, se dirigió también a la cocina, donde, al ver que él sacaba de la nevera mantequilla, pan y pavo, le preguntó, apoyándose en el quicio de la puerta:

—¿Cómo puedes tener hambre en un momento así?

Damián se encogió de hombros y, sin mirarla, respondió:

—Contigo me he acostumbrado a tantos momentos raros y surrealistas que ya no me quitas ni el hambre.

La joven sonrió. Sin duda él era especial. Retiró lo que había sacado de la nevera, se sentó a la mesa frente a él y, cogiendo su barbilla, murmuró:

—Estoy loca, ¿verdad?

Damián asintió.

—Tremendamente loca.

Ambos rieron, y luego ella dijo:

—Me alegra saber que *Belinda* fue la gran beneficiada. Sin duda, se lo merece, pero ahora estoy aquí y quiero aprovechar nuestra nueva oportunidad. Así pues, prometámonos que no discutiremos por tonterías, que ninguno se marchará de viaje, que seremos capaces de hablar como personas civilizadas y, sobre todo, prométeme que... me vas a dejar quererte y me vas a querer.

Hechizado por sus palabras, Damián sonrió.

—Yo lo prometo, pero aquí el problema es si tú serás capaz de hacerlo.

La joven asintió.

Su último viaje le había hecho darse cuenta de lo que de verdad le importaba, y lo que importaba en su vida, además de su familia, era Damián. Acercó su boca a la de él y comentó:

—Prepárate, porque no voy a rendirme hasta que te cases conmigo.

—Te lo vas a tener que trabajar —respondió él riendo.

Dispuesta a demostrarle que por él era capaz de cualquier cosa, la joven afirmó:

—Lo haré..., vaya si lo haré.

A Damián le gustó oír eso y, cinco minutos después, estaban haciendo el amor sobre la mesa de la cocina.

¿Por qué no?

## Capítulo 17

El sexo con Lucas era colosal y, tras el segundo asalto, cuando quedaron tendidos boca arriba en la cama, él murmuró:

—Me muero de sed. ¿Y tú?

Menchu asintió. También estaba sedienta.

Lucas se apresuró a levantarse. Abrió el minibar que había en la habitación y preparó dos cubatas. Sabía lo que le gustaba a Menchu.

Ella también se levantó entonces, tapada con la sábana, y señaló, mirando a su alrededor:

—Deduzco que este lugar es como tu segunda casa.

Lucas sonrió.

—Deduces bien.

Menchu asintió. La jorobaba pensar que iba allí con otras, pero no dijo nada. Simplemente siguió disfrutando del momento sin más, hasta que él añadió, entregándole una hojita de papel:

—Dime qué quieres que suban de cena, aunque ya lo imagino.

La joven leyó el papel.

—Mmmm..., setas, ¡qué ricas! —exclamó—. Yo quiero setas, hamburguesa con patatas pero sin cebolla y con doble de queso y, de postre, tarta de chocolate.

Lucas sonrió. Sin haber hablado con ella sabía lo que iba a pedir y, apuntándolo en un papel, preguntó a continuación:

—Coca-Cola Zero con mucho hielo, ¿verdad?

—¿Lo dudas? —respondió ella riendo.

Él rio de nuevo. No lo dudaba ni un segundo.

El motel era un lugar discreto, limpio y moderno que no muchos conocían, y

que al parecer había montado hacía seis meses un amigo de Lucas, tomando ideas de otros que había visitado. Aquello era un picadero en toda regla para las parejas que no querían ser vistas.

Tras anotar lo que querían para cenar, Lucas metió el papel en el montacargas, pulsó un botón y dijo, mirando a Menchu:

—A las diez en punto tendremos la cena aquí.

Ella asintió contenta mientras Lucas ponía música en el móvil. Heavy, por supuesto.

Luego él le entregó su copa y se sentaron en la cama, ella enrollada en la sábana y él totalmente desnudo. Se notaba que se sentía seguro con su cuerpo.

—¿Te importa que cambie de música? —preguntó Menchu.

Lucas sonrió.

—Si es para poner polladitas románticonas..., me importa.

En ese instante comenzó a sonar *Paranoid*, de Black Sabbath, y exclamó:

—¡Menudo temazo!

Menchu asintió y, como necesitaba verlo contento, olvidó lo de cambiar de música.

—¿Conoces desde hace mucho a ese trajeado? —preguntó él a continuación.

Al intuir de quién le hablaba, ella dio un trago a su bebida.

Su vida sexual no era tan activa como la de Lucas, pero como no estaba dispuesta a dejarse achicar, respondió:

—Digamos que sí.

Él asintió, bebió de su copa y cuchicheó sonriendo:

—¿Te parecían bonitos los zapatos de terciopelo que llevaba?

Menchu soltó una risotada. La verdad era que cuando los había visto, por muy tendencia que fueran, le habían parecido horrorosos.

—Los zapatos son un complemento que se puede quitar —repuso sonriendo.

—¡Uoooooooooooo, pero qué chica más malota y atrevida! —se mofó Lucas.

A ella le hizo gracia el comentario y, mirándolo, indicó, metida en su papel:

—Tan malota y atrevida como tú. ¿O acaso los hombres tenéis el monopolio de disfrutar sin compromiso del sexo?

Quitándole importancia, Lucas repuso:

—No, cielo, no tenemos el monopolio, pero me sorprende oírte decir cosas como ésa.

—¿Por qué? ¿Porque no soy despampanante ni tengo un cuerpo de infarto y no llevo escotes que enseñen mis atributos?

Lucas se quedó muy sorprendido.

—Ahí te equivocas, porque para mi gusto no careces de nada de eso —matizó—. Y si te digo que me sorprende lo que dices es porque nunca te he visto como una chica tan liberal, sino más bien recatada y...

—Mírame —dijo ella, quitándose la sábana. Lucas desvió rápidamente la mirada a sus pechos, y la joven murmuró—: Como Menchu, soy la chica recatada que todos esperan, pero como María soy la mujer que quiero ser. Así que olvídate del recato en este momento.

Lucas asintió.

Ella se sentó entonces a horcajadas sobre él y, excitada por lo que había dicho, se metió en el papel de María y musitó, acercando su boca a la de él:

—Te deseo, Khal Drogo, y...

No continuó.

Lo besó.

Lo volvió loco y, cuando dejaron las copas sobre la mesilla, ella añadió, al tiempo que lo tumbaba en la cama:

—Y ahora..., haré contigo lo que quiera.

Sorprendida, pero sintiéndose como la reina del porno español, Menchu osciló las caderas de atrás adelante para él, agarrando sus muñecas para impedir que se moviera. Lucas, juguetón, al ver los pechos de aquella sobre su rostro, no lo dudó y se los chupó, se los mordisqueó, consiguiendo que la excitación de ella se acrecentara.

Besos...

Caricias...

Jadeos...

Estaban locos de deseo cuando Lucas, reconduciendo la situación, se levantó con ella en brazos y, poniéndola a cuatro patas sobre el colchón, la agarró por detrás y murmuró, tras darle una cachetada en el trasero:

—Me gusta tu descar..., María.

Menchu sonrió y susurró del todo desinhibida:

—Eso pretendo.

Él se puso rápidamente un preservativo, abrió sus labios vaginales y, una vez

que hubo colocado su dura erección en su humedad, la agarró de nuevo de las caderas, se introdujo hasta el fondo en ella y ambos dejaron escapar un grito.

Sin descanso, se movieron ansiosos en busca de su propio placer. Se deseaban, se buscaban, mientras Lucas, con fuerza y avivado por ella, se hundía en su interior una y otra y otra vez.

Sexo...

Sexo caliente, consentido y vivaz. Eso fue lo que experimentaron, hasta que al final un orgasmo escandaloso y delicioso los asaltó y ambos cayeron rendidos sobre la cama.

Con las respiraciones entrecortadas, intentaban recuperar el aliento cuando Lucas, que estaba sobre la espalda de ella, murmuró, dándole un beso en la coronilla:

—Eres sorprendente.

Menchu sonrió. La primera sorprendida con su más que atrevido comportamiento era ella misma.

—¡Me aplastas! —exclamó.

Cuando Lucas se retiró, dio media vuelta y, observando los ojos de aquel hombre que conseguía hacerla sentir la mujer más sexy del mundo con sus palabras y sus miradas, preguntó:

—Deduzco que todo bien, ¿verdad?

Lucas sonrió.

—¡Estupendo! —afirmó—. ¿Y tú?

Al sentir su mirada, ella se levantó de la cama y dijo, caminando hacia el baño:

—Bien, pero todo en esta vida es mejorable.

Lucas frunció el ceño boquiabierto. «¡¿Mejorable?!»

Cuando iba a levantarse para ir tras ella, el móvil de Menchu vibró, él leyó el nombre de Sergio en la pantalla y, sin poder evitarlo, se dijo: «¿Acaso ese Sergio es mejor que yo en la cama?».

No. Definitivamente, no.

Molesto por sentirse herido, Lucas entró en el baño, donde Menchu estaba mirándose en el espejo.

—¿Qué quiere decir eso de «mejorable»? —le preguntó.

Divertida, ella evitó sonreír.

Cuando se lo proponía sabía cómo darle un «¡zasca!» a su ego de machito y, sin salir de su papel de María, lo miró y replicó:

—Tan sólo, que todo se puede mejorar. —Reconoció la canción que estaba sonando en ese momento y preguntó con indiferencia—: Esto es *Black Magic Woman* de Carlos Santana, ¿verdad?

Herido en su orgullo, Lucas asintió y salió del baño, y en ese momento Menchu se tapó la boca para no soltar una carcajada.

Pero ¿cómo podía ser tan inseguro?

Cuando, cinco minutos después, se dirigió a la habitación, él estaba sobre la cama y, mirándola, dijo:

—Has recibido un par de wasaps.

Ella cogió el móvil y, viendo que eran de Sergio, sonrió y se apresuró a responderle.

Lucas, que observaba cómo tecleaba, y era consciente de que era el tal Sergio, preguntó:

—¿Algo importante?

Ella dejó el móvil sobre la mesilla y contestó con indiferencia:

—Nada que no pueda atender en otro momento.

En ese instante, un pitido les anunció que su cena había llegado.

Los dos caminaron hasta el montacargas y, cuando Lucas sacó la bandeja, en la que había una flor, Menchu se mofó:

—¡Qué romántico! Sólo falta que suene Eric Benét cantando *The Last Time*.

Lucas sonrió, percatándose de que a ella también la había marcado aquella canción. Pero no dijo nada, se relajó y disfrutó de la cena.

Cuando estaban comiéndose el postre, él preguntó:

—Irás al cumpleaños de Tomi, ¿verdad?

—No lo sé.

Intuyendo que no iría por lo de mamá Clara, Lucas la animó:

—Venga, ¡no puedes faltar! Vamos a ir todos, ¿cómo no vas a venir tú? Serán dos semanas en Los Ángeles muy divertidas, ¿o acaso no te acuerdas del año pasado?

Menchu asintió. Claro que lo recordaba, y más, que cada noche Lucas se había acostado con una mujer diferente.

—Me gustaría mucho que vinieras... Por favor —insistió él.

Oír eso era como música celestial para sus oídos. Lucas le pedía que fuera e, incapaz de negarse a algo así, afirmó:

—De acuerdo. Iré.

Esa madrugada, cuando Menchu regresó a su casa y se tumbó en la cama, pensó en lo ocurrido.

Estar con Lucas siempre era placentero, pero el sentimiento de soledad que la invadía una vez que se separaba de él era tremendo. No sabía muy bien a qué estaba jugando, pero lo que sí sabía era que era incapaz de resistirse a aquel hombre y, aun consciente de que eso no la beneficiaba, seguía haciéndolo una y otra vez.



## Capítulo 18

Pasaron dos semanas.

Dos semanas durante las cuales el romance entre Eva y Damián se afianzó, dejando a todo el mundo sin palabras.

Menchu volvió a encontrarse un jueves más con Inés en el cementerio, y lo suyo con Lucas continuaba en secreto en el motel de Palazuelos.

El miércoles, cuando quedó con los amigos para tomar algo, mientras hablaba con Noelia y Eva, Lucas apareció por sorpresa, como siempre, tan atractivo y seductor. Menchu evitó mirarlo y lo ignoró. Nadie podía sospechar.

Sin mostrar que entre ellos había algo, ambos se divirtieron junto a sus amigos, hasta que sobre las dos de la madrugada la diversión de la joven se acabó. Emilio llegó acompañado de dos chicas, y enseguida Lucas se desmarcó del grupo para unirse a ellos.

Estaba sentada junto a sus amigos cuando Eva comentó, mirándola:

—Cómo me alegra ver que has cambiado el chip con respecto a Lucas.

Menchu miró con indiferencia hacia el lugar donde aquél jugueteaba con el pelo de la morena y, sin inmutarse, respondió:

—Yo también me alegro.

Todos sonrieron, y Juan, que estaba junto a su mujer, añadió:

—Tomaste la mejor decisión.

—¡Sin duda! —afirmó Noelia.

Menchu asintió y, aunque se sentía algo culpable por mentir a las personas que siempre la ayudaban, calló, aunque por dentro fuera un volcán a punto de entrar en erupción.

La estaba matando ver a Lucas tonteando con aquélla, pero se tragó el nudo

de emociones que sentía en la garganta, sonrió e indicó:

—Simplemente me es indiferente. Él no es bueno para mí.

Los demás asintieron en el mismo momento en que Damián llegaba hasta ellos y, agarrando a Eva con posesión de la cintura, le preguntó con mimo:

—¿Cómo está la chica más bonita del universo?

Ella sonrió, y Noelia, mirando a su marido y a Menchu, murmuró divertida:

—Por favorrrrrrrrrrrrrrrrrrrr...

Todos rieron, y Eva cuchicheó, alejándose con aquél:

—Lo sé..., la envidia os corroe.

—Espero que esto no termine como siempre —apuntó Noelia riendo.

—Por la cuenta que les trae —añadió Juan—. Ya lo he hablado con los dos. No estoy dispuesto a aguantar otro de sus numeritos cada vez que terminan la relación.

Menchu sonrió. Eva y Damián eran muy especiales, y al ver que su amiga se divertía al bailar con su chico, señaló:

—Sin duda, son tal para cual.

Carlos, otro compañero de la base, entró en el local con su mujer, Laura, y se unieron también al grupo. Minutos después llegó Alicia Domínguez, la diseñadora para la que Noelia era imagen, y rápidamente ambas se besuquearon.

Juan y Carlos comenzaron a hablar, momento en que Alicia aprovechó para mirar a las chicas y anunciar:

—Adelanto mi viaje a Chicago.

—¿Y eso? —preguntó Noelia.

Emocionada, Alicia, sonrió y añadió:

—Están terminando los últimos detalles de la tienda en Magnificent Mile y quieren mi visto bueno antes de darla por finalizada.

—¡Enhorabuena! —exclamaron sus amigas.

Su triunfo como diseñadora tras la aparición años atrás de Noelia en la gala de los Oscar con uno de sus vestidos la había lanzado a la fama.

—Todavía no me lo creo —murmuró—. ¡Tengo tienda en Chicago!

Menchu aplaudió, y Alicia, que necesitaba contarles toda la verdad, añadió:

—Nick quiere presentarme a sus hijos.

Todas la besaron encantadas. El hecho de que Nick, un famoso presentador de radio de Chicago, pretendiera hacer aquello sin duda era un gran paso para

ambos.

—Quizá me mates —dijo entonces Alicia, dirigiéndose a Menchu—, pero un amigo de Málaga quiere contratarte para que hagas un par de páginas web para dos de sus empresas.

—¿Y por darme trabajo te voy a querer matar? —se mofó Menchu.

Alicia sonrió y, bajando la voz, señaló:

—Es César Gosmaide.

Al oír ese nombre, Menchu asintió. César era un conocido suyo. Un tipo atractivo pero muy pesado que nunca se rendía con Menchu. Con cierta indiferencia, se encogió de hombros y, mirando a su amiga, murmuró:

—Es trabajo y lo trataré como tal. Lo llamaré.

Alicia sonrió y, viendo que se lo tomaba bien, dijo al tiempo que tecleaba en su móvil:

—Te paso su contacto. Llámalo y habláis.

—Justo la semana que viene tengo que ir a Almería a visitar a un cliente —explicó Menchu—. Lo llamaré y pasaré por Málaga para hablar con él.

—¡Perfecto!

—¿Ése no es el que vino hace meses y se empeñó en cenar contigo? —preguntó Noelia.

Menchu asintió. César era una buena persona, pero quizá demasiado insistente en ciertos temas.

—Sé que es un poco pesadito —señaló Alicia—, pero no es mal tipo.

—Tranquilas —repitió Menchu—. Si me invita a cenar, ¡me pondré morada de marisco!

Estaban riéndose cuando Laura, la mujer de Carlos, miró a Lucas, que se encontraba con una chica que no conocía, y preguntó, al ver cómo la besaba:

—¿Nueva víctima a la vista?

Todas dirigieron la vista hacia él, y Noelia indicó:

—Adoro a Lucas, pero espero que algún día aparezca la mujer que sepa darle su merecido.

Las demás soltaron una carcajada. Laura miró entonces a Menchu, y ésta, para evitar preguntas, se levantó y exclamó, al oír la canción de Maluma *Felices los 4*:

—¡Vamos a bailar!

Con ganas de pasarlo bien, las chicas salieron a la pista, uniéndose a Damián y a Eva, y entre risas bailaron con ganas mientras coreaban aquella canción que tanto les gustaba y Lucas las observaba desde la distancia.

\* \* \*

Esa noche, tras despedirse del grupo y ver al geo marcharse con la morena, cuando Menchu llegó a su casa no podía dormir.

La rabia por los besos que había visto y por imaginar lo que él estaría haciendo en esos momentos la ponían nerviosa. Pero ¿cómo podía ser tan tonta? ¿Cómo podía caer una y otra vez en el influjo de aquel hombre sin pensar en las consecuencias?

Estaba pensando en ello cuando recibió un wasap. Al oír el sonido del móvil, rápidamente lo cogió por si era de él.

Pero su decepción fue evidente cuando, en vez de ver el nombre de Khal Drogo, leyó el de su amigo Tomi. Se sentó en el sofá y abrió el mensaje:

*Hello, my love* divino, ¿has pensado en lo que hablamos?

Menchu recordó la conversación mantenida con Tomi semanas antes y suspiró. Con lo enfadada que estaba en esos momentos, en lo último que podía pensar era en viajar a Los Ángeles, y respondió:

Hola, guapo. La verdad es que no.

Dos segundos después, el teléfono volvió a sonar y, al ver que la llamada entrante era de Tomi, respondió y oyó que él decía:

—Mira, *pretty*, me da igual lo que digas, ¡te necesito!

—Hola, Tomi —lo saludó sonriendo.

Pero él ya había metido la directa y proseguía con su habitual chorreo de palabras:

—No. No..., no. ¡No puedes decirme que no!

—Tomi, por favor, tengo mucho trabajo, y para tu cumpleaños todavía quedan meses. ¿Cómo me voy a ir a Los Ángeles?

—Pero, vamos a ver, *my love*, ¿qué tienes que hacer en España?

—¿Trabajar?! —se mofó ella.

—*Oh, my God!* —protestó él—. Pero, vamos a ver, tu trabajo te ofrece la posibilidad de hacerlo desde cualquier lugar siempre que tengas conexión a internet, ¿verdad?

—Verdad —afirmó ella.

—¿Entonces...?

—Entonces ¿qué?

Él resopló, lo que le dio a entender a Menchu que ocurría algo.

—¿Qué pasa, Tomi? —preguntó.

El aludido, que caminaba por su casa, cogió a su pequeña perra *Audrey* en brazos y, tras darle un beso en su peluda cabecita, murmuró:

—Me parece que mi Peterman me la está pegando con *cheese* con un camarero ¡monísimo! del restaurante adonde solemos ir a cenar, y yo creo..., creo que me voy a morirrrrrrrrrrrrrrrrrrr.

—Tomi...

—Por el amor de *my life*, ¡se me está cayendo hasta el pelo del nerviosismo que tengo!

Menchu suspiró.

Tomi era un histérico en ciertos temas, y más en los referentes al corazón. Pero, cuando iba a decir algo, él se le adelantó:

—Y, claro, no puedo hablarlo con él o pensará que soy una ¡*crazy* histérica! Y si a eso le sumas que ese adonis de camarero se llama Harry y tiene diez años menos que yo..., ¡diez!, y músculos hasta en las pestañas, ¡imagínate cómo estoy! Y, claro, no quiero preocupar a mi estrellita de Hollywood preferida con mis tormentos, y sólo me quedas tú. *You... You... You! I need you!*

Durante un rato, Menchu habló con su histérico amigo. Intentó tranquilizarlo y, cuando, una hora después, colgó el teléfono, algo en su interior le hizo saber que lo había conseguido. El Tomi que la había llamado no era el mismo del que acababa de despedirse.

Tras lavarse los dientes, se puso la camiseta de dormir y se acostó.

Pero su cabeza le impedía relajarse y no paraba de pensar en Lucas.

¿Estaría en el motel o habría llevado a aquella morena a su casa?

Loca... Loca se estaba volviendo, cuando se levantó y se calentó un poquito de leche. Eso siempre la relajaba.

Sin embargo, después de otra hora seguía desvelada y sin poder dormir.

Cansada, volvió a levantarse y caminó por la casa a oscuras. Con resignación, se puso a planchar a las tres de la madrugada, hasta que de pronto sus ojos se fijaron en la caja con las cosas que se había llevado de mamá Clara de la residencia.

Pensar en ella le hizo cerrar los ojos y, cuando los abrió, murmuró:  
—Mamá Clara, ¿qué tengo que hacer?!

Cuando terminó con la blusa que le quedaba, guardó la tabla y la plancha, cogió la caja y sonrió mientras sacaba las cosas que contenía.

Todos eran recuerdos bonitos. Fotos, libros y sus cuadernos de notas. Esas notas que a mamá Clara siempre le había gustado escribir; abrió el cuaderno y comenzó a leerlas.

Emocionada, se limpió los ojos un par de veces. Leer aquello era como tener a mamá Clara a su vera, y eso la reconfortó, hasta que al coger el cuaderno más reciente y llegar a la última hoja, leyó de su propio puño y letra: «Prometo quererme, encontrar la magia y ser feliz para que estés orgullosa de mí».

Eso la hizo desmoronarse.

Sin duda alguna, no estaba haciendo lo que le había prometido a mamá Clara, y se sintió fatal.

Fatal por no tenerla a su lado...

Fatal por no quererse...

Fatal por no ser feliz...

Era evidente que su vida tenía que dar un giro, y la única que podía hacerlo era ella y sólo ella.

Abstraída en sus pensamientos durante un buen rato, se dedicó a colocar los recuerdos de aquella mujer a la que tanto quería en su casa y, una vez que acabó, se tumbó en el sofá y se quedó dormida.

\* \* \*

Cuando despertó, eran las once de la mañana, y, sin más ganas de dormir, desayunó, se vistió y fue a buscar su coche. Era jueves y quería pasar por el cementerio para visitar a mamá Clara.

Cuando terminó, sobre la una, llegó a la casa que había sido de sus abuelos.

La casa donde se habían criado su madre, mamá Clara, su tía Petra y ella misma. Al recordar que no llevaba las llaves del lugar, pues no pensaba pasarse por allí, decidió ir a ver a Rosa, la pollera, que tenía una copia.

Tras saludarla y ver que estaba bien, ésta le entregó el juego de llaves y, con nostalgia, Menchu entró en aquella enorme casa llena de recuerdos y recorrió las estancias una por una.

El silencio del lugar la conmovió.

Recordar a sus abuelos sufriendo por los palos que les había dado la vida la hizo llorar, pero también sonrió al recordarlos junto a mamá Clara jugando con ella al escondite dentro de la casa.

¡Qué maravillosos momentos!

Necesitada de aire, abrió una de las ventanas y, al asomarse y mirar a la plaza, vio allí sentada a Inés, la jovencita que en ocasiones veía en el cementerio, y sin poder evitarlo la llamó:

—¡Inés!

La chica, que miraba el móvil, levantó la cabeza al oír su nombre y sonrió al reconocerla.

—Ven —le pidió Menchu.

Luego se apresuró a bajar los escalones, corrió hacia la puerta y, al abrirla, la saludó:

—Hola. ¿Qué haces aquí?

La joven se encogió de hombros y suspiró.

—He perdido el autobús y estoy esperando al siguiente, que sale dentro de una hora.

Sobrecogida, Menchu la agarró de la mano e indicó, tirando de ella:

—Entra en la casa.

Luego cerró la puerta mientras Inés miraba a su alrededor y murmuraba boquiabierta, observando la majestuosa escalera que subía a la planta superior:

—Qué casa más enorme.

Menchu asintió. Se la había dejado en herencia mamá Clara. Antes había sido de sus abuelos, y era lo que se denominaba un *casoplón*. Era tan enorme que, cuando Clara había decidido ingresar en la residencia, Menchu, que ya se había independizado años antes, cerró la casa sin saber qué hacer con ella.

El ayuntamiento se había puesto en contacto dos veces con ella para

comprársela, puesto que la casa lindaba con él, pero algo en su interior impedía a Menchu vender aquel lugar lleno de recuerdos.

Juntas recorrieron las estancias mientras ella le hablaba a Inés de sus abuelos, de sus tías y de los bonitos momentos vividos allí de niña. No obstante, de pronto reparó en el rostro de la joven y, al ver sus ojos anegados en lágrimas, le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Inés resopló y se apresuró a decir:

—Nada. Es sólo..., sólo que lo que me cuentas es tan bonito que...

Conmovida, Menchu la abrazó. No sabía nada de ella ni de su vida. En cuanto la llevó a la cocina y le dio un vaso de agua, ambas se sentaron a una mesita y la muchacha murmuró:

—Tu... tu vida ha sido tan diferente de la mía que imaginar lo que me cuentas me... me emociona.

Menchu la observó. Sus palabras le hicieron intuir que la vida de Inés no había sido muy fácil, y entonces ésta añadió:

—Todo lo que te rodea son bonitos recuerdos, vivencias, familia y...

No prosiguió.

El llanto se apoderó de ella, y Menchu, agobiada, la abrazó.

Pero ¿qué podía haberle pasado a aquella joven para que llorase así?

Durante un buen rato, con palabras tiernas y cariñosas, intentó calmarla y, cuando por fin lo consiguió, ella dijo:

—Lo siento... Hoy tengo el día tonto.

Sin entender nada, Menchu parpadeó, e Inés aclaró:

—Me he criado durante diecinueve años en distintas casas de acogida, y me emociona ver este hogar tan bonito, tan lleno de amor y de recuerdos para ti.

—¿Y tu abuela? ¿La mujer de la residencia?

Inés parpadeó, y sin querer explicar dijo:

—Bueno... ella... es complicado...

Menchu no supo qué decir. Aquella muchacha, como ella, no tenía familia, y aunque uno se acostumbra a todo, es inevitable no sentir un extraño dolor por la ausencia que queda instalada definitivamente en tu corazón.

Cuando iba a decir algo, la joven se levantó al oír un ruido y anunció, asomándose a la ventana:



—Tengo que coger ese autobús.

—Yo te llevaré en mi coche. Tranquila —repuso Menchu.

Pero Inés murmuró, negándose:

—No. No hace falta.

Menchu se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Prometo regresar el próximo jueves —aseguró Inés—. A las...

—No podré verte —dijo Menchu—. Tengo trabajo y he de viajar.

Ella asintió y, apuntando en un trozo de papel su teléfono, añadió:

—Cuando regreses, si quieres llámame y nos vemos.

Menchu cogió el papel que ella le entregaba y, anotando en otro trozo el suyo, dijo:

—Toma. Para lo que necesites, aquí estoy.

La muchacha sonrió, cogió el papel y, dando media vuelta, se marchó.

Cinco minutos después, Menchu recibió un mensaje que decía:

Gracias por querer ser mi amiga.

## Capítulo 19

Aquella tarde, en Sigüenza, Eva hablaba con su padre en casa de éste.

—Lo sé, papá, lo sé, tú y la Thermomix sois pareja de hecho, como lo eres de Maite, pero yo no necesito una maquinita de ésas.

Manuel, un hombre que, debio a su viudez, había tenido que aprender a hacer más cosas de las que nunca imaginó, sonrió al oír a su hija pequeña.

—Cariño, piénsalo. La Thermomix cocinaría por ti y...

—Papá, por Dios, ¡que no la quiero! —insistió ella.

Pero Manuel no se daba por vencido. Su cabezota hija tenía que claudicar, e insistió:

—Eva, escucha, podrías comer calentito todos los días, y no sándwiches y hamburguesas, como estás acostumbrada desde que te independizaste.

—Papáaaaaaaa...

—Además, debes pensar en tu futuro, y ahora que estás de nuevo con Damián, tendrás que...

—Ah, no, de eso nada —lo cortó ella—. Me niego a que digas eso de que, por ser mujer, tengo que hacer la comida, ¡ni hablar!

Manuel sonrió. La menor de sus hijas no se parecía en nada a las demás, y cuando iba a hablar, su suegro, el abuelo Goyo, que los estaba escuchando, comentó:

—¡Ay, prenda, cómo me gusta ese muchacho *pa'* ti!

Eva lo miró y él añadió divertido:

—Es valiente y gallardo como nuestro Juanito, y un hombre de provecho.

Manuel y Eva se miraron y sonrieron. El abuelo Goyo opinaba eso mismo sobre cualquier compañero de Juan.

—¿Y yo, abuelo? —repuso ella—. ¿Cómo soy yo?

El anciano miró a la más loca de sus nietas y, sonriendo, afirmó:

—Tú eres mi gorrioncillo hermoso y alocado..., *jodía*.

Satisfecha al oír aquello, Eva le dio un cariñoso beso en la mejilla y, guiñándole el ojo, cuchicheó:

—Te quiero, guapetón.

—Yo sí que te *aisloviu* a ti, prenda.

En ese instante sonó el teléfono móvil de la joven. Se lo sacó del bolsillo y, al ver que se trataba de Menchu, la saludó feliz:

—¡¿Qué pasa, guapa?!

Permaneció durante unos segundos escuchando lo que ella le explicaba y, a continuación, dijo:

—No te muevas, voy para allá.

Manuel, al ver el gesto serio de su hija, preguntó:

—¿Pasa algo, cariño?

Eva sonrió y, dándole un beso, respondió:

—Nada, papá. —Luego, señalando el folleto publicitario de la Thermomix, añadió—: Y, aunque falta mucho, me niego a que esa maquinita sea mi regalo de Reyes.

Dicho esto, salió y se encaminó hacia su coche. Tenía que ir a la casa de los abuelos de Menchu.

Media hora después, cuando su amiga le contó lo ocurrido con Inés, Eva preguntó:

—¿Y a ti qué te importa esa muchacha?

Menchu suspiró y, mirándola, indicó:

—Me da pena. Se la ve tan sola. La entiendo tanto...

—Tú no estás sola. Me tienes a mí y a todos los que te queremos —matizó Eva con cariño.

Con una sonrisa que a ésta le llegó al corazón, su amiga afirmó:

—Lo sé. Sé que os tengo. Sé que sois mi familia. Pero no puedo evitar pensar que me encantaría que mamá Clara, mis abuelos o mis padres estuvieran a mi lado.

—Sí..., porque lo de tu tía Petra ¡es de traca!

Al pensar en aquella mala mujer, Menchu replicó:

—Eso y nada es lo mismo. Nunca ha sido ni será mi familia.

Eva resopló. Su amiga era demasiado buena con todo el mundo.

—Si quieres —dijo—, podemos pedirle a mi hermano o a Damián que investiguen un poco sobre Inés y...

—No —la cortó ella—. Pero ¿te has vuelto tonta?

Eva asintió. Sin duda acababa de decir una tontería. En ese instante, su teléfono móvil vibró y, sonriendo, murmuró:

—¡Qué bobo!

Al ver el gesto sonriente de su amiga, Menchu supo a quién se refería y, cambiando el tono de voz, cuchicheó:

—Por lo que veo, lo tuyo con Damián va viento en popa.

—Sí. Esta vez nos hemos hecho la promesa de recordar que nos queremos y de no hacer tonterías. Me ha perdonado y estoy feliz.

—Me encanta saberlo.

Luego Eva, sentándose frente a su amiga, añadió:

—Gracias por no contarle a nadie la verdad acerca de mi marcha y por haber sido un punto de apoyo de Damián cuando yo me fui dejándolo hecho polvo.

Menchu sonrió. Entre ella y Eva no solía haber secretos, aunque ahora ella ocultaba el mayor de su vida.

—Lo importante es que Damián y tú os habéis vuelto a encontrar y os habéis dado una oportunidad —susurró—. Eso es lo que cuenta.

—Pero no quiere casarse conmigo.

—Normal. —Menchu rio—. Yo tampoco querría casarme contigo si me hubieras dejado plantada con un precioso anillo.

—Pobre..., ¡qué mal lo tuvo que pasar!

—Sí —asintió su amiga, recordando la desesperación de Damián—. Lo pasó muy mal, pero, por suerte, Lucas estuvo pendiente de él tanto o más que yo.

—A él no se lo pienso agradecer.

—Pues deberías, porque ha cuidado mucho de Damián —protestó Menchu.

—Pero no ha cuidado de ti.

Ambas se quedaron calladas. A su manera, Lucas siempre la cuidaba, pero, sin querer hablar de ello, Menchu añadió:

—Vale. No le digas nada a Lucas si no quieres, pero ten cabeza y haz las cosas bien esta vez con Damián, porque otro en su lugar no te habría vuelto a

mirar a la cara.

Eva suspiró consternada.

—Adoro a ese hombre. Me encanta verlo sonreír, me encanta verlo dormir..., pero ¡si hasta me encanta discutir con él!

Ambas rieron y luego Menchu señaló:

—Siempre te ha gustado. No lo niegues.

—Como a ti te ha gustado siempre el chulito de Lucas —afirmó su amiga.

Con disimulo, Menchu asintió y, bromeando, cuchicheó:

—No compares. Lo tuyo siempre ha sido diferente. Lucas y yo nos acostábamos, pero vosotros intentabais algo más. Que saliera o no bien era otra cosa, pero al menos ¡lo intentabais!

—Sí. En eso tienes razón.

El teléfono de Eva volvió a sonar y leyó otro mensaje cariñoso de Damián.

—Te dejo —dijo—. Mi heteropetarda sale de la base y he quedado con él.

Menchu sonrió. Le encantaba ver a su amiga tan feliz y entregada y, dándole un beso, exclamó:

—¡Pues no se hable más! ¡Adiós! Y pásatelo bien.

Eva asintió, besó a su amiga y se marchó.

\* \* \*

Cuando Menchu se quedó sola en el salón de aquella enorme casa, miró a su alrededor. Como había dicho Inés, sus bonitos recuerdos estaban en aquel hogar. Su hogar.

Minutos después, se levantó, cerró la ventana y se encaminó hacia la habitación que desde niña había sido de mamá Clara. Al entrar, miró a su alrededor. Habían pasado los años, pero aquella estancia seguía igual.

Se dirigió al buró marrón oscuro y se lo quedó mirando. Con cuidado, se sentó en el taburete que había frente a él y lo observó. Cuántas veces, siendo una niña, había visto a mamá Clara sentada allí. Sonrió con cariño y paseó la mano con delicadeza por la madera del pupitre. Entonces leyó, grabado en la madera: ¡QUIERO VIAJAR! Menchu rio. A Clara le encantaba comprar revistas de viajes. Era una maniática de conocer sitios nuevos, aunque sólo fuera con la mente.

Continuó mirando el buró y, curiosa, tocó uno de los cajoncitos y lo abrió,

pero en su interior sólo había lapiceros gastados y un par de sacapuntas. Luego abrió otro cajón algo más grande, vio varias hojas de papel y las sacó. Con una sonrisa, comprobó que se trataba de facturas de la luz, del gas, el teléfono, folletos de otros países, hasta que un sobre al fondo del cajón llamó su atención. Intrigada, lo cogió y lo abrió, y dentro de él encontró dos cartas.

Sin saber de qué podía tratarse, leyó primero la de la fecha más antigua y se quedó sin habla. En aquella carta, a su tía le daban la enhorabuena por haber pasado las pruebas y haber sido aceptada como azafata de la compañía Iberia.

¿Azafata?

¿Mamá Clara había querido ser azafata?

Pero más sorprendida se quedó al leer un borrador de su puño y letra en el que renunciaba al trabajo diciendo que, por razones personales, tenía que quedarse en casa de sus padres a cargo de su sobrina.

Boquiabierta, Menchu releyó la carta varias veces más.

No... ¡No podía ser!

¿Su tía había renunciado a tener una vida por ella?

Llena de incredulidad, cerró los ojos.

De pronto comprendió muchas cosas de mamá Clara y, sin filtro, lloró. Lloró por una mujer que había sacrificado sus sueños y su vida por ella.

Ahora más que nunca debía buscar esa magia de la que ella siempre le había hablado y no decepcionarla.

## Capítulo 20

El jueves, tras pasar por Almería para atender a otro cliente, Menchu llegó a Málaga y le envió un mensaje a Inés para saber cómo estaba. La joven le hizo saber que se encontraba bien, lo que la tranquilizó, pues en su mente no dejaba de buscar un modo de ayudar a la muchacha.

El día en Málaga era precioso, y una vez que hubo pasado por el hotel para dejar su bolsa y cambiarse los vaqueros y la camiseta por un traje más acorde con la reunión, se dirigió hacia las oficinas de César.

Allí, el ambiente era relajado y, tras hablar con él y su equipo de lo que necesitaban en sus páginas web, se fueron a comer.

César era un tipo de unos cuarenta años, alto, bien parecido y con unos ojos preciosos y, como era de esperar, comenzó a tirarle la caña.

—¿Tienes planes para esta noche?

Menchu sonrió.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Quizá regrese esta misma noche a casa —contestó ella.

A César le extrañó oír eso, pero no dijo nada.

Tras la comida, se dirigieron a una de las mejores calles de Málaga, la calle Larios, para ver el local donde él iba a abrir su nueva joyería.

—Es un local fantástico —comentó Menchu—. Precioso.

Él sonrió y, una vez que estuvieron a solas en una parte del local, le preguntó:

—Si te pido que te quedes esta noche y te invito a cenar, ¿qué me dirás?

Ella lo miró y respondió con una sonrisa:

—César, no te lo tomes a mal, pero si en las ocasiones anteriores te dije que no, ¿por qué en ésta habría de cambiar de opinión?

Él, fastidiado, replicó sin apartar la mirada de ella:

—María, me he informado y no tienes pareja, no tienes hijos, no hay nadie esperándote en tu casa... ¿Por qué no quieres cenar conmigo?

Boquiabierta porque él hubiera tenido la poca vergüenza de investigar sobre su vida, Menchu lo miró y, bajando la voz, indicó:

—Porque nunca mezclo trabajo con placer.

Acto seguido, se dio la vuelta y continuó visitando el local.

A las ocho de la tarde llegó al hotel, y estaba agotada. Se quitó la ropa y se disponía a darse una ducha cuando su teléfono vibró. Lo miró y vio que era un mensaje de Petra:

Sobrinita, necesito cinco mil euros.

Boquiabierta por su desfachatez, la joven resopló y contestó con un escueto:

No.

No pasaron ni dos segundos hasta que recibió:

No seas rata. ¿O acaso quieres ser la más rica del cementerio?

Menchu cerró los ojos y luego le preguntó, sin dejarse amilanar:

¿He de tomarme eso como una amenaza?

Esta vez, la contestación tardó más de dos minutos en llegar:

Necesito ese dinero ¡ya!

Menchu maldijo. Debía ser fuerte, como le había pedido mamá Clara, por lo que contestó:

Trabaja, y si ahorras lo tendrás.



Esperó respuesta, pero ésta no llegó, y sin querer seguir pensando en el tema, dejó el móvil sobre la mesilla. En ese instante sonó el teléfono de la habitación para avisarla de que un señor la esperaba en recepción.

Cuando preguntó su nombre y le dijeron que se trataba de César, maldijo y vistiéndose de nuevo, bajó a su encuentro. Salió del ascensor con paso seguro y, al ver a César allí esperando, se acercó a él y le preguntó:

—¿Ocurre algo?

El hombre asintió. No se daba por vencido.

—Yo tampoco suelo mezclar el trabajo con el placer —empezó—, pero...

No pudo continuar. Menchu le puso una mano sobre la boca y, con seguridad, murmuró:

—César, *no es no*. No voy a cenar contigo a solas ni hoy, ni mañana, ni pasado, y si no lo hago es por...

Ahora la que no pudo continuar hablando fue ella, puesto que vio a Lucas entrando por la puerta del hotel con el casco de la moto en la mano. Lo miró con tal intensidad que César desvió la vista hacia el lugar donde ella miraba.

—Pero...

En ese instante, Lucas se volvió hacia la derecha y, al ver a Menchu con aquel trajeado, se detuvo, levantó las cejas y dijo alto y claro para que lo oyeran:

—Termina de hablar. Te espero aquí.

Menchu parpadeó y resopló con incredulidad.

¿Cómo que terminara de hablar?

¿Cómo que la esperaba allí?

Al ver su expresión, César la interpretó a su manera y, dando un paso atrás, murmuró:

—Lo siento. No lo sabía...

Bloqueada por ver a Lucas allí, la joven asintió, e, intentando aparentar normalidad, replicó:

—Como ves, tengo planes. Tu información estaba equivocada.

César asintió y, sin mirar atrás, dijo, mientras salía del hotel abochornado:

—Adiós, María.

Cuando desapareció, Menchu se acercó con paso seguro y lento hasta Lucas, que preguntó:

—¿Te ha llamado María?

Ella parpadeó. Al ver su expresión de sorpresa, entendió el porqué de aquella pregunta y, frunciendo el ceño, respondió:

—Sí.

—Pero ¿María... de María? —insistió él descolocado.

La joven, sin querer explicarle que fuera de Sigüenza y, en especial, en su ámbito laboral todo el mundo la llamaba María, repitió:

—Sí. ¿Y tú qué haces aquí?

Aún sorprendido por el descubrimiento, Lucas bromeó:

—Uiss..., ¿estamos de mal humor?

Menchu resopló.

La chulería de aquél podía con ella en determinados momentos. Cuando iba a contestar, él se le adelantó:

—A ver, Gafitas, me enteré de dónde estabas y decidí pasar un día en la playa contigo.

—¿Decidiste?! ¿Cómo que lo decidiste?

Lucas sonrió. Su genio se le antojaba gracioso.

—Imaginé que te gustaría.

Menchu parpadeó sin dar crédito y, a continuación, preguntó:

—¿Y también te alojas en este hotel?

Él sonrió. Cambió el peso de un pie a otro y señaló, bajando la voz con sensualidad:

—Si tú me das asilo en tu cama, ¡sí!

Recelosa, Menchu lo miró. Tenía grabados a fuego los besos que había visto darle a otra mujer días atrás, por lo que levantó las cejas y replicó:

—Pues lo siento, pero no.

Él parpadeó sin dar crédito. Había viajado de Sigüenza a Málaga sólo para sorprenderla, y siseó molesto:

—¿Lo estás diciendo en serio?

Menchu asintió.

—¿Dijiste que te gustaban las sorpresas! —replicó él.

—Dije que dependía del día —matizó ella.

Lucas asintió. Ella tenía razón, pero insistió:

—Conozco una playa salvaje y maravillosa en Marbella llamada Cabopino que es nudista y...

Pero ella dio un paso atrás y protestó:

—¿En serio vienes para eso?

Lucas la miró bloqueado. Pero ¿qué le pasaba a aquella mujer? Y, ya sin ganas de bromear, cambió el tono y repuso:

—Mira, bonita, ¡dejémoslo! —Y, viendo cómo ella lo miraba, añadió—: Tranquila, que la habitación me la pago yo y mañana regresaré a Sigüenza.

Su indiferencia y su tono molestaron a Menchu, pero cuando iba a protestar, él prosiguió:

—Pensé que a *María* le haría gracia que *Khal Drogo* apareciera para darle una sorpresa, pero está visto que aquí sólo se juega cuando tú quieres, ¿no? — Ella no respondió, y él siseó—: ¿O quizá mi presencia te ha jodido jugar con otro?

Acto seguido, sin más, Lucas se encaminó hacia el mostrador y se dirigió a la recepcionista. La actitud de Menchu había hecho que se cabreara.

Sin moverse del sitio, ella observó cómo se sacaba la cartera y entregaba su DNI enfadado.

Y de pronto se sintió mal.

Estaba claro que tenía que ser egoísta consigo misma y quererse, pero estaba en Málaga, estaba sola, lejos de Sigüenza y, ¡joder!, Lucas había ido en su busca.

Por ello, y consciente de su metedura de pata, se le aproximó.

—Lucas...

Él no se movió ni la miró. Se hizo el sordo.

—¡Lucas! —insistió ella.

No obstante, seguía sin mirarla, por lo que, acercándose más a él, pidió:

—Khal Drogo, ¡mírame!

Esta vez, al oír ese nombre, él se volvió. Ambos se miraron fijamente durante unos segundos, hasta que Menchu al final dijo:

—Tienes razón. No he sido justa contigo.

—Da igual —repuso él dolido—. Ya cojo una habitación. No quiero molestar.

Pero cuando iba a volverse, ella lo agarró del brazo y, en un tono de voz que a Lucas le puso el vello de punta, murmuró:

—Habitación 603. ¡Tú decides!

Y, sin decir más, dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor intentando

aparentar seguridad al andar, mientras rezaba en silencio para no dar un traspié y caerse.

Una vez allí, con el rabillo del ojo observó que él la estaba mirando desde el mostrador con gesto serio, y en cuanto la puerta del ascensor se abrió, subió a él sin dudarle.

Estaba esperando a que las puertas se cerraran cuando Lucas apareció frente a ella, se metió corriendo en el ascensor y la arrinconó contra la pared, murmurando antes de besarla:

—María..., ¿es que pretendes volverme loco?

Tras una sesión de sexo salvaje que duró varias horas, se acabaron quedando dormidos, hasta que Menchu se despertó por el ruido de su móvil. Era Inés, que se interesaba por ella, y le contestó con rapidez.

Una vez que hubo dejado el teléfono sobre la mesilla, miró a su lado y observó con curiosidad a Lucas. ¿Cómo podía resistirse a aquel tipo tan irremediabilmente sexy y tentador?

En silencio, contempló cómo dormía desnudo sobre la cama. Mirarlo daba vértigo. Tenía un cuerpo de escándalo. Metro noventa, ancho de espalda, fibroso por la gran cantidad de ejercicio que hacía por su trabajo, pelo castaño claro, ojos azules y una barbita estratégica que lo hacía irremediabilmente sexy y tentador.

Lucas era lo que muchos consideraban un chulito en potencia, y otras, un bombón.

Pero para ella era mucho más que eso.

Lo que los unía era el sexo, pero cuando permanecían tiempo juntos conversando, él le mostraba una faceta muy sensible que se empeñaba en ocultar a los demás, aunque Menchu no entendía por qué.

Estaba pensándolo cuando él murmuró, sin abrir los ojos:

—Deberías dormir desnuda, como yo, y así me facilitarías las vistas.

Ella sonrió divertida y, tirando de su camiseta de dormir, respondió:

—Bien sabes que no me gusta dormir desnuda.

—¿Por qué?

—Porque no estoy tan segura de mi cuerpo como tú —declaró ruborizándose.

—Pero si es precioso —afirmó él con cariño.

Menchu hizo un gesto natural que a él le hizo sonreír. Aunque en la cama era una fiera, en otras cosas era muy pudorosa, y, tras cogerla y atraerla hacia sí, la besó y dijo:

—Buenos días, Gafitas. ¿Preparada para ir a la playa?

Ella sonrió y cuchicheó, mordiéndose el labio:

—Pero si no tengo bikini.

Lucas abrió los ojos y, sonriendo con chulería, murmuró, colocándose sobre ella:

—A donde vamos no te hará falta.

Tres horas después, tras hacer el amor y desayunar, se vistieron y, después de hacer el *check-out* en el hotel, Lucas metió la bolsa de ella dentro del baúl trasero de la moto, montaron y se marcharon a la playa.

## Capítulo 21

La playa de Artola, más conocida como Cabopino, era una maravilla.

Menchu miraba encantada a su alrededor. Sorprendida por ver a la gente con bañador y bikini, iba a decir algo cuando Lucas se le adelantó:

—Ésta es la zona textil, pero nosotros caminaremos hacia la izquierda, donde hay otra parte para los nudistas.

Menchu asintió. Él sabía.

Poco a poco, la gente que vestía bañador iba desapareciendo, y la joven comenzó a ver a gente desnuda. Intentando aparentar serenidad, caminó entre aquéllos, que paseaban con tranquilidad, jugaban a las paletas o simplemente tomaban el sol.

Lucas, que caminaba a su lado sin cogerla de la mano, iba sonriendo. Por su manera curiosa de observarlo todo a su alrededor, se notaba que era la primera vez que Menchu iba a una playa naturista.

—Ponte las gafas de sol si piensas mirar así a todo el mundo o se molestarán —murmuró.

Ella lo miró.

—No había visto a tanta gente desnuda en la vida.

Él rio y, dándole un culetazo con complicidad, replicó:

—Pues ya tocaba, ¿no?

Ella sonrió divertida, y entonces él sacó su móvil y añadió:

—Olvídate de la cobertura mientras estemos aquí. Por lo general, va y viene.

La joven asintió. No pensaba mirar su teléfono ni una sola vez.

Sin decir nada más, caminaron hasta un lugar donde Lucas soltó la mochila que llevaban y, quitándose la camiseta con sensualidad, anunció:

—Hemos llegado. Ahora, disfrutemos del momento.

Pero Menchu no se movió, sino que se quedó observando con ojos expectantes cómo se desnudaba el geo. Cuando éste se desabrochó los botones del pantalón vaquero, se detuvo y, mirándola, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

La joven sonrió. Para ella no era fácil quitarse la ropa allí, con gente a su alrededor, y susurró:

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

Menchu se retiró el pelo de la cara y, cuando iba a responder, él se le acercó y le dio un dulce beso en los labios. Luego, clavando sus inquietantes ojos en los de ella, murmuró:

—Nadie te va a mirar de la manera que crees y, menos aún, te van a juzgar.

—Ella asintió, y Lucas matizó con una sonrisa—: Quizá sería bueno que fuese María y no Menchu quien diera el paso.

Al oír eso, ella al final sonrió y asintió.

—Sí. Creo que será lo mejor.

Lucas dio entonces un paso atrás y, sin pensarlo más, Menchu se desabrochó la blusa y se la quitó. Sin deshacerse aún del sujetador, se bajó el pantalón vaquero y, cuando estuvo en ropa interior, sin pensarlo dos veces, se quitó el sostén y después las bragas. A continuación, guardó la ropa en la mochila, miró a Lucas, que ya estaba desnudo junto a ella, y sonrió.

Irremediablemente, Menchu le hizo un barrido al cuerpo de aquél, deteniéndose en cierta zona que le proporcionaba un placer extremo en determinados momentos.

—Si sigues mirándome así —comentó él divertido—, creo que vas a provocar algo en mí que hará que todos me miren.

Los dos soltaron una carcajada, y luego Lucas, cogiéndole la mano, dijo:

—Ven. Vayamos a darnos un chapuzón.

Sin querer mirar a nadie para no cohibirse, Menchu caminó entre la gente, que, como ella, estaban desnudos y, una vez que llegaron al agua, Lucas la cogió y, entre risas, comenzaron a hacerse ahogadillas.

Un beso..., dos..., siete.

La intensidad del momento los excitó hasta tal punto que Lucas dijo,

mirándola divertido:

—Ahora no podré salir del agua...

—¿Por?

Él no habló, sino que tan sólo gesticuló, y, tras soltar una carcajada al comprenderlo, Menchu declaró:

—Vale. No volveré a acercarme a ti.

Después de un rato, cuando cierta parte de la anatomía de Lucas se tranquilizó, salieron del agua y comenzaron a pasear por la playa con el sol calentando sus cuerpos.

Tras cruzarse con una pareja y su hijo, Menchu murmuró:

—Es extraño caminar desnuda entre la gente.

Él asintió. La primera vez que había ido a una playa nudista había tenido la misma sensación y, aspirando el aire sano del mar, afirmó:

—Lo sé. Pero, como ves, aquí la gente viene a disfrutar de la playa.

En silencio caminaron varios metros, hasta que ella comentó:

—No sé por qué, pensaba que en las playas nudistas había un ambiente morboso.

Lucas soltó una carcajada y, mirándola, preguntó:

—Pero ¿tú qué creías que era una playa nudista?

Menchu rio a su vez y él, al entenderla, añadió:

—Claro que hay gente liberal y que practica el tipo de sexo que imaginas, pero suelen hacerlo en otros sitios, no aquí.

—Vaya... —murmuró ella.

Lucas sonrió al imaginar lo que estaba pensando, y aclaró:

—Del mismo modo que soy un crápula con las mujeres, y tú bien lo sabes, el mundo liberal no es lo mío.

—¿Ah, no?

—No —aseguró él—. Me gusta la exclusividad de estar sólo con una mujer. Yo no comparto.

Sorprendida al oír eso, Menchu preguntó:

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Porque, a pesar de ser un tío que huye del compromiso, si algo tengo claro es que las relaciones son cosa de dos, y tres son multitud.



Ella rio asombrada.

—¡Qué rarito eres! —exclamó.

Lucas asintió, entendía que lo viera extraño, y más con el estilo de vida que llevaba.

—En cuanto a esta playa —añadió—, como puedes ver, aquí reina el respeto más absoluto. Esto no es una pasarela para lucir cuerpazos ni donde hacer ciertas cosas. Aquí, uno viene a desconectar, a relajarse y a disfrutar de la unión del cuerpo con la naturaleza.

Continuaron caminando en silencio hasta que él, incapaz de callar lo que llevaba rondándole por la cabeza desde el día anterior, le soltó:

—¿Juegas también a lo de María con el tipo con el que te vi ayer?

Al oír eso, Menchu sonrió. Lo último que haría sería acostarse con aquel hombre, pero, como necesitaba que él creyera lo contrario, respondió:

—Dejémoslo en que disfruto de la vida.

Su contestación molestó en cierto modo a Lucas. Saber que ella ponía en práctica su mismo juego con otro no le hizo mucha gracia, pero, cuando iba a protestar, la joven añadió:

—Y se acabó el tema. Yo no te pregunto a ti con quién te acuestas o dejas de acostarte.

A continuación, se hizo un silencio entre ambos, hasta que, minutos después, llegaron al lugar donde habían dejado sus pertenencias. Lucas sacó entonces un protector solar y dijo:

—La primera vez que fui a una playa nudista no me eché crema, y te aseguro que esa noche tuve que dormir boca abajo. Me quemé el trasero y lo tuve durante un par de días rojo como un tomate.

Menchu soltó una carcajada.

Aquel Lucas le encantaba. El humano, el sensible.

Aquel Lucas era el que la tenía enganchada, y no el chuleras sin sentimientos y castigador de nenas que demostraba ser a menudo. Estaba pensando en ello abstraída cuando él añadió:

—Por tanto, amiga mía, te aconsejo que te pongas protección. No estás acostumbrada a que el sol te dé de en tu precioso trasero y podrías quemarte.

Divertida, cogió el bote de crema que él le tendía y comenzó a echársela. El sol daba de lleno. Mientras lo hacía, observó cómo Lucas sacaba de su mochila

un pañuelo gigante y lo extendía sobre la arena. Después se sentó sobre él y comentó, mirando al frente:

—Este lugar es precioso.

Menchu miró a su alrededor. Sus ojos habían pasado de fijarse en las personas sin ropa que tranquilamente campaban por allí a ver tan sólo la naturaleza y la paz. Una vez que hubo terminado con la crema, se sentó junto a él y murmuró:

—Sí. Muy bonito.

En ese instante sorprendentemente sonó su teléfono y, sin mirar quién llamaba, Menchu descolgó y oyó:

—Vamos a ver, niñata, ¿cómo tengo que decirte que necesito el dinero?

Al comprobar que se trataba de su tía Petra, la joven se envaró. ¿Por qué tenía que haber cobertura en ese momento? Lucas, que se percató de ello, la miró mientras ella respondía:

—Petra, te dije la última vez que ya no te daría un duro más.

—Eres mi sobrina, lo tienes y me lo darás.

—No.

Petra gruñó.

—Cuando regreses de tu viaje...

—¿Cómo sabes que estoy de viaje? —preguntó ella sorprendida.

—Eso a ti no te importa. Sólo tiene que importarte enviarme el dinero — insistió aquella mala mujer.

Lucas frunció el ceño. Sabía con quién hablaba Menchu, y cuando iba a arrebatarle el teléfono, ella se lo impidió y, furiosa, dijo:

—Petra, *no es no*. Y haz el favor de dejar de molestarme.

—Eres una niñata y...

Pero Menchu cortó la comunicación. No quería seguir escuchándola.

—Pero ¿no decías que no había cobertura aquí? —preguntó Menchu molesta.

—Te dije que va y viene —indicó él.

La joven maldijo.

—Escucha, cielo —empezó a decir Lucas—, si quieres, yo puedo...

—No —lo cortó ella—. No te preocupes, que yo me encargo de esto.

No muy seguro de ello, él continuó insistiendo, hasta que Menchu, que no

quería jorobar su precioso tiempo con él, lo besó e indicó:

—Por favor, sigamos disfrutando de este bonito día.

Lucas no insistió más, y de inmediato se tumbaron a gozar del sol. Al cabo del rato, al sentir como éste le daba de lleno en ciertas partes de su cuerpo, Menchu murmuró:

—Madre mía... ¡Qué placer! ¡Qué sensación!

Lucas sonrió. Sabía a qué se refería.

—Ten cuidado, no te quemes —cuchicheó, olvidándose de lo ocurrido hacía un momento.

Divertida, ella se encogió de piernas y, volviéndose hacia él, comenzaron a charlar de mil cosas. Cuando estaban tranquilos y distendidos, hablaban de música, de cine, de política..., cualquier tema era bueno para ellos. En un momento dado, después de un comentario de Lucas en referencia a su familia, Menchu dijo sin poder evitarlo:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Depende.

Ella sonrió. Con ciertos temas, él se apresuraba a poner barreras, pero lo miró y dijo, retirándose su rizado pelo de la cara:

—¿Cuántos hermanos tienes?

La sonrisa de él se extendió al oír su pregunta y, al pensar en aquellos a los que veía siempre que podía bajar a Cádiz, contestó:

—Once hermanos y veintitrés sobrinos.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes —aseguró sonriendo.

Menchu parpadeó con incredulidad. Ella era hija única, no tenía familia, y, mirando a Lucas, repitió:

—¡¿Once hermanos?!

Él asintió.

—Mi padre quería un equipo de fútbol, ¡y hasta que lo consiguió, no paró!

Ambos soltaron una carcajada, y entonces él prosiguió mirándola:

—La mayor es Marta. La siguen Pepe, Jesús, Manuel, Belén, Trini, Carlos, Gustavo, Rocío y Rafael, y los gemelos y últimos de la lista fuimos Miguel y yo.

Boquiabierta, Menchu asintió. Aquello era toda una sorpresa.

—¿Eres gemelo?

—Sí.

—¿Tienes un hermano gemelo? —insistió sin dar crédito.

Lucas se puso de pronto serio y, rascándose el cuello, matizó:

—Lo tenía.

—¿Cómo que lo tenías?

Él miró al frente y, tras unos segundos, soltó, sorprendiéndola:

—Mi hermano Miguel murió cuando teníamos veintiocho años.

Consciente de su gesto de dolor, ella cogió su mano con confianza y murmuró:

—Lo siento, Lucas.

Con la tristeza alojada en el rostro, él le apretó su mano y, al ver cómo ella lo miraba a la espera de algo más, dijo, abriendo su corazón:

—Miguel se enamoró de Vero, una chica de la barriada, y salieron juntos durante cinco años. Todo parecía ir bien, incluso hablaron de boda. Pero ella encontró un trabajo en Sevilla, se trasladó allí, conoció a otro chico, rompió con Miguel y mi hermano, que era un enamorado del amor, no lo soportó y..., se suicidó.

A cada instante más alucinada, Menchu no sabía ni qué decir. Se sentía culpable por haberle preguntado por sus hermanos.

Entonces él añadió, con la mirada fija en el precioso mar:

—El día que enterramos a Miguel, me prometí que nunca me enamoraría.

—Pero, Lucas..., la magia del amor llega cuando menos lo esperas.

—¡¿Magia?! ¿Lo llamas *magia*? —Ella asintió, y él prosiguió—: Esa mierda llamada *amor* se llevó a mi hermano, y por eso yo soy como soy, ¡un cabrón sin sentimientos! —Intentó sonreír para dejar el dramatismo a un lado y continuó—: Y si a eso le sumas que cinco de mis hermanos se han divorciado, ¿qué crees que puedo esperar de tu supuesta magia?

Eso le aclaraba muchas cosas a Menchu. Ahora comprendía por qué Lucas se comportaba como un chulo insensible con las mujeres, aunque luego en la intimidad no lo fuera. Pero, cuando iba a abrazarlo, él se echó hacia atrás y, mirándola, le advirtió:

—No, no lo hagas. Estoy bien. —Y continuó explicando—: Por eso lloraba mi madre el día que llamó para felicitarme. Pasan los años, pero ella sigue echando de menos a Miguel, y más el día de nuestro cumpleaños. Por eso no lo

celebro...

La angustia se apoderó del duro policía como llevaba años sin sucederle. Pensar en Miguel, en su maravilloso hermano, le rompía el corazón.

—Miguel era un gran romántico —añadió—. Amaba el amor y le habría encantado conocerte y hablar contigo sobre esa *magia*. —Menchu sonrió—. Él fue quien me enseñó a disfrutar de la música de Eric Benét y...

No pudo continuar. La emoción lo embargó, y Menchu, conmovida como nunca en su vida, se arrodilló sobre el pañuelo, lo abrazó y dijo:

—Te abrazo porque quiero. No porque tú me lo pidas.

Lucas sonrió. Sin duda su hermano y ella se habrían llevado muy bien. Una vez que Menchu se sentó de nuevo sobre el pañuelo, exclamó mirándola:

—¡Joder! Cuánto odio cuando aflora ese lado nenaza que todos llevamos dentro.

—Se llama *sensibilidad* —indicó ella.

Él asintió y, tomando un poco de agua sin gas de la botellita que llevaban, comentó:

—Es la primera vez que hablo de Miguel con alguien que no sea mi madre. Contigo es fácil hablar.

Menchu se encogió de hombros y, suspirando, afirmó con humor:

—Es que soy un encanto.

Eso hizo sonreír a Lucas, que apostilló:

—Además de mi amiga.

A continuación, le besó el hombro con cariño. Aquella mujer era distinta. A diferencia de otras, no lo atosigaba con llamadas para quedar, y nunca, en todo el tiempo que la conocía, le había exigido nada.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —dijo, retirándole un mechón rizado del rostro.

—Claro.

Sin apartar la mirada de ella, Lucas prosiguió:

—¿Por qué no tienes pareja?

Su pregunta la hizo sonreír y, evitando mencionar lo que sentía por él, Menchu respondió tras coger aire:

—Porque todavía no he encontrado al hombre que me haga sentir la magia y la necesidad de verlo todos los días.

—¿En serio crees en eso de la magia?

—Quiero creer —afirmó ella.

Lucas asintió y dijo:

—¿Otra pregunta?

—¡Dispara!

Ambos sonrieron y, a continuación, él preguntó:

—¿Crees que nuestro juego puede interferir en encontrar a esa persona?

Guardándose una vez más la verdad para sí, Menchu suspiró y contestó, intentando aparentar seguridad:

—Nuestro juego es algo puntual y consentido por ambos e, igual que lo comenzamos, acabaría si se diera el caso de que otra persona apareciera en mi vida o en la tuya.

Lucas asintió con una sonrisa.

—¿Sabes lo que me gusta de ti?

—¿Qué?

—Que despistas.

—¡¿Despisto?! —Ella rio divertida.

Lucas asintió de nuevo y matizó:

—Das una apariencia de persona frágil y en cierto modo maleable, pero luego, cuando se te conoce, te percatas de que eres más fuerte de lo que aparentas y tienes un carácter endiablado.

La joven sonrió. Sabía que aquello era cierto.

—Mamá Clara me enseñó que según con quién estuviera, cuándo y cómo, así debía comportarme.

—Te enseñó bien.

Menchu lo miró encantada. Si él quisiera, ella... Pero, consciente de que ahora conocía el verdadero motivo de su frialdad con respecto a las mujeres, se levantó y, sin importarle el modo en que él la miraba, lo animó:

—Vamos, Mariliendre, ¡al agua!

—¡¿Cómo que Mariliendre?! —se mofó él, poniéndose en pie.

Menchu comenzó a correr hacia la orilla y, divertida, le gritó al ver que la seguía:

—¡Si quieres, te llamo *cucaracho*!

Y, sin pensar en nada más, esas dos personas, que nada tenían que ver,

comenzaron a jugar en el agua, donde se besaron como una pareja más a ojos de cualquiera.

## Capítulo 22

Sobre las cinco de la tarde, decidieron abandonar la playa. Menchu no quería regresar con Lucas a Sigüenza, sino que prefería coger el tren para que nadie los viera llegar juntos. Cuando llegaron a donde estaba la moto aparcada, él notó una vibración en el bolsillo de su pantalón. Era el móvil y, sonriendo, afirmó:

—Volvemos a tener cobertura.

Menchu sonrió a su vez, cogió el casco y comenzó a ponérselo. Lucas sacó entonces el teléfono de su pantalón y, mientras leía un mensaje, su expresión cambió de tal manera que ella le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Descolocado, él le dirigió un gesto con la mano y, tras marcar un número, preguntó al teléfono:

—¿Qué ocurre, Marta?

En silencio, Menchu observó cómo él hablaba con alguien con gesto preocupado y, tras asentir, decía:

—Voy para allá.

En cuanto colgó, miró a la joven, que lo observaba.

—Era mi hermana Marta —explicó—. Mi madre está en el hospital.

—¿Qué le ocurre?

Con un gesto tremendamente preocupado, él respondió, mientras tecleaba en su móvil:

—Todavía no lo sabe.

Sin moverse, Menchu observó cómo hablaba por teléfono y rápidamente supo que había llamado a Juan. Lucas lo informó de que se marchaba a Cádiz porque su madre estaba en el hospital y, en cuanto colgó, la miró y dijo, mientras



arrancaba la moto:

—Monta. Te llevaré a la estación.

Ella se apresuró a negar con la cabeza, y Lucas la apremió:

—Tengo prisa. Me separan algo más de doscientos kilómetros de mi madre y quiero llegar cuanto antes.

—Voy contigo.

Al oírla, él replicó:

—No. Regresa a Sigüenza.

Pero Menchu insistió, preocupada por él:

—Como amigo, estuviste a mi lado cuando pasó lo de mamá Clara, y como amiga tuya me sentiré fatal si no me dejas estar ahora a tu lado.

Él resopló. Aquello no era buena idea. Su familia y Menchu podía ser un cóctel peligroso, pero, como deseaba llegar cuanto antes a Cádiz, claudicó.

—Monta y agárrate.

Menchu obedeció sin dudarle. No pensaba dejarlo solo en un momento así.

Una hora y cuarenta minutos después, sobre las siete de la tarde, paraban la moto frente al hospital Puerta del Mar de Cádiz.

El gesto de Lucas era serio, muy serio, y Menchu comentó, mirándolo:

—Tranquilo. Seguro que tu madre está bien.

Él asintió en silencio y comenzó a caminar hacia la entrada principal.

Tecleó algo en su móvil y, cuando recibió contestación, dijo presuroso:

—Habitación 303.

Sin hablar, subieron en el ascensor y, tan pronto como las puertas se abrieron, salieron de él, giraron hacia la derecha y, cuando se disponían a doblar una esquina, se oyó:

—¡Gordunflas!

Lucas se detuvo, miró hacia atrás y, al ver a su hermano Pepe aparecer junto su hermana Rocío, iba a hablar cuando ésta dijo, tras mirar a Menchu:

—¡Pero, *quillo*! ¿Cómo has tardado tan poco en llegar? ¡Ni que fueras Superman!

Él no contestó a la pregunta, pero dijo:

—¿Cómo está mamá?

Al ver la preocupación de su hermano, Pepe se apresuró a responder:

—Tranquilo, *quillo*, está bien. Perdió el conocimiento, le han hecho varias

pruebas y mañana, cuando tengamos los resultados, si todo está bien, le darán el alta.

Lucas pareció respirar por primera vez desde que había recibido la noticia. Adoraba a su madre; apoyó una mano en la pared, asintió y murmuró, cerrando los ojos:

—Gracias a Dios.

A continuación, los cuatro permanecieron en silencio, hasta que Rocío saludó a Menchu, que se había quedado algo rezagada:

—Hola, soy Rocío, la hermana de Lucas. ¿Y tú eres...?

Consciente de cómo aquellos dos la miraban, ella le dedicó una sonrisa, y Lucas se apresuró a responder:

—María..., se llama María y es una amiga.

Rocío se lanzó a besarla y después lo hizo Pepe bajo la atenta mirada de su hermano.

—Pero ¡si ya está aquí el Gordunflas! —se oyó de pronto.

Al oír de nuevo esa palabra, Menchu sonrió y Lucas, al verla, le advirtió, señalándola con un dedo:

—Ni se te ocurra decir una sola palabra de esto.

Divertida, ella hizo un gesto como si se cerrara la boca con una cremallera, pero entonces llegó hasta ellos una marabunta de gente que comenzó a besuquearlos.

Eran los hermanos de Lucas y muchos de sus sobrinos. Sorprendidos, todos miraban a la joven que lo acompañaba. Era la primera vez que él se presentaba con una mujer, y cuando Marta se colocó junto a su hermano, le preguntó:

—Pero ¿en qué has venido para llegar tan pronto?

—En la moto —afirmó él.

Marta miró a Belén; Belén, a Jesús, y Jesús, a Carlos. Nadie entendía cómo había tardado tan poco en llegar, hasta que Lucas explicó:

—Estábamos en Málaga y...

—¿Estabais? Uou..., uou..., uou... ¿Algo que contar, *tortoloides*? —se mofó Belén.

Él resopló. Haber llevado a Menchu allí iba a suponer que le hicieran un tercer grado y, plantándose ante todos con su habitual chulería, dijo:

—¿Qué tal si dejáis de comportaros como unas porteras cotillas y voy a ver a

mamá?

Todos sonrieron, y Rafael, tras darle un cariñoso abrazo a su hermano menor, repuso:

—No te enfades, Gordunflas.

—¡Joder! ¿Queréis de dejar de llamarme así?

—¡Quillo, qué *gartible* eres! —gruñó Belén divertida.

—¡Y qué *mijita*! —apostilló Trini.

Lucas maldijo. Sus hermanos y su manía por llamarlo de todo. Pero estaba ansioso por ver a su madre, así que miró a Menchu y ella dijo, al ver su nivel de agobio:

—Ve a verla. Estaré aquí.

Al observar cómo su hermano miraba a la joven, Trini la cogió del brazo e indicó:

—¡Venga, ve! Yo la cuidaré.

Lucas les dirigió una mirada de advertencia a sus hermanos y, una vez que se marchó y Menchu quedó a la merced de aquéllos, todos la miraron y Gustavo preguntó:

—Bueno, María, ¿de qué conoces al Gordunflas?

\* \* \*

Agobiado por todo un poco, Lucas caminó presuroso hacia la habitación y, al entrar, se encontró con su hermano Manuel, que, al verlo, se levantó y lo abrazó, momento en el que su madre murmuró desde la cama:

—Pero, chiquillo, ¿qué haces aquí?

Sin tiempo que perder, Lucas se le acercó y, tras darle un beso, susurró:

—He venido a ver a mi chica preferida.

Sonsoles, que así era como se llamaba la mujer, sonrió y, pasando la mano por el pelo de aquél, indicó abrazándolo:

—Estoy bien, cariño. Sólo ha sido un desmayo tonto.

Lucas asintió y, aspirando el olor de la colonia de su madre de toda la vida, aseguró:

—No sabes cuánto me alegra saberlo.

Más tranquilo, se sentó en el borde de la cama y enseguida los tres

comenzaron a bromear.

Estaban riendo cuando de pronto entraron en la habitación Marta, Belén y Trini, acompañadas por una joven.

—*Omaíta* —se apresuró a decir la primera—, Lucas ha venido con una amiga. Se llama María y, curiosamente, vive en Sigüenza, como él.

Sonsoles se llevó la mayor sorpresa de su vida al oír eso.

Su hijo menor, el alérgico al compromiso, ¡había ido acompañado de una chica!

Y, tras mirar a Lucas, que resopló y puso los ojos en blanco, sonrió y pidió, levantando una mano:

—Acércate, María, que no te voy a comer.

Menchu miró a Lucas agobiada. El tercer grado al que había sido sometida entre sus nueve hermanos y algunos de sus sobrinos no tenía nombre. Aun así, se acercó a la mujer y la saludó:

—Encantada de conocerla, señora. Me alegra saber que está mejor.

—Sonsoles —matizó ella—. Llámame así.

Menchu asintió y, a continuación, la mujer musitó, mirando a Lucas:

—Pero, hijo, ¿cómo no me habías dicho que tenías una amiga tan preciosa?

Él miró a su madre, después a Menchu y, finalmente, a las liantas de sus hermanas, y aclaró:

—María es sólo una amiga. No pienses cosas raras.

Las mujeres sonreían por aquello justo en el momento en que Pepe entraba en la habitación junto a su hija mayor y exclamaba, dirigiéndose a su madre:

—*Omaíta*, ¿has visto que el Gordunflas tiene novia?

Menchu negó con la cabeza, y Lucas, mirando a su hermano, puntualizó:

—María y yo sólo somos amigos. No comencéis a inventar.

Trini tosió y murmuró a sus hermanas:

—Mi Jonás y yo también éramos amigos y fíjate ahora..., casados, con una hipoteca a treinta años y tres niños de por vida.

Los demás soltaron una carcajada, y entonces Lucas, al que estaban sacando de sus casillas, siseó, levantando la voz:

—¡Se acabó! Dejad de decir tonterías o...

—Pero, *pisha* —lo cortó Marta—, ¿por qué te pones así?

Molesto por el cariz que estaba tomando el asunto, él iba a protestar cuando

Menchu, adelantándosele, indicó:

—Porque tiene razón. Sólo somos amigos, nada más.

Nadie puso en duda sus palabras, aunque sus sonrisitas hablaban por sí solas.

En ese instante entró también Jesús y anunció:

—¡Gordunflas! Creo que le están poniendo una multa a tu moto.

Lucas se puso en marcha de inmediato y, mirando a Menchu y a su madre, dijo:

—¡Enseguida regreso!

Y, sin más, corrió hacia el lugar donde había dejado su moto. Tenía que evitar que lo multaran.

En cuanto él se marchó, Sonsoles ordenó salir a todos sus hijos de la habitación y, contemplando a la joven, le cogió la mano y dijo:

—Eres la primera mujer que mi escéptico hijo presenta a la familia. Eso me hace intuir que eres algo especial, chiquilla.

Ella sonrió. Era inviable intentar explicarle lo que ocurría entre ambos.

—¿Por qué lo llaman Gordunflas? —le preguntó entonces a la mujer.

Sonsoles sonrió y, segundos después, Menchu reía a carcajadas.

## Capítulo 23

Por suerte para todos, al día siguiente Sonsoles fue dada de alta y volvió a su casa de San Fernando, donde, como era de esperar, se reunieron todos sus hijos y sus nietos para hacerle saber lo felices que estaban con su regreso.

Con curiosidad, Menchu caminó por la casa familiar de Lucas y, cuando lo pilló mirando una foto, se quedó sin palabras al ver en ella a dos muchachos exactamente iguales.

Con un gesto triste que a ella le rompió el corazón, él la miró y dijo, señalando al chico de la derecha:

—Mi hermano Miguel.

Ella asintió y, cogiéndolo del brazo, le dio un cálido beso en él y murmuró:

—Estoy segura de que, allá donde esté, debe de estar muy orgulloso de ti.

Con tristeza, Lucas suspiró. Por el modo en que se comportaba con las mujeres, sobre todo con Menchu, dudaba que así fuera, pero no respondió, y al ver que su madre entraba en la estancia, dijo:

—Ven. Vayamos afuera.

Sin embargo, Sonsoles los llamó:

—Lucas, María, ¡esperad!

Ellos se detuvieron y la mujer llegó a su lado.

—Le he dicho a Marta que María dormirá en la antigua habitación de las chicas —declaró.

—Mamá... —se mofó Lucas.

—Mira, chiquillo, yo no soy tan moderna como vosotros, y no me parece bien que durmáis en la misma cama sin estar casados.

—Pero, mamá...

—¡Gordunflas, no me irrites!

Menchu sonrió al oír eso y, cortando a Lucas, dijo, dirigiéndose a la mujer:

—Tranquila, Sonsoles. Estoy en tu casa y yo dormiré donde tú me digas.

Ella sonrió y afirmó, mirando a su hijo:

—A eso se le llama *respeto*. Muy bien, hija.

Lucas puso los ojos en blanco y, cuando su madre se volvió, Menchu le dio un puñetazo cómplice que lo hizo sonreír.

Al mediodía, Marta, Belén, Trini y Rafael se ocuparon de preparar la comida, mientras Menchu miraba cómo todo el regimiento comía por turnos en el patio de la casa, pues resultaba imposible que lo hicieran todos al mismo tiempo. Cuando terminaron los sobrinos y el último se levantó de la mesa, Belén exclamó:

—Por Dios..., ¡en vez de niños tenemos pirañas! ¡Cómo comen!

Divertidos, los hermanos se sentaron entonces junto a Sonsoles. Pepe miró a la amiga de Lucas y le preguntó:

—¿Te gustan las tortillitas de camarones, las papitas con choco, el cazoncito en adobo y el *pescaíto* frito?

Menchu asintió y exclamó, al ver las bandejas que estaban poniendo sobre la mesa:

—¡Me encanta!

Lucas la miró divertido y, acercándose a su oído, susurró con mimo:

—No hay setas ni hamburguesas con doble de queso, pero espero que te guste.

En ese instante, vibró el móvil de la joven. Era Inés, que le preguntaba cómo estaba. Con una sonrisa, ella le contestó enseguida, y entonces Lucas, al verla, preguntó en tono melosón:

—¿Con quién te mensajeas, Gafitas?

Sin querer hablar de ello delante de todos, Menchu guardó el móvil y simplemente indicó:

—Con una amiga.

Él no insistió, y entonces Carlos comentó a grito *pelao*:

—*Ojú*, la pinta que tienen las gambas de Sanlúcar, que me están gritando: «¡Cómeme, *quillo!*».

Menchu y Lucas sonrieron. Sus hermanos, que eran pura alegría y vida,

habían organizado sin proponérselo una impresionante comida y, mirándolos, señaló:

—Chicos..., cada día os superáis.

—¡Chochete lindo —gritó Rocío a su hermana—, tráete platitos limpios, *miarma*, que se los he pedido hace un rato a Jesús, pero está *acarajotao*!

Menchu estaba encantada.

Todos eran superamables con ella, le gustaba la relación que había entre ellos y estaba feliz de ver el cariño que todos le profesaban a Lucas, a pesar de que lo hicieran enfadar llamándolo por aquel ridículo apodo.

Estaba pensando en aquello cuando Trini le dijo a él:

—Gordunflas..., te he hecho pollo a la canilla.

Al oír eso, Lucas se llevó la mano al corazón, haciendo reír a su madre y a aquélla. Adoraba el pollo a la canilla que preparaban en su casa, y cuando Trini dejó frente a él una perola y le llegó el rico olor a vino amontillado, murmuró:

—Si es que tengo que quererte..., *quilla*.

Menchu sonrió divertida, encantada de oír su deje gaditano. Él le sirvió entonces un poco de pollo en el plato y susurró:

—Pruébalo. Te va a encantar.

Y así fue.

Menchu comió de todo lo que le ofrecían, y si una cosa estaba rica, la siguiente la superaba, y así llegó un momento en el que tuvo que desabrocharse el botón del pantalón vaquero y, mirándolos, exclamó:

—¡O paro de comer o reviento!

—¡Está *engollipá*! —Gustavo rio al oírla.

Una vez que terminaron de comer y convencieron a Sonsoles para que se echara un rato la siesta, Lucas, Menchu y varios de sus hermanos y sobrinos montaron en los coches y se dirigieron a la playa de Camposoto.

Al llegar, los chiquillos, que se conocían el lugar, corrieron hacia la arena, mientras los mayores caminaban al tiempo que charlaban tranquilamente.

La sintonía de Menchu con todos era increíble. Acababan de conocerla, pero la habían aceptado con naturalidad, y eso era de agradecer. Lucas estuvo jugando durante un buen rato con sus sobrinos al fútbol en la arena. Luego se acercó hasta donde ella estaba hablando con sus hermanas Trini y Rocío y, mirándola, dijo:



—Vamos. Demos un paseo.

Sus hermanas sonrieron con diversión al oírlo, y cuando se alejaron, él cuchicheó:

—Cómo me jode que sean tan *porculeras*.

Menchu sonrió y, sin darle la mano, miró a su alrededor, mientras caminaba por la casi desierta playa.

—Esto es increíble —comentó.

Lucas asintió, señaló hacia un lado y explicó:

—Toda esta zona está considerada monumento natural.

—No me extraña. Es precioso.

Continuaron caminando en silencio hasta que, al llegar a un sitio donde no podían verlos los demás, Lucas indicó:

—Oye, siento el tercer grado de mi familia, pero...

—No pasa nada..., *Gordunflas* —replicó ella.

Lucas suspiró al oírla.

—Por favor... —imploró con una sonrisa—, ahora tú, no...

Menchu soltó una carcajada y, recordando lo que le había contado Sonsoles el día anterior, susurró:

—Vaya..., vaya..., ¿quién se habría imaginado que el Mariliendre que tiene tan enloquecido a Tomi y a cientos de mujeres por ser un geo valiente y resultón fue en su día un niño regordete y torpe? ¿Es cierto que te chupaste el dedo hasta los siete años?

Divertido, él se agachó y, cogiéndola en brazos, se la cargó al hombro y ordenó, al tiempo que comenzaba a dar vueltas:

—Prométeme que no se lo vas a contar a nadie.

Mareada, Menchu chillaba y reía, y cuando ya no pudo más afirmó:

—Te lo prometo... Te lo prometo.

Lucas se detuvo. La bajó del hombro y, al soltarla en el suelo, ella perdió el equilibrio y, antes de que él pudiera sujetarla, cayó al suelo. Lucas se apresuró a auxiliarla mientras murmuraba, sintiéndose culpable:

—Lo siento..., lo siento..., no pensé que...

Menchu sonrió, recordó algo que una de las hermanas de Lucas solía decir, lo miró y musitó:

—¡Estás *acarajotao*!

A él le hizo mucha gracia oírle decir eso. Estar con ella en su tierra y con su familia de pronto se había convertido en algo especial, y cuando la levantó del suelo y la miró directamente a los ojos, al notar que necesitaba convencerse a sí mismo, señaló:

—Oye..., sabes que esto es lo que es, ¿verdad?

Ella asintió, consciente de la puñetera realidad.

—Claro que sí.

Con mimo, Lucas acarició entonces el óvalo de la cara de la joven. Menchu era alguien muy especial para él.

—Debes hacer algo con tu vida —le sugirió—. Eres maravillosa, ingeniosa, bonita, trabajadora, buena persona y...

—¿A qué viene eso?

—Sólo digo lo que pienso —respondió él con seriedad.

—¿Tú no eres buena persona? —se mofó ella.

Lucas sonrió y, retirándole el flequillo de la frente, afirmó:

—No soy el más adecuado para definirme, pero sí sé que no soy bueno para alguien como tú. —Menchu no dijo nada, y él añadió—: Deberías ser más egoísta y pensar sólo en ti.

Algo molesta por el comentario, ella murmuró:

—Vaya..., estás utilizando las mismas palabras que mamá Clara.

El policía asintió y, sin apartar los ojos de ella, prosiguió:

—Quizá sea porque, como te comenté, los dos queremos lo mejor para ti. —Menchu guardó silencio—. Por suerte, tienes un trabajo que puedes desempeñar desde cualquier sitio y...

—¿Qué estás intentando decirme?

Lucas suspiró. Aquello no le resultaba nada fácil, pero finalmente declaró:

—Que busques tu felicidad y encuentres a un hombre que no se parezca en nada a mí, porque los que son como yo nunca te harán feliz, y tú mereces serlo.

Menchu frunció el ceño.

Estaba más que claro que ocultarle a él sus sentimientos había sido una misión imposible y, dándose por vencida, preguntó:

—¿Tanto se nota?

Lucas asintió. A él no podía engañarlo. Estaba pensando en qué responderle cuando él añadió:

—Me miras de una manera distinta de como yo te miro a ti, y aunque siento cierto halago por ello, me duele, y en muchas ocasiones me sabe muy mal.

—Qué vergüenza... —murmuró ella.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que él dijo:

—Te aprecio mucho, pero...

—No hace falta que sigas —lo cortó ella—. Siempre has sido claro en este tema conmigo, pero el problema es..., bueno..., ya sabes cuál es el problema: que yo soy una fantasiosa, creo en la puñetera magia y me gusta ver cosas donde no las hay.

Lucas se sentía fatal. Menchu siempre había sido muy especial para él, y aunque en su interior sentía que algo nuevo y diferente estaba naciendo tras aquellos maravillosos días juntos, se negaba a aceptarlo. A él le importaba un bledo la magia. Sólo quería pasarlo bien, sin complicaciones.

—Estos días juntos están siendo especiales para mí —reconoció mirándola—, pero sé que nada va a cambiar. Una vez que regresemos a Sigüenza debemos continuar con nuestras vidas, y en la mía ya sabes que tú no...

No continuó, y ella asintió.

A buen entendedor, pocas palabras bastaban.

Lucas nunca la había engañado a ese respecto. Siempre había sido sincero con ella, y una vez más, sintiendo que el corazón se le desmoronaba, indicó:

—No te preocupes. Lo creas o no, sé cuidarme solita.

—Lo sé —afirmó él—. Pero aun así me preocupo por ti, y aunque no puedo ser esa persona que tú desearías, sí que me gustaría que me dijeras qué puedo hacer para ayudarte.

Al oírlo, Menchu sonrió. De la única manera en que podía ayudarla era queriéndola, enamorándose de ella, pero, consciente de la cruda realidad, murmuró:

—No lo sé, Lucas. No sé cómo me puedes ayudar.

El geo no se movió. Se sintió cruel con aquella buena muchacha; la miró y estaba a punto de hablar cuando ella se le adelantó:

—Mira, hay algo en lo que no te voy a quitar la razón, y es en que ambos buscamos cosas diferentes en la vida, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿acaso no disfrutamos del sexo juntos?

—Mucho —afirmó él.

Menchu asintió y, sin apartar la mirada de él, le preguntó:

—Siempre me has dejado claro que, exceptuando eso, no me ibas a dar nada más, pero ¿acaso yo te lo he pedido?

—No —respondió él.

Y ella, que quería zanjar el tema, soltó:

—Pues entonces creo ya no tenemos más que hablar.

—¿Estás segura?

Menchu sonrió. El problema era suyo, y no de él, y, consciente de su realidad, indicó, intentando ser María, la mujer fuerte y positiva:

—Por supuesto que sí, Lucas. Y ahora, ya que estamos en este precioso lugar y no en Sigüenza, donde todo ha de ser de otra manera, ¿qué tal si seguimos disfrutando de esta escapada antes de regresar a la apestosa realidad?

Él sonrió.

Menchu tenía algo que otras mujeres no poseían; sin pensarlo, le dio un dulce beso en la frente, después otro en la boca, y cuchicheó:

—El primero se lo he dado a Menchu; el segundo, a María.

La joven asintió y, sin cortarse un pelo, replicó:

—Me gusta más el de María, ¿podrías repetirlo?

Gustoso y encantado, él la cogió entre sus brazos y, alzándola, la besó justo en el momento en que Rocío y Marta aparecían tras ellos y la segunda decía:

—Eso es un beso con fundamento, y no lo que me daba el sieso de mi exmarido.

La pareja se apresuró a separarse, y Rocío añadió:

—Desde luego, los amigos de hoy en día..., ¡qué libertades se toman! Si tardamos una *mijita* más en llegar, los pillamos haciendo el trenecito.

Lucas y Menchu sonrieron, y él susurró, mirando a sus hermanas:

—Desde luego, las hermanas de hoy en día ¡qué cortarrollos que son!

Divertidos, los cuatro continuaron paseando juntos por la playa en aquel maravilloso día de sol.

\* \* \*

Esa noche, tras cenar toda la tropa por turnos en casa de Sonsoles, cuando la

mujer se acostó y cada mochuelo regresó a su olivo, Menchu y Lucas fueron a tomar algo a un bar, donde él le presentó a algunas de sus amistades.

Encantados, los amigos de Lucas la aceptaron en el grupo y, divertidos, bebieron unas copas mientras la joven era consciente de que él no miraba a ninguna otra mujer y estaba del todo pendiente de ella.

Eso le gustó. La sensación de ser la única para él y sentir su protección frente a todos aquéllos era algo nuevo y diferente y la hizo sentirse especial. Tremendamente especial.

Esa noche se divirtieron charlando, bailando y besándose como una pareja más.

En Cádiz, él era el Lucas que ella sólo conocía escondido dentro de las cuatro paredes de una habitación y, dejándose llevar, disfrutó como nunca había disfrutado en su vida, sin saber que a él le sucedía lo mismo.

Estaba confundido, muchísimo, y aunque intentaba mantener su frialdad, no era capaz. Estar en su tierra con Menchu era lo mejor que había hecho en mucho tiempo y, al igual que ella, se dejó llevar.

Más tarde, cuando sonó la canción *Felices los 4* de Maluma, la bailaron encantados, muy... muy cerquita, mientras se miraban a los ojos y se tentaban, olvidándose del resto del mundo.

Dos horas después, antes de regresar a la casa familiar de Sonsoles, pasaron por la playa, donde, ocultos por la oscuridad de la noche, hicieron el amor con deseo y placer, sin pensar en nada más.

## Capítulo 24

El domingo por la mañana, Menchu y Lucas se despidieron de toda la familia para regresar a Sigüenza. Debían seguir con sus vidas.

—¿Cuándo te volveré a ver? —le preguntó Sonsoles a su hijo.

Con cariño, Lucas besó la frente de su madre y respondió:

—Cuando tenga vacaciones. Ya lo sabes, *omaíta*.

La mujer asintió. Todos los años, su hijo procuraba pasar con ella al menos diez días, e insistió:

—¿Te irás a las Américas con tus amigos como cada año?

Él sonrió.

—Sí. Sabes que me gusta irme quince días fuera de España.

Menchu, que se despedía de sus hermanos repartiendo besos a diestro y siniestro, estaba a lo suyo cuando Sonsoles le preguntó a su hijo:

—¿Ella irá contigo?

Lucas la miró.

Haber pasado esos días con Menchu había hecho que se diera cuenta de ciertas cosas, pero no estaba convencido de que aquello fuera lo mejor para él, así que mintió:

—No. Ella no vendrá.

Sonsoles se apenó. Le gustaba aquella muchacha sencilla y adorable. Se había percatado de cómo ella lo miraba y cómo su hijo la cuidaba, pero cuando iba a decir algo, él la cortó:

—Es sólo una amiga.

—Es encantadora.

—Lo sé, mamá.

—Una chica así es lo que tú necesitas, y no una sinvergüenza de esas con las que sueles acostarte.

—Mamá...

Sonsoles maldijo en silencio. Lucas era un desastre; miró a aquel hijo al que tanto quería, e insistió:

—Pero, cariño, ¿no te has dado cuenta de que no has parado de sonreír estos días a su lado?

Él suspiró. Era consciente de cómo se había sentido, pero no quería dar su brazo a torcer, así que repuso:

—Mamá, por favor, no inventes ni compliques las cosas.

Sonsoles resopló. Odiaba ver cómo transcurrían los años y su hijo menor, por algo que le había ocurrido en el pasado a su gemelo, seguía negándose al amor; se encogió de hombros y afirmó:

—Muy bien, Gordunflas, ¡tú sabrás!

—¡*Omaíta!* —exclamó él al oírla, y se puso a reír.

Ambos estaban riendo cuando Menchu, Belén y Marta se acercaron a ellos, y Sonsoles abrazó a la joven y dijo, mientras su hijo se dejaba besuquear por sus hermanas:

—Ha sido un placer conocerte, María, y recuerda: si quieres venir para los Carnavales o cuando tú quieras, aunque Lucas no te acompañe, mi casa está abierta para ti, chiquilla.

Sin necesidad de que dijera nada más, Menchu la entendió, pero como no quería entrar en el tema, le dio dos besos y respondió:

—Gracias, Sonsoles. Y ahora, ¡cuídate, ¿vale?!

La mujer asintió, y Lucas, que caminaba hacia su moto, la apremió para romper aquel momento:

—María, vamos..., tenemos un largo viaje por delante.

Un minuto después, Lucas arrancó el motor y, tras decir adiós, desaparecieron de la vista de su familia, que les gritaban y los despedían con la mano.

Horas más tarde, después de parar por el camino para tomar algo, llegaron a Madrid y, tal y como habían acordado, él se dirigió a la estación de Atocha. Detuvo la moto, la miró y preguntó:

—¿Estás segura de que no quieres continuar conmigo el viaje?

Menchu sonrió. Nada le gustaría más, pero, tras haber pasado tres días con él, sin separarse excepto para dormir en casa de su madre, cogió su bolsa de deporte, consciente de que aquello había acabado y ella tenía que terminar con su obsesión, e indicó:

—Es mejor hacerlo así. No sería bueno que nos vieran llegar juntos.

Lucas asintió. Algo en él le decía que aquello era lo mejor, pero, por otra parte, lo jorobaba tener que dejarla allí y continuar el viaje solo.

Contento, acarició uno de sus descontrolados rizos y, sonriendo, murmuró mientras la miraba:

—Te ha dado el sol en mi tierra. Te has puesto morenita.

Menchu asintió y, con cariño, le tocó la mejilla y señaló:

—Tú también te has puesto morenito.

Ambos sonrieron y luego él le dio un beso y cuchicheó:

—Lo he pasado muy bien estos días contigo, Menchu..., María.

Complacida, la joven disfrutó de aquel dulce beso y, cuando se terminó, declaró:

—Yo también, Lucas..., Khal Drogo.

Desconcertado por lo que bullía en su interior, él iba a decir algo, aunque al final calló.

Pero ¿en qué estaba pensando?

Se puso el casco y dijo, escudándose en su habitual frialdad:

—De acuerdo, Gafitas. Volvamos a la realidad. ¡Nos vemos en Sigüenza!

Y, tras una última mirada, metió primera, aceleró y se marchó sin mirar atrás.

Ella observó cómo se alejaba y, consciente de que de nuevo volvían a ser Menchu y Lucas, dio media vuelta y entró en la estación. Tenía que coger el tren que salía al cabo de media hora.

En el camino, decidió escribir a Inés. Si ella quería podían verse en Guadalajara. Y así fue: cuando el tren paró en esa ciudad, Menchu se bajó y sonrió al verla.

Tras abrazarse, se sentaron en un bar de la estación a tomar algo, e Inés preguntó:

—¿Tu trabajo bien?

Menchu, omitiendo que, además de trabajo, el viaje había sido de placer, respondió:



—Sí. Todo estupendo.

Durante un buen rato hablaron sobre temas informáticos y Menchu comentó:

—Si alguna vez tengo que ampliar mi empresa, serás mi primera opción.

—¿En serio?

Y, al ver la ilusión de la chica, le aseguró:

—Te lo prometo.

Ambas sonrieron y, cuando por los altavoces anunciaron que al cabo de cinco minutos salía el último tren para Sigüenza, se abrazaron y quedaron en verse otro día.

Cuando, un rato después, Menchu llegó al pueblo, se dirigió hacia su coche, que había dejado aparcado en la estación. Lo que en un principio iba a ser un viaje corto se había convertido en una estancia más larga de lo previsto. En cuanto montó en el coche, le mandó un wasap a Eva:

Ya estoy de vuelta en casa.

Su amiga, que en ese momento se estaba tomando algo con Damián, al ver que se trataba de Menchu, rápidamente la llamó.

—¿Qué tallllllllllllllllllllll?

Oír la voz de Eva siempre le alegraba el día y, poniéndose el cinturón de seguridad, Menchu conectó el manos libres y respondió:

—Cansada, pero feliz.

—¿Tus reuniones fueron bien?

—¡Perfectas! He firmado dos contratos para el de Marbella y otro más para un amigo del de Almería.

Eva asintió, pero al notar algo extraño en su voz, preguntó:

—¿Te ocurre algo?

Consciente de su desánimo, Menchu iba a responder cuando ella prosiguió:

—Por cierto, sé que quizá no te importe, pero Lucas estuvo en Cádiz. Al parecer, su madre tuvo que ser ingresada en el hospital, aunque finalmente todo quedó en un susto.

Al oír eso, ella asintió. Nadie mejor que ella sabía lo ocurrido, pero indicó:

—Vaya, cuánto lo siento. Cuando lo vea le preguntaré.

—Estamos en el Croll tomando algo, ¡vente!

Menchu miró su reloj, no era muy tarde. Una copita y a casa. Y, con ganas de ver a su amiga, indicó:

—Voy para allá. No te muevas.

Condujo por Sigüenza hasta llegar a la calle del local. Como siempre, aparcar allí era una lotería, pero esa vez el azar estuvo de su parte y estacionó cerca de la puerta.

¡Increíble!

Encantada, se bajó del coche, lo cerró y se encaminó al bar.

Una vez dentro, miró a su alrededor y, cuando vio a Eva hacerle señas con las manos, sonrió y se dirigió hacia ella.

—¡Qué bien que ya estés aquí! Te he echado de menos —murmuró su amiga abrazándola.

—Lo corroboro —aseguró Damián, que estaba a su lado—. Dice la verdad.

—Pero si vienes hasta morenita —afirmó Eva divertida.

Menchu soltó una carcajada y, una vez que se sentó con ellos, le presentaron a un chico llamado Mauro. Estaba sonriendo de nuevo cuando de pronto vio a Lucas. Eso le gustó, pero su cuerpo se rebeló de una forma descomunal al ser consciente de que estaba junto a una rubia que en ese instante acercaba sus labios a los de él para besarlos.

Sin dar crédito, parpadeó.

¿Cómo podía estar ya dándose el lote con otra?

Molesta, maldijo en silencio y, cuando Eva la miró, ella se volvió y les dio la espalda. No quería ver a Lucas.

Durante un buen rato continuó charlando con su amiga, Mauro y Damián, hasta que el perfume de Lucas inundó sus fosas nasales y lo oyó decir:

—Damián, tienes...

No continuó. Sus ojos se encontraron con los de Menchu y, sin abandonar la sonrisa, miró a Mauro y la saludó a ella mientras tenía a la rubia cogida de la mano:

—Hola, Menchu.

—Hola.

Se hizo un silencio extraño entre ellos, hasta que él dijo:

—Me dijeron que estabas de viaje de trabajo, ¿todo bien?

Consciente de cómo los miraban todos, ella sonrió como pudo y afirmó:

—Todo ¡perfecto!

Lucas, que seguía agarrado de la mano de la otra, iba a decir algo cuando Menchu, reponiéndose, le preguntó:

—Oye, me han dicho lo de tu madre; ¿está bien?

Fijándose en la tensión que ella mantenía en el cuello por su encuentro, se sintió mal; bajó la mirada y asintió.

Recordar los días pasados con ella en Cádiz, donde había bajado la guardia permitiéndose ser él y no el chulo de Lucas, lo hizo sonreír, pero, consciente de que volvía a estar en el mundo real, contestó sin soltar a la otra:

—Por suerte, sí. Todo quedó en un susto sin importancia.

La rubia lo besó entonces en el cuello para marcar terreno, y en ese mismo momento comenzó a sonar la canción de Maluma *Felices los 4*. Sin poder evitarlo, Lucas y Menchu se miraron. La noche anterior habían bailado esa canción mientras se besaban, se tentaban, se tocaban.

«¡Maldita sea!», pensó él.

Seguro de que ella lo recordaba igual que él, y como necesitaba acabar con la conexión que se había creado entre ambos en esos días, acercó su boca a la de la rubia y murmuró, consciente de que todos lo observaban y lo escuchaban:

—Ya nos vamos, preciosa. Un segundo.

Menchu desvió la vista con gesto brusco. Si continuaba mirándolo, le partía la cara.

Pero ¿cómo podía ser tan gilipollas?

¿Cómo podía ser tan insensible?

Eva, que observaba la situación en silencio, de pronto se percató del gesto de su amiga. La conocía muy bien como para no darse cuenta de que algo le pasaba.

Sin moverse, analizó los movimientos corporales de Lucas y de Menchu.

¿Qué les ocurría?

Y, cuando fue consciente de que él también había regresado «morenito», parpadeó.

Pero ¿qué estaba imaginando?

Segundos después, tremendamente incómodo, Lucas miró a Damián y preguntó, bajando la voz:

—¿Tienes preservativos para dejarme?

Su amigo lo miró sorprendido y se mofó en voz alta:

—¿Desde cuándo no llevas media docena de preservativos encima?

Lucas sonrió con frialdad y, sin querer mirar a Menchu, que lo había oído, respondió:

—Desde que regresé de Cádiz, donde se me acabaron.

Menchu quería partirle la cara —«¡Fanfarrón!»—, pero continuó cantando aquella canción como si el tema no le importara. Era lo mejor.

Damián y Lucas rieron por el comentario de ese último y chocaron las manos en plan machotes, y entonces Eva, que no les quitaba ojo, exclamó:

—¡Momento unga-unga!

—¡Troglooditas! —protestó Menchu.

Eva los miró: sin duda el macho ibérico era una especie digna de estudio, y al verlos sonreír añadió:

—Ahora sólo falta que compitan meando para ver quién llega más lejos.

Menchu sonrió para disimular, aunque sin ganas, mientras la rabia subía y bajaba en su interior al ver cómo Lucas agarraba a la rubia y al imaginar sus próximos planes.

Por suerte para ella, en ese instante Eva le propuso ir al baño y la acompañó.

Deseaba matar a Lucas.

Cuando entraron en los aseos, Eva la arrinconó contra la pared y le soltó:

—¿Qué has hecho, Menchu?

Ella la miró sin entender, pero Eva insistió:

—¿Has estado con Lucas en Cádiz? Porque tú morenita y él morenito..., ¡blanco y en botella!

Consciente de que a ella difícilmente se la iba a colar, Menchu resopló.

—¡La madre que os parió a los dos! —exclamó su amiga—. Pero ¿a qué estáis jugando?

Menchu se dirigió hacia el lavabo y, tras echarse un poco de agua en las manos, se disponía a contestar cuando Eva siseó, hecha una furia:

—Me dijiste que lo tuyo con él estaba olvidado, muerto y enterrado, ¡y yo te creí! Y... y ahora me acabo de dar cuenta de que...

—Vale. Te mentí —la cortó.

—¡Joder, Menchu!

La aludida resopló. Como habría dicho mamá Clara, antes se coge a un mentiroso que a un cojo.

—Vale. Os he mentido a todos —admitió.

—Desde luego... De eso no cabe duda.

—Pero si lo he hecho es porque estoy harta de que me miréis con cara de pena cada vez que Lucas está con una tía.

Eva suspiró.

—¿Y cómo quieres que te miremos, si todos somos conscientes de lo que sientes por él?

Menchu asintió. Entendía el malestar de su amiga.

—Eva, te pido perdón por haberte mentido —dijo—, pero...

—Perdonada —masculló ella—. Pero yo a ése le parto la cara en cuanto salga de aquí y le quito el moreno de un plumazo.

Cuando iba a salir del baño, Menchu la sujetó del brazo y le espetó, mirándola fijamente:

—Tú a ése no le vas a partir nada porque nadie tiene que saber que hemos estado juntos, ¿entendido? Si yo he estado en Cádiz fue porque así lo decidí.

—Pero, Menchu...

—Eva, ¡vale ya! Soy mayorcita para equivocarme, como también te equivocas tú.

Se miraron unos segundos en silencio, hasta que Eva preguntó:

—¿Y cómo te enteraste de lo de su madre? —Ella no respondió, y su amiga, abriendo la boca, insistió—: ¿No me digas que estabais juntos cuando...?

—¡Sí! —exclamó Menchu y, mirándola, añadió—: Estábamos juntos en Málaga y él no quería que yo fuera a Cádiz, pero quise acompañarlo para estar con él en un momento difícil, como él estuvo conmigo cuando lo de mamá Clara.

—Pero él...

Menchu maldijo, dio un puñetazo a la puerta y soltó un alarido.

—Por Dios, no seas tan bruta, ¡casi te rompes la mano!

—Uff..., ¡qué dolor! —se quejó dolorida.

Ambas rieron, y luego Menchu pidió, mirando a su amiga:

—Necesito que salgas ahí fuera y no le digas nada a Lucas ni le cuentes a nadie lo que acabas de descubrir. Han de seguir pensando que entre nosotros todo se acabó.

—Pero, Menchu...

—Eva, necesito que lo hagas. Luego, o mañana o cuando tú quieras hablamos, pero ahora necesito que disimules y todo siga como hasta el momento. No quiero más miraditas de pena por parte de nadie. ¡Por favor!

Ella suspiró. Lo que su amiga le pedía era complicado, pero, dispuesta a que su amistad primara por encima de todo, asintió.

—De acuerdo. Pero mañana por la mañana estaré en tu casa para hablar muy seriamente sobre el tema, ¿entendido?

—¡Entendido! —afirmó Menchu.

Minutos después salieron del baño y se toparon con Lucas. Menchu empujó a Eva para que continuara caminando mientras ella se apresuraba a seguirla, pero el policía la sujetó por el brazo.

—Oye, creo que...

Furiosa al sentirlo a su lado, ella lo miró y le espetó:

—¿Por qué no te vas a la mierda y me dejas en paz?

Sorprendido por su reacción después de los maravillosos días que habían pasado juntos, Lucas frunció el ceño y preguntó:

—¿Y a ti qué te pasa?

Menchu deseaba partirle una botella en la cabeza por su falta de tacto y de sensibilidad, pero era incapaz de hacerlo, así que se acercó a él y siseó:

—Me preguntaste qué podías hacer para ayudarme, ¿lo recuerdas? —Él asintió y ella prosiguió furiosa—: Pues piérdete. Eso es lo mejor que puedes hacer.

Bloqueado al ver sus ojos coléricos, él iba a hablar cuando Menchu añadió:

—Ya sé que no sientes por mí lo mismo que yo siento por ti, pedazo de burro frío e insensible, pero después del bonito fin de semana que hemos disfrutado en Cádiz no esperaba verte hoy mismo besando a otra.

De pronto, Lucas comprendió su gran metedura de pata. Era un error imperdonable que hubiera aparecido allí, aquella noche, con aquella mujer.

—Pero, al fin y al cabo, como siempre dices... —continuó Menchu con chulería—, esto es lo que es, ¿verdad?

Lucas no se movió. Sentía la lengua pegada al paladar, y ella, fabricando una sonrisa que él nunca le había visto, siseó:

—A partir de ahora, tu mejor manera de ayudarme será que te mantengas alejado de mí, ¿entendido?

—Oye..., hablemos.

—No tengo nada que hablar contigo.

La rotundidad de las palabras de Menchu le llegó al corazón y, por primera vez en su vida, algo en él se quebró.

Ella no merecía aquello, era demasiado buena, y cuando la joven se alejó, Lucas se sintió mal. Muy mal.

Tras lo ocurrido entre ellos en los últimos días, había sido una absoluta falta de respeto por su parte aparecer en el Croll con aquella rubia. Por ello, desconcertado por lo mal que se sentía y con ganas de desaparecer, se dirigió hacia la mujer que lo esperaba, la agarró de la mano y, juntos y sin mirar atrás, salieron del bar.

Una vez en casa de Lucas, cuando la chica comenzó a desnudarse, algo en él se rompió en mil pedazos.

¿Cómo podía ser tan mala persona?

Y, tras coger el móvil, fingió que hablaba con alguien y luego dijo, dirigiéndose a la rubia:

—Lo siento, preciosa, pero acaban de llamarme del trabajo.

Ella se apenó, pero volvió a ponerse la blusa que se había quitado. Cuando se marchó de su casa, Lucas se desnudó, se metió en la ducha y maldijo por ser tan cabrón.

\* \* \*

Esa noche, cuando salieron del Croll, llovía, y Eva, que necesitaba hablar con ella, quedó en pasarse por casa de Menchu sobre las doce de la mañana. Mauro se empeñó en acompañar a esta última. No había duda de que quería algo más, pero al llegar a su portal, ella le dejó muy claro que ella no quería nada y él lo aceptó como un caballero y se marchó.

Cuando entró en casa, la rabia carcomía a Menchu.

¿Cómo sus besos y sus caricias podían ser ya pasado para Lucas, cuando para ella todavía eran presente?

Furia...

Rabia...

Desconcierto...

Todo aquello unido era una terrible combinación, y durante unos segundos dudó si enviarle un wasap o no.

¡Ni Khal Drogo ni leches! ¡Que se fuera a la mierda!

Pero finalmente no lo envió.

Le gustara o no, habían regresado a la apestosa realidad, a su día a día y, como tal, debía aceptarla.

Sin embargo, a las tres de la madrugada no podía conciliar el sueño y se levantó.

Había tomado una decisión.

Y, tras teclear en su ordenador, compró un billete de avión. Después cogió su teléfono, marcó un número y, cuando al otro lado descolgaron, oyó:

—¡Mi desastre favoritooooooooo!

Sin ganas de sonreír, como solía hacer, ella se retiró el pelo de la cara y preguntó:

—Tomi, ¿sigues queriendo que vaya a Los Ángeles?

—*Of course!*

—Pues recógeme en el aeropuerto pasado mañana a medianoche, hora de Los Ángeles. Llego en un vuelo de Iberia.

—*Oh, my God!* ¿Lo dices en serio?

Con el billete comprado, y deseosa de huir de Lucas, Menchu se miró en un espejo del salón y, convencida de que su vida tenía que cambiar a partir de ese instante, afirmó:

—Totalmente en serio.



## Capítulo 25

Esa mañana, cuando Menchu se levantó a las ocho y media tras una terrible noche, le dolía la cabeza.

Rápidamente se tomó una aspirina y se duchó. Por suerte, eso mitigó el dolor, y entonces pensó en su inminente viaje. Se marchaba al día siguiente por la mañana a Los Ángeles por un tiempo indefinido y tenía mucho que preparar.

Según pensaba en ello, se daba cuenta de que era una locura, pero algo en su interior le gritó que tenía que hacerlo.

Debía pensar en sí misma, sólo en sí misma, e intentar ser feliz; ¡se lo había prometido a mamá Clara!

A las diez, cuando estaba terminando de poner una lavadora, sonó el timbre de la puerta. Seguro que era su vecina, que iba a pedirle azúcar. Pero cuando abrió se quedó sin palabras al encontrarse a Lucas allí.

Boquiabierta, bloqueó la entrada y siseó:

—No tengo nada que hablar contigo.

Pero, cuando iba a cerrar, él se lo impidió y entró en su casa.

—Soy un cabrón —dijo, cerrando la puerta—. Lo sé, pero...

—No quiero escucharte. Sólo quiero que desaparezcas de mi vista porque no quiero verte más.

En silencio, Lucas la miró. Sólo le habían hecho falta unas horas para darse cuenta de su error. De lo importante que era la joven para él y, como necesitaba hablar con ella, insistió:

—Menchu..., por favor. Sé que lo que hice ayer no estuvo bien, pero...

—Lo que no está bien es la tontería que siento por ti, ¡eso es lo que no está bien! —lo cortó ella—. Pero ¿sabes? Te juro que eso se acabó, ¡se acabó! —

añadió, levantando la voz.

Descolocado, Lucas no sabía qué hacer. Era la primera vez que sus sentimientos por una mujer afloraban y se enfrentaba a una tesitura así.

—Creo que estamos muy nerviosos y...

Con rabia, Menchu se acercó a él y, empujándolo, masculló:

—Tienes que alejarte de mí, del mismo modo que yo he de alejarme de ti. Esto... esto no es sano. Pero ¿no te das cuenta de que sufro? ¿Acaso eres tan insensible que eres incapaz de entender que verte ayer con esa chica me destrozó después de haber pasado un fin de semana maravilloso contigo?

Lucas asintió: a cada palabra que ella decía se sentía peor; pero, cuando fue a abrazarla, ella lo esquivó y, dolorido, la oyó decir:

—No quiero tus abrazos. No quiero tus besos. No quiero nada de ti. Sólo quiero que te vayas de mi casa y desaparezcas de mi vida, porque, efectivamente, como tú mismo me dijiste, no eres bueno para mí.

Lucas la miró allí plantado como un tonto.

Su rechazo le dolía en el alma. No sabía muy bien a qué había ido allí, pero sí sabía que tenía que hablar con ella e intentar entender por qué tras lo ocurrido no podía quitársela de la cabeza. No obstante, viendo que de momento era imposible, repuso:

—De acuerdo, me iré, pero tenemos que hablar.

—Olvidalo.

—Menchu..., por favor...

La joven caminó hacia la puerta y, abriéndola de par en par, dijo, sin informarlo de sus planes:

—Adiós.

Lucas echó a andar con la vista clavada en ella. Aquella frialdad le estaba doliendo una barbaridad y, parándose, murmuró:

—Nunca he querido hacerte daño.

Ella asintió, lo miró y, empujándolo, lo echó de su casa y sentenció:

—Pues me lo has hecho, pero ya nunca más me lo harás.

Y, sin más, cerró de un portazo, dejando a Lucas solo y desconcertado en el rellano sin saber qué hacer ni adónde ir.

Le gustara o no, su refugio siempre había sido ella. La chica que nunca le había pedido nada, pero que se lo había dado todo, y finalmente, desesperado,

dio media vuelta y se marchó. Tenía que aclararse y, después, regresar y hablar con ella.

Histérica por lo ocurrido, Menchu se movía por su casa como una leona. Todo lo que le ocurría era por su culpa, sólo por su culpa. Todo el mundo llevaba tiempo diciéndole que dejara de ser tan tonta, tan buena con Lucas, pero ella, obcecada, no les había hecho caso, y ahora se encontraba en aquella terrible situación.

Nerviosa, se preparó una tila y ésta la calmó. Se sentía ya más relajada cuando, puntual, Eva llegó a las doce a su casa. Llevaba un paquete de donuts, que dejó sobre la mesa de la cocina.

—Vaya careto que tienes, amiga —le soltó.

Menchu sacó dos vasos, preparó un par de cafés y, una vez que los sacó del microondas, dijo:

—Coge el azúcar.

Eva obedeció y, en cuanto estuvieron ya sentadas a la mesa frente a los cafés y los donuts, ésta iba a hablar cuando Menchu se le adelantó:

—Me voy a Los Ángeles mañana. He sacado un billete de ida.

—¿Y la vuelta?

—No lo he pensado. De momento, me voy.

Su amiga la miró sorprendida, y Menchu prosiguió:

—Y antes de que me digas nada...

—Menchu..., párate a pensar —la interrumpió Eva.

La joven dio un trago a su café y, cogiendo un donut, explicó:

—Tomi me pidió que fuera, lo he pensado y me voy, ¡no hay más que hablar! Y, como puedo hacer mi trabajo desde cualquier lugar que tenga conexión a internet, ¡pues he decidido marcharme!

Eva la miraba boquiabierta y entonces aquélla añadió:

—Necesito alejarme de quien tú ya sabes.

—¡Capullo!

—¡Muy capullo! —matizó Menchu, sin decir que había estado allí mismo poco antes.

Eva, consciente del gesto de su amiga, le preguntó:

—¿Estás huyendo?

Al oír eso, Menchu la miró, y ella matizó:

—Uiss..., de pronto me has recordado a alguien.

Ambas suspiraron, y finalmente Menchu cuchicheó:

—Necesito desaparecer, ¡esfumarme! Y olvidarme de que existe.

Eva miró a su amiga apenada. Sufrir por amor era un asco. Sentir que uno no era especial para la otra persona podía hundir a cualquiera, por lo que tomó la mano de aquélla, se olvidó de la charla que pensaba darle y murmuró:

—Quizá ese cambio de aires te venga bien.

Menchu sonrió.

—Quizá.

—Maldito capullo, cabroncete...

En silencio, cada una se comió un donut, hasta que Menchu dijo:

—Si conocieras al Lucas sensible, caballeroso, delicado, gentil y romántico que yo conozco, te aseguro que tu percepción sobre él cambiaría, aunque ahora mismo la mía es peor que la que tienes tú de él. ¡Lo odio!

Eva dio un mordisco a su donut.

—¿En serio posee todas esas cualidades?

Menchu sonrió apenada. Lucas era todo aquello y más, pero se limitó a responder:

—No tengo por qué mentirte.

Continuaron comiendo donuts en silencio, hasta que ella añadió:

—Siento pena y rabia. Y te juro que anoche, cuando lo vi con aquella mujer tras haber pasado conmigo esos días, ¡me rompí!

—Es que eso rompería a cualquiera, cielo.

—Estoy tan furiosa que quiero ser mala con él y... —siseó Menchu.

—¡Sé mala! —la cortó Eva—. Se lo merece. Sé fría y cruel como él lo es contigo. Tú conoces esa faceta sensible suya que nadie más conoce. Pues bien, a partir de ahora, sé un Lucas en mujer a sus ojos.

—¿Cómo voy a hacer eso? —gruñó Menchu—. ¿Acaso crees que yo me voy a tirar a un tío cada noche como hace él?

Eva sonrió y, satisfecha de poder urdir un plan, dijo:

—No, pero puedes hacérselo creer. Para empezar, tienes al tal Khal Drogo, que... —Menchu sonrió, y Eva suspiró y musitó—: No me digas que es él...

—Sí.

—¡Para mataros! —gruñó Eva.

—Enfádate conmigo porque el juego se lo propuse yo. ¡Sólo yo! —aclaró Menchu—. Él sería Khal Drogo y yo...

—*Khaleesi...*, ¡no me lo digas!

Menchu sonrió y rectificó:

—¡María!

—¡¿María?!

La joven asintió.

—Menchu es la chica de pueblo, afable y cariñosa, y María es la mujer que decide lo que quiere sin pensar en nada. Ya sabes que fuera de Sigüenza y para mi trabajo, suelo usar ese nombre.

—Es verdad...

—Estoy para que me encierren, ¿no crees?

Con cariño, Eva sonrió y, mirándola, cuchicheó:

—Se me está ocurriendo algo.

—Olvidalo —se mofó Menchu—. Viniendo de ti..., es para echarse a temblar.

—Necesitamos la complicidad de Tomi.

—Ah, no..., Tomi, no.

—Ah, sí..., Tomi, sí —insistió Eva—. Durante el tiempo que estés en Los Ángeles, él puede ayudarte en muchas cosas, y en cuanto vea tu pelo descontrolado, se meterá con él, ¡ya verás!

Menchu sonrió. Se tocó su rizada y despeinada melena e indicó:

—Pues a mí me gusta.

—En cuanto te vea —insistió aquella—, te dirá que tienes las puntas abiertas.

Menchu se cogió el pelo, se lo miró y preguntó:

—¿Tan mal las tengo?

Eva soltó una risotada y señaló, tendiéndole un donut mientras ella cogía otro:

—Querida amiga, brindemos por María, la mujer que va a renacer en Los Ángeles.

Menchu sonrió, y su amiga puso su donut ante ella e insistió:

—Vamos. Choca tu donut con el mío.

—Pero qué mujer..., ni qué mujer... —resopló ella.

Consciente de que su amiga necesitaba dar un giro a su vida, Eva se puso entonces seria.

—Creo que ha llegado el momento de que te hagas valer y le enseñes a Lucas y a quien tú quieras que, como dice el anuncio ese de televisión, ¡tú lo vales!

Menchu sonrió divertida.

Tal y como la tenía enfocada, su vida era una verdadera mierda en muchos sentidos. Suspiró. Ella quería cambiar y, consciente de que era el momento idóneo para hacerlo, con o sin Lucas, chocó su donut con el de su amiga y afirmó:

—Sin duda, ha llegado el momento.

## Capítulo 26

Aquella mañana, cuando Eva se marchó, Menchu estaba de mejor humor.

Lo que había hablado con su amiga era una locura pero, tras meditarlo, se dio cuenta de que lo necesitaba. Necesitaba demostrarle a Lucas que ella también podía pasar de él.

Tras llamar a su amiga Marcela de Madrid y quedar con ella para ir a dormir a su casa, colgó y se centró en su equipaje.

Se marchaba por un tiempo largo, y mientras guardaba la ropa, de pronto, Inés pasó por su mente y decidió telefonarla para verla antes de irse.

Como no quería dejar el coche aparcado en la calle, lo metió en un parking que había frente a su casa y después llamó un taxi. Éste la recogió y, sin mirar atrás ni despedirse de nadie que pudiera hacerle cambiar de idea, llegó a la estación.

Montó en el tren y, de pronto, sintió deseos de llorar.

¿Por qué huía de su casa como una cobarde?

¿Por qué la fuerza la abandonaba si pensaba en Lucas?

Cuando se tranquilizó y el tren comenzó su andadura hacia Guadalajara, su móvil vibró y, al mirar y ver que era un mensaje de Khal Drogo, cerró los ojos y maldijo. Aun así, pasados unos segundos, los abrió y leyó:

Hola, María.

Que la llamara por ese nombre sólo podía significar una cosa; no quería contestar, así que se guardó el móvil y no volvió a mirarlo. Se negaba a responderle, y menos tras las últimas palabras que había cruzado con él.

Cuando el tren llegó a Guadalajara, Menchu se apeó, e Inés, al verla cargada con dos maletas, la miró extrañada.

—¿Otra vez te vas de viaje?

Sin ganas de contarle el porqué de su repentina marcha, Menchu sonrió y mintió:

—Sí. Me voy a Los Ángeles por trabajo.

Inés abrió los ojos como platos y musitó sorprendida:

—¿Los Ángeles?

Menchu asintió.

—Me encantaría ir a Los Ángeles, ¡qué pasada! —exclamó la chica.

Ella sonrió y, tocándole el óvalo de la cara con cariño, dijo:

—Pues quizá algún día te lleve, ¿te apetecería?

Inés asintió.

Una hora más tarde, Menchu se despidió de ella indicándole que seguirían en contacto y, tras darse un beso y un abrazo, montó en el tren que la llevaría hasta Madrid. Su viaje continuaba.



## Capítulo 27

En casa del padre de Juan había reunión familiar puesto que, una vez a la semana, a Manuel le encantaba llenar su hogar de gente para la que cocinar sus exquisitas croquetas.

Sentada con las mujeres, Eva comentó, dirigiéndose a su hermana:

—Regálale a Lolo por su cumpleaños un fin de semana los dos solos en un balneario. Te compras algo sexy y picantón, le haces un numerito subidito de tono y lo pasáis bomba.

—¡Serás gorrinona! —protestó Irene.

Eva, divertida al ver el gesto de su hermana, insistió:

—Te aseguro que eso le gustará más que un jersey o una corbata.

Todas rieron, y a continuación Irene murmuró, mirando a su hermana pequeña:

—Lo tuyo... es tirar siempre por el mismo camino.

Divertida, ella iba a responder cuando su otra hermana, Almudena, le guiñó un ojo y afirmó:

—Creo que lo que te dice Eva sería un buen regalo para ti y tu marido. Piénsalo.

Noelia, que se lo pasaba bomba con sus cuñadas, volvió a sonreír, pero entonces Irene, que era la más clásica de todas, se atusó el pelo y repuso:

—No sé, Almu. Tenemos muchos gastos últimamente, porque entre las clases particulares de los *jodíos* niños y mi *aguallí*, creo que...

—¿*Aguallí*? —preguntó Eva—. ¿Qué es eso?

Almudena volvió a reír.

—*Aquagym* —aclaró—. Animé a Irene a que se apuntara conmigo.

Eva y Noelia no podían parar de reír; Irene se puso en pie y dijo, mirándolas:  
—No os soporto, señoritas perfectas.

Y, sin más se alejó, momento que Almudena aprovechó para levantarse también e indicar:

—Tranquilas..., yo iré a aplacar a la fiera del *aguallí*.

Cuando se marchó, Noelia y Eva continuaban riendo, hasta que la primera preguntó:

—¿Y Menchu? ¿No viene hoy a la comida?

Su amiga suspiró al oírla y, ocultando su tristeza, señaló:

—Se ha ido a Los Ángeles.

—¿Cómo que se ha ido? —dijo Noelia asombrada.

Eva, que debía hacerse la sorprendida para que todos la creyeran, respondió, encogiéndose de hombros:

—Anteanoche la vi en el Croll. Había regresado de su viaje y, por cierto, venía muy contenta. Después se marchó con Mauro, el amigo de Damián, ayer no la vi, y hoy he recibido un mensaje suyo de wasap diciendo que esta noche cogía un vuelo para Los Ángeles y que no sabe cuándo regresará.

Noelia se sorprendió.

Menchu no era chica de tomar decisiones drásticas y, mirando a su cuñada, bajó la voz y preguntó:

—Oye..., ese Mauro no se habrá propasado con ella, ¿no?

Eva negó con la cabeza. Mauro era un tipo muy cordial, muy tranquilo; pero, para darle más dramatismo al tema, repuso mirándola:

—Ven. Preguntémosle a Damián.

En otro lado del salón, este último, Juan y Lucas hablaban con el abuelo Goyo cuando el anciano exclamó levantando el garrote:

—¡Copón bendito! ¡Que yo no fumo! ¡*Mecagoentoloquesemenea!*

Juan miró a Goyo, aquel hombre era indomable, y, sonriendo, murmuró:

—Abuelo, que nos conocemos.

El anciano, molesto porque no lo dejaran vivir como quería, levantó el bastón que llevaba en las manos y, calándose la boina, gruñó:

—¡¿A que te pego un garrotazo?!

Todos rieron por aquello, y entonces Juan, que conocía mejor que nadie a su abuelo, dijo:

—De acuerdo. Te creeré y tiraré a la basura este paquete de tabaco que curiosamente he encontrado tras la maceta de la entrada.

El abuelo Goyo miró el tabaco. «¡Qué penica!» Pero cabeceó con resignación y dijo:

—Juanito, *pos* harás *mu'* bien.

Juan suspiró y, sin decir más, se dio la vuelta junto a Damián, que sonreía, y ambos se encaminaron hacia la cocina. El tabaco iba a la basura.

Lucas, que no se había movido, una vez que se quedó a solas con el anciano, se sacó algo del bolsillo y, entregándoselo, dijo:

—Me ha dado tiempo a salvar éste.

El abuelo Goyo se apresuró a coger el paquete de tabaco que le entregaba, se lo guardó en el bolsillo del pantalón y, mirándolo con una sonrisa cómplice, susurró, antes de que Juan y Damián volvieran a su lado:

—Te *aisloviu*, hermoso.

Lucas sonrió y luego preguntó divertido:

—¿Aprendiendo idiomas, Goyo?

El anciano asintió y, antes de alejarse, afirmó:

—Yo *espikin ingliss*.

Después de que se marchara con su paquete de tabaco en el bolsillo, Damián y Juan regresaron, y este último preguntó, al ver a Lucas sonreír:

—¿Se lo has dado?

Él asintió, y Juan añadió:

—El paquete que he tirado estaba empapado por la lluvia de anoche y, ya que va a fumar, que se fume algo que esté en buenas condiciones.

Los tres policías sonrieron. Sin que el abuelo lo supiera, intentaban estar pendientes de él y de sus necesidades.

Eva y Noelia se acercaron entonces a ellos, y la primera preguntó:

—Oye, tesoro mío, ¿Mauro es de fiar?

—¡¿Tesoro mío?! ¡¿Tan gilipollitas estamos?! —se mofó Lucas.

Conteniendo las ganas que sentía de matarlo, y más después de lo que sabía, Eva se le acercó mucho para que sólo él lo oyera y le espetó:

—Eres un insensible, y sólo espero que algún día el karma te devuelva el dolor que ocasionas a los demás.

A Lucas le dolieron sus palabras. Sabía muy bien por qué se lo decía.

Entonces Eva se separó de él y dijo alto y claro, dirigiéndose a Damián:

—Cielo, te lo pregunto por Menchu. La otra noche, al salir del Croll, se fue con Mauro, y hoy he recibido un mensaje de ella diciéndome que se va a Los Ángeles por un tiempo indefinido.

Sorprendido por la noticia, Lucas miró a las chicas. ¿Que Menchu se iba? ¿Cómo que se iba?

Pero, al comprender lo que Eva quería dar a entender con la pregunta acerca de Mauro, clavó la mirada en su amigo y dijo, sintiendo que el cuerpo se le tensaba:

—Ese soplapollas no se habrá propasado con ella, ¿verdad?

Damián, al que todos miraban con gesto serio, se encogió de hombros y, sin dudarlo, sacó su teléfono, marcó el número de Mauro y, tras hablar con él, dijo:

—Al parecer, la acompañó hasta su casa y se despidió de ella en el portal. Nada más.

—¿Nada más? ¿Y qué más quería? —soltó Lucas, al que le hervía la sangre.

Todos lo miraron, y Eva, mordiéndose la lengua, respondió:

—¡Pues sexo! Algo muy sano que tú, al igual que Menchu y media humanidad, ¡practicar!

Lucas asintió y cerró la boca, al tiempo que por dentro bullía al saber que ella se había marchado. Pero ¿cómo podía haberlo hecho sin decirle nada?

Algo más tranquila, Noelia cogió su teléfono y, sin importarle que en España fuera la una del mediodía y en Los Ángeles las cuatro de la madrugada, llamó a Tomi y conectó el manos libres.

Un timbrazo...

Dos...

Tres...

Cuatro...

—¡¿Sí?!

La voz de dormido de Tomi la hizo sonreír mientras todos la miraban a la espera de alguna aclaración por la repentina marcha de Menchu. Noelia pidió silencio a los demás y lo saludó:

—Hola, cielo, siento despertarte a estas horas, pero...

Al reconocer su voz, Tomi se sentó en la cama de golpe, se quitó el antifaz dorado con el que dormía y, alarmado, preguntó a gritos:

—¡Por el amor de *my life*, ¿qué ocurre, *my queen*?! ¿Estás bien? ¿Juan? ¿Abril? ¿El abuelo Goyo? Oh, *my loveeeeeeeee*, ¿qué pasa..., qué pasa?

Consciente del susto que se estaba llevando en ese momento, Noelia lo tranquilizó diciéndole que todos estaban bien. Finalmente, cuando él dejó de gritar como un loco, preguntó:

—¿Hablaste con Menchu?

Tomi se levantó de la cama. Le indicó a su Peterman, que lo miraba, que todo estaba bien y, alejándose unos pasos, se puso su batita de seda beige y contestó:

—*Yes!*

Todos se miraron. Al menos, Tomi podría aclararles todo aquello, y Noelia preguntó:

—¿Y qué te dijo?

—¡Uoooo! Pero qué curiosona eres, Cuchita. ¿Acaso yo te pregunto si tu X-Man ha vuelto a comprarte otro juguetito sexual como la mariposita *pink* esa con la que lo pasáis tan bien?

Juan la miró boquiabierto. Pero ¿qué le contaba su mujer?

Noelia, al ver las sonrisas de todos excepto la de su marido, se disponía a replicar cuando Tomi, que no sabía que otros lo estaban escuchando, se colocó con glamur su cuidado pelo tras la oreja y explicó:

—Menchu me llamó. Me dijo que aterrizaría en el aeropuerto de Los Ángeles a cierta hora y que fuera a buscarla.

Todos asintieron. Al menos, Tomi estaba al tanto de su llegada. Entonces él bajó la voz y añadió, en tono lastimero:

—Viene por mí. Yo se lo pedí.

—¡¿Por ti?!... ¡¿Por qué?! —se interesó Noelia.

Tomi fue a la cocina, abrió la nevera y, mirando en su interior, sacó un plato con patatas con mahonesa. Lo dejó sobre la encimera, cogió un tenedor y, pinchando una, murmuró:

—Creo que Peterman tiene un amante, y siento que..., que me voy a morir.

Nada más decir eso, todos los presentes exclamaron sorprendidos:

—¡¿Quéeeeeeeeeee?!

Tomi dejó caer entonces el tenedor y exclamó en su habitual *spanglish*:

—Pero..., pero... ¡¿qué *scandal* es ése?! Cuchita..., ¿quién está escuchando

nuestra más que *private* conversación?

Noelia miró a su alrededor y los regañó con la mirada. ¿Por qué eran tan bocazas? Y, resoplando, dijo:

—Haced el favor de saludar a Tomi.

El primero en hacerlo fue su propio marido, que, avergonzado por haber sido pillado, dijo:

—Hola, Tomi, soy Juan.

Oír la voz de aquel hombre al que tanto quería y admiraba hizo sonreír a Tomi, que, ronroneando, susurró:

—Hola, guapísimo X-Man moreno y *divine* de mis sueños más húmedos y enrevesados. ¡Qué calladito estabas! Vaya..., vaya..., no conocía esa vena tuya de *curious*.

Juan resopló, y Noelia miró al siguiente, que saludó sin muchas ganas:

—¡¿Qué pasa, amigo?! Soy Lucas.

Tomi suspiró.

—*Oh, my God!* Mi Batman preferido. Hola, *my love*. Lo que daría yo ahora mismo por admirar con mis *eyes* adormilados tu *body* fibroso y apolíneo de *macho man* tentador y *dangerous*.

Lucas puso los ojos en blanco, no estaba para bromas; entonces Damián saludó:

—Tomi, soy Damián.

—Uisss..., pero si también está mi heteropetarda sonriente. Hola, cuquito lindo. Por lo que sé, tus deseos se han convertido en realidad y mi *queen* Eva ha vuelto a fijar sus bonitos *eyes* en ti. Veamos cuánto duráis sin mataros...

Divertida, Noelia sonrió, y en ese momento Eva saludó:

—Aquí está tu *queen* Eva.

Tomi soltó una risotada.

—¡So perrilla! Espero que estés disfrutando de tu reconciliación con el *Hombre de Harrelson*. ¡Ya me contarás si te satisface tanto como cierto dulce de *milk!*

—¡Vale! —afirmó Eva, ganándose una miradita seria de Damián.

Noelia iba a hablar entonces, pero Tomi la interrumpió.

—Mi *secret* a voces —musitó en plan lastimero, metiéndose una patata en la boca—. Vosotros tan estupendos y *happy*, y yo aquí, comiendo al más puro estilo

ballenil. ¡*Oh, my God*, qué vergüenza!

A partir de ese instante, todos intentaron animarlo. Ninguno creía que Peterman pudiera estar haciéndole algo así y, cuando la tranquilidad de Tomi estuvo tan repleta como su estómago de patatas con mahonesa, Noelia continuó:

—En cuanto a Menchu, dices que ella va porque tú la llamaste.

—Sí. Le dije que la necesitaba y *my baby*, sin dudarlo, viene a mí. ¡Es un amor!

Todos asintieron. Eso los dejaba más tranquilos. Sin embargo, Lucas seguía sorprendido. ¿Cómo no le había hablado ella de ese viaje?

Cuando Noelia colgó el teléfono, miró a los demás y anunció con una grata sonrisa:

—Asunto aclarado.

Todos sonrieron, excepto Lucas, que se quedó algo pensativo.

En ese momento, Manuel, el padre de Juan y de Eva, salió con Maite, su pareja, y la pequeña Abril de la cocina y exclamaron:

—¡Todos a comer! ¡Ya están las croquetas!

## Capítulo 28

Cuando Menchu llegó al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, recogió sus dos maletas, pasó el control de aduanas y se dirigió a la salida.

El viaje había sido largo y estaba agotada, pero, al abrirse las puertas y ver a Tomi esperándola con un ramo de rosas blancas, sonrió.

Lo miró divertida cuando él corrió hacia ella con los brazos abiertos al tiempo que gritaba:

—*My love...! My love...! My love!*

Tres segundos después, se fundieron en un cálido y amoroso abrazo que a ella le supo a gloria, hasta que se separaron y él dijo observándola:

—¡Qué pelos! Por cierto, tienes las puntas fatal. Llamaré a Chipens.

Al oírlo, Menchu se acordó de Eva y cuchicheó:

—No empecemos ya.

Tomi sonrió.

Tener a Menchu allí con él lo apasionaba; miró las maletas de aquélla y preguntó:

—¿*Only* éstas? —Ella asintió y él afirmó sorprendido—: ¡Por el amor de Diorrrrr, no me lo puedo creer! ¿Acaso *only* has traído el cepillo de dientes?

Menchu resopló. Adoraba a Tomi, pero...

—*OK, darling, OK!* No digo más.

Menchu se lo agradeció y, cuando comenzaron a caminar hacia el parking cogidos del brazo, él preguntó:

—¿Todo bien?

Menchu asintió, y Tomi cuchicheó:

—Mentirosaaaaaaaaaaaaa.





Menchu se horrorizó, pero, mientras observaba a su amigo, a quien ya le temblaba la barbilla, iba a decir algo cuando él se repuso en dos segundos y musitó:

—Pero lo hablaremos *tomorrow*, cuando él no esté, ¿de acuerdo, *queen*?

—Por supuesto.

De la mano, caminaron juntos por el pasillo hasta llegar frente a una puerta blanca que Tomi abrió. La habitación era preciosa, perfecta, glamurosa.

—Descansa, *my love* —dijo él, mirando a su amiga—. Mañana hablamos.

Menchu asintió y, tras un último beso de aquél en la mejilla, vio cómo él cerraba la puerta y ella se quedaba sola en la bonita estancia.

En cuanto deshizo las maletas y colocó sus pertenencias en el armario y en las cajoneras, abrió su bolso y sacó el móvil. Todavía lo tenía en modo avión. Una vez que hubo activado el teléfono, le entraron varios mensajes. Eva. Noelia. Lucas.

De inmediato, hizo el cálculo de la diferencia horaria.

Si en Los Ángeles era la una de la madrugada, en España eran las diez de la mañana, por lo que les hizo saber a sus amigas que estaba en casa de Tomi y que se iba a dormir. Dos segundos después, ellas le contestaron felices.

Después leyó el mensaje de Lucas:

¿Por qué no me dijiste que te ibas a Los Ángeles?

Pensó qué contestar.

Había tomado la decisión por un impulso y, consciente de que de una vez por todas su vida tenía que cambiar, respondió:

Entre tú y yo sobran las explicaciones.

Tan pronto como lo envió, como no quería leer ninguna contestación, apagó el móvil y lo guardó.

Después pasó por el baño, al que no le faltaba detalle, se desnudó, se metió en la cama, cerró los ojos y se durmió. Estaba agotada.

## Capítulo 29

Como cada día, Lucas practicaba deporte en el gimnasio de la base junto a sus compañeros. En su trabajo era primordial mantenerse en forma, y estaba abstraído pensando en Menchu mientras levantaba unas pesas cuando entró Juan, el inspector Morán, y llamó:

—Lucas, Damián, Emilio, Carlos, ¡vamos!

No hacía falta decir más, tenían trabajo, por lo que se vistieron a toda prisa y cogieron sus subfusiles MP5.

Veinte minutos después, unos helicópteros los recogieron a ellos y a otros grupos en la base, ya perfectamente equipados para llevar a cabo la misión, y cuando el aparato despegó Juan dijo:

—Sucursal bancaria en Madrid, con rehenes.

Todos asintieron y, durante el viaje, planearon el rescate.

En cuanto el helicóptero llegó a Madrid, varios de los hombres se descolgaron a través de unas cuerdas para aterrizar en el techo del edificio cuyo bajo alojaba la sucursal bancaria.

Con profesionalidad y determinación, Juan y dos de sus unidades llegaron a su destino y, una vez allí, se dirigieron hacia la escalera, mientras varios de sus compañeros se quedaban en los helicópteros y tomaban tierra no muy lejos.

En silencio, bajaron las siete plantas hasta llegar a una puerta que comunicaba la entidad bancaria con la escalera del edificio. Damián la abrió con habilidad y entraron con el máximo sigilo.

Juan, que era el jefe del operativo, rápidamente pudo ver desde su posición que se trataba de tres atracadores y unos doce rehenes.

Sin hablar, sólo con gestos de las manos, las unidades se comunicaron y se

posicionaron en lugares estratégicos, mientras Carlos, alejándose de ellos, informaba de la situación al exterior a través de un teléfono al exterior.

Dentro de la sucursal, una madre asustada abrazaba a sus dos bebés, que no paraban de llorar, hecho que estaba desesperando a uno de los atracadores. Sin compasión, el tipo la apuntaba con el arma, exigiéndole que hiciera callar a los niños, pero la mujer era incapaz de conseguirlo. Los bebés eran demasiado pequeños. Apenas tenían meses, y lloraban más y más a cada segundo mientras la madre decía:

—Tienen..., tienen hambre. ¿Puedo..., puedo darles el biberón?

En cuanto la mujer se dispuso a tocar la bolsa que llevaba colgada del cochecito, el atracador la empujó y siseó:

—Si sacas algo de ahí, te vuelo la cabeza y después la de tus jodidos hijos.

Aterrada, la mujer se quedó temblando paralizada.

Lucas observaba oculto la escena junto a Juan y, al ver cómo el atracador apuntaba a las cabezas de los pequeños con su arma, susurró:

—Ese tío la puede liar.

—Joder.

—Está demasiado nervioso —insistió Lucas.

—Por sus movimientos parece que está colocado —afirmó Juan, mirándolo con atención.

Damián se movió nervioso. La última vez que un tipo colocado se había cruzado en su camino, un civil murió. Pero, cuando iba a decir algo, Juan susurró a través de los intercomunicadores:

—Recordad: seguridad y efectividad.

Lucas y Damián se miraron en el momento en que se oyó:

—Tiradores, en posición.

La vida de aquella mujer y la de sus hijos estaba seriamente en peligro. Tras valorar la situación, Juan hizo varios movimientos con las manos que sus hombres entendieron a la perfección.

Los minutos pasaban.

A cada segundo, la situación era más angustiante para la mujer, y cuando aquel tipo puso el cañón de la pistola en la cabecita de uno de los pequeños, Juan supo que no debían esperar más y, tras una señal, sonaron varios disparos secos que desarmaron a los atracadores. Sin darles tiempo a reaccionar, varios de los

hombres se abalanzaron sobre ellos y, en menos de treinta segundos, los tenían controlados y reducidos.

—Despejado —repitieron uno tras otro.

El nerviosismo hizo que los rehenes chillaran y se asustaran todavía más. Lucas y Juan se acercaron hasta la pobre mujer, que era un manojito de nervios, y entonces ésta se desmoronó y el inspector, sentándola antes de que cayera redonda en el suelo, la calmó:

—Tranquila, señora. Todo ha acabado.

La mujer, muy pálida, temblaba. Apenas si podía articular palabra cuando Lucas, asiendo al bebé llorón que había desquiciado al atracador, lo cogió entre sus brazos, lo miró a través del pasamontañas negro que llevaba y murmuró, al ver que era una niña:

—Vamos, preciosa. Ya está..., ya está.

Con la situación controlada y divertido, Juan le puso el chupete al otro bebé, que milagrosamente había dejado de llorar, miró a su compañero y afirmó:

—¡Como niñera no tienes precio!

Ambos sonrieron. Lo cierto era que a Lucas le encantaban los niños.

En ese instante, uno de los médicos de urgencias llegó hasta ellos para atender a la mujer.

Sin moverse de su lado, Juan y Lucas observaban cómo sus hombres sacaban a los atracadores de la sucursal, mientras ellos se ocupaban de los pequeños.

—Aún recuerdo cómo Abril se dormía entre mis brazos cuando era pequeña —comentó Lucas.

Su amigo asintió. Su hija, la niña de sus ojos, desde bien pequeña en cuanto se acurrucaba en los brazos de Lucas, caía rendida por completo.

—No hay duda de que tienes mano para los niños —afirmó.

Lucas sonrió y, guiñándole el ojo, bromeó:

—Si puedo elegir, elijo tener mano con las mujeres..., eso sí, ¡solteras!

Juan sonrió bajo el pasamontañas. En ocasiones, Lucas le recordaba a él en el pasado.

Otro médico se acercó a ellos, y Lucas le entregó el bebé y su amigo lo apremió:

—Vamos, tenemos que irnos.

Nada más salir de la sucursal bancaria, Damián y Carlos los esperaban junto

a uno de los furgones que los llevarían de vuelta a la base. Ya no había prisa y no regresarían en helicóptero.

Después de que Juan informase por radio a sus superiores de lo ocurrido y de que éstos les trasladasen sus felicitaciones, los cuatro montaron en el furgón y se marcharon de allí. Su trabajo había acabado.

Dos horas más tarde, cuando salía de la ducha, Lucas se dirigió hacia su taquilla a buscar una camiseta limpia. Al cogerla, miró su móvil y se quedó algo sorprendido al ver el mensaje de Menchu:

Entre tú y yo sobran las explicaciones.

El cuerpo se le quebró y lo fulminó un extraño sentimiento de soledad.

Pero ¿qué le ocurría?

Sin entender el estado de inquietud permanente en el que se encontraba desde su discusión con ella, maldijo y decidió dejar el teléfono móvil donde estaba. Luego se vistió y, cabreado, regresó junto a sus compañeros.

## Capítulo 30

Cuando Menchu se despertó, la sensación que tenía era de haber dormido una barbaridad.

Miró enseguida el reloj que había sobre la mesilla y, al ver que eran las nueve y veinte de la mañana, suspiró. Tampoco había dormido tanto.

Durante un rato estuvo mirando al techo. Estaba en Los Ángeles, a miles de kilómetros de Lucas, y de pronto se horrorizó.

Pero ¿qué había hecho?

¿Podría estar más de una semana sin verlo?

Estaba pensando en ello cuando recibió una llamada de un amigo llamado Jens, al que había conocido en su último viaje a Los Ángeles. Encantada, Menchu le contó que estaría allí un tiempo, y quedaron en verse. Salir con Jens por la ciudad siempre era divertido.

Una vez que hubo terminado la conversación, vio que tenía varios wasaps de Lucas y, suspirando, los leyó:

¿Por qué no me contestas?

Necesito hablar contigo.

Menchu, llámame.

Haciendo un gran esfuerzo, no le contestó ni tampoco lo llamó. Necesitaba desengancharse de él, y, dejando el teléfono a un lado, salió de la cama y se fue directa al baño, donde se dio una ducha que le sentó de maravilla.

Cuando, minutos después, salió de su cuarto para dirigirse al salón, oyó al

pasar por delante de una habitación:

—¡Desastritooooooooooooo!

Con una sonrisa, se detuvo, entró en la estancia y, al ver a Tomi caminando sobre una cinta de correr, preguntó:

—¿Desde cuándo eres tan deportista?

Su amigo, vestido para la ocasión con un conjunto fosforito de mallas verdes y una camiseta de tirantes naranja, respondió:

—Desde que me como todo lo que pillo..., ¡qué ansiedad tengo!

Menchu sonrió. Tomi era un exagerado. Pero, cuando iba a acercarse a él, un tiarrón de dos metros por dos, musculado y guapo a rabiar, se colocó a su lado y dijo en inglés:

—Aún le quedan dieciséis minutos de cinta. No puede parar.

Menchu asintió boquiabierto y, mirando a Tomi, éste le aclaró:

—Es Brandon McQueen, mi *personal trainer*. Increíble, ¿verdad?

El entrenador miró a Menchu, y ella, sonriendo, le dio la mano e indicó en su perfecto inglés:

—Encantada. Soy María, una amiga de España.

—*Oh, my God!* —Tomi rio—. ¿Te has cambiado el nombre? ¿Ya no eres Menchu?

La joven asintió y, segura de lo que iba a decir, afirmó:

—Mi nombre real es María del Carmen, ya lo sabes. Pero todos me habéis llamado siempre Menchu. Tú te llamas Tomaso y todos te llamamos Tomi. Pues bien, he decidido que a partir de ahora todo el que entre en mi vida ha de llamarme María. ¿Algún problema?

Sudoroso, él la miró y, sonriendo, canturreó:

—*Maria... I just met a girl named Mariaaaaa...*

Menchu sonrió. Reconocía aquella canción de la película *West Side Story*, y cuando iba a decir algo, Tomi añadió:

—*I love* el nombre de María.

Brandon, que no había entendido ni una palabra de lo que decían en español, tras saludar a la tal María regresó a la mesita de la que se había levantado, momento en el que la joven se acercó un poco más a su acalorado amigo, que continuaba sobre la cinta, y, bajando la voz, le preguntó:

—Y este tío tan estupendo ¿de dónde lo has sacado?



Él sonrió y cuchicheó:

—Es el *personal trainer* de Bradley, Scarlett, Leonardo y Brad. Y, si ellos están tan *divine*, ¡yo no quiero ser menos! —Menchu asintió boquiabierta cuando éste añadió—: Y, ahora que me fijo..., creo que tampoco te vendría mal a ti.

Menchu lo miró quitándose las gafas. ¡Ni loca!

El deporte y ella nunca habían sido buenos amigos; se tocó la barriguita, sonrió e indicó, saliendo de la estancia:

—Adiós, *my love*. Te espero desayunando en la cocina unas ricas tostaditas con mantequilla y mermelada.

Tomi, al que llevaban rugiéndole las tripas desde hacía horas, siseó:

—¡Será perra!

\* \* \*

Media hora después, cuando Menchu ya iba por el segundo café, Tomi y Brandon entraron en la cocina.

—Hoy tienes que tomar queso fresco, pavo, una barrita integral y un café con leche desnatada y sacarina —señaló el entrenador.

—¡Me muero por comerlo! —aplaudió Tomi, abriendo el frigorífico.

Brandon, con su bolsa de deporte colgada del hombro, miró a Menchu y se marchó. Y, en cuanto cerró la puerta, Tomi chilló:

—*I need* dos tostadas con mermelada y mantequilla ¡ya! o me volveré ¡*crazy!*

Divertida, Menchu, que tenía la tostadora a su lado, metió las dos rebanadas de pan mientras él sacaba del frigorífico la mermelada y la mantequilla, y cuando se sentó junto a ella, dijo:

—Lo sé. Esto no es lo que el *divine* Brandon me ha dicho, pero lo necesito.

Su amiga no dijo nada. Si alguien llevaba fatal los regímenes, ésa era ella.

Cuando Tomi terminó de prepararse las tostadas, tras dar el primer bocado, los ojos le hicieron chiribitas, y murmuró, abriendo un cajón, de donde sacó una caja rosa:

—Estoy enganchado a todo lo que engorda. ¡No puedo vivir sin engullir! Amo los dónuts..., los amo..., los amo...

Divertida, Menchu observó aquella caja con donuts de colores y no dijo nada.

—¿Has hablado ya con tu amigo Jens? —le preguntó Tomi.

—Sí —afirmó Menchu—. He quedado en llamarlo para vernos.

—¡Qué majo es ese chico! Por cierto, coincidí con él en una *party* hace poco, ¿te lo dijo?

—Sí.

—Pues el día que quedes con él, dímelo, y si a Peter le viene bien, nos tomamos algo juntos.

—OK —asintió la joven.

Un buen rato más tarde, después de que Tomi se hubo metido en el cuerpo dos tostadas con mantequilla y mermelada, dos donuts, un zumo de piña y un par de cafés, se sentaron en el jardín y estuvieron divirtiéndose con las perritas de aquél, que eran todas una monería. Menchu cogió a *Greta* y le preguntó:

—¿Tú no querías una pomerania toy blanca?

Tomi asintió y, tras suspirar, cuchicheó:

—Sí, pero Peter no quiere más hijos. Dice que con cuatro loquitas ya vamos sobrados y, aunque me cueste reconocerlo, sé que tiene razón.

Se divertían al charlar de las perritas cuando él, soltando a la que tenía en las manos, murmuró con gesto dramático:

—¡Me siento fatal!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre ahora?

Tomi se llevó la mano al cuello, miró a su amiga y susurró:

—He desayunado como si no hubiera un *tomorrow*.

Menchu iba a decir algo cuando él añadió:

—¡No tengo remedio! Soy un *drogodónuts*. Pero ¡si hasta los escondo!

La joven suspiró. Tomi era Tomi. Entonces éste anunció, cambiando de tema:

—Ya he reservado para cenar en el local donde trabaja el adonis ese con el que creo que me la está pegando mi Peterman. La reserva es para dentro de unos días.

—¡¿Qué?!

—¡Ay, *my love*! Si ves que cojo un tenedor y se lo voy a clavar, ¡párame! No quiero acabar vistiendo de naranja, ¡qué *horreur*! Me sienta fatal ese color.

Menchu preguntó sin dar crédito:

—¿Y por qué reservas allí si trabaja ese tipo? ¿Acaso eres masoquista?

—Lo soy, mi *queen*. Pero si he reservado es para que me digas si ves las miraditas cómplices que yo veo entre los dos o soy yo, ¡que estoy *crazy*!

Menchu asintió. Desde luego, no le había tocado un buen papel. Adoraba a Tomi y también a Peter. Ambos siempre eran maravillosos y cariñosos con ella, por lo que, tranquilizando a su amigo, indicó:

—Prometo contarte lo que vea.

—*Thanks!*

A continuación, se hizo un silencio incómodo entre ambos, hasta que Tomi explicó:

—He hablado con Eva...

—Buenooooo...

—Y, antes de que continúes, he de decirte: ¿de verdad, *my love*, pensaste que me creería que ya no te revolcabas con el Mariliendre?

Menchu asintió. Había llegado el momento de hablar de ello y, tomando aire, farfulló:

—Tomi, lo intenté. Intenté alejarme de él, pero, cuanto más lo intentaba, más complicado era todo y... y, bueno..., él...

—*Stop!* Vayamos por partes. Eva me lo ha contado, pero *I need* que seas tú quien lo haga. ¿Qué intentaste?

—Él sigue siendo como es... —reconoció Menchu, quitándose las gafas—, ya sabes...

—Un X-Men *pretty, sexy* y tentador —afirmó Tomi.

—Exacto. Y uno de los días, tras verlo con una chica guapísima, no pude más y, enfadada, le señalé que a partir de ese instante se habían acabado ciertas licencias entre nosotros y sólo seríamos amigos.

—¡¿Sólo?! Eso no te lo crees tú ni *crazy*.

Menchu asintió. Su amigo tenía razón.

—Pero volvimos a encontrarnos —prosiguió—. La rueda de mi coche se pinchó, discutimos, nos miramos, nos besamos, y él se ofreció a cambiarme la maldita rueda.

—¡Uoooooo! *Tell me... Tell me...* ¡Qué morbo imaginar al Mariliendre sudoroso y con grasita por el *body*!

Ella rio.

—Luego me invitó a comer, y yo acepté. Después dimos un paseo, hablamos, nos sinceramos y, bueno, pues ocurrió..., ¡eso!

—¿Te looo...?

Menchu asintió.

—Al aire libre, en las ruinas de un viejo castillo.

—¡Qué *marvellous!* *Tell me... Tell me...*

Pero, no dispuesta a contar cómo había sido aquel momento, Menchu dijo mirándolo:

—Y también le hice una proposición indecente.

Tomi se llevó la mano al cuello en un gesto teatral. ¿Quién era aquella y dónde estaba su Menchu? Y canturreó:

—«La gata quiere gatooooo...»

Ambos rieron, y él insistió:

—¿Proposición como la de la película?

Al recordar a qué película se refería, ella sonrió, y él, encantado con la historia, la animó a seguir.

—*Oh, my God!* ¿Qué proposición le hiciste, so perrilla?

Menchu suspiró.

—Sexo puro y duro —contestó—. Yo sería María...

—¡Uoooo, *María...*! Qué lanzada te noto.

—Y él sería Khal Drogo y...

—¿Khal Drogo?!

—Sí.

—¡Por el amor de Diorrr..., mira la *Khaleesi!*

Menchu sonrió. Era inevitable oír esa respuesta. Tras hacer varios aspavientos, Tomi murmuró:

—¡Khal Drogo! ¿Y aceptó?

—Sí.

—*Oh, my Goddddddddddddddddddd!* —gritó él—. *Oh-my-God!*

Incapaz de no sonreír ante los gestos y los comentarios de su amigo, Menchu continuó:

—Y desde entonces nos vemos en un hotel, donde pasamos horas practicando sexo sin límites de las formas más placenteras, morbosas e

increíbles. Y ahora no sé si voy a poder estar sin verlo siquiera tres días.

Tomi se abanicó con la mano. Imaginar al fibroso y sexy de Lucas, con todo su potencial, practicando ciertas cosas lo acaloró, ¡lo abrasó! Y, cogiendo la jarra de agua que había sobre la mesa, se la tiró por encima.

—¿Qué haces? —exclamó Menchu sorprendida.

Limpiándose el agua que resbalaba por su rostro, Tomi murmuró:

—Me abraso... ¡Qué *scandal!*

Menchu soltó una carcajada, y él comentó:

—Lucas y Khal Drogo en un solo *man...*, ¿puede haber algo más morboso?

Ella negó con la cabeza y, tras darle a su amigo una servilleta para que se secara el rostro, prosiguió:

—El caso es que todo parecía ir bien, pues creía que había conseguido separar la amistad del sexo, pero entonces tuve que viajar a Málaga por trabajo y él se presentó allí...

—¿Qué me dicessssss?

—Lo que oyes.

—¿Mi Batman te buscó?

—Sí.

Satisfecho al oír aquello, pues siempre había visto que entre aquellos dos había algo muy, pero que muy especial, Tomi canturreó de nuevo:

—«El gato quiere gataaaaaaaa...»

—Se presentó en mi hotel —continuó ella—, dispuesto a pasar la noche conmigo para, al día siguiente, llevarme a una playa nudista.

—Creo..., creo que necesito más *water* fría, ¡congelada! —musitó Tomi sorprendido.

Menchu lo sujetó, no quería que se moviera, y como necesitaba continuar con la historia, dijo:

—Pasamos una ardiente noche juntos y al día siguiente fuimos a la playa nudista y..., tras pasar un estupendo día, cuando pensábamos regresar a Sigüenza, él recibió una llamada de su hermana diciéndole que su madre estaba en el hospital, por lo que montamos en su moto y nos fuimos a Cádiz para visitarla.

—No sabía nada. ¿Está bien su *mother*? —preguntó él preocupado.

—Sí, tranquilo. Fue sólo un susto, Sonsoles está perfecta.

—Menos mal. —Suspiró aliviado.

—De pronto —contó Menchu, levantando las manos—, me vi engullida por una familia cariñosa, escandalosa y divertida —evitó hablar más de ella—, y por un Lucas atento, caballeroso, cariñoso las veinticuatro horas del día, que nada tiene que ver con el que vive en Sigüenza, y te juro, Tomi, que mi corazón no pudo soportarlo.

—*Oh-my-God!*

—Y yo me dejé querer —farfulló Menchu—. Simplemente disfruté del momento, pero cuando regresamos a Sigüenza, la asquerosa realidad me arrancó el alma al ver que esa misma noche él ya estaba con otra mujer.

—Ay, mi *Khaleesi*... ¡Cuánto lo *sorry!*

—Lo habría matado —siseó malhumorada.

—Normal. ¡Es *pa'* matarlo!

Menchu asintió. Le dolía recordarlo, y muy segura murmuró:

—Tengo que cambiar. No puedo seguir viviendo así. Hablé con Lucas mientras estuvimos en Cádiz, y él mismo me dijo que tenía que olvidarme de él porque nunca sería bueno para mí. Y... y tiene razón. ¡No puedo continuar siendo tan tonta! No puedo caer en sus brazos cada vez que él me mire o me sonría. Me manda mensajes que me niego a contestar y... y... Estoy rota y necesito reconstruirme. Se lo prometí a mamá Clara. Se lo firmé. Y he de hacerlo.

—*Of course!*

—Y luego Eva lo descubrió todo y, bueno..., imagino lo que has hablado con ella y ya sabes lo que quiere que haga.

—*Yes!* Una locura —cuchicheó aquél—. Aunque reconozco que nada me gustaría más que hacerle ver a ese Atila con cara de peligro que te sobran los hombres.

—Tampoco te pases.

Tomi sonrió y, bajando la voz, continuó:

—*My love*, si jugamos, jugamos bien, y yo tengo muchas armas para jugar porque conozco a muchos *pretty men*. Adoro a Lucas, ¡lo amo!, pero disfrutaré viendo su cara cuando te vea despampanante y en compañía de otros hombres.

Menchu se acaloró. Negó con la cabeza. En lo último que pensaba era en salir con otros.

Tomi cogió entonces la jarra, en la que aún quedaba agua, y, sin más, la vació

sobre ella.

Sorprendida y empapada, ella lo miró, y él declaró, dejando la jarra sobre la mesa:

—¡Se acabó! Y espero que esta agua aclare tus dudas.

Menchu no dijo nada. Sólo lo miraba con el agua chorreándole por la cara, hasta que él le agarró las manos y susurró:

—Te *I love you*, y sólo espero que algún día encuentres a ese alguien especial que te abrace tan fuerte que consiga unir de nuevo esas partes rotas que hay en ti.

La joven suspiró y, necesitada de respuestas, preguntó:

—Y mientras tanto ¿qué hago? ¿Qué hago si sigue enviándome mensajes? ¿Qué hago si no me lo quito de la cabeza aunque lo intente?

Compadecido, Tomi no supo qué decirle y, como necesitaba tiempo para pensar, hizo que ella se levantara y, cogiéndola de la mano, afirmó:

—De momento, te vas a quedar aquí con Peter y conmigo, no vas a contestar a esos mensajes y lo vas a pasar fenomenal ¡porque te voy a presentar a muchos *men* estupendos!

—Ésa es otra..., no quiero molestaros.

—Ah, no..., tú no molestas. Es más, eres una invitada *divine* para Peter y para mí, y deseamos que te quedes todo el tiempo que quieras.

Menchu suspiró entristecida, pero él, tocándole su descontrolado cabello, indicó:

—Y, *my love*, para empezar, vamos a visitar a mi peluquero Chipens para que te corte esas puntas. ¡Y no acepto un no por respuesta!

## Capítulo 31

Menchu no estaba acostumbrada a que la trataran como una reina. Y Tomi, que era consciente de ello, se encargó de hacerla sentir bien en todos los sentidos, escuchándola, apoyándola y animándola, algo que ella agradeció.

En esos días le presentó a varios amigos, como él decía, guapos, estilosos y, por supuesto, con dinero, aunque a Menchu no la impresionaban. Sin embargo, dispuesta a pasarlo bien, salía con ellos y la verdad era que se divertía, pero cada vez que recibía un wasap de Lucas preocupándose por ella, el corazón se le paraba.

¿Por qué no la dejaba en paz?

¿Por qué no se daba cuenta de que no quería saber nada de él?

Pasear por Rodeo Drive se convirtió en un ejercicio diario en el cual saludaban a los amigos de Tomi y la joven sentía que el aire nuevo le sentaba bien. Eso era lo que necesitaba, olvidarse de todo y disfrutar.

¡Se lo merecía!

Pasó el tiempo y llegó el día en que Tomi tenía aquella complicada reserva para cenar en el sitio donde supuestamente trabajaba el hombre que le estaba robando el amor de su Peterman.

Esa noche, cuando llegaron al restaurante, Tomi y Menchu se sentaron a esperar a Peter. Él, con todo el glamur que era posible, miró a su alrededor y, al localizar a cierta persona, dijo, acercándose a su amiga:

—Mira el *boy divine* de tu derecha.

Menchu lo hizo enseguida.

A pocos pasos de ella, un joven de unos treinta años, alto, moreno y con unos ojos increíblemente atractivos, atendía una mesa. El tipo, como poco, era de



admirar, y Tomi cuchicheó:

—Ése es Harry Goodman. ¿Entiendes ahora el motivo de mi *crazy* ansiedad? Ella asintió. Lo entendía mejor de lo que él podía imaginar.

En ese instante llegó Peter, que besó a Tomi en los labios y a ella en las mejillas y dijo con una sonrisa:

—¿Qué tal si pedimos ya?

Con gusto, los tres leyeron sus cartas, y a los pocos minutos Harry se acercó a su mesa y los saludó con una espectacular sonrisa.

Una vez que hubo tomado la comanda de las bebidas y se marchó, Peter preguntó, mirando a Tomi:

—¿Qué tal vuestro día?

Él, con su desparpajo habitual, le contó enseguida lo que habían hecho, y Peter le prestó toda su atención sin mirar en ningún momento a aquel tipo.

Estaban hablando cuando otro camarero se aproximó para tomarles nota de la cena y, en cuanto se retiró, Peter comentó, dirigiéndose a Menchu:

—Por cierto, hoy he hablado de ti con una amiga.

—Espero que le hablaras bien —bromeó ella.

—¿Qué amiga? —quiso saber Tomi.

Peter le sonrió a la joven y luego miró a su chico y aclaró:

—Miranda Withman.

Tomi, que sabía de quién se trataba, sonrió y preguntó:

—¿Y qué tienes tú que hablar con Miranda de mi *queen*?

Todos rieron y Peter indicó:

—Me preguntó quién me había diseñado la página web y le conté que precisamente esa persona estaba alojada en casa en estos momentos, y quiere conocerte.

Tomi sonrió. Que Miranda quisiera conocer a Menchu podía ser una estupenda oportunidad para su trabajo, y le dijo:

—Uoooo, *my love*. Miranda es una de las directivas más potentes de Cadillac.

—¿Cadillac? ¿Los coches? —preguntó Menchu.

—Pues claro, *queen*. Los coches de superlujo.

Ella miró a Peter sorprendida.

—Te llamará mañana —señaló él—. Al parecer, Cadillac desea actualizar su

página web a nivel mundial y no quieren a la misma empresa de siempre porque buscan un enfoque distinto. Algo más actual e innovador.

Menchu asintió asombrada, y Tomi cuchicheó:

—Baño de color en el pelo y ¡Cadillac! Un buen comienzo, ¿no crees?

Estaba sonriéndole a su amigo cuando con el rabillo del ojo se percató de que Peter hacía un extraño movimiento con la cabeza cada vez que Harry pasaba por delante de él. A continuación, dejó la servilleta sobre la mesa y dijo:

—Disculpadme un segundo. He de ir al baño.

Tomi, que no se había dado cuenta de nada, continuó hablando sobre los maravillosos coches de aquella marca. Al poco, dos hombres se acercaron a su mesa y Tomi se apresuró a saludarlos. Eran Mike y Red, unos amigos suyos. Cuando se los hubo presentado a Menchu, a la que ahora daba a conocer como María, se enzarzó en una loca conversación con ellos sobre locales de ambiente; en ese momento ella se levantó y, tras hacerle una seña a su amigo, se dirigió a los aseos.

Cuando entró en la antesala de los mismos, se quedó parada.

¿De verdad Peter se la estaba pegando a Tomi en los baños del restaurante con el tal Harry?

Indignada, esperó unos segundos y, al oír unas risitas que provenían del interior del aseo, algo en su interior se removió y, con toda su mala leche, abrió la puerta y, al ver a aquellos dos muy juntitos y sonrientes al fondo, exclamó:

—¡Qué vergüenza, Peter! Tomi enamorado de ti, y tú aquí, metiéndote mano con ese... ese... chico.

—Menchu... —murmuró él.

—¡Ni Menchu... ni Mencha! —siseó, sin levantar en exceso la voz para no ser oída fuera—. ¡Gilipollas! ¿Por qué la mayoría de los tíos tenéis que tener ese puñetero gen infiel?

—Creo que...

—¿Crees? —replicó ella—. Lo que yo creo es que te voy a romper las manos para que nunca más puedas tocar el piano y después te...

—¡Menchu! Por el amor de Dios —gritó él horrorizado.

La joven se retiró el pelo de la cara y, acercándose a ellos en actitud intimidatoria, espetó:

—No te pateo el trasero ahora mismo porque sé que Tomi no me lo

perdonaría, pero, si por mí fuera, sin duda los dos os llevaríais vuestro merecido.

Peter y Harry dieron un paso atrás.

Aquella española, con su agresividad, no les hacía la más mínima gracia.

—¡Qué pena, Peter! —continuó ella—. Te creía diferente. Te creía un hombre íntegro, decente, enamorado, y no un picaflor que va de capullo en capullo demandando algo que seguro que Tomi te da en tu casa con holgura.

Ellos se miraron estupefactos, y cuando Peter iba a decir algo, Menchu gruñó, señalándolo con el dedo:

—Que sepas, o mejor, que sepáis los dos, que Tomi no es tonto y se ha dado cuenta de vuestro juegucito.

—¿Qué?! —preguntó Peter.

—Lo que oyes. El hombre que está ahí fuera esperándote sufre, y sufre por ti, ¡capullo!

Bloqueado, Peter no sabía qué decir, y cuando ella iba a dar media vuelta para salir de allí, sin tiempo que perder, le arrancó a Harry el móvil que éste tenía en la mano y dijo, sujetándola del brazo:

—No sé de qué hablas y, por supuesto, Tomi no me ha dicho nada. Pero te informo de que si estoy aquí con Harry escondido en el baño, es por el regalo de cumpleaños de Tomi.

Ella lo miró desconcertada y él añadió, mostrándole el teléfono:

—Harry y su marido, Dan, están pensando tener una camada de pomerania toy. Casualmente, tienen un macho y una hembra blancos, y como Tomi siempre ha querido uno, yo...

Menchu miró la pantalla del teléfono, en la que se veía a dos pomerania blancos.

—Entonces ¿no estás liado con Harry? —susurró.

Peter negó con la cabeza.

—Pues claro que no, pero ¿por quién me tomas? ¡Yo adoro y amo a Tomi!

Menchu quería morirse, y Harry, recuperando su teléfono, indicó:

—Disculpe, señorita, pero yo estoy felizmente casado con mi marido.

Horrorizada por su metedura de pata, ella susurró:

—Por favor, perdonadme. ¡Qué vergüenzaaaaaaa!

Peter sonrió. Le gustaba que su chico tuviera una amiga que diera así la cara por él; la abrazó y dijo:

—Gracias por querer a Tomi como lo quieres. Y, antes de que añadas nada más, te diré que desde que estoy con él he aprendido a jugar al ajedrez para evitar que un mal movimiento me haga perder a mi reina. Él, y su locura, es lo único importante para mí.

—Ohhhh, qué bonitoooooooooo —murmuró Harry emocionado.

Tres minutos después, Peter regresó junto a Tomi, que seguía charlando muy animado con sus amigos. Cuando volvió Menchu, la miró y le preguntó con disimulo:

—Pero ¿dónde te habías metido?

La joven sonrió. El secreto del cachorrito estaba a salvo con ella e, inventándose algo, dijo:

—He ido a investigar a Peter, pero puedes estar tranquilo: el tal Harry ¡está con otro! Sus miraditas tienen un porqué que nada tiene que ver con lo sexual y que pronto tú mismo descubrirás.

—¿Y no me lo puedes decir tú?

—No, y fíate de mí, ¿vale? —Él asintió, y ella zanjó—: Así que deja de pensar cosas raras, porque tu chico..., sólo tiene ojos para ti.

A Tomi le tembló la barbilla.

Sus sospechas no eran ciertas, y suspiró emocionado; Menchu, con una preciosa sonrisa, se tocó el cabello y dijo:

—¿Sabes que estoy pensando en darme unas mechitas claras?

Tomi sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, volvió a sentirse la reina del lugar.

## Capítulo 32

Una semana después, en España, la unidad de Juan regresaba de una misión en Alcalá de Henares en dos furgones. En el primero iban gran parte de la unidad, y en el segundo, un conductor junto con Carlos, Damián, Lucas y Juan.

El trabajo de aquel día había sido largo y en cierto modo complicado. Un hombre de mediana edad, armado, se había atrincherado en su antiguo domicilio reteniendo a su exmujer y a la madre de ésta, y gritaba que las iba a matar.

Juan y sus hombres, una vez que estudiaron el operativo, se colocaron rápidamente dispuestos a entrar en acción en cuanto les dieran vía libre. Un negociador estaba hablando con el hombre armado intentando convencerlo de que liberara a las rehenes y se entregara.

Durante seis horas, todos se mantuvieron en tensión, pero al final ni Juan ni su equipo tuvieron que actuar, porque el tipo en cuestión, tras ciertos momentos difíciles, decidió dejar salir a su exmujer y a su madre de la casa y después se entregó.

—Por un momento creí que ese tipo iba a complicarlo todo —comentó Lucas.

Juan miró a su amigo y asintió.

—Yo también lo pensé. Ese hombre estaba fuera de sí.

Estaban comentando aquello cuando Carlos, dándoles un codazo, les señaló a Damián, que hablaba por teléfono a su lado mirando al suelo. Divertidos, todos callaron y lo escucharon.

—Yo más a ti..., no..., no, yo más, tesoro...

Todos se miraron y sonrieron, y aquél continuó:

—Que sí, cielito..., que sí, quédate en mi casa. No te preocupes por nada, que

estoy bien... Uoooo..., el rojo con encaje negro. —Y, bajando la voz un poco más, aseguró—: ¡Me encanta cómo te queda! No te lo quites, preciosa... Sí. Salgo a las ocho de la mañana... Vale..., iré raudo. Y, oye, cariño..., estoy deseando verte.

Juan, divertido, miró hacia otro lado mientras Lucas y Carlos estallaban en carcajadas.

Damián estaba perdidamente atontado con Eva, y cuando éste se guardó el teléfono en el bolsillo, Lucas se mofó con cierta acidez:

—¿Rojo con encaje negro?

—¡Que te den! —replicó Damián.

—Sin duda..., te...

—¡Lucas! —protestó Juan, cortándolo.

Percatándose de que habían estado pendientes de su conversación, Damián gruñó:

—Sois una pandilla de porteras cotillonas.

Los tres rieron, y luego Juan le soltó:

—¿Qué tal si dejas de hablar con mi hermana en horas de trabajo o, en su defecto, eres más discreto en tus conversaciones?

Lucas se tocó la barba y comentó:

—Estar con Eva te está apollardando.

Damián, que no aguantaba un segundo más, le soltó un rechazazo en la cara y siseó:

—Si vuelves a mencionar su nombre junto con términos que me molesten, te juro que lo vas a lamentar.

Lucas frunció el ceño tocándose el rostro.

Pero ¿qué le ocurría a Damián?

Y, furioso por aquello, gruñó, encarándose con él:

—¿Quieres pelea, gilipollas?!

Carlos y Juan estaban sorprendidos. Lucas y Damián eran muy amigos y aquello los tenía descolocados; entonces este último, molesto, le soltó:

—No sé qué te pasa, pero estás insoportable.

Lucas no contestó, y él, mirando a su amigos, protestó:

—Técnicamente sois mis superiores, ¿verdad?

—Tú lo has dicho —afirmó Carlos.

Damián asintió y añadió:

—Pero en este momento en que los tres os habéis metido en mi vida, si os digo algo, ¿será como subordinado o como amigo?

—Como amigo, por supuesto —afirmó Lucas con seriedad.

Damián, al oírlo y ver que los demás asentían, añadió sin dudarle:

—Muy bien, os hablaré como amigos —y, clavando la mirada en Carlos, prosiguió—: Llevo soportando tus tonterías con tu churri desde hace años, e incluso te he acompañado a comprarle tulipanes amarillos o bombones de chocolate con leche porque a ella le gustan; ¿es cierto o no?

Todos miraron a Carlos, que asintió.

—Sí. Tienes razón.

—En cuanto a ti —prosiguió Damián, mirando a Lucas—, he sido el paño de lágrimas de muchas mujeres a las que has decidido no volver a ver, y te recuerdo que soy el amigo que en muchas ocasiones te las presenta y que te oye llamarlas *preciosa...*, *encanto...*, *bombón*, etcétera, etcétera, con la finalidad de conseguir lo que desees; ¿es cierto o no?

—Sí —afirmó Lucas.

Damián asintió y terminó, dirigiéndose a Juan:

—Y en cuanto a ti, desde que tu maravillosa mujer entró en tu vida, he tenido que soportar tus enfados con ella, vuestras reconciliaciones, tus bajones cuando se va de viaje, tus cabreos con la prensa y tus palabras cariñosas y en ocasiones escandalosas cuando hablas con ella por teléfono y no podéis veros. Y mi pregunta es: ¿me he burlado yo de ello?

Juan sonrió. Damián tenía razón.

—No. Nunca has dicho nada.

—Pues bien —prosiguió él—, una vez dicho esto, quiero que sepáis que estoy hasta las narices de que os toméis a pitorreo mi relación con Eva. Está claro que somos dos personas diferentes, pero nos queremos y deseamos que lo nuestro salga bien —y mirando a Lucas añadió—: Que tú, un tipo frío, sin sentimientos, egoísta y sin corazón, no entiendas por qué en un momento íntimo llamo a la mujer que adoro *cariño*, *amor*, *mi vida* o *tesoro*, ¡vale!, pero vosotros —dijo, mirando a Carlos y a Juan—, de vosotros me molesta una barbaridad, puesto que luego sois unos blandengues con vuestras mujeres porque las queréis, las necesitáis y las amáis.

Al entender su enfado, Juan asintió.

—Tienes razón. A partir de ahora me mantendré al margen, aunque Eva sea mi hermana.

—¡Gracias! —indicó aquél, molesto por lo que había tenido que soltar.

Mientras sus amigos hablaban, Lucas se sintió fatal. No le gustaba pensar que todos lo veían como a un tipo frío, egoísta, sin sentimientos ni corazón. Aun así, era la cruda realidad, la que él mostraba a todos los que estaban a su alrededor, y no supo qué decir.

Pensó en Menchu, en la cantidad de mensajes que le había mandado y de los que no había recibido respuesta, y el corazón se le desbocó.

¿Por qué?

No había vuelto a saber nada de ella desde que lo echó de su casa, y eso lo estaba martirizando como nunca nada lo había hecho. Intentaba aparentar normalidad ante todos hasta que él mismo entendiera lo que le ocurría para evitar las mofas de sus amigos, pero saber que la joven pasaba de él lo destrozaba.

De pronto, y sin esperárselo, sentía cada día más la ausencia de Menchu, y él intentaba entender lo que le ocurría y canalizar sus sentimientos.

Mientras Carlos se disculpaba con Damián, Juan se percató de que la sonrisa de Lucas se desvanecía. Llevaba días encontrándolo raro, más callado de lo normal, pero respetaba su silencio y nunca le había preguntado.

Damián, que seguía enfadado por las burlas de sus amigos, en ese instante miró a Lucas y dijo:

—Siento ser tan sincero contigo, pero de ti entiendo la mofa y que me ridiculices porque careces de sentimientos hacia las mujeres, pero de ellos dos no. Ellos aman, quieren y necesitan a Laura y a Noelia, como yo amo, quiero y necesito a Eva.

—Escucha, Damián...

—No, escúchame tú a mí —lo cortó aquél, consciente de lo que Lucas sabía y callaba—. Eres un buen amigo. Mi mejor amigo, Lucas, y espero que algún día seas también el padrino de mi boda. Pero me molesta oír tus burlas con respecto a lo mío con Eva; que tú carezcas de sentimientos e ilusiones hacia una mujer no quiere decir que yo no pueda tenerlos. —Ambos se miraron, entendiéndose, y Damián continuó—: Sabes que respeto lo que haces. Me da igual con quién te



acuestes o con quién te levantes, y procuro no opinar si tu vida de crápula hace daño a una mujer, a dos o a mil. Sólo me he metido en ese tema una vez, cuando has podido lastimar a alguien a quien todos los que estamos aquí apreciamos. Aunque, por suerte, ella hace tiempo que se alejó de ti.

Todos sabían que Damián hablaba de Menchu, y Lucas, molesto por lo que ocurría en su interior, siseó:

—¿Qué tal si cierras el pico, gilipollas?!

Ahora el que sonreía era Damián, y con cierta chulería preguntó: —¿Por qué? ¿Acaso te molesta que yo me meta y juzgue tu vida como tú haces con la mía? ¿A que jode que yo diga lo que opino?!

—¿Cállate! —insistió Lucas.

—Me callaré cuando yo lo decida, no cuando lo digas tú —gruñó Damián.

Ambos se miraron, se retaron, y Juan, al ver el cariz que estaba tomando el asunto, dijo, intentando parar lo que probablemente podía pasar:

—Basta ya, por favor.

Dentro del furgón se hizo un silencio tenso. La tirantez se podía cortar con un cuchillo por las cosas que Damián le había echado en cara a Lucas. Entonces Carlos, tras intercambiar una mirada con Juan, comenzó a hablar con Damián de otras cosas. Necesitaba relajarlo.

Durante varios kilómetros, Juan observó a Lucas en silencio. Él también le había reprochado su comportamiento con Menchu y, por lo que veía, no había sido el único.

Quería hablar con él acerca de qué le ocurría. Le encantaría saber qué lo había llevado a ser tan frío e insensible con las mujeres, pero Lucas, fuera de sus momentos de risas, era muy reservado con su vida privada, y supo que ése no era el instante ni el lugar.

Las crudas palabras de Damián le habían dolido incluso a él, y viendo que Lucas tenía la mirada clavada en el suelo, puso una mano sobre su rodilla y, atrayendo su mirada, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió él.

—¿Quieres que hablemos?

Lucas negó con la cabeza y, tras pensarlo, declaró:

—Voy a pedir unos días por asuntos propios. Los necesito.

—Me parece bien —dijo Juan sin insistir ni preguntar—. Cuando lleguemos a la base, solicítalos.

Lucas asintió y a continuación murmuró, mirando a su amigo:

—Menudo rapapolvo que nos ha echado tu... *cuñadito*.

Juan sonrió.

Sin duda, Damián había sacado las uñas por la relación con su hermana, y eso le había gustado.

—Es lo que toca cuando uno está enamorado —respondió.

Lucas hizo una mueca al oír eso.

—¿Tú también me ves como Damián? —preguntó

Consciente de lo que le preguntaba, Juan contestó con sinceridad:

—Es la imagen que muestras de ti. Si tuviera que describirte, diría que eres profesional en tu trabajo, pero frío, insensible y sin sentimientos con las mujeres.

Lucas asintió. Se merecía oír eso, y no dijo más. No quería hablar.

Una hora después llegaron a la base y, cuando bajaron del furgón, Lucas le cortó el paso a Damián y dijo, mirándolo a los ojos:

—Te ha faltado decir que soy un bocazas..., *nenaza*.

Carlos y Juan, al ver cómo se miraban, se prepararon para separarlos. Sin duda aquello podía acabar mal, pero Damián, ya más relajado, repuso:

—Y mi hermano..., también me ha faltado decir eso, ¡Mariliendre!

Los dos hombretones se abrazaron, el cariño que sentían el uno por el otro era inmenso, y Juan, aliviado, exclamó:

—Muy bien, nenitas, vayamos a las duchas. ¡Apeztamos!

## Capítulo 33

Pasaron un par de días en los que Menchu disfrutó saliendo con Peter, Tomi y todos los hombres que éstos le presentaron.

Sin duda, en Los Ángeles, como diría su amiga Eva, ¡había buen material!

Pero todo se complicó la mañana en que iba a levantarse y Tomi entró en su cuarto como una exhalación.

—¡Ay, *darling!*

Incorporándose en la cama, Menchu lo miró mientras se restregaba los ojos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

Tomi gesticuló desenchajado y soltó:

—Batman está en el salón.

Ella parpadeó. No lo entendía, y él insistió:

—¡Lucas está aquí!

A Menchu se le cortó la sangre y, temblando, murmuró:

—¿Qué dices?

Nervioso y altamente excitado, Tomi se lanzó sobre la cama, donde ella continuaba, y cuchicheó:

—Que está en el salón... ¡Khal Drogo está aquí!

Boquiabierta, ella no reaccionaba, y Tomi prosiguió acelerado:

—Han llamado a la puerta, he abierto y casi... *Oh, my God!* Cuando lo he visto tan *pretty*, tan alto, tan *¡divine!*, no he podido más que lanzarme a sus brazos y comérmelo a *kisses*.

La mente de la joven funcionaba a toda mecha.

Pero ¿qué hacía Lucas allí?

Y, tumbándose en la cama, se tapó con las sábanas hasta que Tomi preguntó:

—¿Qué haces, *queen*?

Descolocada, ella no respondió, y entonces su amigo agarró con fuerza las sábanas y se las quitó de encima.

—Dile... dile..., que no estoy —contestó Menchu.

—*Impossible!* Ya le he dicho que venía a despertarte.

—¡Tomi! —gruñó ella.

Aquello era un desconcierto total.

—Tranquila —continuó él entonces—, llamaré al guapísimo Richard Betancourth y le pediré ayuda. ¿Te acuerdas de él?

Menchu afirmó con la cabeza. El coreógrafo, alto y simpático, había salido a cenar con ellos dos días antes.

—Quedó *crazy* contigo la otra noche —añadió Tomi—, así que le diré que pase a buscarte dentro de *one* hora. Él te mantendrá fuera todo el día, lejos del *divine*. ¿Qué te parece, *darling*?

Menchu asintió. Cualquier plan que lo alejara de Lucas le parecía bueno; Tomi, sacando su teléfono móvil del bolsillo de su bata dorada, lo llamó y, cuando terminó, anunció:

—*OK, queen*. ¡Solucionado! Pasarás el día con Richard en su preciosa mansión de Beverly Hills.

Ella volvió a asentir, acobardada y descolocada, y entonces su amigo, entendiendo su desconcierto, indicó:

—Ahora levántate, ponte *divine*, ve al salón y muéstrale al Mariliendre que hay otro Khal Drogo en el mundo.

Menchu resopló.

—¿Y cómo se hace eso?

Divertido y excitado con todo aquello, su amigo respondió:

—No lo sé, pero seguro que encuentras la forma.

Se tapó la cara horrorizada. Se moría por ver a Lucas, pero entendió las palabras de Tomi, y al pensar en por qué estaba allí, decidió:

—Dame quince minutos.

Él caminó encantado hacia la puerta y repuso:

—Mejor que sean diez, *Khaleesi*.

—¡Tomi! —gruñó ella al oírlo.

Divertido, Tomi cerró la puerta y caminó hacia el salón dejando a Menchu

totalmente desconcertada.

Media hora después, tras darse una ducha y ponerse unos pantalones negros y una blusa de flores azules, se miró al espejo y dijo, poniéndose la última lentilla:

—Tú puedes..., puedes con esto y con lo que te propongas.

Y, sin pensarlo más, salió de la habitación con la cabeza bien alta, mientras sentía que toda ella temblaba.

¿Qué hacía Lucas allí?

De pronto, oyó su voz. Aquella voz grave y sensual que siempre la volvía loca y que en ese instante provenía de la cocina. Estaba allí con Tomi. Así pues, fabricando una sonrisa, entró en la estancia y saludó:

—Buenos días.

Al oírla, Lucas se volvió rápidamente para mirarla y, sintiendo que el corazón se le desbocaba como nunca en su vida, iba a acercarse a ella cuando Menchu le soltó:

—¿Y tú qué haces aquí?

Lucas se detuvo. No esperaba ese recibimiento frío y seco tras tantos días sin verse y, con sorna, contestó:

—Yo también me alegro de verte.

Con toda la desgana que pudo, la joven no se acercó a él, y Tomi, que los observaba en silencio, intervino:

—*Queen...*, hay croissants en el cestillo.

Menchu asintió.

Mostrar tanta indiferencia hacia Lucas le estaba costando un mundo y, sin acercarse a él, se sentó en uno de los taburetes de la isleta, donde se sirvió un café y comenzó a desayunar.

El policía la observó sin dar crédito.

Su último encuentro en España había sido un desastre, pero sin duda el reencuentro estaba siendo peor.

—*Voy one moment* a mirar una cosita —soltó entonces Tomi para quitarse de en medio.

Ella lo miró con reproche.

¿Por qué se marchaba?

Pero él, sin querer captar el mensaje de su mirada, desapareció dejándola a

solas con Lucas, que, sin moverse de su sitio, preguntó:

—¿No te alegras de verme?

—¿Debería?

Cada vez más desconcertado por su impasibilidad, el geo no supo qué responder.

—¿Por qué no me contaste que te marchabas? —dijo a continuación.

Ella lo miró con total indiferencia.

—Porque no tengo que darte explicaciones. Es más, creo que quedó todo dicho entre nosotros, ¿no?

La dureza en su manera de hablarle y de mirarlo tocó el corazón de Lucas, que, abatido, susurró:

—Menchu, te lo dije y te lo repito: te pido disculpas por mi falta de tacto. No estoy acostumbrado a...

—Basta —lo cortó—. Acabo de decirte que ya está todo dicho.

Noqueado por lo que sentía al verla, al mirarla, él asintió e, intentando abrir su corazón, murmuró:

—Te he echado de menos.

Aquella frase...

¡Oh, Dios, aquella maldita frase!

Era la primera vez que Lucas expresaba algo tan íntimo, tan personal, tan romántico, pero, evitando la marmita de la tontería en la que solía caer, Menchu contuvo a su verdadero yo y, buscando ayuda en la dura y fuerte María, respondió:

—Pues yo a ti no.

Lucas se envenenó al oír eso.

¿Cómo no lo había echado de menos?

Pero, cuando iba a decir algo, ella lo miró e indicó:

—No sé qué haces aquí ni me importa, pero ya te dije que me dejaras en paz.

—Menchu...

Aquella voz...

Aquella mirada...

Aquel aroma...

Todos los sentidos de la joven se pusieron en alerta frente a lo que todo aquello le hacía sentir, y cuando Lucas iba a acercarse a ella, Menchu se levantó

del taburete de un salto y le advirtió:

—Aléjate de mí, por favor.

—Menchu...

—Si realmente me tienes aprecio, no te acerques a mí y déjame vivir.

Aquellas palabras, aquel ruego pronunciado de aquella manera, paralizaron a Lucas, que sólo fue capaz de decir:

—Solicité cuatro días libres en la base para venir a verte.

Saber aquello a Menchu le tocó el corazón.

¿Estaba allí sólo por ella?

No..., no..., no..., no podía decirle aquello. La hundía, la desesperaba, y más mientras sentía cómo su cuerpo le gritaba que se acercara a él, que lo tocara, que lo aceptara. Pero no. No debía comportarse como la misma lela de siempre.

Si se había marchado de España, si se había alejado de él, era para dejar de sufrir como una tonta por alguien que no lo merecía, así que tiró de toda su chulería y replicó:

—Pues ya me has visto. Ya puedes irte.

Dolorido y descolocado por su indiferencia, el policía no reaccionaba. Nunca se había encontrado en una situación así con una mujer.

Cuando iba a hablar, Tomi entró en la cocina con un hombre al que no conocía, y Menchu, desplegando todos sus encantos, sonrió y exclamó:

—¡Qué bien que hayas venido, Richard! Te estaba esperando.

Este último, que había sido advertido de lo que ocurría, ignoró al enorme tipo que estaba allí y que lo miraba con ganas de estrangularlo, se acercó a ella e indicó, tras darle dos besos en las mejillas:

—Te prometí un bonito día, y aquí estoy.

Menchu sonrió agradecida y, cogiendo otro croissant del cestillo, se agarró del brazo de él y dijo, sin mirar a Lucas:

—Pues cuando quieras podemos irnos.

Bloqueado, el policía parpadeó y preguntó sin poder evitarlo:

—¿Te vas?

Ella asintió y se dirigió hacia la puerta de la cocina del brazo de Richard.

—Adiós —se despidió—. Que tengáis un bonito día.

Lucas, que no entendía nada, dio un paso en su dirección y se plantó delante de la puerta, bloqueándola.

—Te he dicho que he venido para verte.

Menchu clavó la mirada en aquel tipo que tanto le gustaba pero que tanto la hacía sufrir. Luego sonrió con indiferencia y, sin soltarse del coreógrafo, replicó:

—Y yo te he dicho que ya me has visto. Y ahora, ¿qué tal si te quitas de en medio para que yo pueda pasar un estupendo día con Richard?

Lucas resopló.

Aquella actitud no le estaba gustando un pelo y, tras mirar a Menchu y posteriormente a aquel tipo, que lo observaba con gesto serio, se hizo a un lado y aquellos dos continuaron su camino sin mirar atrás.

Una vez que salieron de la casa y se montaron en el coche de Richard, éste murmuró, mirándola:

—Por un momento he pensado que me quedaba sin cabeza.

Temblorosa, Menchu asintió.

—Arranca y vámonos.

En la cocina, Tomi y Lucas permanecían en silencio, hasta que el primero, que no daba crédito a lo ocurrido, preguntó:

—*My love*, ¿te apetece un café?

Lucas, que no estaba acostumbrado a que una mujer lo tratara así, maldijo y soltó, mientras caminaba hacia su bolsa de viaje:

—Me voy. Esto ha sido un error.

Tomi se acercó a él rápidamente.

—Pero... pero..., *my love*, si acabas de llegar. Has tardado muchas horas en llegar a Los Ángeles, ¿cómo te vas a ir?

La humillación que Lucas sentía podía con él.

Pero ¿qué gilipollez había hecho?

¿Qué hacía él yendo tras una mujer?

Y, mirando a un desconcertado Tomi, indicó:

—¿Puedo pedirte un favor?

—*Of course!*

—Si realmente eres mi amigo —siseó Lucas enfadado—, por favor, que nadie se entere de que he estado aquí.

—Pero...

—Tomi, ¡no!

Y, sin más, sin querer escuchar a Tomi y sin querer razonar, agarró su



equipaje y se marchó al aeropuerto.

Después de cambiar su billete de regreso, mientras esperaba en la sala de embarque, malhumorado y herido, buscó el contacto de María en su teléfono y escribió:

No te molesto más. Y te rogaría que nadie se enterara de que he estado en Los Ángeles. Adiós.

\* \* \*

Horas después, cuando Menchu regresó a la casa, un descolocado Tomi la miró y, antes de que él dijera nada, ella preguntó:

—¿De verdad se ha marchado?

—Sí. Y me ha pedido que no le cuente a nadie su visita.

Ella asintió y, enseñándole el mensaje que había recibido, murmuró:

—A mí también.

Se miraron en silencio durante unos segundos, hasta que él cuchicheó:

—¿Y si resulta que él...?

—No —lo cortó Menchu—. No pienses tonterías, que Lucas no es de esos.

Ambos se observaron, y la joven, intentando encontrar una respuesta a lo ocurrido, señaló:

—Está molesto conmigo por lo que le dije antes de marcharme de España, por eso ha venido.

—¿Estás segura, *queen*?

Ella asintió. Lucas le había repetido ciertas cosas mil veces.

—Sí —afirmó.

Volvió a hacerse el silencio entre ambos, hasta que Menchu dijo:

—No voy a comentarle a nadie su visita, y espero que tú tampoco lo hagas. Si nos lo ha pedido es porque es importante para él, ya lo conoces.

—Tranquila, *darling*. Mis labios están sellados. —Pero, incapaz de callar, Tomi añadió—: No sé..., siento que nos hemos equivocado con él.

Menchu resopló y, sin querer pensar en nada más, e intentando sonreír a pesar de la gran tristeza que la embargaba por lo ocurrido, respondió:

—Creo que no. Lucas... es Lucas.

Dicho esto, le dio un beso en la mejilla a su amigo y se marchó a su

habitación, donde, cerrando los ojos, se dejó caer en la cama, aunque esa noche no durmió.

## Capítulo 34

Los días pasaron, y Menchu y Tomi no volvieron a comentar la extraña visita de Lucas, aunque sus mensajes cesaron a partir de entonces y ya no la molestó más.

Menchu tuvo una reunión en sus oficinas con Miranda Withman, la directiva de Cadillac. La mujer le indicó lo que quería para su web, al igual que hizo con otros aspirantes, y, tras invitarla a ella y a sus amigos a una gala que organizaba la empresa en un precioso teatro, le dio la oportunidad de presentarle un proyecto en un plazo de diez días.

Estaba pensando en ello mientras Tomi charlaba con Eva por teléfono, y lo oyó decir:

—¡Qué *divine*!

Aunque aún faltaban meses, estaban hablando de su fiesta de cumpleaños, que se había convertido en todo un acontecimiento entre sus amigos y conocidos.

Encantado, él la informaba, omitiendo la visita de Lucas.

—Que sepas, *my love*, que este año vendrá Gerard Butler.

—¡Nooooooooooo...! —gritó Eva.

—*Yesssss!!!* —aulló Tomi.

—Adoro a Gerard Butler.

—Lo sé, *my love*..., lo sé.

Menchu, que estaba mirando una carpeta que se había llevado de la reunión en Cadillac, miró a su amigo cuando éste dijo:

—¡Y que sepas también que a nuestra Menchu le están saliendo ofertas de empleo en Los Ángeles muy interesantes!

—¡¿Qué?! —preguntó Eva sorprendida.

Ella lo miró boquiabierta. Pero ¿qué le estaba contando?

—Lo que oyes, *my queen*. ¡Hoy ha ido a las oficinas de Cadillac y...!

No pudo continuar, puesto que ella le arrancó el teléfono de la mano.

—Eva, soy Menchu. Sí, hoy he ido a las oficinas generales de Cadillac porque quieren hacer una página web nueva, pero sólo me dan diez días para presentarles el proyecto... ¿Qué pretenden que haga con tan poco tiempo?

Eva sonrió y, con seguridad, indicó:

—Pues ni más ni menos que tu magia.

Menchu le pasó entonces de nuevo el teléfono a Tomi y dijo, para que su amiga la oyera:

—Adiós, Eva María. Tengo que hacer magia.

Minutos después, cuando él colgó, miró a la joven, que continuaba con sus papeles, y cuchicheó, consciente de lo que decía:

—No le has preguntado por Mariliendre.

Levantando la vista, Menchu murmuró:

—¿Para qué?

Tomi suspiró. Era un romántico, y la visita del policía, que no habían vuelto a comentar, le había hecho creer que entre ellos podría surgir algo, por lo que, dando un trago al Manhattan que tenía sobre la mesita, susurró:

—Es que es tan mono y tan sexy...

Menchu le quitó la copa y dio un traguito.

—Lucas no es para mí —lo cortó, mientras se la devolvía—. Y te aseguro que a mí me duele más que a nadie, pero debo ser realista. Él nunca querrá nada serio conmigo porque busca el típico polvo de una noche y poco más.

—Pero, *queen*..., él...

—¡No! Ni se te ocurra comentarlo.

Tomi se abanicó con la mano. Imaginarse a aquel adonis de cuerpo apolíneo haciendo semejante acto era, como poco, ¡impresionante!, y murmuró:

—Creo que...

—No, Tomi. *No es no*.

Él resopló. Cuando su amiga se ponía imposible, no había manera de razonar con ella y, mirándola, dijo:

—Vale. No hablaré de mi adonis preferido, pero creo que ha llegado el momento de hacerte un *radical change*.

—Joder..., que no. A ver si te das cuenta de una vez de que yo no soy una estrellita de Hollywood. Soy una tía normal y corriente que vive en un pueblo, ¡sin más! Soy una informática que hace páginas web, y para mi trabajo no necesito estar despampanante.

Tomi suspiró y, consciente de por qué quería hacer aquello, insistió:

—Adoro a Mariliendre, pero quiero que cuando regrese para mi cumpleaños vea lo que se ha perdido.

—¡Otra vez con lo mismo!

—Ese tipo, por mucho que yo lo adore, se merece un «¡No!» tuyo muy grande.

Menchu no pudo evitar sonreír.

—Vamos a ver, Tomi...

Él se levantó.

—*Darling...*, lo que veo es a una preciosa chica que no se saca partido. Y, si tú me dejas, con tiempo puedo hacer de ti una diosa *of the Olympus*.

—No te pases —dijo ella riendo.

Tomi sonrió retirándose el flequillo de la cara y afirmó:

—*Sorry, lady...*, soy estilista, así que no me subestimes. *You are* una diosa del Olimpo.

Menchu resopló divertida.

Tanto él como Noelia, como la propia Eva, siempre le decían lo mismo, que tenía que sacarse partido. Y, dándose por fin por vencida, murmuró:

—De acuerdo...

—*Oh, my God!* —chilló aquél—. ¡Eso es *marvellous!* —Y, cogiendo su teléfono, informó—: Llamaré a Chipens para que se ocupe de tu pelo, y...

No pudo decir más. Menchu le quitó el teléfono y repuso:

—Eso tendrá que esperar. Primero debo presentar un proyecto. Porque si, por suerte, me sale este trabajo, sin duda me quedará un tiempcito más por aquí.

Tomi asintió y, recuperando su teléfono, afirmó:

—*OK*. Pero, si no te importa, voy a ir pidiendo cita, que contigo tenemos trabajito.

Cuando se alejó, Menchu maldijo. Pero ¿por qué habría dicho que sí?

No obstante, sin querer pensar más en ello, ni en Lucas, volvió a sumergirse en los papeles que tenía frente a sí y que podían suponer la firma de un buen

contrato.

\* \* \*

Una hora después, cuando Tomi regresó a su lado con dos Manhattan, comentó:

—Solucionado, *darling*. Ya he cogido todas las citas necesarias para ti.

Ella asintió e, ignorándolo, exclamó:

—¡Diez días! ¿Cómo voy a presentarles un proyecto así en tan poco tiempo?

Sentándose a su lado, Tomi se quitó la pamelita que llevaba para que el sol le diera de lleno en el rostro y respondió:

—Ais, *darling*, pues haciendo esa magia que sólo *you* sabes hacer frente a un ordenador.

Menchu lo miró.

—¡Otro! —soltó. Se estaba cansando de oír aquello de la magia—. Tomi, que yo diseñe páginas web no quiere decir que sea ¡maga!

Su amigo sonrió. Él era un negado hasta para encender su portátil; agarró la invitación que Miranda le había dado para la gala benéfica y comentó:

—Te ayudará que esa *woman divine* te vea en esa gala. He llamado a Peter, nos pasará a recoger a las siete e iremos los tres.

Menchu resopló. Cuando había hecho la maleta sólo había metido cuatro cosas en ella.

—No sé qué voy a ponerme —replicó.

—Vayamos de *shopping*.

—¡Ni loca! Tengo que hacer el proyecto —protestó.

Pero Tomi no se dio por vencido.

—Vamos a ver, ¿cuál es el *problem*?

Menchu no respondió y, cogiendo la carpeta que su amiga miraba, él insistió:

—Ir a esa gala podría darte ideas para la *web page*, ¿no crees? —Ella seguía sin decir nada, y Tomi continuó—: Vamos a ver, *my love*, ¿qué dijo Miranda que quería?

Menchu recordó lo que había hablado con la mujer y respondió:

—Dijo que quería una página dinámica, creativa, original y que aportara un valor diferencial de la empresa.

Durante un buen rato, Tomi la dejó hablar del tema mientras ella iba anotando en un cuaderno que tenía sobre las piernas lo que se le iba ocurriendo. Cuando acabó y lo miró, él dijo:

—Pues ahí lo tienes. ¡Solucionado, *queen!* Y ahora vayamos a tomar un cóctel a Vanití y después iremos a ver a Chipens... *You need* un arreglito.

## Capítulo 35

La gala que organizaba Cadillac con el fin de recaudar fondos para la investigación de tipos de cáncer poco frecuentes era todo un acontecimiento en Los Ángeles.

Mientras entraba junto a su chico en el bonito edificio donde se celebraba el evento, Tomi miró a Menchu y cuchicheó:

—¡Estás *divine*!

La joven sonrió.

Se había pasado horas en el salón de belleza de Chipens, donde le habían dado mechas claras en el pelo y le habían hecho un alisado japonés.

El nerviosismo de Menchu era tangible. Todavía no sabía qué hacía allí, rodeada de tanto glamur.

—¿En serio no estoy ridícula? —preguntó.

Peter, que la había oído, afirmó:

—Estás preciosa, Menchu.

—Recuerda: aquí soy María, no Menchu —corrigió ella con profesionalidad.

—Oh ..., ¡es verdad! Pues, María, estás *divine* —rectificó Peter.

Ella asintió. Preciosa o no, su pelo largo había sufrido cambios y, cuando iba a decir algo, Tomi añadió:

—Sin duda, con ese nuevo color de cabello y ese majestuoso vestido de Donna Karan causarás sensación.

Ella sonrió. Nunca había causado sensación en nadie. Ella no era ese tipo de mujer.

Pero cuando un par de hombres pasaron por su lado y se volvieron para mirarla, Tomi exclamó feliz:



—¡Ahí lo tienes! Vamos por el buen camino.

Menchu rio divertida. Ese simple gesto por parte de aquéllos le aportó seguridad y, junto a sus dos amigos, se dirigió a una mesa, donde se acreditaron y les entregaron unas tarjetitas que les indicaban el número de mesa en la que cenarían.

—Nos toca en la mesa 52 —indicó Peter.

—¡Perfecto! —dijo Menchu.

—*Oh, my God...*, allí esta George Clooney —cuchicheó Tomi—. Qué bien le sienta el traje de Ralph Laurent... ¿Estará en la misma mesa que nosotros?

—Lo dudo —se mofó Peter.

Tomi asintió. Cuando no iba a esa clase de eventos con su prima, la grandísima estrella de Hollywood Estela Noelia Rice Ponce, no lo sentaban a las mismas mesas que cuando ella lo acompañaba.

—¡Qué triste! —murmuró.

Los tres miraron entonces a su derecha, donde el famosísimo actor y su mujer charlaban cordialmente con un grupo de gente, y Tomi, que era un gurú de la moda, añadió:

—¡El Carolina Herrera que lleva su mujer es *divine*!

Peter y Menchu sonrieron, y el primero, dirigiéndose a su chico, repuso:

—Disculpa, cariño, pero para guapo y *divine* estás tú con tu increíble traje de Tom Ford.

Encantado, Tomi le sonrió al amor de su vida, y en ese momento un camarero se acercó hasta ellos y cogieron unas copas de champán. Estaban bebiéndolas cuando se encontraron con varios amigos de la pareja, a quienes enseguida presentaron a Menchu.

Durante un rato hablaron y disfrutaron del evento antes de pasar a la cena en un salón colindante, hasta que de pronto Menchu oyó:

—Tu mirada sigue siendo triste, María, la de los ojos verdes.

Se dio la vuelta deprisa.

Aquel tipo. Su cara. Sus palabras. Su sonrisa.

Y entonces se acordó. Era el mexicano que había conocido una madrugada en la fiesta a la que había ido con Eva en Madrid, pero, por más que intentaba recordar su nombre, no lo lograba. Finalmente, sonrió y lo saludó, intentando disimular.

—Hombreeeee..., qué alegría verte.

Tomí y Peter la miraron boquiabiertos.

Pero ¿qué hacía?

Nacho, encantado y sorprendido de haberse encontrado con ella donde menos lo esperaba, preguntó:

—María, pero ¿qué haces tú por aquí? Cuando te he visto, no me lo podía creer.

La mente de la joven funcionaba a toda velocidad. ¿Cómo se llamaba? ¿Cómo se llamaba aquél?

Él recordaba su nombre y, sintiéndose fatal por no recordarlo ella, respondió:

—Ya ves... Pues..., aquí, con unos amigos. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Vivo en Los Ángeles.

—¿En serio? —preguntó ella boquiabierta.

Divertido por cómo lo miraba, Nacho asintió y, acercándose a ella, le dio dos besos en las mejillas. Luego, intuyendo lo que rondaba por su cabeza, dijo:

—Mi nombre era Ignacio Duarte..., aunque prefiero que me llames Nacho y, esta vez, por favor, no lo olvides.

Al verse pillada, Menchu resopló y cuchicheó, mirándolo avergonzada:

—Como ves, además de llevar lentillas para poder ver, ahora voy a tener que tomar pastillitas como las abuelas para no olvidar los nombres.

Nacho soltó una risotada y ella añadió, gesticulando:

—Perdón..., perdón..., pero en este instante no recordaba tu nombre.

Él asintió divertido. Aquélla volvía a ser la chica chispeante y nada artificial que había conocido aquella noche en Madrid y con la que tan cómodo había estado hablando durante media hora en aquella azotea.

Muchas habían sido las veces que había pensado en intentar localizarla, y ahora, sin esperárselo, estaba allí, ¡frente a él!

Gustoso, la contempló de arriba abajo. Estaba preciosa con aquel vestido azulón y, mirándole el pelo, preguntó:

—¿Qué le ha pasado a tu cabello?

Menchu, que había pasado la tarde en el salón de belleza de Chipens, se encogió de hombros y se mofó:

—Mechas y alisado japonés, ¡renovarse o morir!

Él sonrió de nuevo.

—Luces bien linda. Enhorabuena por tu elección.

Menchu rio encantada y, volviéndose hacia Tomi y Peter, que estaban a su lado, dijo:

—Chicos, os presento a Ignacio Duarte —y, bajando la voz, añadió—: Aunque prefiere que lo llamen Nacho.

Peter y Tomi se miraron llenos de incredulidad. Nacho Duarte era un prestigiosísimo y aclamado productor y director de cine con una increíble fama de antipático, pero, en cambio, allí estaba, sonriendo como un tonto delante de ellos y, lo mejor, ¡Menchu lo conocía!

Ambos se apresuraron a saludarlo, y Tomi dijo:

—Encantado, señor Duarte.

—Nacho, por favor —insistió aquél.

Él sonrió y, tras soltar su mano, añadió:

—Un placer. Déjame decirte que mi prima es la divinísima Estela Noelia Rice Ponce, que trabajó contigo.

—¡No me digas! —exclamó Nacho. Tomi asintió encantado, y él agregó—: Justo hoy he hablado con ella y me ha dicho que estaba en España. He quedado en verla cuando regrese a Los Ángeles para hablar de un proyecto.

Tomi sonrió. Que el cineasta quisiera ver a Noelia era, como poco, muy bueno. Ya habían trabajado juntos en dos películas de éxito. Pero, cuando iba a añadir algo, Peter lo cogió del brazo y dijo:

—Os dejamos. Vamos a saludar a unos amigos.

Tomi miró a su chico y, antes de que pudiera abrir la boca, Peter musitó, dirigiéndose a Menchu:

—María..., estaremos allí.

Ella, divertida al ver cómo Tomi gesticulaba mientras se alejaban, le cuchicheó al guapo mexicano:

—Creo que has impresionado a mi amigo.

Nacho sonrió. Su presencia solía impresionar a todo el mundo.

La joven clavó entonces sus bonitos ojos verdes en él y preguntó:

—¿En serio has hablado con Noelia hoy?

—Totalmente en serio. —Y, de nuevo, preguntó sorprendido—: ¿Tú conoces a Noelia?

Ella asintió encogiéndose de hombros.

—Somos superamigas, y se puede decir que yo estoy aquí gracias a ella.

Sin entender a qué se refería, Nacho la agarró del brazo y, dispuesto a saber más de ella y de por qué conocía a Estela Noelia Rice Ponce, indicó:

—Ven, vayamos a por otra copa y me cuentas.

Boquiabierto, Tomi observaba a Menchu.

—¡Pellízcame! —dijo, mirando a su chico.

—¡¿Qué?!

—¡Pellízcame, *my love*, para saber que estoy despierto!

Divertido, Peter lo hizo, y aquél añadió:

—*Oh, my God...* Estoy despierto y mi desastrito está con el *wonderful* Ignacio Duarte.

—Sí, cariño —afirmó Peter.

Tomi, que seguía sin dar crédito a lo que veía, musitó:

—Guionista, productor y director con nueve Oscar en su haber.

—Eso dicen, cariño —asintió Peter.

Tomi no le quitaba ojo a su amiga.

—Por el amor de Diorrrr, ¿desde cuándo conoce Menchu a *that* machote y por qué yo no lo sabía?

Peter suspiró. A pesar de llevar una vida glamurosa y de codearse todos los días con actores, Tomi seguía sorprendiéndose por muchas cosas. Y, mirando a Menchu, que en ese instante gesticulaba poniéndose bizca mientras el mexicano no paraba de reír, respondió:

—Sinceramente, amor, creo que Menchu no tiene ni idea de con quién está hablando, porque, si lo supiera, te aseguro que no se comportaría así.

No muy lejos de ellos, ella contaba tan tranquila:

—... y desde entonces, la famosísima Estela Noelia Rice Ponce es mi amiga, y te aseguro que el hecho de que ella entrara en mi vida ha sido una de las mejores cosas que me han pasado.

Boquiabierto por la historia que Menchu le había contado con respecto al modo en que se conocieron, Nacho señaló:

—Conocí al marido de Noelia en una fiesta que se celebraba en Bel-Air. Me pareció un tipo muy agradable, pero algo reservado.

—Juan es un amor de hombre que adora a Noelia, pero no le gusta aparecer en la prensa. Más que nada, por su trabajo.

Él asintió.

—Si mal no recuerdo, era policía, ¿verdad?

Ella sonrió. Sabía lo que Juan, Lucas y el resto responderían ante esa pregunta, y dijo:

—Pertenece al grupo de élite de la Policía Nacional Española. Los GEOS son un referente mundial y están especializados en intervenciones de alto riesgo.

—Vaya..., hablas con orgullo de ellos —señaló Nacho sonriendo.

Menchu asintió. Para ella siempre había sido un orgullo conocer a muchos de aquellos «héroes».

—Sin duda, son un orgullo para mí, como para vosotros son los SWAT, ¿verdad?

Nacho cogió entonces dos copas de una bandeja de un camarero que pasaba y musitó:

—¿Qué te parece si me cuentas por qué estás aquí?

—¿En la gala o en Los Ángeles?

—Ambas cosas.

Menchu asió la copa que él le tendía y, dando un trago, pensó qué responder.

—Pues estoy en la gala porque he de presentar un proyecto de página web a Cadillac y, cuando me invitaron, decidí venir con mis amigos para ver si se me ocurría algo original para incluir en ese proyecto.

—¿Diseñas páginas web?

—Sí. Me dedico a ello. Tengo mi propia empresa, chiquitita, pero yo soy mi jefa.

—¡Qué interesante! —afirmó él.

Menchu asintió y prosiguió:

—Y estoy en Los Ángeles porque he venido a pasar un tiempo con mis amigos.

—¿Un tiempo?

Ella asintió de nuevo y, evitando contarle su propio drama, indicó:

—No sé si será un mes o dos o tres. El caso es que estoy aquí.

Nacho no quiso preguntar más para no ser indiscreto.

En ese momento, Miranda Withman, la directiva de Cadillac, se acercó a ellos y los saludó:

—Nacho, qué alegría ver que has aceptado la invitación.

El aludido dio dos besos a la mujer y respondió:

—Miranda, te dije que si podía vendría, y aquí me tienes.

—¡Qué maravilla! —afirmó ella feliz.

Ambos sonreían cuando Miranda se sorprendió al ver a Menchu.

—Por supuesto, es un placer ver que tú también has venido.

La joven sonrió. Estaba claro que la mujer no se acordaba de su nombre.

—El placer es mío, señora Withman —murmuró.

Miranda, encantada, tras cruzar varias frases más con ellos, informó antes de marcharse:

—Va a dar comienzo la cena.

Cuando desapareció, Nacho aseguró, dirigiéndose a Menchu:

—Si tu trabajo es bueno, te aseguro que el empleo es tuyo.

Boquiabierta, iba a hablar cuando él añadió:

—Miranda me debe muchos favores.

Sin saber qué contestar, ella pestañeó y musitó:

—No... no pretendo que...

—Tranquila —repuso él—. Yo no voy a decir nada, pero que te haya visto conmigo es un gran punto a tu favor. Sin embargo, si eso te incomoda, puedo decirle que...

—No..., no..., claro que no me incomoda —se apresuró a contestar Menchu, pensando en su negocio.

Una vez aclarado ese punto, buscó a sus amigos con la mirada y, echando un vistazo al papelito que les habían dado cuando se habían acreditado al entrar y que aún tenía en las manos, preguntó:

—¿En qué mesa te ha tocado?

Nacho abrió la tarjetita que llevaba.

—En la mesa 36. ¿Y a ti?

—En la 52.

Al cineasta no le hizo mucha ilusión oír eso. Le habría gustado sentarse con ella durante la cena para charlar más, pero indicó resignado:

—Espero que, después de la cena, me reserves algún baile.

—¡Y diez si quieres! No conozco a nadie aquí —se mofó Menchu.

Con una sonrisa en los labios, Nacho la acompañó hasta el lugar donde estaban Peter y Tomi y, cogiéndole la mano, se la besó con galantería.

—Recuerda, María, la de los ojos verdes, al menos me debes diez bailes.

Cuando dio media vuelta y se marchó, Menchu miró a sus amigos, y Tomi preguntó con sorna:

—Vaya..., vaya..., ¡María!

—Sí —afirmó Menchu feliz.

Peter y Tomi intercambiaron una mirada, y luego este último dijo con disimulo:

—¿Con éste también eres *Khaleesi* en la intimidad?

Al oírlo, ella soltó una carcajada, y Peter se mofó:

—¿María, la de los ojos verdes?

—Eso dice Nacho. ¡Qué tonto es! —exclamó ella riendo.

A cada instante más sorprendido, Tomi la miró.

—Pero ¿tú sabes quién es ese «tonto», *my queen*?

Menchu observó cómo se alejaba Nacho y llegaba hasta la mesa con el número 36, y al ver que se sentaba con George Clooney y su mujer, que hablaban con Steven Spielberg tan tranquilos, murmuró sorprendida:

—Pues... pues..., Nacho..., un mexicano muy agradable y que, por lo que veo, está relacionado con el mundo del cine.

Tomi y Peter se miraron. Sin duda la joven no tenía ni idea.

—Por el amor de *my life*, de *your life* y de la *life* de todos los que estamos aquí... —susurró Tomi.

Al oírlo decir eso con tanta parafernalia, Menchu lo miró sorprendida, y él añadió:

—Ese adonis es... ¡Nacho Duarte!

—Lo sé. Te lo acabo de presentar.

Peter sonrió. Estaba más que claro que Menchu no tenía ni idea y, acercándose a ella, le preguntó:

—¿Y de qué lo conoces?

Menchu tomó asiento en la mesa 52 y, mientras sus amigos se sentaban también, respondió:

—Lo conocí en Madrid. Fui a una fiesta con Eva y...

—*Oh-my-God!* ¿En serio no sabes quién es?

Ver a su amigo tan impresionado alarmó a Menchu y, tras mirar al mexicano, que hablaba animadamente con otro hombre trajeado, preguntó:

—Por Dios, Tomi, me estás asustando. ¿Quién es?

El aludido suspiró y, sin poder callar un segundo más, dijo:

—Nacho Duarte. Hijo de la hipermegaactriz de Hollywood Susan McDough y el interesante filósofo mexicano Alberto Duarte. Archirreconocido director de cine con nueve Oscar en su haber. También productor y guionista. Y, por si eso no te ha impresionado, te diré que es además uno de los cineastas norteamericanos más famosos de la industria mundial.

Menchu volvió a mirar a Nacho, y Tomi prosiguió:

—Viudo, sin hijos, las mujeres de medio mundo se lo rifan. Ah..., y también dueño de una de las mayores colecciones de coches de lujo que hay *in the world*.

Boquiabierta, Menchu parpadeó. Ahora entendía que la tal Miranda quisiera agradecerle.

Nacho le había parecido un tipo normal, por lo que balbuceó:

—No... no tenía ni idea.

Peter y Tomi se miraron, y el primero afirmó:

—Lo que yo decía.

La joven seguía sin dar crédito cuando, de pronto, Tomi dijo:

—Uiss, ¡que viene! ¡Que viene!

Menchu miró hacia donde su amigo señalaba.

Aquel hombre de apariencia tan normal caminaba hacia ella, y la joven no supo qué hacer. Se había amilanado al saber ahora toda aquella información sobre él, la acobardaba en cierto modo; pero éste, retirando la silla que había a su lado, declaró con una candorosa sonrisa:

—Solucionado. Me siento contigo.

Menchu asintió y, con cierta dificultad, murmuró estupefacta:

—Pero en la mesa 36 están George Clooney y Steven Spielberg.

Sin dejarla terminar, Nacho sonrió. Por el modo en que ella lo miraba, intuyó que ya le habían dicho quién era, y afirmó:

—Exacto, pero no estás tú, y me pareces mucho más interesante que ellos.

Boquiabierta, la joven miró con cierto disimulo hacia Tomi, que murmuró tan sorprendido como ella:

—*Oh-my-God!*

Minutos después dio comienzo la cena.



## Capítulo 36

Menchu estaba confundida. ¿Cómo un hombre tan popular y poderoso como él había preferido sentarse con ella antes que con otra gente influyente?

Estaba mirando el primer plato sin dar crédito cuando Nacho, acercándose a ella, dijo:

—No te dejes impresionar por lo que te han contado sobre mí. Hace menos de media hora me has explicado que, cuando conociste a Estela Noelia Rice Ponce, te sorprendió por su naturalidad y su humanidad, y yo te pediría que siguieras mirándome con los mismos ojos con los que me conociste, no con los que me miras ahora.

Menchu levantó la vista hacia él. Aquellas palabras y la sinceridad que vio en sus ojos la hicieron sonreír.

—¿Por qué no me dijiste quién eras y a qué te dedicabas? —cuchicheó.

Nacho dio un trago a su bebida y respondió:

—Tú tampoco me dijiste a qué te dedicabas ni quién eras. Sólo somos dos personas que se conocieron en una azotea y tuvieron una agradable charla y, por suerte, luego se reencontraron.

La joven asintió, cuando él prosiguió:

—No suelo ir diciendo a todo el mundo quién soy, María.

—Pero...

—Si algo me llamó la atención de ti fue que no lo sabías y eras natural. Estoy tan acostumbrado a que la gente no lo sea conmigo que me encanta cuando alguien lo es, ¡y simplemente lo disfruto!

—Y yo pidiéndote ese día que me soplaras en el ojo... —se mofó la joven al recordarlo.

Nacho sonrió.

—Lo creas o no —afirmó—, a mí también se me meten cosas en los ojos. Incluso en ocasiones me constipo, y si tomo algo en mal estado suele sentarme mal.

Menchu rio. Oírlo a él era como oír a Noelia cuando le decía cuánto cambiaba la gente tan pronto como sabía quién era en realidad, y con sorna preguntó:

—¿En serio te constipas?

Nacho soltó una carcajada. Aquélla era la María que deseaba conocer, y afirmó:

—Tanto, que la última vez pasé una semana en cama e incluso tuvieron que pincharme.

—Vaya...

—Ni que decir tiene que, cuando me recuperé, ordené liquidar a todo aquel que había osado pincharme en el trasero.

Ella asintió divertida. Le encantaba su sentido del humor, y estaba mirándolo cuando Nacho le pidió:

—Por favor, sé mi amiga y sigue siendo tú. Sólo te pido eso.

Hechizada, Menchu asintió. No sabía dónde se estaba metiendo, sólo sabía que aquel hombre le daba buenas vibraciones, y cuchicheó:

—Que sepas que ahora que sé quién eres, no quiero sólo diez bailes. ¡Quiero al menos veintiséis! Y más desde que me he enterado de que eres el caramelo de las mujeres.

Nacho rio satisfecho y afirmó:

—Serán todos tuyos.

A partir de ese instante, Menchu y Nacho se incorporaron a la conversación del resto de la gente de la mesa. Además de ellos y Peter y Tomi, había un par de médicos, un reportero gráfico que no les quitaba ojo, una modelo con su novio y un par de cocineros de renombre.

Todos estaban encantados con el particular compañero de mesa que les había tocado, y todos lo observaban con devoción, cosa que no le pasó desapercibida a Menchu.

Después de la cena, tras una charla por parte de los organizadores de la gala, todos los comensales pasaron a un salón colindante, donde una banda de música

swing amenizaba la velada.

Menchu, que tomaba algo junto a Peter y Tomi, observaba cómo Nacho charlaba al fondo del salón con Julia Roberts y su marido.

—Te apuesto lo que quieras a que Julia aparece en su próximo *project* —dijo Tomi de pronto.

Peter sonrió.

—Antes ha dicho que tenía una cita con Noelia cuando regresara a Los Ángeles.

Al recordar aquello, Tomi sonrió y, llevándose la mano al cuello, cuchicheó:

—Julia y Noelia juntas en un filme... ¡*Oh, my God*, qué duelo de *queens*!

Menchu asintió, sin duda sería estupendo, y exclamó:

—¡Un bombazo!

Tomi aplaudió feliz:

—¡Taquillazo..., taquillazo!

Cinco minutos después, Nacho regresó junto a ella. Ambos se miraron cuando la banda comenzó a tocar *Summer Wind*, de Frank Sinatra, y el cineasta, parándose frente a Menchu, le tendió la mano y preguntó:

—¿Me concede este baile, señorita?

La joven sonrió y, tras mirar a Tomi, le guiñó el ojo y, cogiendo la mano de aquél, salieron a la pista y comenzaron a bailar.

Estaban en silencio cuando Nacho comentó:

—Un poco antigua, la canción, pero es agradable de bailar.

Ella asintió.

—A mí me encanta la música viejuna.

—¿Viejuna?! —Nacho rio.

Ella volvió a asentir y, al ver cómo la miraba, aclaró:

—No lo digo despectivamente, ¡Dios me libre!, sólo me refiero a que es música de otra época, que no todo el mundo sabe valorar.

—En eso estamos de acuerdo —afirmó él.

—Hoy por hoy, la gente no suele escuchar a Sinatra, pero a mí me gusta. Es más —añadió—, en casa tengo un par de CD suyos que compré el mismo día que...

Al decir eso, su mente dio un vuelco. Lucas. No quería pensar en él, no debía, pero Nacho, al ver su expresión, preguntó:

—¿El mismo día que compraste qué?

Maldiciendo para sus adentros por haber pensado en ello, Menchu respondió:

—Un CD de Eric Benét.

—¡Eric! —exclamó él sonriendo—. ¡Qué gran tipo! ¿Lo conoces?

Menchu negó con la cabeza. Pero ¿cómo iba a conocerlo ella?

—Es muy amigo mío —explicó él—. Cuando quieras, te lo presento. Por cierto, actúa dentro de tres semanas en un local muy chic de Los Ángeles para los amigos.

—¡Qué bueno!

—¿Te apetece venir conmigo? Te lo puedo presentar si quieres.

Ella parpadeó. ¿Iba a conocer a Eric Benét?

No sabía qué decir. Sólo podía pensar en Lucas, a él le encantaría conocerlo, y entonces Nacho insistió:

—¿Qué me dices? ¿Te animas?

Volviendo a la realidad, Menchu miró a aquel que la contemplaba con una sonrisa en los labios y, recordando algo, dijo:

—Tengo diez días para presentar mi proyecto a Cadillac...

—¿Diez días?! —preguntó él sorprendido.

Menchu asintió.

—Si quiero conseguir ese contrato y dejarte en buen lugar por ser tu amiga, voy a tener que emplearme a fondo.

Nacho asintió. Sabía lo que era el esfuerzo en su trabajo, e indicó:

—Lucha por ese contrato, y por el concierto no te preocupes: ya habrás acabado y presentado el proyecto para la fecha.

De pronto, varios *flashes* a su alrededor hicieron que Menchu cerrara los ojos. Era lo que tenía estar rodeada de tanto famoso.

—De acuerdo —aceptó—. Me encantará ir a ese concierto.

Nacho sonrió.

—Ya verás lo bueno que es Eric en directo. ¡Es colosal!

Ella asintió, no lo dudaba ni por un segundo.

\* \* \*

Esa noche, cuando llegó el momento de despedirse, Nacho se resistía.

Era estupendo estar con aquella muchacha. Llevaba tiempo sin poder estar con alguien tan bien, sin poder charlar o reír con tanta naturalidad, y cuando Peter y Tomi se acercaron a ellos para buscar a la joven, él dijo mirándola:

—Esta vez sí que nos daremos los números de celular. Ya no estamos tan lejos.

Menchu sonrió y, cogiendo el teléfono que él le tendía, marcó su número y, una vez que hubo cortado la comunicación, informó:

—Ya tienes el mío y yo el tuyo.

Nacho asintió y, sin apartar los ojos de ella, comentó:

—¿Sabes? No pensaba venir a esta gala, pero me alegro mucho de haberlo hecho.

A continuación, le cogió la mano, le besó los nudillos y añadió:

—María de los ojos verdes, ha sido un placer reencontrarme contigo.

—Lo mismo digo —afirmó Menchu, hechizada por su caballerosidad. A pesar del deseo que veía en su mirada, no se había propasado lo más mínimo con ella en toda la noche.

Tras darles la mano a Peter y a Tomi, Nacho volvió a mirarla y señaló antes de marcharse.

—Te llamaré en unos días. ¡Suerte con el proyecto!

Ella asintió y, tras guiñarle un ojo, él dio media vuelta y se alejó. Se montó en un Ferrari F430 rojo y se marchó. Tomi, que observaba el rostro de su amiga, se le acercó con disimulo y cuchicheó:

—Coge las bragas del suelo..., o te caerás al andar.

Su comentario la hizo reír y, boquiabierta, lo miró y exclamó, al más puro estilo Tomi:

—*Oh, my God!* ¡Qué ordinariez!

## Capítulo 37

En España, en la base de los GEOS en Guadalajara, Lucas estaba dando una de sus clases de artes marciales.

—Por favor, ven aquí —reclamó, dirigiéndose a Emilio.

Este último resopló, mientras que Damián sonrió. Ya sabía lo que tocaba, y cuando Lucas le hizo una llave y Emilio cayó al suelo, lo oyó decir:

—Esto es lo que nunca debe pasar. Tienes que anclar bien los pies, junto con la cadera, para equilibrar las piernas, y así tu oponente no tendrá la más mínima posibilidad de moverte.

En cuanto Emilio se levantó ante la cara de guasa de todos, Lucas se colocó en posición y pidió:

—Intenta tirarme.

Durante un rato, él lo intentó, pero fue imposible. Lucas era una mole de piedra dura difícil de mover, y cuando paró sudoroso, su instructor lo noqueó en el suelo tras un rápido movimiento.

—Vale, nenita..., hemos acabado por hoy —se mofó Lucas.

Todos rieron.

El buen humor entre ellos era esencial, aunque el de Lucas últimamente parecía extraviado.

Nadie supo nunca de su viaje a Los Ángeles, y les agradeció en silencio a Tomi y a Menchu que le guardaran el secreto. Bastante humillante había sido para él como para que encima sus amigos se burlaran.

Media hora después, una vez acabada la clase de artes marciales, en el vestuario Damián recibió un wasap de Eva, y sonrió. Le enviaba una fotografía de Menchu bailando con un hombre y, bajo la imagen, una nota de prensa que

decía: «Ignacio Duarte, de fiesta».

Estaba mirando la foto cuando sonó su teléfono. Era Eva y, sentándose en un banco, la saludó:

—Hola, preciosa.

Ella, que estaba en casa de su cuñada Noelia, sonrió al oír su voz.

—Hola, cucaracho. ¿Sales ya?

Damián asintió y, cuando iba a hablar, ella añadió:

—¿Has visto la foto que te he enviado?

—Sí. Era Menchu, ¿verdad?

Eva, que observaba cómo Noelia hablaba por teléfono con Tomi y gesticulaba, asintió y cuchicheó:

—No te lo vas a creer, pero hoy esa foto es portada en casi todas las publicaciones del corazón. Al parecer, el buenorro que...

—¿Buenorro?! —exclamó Damián molesto.

Eva suspiró.

—Sí, cariño, buenorro..., ese tío está buenorro, ¿o es que no lo ves?

Él resopló con incredulidad y repuso:

—Pues no. No lo veo. Sobre todo porque a mí me van más las *buenorras*.

Oír eso molestó a Eva. Aquello era sinónimo de discusión, por lo que iba a decir una de sus lindezas, pero lo pensó y calló. No quería discutir con él. Así pues, contó hasta diez y, una vez que la mala leche pareció relajarse, indicó:

—De acuerdo, cariño. Creo que los dos somos lo bastante adultos y mayores como para saber que en el mundo hay buenorros y buenorras, ¿verdad?

—Verdad.

Permanecieron en silencio unos segundos, hasta que Damián, sintiendo que ahora era él quien tenía que dar el pasito, dijo:

—Pero para mí sólo estás tú.

—Y tú para mí..., ¡so tonto!

Ambos rieron y luego Eva prosiguió:

—El caso es que el tío con el que aparece Menchu en la foto es uno de los directores más influyentes del cine americano, ha ganado nueve Oscar de Hollywood y, al parecer, es el mayor coleccionista de coches de lujo del mundo. ¿Cómo te quedas?

—Sorprendido —contestó él con una sonrisa—. Creo que tan sorprendido

como tú.

—Según nos ha contado Tomi —prosiguió ella, omitiendo que Menchu lo había conocido en la fiesta donde ella había conocido a Luis—, anoche asistieron a una gala en Los Ángeles y no se separaron en toda la noche. ¿Qué te parece?

Damián asintió y, encogiéndose de hombros, respondió:

—A mí me parece bien, siempre y cuando sea lo que ella quiere.

Feliz y encantada por su amiga, Eva soltó una risotada y, entornando los ojos, murmuró:

—Enséñale la foto a Mariliendre.

—Eva... —empezó él riendo.

—No, en serio, cariño, enséñasela para que vea que Menchu pasa totalmente de él y tiene ojos para otro que es más alto, con más dinero y, por supuesto, está más bueno que él.

Damián miró hacia las duchas, donde estaba Lucas, muy serio, y cuchicheó:

—Pero, cariño, sabes bien que paso de ir de portera.

Pero Eva, deseosa de que Lucas viera que su amiga ¡por fin! había dado carpetazo a lo suyo, repuso:

—De acuerdo. Le diré a Noelia que se la mande a Juan para que se la enseñe.

Divertido, Damián soltó una risotada en el momento en que Lucas salía de la ducha, y susurró:

—Mira que eres puñetera.

Ella sonrió, sin duda lo era, y, centrándose en su chico, preguntó:

—¿Vienes a buscarme a casa de Juan o...?

—¿Qué tal si nos vemos en la mía? —la cortó él.

Encantada, Eva asintió y preguntó, deseosa de verlo:

—¿Te casas conmigo?

Damián sonrió y, satisfecho al oírla, respondió:

—Por supuesto que no.

Ella soltó una carcajada. Aquello se había vuelto un juego entre ellos.

—OK —aceptó—. Tú te lo pierdes, mi amor. Nos vemos en tu casa.

Una vez que hubo colgado el teléfono, Damián, encantado porque Eva esa vez se hubiera tomado la relación con una madurez que no esperaba, miró a su amigo Lucas, que estaba frente a su taquilla, y sin poder remediarlo dijo al



tiempo que levantaba el móvil:

—¡Mira!

Él, sin saber a qué se refería, se acercó al teléfono. De inmediato vio la foto de Menchu bailando con un tipo y leyó el titular.

Extrañamente, el estómago le dio un vuelco, pero preguntó sin inmutarse:

—¿Qué tengo que mirar?

—Menchu...

Lucas asintió.

—Hasta ahí llevo. Conozco a Menchu, pero ¿qué quieres que mire?

Damián, al ver que le importaba un pimiento el tema, asintió, le quitó el teléfono y dijo, dejándolo en su taquilla:

—Sólo quería que vieras que Menchu está perfecta y se lo está pasando muy bien en Los Ángeles.

Fabricando una sonrisa y ocultando su malestar, Lucas asintió.

—Es lo que tiene que hacer.

Y, sin más, regresó hasta su taquilla mientras en su mente se grababa el nombre de Ignacio Duarte y la rabia por lo que había visto lo carcomía.

¿Quién era aquel tipo?

\* \* \*

Una hora después, cuando Lucas entró en la casa de alquiler en la que vivía, soltó la bolsa que llevaba en la cocina, la abrió y, tras sacar la ropa, la metió en la lavadora y la puso en marcha.

Después fue a la nevera, cogió una cerveza, dio un primer trago y se encaminó hacia su portátil. Lo abrió y, en cuanto se conectó a la red, tecleó «Ignacio Duarte» en el buscador.

Enseguida aparecieron cientos de fotos de aquél.

El tipo era de padre mexicano y madre estadounidense y, por lo que pudo leer, gracias a la fama de su madre, que era actriz, siempre había vivido muy bien. «¡Niño de mamá!», pensó.

Sorprendido, vio fotos del tipo con sus ligues y leyó acerca del fallecimiento de su mujer.

Una foto, dos, veinte..., se empapó de quién era aquél y se sorprendió al ver

que no era el niñito de mamá que había supuesto en un principio, sino un tío currante. Había comenzado como guionista para diversas series de televisión y había sido premiado en varias ocasiones. De ahí pasó a ser productor, hasta que terminó siendo un afamado director premiado con nueve Oscar.

Boquiabierto, Lucas siguió leyendo y silbó cuando vio las fotos de su colección de coches de lujo. Sin duda el tío lo tenía todo. Guapo, rico, poderoso..., ¿qué más podía pedir?

Con mal gesto, continuó viendo noticias sobre aquél, hasta que llegó a unas fotos actuales en las que se lo veía con Menchu, muy divertidos los dos, durante la gala de la noche anterior. Clavando la mirada en ella, se fijó en que no llevaba sus gafas y sonrió al verla tan arreglada y maquillada. Nunca la había visto así y, sorprendido, murmuró con cierta añoranza:

—Gafitas..., estás preciosa.

Pero la sonrisa se le esfumó rápidamente al leer los titulares que hablaban de romance a la vista. Eso no le gustó un pelo.

Minutos después oyó el pitido de la lavadora al acabar y, enfurruñado, cerró la pantalla del portátil. No quería ver nada más, por lo que, levantándose, se dispuso a tender la colada.

Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en lo que había visto. Menchu, su Menchu, divirtiéndose con otro que no era él. Eso le escocía, le picaba, y, dejando la ropa a un lado, cogió su cazadora y las llaves de la moto y se marchó al Croll, donde seguro que se encontraría con alguien con quien tomarse una copa.

## Capítulo 38

Durante días, Menchu se encerró en la casa con su portátil y dos ordenadores más que Tomi le prestó. ¡Tenía que trabajar!

Por la mañana, antes de empezar, se metía en el gimnasio que Peter y Tomi tenían en la casa y primero se hacía media hora en la bicicleta estática y después otra media caminando a buen ritmo en la cinta de correr.

El *personal trainer* de su amigo, Brandon McQueen, al ver a la joven implicada en el deporte, la animó y le incluyó algunos ejercicios con las pesas que ella realizaba encantada.

El deporte era algo que nunca le había gustado, pero se motivó tomándose los como una rutina para no acartonarse frente al ordenador y los hacía de buen grado. Si Brandon decía que eran buenos, ¿quién era ella para dudarlo?

A la hora de la comida, con tal de no preocuparse por ella, dejaba que Tomi decidiera qué comer y, por extraño que pareciera, juntos siguieron un plan de comida sana, ¡sanísima!

Se acercaba el cumpleaños de su amigo y él quería entrar en su increíble traje, por lo que ella se solidarizó y comió lo mismo que él, incluso menos. El trabajo la consumía.

En relativo silencio, Tomi la molestaba cada dos por tres. Trabajar con él cerca era imposible, hasta que finalmente, cansada, Menchu lo puso a seleccionar fotos y noticias relacionadas con Cadillac. Sin duda Tomi tenía ojo para el glamur y el buen gusto y podía ayudarla en su elección de las fotografías.

Durante esos días, por las noches, antes de dormir, escuchaba con los auriculares puestos aquella canción de Eric Benét titulada *The Last Time*, que la acercaba a Lucas. En cuanto cerraba los ojos y la escuchaba, lo sentía a él cerca,

muy cerca, y aunque disfrutaba haciéndolo, cada noche el corazón se le rompía en un cachito más al ser consciente de la cruda realidad.

La magia entre ellos nunca existiría.

Necesitaba olvidarse de él, pero no lo conseguía, y menos cuando abría su móvil y veía una foto de ambos juntos, sonriendo en la playa de Cádiz.

¿Cómo podía pasarlo bien si sólo era capaz de pensar en él?

Conociendo a Lucas, tras lo ocurrido entre ellos, él se lo estaría pasando de lujo con sus rubias, sus morenas o sus pelirrojas, mientras escondía esa parte sensible que tan especial lo hacía. Menchu pensó en su último encuentro. Cuando le dijo que había viajado allí para verla.

¿Cómo podía creerlo? Él, que era el tipo más frío del universo en lo referente a las relaciones... ¿Cómo creerlo en algo así?

En esos días, Nacho no la llamó, no la molestó, para que pudiera concentrarse totalmente en su trabajo, y ella se lo agradeció. No obstante, sí le envió varios ramos de rosas que Tomi recogía entre gritos y algarabía. Se volvía *¡crazy!*, como él decía.

Cada ramo era de un color y siempre iban acompañados de notitas en las que le decía cosas como: «Lo harás genial», o «¡Será la mejor web de Cadillac!».

Leer la positividad que él le mandaba la hacía sonreír como una tonta, pero tenía que centrarse en su trabajo, y éste consistía en presentar la mejor web que hubiera hecho hasta el momento en apenas diez días.

\* \* \*

Y el día llegó.

Menchu debía reunirse con los directivos de Cadillac y, acompañada por Tomi, se plantó en sus oficinas y les presentó su proyecto: una web dinámica, con estilo y ágil para el consumidor.

Miranda Withman, una vez acabada su presentación junto al resto de los directivos, le dio las gracias por su trabajo y quedó en llamarla al cabo de unos días. Tenían que valorar los siete proyectos recibidos y, de ahí, escoger el mejor para ellos.

Una vez liberada de aquella tensión, Tomi y ella lo celebraron yendo a un precioso balneario y centro de estética situado en un prestigioso y carísimo

barrio de Los Ángeles. Cuando entraron, las esteticistas, amigas de Tomi, miraron a Menchu, y la más alta preguntó:

—¿Es ella?

—Sí, *my love*.

Menchu miró a su amigo y éste añadió con una sonrisa:

—Hoy es el día. Dana dará forma a tus horribles cejas.

Ella resopló, y aquella mujer dijo mientras la observaba:

—Sin duda, para tu rostro, un ángulo pronunciado que te levante la mirada te sentará muy bien.

Tomi volvió a sonreír satisfecho y, señalando a otra chica, indicó:

—Ella es Samantha. Te hará la mejor depilación de axilas, piernas y otra cosita que seguro que no te has hecho en la vida.

Menchu se horrorizó, pero cuando iba a quejarse la mujer añadió:

—Tranquila, prometo que no dolerá y quedarás muy contenta.

Todos la miraban. Esperaban mucho de ella y, viéndose sin posibilidad de escape, al final afirmó:

—Muy bien. Comencemos.

Durante horas, aquellas profesionales se ocuparon de ella con mimo y con amor, y aunque en ciertos momentos la joven deseó salir corriendo de allí, no lo hizo. Sin duda aquello era parte del cambio que necesitaba, y tenía que aguantar.

Cuando, tiempo después, las chicas acabaron, Tomi miró a su amiga y cuchicheó:

—Por el amor de Diorrrrr..., estás *divine* con esas cejas.

Menchu se miró en el espejo y asintió.

Simplemente con aquello, su mirada parecía más viva, más actual, más profunda, e iba a decir algo cuando él le tocó las piernas y añadió:

—Ahora sí, *my queen*. Ahora sí puedes lucir piernazas.

Menchu sonrió. Sin duda habían hecho un buen trabajo; entonces él la cogió del brazo y murmuró:

—Lo otro..., no te digo que me lo enseñes porque es muy íntimo.

—¡Tomi! —Rio.

—Aiss, *Khaleesi* —se mofó su amigo.

Al oír que la llamaba de ese modo, iba a protestar cuando él dijo:

—Vamos, nos merecemos un té helado y un *marvellous* masaje de *chocolat*.

Veinte minutos después, cuando estaban tumbados sobre dos camillas a la espera de que llegaran las masajistas, Tomi preguntó, mirándola:

—¿Quedarás con Nacho ahora que has acabado el proyecto de Cadillac, *queen*?

Ella lo pensó. Nacho le parecía un tipo estupendo y, consciente de su respuesta, aseguró:

—Sí.

Tomi sonrió y, retirándose el flequillo con coquetería, volvió a preguntar:

—¿Y Lucas?

Lucas... Lucas... Lucas...

Oír su nombre hacía que el corazón le aleteara descontrolado, pero, dispuesta a salir del pozo donde estaba atrapada, respondió:

—¿Quieres dejar de hablarme de Lucas?

—Lo intento, *darling*..., pero ¡tengo una lengua viperina!

La joven resopló y, pensando en aquél, susurró:

—Lucas es pasado, y...

—¿... Nacho futuro?

Al oír eso, Menchu miró a su amigo.

—Tomi, sólo sé que es una buena persona y me apetece divertirme con él. No pienso en nada más.

Él asintió, sin duda, ella tenía razón, pero cuchicheó:

—*My love*, me apena ser consciente de que entre tú y Lucas ya no habrá nada.

Menchu sonrió con tristeza.

¿Realmente Lucas y ella habían tenido algo?

Pero, cansada de hablar de él, estaba a punto de replicar cuando las chicas que iban a darles el masaje entraron en la sala y tan sólo murmuró:

—Disfrutemos del masaje y no pensemos en nada más, ¿vale?

—*OK, darling* —afirmó Tomi.

## Capítulo 39

En España, Lucas iba con sus compañeros en el furgón de los geos mientras se preparaban para un operativo.

Al parecer, la policía de Soria, tras meses de investigación, había localizado a una peligrosa banda organizada de ladrones que atracaba hogares y comercios.

Una vez que llegaron allí y se los informó con detenimiento de la cantidad de personas que había en el piso y de la tipología de aquél, tras hablar entre ellos y tomar decisiones y posiciones, entraron de inmediato en la guarida de los ladrones.

Con rapidez y eficacia, los detuvieron a todos mientras dormían, excepto a uno, que les dio esquinazo y, escapando, llegó a la escalera y comenzó a subirla. Al percatarse de ello, Lucas fue tras él seguido por Juan. El tipo se dirigía hacia la azotea del edificio.

Lucas subía los escalones de dos en dos sin perderlo de vista y, cuando vio que el ladrón saltaba de la azotea de un edificio a otra, no lo dudó e hizo lo mismo, mientras Juan le gritaba que parara.

Aquello era una locura, una imprudencia.

La distancia era excesiva, pero, por suerte, Lucas llegó a la otra azotea, rodó por el suelo, agarró al tipo y comenzó a forcejar con él, recibiendo varios golpes que lo enfadaron más y más.

En cuanto consiguió hacerse con el maleante y doblegarlo, lo esposó y, tras hacerle una señal a Juan, que se hallaba en la otra azotea, para indicarle que todo estaba controlado, se dirigió hacia la escalera para bajar.

Después de la tensión vivida por lo que podría haber ocurrido, Juan asintió ya más tranquilo y bajó también a la calle. Cuando se encontró abajo con Lucas,

preguntó, al ver gotear sangre de su pasamontañas negro:

—¿Estás bien?

Su amigo, con la respiración acelerada por el esfuerzo, y aun notando el sabor salado de la sangre en la boca, afirmó con un escueto:

—Sí.

Segundos después, la policía de Soria llegó hasta ellos para llevarse al ladrón, momento en el que Juan, que caminaba junto a Lucas, dijo:

—¿Cómo se te ocurre saltar de una azotea a la otra? Podrías haber caído al vacío y...

—Venga, Juan, no me jodas —protestó él.

El aludido miró a su compañero y amigo. Llevaba un tiempo mostrando un carácter demasiado irascible. Todo le enfadaba, todo le molestaba, y apenas si lo había visto sonreír o bromear, pero, sin perder la compostura, preguntó:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Sin quitarse el pasamontañas, Lucas lo miró y respondió:

—Nada.

—Lucas...

Pero él, al llegar a un punto, cambió de rumbo y se separó de Juan.

Éste observó cómo se alejaba.

¿Qué le ocurría?

En las dos últimas intervenciones había corrido más riesgos de la cuenta, y eso lo preocupaba.

Lucas siempre había sido un tipo cerebral, y ahora lo notaba muy visceral.

Estaba pensando en ello cuando Damián y Carlos se acercaron a él y, al ver a Lucas meterse en el furgón del equipo, quisieron saber:

—¿Qué ha pasado?

Juan les explicó lo ocurrido y luego dijo:

—¿Habéis notado algo raro últimamente en él?

Carlos asintió.

—Sí. Que está en modo capullo.

Los tres sonrieron, y Damián afirmó:

—Sé a qué te refieres. Y también lo he notado. Pero le he preguntado y no cuenta nada. Ya sabéis que es bastante reservado para sus cosas.

Juan asintió, sabía muy bien cómo era. Y, seguro de lo que decía, afirmó:



—Si cualquiera de vosotros consigue saber algo, que me informe, ¿entendido?

Carlos y Damián asintieron y, mientras el primero se quedaba hablando con él, el segundo se dirigió al furgón. Le preocupaba su amigo y, al verlo allí sentado con el rostro manchado de sangre, preguntó alarmado:

—¿Estás bien?

Lucas, limpiándose la sangre de la boca con un clínex, indicó:

—Tranquila, nenita. No ha sido nada.

Sin hacerle caso, Damián revisó el rostro de su buen amigo y, al ver que la sangre provenía del labio, se tranquilizó.

—Espero que el otro quedara peor. —Sonrió.

—Te lo aseguro —afirmó él con una sonrisa ácida.

Estuvieron unos segundos en silencio, hasta que Damián dijo, aprovechando el momento:

—Lucas, te considero mi hermano y, cuando me ocurrió lo de Eva, así me lo demostraste, y te lo agradeceré eternamente.

—¿A qué viene eso? —preguntó Lucas, mirándolo.

Damián asintió con gesto cómplice y, bajando la voz para que nadie los oyera, contestó:

—Viene a que estoy aquí para lo que necesites, ¿entendido?

Lucas sonrió, pero, sin querer contarle algo que ni él mismo entendía, repuso:

—Lo sé, hermano, lo sé.

Segundos después, el equipo al completo montó en el furgón y éste regresó a Guadalajara. Una vez allí, tras rellenar varios informes, se ducharon, y Lucas, sin hablar ni bromear, se cambió de ropa y, cogiendo su moto, se marchó a su casa mientras sus amigos lo observaban preocupados sin entender qué le ocurría.

## Capítulo 40

El tiempo pasaba en Los Ángeles. Menchu ya llevaba allí más de dos meses y cada día se encontraba mejor.

Pensar en Lucas siempre la hacía sufrir, por lo que cada vez que su mente lo recordaba, se regañaba a sí misma e intentaba infundirse positividad. La necesitaba.

Haber presentado el proyecto a Cadillac le alegró el humor y decidió permitirse algunos caprichitos. ¿Por qué no?

Aquella mañana, ella y Tomi caminaban por Rodeo Drive cuando le sonó el teléfono. La joven lo sacó del bolsillo de su pantalón vaquero y, tras enseñarle a su amigo quién llamaba y ver cómo él gesticulaba, saludó:

—Buenasssss.

Nacho, que estaba en su despacho, dijo al oír su voz:

—Hola, María de los ojos verdes.

Ambos rieron, y luego él preguntó:

—¿Qué tal la presentación de tu proyecto?

—Creo que bien —respondió Menchu—. Ahora sólo tengo que esperar la contestación por parte de ellos.

Nacho, que sabía lo que ella había presentado, comentó:

—Muy acertado tu trabajo. ¡Eres buena!

—¿Lo has visto? —preguntó ella sorprendida.

El mexicano, que era un tipo influyente, y no sólo en el mundo del cine, miró una foto que tenía sobre la mesa y afirmó:

—Sí, y creo que te voy a contratar para que me hagas una nueva página web.

—¡Estupendo! A ti te haré buen precio —cuchicheó ella divertida.

Nacho rio y luego indicó:

—En serio. Me consta que tu trabajo ha gustado mucho, y creo que pronto recibirás buenas noticias.

A Menchu se le aceleró el corazón. Contar con el contrato de Cadillac sería algo muy importante para ella y, cuando iba a decir algo, él preguntó:

—¿Sigue en pie lo de ir al concierto de Eric Benét juntos?

—¡Claro! Es mañana, ¿verdad?

—Sí —afirmó Nacho—. Pasaré a buscarte sobre las ocho, cenaremos y luego iremos al concierto.

—¡Perfecto!

Contento de oír su positividad, él asintió y, al ver a su secretaria entrar en su despacho, se despidió de Menchu:

—Pues no se hable más. Mañana nos vemos.

Cuando ella colgó, Tomi le preguntó:

—¿Tienes una cita con él?

—Sí.

—«El gato quiere gataaaaaaaaaaaaaaaaa...» —canturreó aquél.

Ambos rieron, y luego Menchu comentó:

—Me ha dicho que mi trabajo ha impresionado a los de Cadillac.

—*Oh-my-God!* —chilló Tomi—. Eso sí que es bueno.

—¡Buenísimo! —aplaudió ella feliz.

Durante un rato, los dos amigos hablaron del tema, y al final ella dijo:

—Mañana he quedado con él. Cenaremos y luego iremos a ver a Eric Benét cantar.

—*I love Eric Benét!* ¡Es tannnnnnnnn romántico y *divineeeeeeeeeeeee!*

Ambos rieron, y entonces ella lo miró y dijo, subiéndose los vaqueros:

—Tengo que comprarme un cinturón. Se me caen los pantalones.

Tomi la miró y, al ver las bolsas que le hacían en los muslos, indicó:

—Te van grandes. Debes cambiarlos.

Ajustándoselos a la cintura, Menchu respondió:

—Me los compré hace tan sólo unos meses. Están nuevos aún.

Él la miró e insistió:

—Pues, *lady*, te quedan enormes.

Menchu sonrió.

La verdad era que el pantalón se le caía y, cuando más tarde entraron en una tienda y se probó uno negro de la talla 42, murmuró con incredulidad:

—¿Este tallaje está bien?

—*Yes!* —replicó Tomi—. Creo que la dieta, mis cuidados y el ejercicio te están favoreciendo, ¿no te parece?

Ella se miró en el espejo y asintió. La imagen que éste le devolvía poco o nada tenía que ver con la Menchu de hacía escasos meses. Sin duda le gustaba lo que veía reflejado, y afirmó:

—Sí. Creo que sí.

Durante un buen rato se probó distintas cosas: pantalones, faldas y algún que otro vestido de noche. Como siempre, Tomi le hacía probarse cosas que ella nunca habría elegido, y tenía que aceptarlo: las prendas que él escogía le sentaban muy pero que muy bien. En un momento dado se puso un escotadísimo y ajustado vestido negro, y su amigo, al verla, gritó:

—*Oh-my-God!* Eres un cisne en todo su esplendor.

Sin dar crédito, Menchu se miró al espejo. Aquélla era ella, la chica de siempre, pero con unas curvas y un estilo diferentes.

—¿No crees que este vestido es demasiado... para mí? —murmuró.

—¡Este vestido está hecho para ti! —replicó él—. Pero ¿no ves lo *divine* que estás?

Menchu asintió. Sin duda, la hacía bonita.

—La verdad es que me gusta mucho —afirmó con una sonrisa—. No lo voy negar.

—Cuando regresemos a casa, te pesas —cuchicheó Tomi, admirando lo guapa que estaba su amiga—. ¿Cuánto habrás adelgazado?

Menchu continuó mirándose en el espejo encantada. Ella siempre había llevado la talla 44, incluso la 46, y afirmó:

—No lo sé, pero, sea lo que sea, ¡es bienvenido!

Tomi la observó complacido. Ver a su amiga tan guapa lo hizo suspirar, y cuchicheó:

—Quiero que te pongas este vestido para mi *party* de cumpleaños. —Y, cogiendo un collar de bisutería con unos pedruscos rosa y resplandecientes, añadió—: Con este collar cayendo hacia tu espalda..., ¡*marvellous!*

Menchu se dejó poner el bonito collar y, mirándose en el espejo, se dio la

vuelta para verse por detrás y afirmó satisfecha:

—De acuerdo.

—Cuando te vea Khal Drogo, ¡se va a morir!

Al oír eso, Menchu se detuvo, miró a su amigo y murmuró suspirando:

—Deja de hablar de él y de llamarlo así.

—¿Por qué, *Khaleesi*?

Ella resopló.

—Deja de llamarme así también a mí. Pero ¿no te das cuenta de que...?

—Vale..., vale..., *sorry!* ¡Soy lo peor!

—Tomi...

—Soy un romántico que aún cree en el amorrrrrrrrrrrrr. Aunque, cuando se dan situaciones como la tuya, sigo pensando que el amor es como una paloma: viene, se caga y se va.

—Ya te digo... —afirmó Menchu, que ya le había oído aquello alguna vez.

Guardaron silencio unos segundos, hasta que Menchu volvió a mirarse al espejo y, sin poder evitarlo, murmuró:

—Dudo que él se fije en mí.

Tomi, que había sacado sus propias conclusiones con respecto a aquellos dos, exclamó:

—¿Por qué lo dudas?!

Ella sonrió con tristeza. Conocía a Lucas y, consciente de las chicas que irían a aquella fiesta, afirmó:

—Porque yo misma lo he echado de mi lado y, con lo orgulloso que es, dudo que me mire siquiera. Además, habrá demasiadas mujeres guapas en tu fiesta como para que ese idiota se fije en mí.

Tomi parpadeó, pero no dijo más. Probablemente Menchu tenía razón.

Esa noche, cuando llegaron a la casa cargados de bolsas con la ropa que ambos habían comprado, la joven le pidió a Tomi una báscula y, cuando se subió a ella, se quedó boquiabierta al comprobar que había perdido...

—¡Seis kilos! ¿He perdido seis kilos?

Sin dar tiempo a que su amigo respondiera, se bajó de la báscula y se volvió a subir. Seguro que estaba mal.

Pero el peso volvía a ser el mismo y, feliz por la proeza conseguida sin proponérselo, iba a decir algo cuando Tomi exclamó, encantado de la vida:

—¡Si es que no hay nada mejor que olvidarse de las patatas fritas, los donuts y las tostadas francesas y coserse la boca!

Ambos soltaron una carcajada, y luego él, al ver a su amiga mirarse en el espejo de nuevo, afirmó:

—¡Seis kilos, *my love*! Con razón se te caían los pantalones.

Ella asintió feliz y, tras ofrecerle la báscula a Tomi para que se pesara, él la rechazó divertido y repuso:

—Mejor tengamos la fiesta en paz, *darling*.

Al día siguiente, Menchu se puso un vestido minifaldero de color plata que se había comprado junto con unas sandalias monísimas y pensó en Lucas.

¿Qué opinaría si la viera vestida así?

Estaba pensando en ello mientras se miraba al espejo cuando Tomi entró en la habitación y chilló:

—*You are divineeeeeeeeeeeeeee!*

Menchu lo miró.

—¿Crees que voy bien así? ¿Este vestido no es demasiado llamativo?

Él suspiró. Aquella que lo miraba vestida con gracia no tenía nada que ver con la Menchu que él conocía y, contemplándola en el espejo, le pidió:

—Mírate y dime qué ves.

Ella obedeció.

Aún le costaba creer que aquella chica de pelo perfecto, mechas bonitas y vestida con glamur fuera ella, y sonriendo respondió:

—Realmente, un borrón sin las gafas.

Él cogió las gafas de su amiga con una sonrisa y, mirándolas, dijo:

—Esto hay que solucionarlo. O te operas la vista o te saco los ojos. ¡Tú decides!

Menchu se puso las gafas de pasta muy deprisa y, mirándose de nuevo en el espejo, contestó:

—Veo a una chica... moderna.

—¡Sí!

—Actual...

—*Yes!*

—Con estilo...

Ambos sonrieron, y Tomi afirmó:

—Ésa eres tú. Una *lady* moderna, actual y estilosa. ¿Acaso no ves tu potencial? Vestida así, no tienes nada que envidiarle a nadie. Por cierto —añadió, cogiendo su móvil—, posa y le enviaremos una foto a Eva; ¡le encantará!

Menchu lo hizo. Aun sin preguntar, sabía dónde iba a terminar aquella foto, por lo que se quitó las gafas y posó, tirando un beso. Cuando Tomi le hubo sacado unas cuantas, exclamó:

—*Perfect!* Luego se la envió a nuestra loca, que ahora estará durmiendo.

Sin quitarse ojo de encima, Menchu sonrió y, consciente de su transformación, murmuró:

—¡Gracias, Tomi!

—¿Por...?

Y, señalándose a sí misma, indicó:

—Por hacerme ver que puedo ser bonita.

Feliz y dichoso, él la abrazó.

—Tú ya eras bonita —señaló—, sólo que ahora, con mi ayudita, luces más. Pero, oye, ¡ponte las lentillas ya!

Divertida, ella lo hizo, y una vez que hubo guardado sus gafas en el bolso, se oyó el timbre de la puerta y ambos salieron corriendo de la habitación.

Peter, que salía del comedor, al verlos aparecer, miró a Menchu y comentó:

—Princesa..., estás impresionante.

—Gracias.

Cuando Peter abrió la puerta, frente a ellos apareció un guapo Nacho, que, con una preciosa sonrisa, los saludó y silbó sorprendido mirando a Menchu.

Todos sonrieron, y él declaró admirándola:

—Estás preciosa.

—Una diosa del Olimpo, *of course!* —añadió Tomi entusiasmado.

Nacho asintió. Sin duda, con aquel vestido minifaldero plateado, Menchu estaba sexy, muy sexy.

—¿Preparada para ver a Eric Benét? —preguntó a continuación.

Ella afirmó con la cabeza y, tras guiñarles un ojo a sus amigos, le dio al recién llegado dos besos en las mejillas, lo cogió del brazo y exclamó, mirando su coche:

—¡Madre mía, voy a montar en un Ferrari rojo!

## Capítulo 41

En Sigüenza, a las siete de la mañana, Eva desayunaba en el jardín de su padre cuando Noelia comentó, mientras leía una revista digital en el ordenador:

—Nacho Duarte es un tipo muy atractivo.

Ella asintió. Sin duda aquel tipo moreno, descendiente de mexicano y estadounidense, era un hombre de muy buen ver.

—Sí, cuñada... —afirmó—, te doy toda la razón. ¡Pedazo de tío!

Con curiosidad, leían varios artículos en donde se hablaba de él, cuando Noelia dijo:

—Las veces que he trabajado con él siempre ha sido un placer. Es un director que sabe sacar lo mejor de cada actor y para cada escena. Y, después de la llamada que recibí el otro día de él, sin duda creo que voy a repetir.

—¡No me digas!

—Sí —afirmó encantada Noelia.

Durante un rato hablaron sobre el tema, hasta que Juan, Damián y Lucas entraron por la puerta.

—¡Buenos días!

Eva abrió los brazos encantada y Damián se apresuró a abrazarla, mientras Juan se agachaba para dar un beso a su mujer y Lucas miraba hacia otro lado.

De pronto, aquellas demostraciones de afecto le hacían ver lo solo que estaba él, y suspiró. Había sido un capullo.

—¿Qué tal la noche en la base? —preguntó Noelia.

—Aburrida —dijo Lucas.

—Tranquila —repuso Juan, sonriéndole a su mujer.

Los tres hombres acababan de salir de trabajar y, aunque Lucas quería



marcharse a dormir, los otros dos lo convencieron para que fuera a desayunar antes con ellos.

Una vez que acabaron las muestras de afecto, Eva comentó, dirigiéndose a su chico en un tono lo suficientemente alto como para que Lucas lo oyera:

—Mira, cariño, éste es el hombre con el que está saliendo Menchu en Los Ángeles.

Con curiosidad, los tres miraron el ordenador, y Juan dijo:

—A ése lo conozco, ¿verdad?

Noelia asintió y, levantándose para que se sentara su marido en la silla para luego colocarse ella encima, afirmó:

—Sí, cielo. Es el director de...

—Ah, sí..., ya sé quién es —indicó él con gesto de mofa.

Noelia soltó una carcajada al oírlo y, cogiendo una galleta Oreo, recordó:

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a su fiesta cubana?

Juan soltó una risotada.

—No me lo recuerdes.

Al ver a su hermano y a Noelia reír, Eva pidió con curiosidad:

—Contad..., contad qué ocurrió en esa fiesta.

Divertida, Noelia besó a su marido y luego explicó:

—Nacho dio una fiesta cubana en honor a uno de los productores de la película que estábamos rodando, y no te puedes ni imaginar la que se lio cuando se arrancó a bailar con la actriz y bailarina Karina Goodman.

—¿Por...? —preguntó Eva.

Juan, riendo, agarró a su mujer de la cintura.

—Porque ese tío baila salsa de una manera ¡que hasta a mí me puso cardíaco!

Todos rieron, excepto Lucas, y entonces Eva cuchicheó recordando algo:

—Uis..., ¡con lo que le gusta a Menchu bailar!

—Mira qué bien —se mofó Lucas, conocedor de aquel detalle.

Continuaban hablando del tema cuando Eva, dirigiéndose a este último, que parecía mirar su móvil, preguntó:

—¿Has escrito a Menchu?

Lucas la miró para comprobar si Menchu o Tomi podían haberle hablado de su viaje exprés, pero al ver que ella no decía nada más, respondió:

—No.

—Eres un capullo insensible, ¿lo sabías? —insistió Eva.

Sin cambiar el gesto, y sin ganas de discutir ni preguntar por qué le decía aquello, él replicó:

—¿Qué tal si te metes en tus cosas y te olvidas de mí?

Eva, encantada, iba a responder cuando de pronto su teléfono se iluminó. Había recibido un mensaje de Tomi y, al abrirlo, murmuró:

—¡Madre mía, qué guapa está!

Dando media vuelta, corrió hacia Noelia y, al enseñarle la foto, su amiga afirmó:

—¡Está estupenda!

Damián se asomó para mirar la pantalla del móvil y, sonriendo, comentó:

—Sin duda, a Menchu le está sentando muy bien estar en Los Ángeles.

Todos querían ver la foto, y Eva, al ver que Lucas no se movía, dijo mostrándosela:

—Mira. ¿A que está estupenda?

Él miró la fotografía y, disimulando el malestar que le ocasionaba, sonrió. En ella, una guapa Menchu le lanzaba un beso.

—Sí —afirmó—. Está muy guapa. Aunque ella siempre lo ha sido.

Eva asintió encantada. Al menos, no negaba la evidencia.

—Pues, según Tomi —añadió—, ha ido al concierto de un cantante llamado Eric Benét, que, al parecer, es amigo de Nacho.

Al oír eso, a Lucas se le borró la sonrisa de un plumazo.

¡¿Eric Benét?!

¿Había ido a ver a Eric Benét sin él?

Pero, al ver cómo Eva lo miraba, preguntó, fingiendo que no entendía nada:

—¿Y qué canta ese tío?

—Música romántica, sensual y tremendamente especial —afirmó Noelia, que conocía al cantante—. Aunque, conociéndote, dudo que a ti te gustara.

Lucas asintió y, con cierta acidez, replicó:

—Si son polladitas románticas, desde luego que no me gustan.

—Lo intuía —repuso Noelia, dejándose abrazar por su marido.

Eva, que continuaba admirando la foto que Tomi le había enviado, señaló, dirigiéndose a Lucas:

—Me encanta saber que por fin mi amiga se ha desenganchado de ti. Ha sido irse a Los Ángeles y ya la siento como una nueva Menchu. Feliz y motivada.

Dolor.

A Lucas le dolía oír esas cosas, aunque se las merecía, y, sin ganas de contestar, y menos de hablar de aquella, al ver aparecer a Manuel, el padre de Juan y Eva, fue a su encuentro. Seguro que con él hablaría de otros temas.

Eva sonrió al verlo. Le encantaba enseñarle a aquel idiota lo bien que estaba su amiga sin él; entonces Damián, acercándose a su chica, la abrazó por detrás y murmuró:

—Pero ¿qué te ocurre con Lucas?

Disimulando y sin querer contarle lo que sabía, respondió sonriendo:

—Nada.

Su sonrisa le dio que pensar a Damián, que, besándole el cuello, cuchicheó:

—Esa sonrisita tuya es para echarse a temblar.

Encantada por aquella demostración de cariño, Eva se recostó contra el fornido pecho de su chico y murmuró:

—¿Te quieres casar conmigo?

Sin dejar de abrazarla, Damián sonrió y, acercando su boca a la oreja de ella, respondió:

—¡Ni loco!

## Capítulo 42

Mientras Nacho conducía por las calles de Los Ángeles y en la radio sonaba *Ribbon in the Sky*, de Stevie Wonder, Menchu escuchaba aquella preciosa canción con una sonrisa en los labios y lo observaba todo a su alrededor.

Aquella ciudad era una maravilla.

Le gustaba su gente, su ritmo, su vivacidad. Los Ángeles era un lugar que le olía a aire fresco, y estaba cavilando sobre ello cuando él la miró y preguntó:

—¿En qué piensas?

—En lo bonito que es todo esto —repuso con una sonrisa.

Nacho estuvo de acuerdo. Él adoraba vivir allí. Al poco, paró en un semáforo y quiso saber divertido:

—¿Vuelves a llevar las lentillas?

Menchu asintió y afirmó, mientras abría el bolso:

—Pero mis gafas vienen conmigo, ¡nunca se sabe cuándo se te puede meter una motita en el ojo y dejarlo rojo como un tomate!

Nacho sonrió. Le encantaba la naturalidad de la joven, y comentó:

—Tú eres bonita con o sin ellas; lo sabes, ¿verdad?

Consciente de que él también había apreciado el cambio que había experimentado, Menchu contestó:

—Gracias —y, tras un silencio, dijo—: ¿Puedo preguntarte algo en cierto modo presuntuoso?

—Por supuesto —convino él, arrancando el Ferrari.

Ella se retiró su cuidado y sedoso pelo del rostro y prosiguió:

—Como mujer, ¿te parezco ahora más llamativa que cuando me conociste?

Nacho sonrió y declaró sin dudar:

—Sí. —Menchu asintió, y él añadió—: Tu cambio físico es bastante evidente, pero déjame decirte que a mí, como hombre, quien me interesa es la María que conocí, y no la que pretendes ser ahora.

—¿Pretendo?

Él afirmó con la cabeza. Por su trabajo conocía a cientos de mujeres que llegaban a límites insospechados por mejorar su aspecto físico; a continuación indicó:

—La belleza exterior se marchita, mientras que la interior suele durar toda la vida —y, al ver el gesto de aquélla, añadió con rapidez—: Con esto sólo quiero decirte que me parece bien que cuides tu aspecto para verte a ti misma estupenda, pero mi consejo es que nunca olvides quién eres, porque eso es lo realmente importante para vivir.

Complacida de oír aquello, Menchu sonrió y no dijo más, hasta que él, minutos después, preguntó:

—¿Te gusta la comida francesa?

—Aunque me tomes por una palurdilla —repuso ella con retintín—, tengo que confesarte que no entiendo mucho de cocina francesa. Bueno, sí..., ¡la tortilla francesa me encanta! Pero si me pones un plato de caracoles delante, ¡creo que te echo hasta la primera papilla!

Él soltó una carcajada divertido y, cuando iba a añadir algo, ella miró un local que tenía neones rosa por todas partes y mucha luz, y dijo:

—Hace unos días estuve cenando ahí con Peter y Tomi. Ni te imaginas la excelente hamburguesa que nos comimos, y no te digo cómo estaban las patatas..., ¡impresionantes!

Nacho asintió y, mirándola, preguntó:

—¿Preferirías cenar ahí antes que en un restaurante francés?

—Sí —respondió Menchu con rotundidad.

Él la contempló boquiabierto.

—El restaurante francés en cuestión es el mejor de la ciudad —insistió—, y para conseguir mesa hay gente que espera meses.

Sin dejarse impresionar, Menchu se encogió de hombros.

—Me encantan las hamburguesas con patatas —comentó simplemente.

Al oírla, Nacho asintió y, desviándose hacia la derecha, aminoró la marcha y se metió en un parking.

—De acuerdo, María, me has convencido —dijo—. ¡Cenaremos hamburguesa!

Ella sonrió encantada.

Media hora después, ya sentados a una de las mesitas blancas del local, la camarera puso frente a ellos dos bandejas con hamburguesas y patatas, y Nacho, mirándolas, afirmó:

—La verdad es que tienen muy buena pinta.

Menchu se metió gustosa una patata frita en la boca y musitó:

—Te aseguro que te encantará.

Y así fue. A Nacho le encantó la hamburguesa, y ella, al ver que se la había comido toda, preguntó:

—¿Qué tal?

—Tenías razón, ¡buenísima!

Divertida, la joven asintió, y el mexicano, tranquilo por estar en un sitio donde nadie lo reconocía, pudo ser él mismo y bromear con ella con toda naturalidad.

Durante la hora que estuvieron sentados en la hamburguesería, charlaron acerca de sus respectivos trabajos, y cuando Menchu comenzó a hablar de informática empleando términos demasiado técnicos, él replicó:

—¡Me suena todo a chino!

Ella rio.

—Pues lo mismo me pasaría a mí si me hablas de tu trabajo como director de cine. Tiene que ser apasionante, ¿verdad?

—Sin duda lo es —convino él sonriendo—, aunque tengas que tratar a diario con personas ¡endiosadas y con un ego descomunal! Ni te imaginas cómo pueden a llegar a ser ciertos actores.

La conversación entre ellos era fluida. Ambos lo pasaban bien, y eso se notaba en su complicidad y sus sonrisas.

En un momento dado, Nacho se miró el reloj y señaló:

—Tenemos que ir al local. Queda menos de una hora para el concierto.

A continuación, levantó la mano, llamó al camarero y, cuando éste le dijo que la cena ya la había pagado la señorita, él la miró con incredulidad y preguntó:

—Pero ¿por qué?

—Porque sí.

—Pero yo quería invitarte.

—Lo sé —dijo ella y, bromista, añadió—: Pero es que estoy tan harta de que se dé por hecho que un hombre siempre tiene que invitar a una mujer, que simplemente me he adelantado.

Contento, Nacho gesticuló y ella indicó:

—Te lo debía. Has dejado a un lado el glamur de un restaurante francés para darme el gusto de comer hamburguesa y yo quería agradecértelo.

Sobrecogido por ese detalle, que pocas personas tenían con él, sonrió y preguntó:

—¿Y cuándo has pagado?

Menchu bromeó moviendo las cejas.

—¿Recuerdas cuando he ido al baño?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó él riendo.

Ella asintió y, cuchicheó:

—Me ha costado que el camarero llevara allí la cuenta, pero ¡puedo ser muy pesada cuando me pongo!

Nacho la miraba sin dar crédito. Menchu no era en absoluto la típica chica de Hollywood.

—Pues muchas gracias por la invitación y la estupenda cena —dijo complacido—. Me ha encantado, y espero repetirla y, esa vez, seré yo quien pague.

—Repetirla, ¡seguro! Pero en cuanto a lo otro, ¡ya veremos!

Entre risas, salieron del local y se dirigieron a buscar el coche. En el camino, Nacho la cogió de la mano y ella se lo permitió.

¿Por qué no?

\* \* \*

Media hora después, entraban aún agarrados en el local donde actuaba Eric esa noche. Nacho se encontró a varios amigos que enseguida presentó a María, y ella los saludó encantada, siendo consciente de que no eran otros sino Arnold Schwarzenegger, Milla Jovovich y Camila Cabello.

Después, Nacho y ella se sentaron en un lateral y él pidió una botella de

champán. Al poco se les acercó un hombre y, tras decirle algo a Nacho, éste se levantó y le indicó a Menchu:

—Ven, acompáñame.

De la mano de él, Menchu lo siguió y, cuando entraron en un camerino, se quedó sin palabras al encontrarse de frente con Eric Benét.

¡Qué alto y qué atractivo!

Boquiabierta, observó cómo él y Nacho se saludaban con cariño y camaradería. El mexicano se lo presentó, y ella, sin poder evitarlo, le pidió hacerse una foto con él.

Divertido, Nacho cogió el móvil de ella y, sin dudar, hizo la foto y luego otra de los tres juntos.

Poco después entró en el camerino otro hombre con una chica pelirroja de la mano, y Eric y Nacho sonrieron al verlo. Era el compositor Tony Ferrasa, con su encantadora mujer, que rápidamente entabló conversación con Menchu.

Minutos después, Nacho se despidió de Eric, de Tony y de Ruth y quedó en llamarlos un par de días después para verse.

Cuando Menchu y él regresaron a su mesa, otras personas se acercaron a saludar al cineasta, momento en el que ella, encantada, se disponía a enviarle las fotos a Eva para que se muriera de la envidia, pero, tras pensarlo un instante, no lo hizo. Seguro que su amiga las enseñaría, y no quería que Lucas las viera.

Minutos después, las luces del local se volvieron más íntimas y salió al escenario Eric Benét, acompañado de la banda y de dos mujeres que hacían los coros.

Boquiabierta, Menchu escuchó al increíble cantante de R&B y neo soul estadounidense mientras sentía que el vello de todo su cuerpo se erizaba y, sin querer, pensó en Lucas, en lo mucho que disfrutaría él de aquella actuación.

En todo ese tiempo, Nacho y ella se levantaron un par de veces para moverse al ritmo de la música. El mexicano era un buen compañero de risas y, juntos, disfrutaron del increíble concierto, y cuando él la cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo, ella, sin retirarse, se apoyó en él, momento que Nacho aprovechó para besarle con mimo el cuello.

En un principio, Menchu no supo cómo tomarse ese beso, pero, consciente de que aquello era una cita y ella estaba muy bien con él, sonrió.

¿Por qué no?



Una canción, otra y otra. Todas eran excepcionales, y cuando Eric comenzó a interpretar un nuevo tema, señaló a Nacho y a Tony y éstos sonrieron; Menchu, que no comprendía por qué lo hacían, miró al mexicano y él aclaró:

—Eric sabe que esta canción es especial para nosotros. Se puede decir que se compuso una noche en la que estábamos los tres y nos prometimos no sufrir por amor hasta que mereciera la pena.

Ella asintió, miró a Tony Ferrasa, que bailaba acaramelado al fondo con su mujer y, divertida, preguntó:

—¿Y Tony ya encontró a alguien que mereciera la pena?

Nacho miró a su amigo y a la pelirroja de su mujer con cariño y afirmó:

—Sin duda, Tony la encontró.

Impresionada por el modo en que él había dicho aquello, insistió:

—¿Y cómo sabrás tú quién merece la pena?

Nacho sonrió. Su vida con las mujeres nunca había sido fácil y, suspirando, cuchicheó:

—Lo sabré cuando escuche este tema y sienta en mi corazón lo que la letra dice, porque mi vida no tendría sentido sin ella.

Sin saber qué decir, Menchu prestó atención a la letra. Sin duda era una fantástica canción de amor, y preguntó:

—¿Cómo se llama la canción?

—*Spend My Life with You*.

La joven asintió y, mirándolo, afirmó:

—Pues espero que un día encuentres a esa persona tal especial.

—Y tú también —dijo él con una sonrisa.

El espectáculo continuó y, contentos y animados, disfrutaban de todas las canciones, hasta que de pronto comenzaron a sonar los primeros acordes del tema *The Last Time*; el público aplaudió encantado y Menchu, sin poder evitarlo, se llevó la mano a la boca.

Aquella canción...

Confusa, empezó a darse aire, y Nacho la miró.

¿Qué le ocurría?

Menchu no esperaba oír aquella canción y, emocionada y olvidándose de todo, absolutamente de todo, se centró en escuchar a Eric Benét mientras interpretaba aquella íntima y mágica canción.

Lucas...

Lucas y ella haciendo el amor...

La sonrisa de Lucas...

Los ojos de Lucas cuando la miraban asombrado por algo...

Lucas... Lucas... Lucas...

Las lágrimas la sorprendieron y se apresuró a limpiárselas.

Pero ¿qué le ocurría?

No podía ni debía llorar por alguien que no lo merecía y, cerrando los ojos, intentó frenar aquel torrente descontrolado mientras seguía escuchando aquella impresionante canción que hablaba de la última vez de muchas cosas y Nacho la observaba extrañado.

¿Qué le ocurría a la maravillosa María?

La respiración de la joven se aceleró, al mismo tiempo que su corazón.

Nunca habría imaginado que aquella canción pudiera provocarle tal sentimiento de soledad, de pérdida, de tristeza, y cuando ésta por fin acabó, abrió los ojos y, tragando el nudo de emociones que en su garganta pugnaba por salir, oyó que Nacho decía:

—Me encantaría conocer la historia de esa canción.

Clavando los ojos en los suyos, ella no supo qué decir, y entonces él, tocando con mimo el óvalo de su rostro, le secó una lágrima desbocada y declaró:

—Creo que por fin entiendo tu mirada triste..., María.

Agobiada, Menchu resopló.

—Lo siento... Lo siento.

Nacho la abrazó con cariño y, dándole un beso en la frente, señaló:

—No te agobies. Por desgracia, todos sufrimos en algún momento por amor.

Ella asintió y, de nuevo, cuchicheó avergonzada:

—Lo siento..., de verdad. Me... me siento tan ridícula.

El mexicano sonrió, le cogió la mano y, besándole los nudillos, musitó:

—No lo sientas porque no lo eres. Tener sentimientos es humano, y a mí me gusta rodearme de personas humanas, y no de robots.

Menchu asintió y no siguieron hablando.

Cuando el concierto terminó un buen rato después, declinaron la invitación de ir a una fiesta privada en casa de Tony Ferrasa. Nacho veía a la joven algo agobiada, y salieron del local. Caminaron unos metros en silencio, hasta que éste

dijo:

—Vayamos a tomar algo a ese bar, ¿quieres?

Menchu miró hacia el lugar donde él señalaba y asintió. Era una excelente idea.

Una vez dentro, sentados a una de las mesas, pidieron algo de beber y el mexicano dijo mirándola:

—No te avergüences nunca por sentir, María.

Ella sonrió. Odiaba haberse dejado embargar por la emoción; entonces él, sorprendiéndola, comenzó a contar:

—Me enamoré locamente con dieciséis años. Recuerdo que la primera vez que vi a Odalys me quedé tan paralizado que me costaba hasta respirar. Ella era una chica cubana preciosa, divertida y en ocasiones un poco loca, pero eso me gustaba. Me encantaba porque no tenía nada que ver conmigo; bailaba salsa de una manera ¡increíble! y eso me atraía como un imán. Ese año, tuve el valor para preguntarle si quería ser mi acompañante en el baile de fin de curso, y esa noche comenzó nuestra historia de amor y la magia.

—¿Magia? —preguntó ella curiosa.

Con tristeza, él asintió y murmuró:

—Así llamaba Odalys al amor.

Nacho se interrumpió cuando llegó el camarero con sus bebidas. Luego dio un trago a la suya y continuó ante la atenta mirada de María:

—Los años pasaron y, cuando llevábamos ya diez años juntos, decidimos casarnos. Tuvimos una boda muy bonita y, el día que nos enteramos de que íbamos a ser padres, para ser sincero —sonrió con tristeza—, me sentí el hombre más afortunado del mundo. Estaba casado con una chica preciosa a la que quería y que me quería, e iba a ser padre; ¿qué más podía pedir? Pero el destino tenía programado algo muy diferente para mí, y el día que Odalys se puso de parto, todo se complicó y ella y el bebé..., murieron.

Oír eso a Menchu le puso el vello de punta. Sabía que era viudo porque Tomi se lo había dicho, pero escuchar la historia de su boca era duro, muy duro. Sentir su tristeza y su resignación mientras se lo contaba hizo que el corazón le diera un vuelco, y más cuando prosiguió:

—Han pasado diez años desde aquel fatídico día y, aunque me costó continuar con mi vida, lo hice porque Odalys así lo habría querido, y también lo

hice por mí. Por suerte, pude contar, entre otros, con mi familia y con buenos amigos como Eric o Tony y, gracias a su compañía, su cariño y su amistad, aquí estoy. Mi amor por Odalys y mi hijo estará dentro de mí el resto de mi vida, pero el mundo no se para. El mundo sigue y, como dijo cierto poeta portugués hace muchos años, el mundo es de quien nace para conquistarlo, y no de quien sueña que puede hacerlo.

Menchu parpadeó. La historia de Nacho la había conmovido.

—Siento mucho todo por lo que has pasado y tu terrible pérdida.

Nacho asintió.

—Con esto sólo quiero decirte que los sentimientos que uno tiene ante la pérdida o la ausencia de una persona amada son del todo respetables. Que la letra o la melodía de una canción te haga sentir demuestra que tienes corazón, María. Nunca pierdas eso.

La joven asintió y, sincerándose como él, dijo:

—Se llama Lucas. Lo conozco desde hace muchos años y, si lo pienso, creo que siempre he estado enamorada de él. Durante tiempo, nuestra amistad se fue forjando, hasta que un día, no sé por qué, acabamos en...

Nacho cogió su mano para darle fuerza, y ella prosiguió:

—Lucas es compañero de trabajo del marido de Noelia.

—¿Policía?

—Geo —matizó ella.

Él rio.

—Vale. Ahora entiendo tu admiración por esos «héroes».

Con tristeza, Menchu sonrió, e indicó:

—Lucas es un hombre increíble. Es cariñoso, detallista, afectuoso, amoroso..., pero cuando está ante la gente, oculta todo eso con tanta frialdad que resulta imposible creer que en el fondo pueda ser cálido y humano.

—¿Y por qué crees que hace eso?

Ella suspiró.

—Me contó que su hermano se suicidó por amor, y que ese día él se prometió no dar cabida a ese sentimiento en su vida.

Nacho asintió, y ella continuó:

—Él me dio a conocer la música de Eric Benét, incluso me hizo prometer que nunca le diría a nadie que le gustaba ese tipo de música. Como siempre, va

de tío duro e insensible y se avergüenza de que los demás puedan llegar a ver lo que he visto yo. —Menchu suspiró—. Y esa canción..., yo...

No pudo continuar. Cogió su vaso, dio un trago y luego dijo:

—El caso es que durante años nos hemos acostado, pero él siempre me dejó claro que aquello era sólo sexo y yo acepté. El problema es que mis sentimientos hacia él fueron creciendo, pero los suyos hacia mí no, y un día, cansada, decidí cortar con nuestros encuentros, pero eso duró poco.

—¿Por qué?

—Porque soy incapaz de resistirme a su mirada o a su sonrisa, y al final volví a caer y la lie más haciéndolo partícipe de un juego.

—¿Qué clase de juego? —preguntó Nacho curioso.

Ella volvió a suspirar. La avergonzaba contar aquello, pero, consciente de que ahora ya no podía parar, prosiguió:

—Vernos a escondidas de todos nuestros amigos, que nos recriminaban la rara relación que manteníamos, para tener sexo salvaje mientras nos llamábamos por otros nombres distintos de los nuestros.

Nacho asintió.

—¿Y eso funcionó?

—A nivel sexual, sí. Pero a nivel sentimental no, porque verlo a él con otras mujeres me parte el corazón. Me marché de España y vine aquí con la esperanza de olvidarlo, pero sigo pensando en él. Lucas no para de rondar por mi mente, y más cuando..., se presentó aquí.

—¿Se presentó aquí?

—Sí.

—¿En Los Ángeles?

—Sí.

—¿Cuándo?

Recordar lo ocurrido no era fácil, pero ella indicó:

—Hace poco más de un mes.

Nacho asintió.

—¿Puedo preguntarte qué ocurrió?

—Que terminamos peor —suspiró ella—. Él quería hablar conmigo, yo me negué y, al final, él se marchó el mismo día que llegó. Después recibí un mensaje suyo pidiéndome que no le dijera a nadie que había estado aquí y no volví a

saber de él.

Nacho torció el gesto, y ella dijo:

—Y no puedo ignorar que, dentro de un mes y medio, él regresará aquí con Noelia y todos nuestros amigos para celebrar el cumpleaños de Tomi, y estaremos juntos casi las veinticuatro horas del día.

Nacho dio un trago a su bebida. Ahora entendía perfectamente la mirada triste que veía en la joven en muchas ocasiones.

—¿Y qué es lo que quieres hacer al respecto? —preguntó.

Menchu se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero sí sé que he de olvidarlo, porque la magia nunca surgirá entre nosotros dos.

Se miraron a los ojos en silencio durante unos segundos.

Entre ellos había algo que no sabían si era química, *feeling*, morbo o qué e, incapaces de retener lo que sus cuerpos les pedían en aquel momento en el que habían abiertos sus corazones, acercaron sus cabezas y se besaron.

El beso duró unos segundos y, cuando se separaron, se miraron a los ojos y Menchu susurró:

—¿Te importaría repetirlo?

Sin dudar, él lo hizo, y cuando de nuevo el beso terminó, volvieron a mirarse a los ojos, y dijeron al unísono mientras se separaban:

—Noooo..., ¿verdad?

Ambos soltaron una carcajada, y Menchu afirmó:

—Besas muy bien, pero no he sentido nada.

—Yo tampoco, y que conste que eres preciosa.

—¡Y tú estás buenísimo! —aseguró ella.

Rieron.

Estaba más que claro que entre ellos sólo podría haber amistad y, tranquilos porque ninguno de los dos se sintiera decepcionado, Nacho declaró:

—María de los ojos verdes, me encantaría que fueras mi amiga el resto de mi vida, y si necesitas ayuda, sea la que sea, no tienes más que decírmelo.

—De acuerdo.

Al verla sonreír, supo que era un buen momento para proponerle un buen plan.

—¿Qué te parece si ahora nos vamos a casa de Tony de fiesta?

Encantada y ya más despejada, Menchu asintió.

Media hora después, cuando llegaron a la preciosa casa del compositor Tony Ferrasa y de su mujer, éstos los saludaron y, en cuanto comenzó a sonar la canción *Havana* de Camila Cabello, Nacho cogió a Menchu de la mano y le propuso:

—¿Bailamos?

Al oír la sensual canción, a la joven le entró la inseguridad de golpe, y cuando entre la gente apareció una despampanante morena y los miró, dijo señalándola:

—Mejor..., mejor baila con ella.

Nacho sonrió divertido y, tendiendo la mano a su amiga Leslie Gálvez, una reconocida bailarina, ambos salieron a la improvisada pista y empezaron a bailar ante todos los invitados.

Menchu, boquiabierta, observó cómo el mexicano bailaba con aquella y aplaudió cada vez que hacían algo increíble. La sensualidad con la que se movía la pareja era impresionante, y disfrutó de aquel momento tanto o más que si hubiera bailado ella.

Cuando la canción acabó y Nacho y Leslie se dieron un beso y cada uno regresó con su grupo, riendo, Menchu murmuró, al ver acercarse a su amigo:

—Pero ¿a ti quién te ha enseñado a bailar así?

Tras pedir una copa al camarero, Nacho dio un trago y afirmó con una sonrisa:

—Odalys. Ella me enseñó.

Ella observó su gesto triste al decir eso y, cuando iba a responder algo, él se le adelantó y sugirió:

—¿Qué te parecería venirte conmigo de viaje?

—¡¿Qué?!

Seguro de lo que proponía, él explicó mirándola:

—Tengo que atender la promoción de mi última película y debo viajar a México, Venezuela, Argentina, Uruguay, Paraguay, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Brasil y es muy posible que a algún otro país. ¿Te apetece venir conmigo? Viajaremos en mi jet privado.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Tienes jet privado?

—Sí —afirmó él sonriendo.

Alucinada por el nivel de vida que intuía que tenía, Menchu parpadeó. Nunca había estado en los países que había nombrado ni sabía si tendría oportunidad de conocerlos nunca, y susurró:

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. Podríamos pasarlo muy bien.

—Pero ¿iría en calidad de...?

Nacho, al entenderla, sonrió y afirmó divertido:

—María, la de los ojos verdes... Sin duda, en calidad de amiga. Pero amiga de vida y corazón.

Y, dicho eso, la joven aceptó.

¿Por qué no?



## Capítulo 43

El viaje con Nacho fue todo un éxito. Acompañarlo en su gira promocional por Latinoamérica, disfrutar de cenas, de increíbles conversaciones en su jet y conocer a personas interesantes fue maravilloso para Menchu y, cuando finalizó, casi se sintió apenada. Había sido una de las mejores experiencias de su vida, e incluso le sirvió para dejar de pensar un poquito en Lucas.

El mexicano se comportó como un auténtico caballero y no hizo que ella se sintiera violenta en ningún momento. Sin duda, para él la amistad estaba por encima de muchas otras cosas, y supo que podía fiarse de él al cien por cien.

Cuando regresó a Los Ángeles, Tomi y Peter la acribillaron a preguntas, que ella respondió como pudo. Tenía que contar sus anécdotas del viaje y ellos la escucharon encantados.

Después de su periplo, Nacho y Menchu continuaron viéndose. Les encantaba salir a cenar y a visitar locales de moda, donde bailaban y se divertían hasta el amanecer, mientras eran fotografiados por *paparazzi* y curiosos con sus móviles, aunque ésa era su última preocupación.

Sin embargo, la prensa del corazón se cebó con ellos. En un principio nadie conocía a la nueva acompañante del famoso director de cine, pero, tirando de hemeroteca, la localizaron y pronto supieron que era amiga de la actriz Estela Noelia Rice Ponce.

Durante su viaje, llamaron a Menchu de Cadillac para darle la buena noticia de que el proyecto era suyo, lo que supuso un enorme subidón de adrenalina para ella. Conseguir aquel contrato gracias a Nacho era una de las mejores cosas que le habían ocurrido a nivel profesional y, como tal, lo celebró a su regreso. Se llevó a Tomi, a Peter y a Nacho a comer unas hamburguesas, que disfrutaron

juntos, y, por supuesto, ¡ella invitó!

Una mañana en que la joven estaba tomando el sol en la glamurosa tumbona del jardín, Tomi se le acercó y dijo, pasándole el teléfono:

—Es mi *queen* Eva.

Menchu la saludó mientras él se tumbaba a su lado.

—Hola, petardaaaaaaaaaaaaaaaa.

Eva, que estaba sentada en el jardín de su padre viendo a su sobrina Abril jugar con Damián y el perro de éste, respondió:

—Madre, Menchu, ¡qué ganas tengo de verte! Y de que me cuentes cómo te ha ido con Nacho en ese superviaje —y, bajando la voz para que Damián no la oyera, confesó—: Aunque, si te soy sincera, creo que tengo más ganas de ver al tío bueno de las fotos que a ti.

Ambas rieron.

En ese tiempo, la prensa de todo el mundo se había hecho eco de la noticia. Como siempre, inventaban de todo, y Menchu, ocultándole la verdad a su amiga, murmuró:

—Pues prepárate, porque en vivo y en directo, está mucho mejor.

—No me digasssssssss.

—Te lo digooooooooooooo —confirmó ella riendo.

—¡Uooooo, madre míaaaaaaaaaaaa! —se mofó Eva y, recordando algo que Tomi le había comentado, preguntó—: ¿Y tú qué? Cada día estás más guapa.

Menchu sonrió divertida y afirmó, tocándose su barriguita plana:

—Digamos que creo que hay ciertos cambios en mí que te van a gustar.

Durante un rato hablaron de mil cosas, hasta que Eva cuchicheó:

—Por cierto, no veas la movida que tuvo el tonto de Lucas con una tía en el Croll el fin de semana pasado.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —preguntó interesada.

—Al parecer, una chica que se había acostado con él apareció por allí y, como Lucas no le hizo caso, se enfadó y ¡volaron vasos!

—¿En serio?

Eva sonrió y, divertida, afirmó:

—Tan en serio como que Lucas lleva cinco puntos en la frente porque uno de los vasos se estrelló en su cabezota.

Sin dar crédito y preocupada, Menchu se levantó y rápidamente preguntó,

atrayendo la mirada de Tomi:

—Pero ¿él está bien?

—Sí, mujer, tranquila —afirmó Eva—. Ya sabes que bicho malo nunca muere.

Conteniendo las mil preguntas que deseaba hacerle en referencia a Lucas, Menchu cerró los ojos y no volvió a preguntar por él. Si lo hacía, Eva sospecharía, y bastante tenía ya con las suposiciones de Tomi.

—Por cierto, ya sólo quedan tres días para vernos. ¿Tomi lo tiene ya todo preparado para su cumpleaños?

Ella sonrió. Su amigo había organizado una fiesta por todo lo alto, y respondió:

—Prepárate, porque será un gran fiestón.

Ambas rieron y, tras despedirse y quedar en verse al cabo de tres días, cuando Menchu dejó el teléfono sobre la mesita, Tomi preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada.

Él, posando sus pies en el mullido césped, insistió:

—Mira, *lady*, ¡te conozco!, y he visto preocupación en tu mirada. ¿Qué ha ocurrido?

Menchu resopló, dándose por vencida.

—Al parecer, el fin de semana pasado Lucas tuvo un percance con una chica y han tenido que darle puntos en la frente.

—*Oh-my-God!* —aulló él sobrecogido—. Pero ¿cómo está? ¿Cómo está mi Batman preferido?

Menchu se apresuró a tranquilizarlo. Su amigo era un histérico.

—Bien. Está bien, tranquilo.

Tomi se llenó un vaso con agua. Nada lo asustaba más en el mundo que el hecho de que pudieran pasarles cosas malas a las personas que quería.

—¿Qué crees que dirá cuando te vea? —cuchicheó, tras beberse el agua.

—Nada.

—¿Y cuando te vea con Nacho?

Menchu se encogió de hombros.

—Pues nada —aseguró—, porque él ya tendrá sus ojitos plantados en cualquier mujer que se le cruce por delante.

Tomí asintió. Su amiga tenía razón y, contento de que ella se divirtiera con el maravilloso Nacho, afirmó:

—¡Que le den! Tú ya tienes con quién divertirte.

Menchu sonrió. Los días con Lucas allí serían una tortura, pero, pensando en Nacho, declaró:

—Tú lo has dicho. Tengo con quién divertirme.

Y, sin más, continuaron tomando el sol mientras pensaban en los últimos detalles para la fiesta que iba a celebrarse allí mismo días después.

## Capítulo 44

La tarde en que Lucas, Eva, Damián, Noelia, Juan, Carlos, Laura y Emilio llegaron a Los Ángeles procedentes de España, una limusina acudió al aeropuerto a recogerlos.

Aquéllos eran los dominios de Estela Noelia Rice Ponce, por lo que la reputada actriz salió a la calle rodeada de *flashes*. Luego, el grupo al completo subió a la limusina, donde todos disfrutaron de sentirse especiales.

Cuando el vehículo se detuvo en el precioso jardín de la casa de Noelia, que era donde vivía Tomi con su chico, Lucas murmuró, mientras se apeaba:

—No sé cómo vives en Sigüenza, teniendo esta maravilla de casa.

Noelia sonrió.

Ella mejor que nadie sabía lo bonita y fantástica que era aquella casa, pero, agarrándose a la mano de Juan, lo besó e indicó:

—Porque mi hogar está donde esté mi corazón, y prefiero a Juan y a mi hija antes que vivir aquí.

Enamorado como el primer día de aquella mujer que le había descabalado la vida, Juan la abrazó. Sin duda ella también era su vida y, mirando a Lucas, que los observaba sonriendo, indicó:

—Eso se llama *amor*. Algo que creo que tú nunca conocerás.

—¡Capullo! —Él rio buscando a su alrededor con la mirada.

—Churri —dijo Laura, dirigiéndose a su marido—. ¿Has visto qué bonita es la balaustrada?

Carlos miró lo que ella señalaba y, sonriendo, cuchicheó, al entender qué quería decirle:

—De acuerdo..., hazle una foto e intentaremos buscarla y ponerla en nuestra

casa.

Laura saltó de felicidad, y Noelia intervino:

—Recuérdame que llame al constructor de la casa para que me diga dónde la compró.

—¡Estupendo! —afirmó Laura feliz.

En ese instante, la puerta de entrada de la bonita casa se abrió, y Tomi gritó:

—¡Por el amor de Dios! ¡Cuánta barbaridad junta!

Segundos después, Peter, Menchu y las perritas siguieron a Tomi, y Eva, al ver a su amiga, exclamó:

—¡No me lo puedo creer!

Todos miraron enseguida hacia la puerta, y Noelia, al ver a Menchu tan bonita y tan cambiada, afirmó:

—Pero ¿quién es esa actriz tan guapa?

—Por Dios, Menchu, pero ¡qué bella! —aplaudió Laura.

Ella sonrió colorada como un tomate, mientras se dejaba abrazar por sus amigas y observaba con el rabillo del ojo cómo Lucas la miraba sin acercarse a ella.

¿Qué pensaría de su cambio físico?

Uno a uno, todos se saludaron, se besuquearon, le dijeron lo estupenda que estaba, hasta que Lucas quedó ante Menchu.

En los meses que llevaba sin verla, la notaba cambiada, y mientras sentía cómo el corazón se le aceleraba como a un colegial, sólo pudo decir:

—Te veo muy guapa, Menchu.

La joven sonrió.

Ella sí que lo veía guapo.

Pero, evitando responder y hablar de su último encuentro, le dio dos castos besos en las mejillas y contestó simplemente:

—Gracias.

Dicho esto, se separó de él y, acercándose a sus amigas, se pusieron a charlar; en ese momento Emilio se acercó a Lucas y comentó:

—Joder, con Menchu. Menudo polvaz...

—¡Cállate! —lo cortó él, mirándolo con gesto seco.

Sin volver a mirarlo, Menchu se centró en sus recién llegadas amigas, y Noelia le preguntó:

—Cuéntame, ¿qué hay de cierto en lo que he leído?

—Eso..., eso..., ¡qué calladito te lo tenías! —se mofó Laura.

Menchu sonrió, sabía que le preguntaban por Nacho, y respondió:

—Somos amigos, nada más, pero ya sabes cómo es la prensa.

—Lo sé —afirmó Noelia—. ¡Claro que lo sé!

Eva, como buena periodista, las oyó y por último dijo:

—Podrías hablar con Nacho y decirle que me encantaría hacerle una entrevista. Madre mía, sería una exclusiva estupenda. Poca gente tiene acceso a Nacho Duarte.

—Eva... —protestó Menchu.

Pero aquélla insistió.

—Soy tu mejor amiga y tu cuñada —señaló, dirigiéndose a Noelia—. ¿Acaso ninguna me va a ayudar?

Menchu y Noelia se miraron, sonrieron, y la primera accedió:

—De acuerdo. Se lo comentaré.

Con una sonrisa, las chicas se abrazaron, mientras Menchu, con el rabillo del ojo, observaba cómo Lucas bromeaba con Tomi y éste se ruborizaba encantado.

¡Qué guapo estaba Lucas con aquella camisa azul y el vaquero!  
¡Impresionante!

Durante un rato charlaron en la puerta de la casa, hasta que Lucas, sin querer volver a mirar a Menchu, que lo había dejado flasheado, dijo, dirigiéndose a su amigo Tomi:

—Gracias por no contarle a nadie que estuve aquí.

—De nada, *my love*. Tu secreto es mi secreto.

Ambos rieron, y Lucas añadió:

—Y gracias por cuidar de ella.

Al oír eso, Tomi sonrió y respondió con cierta maldad:

—Esas gracias mejor dáselas a Nacho. Sin duda, él la cuida más que yo.

Lucas asintió con amargura. Sabía perfectamente cuál había sido la vida de Menchu durante los últimos meses. Eva y Noelia no habían parado de restregársela por las narices, y si a eso le sumaba lo que sabía por la prensa, su existencia en los últimos tiempos era un sinvivir; por eso, sonrió y señaló para disimular:

—Espero que hayas invitado a preciosidades a tu fiesta como todos los años.

Tomí, al ser consciente de su cambio de tema, le tocó el mentón y afirmó:

—*Of course, my love!* La primera preciosidad te está tocando la barbita en este instante.

Intentando mostrarse indiferente, Lucas soltó una risotada, y a continuación el grupo entró en la casa, donde Tomí distribuyó las habitaciones.

Noelia y su marido Juan dormirían en la suya de siempre. Carlos y Laura, al fondo; Eva y Damián, en la siguiente, y Lucas y Emilio, cada uno en una. En el casoplón había diez habitaciones con baño incluido en cada una, a cuál más maravillosa.

Sin duda, Estela Noelia Rice Ponce podía permitirse tener esa casa o la que quisiera.

\* \* \*

Una vez que dejaron sus equipajes en las habitaciones, todos bajaron al salón y, cuando Menchu estaba sacando hielo de la nevera para servir unas bebidas, notó que alguien se le acercaba por detrás. De pronto sintió una mano en la cintura, se volvió y, al ver que se trataba de Lucas, le soltó:

—¿Qué haces?

Esa simple pregunta hizo que el policía comprendiera que Menchu seguía de uñas, pero como la necesitaba, aun a riesgo de que lo rechazara, decidió jugársela y dijo, bajando la voz:

—Hola, María... Te he echado de menos.

Aquello le pareció increíble a la joven. Siempre había soñado oír algo así por parte de él, pero reunió fuerzas y siseó:

—Quítame las zarpas de encima.

Lucas se apresuró a soltarla.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Menchu lo miró. Le habría gustado decirle muchas cosas y ninguna agradable en aquel momento, pero, no dispuesta a dejarle ver lo molesta que seguía con él, simplemente dijo:

—A partir de ahora sólo soy Menchu para ti.

—Menchu...

—Eso es: ¡Menchu! —afirmó.



El cuerpo de Lucas tembló. La necesitaba. Deseaba que ella lo mirara como siempre lo había mirado, y preguntó:

—¿Es por ese tal Nacho?

Boquiabierta, pero no porque él supiera cómo se llamaba el hombre que en los últimos meses le había facilitado la vida, replicó sin dudarle:

—Sí. Tengo algo con él y no quiero estropearlo.

Lucas levantó las cejas sorprendido. ¿Lo rechazaba?

¿Menchu lo rechazaba a él por otro?

Lleno de incredulidad, iba a decir algo cuando ella, indicando la marca que él tenía en la frente, preguntó con indiferencia:

—¿Qué te ha ocurrido?

Tocándose la, él tan sólo respondió:

—Un malentendido.

Ella asintió, y a continuación preguntó con fingida desgana:

—¿Cómo está tu madre?

—Bien. Hablé con ella ayer y me dijo que, si te veía, te saludara.

—¡Qué rica es! —Sonrió emocionada.

Su sonrisa y su comentario le llegaron al corazón y, sin poder evitarlo, se acercó a ella de nuevo y dijo en un tono íntimo:

—Oye..., me gustaría hablar contigo.

Pero ella sonrió y murmuró con despreocupación:

—Vale. Ya hablaremos.

No obstante, Lucas, necesitando decirle que la había añorado, insistió:

—¿Cuándo?

A Menchu le llamó la atención su insistencia y, sonriendo con la cubitera llena de hielo en las manos, respondió:

—Cuando tenga un hueco en mi apretadísima agenda.

—Lo dirás de coña, ¿verdad?

—No —respondió ella con rapidez.

Lucas se tomó su sonrisa de otra manera y, mirándola como sólo él sabía, sugirió mientras bajaba el tono:

—¿Qué tal si María se encuentra con Khal Drogo en...?

—No —lo cortó Menchu—. Eso se acabó.

—¿Por qué?

Ella lo miró y, sintiendo que el estómago le daba un vuelco, respondió:

—Te lo acabo de decir. Su nombre es Nacho.

Lucas maldijo molesto.

Esperaba que el tiempo hubiera suavizado las heridas y que pudiera encontrarse con la dulce Menchu y, en la intimidad, con la salvaje María.

—¿Estás diciendo en serio que nuestro juego se acabó? —preguntó sorprendido.

Menchu asintió manteniendo su falsa seguridad. La cercanía de él era locamente arrebatadora.

—Vamos..., cielo —insistió Lucas.

Sin poder apartarse, permitió que él se aproximara más y más, hasta que sus tentadores labios se posaron en su cuello y ella cerró los ojos.

Dios... ¿Por qué le costaba tanto decirle que no?

Las manos de Lucas agarraron sus caderas y la acercó hacia sí. Aquello enloqueció a Menchu, que fue consciente de que seguía con la cubitera en las manos, y suspiró. Sí, eso podía ser una solución y, soltando una mano del recipiente, llevó la otra hasta el cinturón de él y lo aferró.

Ese movimiento por parte de la joven hizo saber a Lucas que ella aflojaba la tensión y, besándole el cuello, murmuró:

—Te he añorado...

El corazón de Menchu le golpeaba con fuerza en el pecho, pero, como necesitaba escarmentarlo, prosiguió con su juego. Le desabrochó el cinturón y después el vaquero y, una vez que le bajó la cremallera, sin dudarlo, introdujo la mano libre en la cubitera, agarró un puñado de hielo picado y se lo metió dentro del calzoncillo.

Al notar el frío, Lucas dio un salto atrás y, enseguida, como pudo, comenzó a sacarse el hielo a toda prisa entre maldiciones e improperios.

—¡Joder! Pero ¿qué has hecho?

Intentando no perder su aparente frialdad, Menchu respondió:

—Enfriarte.

Él la miró sin dar crédito y siseó, mientras seguía deshaciéndose del hielo:

—Pero ¿te has vuelto loca?

Con una malévola sonrisa que la hizo sentirse como Cruella de Vil, Menchu suspiró.

—Loca estaría si permitiera que me tocaras otra vez.

A cada instante más enfadado, Lucas maldijo. Pero ¿qué había hecho aquella insensata?

Sin hablar, terminó de retirarse el frío hielo de cierta parte, ahora congelada, y, cuando fue a decir algo, Menchu espetó, evitando mostrarle su inseguridad:

—Te he dicho que María ya no existe para ti, ¡entérate de una vez!

Lucas la miró boquiabierto, dio un paso atrás y repuso, abrochándose los pantalones con chulería:

—De acuerdo, Menchu. Pues no hay más que hablar.

A continuación, dio media vuelta y salió de la cocina. Ella metió entonces la mano en la cubitera y, cogiendo un poco de hielo, se lo pasó por la nuca para refrescarse mientras era consciente de lo que acababa de hacer.

Estaba acalorada pensando en ello cuando Tomi entró en la cocina y, al ver el gesto de su amiga, canturreó no muy alto, para que no lo oyeran los de fuera:

—«La gata quiere gatoooooooooooooooooooooo...»

Menchu maldijo y él, acercándose, preguntó, consciente de que había visto a Lucas salir de allí segundos antes:

—¡*Oh, darling*, ¿qué ha ocurrido?!

Confundida aún por el momento, ella suspiró.

—Nada, para lo que podría haber ocurrido.

Su amigo aplaudió.

—Cuenta... Cuenta...

Sin ganas de contar, Menchu lo miró y protestó:

—Haz el favor de no ser tan cotilla.

—*Impossible!* Muero por mi Mariliendre, y lo sabes.

La joven suspiró. Ella también se moría por él y, gesticulando, susurró:

—Le he metido hielo en el interior del calzoncillo.

—*What?!*

Menchu asintió y, escapándosele una sonrisita, repitió:

—Que le he metido hie...

—Pero ¿tú te has vuelto *crazy*?

Según dijo eso, ambos comenzaron a reír, y ella, consciente de que aquello iba a ser complicado, murmuró mirándolo:

—Por favor, ayúdame un poquito. Ya es suficientemente doloroso estar cerca

de él como para que encima tú...

Tomí la abrazó. Era un egoísta, un mal amigo.

—Tienes razón, *queen* —dijo cuando la soltó—. ¡Sorry, qué perra soy! Prometo ayudarte y pensar más en ti que en ese... ese... adonis lleno de músculos sexys y tentadores.

Menchu resopló. Sin duda, Lucas no sólo volvía locas a las mujeres.

## Capítulo 45

La primera noche que durmieron todos juntos bajo el mismo techo fue una tortura para Menchu. Saber que Lucas estaba cerca, muy cerca, apenas la dejó dormir.

Lo que no sabía era que él, esa noche, se había acercado en varias ocasiones hasta la puerta de su habitación, pero, cada vez que iba a entrar, siempre se detenía.

¿Y si ella volvía a rechazarlo?

Al día siguiente, tras una jornada en la que se ignoraron mutuamente, después de cenar, mientras estaban tomándose algo, Tomi y Menchu salieron de la cocina con más bebidas y Lucas miró a la joven.

Estaba preciosa, pero, cuando iba a acercarse a ella, Tomi dio unas palmaditas para atraer la atención de todos.

—Quiero decir que estoy terriblemente *¡happy!* de que estéis aquí, y espero que los días que vamos a pasar juntos *¡sean amazing!*

Todos rieron, pero entonces a Menchu le sonó el móvil y, al mirarlo, leyó:

Tú y yo, esta noche, en mi habitación.

Parpadeó con incredulidad. ¿Acaso no había tenido bastante con lo del hielo del día anterior?

Y, sin levantar la vista para no encontrarse con la mirada de Lucas, tecleó:

No.

En cuanto le dio a «Enviar», lo miró.

Su mirada salvaje la volvió loca, y a continuación él escribió algo y la joven leyó:

Lo deseas..., María.

Esta vez pensó no contestar. Aquél, como poco, era imbécil. Pero finalmente la maldad le pudo y respondió:

¡Vete a la mierda!

Dicho esto, se guardó el móvil y, a pesar de notar cómo vibraba, no lo sacó. No quería liarla más.

Durante un par de horas, la charla del grupo estuvo animada. Como siempre que estaban juntos, las risas estaban aseguradas y todo fluía con normalidad.

Menchu, más tranquila, e ignorando a Lucas, hablaba con sus amigas, hasta que Noelia dijo:

—Estoy muerta. Creo que me voy a dormir.

—¡Y yo! —añadió Eva, mirando con picardía a Damián.

Veinte minutos después, todas se retiraron a sus respectivas habitaciones a descansar. Era la una de la madrugada y tenían aún varios magníficos días por delante.

Cuando Menchu se marchó dejando a los hombres hablando en el salón, al entrar en su habitación la intranquilidad se apoderó de ella de nuevo.

Lucas estaba allí...

Lucas la tentaba y no sabía cuánto tiempo podría resistirse a la tentación.

Una vez que se quitó la ropa y se puso su camiseta de dormir, decidió mirar el móvil. Sabía que Lucas le había escrito y, sacándolo, leyó:

Me gustaría despedirme de María.

Furiosa, tiró el teléfono sobre la cama.

Aquel sinvergüenza sin sentimientos no perdía oportunidad.

Molesta, entró en el baño y se lavó los dientes. No pensaba sucumbir a la tentación.

Pero, cinco minutos después, su parte irracional le gritaba que lo hiciera. Que

disfrutara de aquella última vez con él sin pensar en nada más.

Estaba dándole vueltas cuando su móvil vibró. Un nuevo mensaje de Lucas:

Voy a ducharme, ¿me acompañas?

La joven cerró los ojos.

Lucas era su tentación. Una tentación a la que le era difícil resistirse y, dispuesta a disfrutar de aquella última vez, se levantó, abrió la puerta de su cuarto y al no ver a nadie en el pasillo, salió y corrió hacia la habitación de Lucas.

Al entrar, vio la ropa de Lucas tirada sobre la cama y oyó correr el agua de la ducha.

¿Acaso estaba loca? ¿Qué hacía allí?

Pero, sin querer hacer caso de su lado racional, que le gritaba que saliera de allí antes de hacer una tontería, se quitó la camiseta y las bragas y, desnuda, se encaminó hacia el baño.

Al abrir la puerta, Lucas la miró. Recorrió su cuerpo con placer y, sorprendido porque ella hubiera claudicado, mintió:

—Te esperaba...

Sin hablar, ella entró en la ducha y el agua la empapó rápidamente, momento en que, tomando las riendas del asunto, lo besó.

Aquel beso deseado, despiadado, descarnado, a Menchu le supo a gloria. Nunca había estado tanto tiempo separada de él y, cuando sus bocas se despegaron, declaró, mirándolo a los ojos:

—Será la última vez.

Sin decir nada, Lucas asintió y, consciente de los cambios que veía en su cuerpo, la tocó entre las piernas y susurró extasiado:

—Me gusta.

Acalorada al ver que se había dado cuenta de su depilación brasileña, ella cerró los ojos y disfrutó dejándose hacer, hasta que él, arrinconándola contra la pared, murmuró:

—De acuerdo..., disfrutemos.

Con mimo, Lucas recorrió sus nalgas, su cintura, sus hombros, mientras la besaba con una entrega que a Menchu la volvió loca.

El tiempo que había estado sin verla lo tenía hambriento, necesitado, ansioso. La había añorado tanto que incluso la noche que le abrieron la cabeza fue porque se había negado a irse con una antigua amiga. Estaba pensando en Menchu, y lo último que le apetecía era acostarse con otra, y aquélla, furiosa, reaccionó mal y le tiró un vaso a la cabeza que lo hizo acabar en urgencias.

Y allí estaba ahora, disfrutando de la salvaje María en el cuerpo de Menchu y, excitado como un loco, la devoró, la saboreó.

Cuando ella echó la cabeza hacia atrás, el sensual policía sacó su caliente lengua y, poco a poco, la paseó por su cuello, haciendo que ella jadeara y, sin hablar, se entregara a él.

En cuanto disfrutó de saberse poseedor del cuerpo de ella, le cogió las dos manos por las muñecas y se las subió por encima de la cabeza. Entonces se miraron a los ojos y la pasión se desató.

Besos calientes...

Besos entregados...

Besos que en silencio decían mucho...

Sus respiraciones se aceleraron.

Sabían lo que querían, lo que deseaban, y Lucas, cogiendo a aquélla entre sus brazos, la apoyó en la pared y, sin hablar, abrió con los dedos los pliegues de su húmedo sexo, y mientras el agua caía sobre su espalda, se introdujo en ella lenta y pausadamente hasta que Menchu, moviendo las caderas con brusquedad, se clavó por completo en él y exigió:

—Sin mimo...

Su petición volvió loco a Lucas. Allí estaba ella, la mujer dulce en el día a día y fogosa y exigente en la cama. La única que había conseguido que pensara en ella las veinticuatro horas del día gracias a que lo había rechazado.

Menchu... María... María... Menchu... Y, moviéndose con contundencia, se clavó una y otra y otra vez en ella, al tiempo que sus bocas se besaban para mitigar sus jadeos y disfrutaban de aquella loca posesión.

El placer, el goce, la delicia se apoderaron de ellos mientras Lucas, asiendo las nalgas de ella, se hundía una y otra vez en su interior y ella jadeaba cogida de su cuello.

—Sí... Sí...

Movimientos rítmicos...



Movimientos acompasados...

Movimientos enloquecedores...

Lo que ocurría entre ellos en ese instante era único y especial. Era deseado y pecaminoso. Era caliente y voluptuoso y, sin duda, también un juego peligroso.

Como los animales que eran siempre que estaban juntos, se hicieron el amor con pasión mientras se besaban, se mordían o se chupaban en busca de gozo, delirio y locura.

Aquel acto tan puramente carnal, tan deseado, tan necesitado, los hizo subir al cielo, y al alcanzar el clímax, ambos quedaron jadeantes contra la pared. Lucas apoyó su frente contra la de ella, e iba a decir algo cuando Menchu, sin darle oportunidad de hablar, anunció:

—Esto se acabó.

—Dame un segundo —pidió él sin aliento.

Pero ella, negando con la cabeza, replicó:

—No. Y, como siempre me has dicho..., esto es lo que es. Lo sabes, ¿verdad?

Por primera vez, Lucas sintió que aquellas palabras que tanto había repetido cuando estaba con ella se volvían en su contra, y murmuró:

—María...

Molesta, clavó sus ojos verdes en él, y siseó:

—Ya no soy tu María. No vuelvas a llamarme así.

Consternado por sus crueles palabras, él preguntó sin poder evitarlo:

—¿Acaso ahora eres la María de otro?

Con amargura, la joven sonrió y, necesitando dejarle claro que ahora era ella quien decidía, sentenció:

—Sí.

El nombre de Nacho Duarte se quedó en la lengua de Lucas y, conteniendo la rabia que sentía en aquel instante en que estaba dispuesto a abrirle su corazón, se quedó en blanco.

En silencio, y con dureza, se miraron durante unos segundos, hasta que ella salió de la ducha.

Cabizbaja y avergonzada por haberse dejado llevar por la lujuria, cogió una toalla y se secó; en ese momento Lucas salió de la ducha y, abrazándola por detrás, murmuró en su oído:

—Escucha...

Pero ella, deshaciéndose nuevamente de sus brazos, salió del baño y cerró la puerta. Tenía que alejarse de él.

Una vez en la habitación de Lucas, dejando caer la toalla al suelo, cogió las bragas y la camiseta y se las puso. Cuando estuvo vestida, se dirigió hacia la puerta justo en el momento en que él salía del baño. Ambos se miraron. Luego ella abrió la puerta y, levantando el mentón, dijo antes de desaparecer:

—Adiós, Khal Drogo.

Cuando Menchu cerró la puerta y Lucas se quedó solo en la habitación, no se movió del sitio.

Deseaba pedirle que no se fuera, que se quedara, pero no lo hizo. Aquélla era Menchu, la chica encantadora y bonita, y él no era más que un cabrón.

\* \* \*

Tras cerrar la puerta, Menchu comenzó a caminar acalorada cuando oyó a su espalda:

—¡No me lo puedo creer!

Esa voz hizo que se parara en seco y, al mirar hacia atrás, vio a Noelia con un vaso de agua en una mano y galletas Oreó en la otra.

Por su parte, la actriz, sorprendida al ver a su amiga salir de la habitación de Lucas, se encaminó hacia ella, que la miraba con gesto horrorizado, y, cogiéndola del brazo, susurró:

—No me digas que...

Menchu resopló. Era una tontería negarlo.

—Sí.

Asombrada porque creía que su historia se había acabado con la distancia, Noelia agarró a su amiga del brazo y preguntó:

—¿No crees que tienes algo que contarme?

Al sentirse descubierta, Menchu cogió una galleta de las que su amiga llevaba y, tras darle un mordisco, asintió.

—Sí. Vamos a mi habitación.

Y así fue como Noelia se enteró por fin de lo que pasaba.

## Capítulo 46

Al día siguiente, cuando todos estaban en la piscina disfrutando de un bonito día de sol, Menchu hablaba junto a la barbacoa con Eva y con Tomi.

—Y caí..., ¡volví a caer como una tonta!

Eva maldijo. Sin duda lo de su amiga no tenía nombre y, cuando iba a decir algo, él cuchicheó:

—¡Dime al menos que fue *marvellous*!

Menchu lo miró molesta, y Tomi, al ver su enfado, añadió:

—OK. Me doy un puntito en la boca.

Eva, que había permanecido en silencio hasta el momento, preguntó, al observar la consternación de su amiga:

—¿No quedamos en que no te acercarías a él?

—Sí, pero está visto que soy incapaz de resistirme a ciertas tentaciones.

—Por Dios, pero si al final vas a ser peor que yo —se mofó Eva.

Menchu asintió.

—Sin duda..., peor, ¡mucho peor!

Los tres comenzaron entonces a hablar a la vez, y la joven, incapaz de seguir mintiéndoles a sus amigos, les confesó la verdad de su relación con Nacho.

Eva y Tomi se miraron sin dar crédito.

—Entonces, ¿tú y él no...? —empezó a decir Tomi.

Menchu negó con la cabeza.

—*Oh-my-God...!* —susurró él, llevándose las manos a la boca.

Eva, que se había quedado tan patidifusa como aquél, murmuró:

—Pero ¿tú estás loca? Ese tío está buenísimo y...

—¿Quién está buenísimo? —preguntó Damián, apareciendo de pronto junto

a ellos.

Rápidamente todos lo miraron, y Tomi soltó:

—Tú, *my love*. ¡Tú!

Damián, sin creerlo, sonrió y luego cuchicheó, mirando a su chica:

—¿Tú piensas como él?

Eva rio.

Por suerte, Damián no había captado el trasfondo de la conversación y, dándole un beso en la boca, afirmó:

—Por supuesto, cariño. Tú eres mi número uno.

Complacido, él le dio un dulce beso en los labios y, cuando se separó de ella, anunció:

—Vamos a ir con Peter a recoger a Carlos y a Laura a casa de Vin Diesel; ¿os venís?

Los tres se miraron entre sí, y Eva respondió:

—No. Id vosotros. Nosotros nos quedamos vigilando la barbacoa.

Al ver cómo lo miraban, Damián asintió y, dando media vuelta, se acercó a Juan y a Lucas, que las observaba desde la distancia, y los tres desaparecieron del jardín.

Una vez solos, los tres amigos pudieron hablar con más tranquilidad, y Eva, todavía sorprendida por lo último que había soltado Menchu, musitó:

—Repito: Nacho es un tiarrón. ¿Cómo puedes resistirte a él y a Lucas no?

—Eva —respondió Menchu—, entre Nacho y yo sólo hay una excelente amistad, mientras que lo que Lucas y yo tenemos es puro sexo.

—¡Oh, qué morbo! —exclamó Tomi.

—Dios mío, esto va a ser un desastre —susurró Eva, llevándose las manos a la cabeza.

—No, si entre todos la ayudamos.

Al oír eso, los tres se volvieron y se encontraron a Noelia del brazo de Nacho. Sin duda, su amiga necesitaba ayuda.

—Menchu me lo ha contado todo —declaró la actriz—, y aunque al principio me enfadé con ella y con vosotros dos por haberme ocultado ciertos detallitos, ahora comprendo por qué lo hicisteis, y os perdono.

—*Oh, my love* —cuchicheó Tomi, mirando a Menchu—. Era un secreto y...

—Tranquilo —Noelia sonrió.

Al ver que su cuñada también sabía lo de Lucas, Eva clavó la mirada en Nacho y preguntó:

—Pero, vamos a ver, ¿quién sabe la verdad? Porque, como sigamos así, al final lo va a saber todo el mundo.

Menchu intercambió una mirada de complicidad con el mexicano y resopló.

—Sólo lo sabéis los que estáis aquí.

—¿Sólo?! Pero si somos un batallón —se mofó Eva.

Menchu asintió, y Nacho intervino:

—Un batallón que la quiere y que la va a ayudar.

Todos sonrieron por aquello, y entonces Noelia, tomando el mando, dijo:

—He trazado un plan.

—¿Otro plan? —maldijo Menchu.

Entre todos la estaban volviendo loca, pero Noelia, segura de sí misma, abrió su bolso y, sacando unos *walkie-talkies*, iba a hablar cuando Eva preguntó divertida:

—¿Con *walkies* y todo?

La actriz y el cineasta se miraron; habían conversado aquella mañana. Y ella explicó, dirigiéndose a sus amigos:

—Será una manera de comunicarnos si no estamos juntos en la misma habitación.

Tomi, encantado, cogió uno de los aparatos y murmuró, posando:

—Me siento como un hombre de Harrelson. ¿Cómo me veis?

—*Divine* —se mofó Eva.

Durante un rato, todos rieron, excepto Menchu, hasta que Noelia explicó:

—Muy bien, equipo, esto es lo que vamos a hacer. Nacho, que ha accedido a ayudar encantado, hará de hombre enamorado, y tú, querida Menchu, de mujercita enamorada.

—¡Muero de amorrrrrrrrrrr! ¡Qué romántico! —bromeó Tomi.

Menchu miró al mexicano y, cuando iba a decir algo, él declaró:

—Le haré creer a ese Lucas que estoy loco por ti. ¿Qué te parece, preciosa?

Ella lo miró acalorada y susurró:

—No quisiera ocasionarte problemas, ¿estás seguro?

Nacho sonrió. Le parecía divertido ayudar en aquello, por lo que afirmó:

—Si ese tipo se acerca a ti más de la cuenta, yo mismo le daré su merecido.

—*Oh, my God...!* —murmuró Tomi.

Noelia sonrió y, mirando a su primo, prosiguió:

—Tomi, tienes que hacerle ver a Lucas lo coladito que está Nacho por ella, y contarle que incluso crees que cualquier día pueden escaparse a Las Vegas y hacer una locura.

—¿Qué?! —exclamó Menchu.

Divertida, Noelia asintió.

—Si queremos que Lucas se aleje de ti, lo mejor es hacerle ver que vas a casarte con otro. Sin duda..., ¡eso lo ahuyentará! Quienes lo conocemos sabemos que siempre ha huido de las mujeres casadas y comprometidas. No quiere complicaciones de ese tipo.

—Es verdad. Al menos hace algo bien —afirmó Eva.

Menchu parpadeó. Aquello era una locura.

—¿Podrás hacerle creer eso, Tomi? —preguntó Nacho a continuación.

—*Of course!* —asintió él.

Menchu los miró boquiabierta. Noelia tenía razón: Lucas huía de las mujeres casadas y comprometidas.

—Como actriz, te aconsejaré acerca del mejor modo de meterte en tu papel. Lucas debe creer que lo nuestro es de verdad, y te aseguro que entonces te dejará en paz. —Y, mirando a Eva, añadió—: Y tú y yo seremos las amigas descaradas que la empujen a ir a Las Vegas, porque Nacho, además de ser un cañón de tío, está forrado de dinero.

—Uis..., la que vamos a liar —señaló Eva riendo.

Nacho sonrió y, al ver el gesto apurado de Menchu, indicó:

—María de los ojos verdes, será un placer interpretar que estoy locamente enamorado de ti.

Ella iba a hablar cuando Noelia dijo mirándola:

—Las clases de teatro deben de haberte servido de algo. Es más, alguna vez que fui a verte te dije que lo hacías muy bien.

—Porque me quieres, Noelia. —La joven sonrió.

La actriz suspiró. Menchu tenía más potencial del que ella siempre había creído y, dirigiéndose a Eva, cuchicheó:

—Nuestros comentarios materialistas quizá nos creen algún problemita con Juan y con Damián, porque tenemos que conseguir que Menchu no sólo vea en

Nacho a un hombre, sino también a alguien con dinero, lujo y glamur, algo que Lucas nunca podrá darle.

Eva pensó en Damián, lo cierto era que no le apetecía nada discutir con él por ese tema.

—Ah, no. Eso no —repuso Menchu—. No quiero que vayáis a tener problemas por mi culpa.

Noelia sonrió.

—Tranquila, no creo que llegue la sangre al río. Pero, a veces, a ciertos personajes no les va mal un bañito de realidad.

Tomi suspiró. Aquello se ponía tremendamente interesante. Entonces Eva, al ver la sonrisita de su amigo, afirmó:

—Cuenta conmigo —y, cogiendo un *walkie*, preguntó—: ¿Y esto?

Noelia cogió otro y explicó divertida:

—Hemos de saber en todo momento dónde está Lucas, sobre todo por las noches.

—¿Para qué? —preguntó Menchu sin entender.

Nacho y Noelia se miraron, y él dijo:

—Para evitar que entre en tu cuarto o tú vayas al suyo, seguirle la pista y hacerle ver lo bien que te lo pasas conmigo.

Los cinco sonrieron, y entonces Noelia, Tomi y Eva comenzaron a charlar. Menchu los observaba, y Nacho, acercándose a ella, le cogió las manos y dijo:

—Espero que no te importe que haya hablado con Noelia. Esta mañana he tenido una reunión con ella por trabajo y, bueno, cuando hemos terminado, ambos sabíamos que debíamos hablar de ti para intentar ayudarte.

Menchu asintió descolocada. ¿De verdad quería hacer aquello?

—Tomi —indicó Noelia mirando a su primo—, llama a tu amiga, la diseñadora de bikinis, y dile que necesito varios de ellos muy sexys y escandalosos; haremos creer que se los ha comprado Nacho a Menchu.

—¡OK! —aplaudió él. A continuación, sacó su teléfono móvil y se alejó para llamar.

—Yo me voy —dijo Nacho—, regresaré dentro de un rato. Y recuerda, María, cuando te vea, voy a tratarte con cariño y ardor y sólo tendré ojos para ti.

—Y tú para él —apostilló Noelia.

Acalorada, Menchu asintió y, cuando él se fue, Eva comentó mirándolo:

—Madre mía... A mí este tío me pone cardíaca. Pero ¡qué bueno que está!

Noelia sonrió y, dirigiéndose a una Menchu del todo desconcertada, anunció:

—Y tú a partir de ahora vas a ser la nueva enamorada de Los Ángeles. Todos hemos visto en estos días que conoces a los amigos de Tomi y de Peter y simplemente debes meterte en el papel de una chica que tiene muy claras las cosas y que desde luego no se va a dejar amedrentar por nadie. Y menos por un tío que no se la merece.

—¿¡Simplemente?! —se mofó Eva.

Asustada, Menchu iba a decir algo cuando esta última indicó, contemplando a su amiga:

—A ese machito beta de Lucas te lo tienes que cargar.

Noelia y Menchu la miraron, y la primera preguntó:

—¿¡Machito beta?! —

Eva sonrió y, recordando algo que su amiga Rosa le había dicho un día, afirmó:

—Cuando digo *beta* es de ¡*beta* tomar por culo!

Noelia soltó una carcajada por las ocurrencias de su cuñada, pero, al ver el gesto de Menchu, cuchicheó:

—Borra esa cara de susto, por Dios. A partir de ahora quiero ver siempre una expresión de enamorada.

—Pero... pero..., yo no sé si...

—Tú sabes, ¡claro que sabes! —afirmó Noelia y, observándola, añadió—: Nunca he estado con Lucas en la cama, pero que repitiera contigo me hace imaginar que muy sosita en el sexo no debes de ser, ¿verdad?

Roja como un tomate, Menchu las miró, y Eva susurró sonriendo:

—¿Le has contado lo de María y Khal Drogo?

Menchu refunfuñó para sus adentros. ¿En qué maldita hora lo había contado?

Pero, al final, ante la insistencia de aquélla, lo soltó todo.

—¿En serio? —dijo Noelia riendo.

Menchu resopló y, al ver las sonrisitas de sus amigas, murmuró:

—¡Me estoy muriendo de la vergüenza!

Noelia asintió. Sin duda las personas tenían distintas maneras de divertirse en el sexo, pero, obviando ese detalle, y deseosa de ayudar a su amiga, le pidió:

—Dame el perfil de María.



Al oír eso, Menchu y Eva sonrieron, y esta última preguntó:

—¿Te crees policía acaso?

—No —repuso Noelia divertida—. Pero si sé cómo es María, puedo exigirle al personaje.

Nerviosa, Menchu se retorció las manos y empezó a decir:

—María es una chica atrevida.

—Dame el perfil —insistió Noelia.

Suspirando, Menchu se retiró el pelo de la cara y por último dijo:

—Ardiente en la cama. Segura de sí misma, y no le importa lo que los demás piensen de ella.

—¡Ahí lo tienes, *Khaleesi!* —se mofó Noelia—. Ése es el personaje que debes interpretar. Métete en la piel de esa mujer que te propusiste ser cuando le pediste a Lucas que fuera tu Khal Drogo. A partir de ahora, mira a Nacho con la misma intensidad con que mirabas a Lucas, bésalo con la fogosidad con que besabas a Lucas y...

—No —la cortó ella—. No pienso tirármelo.

Noelia sonrió.

—No hace falta que te acuestes con él, pero sí que se lo hagas creer a todos, especialmente a Lucas. Se supone que estás enamorada de Nacho, ¿o no?

\* \* \*

Durante un buen rato hablaron sobre aquello, y Noelia, como actriz, enseguida se metió en el papel de María. De pronto dejó de ser ella misma para mostrarles a una mujer de mirada ardiente que caminaba con seguridad. Cuando terminó, Menchu y Eva la miraron, y esta última dijo:

—Madre mía, cuñada, ¡qué buena eres!

Divertida, Noelia sonrió, y a continuación le pidió a Menchu que lo hiciera ella.

La joven lo intentó varias veces, pero la vergüenza podía con ella, hasta que Noelia, mirándola, dijo:

—Imagina a Lucas. Piensa en cuando estabais solos en la cama e intentabas atraer su atención mostrándote como una mujer atrevida, segura y deseosa de sexo. Piensa en lo sensual que eres y en la rabia que te daba cuando lo veías con

otra mujer. Ah..., y olvídate de Menchu. Es primordial para meterte en el personaje. Si consigues hacerle creer que Nacho es lo que quieres, conociéndolo, se alejará de ti, y tú y todos seremos felices.

La joven lo intentó otra vez.

Si había podido comportarse de aquel modo estando con Lucas, ahora tenía que poder también, y finalmente lo consiguió. Lo hizo de tal forma que, cuando acabó su interpretación, Noelia exclamó:

—Menchu de mi vida..., ¡si tú ibas para actriz!

Las tres rieron, y entonces Tomi se les acercó y anunció:

—¡Solucionado! —y, enseñándoles una página web, añadió—: Dice que elijas los bikinis que quieras y dentro de una hora los tendrás aquí con pareos y sandalias incluidas.

Los cuatro miraron la web que les mostraba Tomi, y Noelia preguntó, dirigiéndose a Menchu:

—¿Qué bikinis elegiría María?

Ella los examinó con detenimiento. Sin duda aquellos bikinis eran escandalosamente provocadores, y, clavando la mirada en uno negro, afirmó:

—Éste.

—¡Madre mía! —exclamó Eva.

Al ver el que señalaba, Tomi cuchicheó:

—Pero si enseña más que tapa...

—Si yo me pongo eso, a Juan le da un infarto —se mofó Noelia.

Divertidos, todos empezaron a comentar los impresionantes bikinis, y cuando hubieron elegido algunos más, la actriz indicó:

—Muy bien, Tomi, pide ésos, y también sus accesorios. Y tú —añadió, señalando a Menchu—, a partir de ahora métete en la piel de María y actúa como tal, ¿entendido?

La joven asintió y, entre risas y cotilleos, los cuatro entraron en el interior de la casa. El espectáculo debía comenzar.

## Capítulo 47

Un par de horas después, cuando los chicos regresaron junto a Carlos y Laura, se encontraron a Noelia, a Tomi y a Eva tomando el sol en la piscina.

Juan y Damián saludaron a sus chicas, luego se reunieron de nuevo con Carlos, Emilio y Lucas, y rápidamente comenzaron a hablar de sus cosas, mientras Laura les contaba su encuentro con Vin Diesel, con el que tan bien se llevaba.

Tras un par de tragos, Lucas observó que Menchu no estaba con los demás y quiso preguntar, pero, consciente de que no era buena idea, continuó bebiendo e intentó olvidarse del tema. Ya volvería.

Segundos después, la puerta se abrió y frente a ellos apareció una espectacular Menchu, ataviada con una pamea y un pareo amarillo. Todos la miraron y ella, dirigiéndose hacia las chicas con paso seguro, sonrió.

Juan, que como el resto había visto aquella aparición, comentó, al ver cómo todos la miraban para romper aquel extraño instante:

—Todavía no me creo que estemos de vacaciones.

Los hombres asintieron, justo en el momento en el que Menchu se quitaba el pareo y se quedaba vestida con aquel minúsculo bikini negro.

Desde lejos, los hombres oyeron las alabanzas de las mujeres, mientras ella sonreía encantada. Sin duda aquel bikini de tanga brasileño era todo un escándalo.

—¡Joder! —murmuró Emilio, mirándola—. Pero qué buenorra que está Menchu. Vamos, que estoy por hacerle uno o todos los favores que quiera.

Lucas la miró boquiabierto.

¿Desde cuándo era tan descocada vistiendo?

Y, al observar cómo Emilio paseaba los ojos por su cuerpo con descaro, siseó:

—¿Qué tal si te guardas ciertos comentarios y dejas de mirarla de ese modo? Su amigo sonrió y, con su humor habitual, cuchicheó:

—Joder, macho, lo evidente es evidente. No veas la Mechuncita lo potentorra que está con ese bikini... ¡Madre mía, qué traserito más lindo!

Lucas resopló. Por mucho que lo jorobara, él no era quién para prohibirle a Emilio que la contemplase, pero su rabia iba en aumento. ¿Por qué no miraba hacia otro lado?

En ese instante, Peter se reunió con ellos y, divertido, Damián le tocó la cabeza y se mofó:

—Joder, Peter..., tu síndrome de Hortaleza es más evidente cada día.

—Éste, en nada, es miembro del club —bromeó Carlos, tocándose la cabeza.

Los cinco geos rieron. Las chorradas de machitos eran muy típicas entre ellos.

—No entiendo. ¿Qué es el síndrome de Hortaleza? —preguntó Peter.

Lucas y Juan sonrieron, y Emilio, tras chocar la mano con Damián, contestó:

—Pues es cuando se tienen más pelos en los huevos que en la cabeza.

La carcajada de los españoles fue monumental, pero Tomi, que había aparecido en ese instante, exclamó al oírlo:

—*Oh-my-God!* ¡Qué ordinariez! —y, dirigiéndose a Emilio, protestó—: Diciendo esas cosas, no sé cómo te miran las *women*.

El policía rio y, dando un trago a su cerveza, indicó con su habitual chulería:

—Mi método es infalible, querido Tomi. Las miro. Me miran. Y cuando les doy uno de mis sabrosos besos y les hago sentir lo bien que lo podemos pasar, simplemente murmuro: «Emilio, follador a domicilio, abierto las veinticuatro horas», y, ¡zas!, ya son mías.

—¡Qué horror! —se mofó Carlos mientras Lucas, con disimulo, observaba a Menchu, que se metía en el agua.

—Dudo que ese método tuyo les guste a las churris —se burló Juan.

—Las enloquece —afirmó divertido Emilio—. Y cuando muevo las caderas al más puro estilo Tom Jones, ¡uooooo, amigoooooooooo!

Durante un rato, los policías rieron por las machadas que aquél decía, hasta que Tomi agarró a su chico del brazo y dijo:

—*My love*, alejémonos de estos orangutanes.

Los otros cinco comenzaron a imitar a los monos mientras aquéllos se alejaban, pero entonces Emilio, contemplando de nuevo a Menchu, que salía del agua, silbó y comentó:

—Joder..., los pezoncitos tan lindos que tiene Menchu.

Todos miraron hacia la piscina, de donde ella salía con aquel minúsculo bikini, y Lucas, sin poder evitarlo, cogió una chancla que había en el suelo, se la tiró a Emilio a la cabeza y, cuando éste volvió la vista hacia él, siseó:

—¿Quieres hacer el favor de mirar para otro lado?

—¿Por qué?

—Porque sí.

Juan observó a su amigo. Lo sorprendía verlo defender a Menchu con tanto ahínco y con aquel gesto serio, pero no dijo nada.

—Mira, Lucas —murmuró entonces Emilio—, no me lo tomes a mal, pero tú tuviste algo con ella, ¿no? ¿Acaso está vetada para los demás?

En cuanto oyó eso, el aludido se levantó de la tumbona como un toro, de tal manera que Damián tuvo que interponerse entre él y Emilio.

—Acércate a ella más de la cuenta —siseó Lucas— y te juro que dejarás de tener el síndrome de Hortaleza, porque no tendrás pelos ni en los huevos ni en la cabeza.

Juan soltó una carcajada al oírlo, pero Carlos, al verlo tan serio, murmuró:

—Lucas..., oye..., tranquilo.

Sorprendidos por su repentina agresividad, sus amigos lo observaron, y él, consciente de su comportamiento, trató de disimular el malestar que sentía y suavizó el tono para añadir:

—Joder, macho..., ¡es que es Menchu! Es de la familia.

—En eso te doy la razón. Guárdate tus comentarios, Emilio —dijo Juan, sorprendido por la rabia que había visto en la mirada de su amigo.

El aludido sonrió. Sus compañeros eran unos cachondos e incapaz de callar, insistió:

—¡Joder! Pero si la tía está buena..., ¿acaso no puedo decirlo? También pienso que Noelia, Laura y Eva están buenas, y eso no significa que me las quiera tirar.

Damián, Carlos y Juan lo miraron, y este último dijo:

—Ignoraré lo que has dicho sobre mi mujer o tendré que partirte la cara.

—Y yo —aseguró Damián.

—Cuidadito, follador a domicilio —se mofó Carlos.

Lucas volvió a tumbarse y, con las gafas de sol puestas, espió a Menchu. Sin duda, aquel escandaloso bikini le sentaba muy bien. Demasiado.

Una hora después, Juan cogió a su mujer y a Menchu en brazos y se tiró con ellas a la piscina, y Lucas sonrió. Le encantaba ver reír a la joven.

Con sentimientos encontrados, pensó en lo ocurrido la noche anterior en el baño de su habitación. Cuando estaba con Menchu, y no sólo en la cama, las cosas eran diferentes. Eso sólo le ocurría con ella, con ninguna otra mujer, pero, consciente de que debía respetar su decisión, dio un trago y resolvió zanjar el tema. Era lo mejor para los dos, y más habiendo una tercera persona.

\* \* \*

Tomí, que los observaba a todos tras sus enormes gafas de Prada, cuchicheó, cuando Menchu se sirvió otro cóctel:

—Mariliendre te mira, y mucho. Está visto que le ha gustado el bikini.

—¡Qué ilusión! —musitó ella nerviosa.

Sin duda, la joven también se había percatado de cómo aquél la observaba, aunque intentaba no encontrarse con los ojos de él. Estaba pensando en ello cuando Eva dijo a su lado:

—Recuerda que cuando aparezca Nacho tienes que mirarlo como una enamorada.

—Me estás poniendo histérica —protestó Menchu.

Segundos después, Peter salió al jardín acompañado de Nacho, y Tomí gritó:

—*Oh, my God!* Ya estamos todos.

Rápidamente Lucas miró a Menchu, que sonreía, y enseguida reconoció al tipo que había visto por internet. Aquél era Nacho Duarte, el famosísimo y riquísimo director de cine.

Resopló.

¿Qué narices estaba haciendo allí?

Noelia, al ver a Nacho, lo saludó encantada.

Juan sabía que aquella mañana habían tenido una reunión de trabajo, pero

poco más, y ella, omitiendo que se habían visto más tarde, incluyó a su marido en la conversación y se saludaron de inmediato.

Desde la distancia, Lucas se fijó en cómo cambiaba la sonrisa de Menchu al ver a aquél. De pronto su mirada se había vuelto más intensa, más tentadora, y eso no le gustó, y menos cuando vio que él le sonreía y ella le guiñaba con complicidad un ojo.

Segundos después, Tomi, como buen anfitrión, fue presentándolo a los demás.

Sacando fuerzas de donde no imaginaba que las tenía, Menchu se metió por completo en el papel de María. Cogió otro cóctel, se acercó al recién llegado, que la miró encantado, y, tras darle un beso en la boca delante de todos, él cogió la copa y, agarrándola por la cintura, susurró, centrándose en ella:

—Qué ganas tenía de verte, preciosa. Ese bikini te sienta estupendamente.

Sorprendidos, los hombres se miraron, y entonces Tomi dijo, señalando al único que seguía en la tumbona:

—Y este adonis de cuerpo apolíneo y tentador es Lucas, mi Batman.

Al oírlo, Nacho clavó la mirada en aquel hombre. Aquél era el famoso Lucas y, cuando vio que se levantaba de la tumbona, sin soltar a Menchu de la cintura para hacerle saber que él era ahora el dueño de su intimidad, le tendió la mano y lo saludó:

—Encantado, Lucas.

—Lo mismo digo —respondió él, consciente de cómo el tipo la sujetaba por la cintura.

¿Por qué no la soltaba ya?

Durante un rato estuvieron charlando de Los Ángeles y de las películas que aquél había dirigido, hasta que Menchu le tendió otro cóctel y Nacho, tras besarla con ardor, dijo:

—Gracias..., María.

A Lucas lo descolocó oír ese nombre.

¿Cómo que María?

Y, al entender que la mirada de ella era la misma de cuando estaban a solas en la cama, se enfureció. Se sintió enfermo de pensar que Menchu pudiera jugar con aquél a lo mismo que jugaba con él, y cuando Nacho comenzó a hablar con Damián, se acercó con disimulo a ella y le preguntó con sorna:

—¿¿María?!

—Paso de ti.

—¿Ese tipo te ha llamado María? —insistió Lucas molesto.

Ella lo miró entonces con la mayor indiferencia que pudo y contestó:

—Sí.

A cada segundo más descolocado, Lucas insistió:

—Pero ¿María de... *María*?

Entendiendo por dónde iba, la joven afirmó con cierta maldad en la mirada.

—A ver si te crees que eres tú el único con el que disfrutar del sexo.

Él parpadeó con incredulidad y, antes de que pudiera decir algo, ella añadió:

—Nacho me satisface como nadie.

—Pero ¿qué estás diciendo? —murmuró Lucas molesto.

Durante unos segundos ambos se quedaron callados. El corazón de Menchu bombeaba a mil por hora, mientras era consciente de cómo María la engullía.

—¿Te gusta mi bikini? —le preguntó entonces al ver cómo la miraba—. Me lo ha regalado Nacho.

—Demasiado justito de tela, ¿no? —gruñó él.

La joven, divertida, se dio una vueltecita de lo más cautivadora y morbosa ante él y cuchicheó, al mirar al mexicano y ver que él la observaba:

—A Nacho le apasiona.

Lucas miró al cineasta y, al comprobar cómo la contemplaba con una sonrisita nada decente, susurró:

—No sé qué te pasa, pero sin duda no...

—¿Por qué ha de pasarme algo? —preguntó ella, dando un trago a su cóctel.

A cada segundo más descolocado, Lucas maldijo.

—Sé que he sido un idiota, pero tú y yo tenemos algo que...

—Eh..., eh... —lo cortó y, guiñándole el ojo, cuchicheó—: Te recuerdo aquello de «esto es lo que es». —Él no dijo nada, y Menchu añadió—: No me seas antiguo, Lucas, y piensa que eso fue..., lo que fue.

Él cerró la boca sorprendido, y ella sentenció:

—Los Ángeles me ha ofrecido la oportunidad de conocer a un hombre de verdad, y estoy segura de que a ti también te las ofrecerá. ¡Disfrútalas! ¡No seas tonto! Aquí hay chicas preciosas, bueno..., qué te voy a decir yo a ti, si tú lo sabes mejor que nadie, ¿verdad? Por cierto, si no conoces a ninguna que te guste,



dímelo: Nacho tiene unas amigas ¡monísimas!

Y, sin más, se alejó de él para abrazarse a Nacho, que la aceptó encantado.

En ese instante, Damián se acercó a su amigo y, sin percatarse de lo que le ocurría, le ofreció una cerveza fresquita, que Lucas aceptó. Estaba sediento.

Minutos después, cuando vio a Menchu alejarse, se acercó a Juan y a Nacho y se inmiscuyó en su conversación. Ya de por sí molesto, pronto se dio cuenta de que Nacho era un tío simpático y agradable, y eso lo fastidió aún más.

¿Por qué no era un gilipollas engreído?

\* \* \*

Las chicas, al ver a los hombres charlar en grupo, se alejaron unos pasos y Eva cuchicheó, haciéndole creer a Laura que era la primera vez que veía a Nacho:

—¡Madrecita lindaaaaaaaaaaaaa..., qué razón tenías! Está más bueno aún en persona.

—¡Qué ojazos negros! —exclamó Laura.

—Lo sé —convino Menchu con una sonrisa.

Aquella sonrisa y el gesto de su amiga llamaron la atención de Laura, que, divertida, musitó:

—Ais, Menchu. Te noto diferente.

La aludida, al oír aquello, sonrió y afirmó, metida en el personaje:

—Sin duda, Nacho me hace serlo.

Noelia, que observaba con discreción los movimientos de su amiga, encantada por ver el desconcierto en el frío Lucas, se acercó a ella y susurró:

—Que sepas, querida Menchu, que ahora mismo eres la envidia de muchas mujeres de renombre. Nacho es un hombre muy deseado entre las féminas.

Ella sonrió y no dijo nada.

En ese instante, Carlos llamó a su mujer, quería comentarle algo, y, cuando ésta se alejó, Noelia indicó:

—Madre mía, Menchu, no sé qué le has dicho a Lucas, pero está descolocado por completo.

Eva, Menchu y Noelia sonrieron, y la primera, sin querer mirar al policía, expuso:

—Nacho está mucho más bueno que Lucas.

—Eva, tampoco te pases —repuso Noelia divertida—. Lucas está muy bien y, desde luego, físicamente no tiene nada que envidiarle a Nacho.

Menchu soltó una carcajada, y Eva matizó:

—Pero sin duda envidiará su dinero, sus casas, su colección de coches de lujo y su caballerosidad, una cualidad de la que Lucas carece por completo.

Noelia suspiró, y Menchu, que conocía muy bien a Lucas, respondió:

—Eva, no te enfades, pero dudo que Lucas envidie nada de lo que has dicho. Bueno, sí —matizó—. Quizá el Ferrari rojo que conduce Nacho sí lo envidiaría.

Esta vez, las tres rieron.

¿Quién no envidiaría tener un Ferrari rojo?

## Capítulo 48

Durante los días siguientes, Lucas intentaba conectar con Menchu, pero le resultaba imposible.

Ella ya no lo miraba, ni le daba la oportunidad de hablar o reír con ella como lo había hecho en los últimos años, y eso lo hacía sentirse como un idiota.

Cada noche que ella se marchaba de la casa con Nacho, Lucas notaba que de forma inevitable algo se rompía en su interior, y lo pasaba mal, terriblemente mal.

En esos días, todos fueron testigos de cómo Menchu se divertía con aquel hombre adinerado y encantador, y éste, gustoso, apenas si se separaba de ella.

Mientras tanto, Lucas, en silencio, se sentía relegado a un segundo plano, cosa que cada día lo encabritaba más, consiguiendo el efecto contrario del que los otros perseguían con su plan. Menchu siempre había estado pendiente de él, y que ahora sólo tuviera ojos para aquel director de cine adinerado lo estaba jorobando, y mucho. Sin embargo, no dispuesto a que nadie lo notara, intentaba disimular, pero Juan, que era muy observador, comenzó a sospechar, y más al ver que él no acababa las noches con ninguna conquista.

¿Qué le ocurría?

Cuando salían a tomar copas todos juntos a los bares de moda por las noches, Menchu y Lucas se evitaban. Estaba claro que las cosas entre ellos habían cambiado y así debían aceptarlo.

A la joven, tener a Nacho a su lado mientras se metía en el papel de María le daba una seguridad enorme, y un día, acercándose a él, murmuró:

—No sé cómo te voy a poder pagar todo lo que estás haciendo por mí.

Él sonrió.

—¿Sabes?, quizá te contrate para mi próxima película.

Ambos rieron, y luego él señaló:

—Pero yo sí sé cómo me lo vas a pagar.

—¿Cómo?! —preguntó ella divertida.

Nacho dio un trago a su copa y, acercándose más, la besó en los labios con complicidad y cuchicheó:

—Viniéndote conmigo a una gala benéfica a la que he sido invitado.

Menchu sonrió.

—Por supuesto que iré encantada.

Sin percatarse de que Lucas los observaba mientras él hablaba con una chica morena, Nacho le colocó un mechón de pelo a Menchu tras la oreja y le preguntó:

—¿Qué tal estás llevando que él esté aquí?

La joven resopló y, sin querer mirar al objeto de su deseo, respondió:

—Según el momento. Te juro que no me entiendo ni yo, pues tan pronto quiero lanzarme a sus brazos como quiero matarlo. Pero he aprendido a no acercarme a él. Ya no. Eso se acabó.

Divertido, Nacho sonrió. Sin duda era una locura la clase de ayuda que le estaba ofreciendo.

—Lo bueno es que todos se han creído lo nuestro —señaló ella— y, ¡por fin!, él está viendo que un hombre como tú puede fijarse en mí.

—María..., pero ¿qué tonterías dices? Pues claro que un hombre como yo...

—Gracias. —Ella sonrió—. Gracias por ayudarme en esta locura. Sólo espero que Lucas me deje en paz y se dé cuenta de que él no entra ya en mi vida.

Nacho la miró. Los sentimientos eran algo imposible de controlar. No obstante, sin querer llevarle la contraria, tras haber hablado en varias ocasiones con ella, le preguntó:

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí.

—¿Y si él...?

—Él no va a cambiar de idea —lo cortó la joven.

—Torres más altas han caído, María.

Ella negó con la cabeza. Sabía que Lucas no se permitiría eso en la vida y, divertida, cuchicheó:

—Lo creas o no, eres el primer amigo, *amigo*, con el que me beso en la boca y me restriego como una tigresa loca.

Nacho soltó una risotada que hizo que Lucas los mirara con gesto serio.

Cada día que pasaba, la situación para él se estaba volviendo más complicada. Ver que Menchu estaba totalmente entregada a aquel tipo y ni lo miraba ni le sonreía no estaba siendo fácil, y por primera vez en su vida, la palabra *celos* comenzó a tener un significado para él.

¿Por qué tenía que ocurrirle eso?

—Por cierto, mañana por la noche no puedo quedar. Tengo una cena de negocios inamovible —indicó Nacho.

—No te preocupes. Llamaré a Jens —respondió ella riendo.

—Pero qué chica más mala —se mofó el mexicano.

—Mala, no: realista.

Divertido, Nacho miró entonces a Lucas, que reía con una mujer, e indicó:

—Ese Lucas, si fuera actor, sería un buen galán. Tiene planta, el tío.

Menchu asintió y susurró, acercándose a él:

—Sin duda, el cine perdió a un buen galán, pero los geos ganaron a un buen policía.

En ese instante comenzó a sonar una romántica canción de Luis Miguel, y él preguntó mirándola:

—¿Bailamos?

Ella asintió. Era *No me platiques más*, y afirmó:

—Me encanta esta canción.

—Mi compatriota interpreta los boleros como nadie —afirmó Nacho con una sonrisa.

Cogidos de la mano, llegaron hasta la pista, y allí, el mexicano la abrazó; en ese momento éste intercambió una mirada con Lucas y, al ver que los observaba, acercándose al oído de Menchu murmuró:

—No sé, pero hay algo en ese tipo que me confunde.

—¿De qué tipo hablas?

—De Lucas.

Al oír eso, la joven sonrió. Para despistada, ¡ya estaba ella!

—Algo me dice que ese tío te observa más de lo que tú te crees —añadió Nacho.

Sorprendida, ella suspiró. Miró al guapo hombre con el que bailaba y, enredando los dedos en su moreno pelo, afirmó:

—Tengo que llevarte al oculista. Creo que ves cosas que no existen.

Nacho dirigió la vista otra vez con disimulo a Lucas, que comenzaba a bailar con la morena, y, al ver cómo volvía a mirar en su dirección, dijo:

—Créeme. Soy un hombre y sé lo que digo. Ese tipo está pendiente de ti.

Oír eso hizo que a Menchu se le desbocara el corazón, y Nacho musitó:

—Te besaré y, si miras a la izquierda, podrás comprobar si ese tipo nos mira o no.

Entonces él la besó, y en ese momento Menchu, con los ojos entornados, echó un vistazo hacia el lugar donde le había indicado el mexicano y comprobó que Lucas no la miraba, sino que sólo tenía ojos para la mujer que estaba entre sus brazos.

¡Maldita sea!

Estaba pensando en ello cuando el beso de Nacho acabó, y él preguntó:

—¿Y bien?

La joven lo miró confundida. Ella no había visto nada especial.

—Quizá estés dando por perdido algo que se puede recuperar —añadió él.

—No se puede recuperar algo que nunca se ha tenido.

Nacho sonrió y prosiguió:

—Escucha, cariño, soy director de cine y especialista en buscar el mejor gesto de un actor para que te haga sentir, vibrar y entender a través de la pantalla, y te digo yo que...

—Que no, Nacho..., que no...

—Mi consejo como amigo es que, si en algún momento quieres parar este teatrillo e intentar comprender por qué él te mira con interés, ¡para! ¿De acuerdo?

Ocultando los nervios, Menchu suspiró y preguntó:

—¿Te quedas a dormir esta noche conmigo?

Él soltó una carcajada y, rozando su nariz con la de ella, cuchicheó:

—¿Noche de sexo?

—¡Nacho!!!

Él rio divertido. A sus treinta y ocho años, era la primera vez que le ocurría algo así con una mujer.

—Claro, mi reina —asintió—. Claro que me quedo contigo.

Encantada, Menchu sonrió, sin saber que Lucas bullía por dentro dispuesto a hablar con ella en cuanto regresaran a la casa.

## Capítulo 49

Esa noche, todos regresaron a la bonita casa de Noelia y cuando esperaban que Nacho se marchara, se sorprendieron al ver que el cineasta aparcaba su Ferrari, bajaba de él con Menchu y, cogidos de la mano, ambos caminaban hacia la casa.

Juan, que había disfrutado de la velada junto a su mujer y los demás, sin decir nada, se percató de cómo Lucas observaba a la joven. Eso le llamó poderosamente la atención, y, mientras aquellos dos, tras despedirse del resto, se metían en la habitación que ocupaba ella, Juan se dirigió con Lucas a la cocina. Después de coger un par de cervezas, los dos amigos se miraron y Juan comentó:

—Qué diferente es la vida en Los Ángeles, ¿verdad?

Lucas asintió de mal humor y, tras dar un trago a su bebida, contestó:

—Sí. Sobre todo porque estamos de vacaciones.

En silencio, se bebieron la cerveza, hasta que, de repente, Juan preguntó:

—¿No lo has pasado bien con la morena de esta noche?

Lucas afirmó con la cabeza.

—¿Y por qué no estás con ella ahora? —insistió su amigo.

Procurando mantener el tipo, Lucas respondió:

—Porque, al final, ella tenía que madrugar mañana y, bueno...

Juan asintió.

En los días que llevaban en Los Ángeles, su amigo no se comportaba de la forma habitual. Por norma, siempre se perdía al salir de fiesta, pero esa vez no se separaba del grupo, y hasta incluso Emilio, el otro soltero, comenzaba a reprochárselo.

¿Qué le pasaba?

En ese instante, Carlos entró en la cocina y, al ver a sus amigos, dijo,



acercándose a ellos:

—Estoy alucinando con Menchu y el cineasta... ¡Vaya dos!

Juan y Lucas lo miraron sin entender, y aquél susurró:

—Al pasar por delante de su habitación, tenían la puerta entreabierta y he visto cómo se quitaban la ropa a toda prisa y...

—¡No quiero saberlo! —lo cortó Lucas.

Divertido, y sin hacerle caso, Carlos prosiguió:

—Por Dios..., el conjuntito rojo sangre que llevaba Menchu es ¡impresionante!

—¡Que cierres el pico, joder! —exclamó Lucas.

Al ver su agobio, Juan dejó la cerveza sobre la mesa y, mirando a Carlos, cuchicheó:

—Churri..., que no queremos saber lo que hacen esos dos, ¿no te has dado cuenta todavía?

Él asintió y, cuando iba a decir algo, Laura apareció por la puerta y lo llamó:

—Churri, ¿te vienes a la cama?

Éste, sonriéndole como un bobalicón a su mujer, dijo, dirigiéndose a sus amigos:

—¡Hasta mañana!

Cuando se marchó, Lucas se levantó. Abrió el frigorífico y sacó otra cerveza, y en ese momento Juan preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

Juan, que siempre había sido un hombre muy discreto en lo referente a los temas del corazón, insistió:

—¿Quieres que hablemos?

Lucas se detuvo, lo miró y, sin querer entender lo que leía en sus ojos, respondió:

—No.

El inspector observó a su buen amigo. Sin duda lo que llevaba días pensando se estaba haciendo realidad y, cuando iba a decir algo, Noelia apareció por la puerta.

—Cucaracho..., vamos a la cama.

Él asintió divertido, dio un último trago a su cerveza e indicó, dejando la

charla para otro momento:

—Hasta mañana, Lucas.

Él los miró y contestó, intentando sonreír:

—Hasta mañana.

Una vez que se quedó solo en la cocina, se sentó en una silla contemplando el jardín.

Así permaneció durante un par de horas. Su mente no lo dejaba descansar. De pronto se encontraba en una situación que lo estaba descolocando totalmente y no sabía cómo reaccionar.

Tras mirar el reloj y terminarse su quinta cerveza, se levantó y se encaminó hacia su habitación, pero, al pasar por delante de la de Menchu, los oyó reír y se detuvo. No podía continuar y, haciendo algo que nunca pensó que haría, se acercó a la puerta y escuchó. Otra risotada de la joven lo hizo dar un paso atrás y, continuando su camino, gruñó:

—¡Serás gilipollas!

Cuando cerró su puerta, Tomi, que había estado observando la situación desde su cuarto, se acercó a la boca el *walkie talkie* y dijo entre murmullos, para no despertar a Peter, que dormía:

—Diva llamando a Pichones: ¡El X-Man os ha oído y ha entrado en su guarida!

Al oír eso, Menchu suspiró y Nacho cuchicheó divertido:

—Pichones a Diva: si hay algún cambio, avisa.

En ese instante se abrió la puerta de la habitación de Eva, que corrió hacia la de Tomi, entró y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Él, emocionado, murmuró gesticulando:

—Cuando mi X-Man caminaba por el pasillo, les he dicho a los Pichones que rieran alto. Entonces se ha parado, *oh-my-God!*, y ha escuchado. Menchu ha vuelto a reír y él se ha ido muy... muy *crazy* para su habitación.

Eva sonrió, y Tomi prosiguió:

—Llámame *crazy*, pero parecía celoso.

Ella, divertida, replicó con seguridad:

—Olvidalo, Tomi. Para estar celoso primero hay que sentir, y Lucas no siente nada por nadie, excepto por sí mismo.

Él no respondió, y Eva, mirando a su amigo, indicó:

—Si quieres, duerme. Yo vigilaré por si pasa algo.

Pero, en vez de dormir, se quedaron los dos sentados junto a la puerta entreabierta, cotilleando sobre sus cosas.

\* \* \*

Durante un par de horas, Lucas dio vueltas y más vueltas en la cama.

Saber que a pocos metros de él Menchu se lo estaba pasando de vicio con otro que la llamaba *María* lo ponía furioso. ¡Lo cabreaba! Cuando miró el reloj y vio que eran las cuatro de la madrugada, se levantó de la cama y decidió bajar a la cocina a beber agua. Estaba sediento.

Al pasar de nuevo por delante de la habitación de aquélla, de nuevo se detuvo.

Maldijo, se acordó de todos sus antepasados, pero repitió la acción de horas antes y, al acercar la oreja a la puerta, no oyó nada. Sin duda estaban durmiendo y, molesto, prosiguió su camino.

Eva y Tomi, al verlo, se callaron. No esperaban verlo de nuevo esa noche y, cuando él desapareció, Tomi lo siguió con cautela y, después de comprobar adónde iba, regresó y dijo:

—¡Cocina!

Eva cogió su *walkie-talkie*.

—Lady Gaga llamando a Pichones, ¿me oís?

Nacho y Menchu, que estaban medio adormilados en la cama, dieron un salto, y él cogió el aparato y contestó divertido:

—Pichones en escucha, Lady Gaga.

Tomi le indicó a Eva que bajara el tono. Peter podía despertarse, y ella susurró:

—X-Man fuera de su guarida y en cocina. Que la Pichona se prepare, tiene que salir.

Al oír eso, Menchu resopló. Quería dormir. Pero Nacho indicó, mirándola:

—Tienes que ir a la cocina y hacerle creer a ese chulito que estás sedienta a causa de la noche de sexo estupendo que llevamos.

Menchu, remolona y adormilada, murmuró:

—Ahora no. Quiero dormir.

Nacho sonrió. Verla acurrucada a su lado en la cama, con su pijama, era en cierto modo tierno, pero pulsó el botón del *walkie-talkie* y dijo divertido:

—Pichón a Lady Gaga y Diva. La Pichona está perezosa. No quiere levantarse.

Ni dos segundos tardaron Tomi y Eva en entrar en la habitación, y ella, al verlos, murmuró:

—Pero iros a dormir... ¿No veis que es tardísimo?

Sus amigos asintieron. Nacho, que estaba desnudo de cintura para arriba, era todo un portento; ambos intercambiaron una mirada, se aclararon la garganta y exigieron, dirigiéndose a Menchu:

—¡Levántate!

—A ver si te crees que eres la única que tiene sueño, y no olvides que este numerito lo estamos montando por ti —protestó Eva, que evitaba mirar al mexicano.

Finalmente, Menchu se levantó, y Tomi cuchicheó contemplándola:

—¿Duermes con eso?

Ella miró la camiseta que llevaba puesta y el culote y, frotándose los ojos, respondió:

—¿Con qué quieres que duerma?

Tomi suspiró y murmuró, abriendo el armario:

—Por el amor de Diorrrrrrr..., eres el antimorbo declarado.

Todos rieron, y entonces él, sacando una corta batita negra de seda, pidió:

—Desnúdate y ponte esto.

—¡¿Qué?! —dijo Menchu.

Eva tiró de ella y la apremió:

—Vamos. Lucas está en la cocina y has de hacerle ver que Nacho es ¡lo más!

El mexicano, al ver cómo aquélla los miraba, se volvió y dijo:

—Cerraré los ojos. Lo prometo.

Menchu miró a Tomi, y éste, cerrando también los ojos, cuchicheó:

—Por favor..., ¡ni que tu *body* me fuera a poner!

Una vez que estuvo fuera de la vista de los dos hombres, Menchu, adormilada, se quitó la ropa y, tras quedarse desnuda, se colocó la bata.

—Un momento —dijo Eva, terminando de anudarle el cinturón. Y, tras

alborotarle un poco el pelo, afirmó—: ¡Perfecta! Ahora sí.

Nacho y Tomi abrieron los ojos y este último apremió:

—Vamos..., ve a la cocina, *my love*, ¡hazte la encontradiza! Y hazle saber a ese *body* español lo bien que lo pasas con Nacho.

Ella asintió y, al verse empujada por todos, salió de la habitación y, una vez sola en el pasillo, murmuró:

—Joder... Joder...

\* \* \*

Lucas, al llegar a la cocina, caminó hacia la nevera sin encender la luz. La abrió y sacó una botella de agua fresca. Luego se dirigió al armario de los vasos, cogió uno y se sentó en un taburete que había junto a la isla central, llenó el vaso y se lo bebió.

Después del primer vaso, llegó el segundo, y luego el tercero, y cuando iba a llenarse el cuarto, la luz de la cocina se encendió y, sorprendido, se encontró con Menchu. Tenía el pelo revuelto, cara de recién despertada, e iba ataviada con una bata de seda negra muy corta anudada a la cintura.

Al verlo, ella se hizo la sorprendida y, metida en su papel de la dura María, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Tenía sed —respondió él escuetamente.

—A eso vengo yo también.

Lucas no dijo nada, mientras observaba cómo ella se dirigía hacia el armario de los vasos y, tras coger uno, se acercó hasta donde él tenía la botella de agua.

—¿Te importa? —le preguntó.

Él negó con la cabeza, y ella se sirvió agua. Tras el primer vaso, llegó el segundo, y cuando se lo terminó, él preguntó con retintín:

—¿A qué se debe tanta sed?

—A ti te lo voy a contar —replicó Menchu.

Lucas la miró. Estaba preciosa con el pelo revuelto y aquella bata y, al notar que los pezones se le marcaban bajo la tela, gruñó:

—¿No crees que vas un poco ligerita de ropa por la casa?

A ella le hizo gracia oír eso, y cuando se disponía a contestar, él se levantó y

preguntó con sorna:

—¿Ahora quién eres: Menchu o María?

La joven maldijo. No le apetecía seguir con aquello, pero, consciente de que así debía ser, se apartó el pelo del rostro y repuso:

—Depende.

—¿Depende?!

Sorprendida por lo que su tono molesto le daba a entender y por la forma en que la miraba, contestó:

—Para ti soy Menchu, con eso te tiene que sobrar.

Bloqueado como nunca en su vida, Lucas asintió, y en ese momento ella abrió la nevera y, con coquetería, miró en su interior.

¿Qué buscaba?

Entonces ella vio un bote y lo cogió sonriendo. Cuando cerró la nevera, al ver lo que llevaba en las manos, él preguntó molesto:

—¿Nata?!

Menchu meneó las cejas con picardía.

—¿Para qué narices quieres la nata? —insistió él.

La joven quitó entonces el tapón del bote de espray, apretó el pulsador y se echó un poco en la boca. Se la tragó y, relamiéndose, contestó al más puro estilo Mata Hari:

—¿Tú qué crees, cielo?

El pulso de Lucas se disparó. Imaginar para qué quería la nata lo hizo resoplar como un toro y, cuando vio que se volvía y se encaminaba hacia la puerta, fue tras ella y, asiéndola del brazo, le dio la vuelta y, sin mediar palabra, la besó.

¡Necesitaba besarla!

Devoró los labios de aquella mujer, que de pronto sólo quería para él, y, al apoyarla contra la pared, la luz de la cocina se apagó.

Sorprendida por aquel arrebató pasional, Menchu no supo reaccionar.

¡Lucas la estaba besando!

Pero, abandonándose al impetuoso momento, se dejó besar.

Cuando él apartó los labios de ella, susurró confundida:

—Te dije que esto se había acabado.

Pero, sin hacerle caso, Lucas volvió a pegar su boca a la de ella y la disfrutó,

mientras sus manos se metían bajo la bata de seda, aunque, al comprobar que no llevaba nada, la soltó y preguntó, separándose unos milímetros de ella:

—¿Duermes desnuda con ese tipo?

Acalorada y totalmente noqueada, Menchu parpadeó. Acto seguido, le pegó un empujón y se alejó de él. Junto a la isla de la cocina, mientras lo miraba a oscuras, le espetó:

—Eso a ti no te importa.

—Por el amor de Dios —se quejó Lucas—. Nunca te ha gustado dormir desnuda.

A cada segundo más sorprendida por sus reacciones, Menchu soltó:

—¿Y a ti qué te pasa?

Él no contestó. No podía.

Los celos eran algo nuevo para él que no sabía gestionar.

—Joder... —siseó ella—, ¡ni que fueras mi padre!

Durante unos segundos, ninguno dijo nada, sólo se miraron; de pronto, la luz de la cocina se encendió, y Nacho, tan sólo vestido con un bóxer negro y el pelo revuelto, preguntó, mirándolos a ambos:

—Mi cielo, ¿ocurre algo?

Menchu enseguida alargó la mano, cogió su vaso de agua y, queriendo huir de allí, se acercó al mexicano, que la agarró posesivo de la cintura.

—Regresemos a la cama —respondió—. Llevo nata. Adiós, Lucas.

—Adiós —respondió éste sin moverse, mientras una extraña furia crecía más y más en su interior haciendo que temiera explotar.

Cuando llegaron a la habitación que ocupaban, Nacho cerró la puerta. Eva y Tomi los estaban esperando, y la primera preguntó, al ver lo que ella llevaba en la mano:

—¿Nata? ¿Traes nata?

—¡Oh, qué perriiiiiii! —se mofó Tomi mientras Nacho reía.

Descolocada por el modo en que Lucas la había besado, Menchu los miró. Se suponía que había ido a la cocina a jactarse de lo bien que se lo había pasado con el mexicano, no a que él la besara con semejante posesión. Pero, omitiendo lo ocurrido, sonrió y afirmó con chulería:

—Luquitas se ha encontrado con la horma de su zapato.

Divertidos, sus tres amigos sonrieron, mientras ella no entendía por qué el

policía se comportaba de ese modo. ¿Qué le ocurría?



## Capítulo 50

Al día siguiente, tras una noche en la que Lucas no pegó ojo, pues al regresar a su cuarto oyó risas en la habitación de Menchu, al mediodía, cuando los demás se hallaban en el jardín alrededor de la barbacoa, él estaba tumbado a la sombra. Estaba agotado. En silencio, observó cómo sus amigos reían y bromeaban, cuando oyó un ruido a su derecha y, al mirar, vio a Menchu salir de la casa con Nacho.

Con cierto disimulo, y oculto tras sus gafas de sol, la siguió con la mirada y los vio caminar hacia el Ferrari rojo de él. Iban cogidos de la mano y sonreían.

—Aiss, *my love*, qué buena pareja hacen mi *queen* y el *divine* de Nacho, ¿verdad?

Lucas levantó la vista en dirección a Tomi y respondió, intentando sonreír:

—Buenísima.

Su amigo se sentó en la misma hamaca que él y cuchicheó:

—El cineasta es un partidazo que se rifan todas las mujeres sobre la faz del *world*, ¿lo sabías?

—Si tú lo dices —murmuró él con desgana.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Tomi, tumbándose junto a él, murmuró:

—¿Sabes? Creo que cualquier día se escapan a ¡Las Vegas!

Eso llamó la atención de Lucas, y entonces su amigo susurró:

—El otro día vi a Menchu mirando un vestido muy... nupcial.

Sin querer entender, el geo lo miró y preguntó:

—¿A qué te refieres?

Tomi se rascó el cuello con coquetería.

—*Aisss, darling...* —repuso—. Pues a que cualquier día se casan.

En ese instante, Menchu y Nacho se pararon frente al Ferrari, y Tomi, al ver que el mexicano se sacaba algo del bolsillo y se lo entregaba a la chica, agarró con fuerza a Lucas del brazo y musitó, retorciéndoselo:

—*Oh, my God!*

—Joder..., Tomi, ¡suelta! —se quejó él dolorido.

Pero el otro repitió hiperventilando:

—*Oh-my-God!*

A Lucas le molestó su dramatismo.

—Pero ¿qué te pasa? —le soltó, mirándolo.

Dándose aire con la mano, Tomi abrió los ojos como platos y alcahueteó:

—¡Lo ha hecho!

—¿Qué ha hecho? —preguntó Lucas, tocándose el brazo.

—¡Le acaba de regalar el anillo!

Lucas miró en la dirección de la pareja. Sin duda Menchu contemplaba algo encantada en su mano, y entonces Tomi matizó:

—Nacho me contó que mi *queen* lo tenía loco y que, si accedía, ellos...

Mediante gestos, Tomi representó el ritual de ponerse los anillos en una boda.

Lucas parpadeó.

Pero ¿se habían vuelto locos?

Sin dar crédito, volvió a observarlos y, al ver a Menchu arrojarse a los brazos de aquél, se puso en alerta.

Incómodo, apartó la mirada; en ese momento, Noelia y Eva llegaron junto a ellos con complicidad y la segunda cuchicheó:

—¡Ya se lo ha dado!

Las chicas sonrieron al ver el gesto serio de Tomi, y Noelia protestó:

—Cambia ese gesto y no seas antigua. Las Vegas es una opción.

—¡Uis!, mira la moderna —gruñó él.

Eva, al oír a su amigo, enredó, ignorando a Lucas:

—Hace bien. Que se case con él y disfrute de lo que es vivir con holgura y de todos los caprichos de la mano de un tío cañón.

—Nacho es un amor de hombre y, por lo que sé por alguna amiga, un excelente amante —matizó Noelia, haciendo reír a su amiga.

—No seáis perras —se quejó Tomi.

Lucas los observaba boquiabierto.

¿En serio aquellas dos pensaban que lo que iba a hacer Menchu era algo bueno?

Sin dar crédito, lo estaba digiriendo cuando Eva, sentándose al otro lado de su hamaca, susurró:

—¡Diamantes!

—Y me consta que de Tiffany. Nacho siempre compra allí —aseguró Noelia con una sonrisa.

—¿A qué mujer no le gustan los diamantes? —afirmó Eva.

—*Hey, pretty*, a los hombres también nos gustan. Espero que algún día mi Peterman me regale alguno para que yo me caiga muerta..., *muertísima* —musitó Tomi.

Los tres rieron, y luego Eva bajó la voz y añadió:

—Vale..., los diamantes serán divinos y Nacho está muy bueno, pero sin duda lo mejor de todo es que Menchu disfrutará de un nivel económico que otros no podrían darle.

—Oh, sí, eso sí. Tendrá una casa en Bel-Air, otra en Tokio, otra en *Spain*..., ¡será riquísima!

Las chicas rieron, y entonces Noelia, guiñándole un ojo a Lucas, cuchicheó con complicidad:

—¿Qué te parece a ti que nuestra Menchu se nos case con un tipo como Nacho?

Los tres lo miraron, y él, sorprendido por lo que estaba oyendo, replicó:

—A mí no me metáis en esto.

De nuevo, los tres comenzaron a cuchichear, y Tomi matizó:

—Será una diva..., la señora Duarte... ¡Qué *marvellous*!

Lucas parpadeó. La mala leche se estaba apoderando de él por completo.

—Y podrá comprarse yates —murmuró Eva—, diamantes, vivir a lo grande y...

—Y todo lo que quiera —finalizó Noelia.

Las chicas y Tomi rieron mientras él no daba crédito.

¿Qué era eso de que Menchu podía casarse?

Segundos después, Tomi, Eva y Noelia se alejaron del mismo modo que se

habían acercado, y cuando Lucas se quedó solo de nuevo en la hamaca, volvió a mirar hacia el lugar donde estaban aquéllos junto al Ferrari. En ese instante, se besaban.

El policía estaba a punto de gritar, pero no podía evitar mirar.

¿Qué le ocurría?

Minutos después, Nacho montó en el coche y se marchó mientras Menchu le decía adiós con la mano.

Acalorado, Lucas se levantó y se acercó al grupo para coger una cerveza; entonces Emilio, que desde donde estaba había visto lo mismo que los demás, comentó:

—Vaya con Menchu..., ¡y parecía tonta!

Lucas no contestó, pero Eva, que lo había oído, replicó:

—Para tonto ya te tenemos a ti, Emilito.

Todos rieron; Menchu se reunió con ellos y Tomi preguntó con sorna:

—*My love*, ¿tienes algo que enseñarnos?

Ella sonrió y levantó la mano.

—¿Te refieres a esto? —dijo, mostrando el anillo en su dedo.

Un grito descomunal salió de la boca de Tomi, que rápidamente se acercó a admirar aquel maravilloso solitario con un gran diamante. Noelia, Eva y Laura chillaban sorprendidas, y esta última preguntó:

—¿Nacho te ha regalado esto?

Menchu asintió.

—¡Muy bonito, y carísimo! —señaló Noelia.

—El dinero no da la felicidad —masculló Lucas.

—Pero ayuda —apostilló Eva.

Emilio, divertido al oír eso, se apresuró a añadir:

—Escuchad, el que piense que el dinero no da la felicidad que lo desvíe a mi cuenta.

Todos soltaron una carcajada, excepto Lucas, y Laura miró a su marido Carlos y dijo:

—Mira, churri, ¡un diamante de verdad!

Emilio, Damián y Carlos se acercaron para verlo. Nunca habían visto un diamante de aquellas dimensiones en vivo y en directo, y Juan, que estaba junto a Lucas, murmuró:

—Miradlo, porque será algo que ninguno de nosotros podrá comprar nunca, a pesar de que mi mujercita tenga varios de éstos.

Noelia sonrió al oírlo y afirmó, guiñándole el ojo:

—Cariño, ya sabes que mi mejor diamante ¡eres tú! Pero, sí, admiradlo, porque con un sueldo normal de policía nunca podréis conseguirlo.

Juan se sintió molesto, y replicó, mirando a su mujer:

—¿No crees que tu comentario es un poco despectivo?

Noelia pestañeó, y Eva, para meter más aún el dedo en la llaga, asintió.

—Hermano, Noelia lleva razón. ¿Acaso un poli o un panadero puede permitirse comprar un diamante como el que Menchu luce en el dedo?

Ninguno respondió, y entonces Damián repuso:

—¿Acaso cualquiera de vosotras necesita eso para vivir?

Las mujeres se miraron divertidas y, antes de que Laura, ajena a todo, respondiera, Menchu indicó:

—Para vivir, no, pero no voy a negar que este diamante me ha alegrado el día, la vista y el corazón.

Eva y Noelia la contemplaron encantadas. Su respuesta había sido perfecta.

—Un diamante es un diamante —añadió Tomi—. ¡Qué tonterías decís!

Lucas no daba crédito a lo que estaba oyendo.

¿Desde cuándo era Menchu tan materialista?

Durante un rato hablaron del tema, hasta que Eva preguntó:

—¿Eso significa que hay...?

Menchu le guiñó el ojo y, con complicidad, indicó ante todos:

—Esto es un regalo muy... muy especial para mí. No digo más.

Sorprendido por su respuesta, Lucas continuó en silencio, y luego Noelia, quitándose las gafas de sol, afirmó:

—Ésta es mi chica. Que te regale diamantes, y cuantos más, mejor.

A cada segundo más boquiabierto por las cosas que decía su mujer, Juan iba a señalar algo cuando las chicas comenzaron a hablar mientras los hombres las miraban extrañados. Hablaban y hablaban, y Damián, al oír varias veces un nombre, preguntó:

—¿Jens?! ¿Quién es Jens?

—Un tipo espectacular —afirmó Eva.

Él parpadeó y, calentito por los comentarios de antes, preguntó:

—¿Es de los que regalan diamantes?

Noelia, al ver cómo aquéllos se miraban, dijo intentando proteger a Eva:

—Sin duda, podría hacerlo si quisiera.

—Es un tipo divertidísimo —apostilló Tomi.

—Y muy guapo —corroboró Menchu sin mirar a Lucas, que observaba en silencio.

Juan asintió. No recordaba conocer a nadie con ese nombre, y estaba a punto de hablar cuando Eva, al ver el gesto celoso de Damián, matizó:

—Cariño..., cambia esa cara. Jens es un amigo riquísimo que, como Nacho, puede comprar lo que le venga en gana. ¿Acaso eso te molesta?

Él asintió. Lo ocurrido en el pasado con Eva siempre lo tenía alerta. Sin embargo, ellos habían llegado a un acuerdo, y, suavizando el gesto, indicó:

—Tienes razón. Perdona por saltar como lo he hecho.

Eva suspiró aliviada. Sabía que ciertos comentarios para ayudar a Menchu podían perjudicarla.

—¿Conozco yo a Jens? —insistió entonces Juan, dirigiéndose a su mujer.

Noelia sonrió. ¿Ahora el preguntón era su marido? Y, mirándolo, cuchicheó:

—No, amor, no lo conoces. Pero esta noche lo vas a conocer.

Juan asintió; entonces Emilio, que siempre estaba en el limbo, quiso saber:

—Pero ¿de quién habláis?

Tomi lo miró.

—Del amigo con el que ha quedado esta noche Menchu.

—¿Otro amigo?! —exclamaron con sorpresa Carlos y Emilio al unísono.

Al oír eso, Menchu los miró y preguntó de mala leche:

—¿Acaso los tíos podéis tener todas las amigas que os apetezca y las mujeres no? —Y, clavando los ojos en Emilio, siseó—: ¿Qué pasa? ¿Que tú, por ser hombre, puedes acostarte con todas las mujeres que quieras, y yo, por ser mujer, no puedo hacerlo con todo aquel que me plazca? Pero ¿tú en qué mundo vives?

—¡En el mundo troglodita! —apostilló Eva.

Carlos y Emilio se miraron, y Laura protestó, dirigiéndose a su marido:

—Por Dios, churri, ¡no me seas primitivo!

Eva, que siempre había sido una defensora de esos temas, se apresuró a soltar:

—Es increíble que estemos en el siglo XXI y todavía no os hayáis dado cuenta de que las mujeres, como los hombres, podemos decidir cuándo, cómo y con quién nos acostamos. ¡Basta ya de crucificarnos! Joder..., que nos gusta disfrutar de nuestra sexualidad; ¿o acaso está mal que lo hagamos?

—Yo no he dicho eso —murmuró Emilio.

Carlos, al ver cómo lo miraba su mujer, indicó:

—Cielo, nadie está diciendo eso.

—¿Ah, no? —protestó Laura—. Y entonces ¿a qué ha venido eso de «¿Otro amigo?!»?

Juan, que, como Lucas, observaba todo aquello en silencio, sonrió. Sin duda las chicas sabían defenderse muy bien.

—La sociedad no va a cambiar hasta que dejéis de preguntar cosas absurdas como ésa —añadió Menchu—. Y, sí, es otro amigo. ¡Como si son mil! Y, como él, tengo muchos más con los que salir a cenar, a tomar una copa o a practicar sexo si me sale del potorro. Soy libre y dueña de mi vida; ¿algo más que objetar?

Damián, Emilio y Carlos se miraron sorprendidos, mientras que Juan y Lucas observaban en silencio. Sin duda lo más razonable era no abrir la boca.

—No has de dar explicaciones, Menchu —señaló Noelia con tranquilidad—, como no las dan Lucas o Emilio cuando se acuestan con otras mujeres. Eres libre y puedes hacer lo que te dé la gana, sin importarte lo que piensen ciertos retrógrados.

—¡Y tanto! —afirmó Eva.

A continuación, se hizo un silencio extraño, hasta que, de pronto, sonó el móvil de Tomi. Después de atender la llamada, colgó y explicó:

—Era *my love*. He quedado con él a las ocho en Benjamins para cenar y, después, iremos a tomar unas copas. ¿Qué os parece?

—¡De lujo! —afirmó Eva, sonriendo a su chico.

A todos les gustó el plan, y Menchu comentó, cogiendo su móvil:

—Estupendo. Quedaré con Jens allí.

Dicho esto, tecleó en el teléfono y, cuando acabó, lo dejó sobre una hamaca libre, se quitó la camiseta que llevaba y, algo nerviosa, pues se sentía observada por un callado Lucas, se zambulló en la piscina con su sensual bikini, que esta vez era rojo.

Segundos después, todos la siguieron, excepto Juan y Lucas, que se

tumbaron en sendas hamacas con las gafas de sol puestas. En silencio, permanecían observando a sus amigos, que jugaban en el agua, cuando Juan comentó de pronto:

—Sin duda, las chicas son guerreras.

—No hay quien las entienda —repuso Lucas malhumorado.

Juan asintió y, mirándolo, musitó:

—A ti sí que no hay quien te entienda.

Al oír eso, su amigo lo miró.

—Está visto que la vida es imprevisible y te da una buena hostia en toda la cara cuando menos te lo esperas, ¿verdad? —añadió Juan.

Él no respondió. Se negaba a entrar en el tema.

—No olvides nunca que estoy aquí —dijo su amigo.

Sin necesidad de decir nada más, Lucas fue consciente de que Juan se había dado cuenta de lo que le ocurría y, sin contestar, continuó tomando el sol mientras intentaba aplacar el gran cabreo que bullía en su interior.



## Capítulo 51

Esa tarde, cuando todos se arreglaron para irse a cenar, al llegar a la planta baja, Lucas y Menchu coincidieron, y él, al verla con un bonito vestido azul cielo y el cabello cuidadosamente peinado, murmuró:

—Estás muy guapa.

Ella sonrió. Un piropo por parte de Lucas siempre era bien recibido, pero se limitó a responder:

—Gracias.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que él, incapaz de callar, preguntó:

—¿En serio estás pensando hacer lo que he oído?

Aunque lo sabía muy bien, se hizo la tonta y dijo:

—¿A qué te refieres?

Molesto, él echó un vistazo a su alrededor y, acercándose a ella, cuchicheó, mirando el anillo que llevaba en el dedo:

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Menchu sonrió y, bajando la voz, se tocó el maravilloso diamante e indicó:

—Sólo diré que estoy feliz.

Imaginar a Menchu casada con aquél lo enfurecía y, sin tocarla, preguntó:

—¿Encontraste la magia con él?

A ella se le erizó el vello de todo el cuerpo. Que él recordara aquella palabra y su significado era importante, y no contestó.

Pero Lucas insistió:

—¿En serio estás...?

No pudo terminar la frase, y Menchu, al ver su expresión, lo apremió:

—Vamos..., acaba la pregunta.

A cada segundo más descolocado por la situación, él dijo mirándola:

—¿Te vas a casar con él?

La joven parpadeó.

Aquello era una locura, una gran locura. Y, evitando interrogarlo acerca de por qué la había besado la noche anterior en la cocina con semejante pasión, repuso:

—No voy a contestar algo que a ti no te interesa. Lo que haga con mi vida es sólo cosa mía. ¿O acaso yo te he preguntado alguna vez por tus conquistas?

—Pero, Menchu...

Sin borrar la sonrisa de su boca, la joven añadió:

—Vivir en Los Ángeles y conocer a Nacho me ha abierto los ojos y me está haciendo ver la vida de otra manera.

—Ese tipo no te conviene —masculló Lucas.

A ella le hizo gracia oír eso, y con chulería respondió:

—Sin duda, el que no me conviene eres tú.

Boquiabierto, él iba a decir algo cuando el resto del grupo se acercó a ellos y calló.

Segundos después, un Lucas desorientado por completo dividió al grupo en dos para repartirse en dos coches y, sin dudarlo, puso a Menchu en el mismo que él. Sin embargo, al salir a la calle, ella pidió a Emilio:

—Anda, ve con tu compañero de correrías. Yo iré en el otro coche.

Lucas miró el vehículo al que subía Menchu y, sin decir más, montó en su coche mientras rumiaba en su interior.

Al llegar a Benjamins, Peter ya los esperaba allí y, con una seña, los hizo pasar al local.

Menchu decidió esperar en la puerta a Jens y, apoyada en la pared, de pronto notó una presencia a su lado. Levantó la vista y vio que se trataba de Lucas; se incorporó y le soltó:

—¿Qué narices quieres?

Lucas la miró. Seguía desconcertado por su última conversación.

—Creo que te estás equivocando —dijo.

—¿En qué?

El policía, sintiéndose como un idiota, aclaró:

—En lo que hemos hablado antes.

Al entender a qué se refería, ella resopló e indicó para zanjar el tema:

—Mira, Lucas..., olvídale. No tengo por qué hablar de eso contigo.

Enfadado, enojado y mil cosas más, él maldijo. Aquello se le estaba yendo de las manos, pero necesitaba hablar y llegar hasta ella, así que añadió:

—Oye, en cuanto a lo que pasó anoche en la cocina, te...

—Ah, sí —replicó Menchu con frialdad—. ¿Se puede saber por qué me besaste?

Lucas la miró. La había besado porque la deseaba, igual que la deseaba en ese instante, pero, sin querer desnudar sus sentimientos, simplemente dijo, evitando preguntar por la nata:

—Siento lo que ocurrió.

Ella asintió e indicó con total indiferencia:

—Muy bien. Ya puedes irte.

Él resopló.

Pero ¿qué le ocurría a Menchu?

Y, sin darse por vencido, no se movió e insistió:

—Joder, Menchu... ¡¿Quieres mirarme?!

La joven maldijo para sí.

No quería mirarlo porque eso le suponía un gran esfuerzo a la hora de controlarse, pero, haciendo lo que él le pedía, murmuró con gesto de hastío:

—Muy bien, Gordunflas, ¿qué quieres?

Que lo llamara así le hizo gracia, pero preguntó sin sonreír:

—Pero ¿qué te pasa?

Sorprendida, la joven parpadeó.

—¿A mí?

—Pues claro que a ti —afirmó Lucas—. ¡No te reconozco!

Ella cambió el peso de pie, puso cara de sorpresa e indicó:

—La verdad, Lucas, no sé a qué te refieres.

Desesperado por ser incapaz de llegar hasta la Menchu razonable, Lucas añadió:

—Mira, yo no soy nadie para meterme en tu vida privada, pero no pareces tú, y me da la sensación de que estás llevando una vida algo...

—¡¿Algo qué?!

Lucas maldijo. Pero ¿qué hacía diciéndole aquello?

No obstante, al ver que ella lo miraba a la espera, al final musitó:

—Algo equivocada.

Boquiabierta, Menchu parpadeó y, recordando lo que sus amigos habían hablado delante de él, replicó:

—¿Y eso me lo dices tú?

Lucas se revolvió. Aquella conversación le resultaba incómoda y, cuando iba a continuar, ella añadió:

—Mira, Lucas, la realidad es que hay alguien en mi vida y, aunque nunca lo creí posible, reconozco que es mucho más interesante que tú.

—No te pases —masculló él molesto.

Oír eso le hizo gracia y, sin bajarse del pedestal de chulería en el que se había subido, la joven cuchicheó:

—No te pases... tú.

En ese instante, un guapo hombre pasó frente a ellos y, tras intercambiar una mirada con Menchu, que agradeció su espontáneo gesto, señaló, dirigiéndose a un descolocado Lucas:

—Aunque no lo creas, Nacho es tremendamente interesante, y me gusta.

—Ya, pero...

—No hay «peros». Es más, casarme con él me ofrece mil ventajas.

—¿Qué dices? —preguntó él desconcertado—. ¿Cómo vas a hacer eso?

Sorprendida porque aquello llamara tanto su atención, Menchu murmuró:

—La verdad es que no sé qué hago hablando contigo de esto.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Lucas añadió mirándola:

—Tú y yo siempre hemos tenido una excelente relación, y no me refiero sólo al sexo. Hemos sido amigos y ahora, no sé, te noto fría y distante, y la verdad es que no me hace mucha ilusión.

—¿Fría y distante?

—Sí —afirmó él—. Pero ¿qué te pasa?

Menchu lo miró. Sin duda estaba siendo una excelente actriz, porque él se estaba tragando su papel.

—Lucas, la diferencia que notas con respecto a la chica de antes es que sólo pienso en mí misma, como sueles hacer tú. ¿Dónde está el mal?

Sin saber qué decirle, porque llevaba razón, él se limitó a mirarla. Menchu estaba preciosa ahora, pero él prefería a la chica cándida, encantadora y sonriente.

—He decidido ser egoísta —prosiguió ella—, quererme única y exclusivamente a mí y disfrutar de lo que me dé la gana sin pensar en nada más. Quizá tu filosofía de vida sea la acertada y no la que yo tenía.

Lucas negó con la cabeza. Por su culpa no quería que ella tuviera una vida vacía, y, resoplando, dijo:

—Te equivocarás.

—Será mi equivocación.

Sentirla tan apartada de él le hacía daño, y murmuró:

—Sé que lo que ocurrió la última noche que nos vimos en el Croll tras regresar de Cádiz no estuvo bien. No tuve tacto y me comporté como un auténtico cabronazo. Debería haber hecho las cosas de otra manera, y te pido disculpas.

Ella asintió. Que reconociera que se había equivocado era un paso muy grande para él, pero, sin cambiar su actitud, indicó:

—Mira, en eso te doy la razón. Sin duda, ¡te retrataste! Y yo abrí los ojos por completo. Pero eso ya no importa. Y ya no me importa porque, gracias a lo que hiciste, he conseguido desengancharme de ti.

Oír eso fue como un revulsivo para Lucas.

Él no quería que ella se desenganchara de él.

Menchu era importante para su vida, aunque él se hubiera empeñado en hacerle creer lo contrario. Desesperado, no sabía qué decir. Él era el tipo más inexperto en ese tipo de relaciones, y un gran bocazas, por lo que, consciente de su error, musitó:

—Lo siento.

Sorprendida al oírlo decir eso, y sin entender la expresión con que la miraba, ella pestañeó y preguntó:

—¿Qué has dicho?

—He dicho que lo siento..., Gafitas —repitió él, mirándola.

Oír eso y sentir su mirada le erizó el vello del cuerpo. Cuando salía el Lucas sensible que sólo ella conocía, el Lucas razonable o el Lucas encantador, todas sus barreras se derrumbaban. No obstante, ciñéndose a su papel de María,

susurró:

—De acuerdo, Lucas, disculpado quedas. Y ahora, si no te importa, me gustaría estar sola para recibir a Jens.

Él lo pensó.

Deseaba hablar largo y tendido con ella, pero, consciente de que no debía ser pesado o jorobaría la situación, dio media vuelta con gran esfuerzo y regresó adentro con el grupo, mientras Menchu respiraba con dificultad en la puerta y recuperaba fuerzas para continuar la noche.

Diez minutos después llegó el guapísimo Jens y, tras saludarse, ella le pidió mirándolo:

—Tienes que hacerme dos favores.

—Dime.

—El primero, llamarme María.

—¡¿María?! ¿Por qué? —preguntó él descolocado. Desde que la conocía, siempre había sido Menchu.

—Porque es primordial que me llames así delante de la gente con la que vamos a cenar.

Jens asintió y, extrañado, repuso:

—De acuerdo, María. ¿Y el segundo favor?

Ella tragó saliva y, sin dejar de mirarlo, dijo:

—Cuando entremos en el local tienes que actuar como si supieras que estoy locamente enamorada de Nacho Duarte y que me estoy planteando casarme con él en Las Vegas.

Jens parpadeó y, a cada instante más sorprendido, preguntó:

—¿¿Qué?!

Boquiabierto, iba a añadir algo cuando ella se le adelantó:

—Lo sé..., lo sé..., ¡estoy como para que me encierren! Pero necesito que la gente que está dentro crea que es cierto lo que te he dicho.

Jens miró a su amiga sin dar crédito y, sonriendo, afirmó:

—La verdad, estás como una cabra.

Menchu sonrió.

—Lo sé.

Divertido, él la abrazó y murmuró:

—Entonces ¿quieres que te trate como a la futura señora Duarte?

—Sí —afirmó ella.

Jens asintió y la cogió por la cintura.

—Muy bien, preciosa... —dijo—. Que comience la actuación.

Eso hizo reír a Menchu, que, sujeta por aquél, entró en el local.

Tras presentárselo a todo el grupo, excepto a los que ya lo conocían, que ya lo conocían, se sentaron, y Jens comenzó a hablar de Nacho y de ella con total convicción.

Tomi, que estaba junto a Menchu, le susurró sorprendido:

—Mi *queen*, pero ¿qué se ha fumado éste?

Ella le guiñó un ojo y explicó:

—He hablado con él, nos está ayudando.

Él la miró atónito.

—Uis, ¡qué zorrónnnnn!

Sonriendo, la joven bebió de su copa, consciente de que Lucas, frente a ella, la observaba, y eso la inquietó.

¿Por qué la miraba así?

\* \* \*

Después de la cena, en la que todos se divirtieron de lo lindo, al salir Jens, los llevó a un garito que había frente a la playa de Santa Mónica y, encantados, pidieron varios mojitos mientras escuchaban música y bailaban salsa.

Como era de esperar, Emilio y Lucas rápidamente comenzaron a hablar con unas chicas, y Tomi, que sabía del juego de Menchu con Jens, se acercó a su amiga, que miraba con disimulo a Lucas, y canturreó en su oído:

—«La gata quiere gatooooooooooooooooo y el gato quiere gataaaaaaaaaaaaaa...»

—¡No digas tonterías! —protestó ella.

Tomi, que de loca podía tener mucho, pero de tonto ni un pelo, la apartó un poco del grupo y, mirándola, dijo:

—OK, *my love*. Pues cambia esa cara, porque ¡ojo de loca no se equivoca!

—¡Tomi! —Menchu rio divertida.

—Oye..., pero ¿qué pasa aquí? —dijo de pronto Eva, acercándose a ellos con una copa en la mano. Y, sonriendo, cuchicheó—: Muy buena tu interpretación

con Jens. Por cierto, qué homenaje de tíos buenorros te estás dando, pero ¿es que todos viven en Los Ángeles? —Los tres rieron, y ella terminó—: Bueno, todos menos mi chico, que cuanto más lo miro más me gusta.

—«La gata quiere gatoooooooooo...» —volvió a canturrear Tomi.

Eva asintió segura de sí misma.

—Pues lo cierto es que sí, Tomi. Pero ¿tú has visto qué culito tiene mi niño?

Divertidos, los tres miraron el trasero de Damián, y Tomi, acalorado, afirmó:

—¡Qué peligro!

Después de aquel bar de playa, Noelia propuso ir a otro sitio más exclusivo, un bonito local situado cerca de los estudios de la Fox, y hacia allí se marcharon.

Durante horas, el grupo disfrutó de la buena sintonía, pero algo se revolvió en el interior de Lucas cuando empezó a sonar la canción de Maluma *Felices los 4*, y Menchu se dispuso a bailarla con Jens. La rubia que estaba con él, al oírla, comenzó a contonearse como casi todas las mujeres del local, y el policía casi gritó de indignación cuando, en un momento dado, Menchu, mirándolo al más puro estilo descarado de María, cantó determinadas estrofas extremadamente calentitas de la canción.

Pero ¿qué le estaba pasando?

En el interior del cuerpo del geo, un volcán desconocido hasta el momento estaba a punto de entrar en erupción, mientras Menchu, con su corto y sexy vestido, se contoneaba junto a Jens y él bailaba con ella acercándola a su cuerpo.

Rabia...

Furia...

Celos...

Todo aquello le llegó de golpe y, cuando intercambió una mirada con Juan y éste levantó las cejas, quiso gritar de indignación. Saber que su amigo se estaba percatando de lo que le ocurría lo indignó más aún y, sin aguantar un segundo más, acercó a la rubia a él y, tras decirle algo al oído, ambos salieron del local. Tenían planes.



## Capítulo 52

A la mañana siguiente, cuando Menchu se levantó más pronto de lo normal, al salir al jardín, se encontró con Lucas. Estaba solo, echado en una de las tumbonas con las gafas de sol puestas, todavía vestido como la noche anterior. Sin duda, acababa de llegar.

Al verlo, dio media vuelta sin hacer ruido y entró de nuevo en la cocina, donde se sirvió un café, se preparó un par de tostadas y se puso a desayunar.

Estaba en ello cuando él, que la había visto, entró en la casa y saludó, quitándose las gafas:

—Buenos días.

—Buenos días —respondió ella.

Lucas la observó. Por su cara supo que la noche había sido larga también para ella y, molesto, preguntó con sorna:

—¿Quién eres: Menchu o María?

La joven resopló al oírlo, la noche anterior había bebido más de la cuenta, y cuchicheó:

—Tengamos la fiesta en paz, por favor.

En silencio, él se preparó un café y, mirando la tostadora de pan, que estaba frente a ella, preguntó:

—¿Te importa si la uso?

—Toda tuya —afirmó la joven.

Lucas se sentó entonces delante de ella, sacó dos rebanadas de la bolsa y, tras meterlas en la tostadora, bajó la palanca y esperó en silencio.

Un minuto después, cuando su pan estuvo listo, lo sacó y, cogiendo la mantequilla, terminó de prepararse el desayuno.

Menchu, que tenía la cabeza como un bombo, sacó una pastilla del bolsillo de su bata y se la tomó, y en ese momento Lucas preguntó, con cierto retintín:

—¿Una noche loca?

Ella sonrió y respondió suspirando:

—Divertida.

El malestar que Lucas sentía comenzaba a resultarle insoportable, pero, incapaz de callar, añadió:

—¿Con los amiguitos adinerados de Nacho Duarte?

Oír ese nombre y sentir su mirada hizo que Menchu se envarara y, tras parpadear e imaginar lo que él había hecho con la rubia, replicó:

—Paso de contestar.

A Lucas le quemó las entrañas su respuesta. No reconocía a Menchu, no reconocía a la chica sensible que siempre lo había atraído, y, sin poder evitarlo, soltó:

—Ten cuidado o acabarás...

—¿Como tú? —lo cortó ella.

Ambos se miraron. Se retaron, y finalmente Lucas, cogiendo el azúcar, se echó un poco en el café y comenzó a removerlo.

Durante un rato permanecieron sentados uno frente al otro en silencio mientras desayunaban, hasta que por último ella, que no podía seguir callada por más tiempo, dijo:

—Oye, mira. Ayer hablamos. Somos amigos y podemos seguir siéndolo, pero no hagamos esto más difícil. Tú a lo tuyo y yo a lo mío, ¿te parece?

—¡Perfecto! —afirmó él, mordiéndose la lengua.

El silencio volvió a envolverlos, hasta que sonó el teléfono de Menchu, y ella, al ver que se trataba de Nacho, enseguida lo cogió.

Cambiando su tono de voz por otro más vivo y amable, habló con él sin moverse de donde estaba. Le contó lo bien que lo había pasado la noche anterior con sus amigos, y quedaron en que a las siete de la tarde pasaría a recogerla. Tenían la cena de gala.

Lucas escuchó en silencio la conversación, y cuando ella acabó y dejó el teléfono sobre la mesa, quiso saber:

—¿A qué estás jugando, Menchu?

Sorprendida por su pregunta, ella lo miró y, dando un mordisco a su tostada,

repuso:

—Al juego de pasármelo bien.

—Sigo pensando que ese tío no te conviene —insistió él, incapaz de callar.

—Ése no es tu problema, cielo.

Aquellas contestaciones frías y tajantes, tan típicas de él, le tocaban el corazón y, consciente de los planes de ella, dio un giro a la conversación y preguntó:

—¿Esta noche te desmarcas del grupo?

Menchu asintió.

—Sí. Voy a asistir a una gala con Nacho.

—Vaya, nunca imaginé que a una chica como tú le gustaran tanto el artisteo y la vida superficial.

Al oírlo, ella lo miró, pero se mordió la lengua para no soltarle una maldad e indicó:

—Pues mira, como suele decirse: nunca te acostarás sin saber una cosa más.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado? —preguntó Lucas, al observar su indiferencia.

Sin abandonar la sonrisa, Menchu contestó con toda su mala leche:

—Como María te diré que me ha picado el bicho del artisteo y la lujuria sexual.

Lucas maldijo y, mirándola, siseó:

—Me gustabas más cuando eras Menchu.

Ella levantó las cejas y replicó sin inmutarse:

—Eso no era lo que decías en la cama.

—No sé qué narices te pasa —añadió él sorprendido—, pero, sea lo que sea, no me gusta. Soy tu amigo, o creía serlo, y más cuando nos guardábamos ciertos secretos.

Al ver la rabia con que le expresaba aquello, Menchu musitó con frialdad:

—Si quieres contarles a los machotes de tus amiguitos que nos lo hemos montado a sus espaldas utilizando ciertos nombrecitos de guerra, puedes hacerlo. Si te soy sincera, lo que piensen en estos momentos de mí ¡me importa bien poco!

—No sabes lo que dices...

—Oh, sí, *cielo*, sí sé lo que digo —afirmó con gesto agrio, metida totalmente

en su papel—. Lo que no entiendo es por qué tú ahora vas de angelito, cuando siempre has sido más bien un demonio en temas de sábanas y de mujeres.

—Menchu... —musitó furioso.

—¿Sabes? No hace mucho me sugeriste que me buscara a tipos que no fueran como tú, porque los que son como tú no me convenían, ¿verdad? —Lucas no respondió, y ella, sonriendo, indicó—: Pues el caso es que encontré a uno. Encontré a un hombre que merece la pena y me estoy divirtiendo bastante con él.

Ambos se miraron. Lucas no sabía qué decir y, al sentir que ella había ganado aquella pequeña batalla dialéctica, continuó desayunando mientras la rabia apenas si lo dejaba tragar.

Pero ¿qué le ocurría a Menchu?

Poco después, el geo se levantó, recogió su plato, su vaso y, tras meterlos en el lavavajillas, la miró, le guiñó un ojo y con desafecto señaló:

—Pásalo bien esta noche.

Dicho esto, desapareció de la cocina, dejando a la joven con el corazón a mil por hora.

## Capítulo 53

Ese mismo día, a la hora de la comida, el grupo al completo se reunió en torno a una mesa. Estaban todos excepto Lucas, y cuando Noelia preguntó por él, Damián comentó entre risas:

—Al parecer, la rubia de anoche lo dejó agotado.

Todos rieron.

Todos, incluida Menchu, que sintió que su corazón se resentía, pero disimuló y continuó hablando con Eva, como si Lucas no le importara.

A las cinco de la tarde, cuando estaban en la piscina tomando el sol, éste apareció con sus gafas de sol puestas y todos bromearon con él.

Con una sonrisa, el policía saltó a la piscina, donde estaban Menchu y Eva, y, acercándose a ellas, las agarró de las piernas y les hizo una ahogadilla. Las chicas rieron, y durante unos minutos volvieron a ser los mismos amigos que gozaban de la vida en Sigüenza.

Rápidamente, Damián se tiró también al agua y se unió al juego. Vistos desde fuera, eran dos parejas las que jugaban entre risas en el interior de la piscina al tiempo que se hacían ahogadillas y disfrutaban del momento.

Juan sonreía mientras observaba la escena, y Noelia, acercándose a su guapo marido, preguntó:

—¿Por qué te ríes?

Juan señaló hacia la piscina, donde aquéllos jugaban y reían a carcajadas, e indicó:

—Porque me gusta verlos así.

Noelia miró en la dirección que él señalaba y sonrió. Sin duda, la estampa era, como poco, original, y hacían dos bonitas parejas, aunque esto último nunca

podiera llegar a ser, especialmente por una de ellas.

—Por suerte para Menchu —dijo—, ha encontrado a alguien que la valora por lo gran persona que es y, encima, le soluciona la vida.

Juan la miró.

—¿Por qué me da la sensación de que en todo esto hay algo raro?

—¿Raro de qué?

—A ti nunca te ha importado el dinero —aclaró el policía—, y ahora no paras de referirte a él.

—Cariño, seamos sinceros —indicó Noelia—. Menchu siempre ha estado colgada de Lucas, y ahora lo está de Nacho. ¿Acaso su vida sería la misma si se casara con tu amigo?

—Podría ser mejor —repuso Juan.

Noelia sonrió. Lucas era el típico soltero de manual.

—Cariño..., estás ciego. Él nunca podrá darle lo mismo que Nacho.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —replicó Juan levantando la voz.

Lo ofendía oírle decir eso, porque él tenía más similitudes con Lucas que con el mexicano, y preguntó:

—¿Acaso porque yo no te compre diamantes soy menos que Nacho?

Su enfado hizo que Noelia tuviera que pensar su respuesta, y Eva, que los había oído, salió del agua y se dirigió a ellos.

—¿Qué os pasa?

Enseguida Noelia la puso en antecedentes, y su amiga comentó:

—Noelia lleva razón. Nacho podrá darle mejor vida que Lucas.

Atraído por la conversación, Damián salió del agua y preguntó, al oír a su chica:

—¿Y por qué crees eso?

Eva y Noelia se miraron; en ese momento Menchu y Lucas salían también del agua, y Tomi y el resto del grupo se acercaban.

Viendo que todos la miraban, Eva respondió:

—Porque estar con Nacho le permitirá vivir de manera holgada, infinitamente mejor que con un puñetero sueldo mensual.

Damián y Juan se miraron ofendidos, y el primero gruñó:

—¿De verdad antepones el dinero al amor?

Menchu, al ver que sus amigos discutían por ella, iba a meterse en la

conversación cuando Damián insistió:

—¿En serio me estás diciendo que serías más feliz conmigo si, en vez de ser policía, fuera banquero?

Eva maldijo. No quería discutir con él, pero, cuando iba a responder, Noelia dijo categórica:

—Sin lugar a dudas.

Todos la miraron sin dar crédito. Horrorizado, Juan se adelantó y, plantándose frente a su mujer, siseó:

—Entonces ¿puedes decirme qué narices haces casada conmigo?

Un silencio incómodo se hizo en el grupo, y entonces la actriz, mirando a su marido, sonrió y murmuró:

—Me casé contigo porque te quiero. Y te quiero por quien eres y por cómo eres, y no te cambiaría por nada del mundo, pero no estamos hablando de nosotros —y, señalando a Damián, matizó—: y Eva no está hablando de ti. Sólo estamos dando nuestra opinión al respecto de un tema que...

—¿De qué narices estáis hablando?! —exclamó Lucas al intuirlo.

Nadie había mencionado su nombre, pero Menchu, que era consciente de lo que hablaban, zanjó el asunto:

—¡Se acabó!

La incomodidad podía palpase en el ambiente, hasta que al final tanto Noelia como Eva se abrazaron a sus respectivas parejas. Menchu respiró aliviada al ver eso, y también que Lucas no seguía preguntando. Lo último que quería era que sus amigos discutieran.

Sin querer saber nada más de la conversación, Lucas prefirió no abrir de nuevo la boca y, cuando ella cogió dos toallas secas y le entregó una, se limitó a decir con acidez:

—Gracias, seas quien seas.

A Menchu se le congeló la sonrisa.

Sin duda era un tocapelotas, pero, cuando iba a soltarle algo no muy bonito, Carlos y Laura se acercaron con varias botellas de cerveza para templar el ambiente.

—Hagamos un brindis por Tomi —dijo él.

El aludido, al sentirse el centro de atención, aplaudió encantado y exclamó:

—*Oh, my love!* ¡Si es que tengo que quererte!

Carlos sonrió divertido y, levantando su botellín, declaró:

—Porque el sábado, la fiesta de cumpleaños de nuestro loco favorito sea tan increíble como las de otros años, y que la unión que tenemos entre nosotros dure para siempre.

—*Of course!* —Aquél sonrió.

Todos levantaron sus botellas y, tras soltar un grito, dieron un primer trago a sus cervezas.

¡Sin duda tenían una gran fiesta por delante!

Entre risas, disfrutaron del momento piscina y brindis, hasta que Menchu, al ver que eran las seis de la tarde, dijo, dirigiéndose a Noelia y a Juan:

—Voy a ducharme. He quedado con Nacho a las siete.

—¿No cenáis con nosotros? —preguntó él.

—No. Esta noche vamos a una gala.

Ellos asintieron, y Juan, mirando de reojo a Lucas, se percató de que los había oído.

Cuando Menchu se marchó, con disimulo, se acercó a su amigo y cuchicheó:

—Mariliendre, ¿cuándo vas a solucionar tu dilema?

Lucas lo miró.

—¿A qué te refieres?

Juan sonrió. Aún recordaba lo mucho que él se había resistido a gritar a los cuatro vientos que adoraba a Noelia, e, insistiendo, replicó:

—Sabes muy bien a lo que me refiero.

Lucas blasfemó en silencio.

A Juan raramente se le escapaba algo, por eso siempre lo había considerado el mejor y, mirándolo, siseó:

—Por tu bien, más vale que cierres el pico.

—Capullo —se mofó aquél.

—Juan, ¡joder!

Su amigo sonrió. Jamás habría esperado ver a Lucas tan atormentado por una mujer, y murmuró:

—No sabes lo que estoy disfrutando.

—¡Desgraciado!

Ambos rieron, y luego Lucas señaló:

—Sólo te pido que no comentes nada con nadie, y menos con tu mujercita.



No quiero gilipollecas con el tema, ¿te queda claro? Ya sabes que, entre Nacho y yo, sin duda él gana por goleada o, mejor dicho..., por dinero.

Juan sonrió al saber que su sexto sentido no le había fallado.

—Vaya..., vaya... —cuchicheó divertido—, si al final va a resultar que tienes sentimientos, y nada menos que por Menchu.

Molesto porque aquél lo hubiera calado, Lucas siseó:

—Déjate de polladitas, ¡joder!

—¡El cazador, cazado! —se burló su amigo.

Lucas miró a su alrededor. Por suerte, nadie los oía, y gruñó:

—¡Cállate, joder!

Juan dio un trago a su cerveza y a continuación murmuró:

—Siempre he oído eso de que quien encuentra con facilidad el sexo difícilmente encuentra el amor y, si mal no recuerdo, una vez te oí decir algo así como..., «camarón que se duerme se lo lleva la corriente», ¿verdad?

—No me jodas, Juan, pero ¿de qué vas ahora?

Él se sentó en la tumbona a su lado y, tras comprobar que nadie estaba lo bastante cerca para oírlos, miró a su amigo y añadió:

—Cuando Noelia apareció en mi vida por segunda vez, intenté alejarla de mí. Pensé que estar con ella sería un error. Imaginé que su presencia en mi vida sólo podría traerme problemas y quebraderos de cabeza, pero me equivoqué, amigo, me equivoqué. Porque lo mejor que he hecho nunca, además de mi hija, es haber bajado de mi pedestal de machote rompebragas y haberme dejado querer sólo por ella. Créeme.

—¿A qué viene ahora eso?

—Viene a que tomes una decisión en cuanto a lo que quieres y dejes de dudar. Lucas, a mí no me engañas.

Él no respondió. Estaba más que claro que Juan lo había calado, y entonces lo oyó decir:

—¿Sabes? Un día Noelia me vendó los ojos, puso una canción fantástica a la que yo nunca habría prestado atención y me pidió que tan sólo la escuchara. Que le diera una oportunidad a pesar de no ser el tipo de música que a mí me gustaba. Y te juro, amigo, que ese día aprendí a dar oportunidades a las cosas y, además de a la música, se la di también al amor.

—¡Gilipollecas! —gruñó Lucas.

Juan sonrió. Sin necesidad de preguntar, sabía el conflicto por el que estaba pasando su amigo.

—Sé que en tu interior hay tal batalla que no sabes qué pensar ni por dónde tirar —insistió—, y lo sé porque a mí me ocurrió, y aunque creí que iba a volverme loco, al final decidí dejar de pensar en mí para pensar en ella, y acerté al hacerlo.

—Joder...

—Amigo, no te cierres a lo que de verdad puede hacerte feliz en la vida, porque, si lo haces, llegará el día en que quizá tengas que lamentarlo.

Desesperado, Lucas se sentó en la hamaca.

Se tocó el pelo, los ojos, el cuello, la cara, y por fin, mirando a su amigo, musitó:

—Juan, mi vida es perfecta.

—Era... —matizó aquél—. Era...

Lucas resopló y, a cada instante más confundido, preguntó:

—¿Por qué querría cambiar mi vida y mi libertad?

Juan sonrió. En Lucas veía reflejado al tipo duro que antaño había sido él y, mirándolo, cuchicheó:

—Porque cuando el corazón manda sobre la cabeza, difícilmente podrás resistirte a sus caprichos sin sufrir. Porque de pronto, y sin entender por qué, el corazón te hace valorar el poder de una sonrisa, la fuerza de una mirada y la necesidad imperiosa de tener a tu lado a esa persona única y especial que con su calidez y su amor te ayuda a vivir y a ser mejor cada día. ¿Te parece poco?

Lucas bebió un trago de su cerveza y musitó, sin dar su brazo a torcer:

—¡Cuántas gilipolleces hay que oír!

Dicho esto, dejó la botella sobre una mesita, se levantó y, sin mirar a su amigo, se lanzó de cabeza a la piscina. No deseaba seguir hablando de sentimientos, y menos aún ver la cara de guasa de aquél.

## Capítulo 54

Pasó un rato, y cuando el grupo estaba disperso por la casa, unos en la piscina, otros en la cocina y otros jugando con las perritas de Tomi, como no encontraba su sitio, Lucas se encaminó hacia su habitación. Allí podría hallar la paz que necesitaba, pero, al pasar por delante de la habitación de Menchu, la música que salía de allí llamó su atención.

¿Desde cuándo escuchaba ella a Eric Benét?

Y, acercándose a la puerta, cerró los ojos y apoyó la frente en la madera.

Se moría por entrar. Por hablar con ella. Por encontrarse con la Menchu de pelo alocado y gafitas de pasta que tanto le gustaba.

Angustiado, resopló.

No sabía bien lo que quería ni lo que le ocurría, pero sí sabía que algo en él había cambiado después del tiempo que había pasado en Cádiz con ella y su familia. Recordar esos días en los que se sintió pleno como hombre al lado de Menchu lo hizo sonreír y, sin poder evitarlo, llamó con los nudillos a la puerta.

Durante unos segundos esperó y, al no obtener respuesta, volvió a llamar. Pero la respuesta fue la misma: nada. Entonces, asiendo el pomo, lo giró y abrió.

En la estancia no estaba Menchu y, al mirar hacia el baño, imaginó que estaría allí antes de entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Su armario estaba abierto, y Lucas observó la ropa que había colgada en su interior. Todas las prendas parecían nuevas, sin estrenar, y, al acercarse y ver varios conjuntos de lencería en rojo y en negro, maldijo.

¿Con quién se ponía aquello?

Con curiosidad, observó el móvil de ella, que descansaba sobre la mesilla y del que salía la música de ese cantante tan especial para él. Estaba mirándolo

cuando de pronto oyó:

—Pero ¿tú qué haces aquí?

Al volverse, Lucas se encontró con Menchu, tan sólo vestida con una toalla negra alrededor del cuerpo y el pelo empapado.

Estaba preciosa sin maquillar, sin peinar, sin tacones, sin nada. Ella siempre había tenido una belleza natural y, aunque a ojos de todos ganaba cuando estaba provista de todos aquellos adornos, Lucas reconocía que verla así era como más le gustaba.

La admiraba abstraído cuando ella, sin moverse, insistió:

—Te he preguntado qué haces aquí.

Reaccionando rápidamente, él dio un paso adelante y preguntó:

—¿Escuchas a Eric Benét?

Al sentirse descubierta en aquella cosa tan tonta, la joven decidió ser sincera.

—Sí. Lo descubrí contigo, me gustó y ahora lo escucho. ¿Qué pasa? ¿Acaso sólo puedes escucharlo tú?

Lucas la miró.

¿Por qué siempre estaba de uñas con él?

Pensó en las palabras de Juan.

¿Y si su amigo tenía razón?

¿Y si no hacía caso de su corazón y luego se arrepentía?

Dudó... La duda lo martirizó y, al ver que ella esperaba una respuesta, susurró:

—Menchu, escucha, yo...

—No —lo cortó ella—. No sé qué quieres decirme, pero mi respuesta a lo que sea es «¡No!». Y ahora vete, ¡tengo prisa!

Lucas resopló.

Estaba más que claro que eso era lo que se merecía y que con su frialdad hacia ella había dañado el corazón de la joven durante mucho tiempo. Inseguro, se disponía a decir algo cuando ella señaló la puerta y repitió:

—Ya puedes marcharte por donde has venido.

Pero él no se movió.

Sabía que, bajo aquella apariencia de frialdad que ahora ella le mostraba, había una chica cálida, comprensiva, adorable. Una chica que nunca se había dejado deslumbrar por el dinero, ni por el arte, y mucho menos por el sexo.

Era imposible que en pocos meses hubiera cambiado de esa manera; entonces de pronto comenzó a sonar la canción *The Last Time*. Su canción.

Consciente de ello, Menchu se dispuso a apagar la música del móvil, pero él, moviéndose con rapidez y sin mediar palabra, la agarró y murmuró:

—No la quites. Por favor.

En silencio se miraron, el uno muy cerca del otro, mientras la canción inundaba la estancia.

Al sentirse poseída por el magnetismo de Lucas, la joven pensó en quitárselo de encima. Tenía que hacerlo o al final pasaría lo de siempre.

Aquel hombre y aquella dulce y romántica canción la ablandaban, y cuando él se acercó más a ella y la besó, supo que ya lo tenía todo perdido. Aquel sabor, aquel olor, aquella manera de besar, de abrazarla, de hacer que se sintiera protegida pudieron con ella y, un segundo después, se abandonó por completo a él.

Complacido al sentirla entre sus brazos, Lucas la apretó contra su cuerpo disfrutando de ella y de la canción, y en el momento en que Menchu, de un salto, enroscó las piernas alrededor de su cintura, sonrió sin poder evitarlo.

Un beso...

Cuatro...

Diez...

La temperatura entre ambos subía por momentos y, cuando la toalla de ella se aflojó, Menchu, ya totalmente perdida por el deseo que él le despertaba, lo miró y declaró:

—Te odio...

—Yo a ti no...

—Tienes que irte...

—No.

Besos... Besos... Besos...

Y entonces pasó lo de siempre, y la joven, hechizada, murmuró:

—Te odio y sé que tendrías que irte, pero ahora no pares.

Al comprender que ella le daba carta blanca, Lucas supo que, si continuaba, no sería en contra de su voluntad, por lo que la tumbó en la cama y la besó en los labios con gusto, delirio y frenesí y, cuando ella jadeó, él humedeció excitado su cuello, sus pechos, su ombligo con dulces y abrasadores besos hasta llegar al

centro de su deseo.

Al ver la depilación brasileña que ella llevaba, iba a decir algo, pero Menchu murmuró, consciente de lo que pensaba:

—Ni un comentario, Khal Drogo.

—Lucas —corrigió él, izándose para mirarla a los ojos—. Soy Lucas.

Oír su voz cargada de deseo la hizo estremecerse, y susurró sonriendo:

—Lucas...

Esa voz...

Esa mirada...

Esa sonrisa...

Esa manera de decir su nombre...

Esa forma de enredar sus dedos en su corto cabello...

Todo ello unido le puso el vello de punta al geo y, necesitado de ella, susurró:

—Y tú eres Menchu..., necesito sentir a Menchu y estar con ella.

Extasiada por lo que él le pedía, ella asintió y, olvidándose absolutamente de todo, murmuró:

—Estoy aquí..., estoy aquí.

Complacido de saber que estaba con la chica que deseaba, él volvió a bajar por su cuerpo repartiendo besos hasta llegar a sus muslos y los separó de nuevo.

Con la mirada cegada por el deseo, observó aquel tesoro que tanto ansiaba y, sin dudarlo, lo besó, lo chupó, lo succionó y lo paladeó mientras la joven se entregaba a él y se abría dispuesta a darle todo lo que él quisiera.

El corazón de Lucas se desbordó. El ansia que sentía por ella lo embargó por completo. Nunca había deseado poseer a una mujer de la manera en que la deseaba a ella, y lo disfrutó. Lo disfrutó mucho.

Con deleite, besó sus húmedos y apetitosos labios vaginales para después jugar con su dura lengua alrededor de aquel botón del placer que sabía que a Menchu la volvía loca. Como era de esperar, ella tembló y, alzando las caderas hacia él, se le ofreció. Quería más.

Encendido, Lucas disfrutó y la hizo disfrutar mientras bebía de ella y saboreaba aquel rico manjar; luego reptó por su cuerpo, y su boca acabó en sus rosados pezones, que succionó hasta que ella tembló exhausta. El geo era el amante perfecto.

Estaba mirándola a los ojos cuando, con una mano, colocó su duro pene en la

húmeda entrada y ella sonrió.

Aquello era una locura. Lo que estaban haciendo era una locura, pero era la locura de los dos.

—Esto es... lo que es —murmuró ella entonces—. Lo sabes, ¿verdad?

Él cerró los ojos.

Aquella maldita frase le destrozaba ahora a él el corazón y, mirando a la joven, entendió todo el daño que le había hecho en el pasado cuando él la decía y ella lo aceptaba sin rechistar.

¿Cómo había sido tan tonto?

Consciente de lo que hacía y, en especial, de lo que a ella le gustaba, Lucas restregó la punta de su dura verga contra la vulva de la joven, tentándola. Llena de deseo, ella se abrió más de piernas, invitándolo a entrar. Se lo exigió, se lo pidió, se lo rogó, y él, de un solo empujón, se introdujo por completo en su interior, consiguiendo que sus cuerpos y, en cierto modo, también sus almas se unieran con aquella canción que sonaba de fondo.

Oleadas de placer los recorrían al tiempo que se movían en busca de más. El placer era inmenso, gustoso y deseado mientras él bombeaba una y otra vez en su interior con pericia y ella disfrutaba con sabiduría.

Para Menchu, notar cómo su miembro entraba y salía de ella era puro morbo y placer. El éxtasis que sentía era perfecto, increíble y sus jadeos aumentaban de intensidad, y Lucas tuvo que silenciarla con un beso para evitar que los demás aparecieran en la habitación para ver qué ocurría.

Con fuerza, con deleite, con rapidez, se hundió una y otra vez en ella, hasta que un calor desconocido hasta el momento le recorrió el cuerpo, se apoderó por completo de él y, tras soltar un último gruñido varonil, la penetró más profundamente aún y llegó al clímax, consciente de que ella había llegado con él.

\* \* \*

Agotados y sudorosos, durante unos segundos permanecieron en silencio. Lo que había ocurrido había estado más que bien, y Lucas, al sentir la mirada de ella sobre él y no saber interpretarla, musitó:

—Tenemos que hablar.

Esas palabras parecieron romper el momento, y Menchu, sin moverse, preguntó, al oír que comenzaba otra nueva canción:

—¿De qué?

Como necesitaba abordar el tema, Lucas se sentó en la cama, la miró y, cuando iba a hablar, la puerta de la habitación se abrió de par en par y apareció Tomi.

—*Queen*, que digo yo que...

Boquiabierto, el pobre se detuvo, los miró y, tapándose los ojos, exclamó mientras cerraba la puerta de nuevo:

—*Oh-my-God! Sorry..., sorry!*

Lucas y Menchu se miraron. ¡Que Tomi los hubiera pillado era un desastre!

Ella, a toda velocidad, se levantó desnuda, corrió a abrir y, alcanzando a su amigo en el pasillo, lo agarró de la mano y lo metió en el cuarto mientras Lucas se apresuraba a vestirse.

Horrorizado, Tomi no sabía qué decir, y cuando ella cerró la puerta de la habitación y quedaron los tres dentro, susurró, mirando a Lucas:

—¡Por el amor de Diorrrr..., qué calorrrrrrrrrrrrrrrrrrr!

El policía, al oírlo y ver cómo se abanicaba con la mano, siseó con gesto serio:

—Tomi..., como digas una sola palabra a alguien de lo que has visto, yo...

—Uiss..., *lady* —lo cortó él, mirando a Menchu—. ¡Qué increíble te quedó la depilación brasileña!

—¡Tomi! —protestó ella.

Fastidiado por la pillada, en cuanto se puso el pantalón, Lucas cogió su camiseta y, dándosela a la joven, dijo:

—Ponte esto. Y tú, deja de mirar donde no debes.

Tomi sonrió con picardía y a continuación afirmó, clavando los ojos en los pectorales desnudos de aquél:

—Tienes toda la razón, *darling*. Miraré donde debo. Mmmmm...

Lucas y Menchu suspiraron, y la joven le tiró la camiseta a las manos y dijo, poniéndose su toalla alrededor del cuerpo:

—Vete.

Él no se movió. Tenía que hablar con ella.

—He dicho que te vayas —insistió la joven, con frialdad de nuevo en la



mirada.

Lucas maldijo. ¿Por qué Tomi había tenido que interrumpirlos ahora que iba a ser sincero con ella?

Sin saber qué decir, finalmente se puso con rapidez la camiseta e, ignorando a su amigo, cuchicheó:

—Me iré. Pero tú y yo tenemos que hablar.

—OK. Adiós —sentenció ella con sequedad.

Molesto por aquella despedida tan impersonal tras lo ocurrido entre ellos, Lucas se encaminó hacia la puerta y, una vez que hubo desaparecido, Tomi miró a su amiga y canturreó:

—«La gata tuvo gatoooooooooooooooooooooo...»

Menchu puso los ojos en blanco y resopló.

—Joder, Tomi...

Pero, segundos después, al ver el gesto guasón de éste, no pudo evitarlo y, sonriendo, murmuró:

—Como le hables de esto a alguien, te...

—No diré nada, *my girl*, pero ¡ya, ya, ya! me estás contando qué se siente cuando un *man of Harrelson* te hace el amor con lujuria y desenfreno.

Menchu suspiró.

Lo ocurrido había sido una maravillosa locura y, cerrando los ojos, contestó:

—Pues se siente morbo, posesión, placer y cientos de cosas más, a cuál más increíble.

De pronto oyó un golpe seco.

Abrió los ojos de nuevo y, al ver a Tomi cual diva divina tirado en el suelo todo lo largo que era, iba a decir algo cuando él musitó parpadeando:

—¡Muerta!... ¡*Dead*, me has dejado!

Y, sin poder evitarlo, Menchu sonrió.

## Capítulo 55

Tras lo ocurrido entre Lucas y Menchu, él se fue a su habitación y, nada más cerrar la puerta, el olor corporal de la joven lo inundó. Su cuerpo olía a ella y, como un tonto, sonrió.

Aquello llevaba mucho tiempo sin suceder, pues en sus últimos encuentros habían sido María y Khal Drogo y, aunque los había disfrutado, porque el sexo con ella siempre era bueno, si los comparaba con lo que acababa de ocurrir, se quedaba con la dulzura y la calidez de Menchu.

Continuaba sonriendo como un tonto cuando se dirigió a la ducha. Estaba sudoroso.

Media hora después, regresó junto al grupo y, tras mirar a Juan, se acercó a él.

—Soy un gilipollas —señaló.

Su amigo asintió y, después de coger dos cervezas, le indicó con la cabeza que se alejaran unos pasos. Le tendió una botella a Lucas y éste exclamó:

—¡Joder!

—Mal empezamos.

Su amigo, nervioso, comenzó a moverse de un lado a otro, y al final, cuando paró dijo:

—No me entiendo ni yo.

—Mal asunto —se mofó Juan.

Lucas maldijo. En cierto modo, lo jorobaba sentirse como se sentía, y prosiguió:

—No sé qué me pasa...

—Si quieres, te lo digo yo...

—¡Joder!

Al verlo tan agobiado, Juan sonrió y cuchicheó:

—Deduzco que te has tragado sin querer un centenar de maripositas y éstas revolotean sin rumbo dentro de tu estómago, ¿verdad?

Lucas lo miró. ¿Tan obvio era?

Pero, incapaz de contestar, resopló cuando Juan, que entendía muy bien lo que le ocurría, murmuró:

—Luchar contra uno mismo nunca es bueno. Especialmente porque, tratándose de temas de corazón, no vas a salir vencedor, por mucho que lo odies.

Él suspiró, bebió de su cerveza y musitó:

—Sé que todos me tenéis por un capullo integral, frío e impersonal, y lo soy, sé que lo soy, pero... pero desde que estuve en Cádiz con Menchu, yo...

—¿Has estado en Cádiz con Menchu? —preguntó sorprendido Juan.

Sin dilación, le contó algunas cosas sobre el tema, omitiendo los nombrecitos de Khal Drogo y María. Conociéndolos, si Juan o cualquiera de los demás sabían aquello, lo utilizarían luego para mofarse de él.

Su amigo lo escuchó en silencio y, cuando él acabó y lo miró a la espera de que dijera algo, declaró:

—Sabes que siempre te he pedido que te alejaras de Menchu.

—Lo sé. Tú y todos.

Juan dio un trago a su cerveza y añadió:

—Lucas, ella es una buena chica. Demasiado buena para ti, eres consciente de ello, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Es alguien de nuestra familia, y tienes que pensarlo muy bien, porque, si es feliz con Nacho, ¿verdaderamente merece la pena que lo deje todo por ti?

—¿Acaso crees que no lo he pensado, y más, sabiendo que ese tipo puede darle mejor vida que yo?

A Juan le dolió oír eso.

—En la vida, el dinero no lo es todo —matizó—. Y en una pareja debe primar el amor. Créeme, que sé de lo que hablo.

Lucas asintió. Su amigo llevaba razón. Entonces, desesperado, se tocó la cabeza y cuchicheó:

—Es la primera vez en mi vida que siento la necesidad imperiosa de estar las

veinticuatro horas del día con una mujer y protegerla. Jamás he permitido que ciertos sentimientos me nublaran la razón, y...

—¿Por qué? —aprovechó para preguntar su amigo—. ¿Puedo saber la causa?

Consciente de que debía, al menos a Juan, aquella explicación, él confesó, mirándolo:

—Miguel, mi hermano gemelo, se suicidó por amor, y el día de su entierro me prometí que ese sentimiento no tendría cabida en mi vida.

Su amigo lo contempló boquiabierto.

Jamás de los jamases se habría imaginado algo así. Por fin entendía la frialdad de Lucas en aquel tema y, conmovido, tocó el hombro de su amigo y murmuró:

—Siento mucho lo de tu hermano.

Lucas asintió. Sabía que lo decía de corazón, pero prosiguió:

—En mi vida he sentido las puñeteras maripositas en el estómago ni he ido nunca tras una mujer, pero..., de pronto, me veo como un gilipollas observándola, persiguiéndola con los ojos, enfadándome si no me mira y muriéndome de celos si pienso ciertas cosas que no me están gustando.

—Amigo..., estás perdido —se mofó Juan.

Lucas sonrió y su amigo añadió, echando un vistazo al grupo:

—Nadie te lo va a poner fácil para que te acerques a ella; lo sabes, ¿no?

—Sí —afirmó Lucas—. Intuyo que ayuda precisamente no voy a tener.

Juan miró entonces a su mujer, que en ese momento reía con su hermana, y sonrió.

—Te van a machacar —aseguró.

Lucas observó a los demás, que reían al fondo del jardín, y, consciente de muchas cosas, afirmó:

—Es lo que me merezco, y más tratándose de Menchu.

Ambos asintieron, y luego él añadió:

—Necesito tu ayuda para poder llegar a ella. Lo intento. Intento hablarle, pero está esquiva. Diferente. Me tiene desconcertado y descolocado por completo. Y, si pienso que puede llegar a casarse con ese tipo, yo...

—Las mujeres suelen ser raras —bromeó Juan.

—Muy raras —ratificó Lucas.

—Con ellas nunca hay que dar nada por hecho. Tienen una sensibilidad específica que o la entiendes o estás perdido, porque necesitan sentirse queridas y especiales, al igual que los hombres necesitamos sentir otras cosas.

—¿Y cómo se hace eso?

Juan sonrió y, volviendo a mirar a su loca mujer, afirmó:

—Paciencia, romanticismo, detalles que te salgan del corazón y mucho amor. No hay nada más bonito que una sonrisa, una mirada o un detalle por parte de la persona amada, y te lo digo por experiencia.

Lucas resopló. Él no sabía cómo abordar esas cosas, pero, cuando iba a hablar, su amigo cuchicheó:

—Como ya te he dicho, Noelia me enseñó el poder de seducción de una canción. Todavía recuerdo el día que me hizo escuchar *At Last* en silencio. —Sonrió—. Te juro por mi hija que ese día algo explotó en mi interior, un enjambre de mariposas me reventó por dentro y supe que ella era la mujer de mi vida.

Lucas sonrió. Siempre le había hecho mucha gracia oír esas cosas.

—Menchu es una chica especial —comentó Juan a continuación—. No voy a enumerarte las virtudes que tiene porque imagino que tú, mejor que yo, ya las...

—Claro que las conozco —lo cortó él, dándose cuenta de que recordaba infinidad de cosas vividas con ella que nunca habría imaginado—. Pero su actitud ahora me tiene confundido. Te juro que la miro y apenas si la reconozco.

—¿Porque se está comportando con tu misma frialdad?

—Sí.

—¿Y eso no te gusta?

—No.

—Pues piensa cómo se ha sentido ella en todo este tiempo recibiendo lo que le dabas.

Lucas suspiró.

Pensar en lo mal que debía de haberlo pasado Menchu durante todos aquellos años por su culpa lo hizo sentirse fatal. Él sólo había probado unos pocos meses de indiferencia por su parte y ya estaba que se subía por las paredes. Había pasado de no querer nada con ella a quererlo todo, y eso lo tenía descolocado por completo.

Entonces Juan, para intentar ayudar a su amigo, murmuró:

—Juegas con una baza muy importante respecto a ella, y es que la conoces y sabes perfectamente lo que le gusta. Sabes cosas que Nacho ignora y puedes conquistarla a partir de ahí.

Lucas sonrió. Sin duda era consciente de todo lo que le gustaba a ella.

A pesar de no haber hecho caso de todas aquellas cosas, las conocía muy bien. Su mente las había retenido sin que él se diera cuenta. Y, recordando la canción de Eric Benét que un rato antes había sonado mientras le hacía el amor, afirmó:

—Hay una canción...

—Pues ya tienes un comienzo, amigo —afirmó Juan—. Esas cosas pueden ayudarte. Sin conocer tanto a Menchu como tú, algo me dice que ella cree en el romanticismo, y no me trago eso de que no continúe suspirando por ti.

—Cree en la magia. Ella lo llama *magia* —matizó Lucas.

—Bonito nombre le ha dado al amor —afirmó su amigo—. Y muy acertado, porque sin magia no hay nada.

Lucas asintió. Necesitaba esa positividad para luchar por lo que quería.

Conociendo como conocía a la joven, sabía que ella no podía haber cambiado tanto, y cuando iba a hablar, Juan indicó:

—Aquí estoy para ayudarte en esta complicada misión, siempre y cuando esto no sea una pataleta tuya porque la veas con Nacho.

Él sonrió y, chocando su cerveza con la de él, aseguró, dispuesto a darle una oportunidad a eso llamado *amor*:

—Quiero tu ayuda, amigo..., la quiero.

## Capítulo 56

Esa tarde, tras hablar con Juan, Lucas se sentía mucho mejor.

Estaba claro que su percepción de todo de pronto había cambiado al darse cuenta de la realidad de su vida, así que echó mano de toda la paciencia que tenía y se sentó en la cocina. Menchu aparecería por allí en algún momento y quería hablar con ella. Lo necesitaba.

Durante un buen rato esperó con paciencia y, cuando vio entrar a Tomi, se envaró. Si aquél comentaba al grupo lo que había visto, lo despelucharían, pero, para su sorpresa, simplemente se acercó a él y, con una sonrisa, cuchicheó:

—Hueles a limpito.

Al oírlo decir aquello supo que se las iba a tirar por todos lados, e, impaciente, preguntó:

—¿Dónde está ella?

—¿Quién, *darling*?

Lucas levantó las cejas haciéndole saber que no iba a pronunciar su nombre, por lo que él musitó:

—Si te refieres a Menchu, se ha ido hace un rato.

Él se quedó boquiabierto.

—¿Se ha ido? —susurró desconcertado.

—*Yes!*

—¿Que se ha ido? —repitió, levantando la voz.

—Que sí, *my love*. Ha ido a una gala divina con un vestido Gucci verde que le ha prestado Noelia —afirmó Tomi.

Lucas maldijo en silencio, y su amigo lo miró extrañado.

Pero ¿por qué ponía aquella cara?

Molesto por la marcha de la joven, Lucas quería gritar. Aquello era el colmo de los colmos.

Él se había acercado a ella, le había hecho el amor, le había dado a entender que entre ellos había algo, le había dicho que quería hablar con ella, y Menchu, sin pensar ni un segundo en él, ¿se había vestido y se había marchado con otro?

¡Increíble!

Enfadado, se levantó, y Tomi, al ver su gesto, murmuró:

—No me asustes, *my love*. ¿Qué te ocurre?

Encolerizado por su desplante, Lucas, quien muy a su pesar ya sabía la respuesta, preguntó:

—¿Se ha ido con ese tal Nacho?

Sorprendido como nunca en su vida, Tomi asintió:

—Sí.

El policía comenzó a caminar entonces por la cocina como un león enjaulado. Si aquel tipo le ponía un solo dedo a Menchu encima o la tentaba con hacer ciertas cosas, lo iba a matar, así que cogió su móvil y marcó el número de la joven, pero ella no contestó.

Volvió a marcar. Ella seguía sin contestar.

Entonces, al ver que Tomi llevaba su móvil en la mano, dijo:

—Llámala tú.

Él negó con la cabeza, y Lucas, enfurecido, siseó entre dientes:

—¡Llámala, Tomi!

Asustado, el aludido la buscó en su agenda y, en cuanto el teléfono de aquella dio dos timbrazos, Menchu respondió:

—Dime, cielo. ¿Qué pasa?

Al oír su voz, Lucas le arrebató el móvil a su amigo de las manos y espetó al aparato:

—¿A él le coges el teléfono y a mí no?

Al darse cuenta de quién había al otro lado de la línea, la joven se separó unos metros de Nacho y de las personas con las que estaba tomando un cóctel, y cuchicheó:

—¿Se puede saber qué narices quieres?

Lucas, ofuscado, y sin importarle que Tomi estuviera delante, masculló:

—Te has marchado con él. ¿Cómo has podido?...



Boquiabierta, Menchu miró a su alrededor y respondió:

—Lucas, tengo mis propios planes.

Molesto y enfadado por sentirse relegado a un segundo plano, él gruñó:

—Te he dicho que teníamos que hablar.

—Pues ya hablaremos. ¿O tenía que ser justo hoy?

A cada instante más dolido por su frialdad, él le espetó:

—¿Me estás diciendo que lo que ha ocurrido esta tarde no ha significado nada para ti?

—Oye —lo cortó ella, echando mano de todo su aplomo—. Lo que ha ocurrido esta tarde se llama *sexo*, querido Khal Drogo.

—Te he dicho que era Lucas —gruñó él.

Menchu cerró los ojos. Aquel papel le estaba costando la vida, pero respondió:

—Y ¿acaso por haber tenido sexo con *Lucas* tengo que cancelar mis planes?

Él cada vez entendía menos. Pero ¿dónde estaba la parte racional de la joven? ¿Acaso no recordaba que le había dicho que eran Menchu y Lucas mientras hacían el amor? Y, enfadado, volvió a mascullar:

—¿Me estás diciendo que vas a terminar con ese tipo en la cama haciendo a saber Dios qué?

Atónita por el numerito que le estaba montando, ella respondió, mirando a Nacho, que hablaba con la gente:

—Posiblemente.

—¿Posiblemente?! —exclamó él.

Aquello era inaudito, increíble. Menchu tenía muy poca vergüenza. Y, mirando a Tomi, que lo observaba descolocado, el policía añadió:

—¿Vas a acostarte con ese tipo encima de las mismas sábanas sobre las que yo te he hecho el amor?

—*Oh, my God!* —musitó Tomi.

Sin entender nada, Menchu parpadeó.

Pero ¿qué le ocurría?

Y, consciente de su respuesta, declaró:

—Perdona, bonito, pero has sido tú quien se ha acostado encima de las mismas sábanas sobre las que antes me he acostado con él. No me vengas ahora con remilgos.

Sin saber qué decir, porque nunca en su vida se había visto en una tesitura así, él resopló.

—Mira, Lucas —prosiguió ella—, no sé qué te pasa ni qué bicho te ha picado, pero haz el favor de comportarte como el adulto que eres, porque no te entiendo.

—El que no te entiende soy yo.

Descolocada por sus palabras, ella miró hacia el fondo de la sala y, como necesitaba hacer una pregunta que le rondaba por la cabeza, de pronto le soltó:

—¿Estás celoso?

—¡¿Celoso yo?! —gritó aquél con soberbia.

—Sí, tú —insistió ella desconcertada.

Enfadado consigo mismo y con el mundo, Lucas no supo qué contestar y, totalmente bloqueado, cortó la llamada.

—¡Me cago en todo! —siseó, tirando el teléfono sobre la encimera de la cocina.

Una vez que Tomi recuperó su móvil, se lo guardó en el bolsillo de la batita celeste y dorada que llevaba y, mirando a su amigo, que estaba desencajado por completo, murmuró:

—A ver, *king*. Yo creo que...

—No, Tomi. Ahora no me vengas con polladitas —lo cortó malhumorado.

—*Oh, my God...*, ¡qué vulgaridad!

Lucas resopló.

Sentía que la sangre corría descontrolada por sus venas al tiempo que el corazón se le aceleraba. Aquella sensación de impotencia, de no gobernar su corazón ni su mente era a lo que siempre se había negado, y gruñó.

¿Por qué?

¿Por qué tenía que estar pasándole aquello?

Siempre se había negado...

Siempre lo había evitado...

Siempre había huido...

Y allí estaba ahora, sintiéndose como un completo idiota y con un ataque de celos que apenas si lo dejaba respirar.

Maldijo con furia, con rabia.

Protestó en silencio y, al final, también a viva voz, pero de pronto notó un

chorro de agua que le caía en el rostro. Cuando consiguió limpiársela, vio a Tomi con una jarra vacía en las manos.

—¿Qué narices has hecho? —le espetó.

Su amigo, desconcertado al notar su gesto furioso, dio un paso atrás.

En todos los años que conocía a Lucas, nunca lo había visto actuar de aquella manera tan irracional y, parapetándose tras la isla de la cocina, balbuceó:

—Yo..., bueno..., es que..., *my love*...

—Tomi..., me acabas de empapar.

—Lo sé, *king*..., lo sé. Soy un osado —afirmó éste, asintiendo.

Lucas respiró hondo, cerró los ojos, contó hasta diez y, cuando volvió a abrirlos, aún empapado, preguntó:

—¿Adónde ha ido Menchu?

Tomi, moviéndose alrededor de la isla central de la cocina para no ser pillado, respondió:

—A la gala.

—¿Y dónde es esa gala?

Apurado, él miró al geo. Pero ¿qué le ocurría? ¿De verdad estaba celoso? Y enseguida respondió:

—No lo sé.

Lucas bramó, sobresaltándolo, e insistió:

—Lo sabes. Dime dónde es.

Tomi negó con la cabeza y repitió:

—Por el amor de Diorrr... ¿Qué te ocurre?

Con gesto serio, Lucas se enjugó el agua que corría por su barbilla y, tras saltar por encima de la isleta, iba a agarrarlo cuando él se le escapó y salió de la cocina, mientras chillaba asustado.

—*Heeeelp!* ¡Socorro!

Sin dar crédito, Lucas salió tras él y se topó con la mirada de sus amigos, que charlaban tranquilamente en el jardín.

Sus zancadas eran más rápidas y certeras que las de Tomi, por lo que, en cuanto lo alcanzó, sin dudarle se tiró con él a la piscina.

Todos soltaron una carcajada, y entonces ambos salieron a la superficie.

Asustado, Tomi iba a decir algo cuando Lucas, fabricando una sonrisa, le retorció el brazo por debajo del agua y exigió, mirándolo:

—Dime dónde está o lo vas a lamentar.

—Hotel Luxury Collection de Beverly Hills —se apresuró a responder.

Lucas asintió y a continuación musitó:

—Ni una palabra sobre lo que has visto y oído, ¡entendido! O te las vas a ver conmigo.

Tomi, asustado a la par que sorprendido, asintió, y cuando Lucas lo dejó ir, dijo en tono lastimero, mirando a Eva, que se acercaba a la piscina:

—Mi pelo... *Oh, my God!*

De inmediato se oyeron las risas de los demás y, una vez que ambos salieron de la piscina, Tomi miró a Lucas y, consciente de lo sucedido, se acercó a él y susurró:

—No te quiero como enemigo..., ¡me he meado encima!

El otro suspiró. Ver a su amigo empapado como un pollito le hizo entender que se había pasado con él.

—Lo siento, Tomi —murmuró—. Discúlpame.

Él sonrió. Lo que había presenciado esa tarde había hecho que se percatara de que no todo estaba perdido para Menchu; señaló en voz baja, para meter un poquito más el dedo en la llaga:

—Mira, *darling*, o te espabilas o la gata se va con otro gato... ¡Y qué gato!

Lucas resopló y se encaminó a cambiarse de ropa mientras Tomi se alejaba divertido. El grupo reclamaba su presencia para elegir adónde irían a cenar esa noche.

## *Capítulo 57*

Durante la cena, Lucas intentó disimular su malestar. No llevaba nada bien que Menchu estuviera con otro tipo en vez de con ellos, y menos aún si imaginaba dónde podía acabar la noche. Pensar eso lo ponía enfermo.

Emilio, que había quedado con una chica que había conocido días antes, se apresuró a desmarcarse del grupo indicando que se iba con aquella hasta el sábado, cuando regresaría para el cumpleaños de Tomi, y los demás lo despidieron divertidos. Sin duda su amigo era todo un conquistador.

Cuando, rato después, entraron en un local de moda, Lucas ya no podía más y supo lo que tenía que hacer para quitarse a sus amigos de encima e ir a donde realmente quería estar.

Enseguida localizó a una chica, y, tras intercambiar un par de miradas con ella, ya la tuvo en el bote. Se acercó a ella y, como el buen embaucador que era, la sedujo muy deprisa. Un rato después, tras despedirse de sus amigos, ambos salieron del local llevándose el coche de Peter.

En el trayecto en coche hacia la casa de la joven, ella le contó que era canadiense y que había ido a Hollywood con la esperanza de conseguir un papel en alguna película. La chica hablaba y hablaba, pero Lucas apenas la escuchaba y, cuando llegaron frente a la casa de ésta, como no quería nada con ella, hizo la jugadita de la llamada al móvil y, tras fingir que hablaba con alguien, se disculpó. Tenía que marcharse con urgencia.

En cuanto se despidió de la chica y ella bajó del vehículo, con la ayuda del GPS se encaminó hacia el lugar donde sabía que estaría Menchu.

Una vez en el lujoso hotel, aparcó y entró en el establecimiento.

Rápidamente localizó el salón donde en ese momento los invitados a la gala

disfrutaban bailando y tomando algo, y se mezcló con ellos. Poco a poco, caminó por la estancia repleta de gente que se divertía, hasta que la divisó a lo lejos.

Menchu estaba junto a Nacho y otras personas y parecía divertirse, aunque Lucas se percató de que el mexicano le prestaba más atención de la debida a una morena con un vestido blanco.

¿En serio tonteaba con otra mientras estaba con Menchu?

Parapetado entre la gente, la observó sin ser visto. La acechó como un lobo hambriento mientras era consciente de cómo cada poro de su cuerpo se contraía cada vez que Nacho le ponía la mano encima.

Si estaba tonteando con la otra ¿por qué no dejaba a Menchu?

Sin perder detalle, Lucas admiró lo bonita que estaba esa noche con aquel elegante vestido entallado y largo de color verde; entonces comenzó a sonar *Quando, Quando, Quando*, de Michael Bublé, y Nacho la invitó a bailar.

Sin moverse, contempló cómo aquéllos bailaban la canción y maldijo al ver cómo ella la canturreaba divertida y miraba con cierto mimo al mexicano a los ojos.

El policía resopló.

¿Por qué tenía que mirarlo así?

¿Por qué tenía que cantarle aquella canción?

¿Por qué notaba aquella complicidad entre ellos?

Con dulzura, Nacho paseaba la mano por el hombro de Menchu y por su cintura, mientras Lucas, rabioso, los observaba desde lejos pero no se movía. No debía, o esa noche terminaría en el calabozo.

Quería hacer algo...

Tenía que hacer algo...

Pero era consciente de que no debía y, cuando no pudo resistir más aquella tortura que él mismo se había infligido, igual que había llegado, se marchó. Eso sí, más enfadado aún que antes.

Durante un buen rato condujo sin rumbo hasta llegar al muelle de Santa Mónica. Allí se tomó algo en un bar y fue consciente de los cientos de parejitas que paseaban cogidos de la mano con gesto de felicidad.

¿Él verdaderamente se merecía disfrutar de aquello?

Pensó en su hermano Miguel. En la promesa que se había hecho a sí mismo

cuando éste murió por amor, y supo lo equivocado que había estado todos esos años, negándose a experimentar aquel sentimiento. Sin duda, Miguel, un enamorado del amor y el romanticismo, no estaría orgulloso de él y, conociéndolo, con seguridad habría puesto a Menchu en su camino para que lo descuadrara.

«¡Cabronazo!», pensó, sonriendo con tristeza.

Cuando salió del bar y se sentó de nuevo en el coche, su mente se llenó de recuerdos. Pensó en la primera vez que él y Menchu se habían besado y en cómo ella, roja como un tomate, lo invitó a acompañarla a su casa.

Recordar la entrega de la joven durante todos aquellos años sin pedirle ni exigirle nada mientras lo cuidaba cada vez que enfermaba o lo mimaba siempre que estaban solos, hizo que se diera cuenta de lo estúpido que había sido.

Pero ¿cómo no se había percatado antes de que ella era tan especial para él?

¿Cómo no se había parado a pensar que la vida era algo más que meterse entre las piernas de una mujer diferente cada noche?

Menchu había estado ahí para él siempre que le había hecho falta, cosa que no podía decir de sí mismo. Su egoísmo sólo le había permitido buscarla cuando la necesitaba, ¡cuando la necesitaba!, y ella nunca le había dicho que no.

Durante años, sin sentimientos ni corazón, Lucas la había manejado a su antojo. La había mantenido siempre en un segundo plano cuando otra mujer se plantaba ante él, y ahora era consciente de cómo lo había tenido que pasar ella. Era un cabrón y, le gustara o no, se merecía que lo pisoteara y lo arrastrara.

Menchu era lo más real y lo mejor que había tenido a su lado durante muchos años, y no podía perderla. No quería perderla. No podía permitírselo.

Esas palabras lo golpeaban una y otra y otra vez en la cabeza, por lo que, dispuesto a hablar con ella, supo que tenía que regresar a casa y esperarla. Esperarla y rogar que quisiera escucharlo.

## Capítulo 58

Esa madrugada, cuando Menchu y Nacho regresaban en su Ferrari después de la gala, al parar en un semáforo, él preguntó:

—Te ocurre algo esta noche, ¿verdad?

Ella lo miró. Sin duda su último encuentro con Lucas y su llamada la tenían desconcertada, y dijo:

—Hoy he tenido un..., *algo* con Lucas.

Él sonrió al oír eso, y cuchicheó:

—¿*Algo* interesante?

La joven asintió. Sin duda lo había sido, y afirmó:

—Nunca voy a poder resistirme a él. Intento ir de dura, pero está visto que con él no me funciona.

Nacho sonrió. El amor, unido a la atracción física, era terriblemente caprichoso, y, mirándola, indicó cuando el semáforo cambió a verde y pisó el acelerador:

—¿Te arrepientes de lo ocurrido?

De inmediato, por la mente de la joven pasaron las imágenes de lo sucedido aquella tarde con Lucas en su cama, y susurró:

—No... Bueno, sí..., bueno, no... Sí... La verdad es que no.

—María —sugirió él—, creo que deberías replantearte lo que estás haciendo. Quizá no sea el momento y...

—¿Sabes? Antes me ha llamado desde el teléfono de Tomi y lo he notado raro.

—¿Raro?

Avergonzada por lo que iba a decir, al final musitó azorada:



—Sé que es una tontería, pero lo he notado celoso.

Nacho la miró.

—Te lo dije. Te dije que ese tipo te miraba más de lo normal.

—Pero no puede ser.

—¿Por qué no puede ser?

Menchu no supo qué responder. Lucas no quería nada con ella, así se lo había hecho saber siempre que estaban juntos. Y, volviendo a mirarla, el mexicano preguntó divertido:

—¿Por qué te pones roja? ¿Acaso ese hombre no puede sentir celos?

Insegura porque aquello nunca le había ocurrido, se encogió de hombros sin saber qué decir, y entonces Nacho murmuró:

—María, quizá el tal Lucas, al vernos, se ha creído el numerito que hemos montado y se ha dado cuenta de lo que se pierde.

—¿Tú crees? —preguntó obnubilada.

Él asintió y, sonriendo, afirmó:

—Los hombres somos muy idiotas, y en ocasiones sólo somos conscientes de la realidad cuando perdemos algo que antes teníamos y no valorábamos.

Menchu no sabía qué decir, pero le gustaba oír aquello.

¿Y si Lucas sentía eso que Nacho decía?

Estuvieron unos segundos en silencio, hasta que por último ella preguntó, al ver cómo el móvil de él se iluminaba al recibir un mensaje.

—¿Y tú qué te traías con la morena del vestido blanco?

Una carcajada escapó de la boca de él y, cuando iba a decir algo, ella cuchicheó:

—Y no me digas que nada, porque he visto *cositas*...

Nacho asintió. Menchu era muy observadora.

—Graciela y yo, de vez en cuando..., tenemos un *algo*. Sólo eso.

—Pero ella está casada.

—No soy celoso.

Al oír eso, Menchu suspiró y, con voz agria, indicó:

—Típica contestación de Lucas, aunque él huye de las casadas. ¡Serás cabrito!

Nacho sonrió e, ignorando el tema, la cogió de la mano y la besó en los nudillos.

—¿Sabes una cosa que muchas veces decía Odalys?

—¿Qué decía?

Con una triste sonrisa por recordar a aquella mujer que tanto lo había marcado, Nacho respondió:

—Que en ocasiones encontramos nuestro destino en los desvíos que tomamos para evitarlo.

Menchu asintió.

Durante un rato permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que finalmente él, seguro de que debía desaparecer unos días para darle la oportunidad al tonto de Lucas de que se sincerara con ella, declaró:

—Mañana a mediodía me voy a Memphis por unos días.

—¿Te vas? —preguntó Menchu sorprendida.

Él asintió y se apresuró a aclarar:

—Viaje de trabajo —y, al ver cómo lo miraba, preguntó—. ¿Quieres venirte conmigo?

La joven lo pensó.

Marcharse sería lo idóneo estando Lucas allí, pero respondió:

—No. La fiesta de cumpleaños de Tomi es el sábado.

Más tranquilo porque le hubiera dicho que no, Nacho le acarició el rostro con cariño. Ella se merecía ser feliz con el amor de su vida y, por lo que podía intuir de Lucas, éste lo era, así que murmuró:

—El sábado estaré aquí. No olvides que soy tu acompañante.

Menchu sonrió.

—Lo sé, tonto.

Ambos rieron por aquello, y luego él indicó:

—Aprovecha mi ausencia para ver qué quiere ese Lucas. Si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida; ¿de acuerdo, María de los ojos verdes?

Ella asintió y sonrió. Tendría que pensarlo.

Veinte minutos después, al llegar a la residencia de sus amigos, Nacho paró el vehículo frente a la puerta y le preguntó:

—¿Quieres que me quede esta noche?

Menchu lo miró agradecida. Aquel tipo era increíble y un excelente amigo. Pero, sonriendo, respondió:

—No, gracias. Me apetece tener la cama sólo para mí, y tú eres muy grande y ocupas mucho. Además..., seguro que deseas hacer un *algo* esta noche con cierta morena de vestido blanco a la que le has dirigido un gesto disimulado cuando nos hemos marchado.

Nacho soltó una carcajada y ella, dándole un cariñoso y amigable beso en los labios, se despidió de él. Segundos después, el mexicano se marchó, dispuesto a disfrutar de la noche, sin percatarse de que un coche arrancaba y lo seguía.

\* \* \*

Oculto en el coche de Peter, Lucas los había visto llegar, hablar y besarse. Eso lo enceló mucho más, y cuando Menchu bajó del Ferrari, no supo si ir tras ella o tras él. Al final, enfadado, se decidió por la segunda opción. Quería tener unas palabritas con aquél.

A prudente distancia, lo siguió por las calles de Los Ángeles, y, sorprendido, observó que se detenía frente a un fastuoso hotel. Aquél no era su lugar de residencia, puesto que él ya se había informado de dónde vivía.

¿A qué iba a ese hotel?

Sin bajarse del coche, vio cómo Nacho aparcaba y, con las manos metidas en los bolsillos y una increíble tranquilidad, cruzaba la calle y entraba en el establecimiento.

Pensó en abordarlo para hablar con él, pero la curiosidad de saber por qué estaba allí le pudo y decidió esperar.

Dos horas después, lo vio salir del brazo de una mujer y, boquiabierto, comprobó que se trataba de la morena del vestido blanco de la gala. Desde el coche, observó cómo se besaban en la puerta del hotel y, posteriormente, Nacho levantaba la mano para parar un taxi.

Al policía se le revolucionó la sangre.

¿Aquel tipo se la estaba pegando a Menchu?

Una vez que el taxi se marchó con la mujer y Nacho comenzó a cruzar la calle para ir en busca de su Ferrari, Lucas se apeó de su vehículo y, acercándose a él, le espetó:

—¡Cabrón! ¿Cómo puedes estar haciéndole esto?

Nacho se volvió al oírlo y recibió un derechazo en toda la mandíbula que lo

echó hacia atrás.

Al levantar la vista y ver que se trataba de Lucas, murmuró:

—Pero ¿qué haces?

Sin embargo él, enfurecido, lo golpeó otra vez, y en ese momento Nacho respondió y le propinó un derechazo en las costillas y, a continuación, otro en la cara.

Durante varios minutos estuvieron golpeándose con contundencia, dejando claro que los dos sabían pelear.

—¡Te voy a machacar! —gritó Lucas—. Lo que le estás haciendo no tiene nombre. ¿Cómo puedes...?

Un golpe..., otro..., otro.

Ninguno se detuvo, hasta que, por fin, los empleados del hotel, alarmados por el jaleo, salieron a separarlos.

Nacho se tocó el rostro dolorido. Sin duda Lucas estaba celoso, pero, sin querer desvelarle la verdad, lo miró y siseó:

—Mi relación con María no es asunto tuyo.

Lucas intentó soltarse de los dos hombres que lo sujetaban, y entonces uno de ellos preguntó:

—Señor Duarte, ¿quiere que avisemos a la policía?

Evitando decirle a Lucas que se quitaba de en medio para que él tuviera el camino libre con María, negó con la cabeza y respondió, limpiándose la sangre que le salía de la nariz:

—No, tranquilos. Podéis soltarlo.

Cuando lo dejaron ir, Lucas seguía furioso.

—Ella no se merece lo que le estás haciendo —siseó—. Le regalas un anillo, la agasajas, le haces creer que es especial para ti..., ¿y luego te tiras a otra?

Nacho no contestó a eso, pero, mirándolo con frialdad, dijo:

—Si yo fuera tú, me iría de aquí rápidamente, porque yo no soy de los que suelen poner la otra mejilla. Y te aseguro que tu podrás ser policía en tu país, pero aquí, en Los Ángeles, mis influencias pueden perjudicarte, y mucho.

Lucas maldijo al ser consciente de la locura que había hecho, pero, furioso por lo que había descubierto, se limpió con la mano la sangre que le corría por el labio e indicó, señalándolo con el dedo:

—Te doy hasta el sábado para que se lo digas. Soy un hombre y no me gusta

jugar con esas intimidades, pero si ese día ella no lo sabe, se lo diré yo.

Con furia, ambos se miraron a los ojos, hasta que por último Lucas, enfurecido, se dio la vuelta y se dirigió hacia su coche.

Cuando aquél desapareció, tras despedirse de las personas que lo habían ayudado, Nacho se metió en su coche, se tocó la mandíbula y murmuró dolorido:  
—Joder, cómo pegas de fuerte..., Lucas.

## Capítulo 59

Al día siguiente, cuando los demás disfrutaban del mediodía en el jardín, apareció Lucas y todos lo miraron.

El policía tenía un ojo algo amoratado y caminaba sujetándose las costillas. Preocupado, Juan se apresuró a acercarse a él.

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

Él miró entonces a Menchu de soslayo y respondió:

—Nada. Tranquilo.

Al verlo magullado, Tomi se levantó rápidamente de la hamaca y, quitándose sus gafas preferidas de Prada, exclamó:

—*Oh, my God!* ¡¿Tranquilo?! Pero ¿cómo que tranquilo? Pero ¿qué te ha pasado, *my love*?

Lucas se sentó con cuidado. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo las costillas. Aquel tipo sabía pegar.

Odiaba tener que dar explicaciones sobre su vida, pero, antes de poder moverse, ya tenía a Tomi preocupado encima de él.

Las mujeres comenzaron a comentar entre ellas, mientras Menchu hacía grandes esfuerzos por no acercarse a cuidarlo. Ver a Lucas así le rompía el alma, el corazón, la vida..., pero no se movió y siguió a lo suyo hasta que Eva, al ver a Damián preocuparse por su amigo, comentó:

—El que es macarra lo es aquí, en Tokio y en Sebastopol.

Lucas, cuyo humor esa mañana brillaba por su ausencia, siseó al oírla:

—Tú, como siempre, tan encantadora.

Ella soltó una risotada y, mirando a Menchu, añadió:

—Por suerte, tu gusto ha mejorado en determinados aspectos y has pasado de

un macarra a un caballero.

Al oírla, Lucas resopló.

—Mejor me callo.

Molesto, Damián observó a su chica. Lo jorobaba la ojeriza que le tenía, sobre todo porque Lucas era su mejor amigo y una gran persona, por lo que dijo, dirigiéndose a ella:

—Si yo fuera tú, me guardaría ciertos comentarios.

Eva lo miró boquiabierta, y Noelia se apresuró a intervenir:

—Como suele decirse en ocasiones, las comparaciones son odiosas —y, cogiendo la mano en la que Menchu lucía aquel precioso diamante, añadió—: Cuanto más lo miro, más me gusta. Tú te mereces esto, y no bisutería barata.

Juan se molestó al oír el comentario cruel de su mujer.

Pero ¿qué le ocurría a aquélla con Lucas?

Y, sin poder callarse, señaló:

—Estrellita..., me estás tocando algo más que la moral últimamente con tus comentarios. Si vuelvo a oírte algo así en relación con alguno de mis amigos, te aseguro que la vamos a tener.

Noelia, consciente de que sus comentarios eran de mal gusto, no respondió nada, y Menchu preguntó asustada, acercándose a Lucas:

—¿Qué te ha pasado?

Él la miró.

Decirle lo que había descubierto sería fácil, muy fácil, pero, cumpliendo la palabra que le había dado al cerdo de Nacho, siseó:

—Nada que a ti te importe.

La frialdad de sus palabras hizo que ella diera un paso atrás y, mirándolo con recelo, gruñera.

—Espero que te duela, y mucho.

—¡Joder! —musitó Carlos, que no entendía nada.

Un silencio incómodo se hizo entonces en el grupo, hasta que Noelia, martirizada por el gesto duro con el que la observaba su marido, preguntó:

—¿Qué os parece si nos vamos de shopping a Beverly Hills?

Las chicas asintieron rápidamente, y Juan, dirigiéndose a ella, respondió:

—Mi sueldo no me permite derrochar en un sitio tan elitista y absurdo.

Noelia y él se miraron con dureza, y luego ella dijo:

—Vámonos, chicas. Conozco unas tiendas increíbles.

—¡Me apunto! —gritó Tomi, que estaba del todo descolocado.

Sin moverse, los hombres vieron cómo ellas se alejaban, y Damián, molesto, dijo, dirigiéndose a su amigo:

—Siento los comentarios de Eva. Ya sabes que ella...

—Tranquilo. No pasa nada —murmuró Lucas, apoyándose dolorido en la hamaca.

Durante un buen rato, intentaron sonsacarle a Lucas lo ocurrido, pero él calló, no quería desvelar nada, y, finalmente, se dieron por vencidos.

Cuando se cerraba en banda, no había manera de averiguar nada.



## Capítulo 60

Bien entrada la tarde, las chicas regresaron de sus compras y Menchu pudo comprobar que Lucas estaba mejor. Al menos, ya se movía con cierta soltura, y no como aquella mañana.

Esa noche, los ánimos de todos estaban extraños y decidieron no salir, excepto Lucas, que, como tenía ganas de tomar aire fresco, se inventó una cita.

A Menchu le molestó oír eso, pero disimuló y nadie se dio cuenta.

Los demás cenaron en casa y, pasada la medianoche, todos se retiraron a sus respectivas habitaciones, en las que tuvieron sus más y sus menos.

Sin duda, los maliciosos comentarios de aquel día iban a pasarles factura.

Menchu, agobiada por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, decidió ir al gimnasio y correr en la cinta. Necesitaba quemar adrenalina.

Durante un buen rato corrió mientras escuchaba con los auriculares puestos la música que salía de su Mp3 que llevaba colgado en el brazo. Quería escuchar a Luis Miguel. Sus boleros siempre la relajaban.

Más tarde, sobre las dos de la madrugada, se dirigió a la cocina a beber agua y, nada más entrar, oyó:

—¿Qué haces levantada a estas horas?

Al encender la luz vio a Lucas, que estaba apoyado en la cristalera con una copa en la mano. Sorprendida por el encuentro, la joven preguntó, mientras caminaba por la cocina:

—¿Regresas de tu cita ahora?

Siguiendo con su mentira, él asintió y, al ver el sudor en su frente y la ropa que llevaba, preguntó:

—¿Y tú por qué no has salido con tu maravilloso Nacho?

Menchu comprendió entonces que llegaba con la escopeta cargada.

—Mira, Lucas..., tengamos la fiesta en paz.

Él maldijo en silencio y, consciente de que su tono de voz y su pregunta no habían sido los más correctos, rectificó:

—Vale, lo siento. No debería haberte hablado así.

Oírlo decir «lo siento» era algo nuevo para ella, y, queriendo rectificar también su tono, repuso:

—Nacho está de viaje. Por eso no he salido.

Lucas asintió y entonces, al ver los auriculares colgando de su cuello, cogió uno, se lo puso en la oreja y dijo:

—¿Qué escuchas?

De inmediato, Menchu maldijo para sí. Sin duda él comenzaría con su mofa con respecto a las polladitas románticas que ella escuchaba, pero, sorprendiéndola, le preguntó:

—¿Te apetece bailar conmigo?

Ella no contestó. Sonaba el precioso bolero *Como yo te amé* cantado por Luis Miguel, y nada le habría gustado más que bailar con él. Durante unos segundos, ambos escucharon la canción, cada uno con un auricular, mientras se miraban a los ojos, hasta que Menchu, intentando romper aquel extraño y caliente momento, le quitó a él el suyo de la oreja y, dando un paso atrás, respondió:

—Estoy sudada y podría mancharte.

Confundido por el mar de sentimientos que aquella mujer y aquella canción le habían despertado, Lucas no supo qué decir ni qué hacer; entonces ella, tan confundida como él, preguntó:

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

Atontado al sentir que no podía controlar su cuerpo, Lucas iba a hablar cuando ella dijo:

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

Tocándose las doloridas costillas, él respondió simplemente, sin querer revelar la verdad:

—Gajes del oficio.

De nuevo, ambos se miraron con intensidad, hasta que de pronto Lucas murmuró:

—Siento la llamada que te hice furioso a la gala, pero me dolió que te marcharas con él tras lo ocurrido entre nosotros. Creía que íbamos a hablar.

Menchu suspiró.

—Qué pesadito estás con lo de hablar.

—¿Pesadito?!

—Sí, pesadito —afirmó ella desconcertada—. No sé de qué narices quieres hablar conmigo.

Lucas se impacientó.

Él no estaba hecho para esas cosas, y menos con Menchu, pero, recordando algo que Juan le había dicho, adoptó un tono más conciliador y susurró:

—¿Te tomas algo conmigo?

—¿Ahora?

—Sí.

Menchu se miró. No iba vestida para salir de casa. Acababa de correr en la cinta y estaba sudorosa.

—Tranquila —añadió él—. Podemos tomar algo aquí, en el jardín.

—¿Para qué?

El policía, sacando esa galantería que ella sabía que poseía y que siempre había aflorado cuando estaban a solas, musitó:

—Venga, mujer..., hace una noche preciosa.

Menchu lo miró; cuando se iba con él siempre acababa igual. Aun así, cuchicheó:

—De acuerdo, pero que corra el aire entre nosotros.

Entendiendo sus palabras, él indicó:

—¿Lo prometo!

Ella se dio entonces por vencida y asintió y, juntos, se dirigieron hacia la parte trasera de la casa sin rozarse. La piscina estaba iluminada y el jardín en silencio, por lo que llegaron hasta la pequeña barra que allí había, y Lucas, abriendo la neverita, preguntó:

—¿Coca-Cola Zero con hielo?

Ella asintió.

Él sabía bien lo que quería y, tras prepararla y sacar una cerveza para él, se dirigió hacia donde ella estaba y se la entregó. Menchu cogió el vaso, y él se sentó en una de las hamacas y comentó:

—Hace una noche preciosa, ¿verdad?

Ella se sentó a su lado, subió los pies y afirmó:

—Sí. Muy bonita.

Estuvieron unos minutos en silencio, hasta que Lucas, evitando contarle lo ocurrido con Nacho, preguntó:

—¿Qué clase de gala era esa a la que asististe?

Ella dio un trago a su Coca-Cola, la dejó sobre una mesita y, apoyando la cabeza en la hamaca, respondió:

—Una gala para recaudar fondos para los niños de Etiopía.

—Bonita acción.

—Sí. Muy bonita.

—¿Pusieron buena música?

Ella sonrió. La música swing que solía haber en ese tipo de eventos horrorizaría al duro e insensible de Lucas, por lo que, con gesto divertido, contestó:

—Para mí, sí. Para ti, no.

Él sonrió y, evitando decir que había estado allí, dijo con una sonrisa:

—¿Y eso qué quiere decir?

Divertida, Menchu indicó:

—Quiere decir que a ti la música swing que sonó allí te pondría los pelos de punta.

—¿Por qué?

—Lucas..., que nos conocemos.

Él asintió. Sin duda se conocían. Finalmente, ambos sonrieron, y él dijo:

—También escucho a Eric Benét.

La joven no lo había olvidado, pero lo apartó de su mente para no ponerse tonta y matizó, quitándose el Mp3 del brazo y los auriculares para dejarlos sobre la hamaca:

—Lo sé. Pero la música de la gala te horrorizaría.

Durante un buen rato estuvieron charlando de Los Ángeles y de sus curiosidades. Como siempre, hablar entre ellos era fácil, hasta que él dijo:

—Me ocurre algo curioso contigo.

Al oír eso, Menchu se puso más nerviosa aún de lo que ya estaba, pero, incapaz de callar, preguntó, mientras miraba las estrellas:

—¿Qué te ocurre?

Lucas necesitaba sincerarse con ella pasara lo que pasase y, clavando la mirada en su perfil, confesó, abriéndose por fin:

—Me preguntaste si estaba celoso, y la respuesta es... sí.

Menchu parpadeó y, mirándolo boquiabierto, iba a hablar cuando él añadió:

—No soporto verte con Nacho, y soporto menos aún ver el anillo que llevas en el dedo. Y, sí, Eva y Noelia tienen razón: un tipo como yo nunca podría comprarte un anillo así, porque imagino que cuesta lo mismo que yo ganaré en toda mi vida. Sin embargo, creo que debes saber que un tipo como yo podría darte otras cosas.

Anonadada, la joven se levantó.

Parpadeó..., se atragantó..., tosió...

¿Lucas acababa de decir lo que creía haber oído?

No sabía qué responder, y él, al verla tan desconcertada, se levantó sin pensarlo, la cogió entre sus brazos y se tiró a la piscina con ella.

Segundos después, cuando ambos sacaron las cabezas del agua, Menchu siseó, mirándolo:

—Te voy a matar.

—¿Por qué? —preguntó él divertido.

Descolocada por lo que había oído, e incapaz de procesarlo, Menchu gruñó.

—Porque llevo mis zapatillas de deporte preferidas puestas y por tu puñetera culpa me...

—Pensaba —la cortó él— que me ibas a matar por afirmar que estoy celoso de Nacho y decirte que estoy totalmente colado por ti.

De nuevo, el desconcierto se reflejó en el rostro de aquélla.

Nunca habría imaginado verse en un momento así con Lucas, y cuando una gota de agua se le metió en el ojo y sintió que la lentilla se le movía, con un gesto que a él lo hizo sonreír, murmuró:

—Ay, Dios..., que me parece que se me van a salir las lentillas.

Aquella frescura...

Aquella naturalidad...

Aquella manera de ser de Menchu era lo que a él siempre le había gustado, por lo que le rodeó la cintura con las manos y murmuró, mirándola a los ojos mientras notaba que sus costillas se resentían:

—Me encantas, cielo.

—Deja de decir tonterías.

—Necesito que me des la oportunidad de demostrarte que puedo quererte y respetarte —insistió él, que deseaba ser del todo sincero con ella.

Menchu tembló. Ni en el mejor de sus sueños se había imaginado vivir algo así, y en un hilo de voz preguntó:

—¡Pero ¿qué dices?!

—Que te quiero —soltó el geo sin dudarlo.

Ella se llevó una mano al cuello.

No..., no..., no..., aquello no podía estar pasando.

Ella estaba haciendo todo aquello para alejarlo de su lado, no para acercarlo.

Sin duda estaba soñando y, tras hacer esfuerzos para despertarse, se dio cuenta de que no estaba dormida, y murmuró:

—No sabes lo que dices.

—Sí..., por suerte o desgracia..., lo sé, Gafitas.

La joven parpadeó. ¿Por qué cada vez que intentaba alejarse de él el mundo parecía volverse en su contra?

Al ver su mirada, Lucas comprendió que las cosas no iban como él deseaba y, mirándola, insistió:

—Lo sé. Lo que acabo de decirte es de locos, pero, desde que regresamos de Cádiz, a pesar de lo que ocurrió esa noche, no consigo sacarte de mi cabeza. Pensé en ti. Me negué a aceptar la realidad de lo que me estaba ocurriendo. Pero, al llegar aquí y verte con otro, mis barreras se derrumbaron, porque necesito estar contigo y que me mires a mí y no a él y...

—Pero ¿te has vuelto loco?

Al ver la turbación en los ojos de aquélla, Lucas sonrió con dulzura y afirmó:

—Sí, no cabe duda, y por ti.

A cada segundo más acalorada, Menchu no sabía qué decir ni qué hacer.

Ante ella tenía al hombre del que siempre había estado enamorada diciéndole las preciosas cosas que siempre había querido oír, pero, por raro que pareciera, en vez de halagarla, eso la enfureció.

¿A qué estaba jugando?

Y, sin poder reprimirse, siseó:

—¡Eres un imbécil, ¿lo sabías?!

Descolocado, Lucas no supo qué contestar, y ella prosiguió:

—Lo que te joroba es que yo me lo esté pasando bien, ¿verdad? Desde luego, no me esperaba esto de ti, ¡egoísta! Siempre lo has sido, pero ahora, intentando chantajearme emocionalmente para... para... Pero ¡serás gilipollas!

Sorprendido porque ella dijera eso cuando acababa de abrirle su corazón, iba a responder, pero Menchu lo empujó para alejarse de él y gruñó:

—Mira, Lucas, a ti no te gusta nadie porque lo que ocurre es que no tienes sentimientos. Y no voy a dejar a Nacho porque tu ego de machito salga a relucir tan sólo porque no me tienes comiendo de tu mano.

—No..., escuch...

—Que no —lo cortó ella, saliendo de la piscina—. ¡Que no te escucho!

—Menchu..., por favor.

—Pero ¿no ves que no puedo creerte?

—Cielo...

—Uis, ¡cielo! —se mofó, intentando sonreír mientras se quitaba las deportivas con furia—. Sin duda, además de en las costillas, ayer te dieron también en la cabeza.

Lucas resopló. Cuando aparecía la versión chulesca de María, se ponía de los nervios, por lo que maldijo.

Mientras tanto, un calor abrasador e indignante se había apoderado de Menchu, que añadió:

—No voy a permitir que me jorobes lo que tengo con Nacho, ¿te has enterado? Él... él es maravilloso, gentil, caballeroso y... y está loco por mí. Por tanto, ya puedes seguir siendo el machote rompebragas que siempre has sido, y que te quede muy clarito que las mías no las vas a volver a romper, porque paso de ti, porque me he dado cuenta de que tú no me convienes, y porque estoy enamorada de Nacho, que...

—¡Pero ¿qué estás diciendo?! ¿Acaso no me has escuchado?

Ella asintió, y en ese momento Lucas fue a acercarse y ella volvió a alejarlo de un empujón mientras afirmaba:

—Claro que te he escuchado y, la verdad, preferiría no haberlo hecho.

Desesperado, Lucas se pasó la mano por el pelo empapado.

Estaba siendo sincero. Estaba abriendo su corazón por primera vez en su vida a una mujer que le interesaba, pero, convencido de que ella no se lo iba a

poner fácil, indicó:

—Vale, entiendo que no me creas, que no te fíes de mí, pero, por favor, dame la oportunidad de demostrarte que he cambiado. Necesito que...

—No.

—Menchu...

—Tú no vas a cambiar. ¡Antes se deshelará el Ártico!

Acalorada a pesar de que estaba empapada, la joven lo miró, y él indicó:

—Sé que no lo hice bien. Sé lo egoísta que siempre he sido contigo y...

—¿Egoísta? —se mofó ella, dejando que María saliera a flote—. Tú lo que has sido siempre es un chulito guaperas que sólo ha pensado en sí mismo, sin tener en cuenta los sentimientos de nadie. Aquella mujer, en España, te estampó un vaso en la cabeza, pero ten cuidado, porque me estás cabreando mucho, y yo te estamparé la barbacoa.

Lucas resopló. Sin duda la joven tenía razón en estar tan enfadada, pero insistió:

—Te gusto..., me gustas...

—No, disculpa —matizó ella—. Tú a mí no me gustas..., ¡me gustabas!

—Menchu..., mírame...

Ofuscada con él y con el mundo en general, la joven siseó:

—Que no..., que no me vengas con idioteces.

—Cielo, mírame...

—No pienso volver a caer en tus brazos, ¡me niego! Y me niego porque tú eres como eres y, sin duda, una vez que regresemos a Sigüenza todo volverá a ser como era antes, y no, ¡que no quiero! Que yo estoy muy feliz con Nacho.

Lucas maldijo. Cada vez que hablaba de aquel cerdo sentía unas ganas irrefrenables de contarle lo que había descubierto la noche anterior. Pero, como no quería ganársela, musitó:

—Escúchame, por favor.

—No.

—Dame una oportunidad. Sólo una. ¿Dónde ves el problema?

A cada instante más impresionada, nerviosa e histérica, ella replicó:

—Mejor di ¿dónde no está el problema?

—Siempre que nos hemos visto ha sido a escondidas —prosiguió él—, pero ya no quiero eso. Dame una cita. Una cita a ojos de todo el mundo, y...



—No.

—Menchu...

—No.

—Siento algo muy especial por ti.

—Pobrecito...

—Cielo...

—Pero ¿te has vuelto loco? —protestó boquiabierta.

Intentando no perder la paciencia, él asintió y, mirándola sin tocarla, repitió:

—Tú y yo nunca hemos tenido una cita de verdad. Siempre nos hemos visto a solas entre cuatro paredes o, últimamente, siendo María y Khal Drogo. Pero créeme que soy yo, Lucas, el que te está pidiendo una cita. Déjame invitarte a...

—No.

—Pero ¿por qué no? —insistió él, sin tirar la toalla.

A cada segundo más desencajada por lo que estaba oyendo, ella lo miró fijamente. Nada le gustaría más que creerlo, pero no deseaba sufrir una vez que regresaran a Sigüenza, por lo que respondió:

—Porque no merece la pena, Lucas.

—Eso nunca lo sabrás si no me das la oportunidad.

A Menchu le temblaba todo, hasta las uñas de los pies, y cuando iba a negarse de nuevo, él dijo, tras mirar hacia la derecha al oír un ruido proveniente de unas hamacas del fondo:

—Una cita, sólo una cita para poder hablar. Si luego no quieres que volvamos a quedar a solas, te prometo que no insistiré.

La joven comenzó a dudar mientras su parte de María se desinflaba. Como siempre, el influjo de aquél comenzaba a hacerla flaquear; entonces Lucas susurró, entregándole una toalla para que se secase el rostro:

—Prometo ser un caballero y mantener mis manazas lejos de ti y...

—No, Lucas, olvídalo.

Menchu comenzó a caminar hacia la casa, pero él, sin tocarla, se puso delante de ella y, parándola, insistió:

—Nunca te he pedido nada en todos los años que nos conocemos, pero esta vez te lo pido. Ten una cita conmigo. Seamos tan sólo Lucas y Menchu y hablemos.

La joven resopló. Lo que él le pedía se salía por completo de su plan. Éste

era hacerle ver que estaba locamente enamorada por Nacho, y no facilitarle una nueva sesión de sexo.

Durante unos segundos, se miraron en silencio.

La loca atracción que siempre había sentido por él seguía ahí, y al final, incapaz de no dar su brazo a torcer, a pesar de todos los impedimentos que su otro yo le presentaba, levantó el mentón y dijo:

—De acuerdo. Pero sólo hablaremos.

—¡Te lo prometo! —aseguró él con una sonrisa. Acto seguido, pensando en algo, añadió—: ¿Puedo pedirte un favor?

Menchu suspiró, y él, sin quitarle el ojo de encima, indicó:

—No les cuentes nada a tus amigas hasta el momento de irnos. Tengo la sensación de que, si se lo cuentas antes, no te van a dejar acudir a esa cita.

Aturdida por lo ocurrido, ella asintió, sin duda tenía razón, y murmuró, necesitando irse, mientras cogía su Mp3:

—OK. Buenas noches.

Y, sin más, prosiguió su camino mientras se preguntaba cómo iba a explicarles a sus amigas y a Tomi aquella cita con Lucas.

Una vez que él se quedó solo, esperó a que Menchu desapareciera en el interior de la casa y, dando media vuelta, caminó hasta las tumbonas del fondo del jardín y, al ver quiénes estaban allí, maldijo por su mala suerte.

## Capítulo 61

—Pero, Mariliendre, ¿desde cuándo eres tan romántica?

Las palabras de Carlos hicieron resoplar a Lucas.

—¿La has llamado *cielo* y le has dicho que te encanta, que la quieres y que no te la puedes quitar de la cabeza? —se mofó Damián—. Pero ¿quién eres tú y dónde está mi amigo?

Lucas maldijo. Lo que habían oído podía acarrearle problemas; además, Damián añadió entre risas:

—Madre mía, cuando se entere Eva, la que te va a caer...

Él cerró los ojos. Que sus amigos hubieran oído y visto lo ocurrido no era buena idea, y sentenció:

—Como les digáis una sola palabra a vuestras mujeres de esto, os juro que...

—Pero, Lucas —rio Carlos, levantándose—, ¿en serio estás pillado por Menchu?

Él no contestó, y Damián, incorporándose también, se burló:

—Pero ¿desde cuándo salen de tu boca tantas polladitas románticas?

Indignado por la mofa de sus colegas, y más tratándose de un tema tan personal y delicado como lo era ella, sentenció, levantando un dedo:

—Sí. Me gusta Menchu. ¿Y qué?

Carlos y Damián, que estaban tomándose una última copa en el jardín después de haber discutido con sus chicas, iban a replicar cuando Lucas, sentándose en una de las hamacas, añadió:

—Vale. Acepto que os riáis de mí por todas las veces que yo me he reído de vosotros por decir gilipolleces románticas que yo no comprendía. Pero, por favor, entended que Menchu es especial y...

—Pero ¿lo estás diciendo en serio? —murmuró Carlos.

Él asintió. Pocas veces en su vida había estado tan seguro de algo y, mirándolos, advirtió:

—No me gustaría que ella se sintiera incómoda por vuestras mofas. Bastante tengo ya con la negatividad de vuestras mujeres.

Los otros dos se miraron.

¿Era Lucas el que hablaba?

Sorprendidos, no sabían qué decir al ver su gesto serio y, cuando iban a hablar, oyeron unos pasos que se acercaban de prisa, y Juan, desde lejos, dijo a su amigo:

—Tú... ¿no podías ser más discreto?

Lucas se sorprendió al verlo. Pero ¿qué hacía allí a esas horas?

Estaba contemplándolo cuando Juan aclaró:

—Carlos me ha enviado un wasap para decirme lo que estaba pasando en el jardín.

—¡Joder! ¡Malditas porteras! —murmuró Lucas.

—Y, la verdad, no me apetecía mucho seguir en la cama con Noelia tras la discusión que hemos tenido —finalizó su amigo con gesto serio.

Antes de llegar hasta donde estaban los otros tres, se paró en la nevera de la barbacoa, y tras coger unas cervezas, se acercó a ellos. Repartió las botellas y luego preguntó, dirigiéndose a Lucas mientras los otros reían:

—¿Cómo estás?

—Jodido...

—Madre mía, cuando se lo cuente a la churri... —se mofó Carlos.

—Pues no veas cuando se lo diga a Eva..., ¡va a flipar! —exclamó Damián.

Lucas resopló, y Juan, entendiendo su gesto, sentenció:

—Aquí nadie va a contar nada o prometo que yo mismo me encargaré de que lo lamentéis.

Carlos y Damián clavaron la vista en éste, y él insistió:

—¿No creéis que os estáis pasando?

—¿Pasando? —se mofó Carlos—. Llevo media vida soportando que el cabrito este se meta conmigo cuando hablo de mi churri, ¿y crees que me estoy pasando?

Los cuatro sonrieron por aquello; entonces Damián, al observar a Juan y

verlo tan tranquilo tras lo que habían descubierto, le espetó:

—No me jodas que tú lo sabías...

Lucas y Juan se miraron, y Carlos insistió:

—¿Sabías que aquí el Mariliendre está colado por Menchu?

Lucas resopló. Sin duda todo aquello lo estaba sacando de sus casillas, y su amigo respondió:

—Sí. Lo sabía.

Boquiabiertos, los otros dos se miraron, y Carlos, adoptando una expresión más seria, preguntó, dirigiéndose a Lucas:

—Entonces..., ¿es verdad?

Él maldijo para sus adentros. Dejó escapar un gruñido de rabia y, mirándolo, afirmó:

—Joder, ¡sí! Y ahora podéis mofaros de mí llamándome *nena sensiblona* o lo que queráis como yo he hecho cientos de veces con vosotros.

Damián sonrió.

—Increíble, pero cierto..., tienes sentimientos.

—¡Vete a...!

—Lucas —lo cortó Juan al entender su enfado.

Damián asintió. El que más había tratado con él en el último año había sido aquél, por lo que, tras dar un trago a su bebida, indicó:

—Qué cabrito, Lucas..., qué bien me la has colado. ¿Y esto desde cuándo pasa?

Tras mirar a Juan, él se dio por vencido y decidió hablar.

Con tiento, les contó que Menchu, a pesar de no haber querido tener nada serio con ella, siempre había sido especial. Les habló de Cádiz, de los días que habían pasado allí juntos, de cómo se había sentido dejándose llevar por esa parte de sí mismo que siempre intentaba esconder y de la furia que le había entrado al verla con el tal Nacho.

Cuando acabó, Carlos, seguro de lo que decía, murmuró:

—Menudo apollardamiento tienes, macho.

—¡Ya te digo! —asintió Damián.

—Me siento como un completo gilipollas —afirmó Lucas, tocándose el pelo.

—¡Lo eres! —exclamó Juan con una sonrisa.

Los cuatro hombres se miraron, y Lucas, consciente de que estaba perdido

por completo, preguntó:

—¿Y ahora qué hago? Me he comportado con ella como un auténtico capullo, y... yo...

—Si yo fuera Menchu, ni te miraría a la cara —aseguró Carlos.

—Y menos teniendo el sueldo de mierda que tienes, que no te va a dar para comprar diamantes —se mofó Damián.

—No me jodas —soltó furioso Juan.

Esa misma noche había mantenido una fuerte discusión con Noelia precisamente por aquello, puesto que no entendía que estuviera todo el tiempo hablando de un tema tan delicado como aquél. E indicó a Lucas:

—No te agobies por eso. Es una solemne tontería.

Los cuatro se miraron, y Lucas afirmó:

—Ellas tienen razón. Nacho puede proporcionarle una vida de lujos y tranquilidad que yo nunca podré darle y...

—Pero tú puedes ofrecerle una vida real llena de amor y buenos momentos —lo cortó Juan—. Y en ocasiones, amigo, eso vale más que todo el dinero y los diamantes del mundo juntos.

Lucas asintió, y sus amigos se miraron y sonrieron; Juan añadió:

—Lo único que tienes que hacer, si lo tienes claro y quieres que ella esté a tu lado, es..., enamorarla.

Lucas puso los ojos en blanco. Él no sabía cómo se hacía eso y, cuando iba a protestar, Carlos comentó:

—Macho, prepárate para que te pisoteen.

—No me jodas —replicó.

Juan sonrió, entendía por qué su amigo había dicho aquello, y matizó:

—Lucas, ella ha aguantado estoicamente delante de nosotros ciertos momentos complicados porque tú nunca se lo has puesto fácil, y ahora creo que te va a tocar a ti. Por tanto, si lo que quieres es que Menchu vuelva a mirarte como te miraba, sólo te digo: paciencia, tolerancia y resignación.

Lucas maldijo.

—Pero yo no soy ella. Yo no tengo su paciencia, ni su...

—Oye —lo cortó Damián—, si de verdad quieres que Menchu vuelva a mirarte como te miraba, vas a tener que ganártelo. Y si, tras intentarlo de todas las formas que sabes, ella se niega, debes dar un pasito atrás y asumirlo con

resignación como tuvo que hacer ella.

Los tres volvieron a reír, y Lucas maldijo al verlos.

—Me estáis tocando las narices con tanta risita.

Juan asintió. Sin duda, estar en el lugar de su amigo no era fácil, e indicó:

—Vamos a ver. La conoces, sabes lo que le gusta y sólo tienes que enamorarla, y...

—No me jodas, Juan, que yo de romántico no tengo nada.

—Pues has de serlo. Busca en tu interior, piensa en lo que ella te hace sentir y lo serás —afirmó él con seguridad.

Lucas resopló. Aquello que le pedía era muy difícil. El romanticismo y él siempre habían estado reñidos. Pero entonces Juan, recordando con cariño sus momentos con su mujer, insistió:

—Debes conectar con ella a través de una mirada, una palabra, un acto, una sonrisa, una canción... ¡Algo! Estoy convencido de que eres capaz de hacerlo. ¡Joder, macho!, que te enfrentas todos los días a situaciones extremas en el trabajo, y me estás diciendo que no vas a saber enfrentarte a Menchu.

Lucas estaba agobiado. Nunca había pensado en nada de aquello, y entonces Carlos dijo:

—Hazle ver que para ti ella es lo más importante del mundo y, ojo, sé sincero porque las mujeres tienen un sexto sentido ¡impresionante! Y, como suele decir mi churri, antes se coge a un mentiroso que a un cojo.

Lucas asintió, y Damián matizó:

—Sé romántico y detallista. Eso a las mujeres les gusta. También sonrío y haz que se lo pase tan bien a tu lado que quiera estar contigo más que con nadie. Pero, ojo, como te ha dicho Carlos, sé sincero con ella y hazlo bien desde el primer momento, porque en una relación las cosas se notan cuando se hacen de corazón, y ellas tienen un radar especial para sospechar a la mínima de cambio.

Durante un buen rato, Lucas escuchó a sus amigos y, una vez que hubo interiorizado sus consejos, murmuró:

—Creo que voy a fracasar en esto. No soy ni romántico, ni detallista, ni...

—Vamos..., ¡no seas tan pesimista! —replicó Juan. Y, dándole un cariñoso golpe en la espalda, añadió—: Lo fácil aburre, pero lo difícil es lo bueno e interesante, ¿no crees?

Él asintió, sin duda su amigo tenía razón.

Entonces, Damián comentó algo acerca de Nacho, y Lucas lo cortó:

—Joder, ¡quiero que me mire a mí como lo mira a él!

—Toc..., toc... —se mofó Carlos—. Los celos llaman a tu puerta.

Juan sonrió. No había nada peor que los celos, y, observando a su amigo, indicó:

—Tienes que hablar con ella y recordar los consejos que te hemos dado.

—Lo sé —afirmó Lucas aturullado—. Le he pedido una cita. Una cita delante de todos mañana.

A continuación, los cuatro se quedaron en silencio, hasta que Damián murmuró:

—Cuando se entere Emilio, se va a descojonar.

—Ni que a mí me importara lo que piense Emilio —siseó Lucas molesto.

Damián sonrió, y Juan se apresuró a señalar, antes de que dijera nada:

—Vamos, chicos. Todos hemos pasado por un momento así con las mujeres que amamos. Recordad cuando yo me cerré en banda con Noelia y esa noche aparecisteis en mi casa para ver la gala de los Oscar y me atasteis a la silla. ¿Acaso creísteis que me hizo gracia?

—No. —Lucas rio al recordarlo.

—Claro que no —prosiguió Juan—. Pero ahí estuvisteis vosotros para ayudarme a abrir los ojos y darme cuenta de que estaba haciendo el idiota por no querer ver ni luchar por lo evidente.

Los demás sonrieron; entonces este último miró a Carlos y cuchicheó:

—¿Y tú ya no te acuerdas de cuando tuviste esa crisis con Laura hace dos años, los lagrimones que nos echabas porque necesitabas que ella te diera otra oportunidad?

Él asintió. Había sido una época terrible de su vida.

—Menos mal que os tenía a vosotros para desahogarme.

—Y tú —prosiguió Juan, dirigiéndose a Damián—, ¿ya has olvidado lo mal que lo has pasado mientras mi hermana estaba lejos? Porque, que yo sepa, tu paño de lágrimas fue Lucas, ¿o me equivoco?

—No te equivocas —repuso él—. Junto con *Belinda*, este cabronazo me estuvo soportando, y mucho.

Los cuatro sonrieron. Sus vidas no habían sido un camino de rosas; Damián, mirando a aquel buen amigo que nunca lo había dejado, cuchicheó:



—Serás gilipollas... Mira que enamorarte, con lo bien que vivías, macho.

Eso hizo reír a Lucas. Nunca había imaginado que aquel sentimiento llamado *amor* algún día pudiera tocarle de lleno el corazón, pero, consciente de que ahora poco podía hacer para remediarlo, chocó su botella de cerveza con la de él y dijo:

—Si te soy sincero, no sé qué ha pasado...

—... que tu corazón la ha cagado —finalizó Damián.

Lucas sonrió. Ni él mismo entendía qué le estaba ocurriendo, y entonces añadió:

—No sé si alegrarme o correr horrorizado por lo que siento.

Eso los hizo sonreír a todos, y Juan, con su habitual paciencia, comentó:

—Querrás hacer ambas cosas, porque cuando una mujer entra en tu vida, te aseguro que en ocasiones te volverá loco. Sin embargo, hay una sola cosa que sí sabes. ¿Ya has adivinado cuál es?

Lucas asintió. Miró a aquellos amigos a los que tanto apreciaba e indicó con seguridad:

—No quiero perderla. Eso lo sé al cien por cien.

—La has cagado, macho..., ¡la has cagado! —Carlos rio y se llevó las manos a la cabeza.

Entre cuchicheos, los cuatro siguieron hablando de mujeres, hasta que Lucas, abotargado por tanta información femenina y feliz porque no se hubieran enterado de lo de los nombrecitos de Khal Drogo y María, dijo:

—Mañana quiero llevarla a cenar fuera, pero, conociendo a vuestras queridas mujercitas, en el momento en que se enteren, sin duda me la van a liar.

—Uoooo, ¡no lo dudes! —exclamó Damián, pensando en Eva.

Durante un rato debatieron cómo solucionar aquella crisis, hasta que Juan propuso:

—Lo primero es guardar el secreto. Ninguna de nuestras mujeres ha de saber que este gilipollas bebe los vientos por Menchu.

—Gracias por lo de «gilipollas».

—De nada —se mofó Juan.

—Tomi tampoco ha de saber nada —recordó Carlos.

—*Of course!* —afirmó Damián.

Lucas, evitando comentar lo que seguramente Tomi pensaba tras lo que había

presenciado, por primera vez en mucho tiempo se sintió bien y con fuerzas para hacer lo que deseaba.

En su día a día, aquellos cuatro hombres estaban acostumbrados a enfrentarse a la tensión y el peligro, un peligro más tangible pero quizá menos doloroso del que podía ocasionar el amor, y Carlos, consciente del apoyo que debían darse unos a otros, puso una mano al frente; segundos después Damián colocó la suya sobre la de su amigo, luego lo hizo Juan y, cuando todos miraron a Lucas, éste preguntó:

—¿En serio hay que hacer estas polladitas?

—Es un pacto de silencio entre hombres —indicó Carlos.

Él sonrió y, sin más, posó la mano sobre las de aquellos buenos amigos y compañeros.

—«Operación Mariliendre Enamorada» en marcha —dijo entonces Juan.

—«¿Operación Mariliendre Enamorada?» —se mofó Carlos.

—¡No me jodas! —protestó Lucas ante las risas de los demás.

Durante un rato, los cuatro rieron por el nombre que le habían puesto a la misión, hasta que finalmente Lucas sentenció:

—Vale..., vale..., la llamaremos así, pero ni una palabra de esto a nadie, ¿entendido?

Todos asintieron, y Damián musitó:

—Por suerte, Emilio se ha marchado con esa chica y regresará para el cumpleaños de Tomi.

—Sí. ¿Y...?

—Que al menos ése no te dará el tostón ni se mofará de ti.

—Uno menos al que soportar —señaló Lucas riendo.

Juan, que estaba pensando en cómo organizarlo todo para que las chicas no se enteraran, propuso:

—Mañana, cada uno de nosotros tiene que llevarse a su mujer a pasar la tarde y la noche fuera sin contar con el resto. Debemos salir con un cuarto de hora de diferencia cada uno a partir de las cuatro de la tarde, ¿os parece? —Los demás asintieron, y añadió—: A ojos de ellas debe parecer una locura romántica surgida en el momento tras tanta discusión, ¡eso les encanta!, y evitemos que se comuniquen entre ellas.

—¿Y cómo le quito yo el móvil a Eva, si es un apéndice de ella?

Los demás soltaron una carcajada, y Juan replicó:

—Eso ya lo decides tú. Pero que no se lleve el teléfono o la liará. Yo me encargo de que Noelia no lleve el suyo, y tú lo mismo con Laura, ¿entendido?

Carlos y Damián asintieron, y luego este último dijo:

—¿Y Tomi?

Juan asintió.

—Tranquilos —aseguró—. Mañana hablo con Peter y le cuento lo ocurrido, él nos ayudará. —A continuación, se dirigió a Lucas—: Tendrás la casa para ti solo durante toda la tarde y toda la noche. Aprovéchalo.

—Pensaba invitarla a cenar fuera —repuso él.

—Ni hablar. Organiza algo más íntimo.

—Apoyo la idea —convino Damián.

Al entender lo que aquéllos insinuaban, Carlos indicó:

—Tío, invítala fuera otro día y mañana esmérate y prepárale algo de cena que sepas que le gusta. Si hay algo que a las mujeres les encanta es que les preparemos una cenita. Según dice mi churri, cuando lo hago me ve el doble de sexy.

Sorprendido, Lucas miró a sus amigos y, al ver que todos asentían, iba a protestar cuando Juan confirmó:

—Sí, amigo. A las mujeres les gusta que cocinemos para ellas.

—Con delantal incluido —apostilló Carlos.

Boquiabierto, Lucas iba a decir algo cuando Damián añadió:

—Hazle el solomillo a la pimienta ese que sabes hacer. Te sale de lujo, estoy seguro de que le encantará.

Él asintió, a Menchu le gustaba la carne, pero murmuró descolocado:

—Nunca he cocinado para una mujer.

—Pues ya va siendo hora, ¿y quién mejor que Menchu? —afirmó Juan.

—Casa para ti solo —prosiguió Damián—, tarde de piscina, cenita, botellita de vino y musiquita. ¡Macho..., lo tienes todo! ¡Aprovéchalo!

Lucas sonrió.

Nunca había organizado algo así para nadie, y menos para una mujer; miró a sus amigos y murmuró:

—Menuda panda de marujas que estáis hechas.

Juan soltó una risotada y, agarrando el hombro de su amigo, declaró:

—Pues sólo te digo una cosa: ¡bienvenido al club!

Los cuatro chocaron sus cervezas y rieron. La operación Mariliendre enamorada comenzaba.

Esa noche, una vez a solas en su habitación, Lucas pensó en algo que le había comentado Juan y, poniéndose los auriculares, buscó en su móvil una canción.

Segundos después, cuando comenzó a sonar *The Last Time* de Eric Benét, el vello de todo el cuerpo se le erizó y en su mente aparecieron imágenes de Menchu sonriendo.

Incapaz de no hacerlo..., él también sonrió y saboreó aquello llamado *magia*.

## Capítulo 62

Durante la mañana, el grupo disfrutó en la piscina hasta la hora de comer, cuando Juan y Noelia desaparecieron. Luego lo hicieron Carlos y Laura, y Tomi y Peter, pero en cuanto le llegó el turno a Damián, Eva lo miró y dijo:

—No me parece bien que nos vayamos sin avisar.

—Cariño —murmuró él—, vámonos. Tengo preparada una sorpresa para ti.

Complacida, ella se dejó besar. Le encantaban sus mimos y sus atenciones, y más después de las tontas discusiones que habían tenido en los últimos días.

—Vale —contestó—. Pero déjame que les envíe un mensaje a las chicas.

Rápidamente Damián le quitó el móvil de las manos, y Eva, mirándolo exigió:

—Dámelo.

Él echó un vistazo a su reloj. Deberían haberse marchado hacía quince minutos y, jugando con ella, repuso:

—No te lo voy a dar. Es más, aquí se va a quedar porque me apetece que este día sea sólo para ti y para mí. No quiero interrupciones de nadie. Solos tú y yo.

Eva sonrió, y, cuando iba a protestar de nuevo, él añadió:

—Te aseguro que si hoy eres sólo mía..., quizá diga «¡Sí!».

Al oír eso, ella se quedó paralizada, y su chico, al ver que con eso había captado por completo su atención, aprovechó para meter el móvil en un cajón y, después de cerrarlo, indicó:

—Tú decides.

Satisfecha y con necesidad de oír aquel «Sí», Eva cogió su bolso y cuchicheó, olvidándose del teléfono:

—Estamos tardando en irnos.

Feliz, le cogió la mano y, tras salir de la casa a hurtadillas para que nadie los viera, paró un taxi y la llevó a un bonito hotel que Juan le había recomendado, donde disfrutó de su chica.

\* \* \*

Cuando la casa quedó en silencio, sólo interrumpido por las carreras de las perritas de Tomi, Lucas bromeó, dirigiéndose a Menchu:

—Les he pagado un viaje a Hawái a todos para que nos dejen solos.

La joven parpadeó sorprendida, y él se apresuró a añadir:

—Tranquila, es una broma.

—¿Y dónde están?

Sin querer mentirle, él finalmente confesó:

—Dormirán fuera.

Alucinada, ella iba a levantarse cuando Lucas, sin rozarla, añadió:

—Les he pedido un poco de intimidad para que tú y yo podamos hablar. Pero, tranquila, te prometí que sería un caballero y lo seré.

Menchu suspiró.

¿En serio sus amigas habían aceptado dejarla a solas con aquél?

Y, sin poder evitarlo, preguntó:

—¿Eva, Noelia y Tomi están al corriente de tus planes?

Lucas negó con la cabeza, y Menchu, al verse metida en una rara encerrona, afirmó:

—¡Perfecto!

Estaba nerviosa, muy nerviosa, y Lucas, entregándole una Coca-Cola Zero con hielo, dijo:

—Quiero que sepas que esta noche voy a cocinar para ti.

—¿Vas a cocinar para mí? —repitió sorprendida.

Aquella mañana, él se había levantado temprano y, acompañado por Peter, había ido al mercado a comprar.

—Aquí tiene a su chef de esta noche, señorita. Espero que mi humilde cocina le agrade mucho y desee repetir.

Menchu soltó una risotada.

Aquel Lucas relajado, bromista y atento era el hombre que siempre la había

enamorado, pero, sin dejarse caer del todo en la marmita de la lujuria, quiso saber:

—Bueno, chef, ¿y con qué me vas a deleitar?

Sentándose en la tumbona de al lado, él le guiñó el ojo y exclamó:

—¡Sorpresa!

El buen humor entre ellos continuó, hasta que el teléfono de la joven sonó. Era Nacho.

Durante varios minutos habló con él sin contarle que estaba a solas con Lucas, mientras éste, en la hamaca de al lado, intentaba no escuchar, pero le era imposible. Tenerla tan cerca lo dificultaba todo y, cuando por fin colgó, Menchu dijo mirándolo:

—Saludos de Nacho.

Él asintió. Sin duda mentía. De la última persona que quería saludos era de aquel tipo y, levantándose, preguntó:

—¿Te apetece otra Coca-Cola?

Menchu asintió y, cuando Lucas se dirigía a por ella, se levantó rauda y, acercándosele con cuidado por detrás, lo empujó y éste cayó a la piscina.

Estaba mirándolo divertida cuando él emergió.

—¡Te lo debía por lo de anoche! —exclamó la joven.

Él sonrió y, con una agilidad que la dejó sin palabras, salió de un salto de la piscina, la cogió y la lanzó al agua, para luego lanzarse él también.

Cuando Menchu sacó la cabeza, Lucas ya estaba frente a ella sonriendo.

Además de empapado, estaba tentador y, dando un paso atrás, murmuró:

—Te voy a matar.

—¿Otra vez? —Él rio.

La joven, que se tocaba la cabeza, dijo rápidamente:

—Llevaba puestas las gafas de Tomi, las de Prada que tanto adora.

Él se sumergió entonces, encontró las gafas en el fondo y, saliendo con ellas en la mano, indicó:

—Aquí las tienes. Asunto solucionado.

Menchu las dejó en el borde de la piscina y, cuando se dio la vuelta, vio que Lucas estaba tras ella. Cerca..., muy cerca. Con intensidad, se miraron, y ella, nerviosa, farfulló:

—Prometiste comportarte como un caballero.

Él asintió mientras maldecía para sus adentros por haber prometido aquello cuando la tentación estaba tan cerquita.

—Tienes razón —convino, dando un paso atrás.

Nerviosa, Menchu se dirigió hacia la glamurosa escalera y murmuró, sentándose en ella:

—Hace un día estupendo.

—Maravilloso —afirmó él, colocándose a su lado.

Estuvieron unos segundos en silencio, hasta que, finalmente, Lucas se las ingenió y, comenzando a bromear con ella, consiguió que se relajara.

Poco después salieron del agua, cogieron algo de beber y volvieron a tumbarse en las hamacas, donde siguieron hablando sin querer pensar en la conversación pendiente que tenían.

La tarde pasó y Lucas fue incapaz de hablar de lo que todo el rato le rondaba por la cabeza.

Sabía que debía abordar el tema, pero lo que no sabía era cómo.

Por su parte, ella pensaba lo mismo. Recordar las cosas que le había dicho la noche anterior y que apenas la habían dejado dormir le resultaba increíble. Pero si él no sacaba el tema, ¿por qué iba a sacarlo ella?

Sobre las ocho, y consciente de que sus amigos no regresarían, Lucas le pidió que se cambiara de ropa para cenar. Él tenía que preparar la cena.

Nerviosa, Menchu se marchó a su cuarto. Una vez allí, se desnudó mientras miraba con atención la puerta a la espera de que se abriera de un momento a otro, pero eso no sucedió.

Como le había prometido, Lucas se estaba comportando, y a excepción de una vez que le había tocado la mejilla, no la había rozado, a pesar de las enormes ganas que tenía de acariciarla y besarla.

Tras secarse el pelo, pensó qué ponerse y acabó decidiendo escoger algo nada tentador, por lo que optó por un vestido negro, largo hasta los pies y con cuello de barco.

Una vez hubo terminado de vestirse, se maquilló un poco, sólo un poco. Al fin y al cabo, iban a cenar en casa. Y cuando miró el resultado en el espejo, la joven sonrió. Aquélla era Menchu, no María.

Minutos después, bajó al salón y sonrió al oír música. No era Eric Benét, pero sonaba un CD que a Tomi le encantaba de Charlie Puth. Con disimulo, miró



hacia la cocina abierta y, al ver a Lucas cocinando con el mandil de Peter, suspiró.

Aquel hombre era pura tentación.

En silencio, lo observó durante unos instantes mientras él salaba la carne antes de echarla a la sartén, al tiempo que removía con una cucharilla algo en un cazo. No conocía esa faceta de Lucas, y le gustó.

Cuando él levantó la mirada y la vio, sonrió y preguntó:

—¿Cotilleando, Gafitas?

—¡Qué bien huele! —exclamó ella, al tiempo que se le acercaba.

Lucas asintió. Le gustaba ese comentario, y, cogiendo una cucharilla pequeña, la metió en el cazo y, tras soplar unos segundos, se la ofreció y dijo:

—A ver qué te parece.

Con cuidado, Menchu probó lo que él le ofrecía y, tras paladearlo, afirmó:

—Buenísima, tu salsa de pimienta.

Él sonrió encantado y Menchu, mirando la bonita mesa que había preparado, preguntó:

—¿Desde cuándo te gusta Charlie Puth?

Lucas frunció el ceño.

—¿Y ése quién es?

Divertida, Menchu sonrió y lo informó:

—El cantante que suena.

—Si te soy sincero —susurró él—, después de mirar y ver que Peter y Tomi no escuchan a AC/DC, Scorpions o Metallica, he puesto lo primero que he pillado encima del equipo de música.

Menchu asintió y, a continuación, bromeó:

—¿Te imaginas a Tomi escuchando a AC/DC?

Lucas soltó una carcajada e, imitando a Tomi, cuchicheó:

—*Impossible, baby!*

Complacida de vivir aquel momento tan especial, cuando Menchu se acercó a él, Lucas le sirvió un poco de vino y dijo, mientras le entregaba la copa:

—Espero que te guste.

Ella la aceptó y, mirando lo que había en otra sartén, murmuró:

—¡Setas!

Lucas sonrió, sabía cuánto le gustaban, y, guiñándole el ojo, indicó:

—Las estoy haciendo como las prepara mi madre. A ver qué te parecen.

Encantada, ella se sentó en un taburete frente a él. En silencio, observó cómo trabajaba en la cocina, hasta que no pudo más y preguntó:

—¿Por qué haces todo esto?

Al oírla, él la miró y, sin dudar, declaró:

—Por ti.

Su respuesta sincera y directa a ella le llegó al corazón, pero lo miró y dijo:

—¿No crees que vas un poco tarde?

—Intento remediarlo.

—Difícil lo tienes.

Lucas se echó a temblar. Lo último que quería era llegar tarde con Menchu y, dejando sobre la mesa la cuchara que tenía en la mano, repuso:

—No creo que Nacho sea un hombre apropiado para ti.

—Presupones demasiado.

Lucas asintió. Habían pasado de nada a todo y, consciente de que la conversación ya no se podía frenar, se sinceró:

—Menchu, he sido un idiota. Todo este tiempo tú has estado ahí para mí, y yo... yo...

—Tú no has estado para mí —lo cortó ella—. Es más, te recuerdo eso de «esto es lo que es».

—¡Joder! —maldijo él.

Menchu dejó sobre la encimera su copa de vino. El buen rollo que había entre ellos de pronto se había esfumado y, mirándolo, matizó:

—Siempre has sido importante para mí, y lo sabes. Pero, como una tonta, durante mucho tiempo sólo he recibido tus migajas cuando no tenías otra con la que pasarlo bien, y ahora que por fin estoy enamorada de otra persona tú...

—¿En serio estás enamorada de él?

Menchu sintió calor. Mucho calor. Pero necesitaba continuar con su mentira, así que afirmó:

—Sí.

La rotundidad de su contestación hizo que las entrañas de Lucas se revolvieran, y gruñó:

—Nacho nunca te hará feliz. Ese tío, con todo su dinero, con todo su poderío, nunca te va a tratar con el respeto que mereces, y lo sabes tan bien

como yo.

—¿Y tú me hablas de respeto?

—Menchu, escucha..., me he dado cuenta de que...

—No, no quiero escucharte —lo cortó ella—. Si hay aquí alguien que nunca me ha tenido respeto ni a mí ni a ninguna mujer, ése eres ¡tú! Pero, vamos a ver, ¿cómo pretendes que crea en ti? ¿Cómo pretendes que crea que has cambiado? ¿De verdad no te has dado cuenta de que te conozco muy bien?

Ofuscado, Lucas dio un trago a su copa de vino.

¿Cómo podían estar ahora en aquella tesitura, con lo bien que llevaban el día?

Sin saber qué decir, se esforzó por contener la rabia, hasta que se fijó en el dedo de ella y, al ver el anillo con el diamante que Nacho le había regalado, siseó:

—Él podrá regalarte lujo y diamantes y...

—¡Eh! —gritó ella, cortándolo—. Además de lujo y diamantes, te aseguro que puede darme muchas cosas más.

Rabioso por su contestación, él afirmó:

—Sin duda sexo, ¿verdad?

—Y del mejor —replicó Menchu furiosa.

Molesto, dolido y jorobado por su respuesta, él negó con la cabeza y masculló:

—Permíteme que ponga eso en duda.

Aun sin ganas de reír, Menchu lo hizo.

—¿Tan buen amante te crees?

A cada segundo más enfadado, él iba a contestar cuando ella añadió:

—Ten cuidadito con lo que te crees, porque en esta vida, te guste o no, siempre hay alguien mejor que tú.

Furioso al ver el descaro con que ella lo miraba, gruñó:

—¿Acaso los momentos que has pasado con él son mejores que los que has vivido conmigo?

Consciente de cómo la miraba él, y como quería hacerle daño, Menchu afirmó:

—Digamos que ambos han sido diferentes y placenteros.

Colérico, Lucas iba a replicar, pero calló. Lo que tenía en la punta de la

lengua podía ofenderla y, obligándose, contó hasta diez. Pensó en qué haría Juan en un momento así, y recordó aquello de paciencia, tolerancia y resignación.

Sabía que, si continuaba por ese camino, la cena acabaría antes de que comenzara y, buscando serenidad donde apenas la había, cambió el tono e, ignorando lo que se habían dicho, echó las setas en un plato y le preguntó:

—¿Qué te parece si cenamos? Esto, o se come al momento o no está tan bueno.

—¡Perfecto! —afirmó ella desconcertada.

En silencio, Lucas sacó también la carne de la sartén y, una vez que la sirvió junto a la salsa en otro plato, se quitó el delantal, se dirigió al salón y se sentó a la mesa frente a Menchu.

—Vamos —invitó con una sonrisa—, prueba las setas y dime si te gusta la receta de mi madre.

Incómoda por el momento vivido y las preguntas que habían quedado sin respuesta, la joven sonrió a su vez y, cogiendo el tenedor, pinchó del plato. Tras metérselas en la boca y masticarlas, afirmó:

—Buenísimas.

La incomodidad entre ambos era palpable; Lucas intentaba por todos los medios que la intensidad de lo ocurrido se relajara, pero le estaba resultando imposible. Con su silencio, Menchu no se lo ponía fácil, y finalmente, dejando la servilleta sobre la mesa, pidió con resignación:

—Muy bien. Discutamos. ¿No es eso lo que estás esperando?

La joven lo miró y, tan impotente como él, expuso, mientras se ponía en pie:

—Pasaste de mí y de mis sentimientos, ¿y ahora pretendes que porque me digas que sientes algo por mí yo me lance a tus brazos cuando estoy a punto de casarme? Pero ¿de verdad crees que soy tan idiota?

Lucas se merecía aquello y más e, intentando seguir los consejos de sus amigos, respondió:

—No eres idiota. Si hay algún idiota aquí, soy yo. Pero en algo tienes razón, y es que me encantaría que te lanzaras a mis brazos...

—Me rompiste por dentro, y ahora que me estoy reconstruyendo, ahora que he encontrado a alguien que me quiere y me valora como mujer, apareces y me dices que sientes algo por mí. ¿Cómo crees que me siento?

—¿Crees que él te quiere y te valora?

—¡Por supuesto! —se apresuró a contestar Menchu.

Desolado por lo que sabía pero se negaba a revelar, tras ver la tristeza que había en sus ojos, musitó:

—Menchu, estoy intentando hablar contigo. Intento explicarme, a pesar de que ni yo mismo sé cómo hacerlo; estoy dispuesto a...

—Lo que eres es un egoísta.

—No...

—Sí, lo eres, y por eso te odio.

—No me odias, y lo sabes. Lo sabes tan bien como yo.

La joven maldijo. Él también la conocía a la perfección, y como quería que su papel de enamorada de Nacho fuera más creíble aún, insistió:

—Por primera vez, tú no eres el centro de mi vida y eso no te gusta. Es... es como si necesitaras que la tonta de Menchu te mirara con ojitos para sentirte el machito del corral. Pero, no, gracias a tus desplantes, la tonta de Menchu se ha espabilado y simplemente ha decidido pasar de ti. Y, por suerte, he encontrado a alguien que merece la pena y ése no eres tú.

—No sabes lo que dices.

—Oh, sí..., sí lo sé —afirmó con una falsa sonrisa.

Lucas maldijo, y ella le reprochó al recordar algo:

—Una vez me aseguraste que yo nunca podría hacerte daño. Pues, ¿sabes?, me alegro de estar haciéndote daño, y quiero que sientas la rabia y el dolor que tú me has causado durante todos estos años con tu puñetera indiferencia. ¿Cómo crees que me sentía viendo que cada noche te ibas con otras mujeres sin importarte en absoluto mis sentimientos? —Él no respondió, y ella añadió—: Si sientes algo por mí, ¡es una lástima!, pero convéncete de que yo ya no siento nada por ti porque estoy enamorada de otro, con el que es posible que me case.

—Mientes.

—No, Lucas. No miento. No confundas sexo con sentimientos.

Furioso, rabioso y enfadado, él la miró.

Tenía razón. Se había comportado fatal con ella, y, sin poder manejar aquella situación, que se le escapaba de las manos, hizo lo que mejor sabía y la miró, al tiempo que murmuraba, cerrándose en banda para acabar con aquello:

—De acuerdo. Todo esto es un error.

Y, sin más, dio media vuelta y salió del salón, dejando a Menchu sola ante la

mesa sin saber qué hacer.

## Capítulo 63

Cuando Lucas llegó a la habitación que ocupaba, dio un portazo al entrar.

Sabía perfectamente que no debía dejarse llevar por esa gilipollez del amor. Sabía que aquello sólo podía provocarle sufrimiento, como le había sucedido a su hermano fallecido, y maldijo. Maldijo por ser tan tonto y creer que él podría resolver un problema que sin duda ya no tenía solución.

Abrió el armario y miró su ropa.

Deseaba irse, marcharse de allí.

Si no tenía ya bastante con saber que Menchu lo odiaba, y era consciente de que ella estaba enamorada de Nacho, tendría que soportar también las mofas de sus amigos y, casi con toda seguridad, cuando regresaran, también las de sus mujeres en cuanto Menchu les contara lo ocurrido.

Todo estaba en su contra.

Todo lo agobiaba.

Estaba sacando su maleta del armario cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par y Menchu preguntó, mirándolo:

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Él no respondió.

Todo lo que tenía que ver con ella lo sorprendía; Menchu cerró tras de sí de un portazo, se acercó a él y, encarándosele, siseó:

—No me gusta que me dejen con la palabra en la boca.

Lucas suspiró. Sin duda había abierto la caja de Pandora, y, poniendo su maleta sobre la cama, dijo:

—Vale. Admito que acabo de hacer las cosas mal una vez más, dejándote con la palabra en la boca.

—Eres un... un... ¡idiota!

—OK.

—Un... ¡imbécil!

—OK —volvió a asentir él—. ¿Algo más?

Menchu estaba tan enfadada que comenzó a decirle todo lo que pensaba de él. Todo lo que se había guardado durante años en su interior, y él ni se movió. Sólo la escuchó estoicamente y, cuando ella al final calló, preguntó con gesto apesadumbrado:

—¿Algo más?

Atónita, parpadeó. La chulería del policía la sacaba de sus casillas, y respondió:

—¿Te parece poco lo que te he dicho?

Con gesto serio, Lucas no respondió, sino que, dando media vuelta, se dirigió al armario.

Segundos después, al ver que sacaba un pantalón, ella se lo quitó de las manos y, tirándolo de malos modos al fondo de la habitación, preguntó:

—¿Adónde se supone que vas?

Con paciencia, Lucas caminó hasta el pantalón, lo recogió del suelo y, doblándolo, dijo, tras meterlo en la maleta:

—Me voy a casa. A España. No aguanto que sigas pisoteándome ni un segundo más.

Una vez que se dio la vuelta para coger otro pantalón, ella sacó el que había metido en la maleta y, tirándolo otra vez al suelo, siseó:

—¿Te vas a ir dejándome así?

Al ver el pantalón de nuevo en el suelo, Lucas resopló. Sin duda Menchu le estaba buscando las cosquillas. Y, recogéndolo, lo volvió a doblar y, tras meterlo en la maleta de nuevo junto al que acababa de colocar, reconoció:

—He entendido tus reproches y no tengo nada que decir al respecto porque tienes toda la razón. Y ahora, ¿podrías hacer el esfuerzo de entenderme tú a mí y acabar con este numerito?

—¡¿Numerito?! —chilló ella.

Ofuscado al ver que cada vez la ponía más nerviosa, Lucas no sabía cómo reaccionar. Estaba acostumbrado a que las mujeres le bailaran el agua, pocas veces discutía con ellas, y nunca en los términos que lo estaba haciendo con



aquella, por lo que suspiró e indicó, mientras intentaba no ponerse a su nivel.

—Mejor dejémoslo. No hay nada más que hablar.

El malestar, la indignación y el cabreo de la joven crecían por momentos, por lo que, agarrando los dos pantalones con toda su mala leche, los arrojó al otro lado de la habitación y gritó, mirándolo:

—Pero, ¡vamos a ver, pedazo de burro insensible: me dices que estás loco por mí y, a la primera de cambio, en cuanto te llevo la contraria, ¿te vas?!

Lucas se detuvo. No entendía a las mujeres.

—Me acabas de decir que amas a Nacho —repuso—. ¿Qué quieres que haga?

La joven no supo qué contestar, ella misma ya se estaba liando, y entonces él añadió:

—Me voy para no incomodarte, para no incordiarte, para no atosigarte y dejar que lo tuyo con Nacho fluya con normalidad. Tengo ojos y oídos y sé cuándo sobro en un sitio, y...

—Anoche dijiste que sentías algo por mí. Anoche me suplicaste una cita. Anoche me...

—Anoche —la cortó él, levantando la voz— pensé que era buena idea la cita, la cena y poder hablarte de lo que sentía por ti. Pero, visto lo visto, me he dado cuenta de que no merece la pena. Y no merece la pena porque lo quieres a él. Porque yo soy un cabrón. Porque soy el tío que te ha destrozado. Porque soy la mala persona que te hizo sufrir marchándose con otras mujeres y, por todo eso, has decidido que sobro en tu vida y no merezco una oportunidad porque...

No pudo decir más.

Menchu se abalanzó sobre él y, besándolo, lo hizo callar.

No sabía si estaba haciendo bien o mal. Sólo sabía que lo deseaba, que lo necesitaba y, sobre todo, que no quería que desapareciera de su vista.

Bloqueado y desconcertado por cómo se desarrollaba la noche, sin entender ahora ese beso, él la apartó y preguntó:

—¿Qué narices estás haciendo?

Menchu lo miró. Esa pregunta sobraba y, sin moverse, contestó:

—Besarte.

Alucinado, el geo parpadeó. Él, que se creía un experto en mujeres, de pronto se estaba dando cuenta de que no sabía nada de ellas.

—El sexo entre tú y yo siempre ha funcionado —dijo ella entonces.

—Escucha... —repuso, separándola.

Necesitada de él, Menchu se le acercó de nuevo, pero él añadió:

—Asumo que soy un cabrito, pero, si me conoces, sabes que si sé que una mujer está casada o a punto de hacerlo no me acerco a ella, y tú..., por lo que dices, estás en capilla.

A cada segundo más acalorada, Menchu asintió. Tenía razón, conocía aquel pequeño detalle de él, e indicó:

—No confundas el sexo con el amor. Ahora sólo te pido sexo.

Molesto, Lucas dio un paso atrás y siseó:

—No continúes por ese camino.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo desaprovechas tú una proposición?

Él maldijo. La miró con deseo, pero, enfadado por su frialdad, gruñó:

—Desde que sé que estás a punto de casarte. ¿O has olvidado ese pequeño detalle?

Al oírlo decir eso, Menchu comprendió que algo había cambiado en él. Y, buscando su cercanía, se acercó a él de nuevo e indicó desde el corazón:

—Olvídate de ese detalle y céntrate en mí.

—No.

—Vamos, Gordunflas.

—Te vas a casar.

—Merezco mi despedida de soltera, ¿no?

Lucas no se movió. Con gesto extraño, la miró. Cada vez la entendía menos; entonces ella prosiguió:

—Soy consciente de que has intentado crear una noche bonita. Me has preparado una maravillosa cena, has comprado un excelente vino, y yo, a la primera de cambio, me he tirado a tu cuello a morder y...

—Joder..., qué rarita eres —murmuró él sin entender.

Sin duda era rara; dio otro paso hacia él y lo oyó protestar:

—He dicho que no, Menchu.

—Me deseas —repuso ella, tentándolo como una tigresa.

—No soy tu juguetito sexual.

Menchu sonrió y, sacando ese lado salvaje que a Lucas tanto le gustaba, agarró la maleta, la tiró al suelo y, dejando la cama libre, murmuró:

—Quiero sexo.

Lleno de incredulidad, él parpadeó y recordó aquello que sus amigos le habían dicho de que las féminas cuando decían «blanco», en realidad querían decir «negro», y viceversa, y frunciendo el entrecejo, cuchicheó:

—Menchu..., no sé qué te pasa, pero...

—Te deseo...

A cada instante más descolocado, él dijo:

—Pero ¡si me acabas de asegurar que amas a Nacho!

La joven sonrió y, dando otro paso más hacia él, indicó:

—Te he dicho que no confundo el amor con el sexo; ¿estás sordo?

De nuevo Lucas tuvo que callar cuando ella se apoderó de sus labios. Aquellos labios que tanto deseaba besar, y esta vez no pudo resistirse. Con necesidad, deleite y exacerbación, la pegó totalmente a su cuerpo y, cuando el beso acabó, ella murmuró, mirándolo:

—Hola, Khal Drogo, soy María.

Dándose por vencido, el policía sonrió.

Sin duda, estaba tan loca como él y, tras quitarle las gafas, las tiró sobre la cama. Después tumbó a la joven y, por último, sentándose sobre ella, le besó el cuello.

Besos...

Caricias...

La ropa voló por la habitación y, una vez que estuvieron desnudos por completo, él le hizo el amor con tal pasión y devoción que Menchu se sintió en el séptimo cielo.

Los sentimientos por ambas partes consiguieron que aquella unión fuera especial, diferente. De pronto tocarse era increíble. Besarse, impresionante. Mimarse, extraordinario. Mirarse, asombroso.

Todo, absolutamente todo era mágico y exclusivo, y Lucas, hechizado por el momento, cuando quedaron agotados y jadeantes, murmuró, mirando al techo:

—¡Ha sido fantástico!

Ella asintió y, acalorada, afirmó:

—¡Increíble!

Como un novato en ciertas lides, Lucas la miró y, acercando su boca a la de ella, preguntó:

—¿Sigues odiándome?

Menchu, olvidándose de la discusión, afirmó:

—Un poquito.

Lucas asintió y, como necesitaba estar con ella, mimarla, hacerla sentir especial para que creyera en él, preguntó:

—¿Y qué puedo hacer para que ese poquito desaparezca?

Sintiéndose especial por cómo la miraba, Menchu deseó facilitarle un poco las cosas.

—Creo que si me das un beso aquí —cuchicheó, señalándose la punta de la nariz, la mejilla, un ojo y la frente—, ese odio podría desaparecer.

Con una maravillosa sonrisa, Lucas se incorporó y, sentándose sobre ella, se inclinó y, con mimo, le besó la punta de la nariz, la mejilla, un ojo y la frente. Cuando acabó, acercó sus labios a los de ella y musitó:

—Y añadido este beso, por si aún queda un poquito de ese odio.

Satisfecha y atontada por aquel Lucas cariñoso y detallista, durante horas la joven disfrutó de sus besos y sus caricias mientras se hacían el amor.

Entre ellos sobraban las palabras, sin duda querían hechos, mimos, vivencias, y cuando horas después estaban sentados bebiendo agua en la cama, Lucas dijo:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes...

Sin duda lo que iba a preguntar era una indiscreción, pero, incapaz de callarlo un segundo más, dijo:

—¿Ese anillo que llevas en el dedo significa algo para ti?

A la joven le hizo gracia su pregunta, y respondió:

—Por supuesto.

Saber aquello a Lucas le dolió y, sin decir más, se levantó y se dirigió a la ducha, y ella se le unió segundos después.

Más tarde, tan sólo vestidos con unas camisetas, bajaron al salón de la mano, donde, al ver la bonita mesa que horas antes había dispuesto Lucas, ella comentó:

—Me muero de hambre.

En silencio se acercaron a la mesa y rápidamente, entre los dos, metieron las setas y la carne en el microondas. Una vez que estuvo todo caliente, se sentaron de nuevo y, cuando Menchu se metió un bocado de setas en la boca, murmuró:

—Siguen estando buenísimas.

Lucas asintió y comenzó a comer como ella. Estaba famélico.

Después de comer, sacó del congelador un recipiente con helado de nata. Era el sabor preferido de Menchu, y, sin utilizar las bonitas copas que tenía preparadas, agarró dos cucharas y, acercándose a ella, le tendió la mano y dijo:

—Ven conmigo.

Ella la aceptó y lo siguió hasta el sofá. Se sentaron y él le entregó una cuchara y luego abrió la tapa del helado.

—Creo que, llegados a este punto —comentó—, las copas de cristal de Murano sobran, ¿no te parece?

La joven sonrió y, cogiendo un poco de helado de nata, lo degustó y confirmó:

—Tienes toda la razón.

Entre risas, comieron el rico helado hasta que Lucas señaló:

—Sé que es difícil creer lo que digo, pero no puedo dejar de pensar en ti. Quizá soy un egoísta como me has llamado al comienzo de la noche, y al ver que otro que no soy yo es quien recibe tus atenciones, me...

—¿Celoso? —preguntó ella mirándolo.

Incapaz de mentir, Lucas asintió.

—Mucho. Y aunque merezco que ni me mires por cómo yo me comporté contigo, si me lo permites, me gustaría demostrarte que soy capaz de cambiar por ti.

El corazón de Menchu latía a toda velocidad.

Eso que estaba oyendo era, como poco, inaudito, y Lucas, al ver su expresión, afirmó:

—Menchu, el primer sorprendido en todo estoy soy yo. Y, aunque sabes que soy un tío muy seguro, te prometo que me siento como un colegial el primer día de instituto. No sé qué hago, no sé qué puedo esperar de esto, pero lo que sí sé es que no puedo dejar de pensar en ti.

La joven sonrió.

Lo que le decía era muy bonito, pero, sin querer hacerse ilusiones, pues con alguien como Lucas sería una tontería, repuso:

—Me halagan tus palabras, pero en mi vida ahora está Nacho, y él es mi máxima prioridad.

Lucas asintió.

Oír aquello era desesperante, pero, buscando esa paciencia y esa tolerancia que sus amigos le habían indicado que debía tener, preguntó:

—Tú y yo siempre lo hemos pasado bien, ¿verdad?

—Sí —asintió ella, y al ver cómo él la observaba, añadió—: Con Nacho también me lo paso muy bien.

Lucas cerró los ojos. No sabía hasta cuándo iba a poder seguir escuchando aquello, pero los abrió y contestó:

—Yo haré que te lo pases todavía mejor conmigo.

A cada instante más sorprendida, ella asintió, y a continuación él dijo:

—Nada me gustaría más que dejaras de estar con él y te centraras en mí.

—Imposible.

—¿Por qué?

Menchu pensó en sus amigas.

Si ellas supieran lo que estaba ocurriendo, le dirían que saliera huyendo de allí. Pero, no queriendo desvelar la mentira en la que vivía y que hacía creer a Lucas, respondió:

—Porque Nacho me hace sentir especial.

Él asintió.

Pero su gesto extraño desconcertó a Menchu, que le preguntó:

—¿Qué pasa?

El policía suspiró. Se estaba arrastrando por ella. Se estaba dejando pisotear y, aun así, ella sólo lo quería para el sexo.

—¿Me estás diciendo que Nacho es el hombre con el que te vas a casar y yo sólo soy el amante de turno? —gruñó.

Sorprendida por la imagen que estaba dando, Menchu parpadeó. Aquello era una locura, pero, incapaz de dar marcha atrás por miedo a como él pudiera reaccionar, afirmó:

—Sí.

Desconcertado por completo, Lucas se rascó el cuello. En la vida se habría imaginado viviendo una situación como aquélla.

Pero Menchu merecía la pena y, por ella y por conseguir que volviera a mirarlo como antes, se dejaría pisotear. Entonces, recordando algo que le había contado Juan, se levantó y, mirándola, dijo antes de desaparecer:

—Dame dos segundos. Enseguida regreso.

Asombrada, ella asintió y, quedándose sola sentada en el sofá, se metió una nueva cucharada de helado en la boca mientras los nervios se apoderaban de su cuerpo una vez más. Pero ¿qué locuras estaba haciendo y diciendo?

Siguió comiendo helado compulsivamente al tiempo que pensaba si todo lo que aquél decía podía ser cierto.

¿De verdad Lucas estaba enamorado de ella?

Estaba pensando en ello cuando él regresó con el móvil en las manos y, enchufándolo al equipo de música, dijo:

—Un amigo hace poco me habló sobre algo, y quiero probarlo contigo.

Sin entender a qué se refería, Menchu se levantó del sofá, dejó el helado sobre la mesa y, acercándose a él con total confianza, preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

Lucas, sonriendo, le enseñó un pañuelo.

—He de ponerte esto alrededor de los ojos.

—Ah, no..., ¡ni hablar, que te conozco! —exclamó ella riendo.

Pero él, sin moverse, insistió:

—Sólo escucharás una canción.

—¿Qué canción?

Lucas no respondió. Quería comprobar si la canción causaba el mismo efecto en ella que en él, y al final dijo:

—Sólo es una canción.

Menchu cada vez entendía menos y, sorprendida, preguntó:

—¿Y para qué sirve eso?

Él la miró divertido y contestó:

—Para ver si esa canción es tan especial para ti como para mí.

Nerviosa, ella permitió que le vendara los ojos, y cuando segundos después los primeros acordes de *The Last Time* comenzaron a sonar, inevitablemente el vello del cuerpo se le erizó y Menchu sonrió.

Lucas, que permanecía en silencio frente a ella, aspiró con fuerza al ver su sonrisa. Sentir que esa canción significaba para ella lo mismo que para él le hizo saber que aún tenía alguna posibilidad de reconquistarla.

En silencio, Menchu escuchó la preciosa y especial canción que la había enamorado desde el primer día. Y, como necesitaba tocarlo, sentirlo, extendió la

mano, y él, sin dudarle, se la cogió.

Como la protagonista de un videoclip, así se sintió la joven mientras por su mente pasaban imágenes de ellos riendo, discutiendo, besándose, enfadándose, mirándose con complicidad.

Esa canción, su letra, su melodía..., potenciaba lo que sentía por Lucas y, cuando acabó y él le retiró la venda de los ojos, como un tonto murmuró, quemando todos sus cartuchos:

—Es escuchar esta canción y pensar en ti y desear tenerte a mi lado, porque, si no es así, sé que voy a perder a la persona más especial, más bonita y más auténtica que jamás conoceré en la vida.

—Lucas...

—Cuando la escucho siento magia.

Oírlo decir aquello era, como poco, ¡increíble!, y entonces él continuó:

—De pronto recuerdo esos momentos que yo nunca había tenido en cuenta pero que inevitablemente mi mente había guardado a la espera de que un día me percatara de lo importante que eres para mí y de lo tonto que fui. Recuerdo nuestro primer beso, nuestro primer día en tu casa, nuestras risas viendo una película... ¡Lo recuerdo todo!

Emocionada, Menchu acercó sus labios a los de él. Aquello era magia. Por lo que, sin hablar, lo besó con deseo, delirio y amor.

Lucas...

Cuando el Lucas tierno aparecía, se sentía perdida del todo, y cuando el romántico beso acabó, iba a decir algo, pero él murmuró:

—No quiero perderte, Gafitas. Eres demasiado importante para mí, y si tengo que luchar contra Nacho para ganarme tu amor, lo haré. Lo haré por ti.

Alucinada, atontada y por completo hechizada, ella sonrió y volvió a besarle. Tras lo que él había dicho, sobraban las palabras.



## Capítulo 64

Al día siguiente, cuando Lucas y Menchu estaban tomando el sol en la piscina, sus amigos fueron apareciendo poco a poco.

Los primeros fueron Noelia y Juan, y, tras ellos, Tomi y Peter. A éstos los siguieron Carlos y Laura, y, cuando entraron por la puerta Eva y Damián, ella exclamó, mirándolos a todos:

—¡Nos casamos!

Los demás los contemplaron boquiabiertos, y Lucas, que estaba al corriente de lo sucedido la última vez que Damián había planteado el tema, lo miró, y él, con una sonrisa, asintió, enseñándole un anillo plateado.

Eva, feliz, le hacía mostrar el anillo que ella le había comprado en un mercadillo, mientras todos reían sorprendidos.

Pero ¿no se suponía que debía ser el hombre el que le comprara el anillo a la mujer?

—Me encanta —afirmó Noelia, admirando la sortija de Damián—. Me gusta más que un diamante.

—Aiss, tonta —se mofó Laura—. No sabes lo que dices. Donde esté un diamante, que se quite una baratija de mercadillo.

Noelia sonrió y, observando a su cuñada, le guiñó el ojo. No ponía en duda que aquel anillo fuera tan especial para ellos.

Durante un rato, la algarabía formada por la noticia los hizo olvidarse de que Lucas y Menchu se habían quedado solos en aquel casoplón la noche anterior, hasta que, después de comer, las chicas, Tomi incluido, le hicieron un tercer grado.

Lo que no sabían era que Lucas y ella, conscientes de que eso iba a ocurrir,

habían trazado un plan, que consistía en decir que Menchu había salido a cenar con Jens y unos amigos, y Lucas, con la morena que había conocido algunas noches atrás.

El geo, especialista en trazar planes minuciosamente, se lo facilitó todo de tal manera que las chicas creyeron a pies juntillas sus respuestas. Y, cuando quedaron satisfechas con sus preguntas, Menchu suspiró aliviada.

Sin duda, ¡iba para actriz!

Por su parte, Juan, Damián y Carlos, sin necesidad de hacerle un tercer grado a Lucas, supieron que la cosa había ido bien. Con un simple gesto, todos lo entendieron y no preguntaron más.

¿Para qué?

Durante ese día, Lucas y Menchu intentaron no mirarse ni rozarse. Cualquier movimiento en falso podía delatarlos, por lo que cada uno continuó en su papel, a pesar de que Tomi los miraba y sonreía. Sin duda, aquél no se tragaba su papelón.

Por la tarde, Nacho telefoneó a Menchu, y ésta, al ver su nombre en la pantalla, se levantó y se alejó del grupo para hablar con él.

Desde la distancia, y con disimulo, Lucas la observaba. Sin preguntar, sabía muy bien con quién hablaba, y los celos una vez más llamaron a su puerta. Entonces Juan, que estaba a su lado, dijo mirándolo:

—Tranquilo.

Pero pedirle tranquilidad a Lucas en un momento así era complicado, y éste siseó:

—Joder, macho...

Juan sonrió. Si aquello le estuviera pasando a él, sin duda tampoco sabría qué era la tranquilidad, pero, intentando ayudar a su amigo, insistió:

—Aunque todo fuera bien entre vosotros ayer, no debes presionarla en exceso o corres el riesgo de que...

—Lo sé..., lo sé... —afirmó él.

Sin moverse de su sitio, con todo el disimulo del mundo, durante el rato que Menchu habló por teléfono intentó tranquilizarse. Saber que hablaba con Nacho y que sus sonrisas iban dirigidas a él lo tenían en un sinvivir, y cuando no pudo más, se levantó y se metió en la cocina. Necesitaba beber agua fresca.

A solas, bebió agua fría de la nevera y, al cerrar el frigorífico, se encontró

con Tomi, que, mirándolo, cuchicheó:

—¿Algo que contarme, *my love*?

Lucas negó con la cabeza, y él insistió:

—¿Seguro?

—Segurísimo —afirmó el policía.

Tomi asintió y, con una sonrisa, se retiró el pelo de la cara e indicó:

—Ah..., pues entonces les preguntaré a Eva y a Noelia si saben ellas por qué estabas el otro día sobre mi *queen* Menchu en la cama... ¡Os pille, ¿lo recuerdas?!

Según iba a dar media vuelta, Lucas lo sujetó del brazo. Claro que lo recordaba.

—Mi querido Mariliendre —murmuró Tomi—, ¿qué ocurre?

Lucas maldijo. Dudaba qué responder y, sin soltarlo, finalmente indicó:

—Ni se te ocurra hablar con nadie sobre lo que viste.

Tomi susurró:

—*Oh, my God...* ¿Por qué?

Lucas maldijo. No sabía si aquél había podido hablar con Menchu, y siseó:

—Tomi..., no está el horno para bollos. Por favor, no la lées más.

El otro, que de tonto no tenía un pelo, sonrió. Y, recordando su actitud cuando Menchu se fue a la gala con Nacho, preguntó:

—Entonces ¿es cierto?

Lucas aflojó la fuerza que ejercía sobre su brazo y preguntó:

—¿El qué?

El otro musitó emocionado:

—¿Estás celoso de Nacho?

Lucas maldijo, y Tomi, al ver su gesto, casi gritó:

—¡Por el amor de Diorrrrrrrr! ¿Es verdad?

Él enseguida le ordenó callar.

—Mira, no te metas donde no te llaman, ¿de acuerdo? Bastante difícil y complicado está siendo ya.

Ese descubrimiento le alegraba la vida y el alma a Tomi, que, bajando la voz, afirmó:

—Nacho no va a renunciar a ella, lo sabes, ¿verdad?

Lucas volvió a maldecir, pero aseguró:

—El que no va a renunciar a ella soy yo.

—Esto es increíble... *Amazing!* —aplaudió Tomi encantado.

—¡Ya vale! —lo cortó él—. Y te pido, por favor, que guardes silencio. Si Eva o Noelia se enteran, harán todo lo posible por...

—Uiss..., esas brujas —se mofó aquél—. Sin duda, como se enteren te harán la vida *impossible*, y a mi pobre Desastrito, ¡ni te cuento! Por nada del mundo querrán que vuelva a acercarse a ti.

—Soy consciente de ello.

Luego se quedaron en silencio, hasta que Lucas, mirándolo, preguntó:

—¿Puedo contar contigo para que me eches una mano con Menchu?

Encantado, Tomi sonrió. Siempre le había gustado la pareja que hacían esos dos, pero, pensando en que tendría que hacer un doble juego, murmuró:

—Lo siento, *my love*, pero no quiero tener en mi contra a esas dos tigresas.

—Tomi...

—No..., no... No...

El policía suspiró. La ayuda de su amigo le habría ido de lujo; entonces éste preguntó:

—Oye..., ¿Menchu qué piensa de esto?

Lucas volvió a beber agua de la botella y, con cierta rabia, respondió:

—Piensa que lo mío es un farol y que se va a casar con Nacho. Eso es lo que piensa.

Tomi asintió. Lo que había entre Nacho y Menchu sí que era un farol, pero, sin desvelarlo, respondió:

—Mi consejo, *my love*, es que vayas pasito a pasito, como dice la canción. No tengo que decirte que Menchu está muy dolida contigo y que te lo vas a tener que trabajar mucho..., mucho, si quieres que ella se desenamore del *divine* de Nacho y vuelva a confiar en ti.

Él suspiró, y se disponía a decir algo cuando Noelia entró en la cocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Lucas y Tomi se miraron y, enseguida, este último dijo:

—Le estaba diciendo a este... este ¡salvaje! que cogiera un vaso y no bebiera directamente de la botella, ¡qué *horreur!*

Lucas sonrió y, con chulería, guardó la botella en la nevera y, sin decir más, salió de la cocina, y en ese momento Tomi cuchicheó:

—Qué morbo tiene este X-Man... ¡Qué espalda!

Noelia sonrió al oírlo y, dos segundos después, ya estaban hablando de otra cosa.

## Capítulo 65

Esa noche, mientras todos se estaban cambiando para salir a cenar fuera, Menchu se hallaba en el baño recién salida de la ducha cuando vio entrar a Lucas.

Boquiabierta, lo miró y preguntó:

—Pero ¿qué haces aquí?

Necesitado de ella, el policía se le acercó y, cogiéndola entre sus brazos, la besó con posesión, con deseo y desesperación, y, cuando el beso finalizó, declaró mirándola:

—Esto va a ser más difícil de lo que yo creía.

Ella sonrió. Ni en el mejor de sus sueños habría imaginado tener a Lucas así, y cuchicheó:

—Si alguien te ha visto entrar, te juro que...

No pudo continuar, puesto que Lucas volvió a besarla. E, igual que siempre ocurría, como lo deseaba se dejó llevar, hasta que él dijo:

—Vayámonos tú y yo solos esta noche por ahí.

Menchu parpadeó. No había nada que le apeteciera más, pero, pensando en sus amigas, respondió:

—Imposible.

—¿Por qué?

Ella resopló y, consciente de que cada segundo era más complicado continuar con el engaño, explicó:

—Porque mi novio es Nacho, y no quiero que nadie piense cosas raras.

Lucas se impacientó y, dejándose llevar por un impulso, propuso:

—Escapémonos a Las Vegas y casémonos.

Bloqueada, Menchu lo miró y Lucas palideció.

Pero ¿qué había dicho?

Ella parpadeó asombrada.

Aquello era ¡inaudito!

¡Lucas pidiéndole matrimonio!

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Desconcertado, él se tocó el pelo y asintió.

—Sí. Hagámoslo. ¿Qué te parece?

A cada momento más sorprendida, ella negó con la cabeza. Hacer aquello no era buena idea, y menos con el engaño que había detrás de toda aquella historia, por lo que, sujetándose el corazón, murmuró:

—Gordunflas, no digas tonterías.

Según dijo eso, él respiró, y ella, consciente de su reacción, añadió, conteniendo los nervios que sentía:

—Te dije claramente lo que hay. Está claro que el sexo entre nosotros funciona muy bien, pero Nacho...

—Ni lo menciones —la cortó, celoso y desconcertado por lo que él mismo acababa de proponerle.

Ella sonrió, y Lucas, mirándola, siseó molesto por su rechazo:

—A mí no me hace gracia.

La joven suspiró y afirmó con una risa nerviosa:

—Lo siento por ti, pero a mí sí.

Aquel pasotismo...

Aquella manera de mirarlo...

Aquella negativa a casarse con él...

Aquella seguridad a Lucas lo descolocaba y, sin saber qué decir, la besó y, cuando el beso se intensificó y estaban ambos seguros de lo que iba a pasar, de pronto oyeron la voz de Tomi, que entraba en la habitación y gritaba:

—¡Queen, ¿estás en el baño?!

Los dos se miraron.

Si entraba allí, los pillaría otra vez. Y Menchu, empujando a Lucas, le hizo una seña con la mano y él se colocó tras la puerta mientras la joven la abría y salía a la habitación.

Al verla con la toalla alrededor del cuerpo, Tomi cuchicheó:

—¡Qué bonita piel tienes, *my love*!

La joven sonrió y, cerrando tras de sí la puerta del baño, preguntó:

—¿Qué quieres, pesadito?

Rápidamente, Tomi se sentó en la cama.

—Esta noche, Peter y yo tenemos una cena.

—¿No cenáis con nosotros?

—No, *queen*. Tenemos un compromiso.

Menchu asintió. El hecho de que ellos no los acompañaran complicaba la situación al tener que salir en plan parejitas con Eva, Noelia, Laura, sus chicos y Lucas. ¡Menudo marrón!

Estuvieron unos segundos en silencio, hasta que él añadió:

—Estoy *crazy* de los nervios por la *party* de mi cumpleaños; ¡sólo quedan dos días!

Menchu sonrió. Conociendo a su amigo, no dormiría hasta después de la fiesta y, sentándose con él, indicó:

—Tranquilo. Todo va a salir de lujo.

—Lo sé, pero ¿y si algo sale mal?

El pesimismo era habitual en él, y Menchu, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Nada saldrá mal porque no lo vamos a permitir.

Tomi sonrió. Necesitaba oír aquello y, bajando la voz, preguntó:

—¿Cuándo regresa Nacho?

—El mismo sábado por la mañana. Tranquilo, que estará aquí para la fiesta.

Encantado, el joven asintió y, mirando el armario de la joven, a continuación, dijo:

—Ese vestido negro que compramos para la *party* te hará estar ¡divina! Cuando te vea, Nacho caerá rendido a tus pies, ¡ya lo verás!

—Eso espero —contestó Menchu algo incómoda al saber que Lucas estaba al otro lado de la puerta, posiblemente escuchando.

Su amigo se miró entonces sus impecables uñas y cuchicheó:

—Por cierto, ¿no ves un poco rarito a mi Batman preferido?

Sorprendida por su pregunta, ella repuso:

—¿Rarito por qué?

Tomi sonrió. Su conversación esa tarde con Lucas le había dejado claras



muchas cosas, y musitó:

—A ver, *queen...*, todavía no me has dicho qué hacíais él y tú el otro día cuando os pillé.

Al recordarlo, Menchu se puso roja y, cuando iba a contestar, él se apresuró a añadir:

—Hay que decirle a Nacho que en la fiesta te besu...

No pudo continuar.

Ella, horrorizada porque dijera algo inapropiado, le tapó la boca, y su amigo, mirándola, parpadeó.

¿Por qué hacía aquello?

La joven resopló entonces y, bajando la voz todo lo que pudo, ordenó:

—¡Cállate!

Sin entender nada, Tomi le retiró la mano de la boca y susurró:

—*Why?* ¿Qué ocurre?

Sin poder mentirle en un momento así, ella señaló la puerta del baño y murmuró:

—Lucas está ahí.

—¿Otra vez?

—Sí.

Boquiabierto, Tomi se levantó y después volvió a sentarse.

Miró a Menchu, luego miró la puerta y, tras parpadear varias veces y hacer aspavientos con las manos, cuchicheó:

—¿Seguro que está ahí?

—Sí.

—*Oh, my God!* —Y, sin necesidad de nada más, canturreó—: «El gato quiere gataaaaa...».

—¡Tomi!

Y él, entendiendo lo que estaba ocurriendo allí, susurró:

—¡*Khaleesi*, no me digas que él y tú otra vezzzzz...!

Con gesto horrorizado por haber sido descubierta, la joven asintió, y Tomi, levantándose de nuevo, dijo llevándose las manos a la cabeza:

—Por el amor de Diorrr..., pero ¿qué estás haciendo?

Consciente de que allí no podían hablar porque el otro podía enterarse de toda la mentira que tenía organizada con Nacho, Menchu lo empujó hasta la

puerta de la habitación e indicó:

—Vete y luego hablamos.

—Pero, *queen!*

—Vete —insistió ella y, levantando la voz, añadió—: De acuerdo, Tomi, pásalo bien esta noche en la cena con Peter y tus amigos.

Él, al ver la picardía de aquélla, repuso:

—Lo pasaré tan bien como tú, *queen*.

\* \* \*

Una vez que Menchu cerró la puerta de la habitación, oyó que se abría la del baño.

Lucas asomó la cabeza y, mirándola, cuchicheó:

—Cierra con el pestillo.

Sin dudarle, ella obedeció de inmediato, y el geo protestó:

—Pero ¿Tomi siempre entra en tu habitación sin avisar?

La joven no supo qué decir, y él, acercándose, preguntó:

—¿De qué hablabais tan bajito?

Dándose cuenta de que había intentado escuchar, ella se apresuró a decir:

—Bah..., tonterías de Tomi.

En ese momento se oyó un ruido extraño proveniente del armario y Lucas, mirando hacia allí, preguntó:

—¿Qué es eso?

Al ser consciente de que lo que sonaba era el *walkie-talkie*, ella murmuró:

—No sé...

Segundos después, se oyó en la habitación:

—Lady Gaga a Pichona, ¿estás ahí?

Boquiabierto, Lucas la miró, y Menchu, sin saber qué decir, simplemente musitó:

—Es Eva.

—Hasta ahí llegó..., *Pichona* —replicó él, sin entender nada.

Horrorizada, la joven caminó hacia el armario y, cogiendo el *walkie-talkie*, lo apagó y, mostrándoselo, inventó:

—Nos gusta comunicarnos de habitación en habitación y hace tiempo nos

compramos esto.

Sin entender, el policía asintió.

—Desde luego, qué raritas sois las tías.

Menchu sonrió y, tirando el *walkie-talkie* en el armario, iba a añadir algo cuando él preguntó:

—¿Ése es el vestido *black* con el que pretendes deslumbrar a tu Nacho?

El retintín en sus palabras le hizo ver a Menchu que el dolor de Lucas aumentaba por segundos, y respondió:

—Sí.

Él asintió, tocó la prenda y, dando media vuelta, dijo:

—Si pudiera elegir, preferiría que te lo pusieras para deslumbrarme a mí y que él no viniera a la fiesta del sábado.

Con cada palabra suya, Menchu se hundía un poco más. Lucas se estaba abriendo en canal por y para ella, y ella debía hablar con Nacho y acabar con aquel teatrillo en cuanto lo viera. Sin embargo, consciente de que de momento no podía solucionar nada, susurró:

—Pero no puedes elegir. Y, antes de que digas nada más, te recuerdo que él es mi acompañante, no tú.

Irritado por pensar en aquello, Lucas levantó el mentón e iba a protestar, cuando la joven añadió fuera de sí:

—Es más, creo que deberías venir con una de tus churris. Eso lo facilitaría todo.

Atónito, él la miró.

Pero ¿qué estaba diciendo?

Y, desconcertado por encontrarse de nuevo con la frialdad de María, preguntó:

—¿En serio me estás diciendo que no te importaría que me presentara con otra mujer?

Menchu fabricó una sonrisa. Aquello le importaba, y mucho, pero necesitaba tiempo para solucionar su problema, por lo que respondió:

—Te lo acabo de decir. Ven con alguien. Me parecerá bien.

Cuando él iba a replicar, llamaron a la puerta y se oyó la voz de Eva.

—Menchu..., ¿estás ahí?

Lucas y ella se miraron de nuevo, y él protestó:

—Tu habitación está más concurrida que el camarote de los hermanos Marx. La joven sonrió. Al no localizarla por el *walkie*, su amiga había ido directamente a su cuarto. Y, buscando una vía de escape, cuchicheó:

—Métete debajo de la cama.

—¿Qué?!

—Que te metas debajo de la cama ¡ya!

—No me jodas, mujer.

Menchu resopló. Aguantar a Eva si la encontraba con él allí sería demasiado.

—No me jodas tú a mí y desaparece debajo de la cama —gruñó.

Aunque molesto, Lucas hizo por fin lo que ella le pedía y, una vez que estuvo escondido, Menchu abrió la puerta.

—¿Por qué cierras la puerta? —preguntó Eva, entrando en el cuarto.

Ella miró a su amiga y, conteniendo los nervios que sentía, respondió:

—Porque Tomi se cuele en él sin importarle si estoy vestida o no.

Eva sonrió. En eso tenía razón. Y, mirándola, señaló:

—Tienes el *walkie* apagado, Pichona.

Menchu se puso en alerta. No quería que hablara sobre el tema delante de Lucas, y enseguida preguntó:

—¿Qué vas a ponerte esta noche?

—El vestidito azulón que me compré el otro día, ¿y tú? —respondió Eva.

—El plateado que me regaló Tomi —comentó ella, fingiendo normalidad.

—Uoooo, chica... —exclamó su amiga—, ¡esta noche te piropean seguro!

Ambas rieron, y entonces Menchu, pensando qué hacer para sacar a Eva de allí, expuso:

—Pasa conmigo al baño porque tengo un problemón.

—¿Qué problemón?

Aparentando agobio, Menchu explicó:

—Tengo dos maquillajes de distinto tono y no sé cuál ponerme.

Su amiga la siguió encantada, y cuando cerraron la puerta, Lucas salió de inmediato de debajo de la cama y, sin hacer ruido, regresó a su cuarto, consciente de que Menchu lo estaba pisoteando a base de bien.

## Capítulo 66

Esa noche, durante la cena, Lucas y Menchu ni se miraron.

Cada uno estuvo a lo suyo, hasta que, horas después, en el local adonde fueron a tomar unas copas, el policía no pudo más, y, tras ver cómo un tipo se acercaba a ella para decirle algo al oído, se puso a su lado y ella, fijando la vista en él, preguntó:

—¿Qué haces?

Sin moverse, él echó una ojeada al tipo y respondió:

—Bastante tengo con Nacho como para soportar a otro gilipollas.

A la joven le hizo gracia su comportamiento y, encogiéndose de hombros, indicó:

—Y luego me llamas a mí *rarita*.

Instantes después, cuando Noelia y Eva regresaron de la pista de bailar con sus parejas, se los quedaron mirando, y Lucas, al ver sus gestos de desagrado, explicó:

—Ese tipo estaba siendo desagradable con Menchu; ¿acaso no puedo ayudarla a ahuyentar a los moscones porque sea la prometida de Nachito?

Las chicas asintieron, mientras Juan y Damián miraban hacia otro lado. Estaba claro que Lucas no lo estaba llevando bien.

Entonces Menchu, con aparente tranquilidad, dijo dirigiéndose a él:

—Anda, venga. Por salvarme del moscón, te invito a bailar. A ver si así se fija en ti alguna churri pechugona de largas piernas y cambias esa cara.

Noelia y Eva sonrieron, les encantaba sentir a Menchu fuerte y segura, pero entonces Lucas respondió:

—No soy un mono de feria para que me exhibas. Además, yo no bailo estas

polladitas románticas.

Divertida, Menchu torció el gesto y cuchicheó con chulería, dirigiéndose a sus amigas:

—Como mono de feria, no tiene precio.

Lucas parpadeó, miró a sus amigos y, cuando iba a contestar, ella, con el desparpajo que sus amigas le exigían con los ojos, exclamó:

—¡Creo que he visto a un amigo de Nacho!

Al ver cómo Eva y Noelia reían, el policía maldijo. Cuando se comportaba de aquella manera, Menchu lo desconcertaba.

Segundos después se les acercaron Carlos y Laura, y esta última, mirando a Noelia, dijo:

—Tenías razón, el tipo del fondo es Tom Cruise.

Carlos sonrió y cuchicheó a su mujer:

—Pero mi churri sólo tiene ojos para mí.

—Por supuesto —afirmó Juan divertido, haciéndolos reír a todos.

Ignorando a Lucas, todos comenzaron entonces a hablar, y él se sintió fatal.

¿Por qué había desaprovechado la oportunidad de bailar con ella?

¿Acaso era tonto?

El tipo que segundos antes se había acercado a Menchu volvió a hacerlo, e, incapaz de quedarse de brazos cruzados, Lucas la cogió de la mano con decisión y dijo alto y claro para que todos lo oyeran:

—De acuerdo, chulita. Salgamos a la pista y bailemos para que otras mujeres se fijen en mí y se mueran por bailar conmigo.

Quienes rieron ahora fueron Damián y Juan, y, cuando aquellos dos se fueron, Eva cuchicheó:

—Qué creído se lo tiene Mariliendre.

—Y tanto —afirmó Noelia.

\* \* \*

Una vez en la pista, lejos de sus amigos, comenzaron a bailar la canción *You & I*, de Avant, y Lucas, mirando a aquella que lo estaba haciendo comportarse como un crío, murmuró:

—Si ese tipo vuelve a acercarse a ti una vez más, le parto la cara.

Menchu sonrió. Sentir que era protector con ella le encantaba, pero, mirándolo, repuso:

—Olvídate de partir caras, Gordunflas.

Lucas sonrió finalmente al oírla, y murmuró:

—Qué bien lo pasamos, ¿verdad?

Recordando los días pasados en Cádiz, donde fueron ellos dos sin problemas, ella afirmó:

—Sí. La verdad es que sí.

Él la miró. En sus ojos veía que todavía sentía algo. Quizá todo no estaba perdido, e insistió:

—Todo podría volver a ser así, si tú quieres.

Evitando mirarlo, o lo besaría allí mismo, Menchu musitó:

—Corta el rollo, que te conozco.

De nuevo, la frialdad.

Cada vez que ella mostraba esa parte fría e irreverente lo sacaba de sus casillas, pero calló. Era lo mejor.

Luego, viendo que el tipo del fondo seguía mirando a Menchu, bufó:

—Ese gilipollas no tiene por qué acercarse a ti y decirte cosas al oído; pero ¿quién coño se ha creído que es?

—Tranquilízate. ¿Por qué estás tan nervioso?

La impaciencia al geo le podía. Aquella incertidumbre lo estaba matando, e indicó:

—Yo no soy tú. No tengo tu paciencia y...

—Cállate y disfrutemos de la música —lo cortó ella.

Durante varios segundos, bailaron en silencio la sensual y divina canción mientras evitaban mirarse a los ojos para no besarse, hasta que Lucas, resoplando, murmuró:

—Yo no valgo para esto.

—¿Para qué?

—Para disimular.

Menchu sonrió. Durante años, ella había tenido que valer para eso y para mucho más y, cuando notó que las manos de él la pegaban por completo a su cuerpo, lo detuvo e, intentando frenar el momento, cuchicheó:

—Eh, para...

—Joder, ¿por qué?

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, la joven respondió:

—Porque que tú y yo lo pasemos bien en la cama no quiere decir que las cosas vayan a cambiar.

Al oír eso, el geo la miró.

—Yo no comparto, Menchu. Tienes que decidir si estás conmigo o con él.

Ella no respondió. No podía. Pero él insistió:

—Y me toca las narices que Nacho sea tu acompañante en la fiesta de Tomi. ¿Por qué no les dices que ahora estás conmigo?

Ella tampoco compartía, pero, dispuesta a que él aprendiera a recibir de su propia medicina, replicó:

—Porque no estoy contigo.

Ceñudo por lo difícil que se lo estaba poniendo a pesar de lo mucho que se estaba dejando pisotear, Lucas preguntó:

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¡¿Sí?!

Menchu resopló y, al ver que sus amigas los observaban, contestó:

—Vamos a ver, Lucas. El sexo entre nosotros es increíble. Me has dicho cosas preciosas que nunca pensé que serías capaz de decir, pero de eso a que estemos juntos... ¿No crees que va un mundo?

A él se le estaba acabando la paciencia, y siseó:

—¡Joder! ¿Me estás rechazando de nuevo?

—Estoy siendo sincera contigo, nada más.

Al policía le faltaba sólo un segundo para saltar por los aires cuando Menchu, con una frialdad que le salió del alma, murmuró:

—Lucas..., te recuerdo que esto es lo que es.

Según dijo eso, con el corazón a mil, regresó junto a sus amigas. Al ver cómo él se quedaba con gesto hosco en medio de la pista, ellas sonrieron y, cuando Menchu llegó a su lado, Eva le preguntó:

—¿Qué le pasa al troglodita?

La joven, con la boca seca por lo que había tenido que decir, dio un trago a su bebida y, mirando a aquéllas, que la observaban, indicó:

—Que se cree el rey del corral, cuando tan sólo es un pollo más.



Eva y Noelia sonrieron. Sin duda Menchu lo estaba haciendo fenomenal.

Enfadado por las palabras de aquélla, Lucas regresó con sus amigos y, al verla hablando animadamente con las chicas, se apoyó en la barra.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Juan.

Lucas dio un trago a su bebida y respondió:

—Que yo no tengo paciencia para esto. Eso es lo que ha pasado.

Su amigo sonrió, y Damián, que lo había oído, dijo mirándolo:

—Amigo..., la paciencia no debe faltarte para conquistar a una mujer. No puedes pretender que Menchu olvide todo lo que ha ocurrido de un plumazo. Ellas tienen un estupendo ordenador de última generación en la cabeza que hace que no olviden nada de lo que les dolió en el pasado.

Juan asintió. Damián tenía más razón que un santo y, viendo a su mujer cuchichear con aquéllas, preguntó al notar que Menchu los miraba con disimulo:

—Lucas, tú ya le has dicho lo que sientes por ella, ¿verdad?

—Sí —respondió él, omitiendo lo de fugarse a Las Vegas.

—Pues entonces mi consejo es que le des tiempo —añadió Juan—. Ella decidirá.

El geo asintió.

El tiempo, la paciencia y sus sentimientos lo estaban descabalandando como nunca en su vida, por lo que decidió hacer caso de sus amigos y no volvió a acercarse a Menchu.

\* \* \*

Esa madrugada, cuando llegaron, una vez que la casa quedó en silencio, Menchu sintió que necesitaba estar con Lucas y esperó a que él fuera a su habitación.

Pero el tiempo pasaba, pasaba..., pasaba, y él no acudía.

Recordar las cosas que le había dicho aquel día abriendo por completo su corazón la tenía totalmente descolocada, y decidió ser ella la que diera el siguiente paso. Así pues, sin dudar, salió de su habitación y fue a la de él con sigilo.

Al entrar, lo halló sentado en la cama. Sus ojos se encontraron, y él dijo:

—Si no hubieras venido en cinco minutos, iba a ir yo.

Ella sonrió y, caminando hacia el hombre que adoraba, se tumbó sobre él, y con mimo y deseo se hicieron el amor.

## Capítulo 67

El día siguiente fue una locura para Lucas y Menchu.

Durante el día se hablaron poco, aunque en algún momento intentaron encontrarse en algún rincón de la casa donde besarse como locos, y por la noche esperaron a que todos se durmieran para visitar la habitación del otro.

Menchu, consciente de que estaba jugando a un juego muy peligroso, cada vez se sentía peor. Mentirle a Lucas era cada día más complicado, y temía su reacción cuando se enterase de la verdad.

Pero si de verdad él la quería como decía, ¿debía temer algo?

La mañana del cumpleaños de Tomi, éste estaba como loco. El timbre de la puerta sonaba constantemente y no paraban de llegar ramos de flores y regalos.

—Por Dios —se mofó Eva—, pero si la cocina parece una floristería.

Feliz, él leyó la tarjeta del último ramo recibido y, dejándolo junto a los otros, cuchicheó:

—Es de Gerard Butler. ¡Me adora!

Al oírlo, Eva lo miró expectante, y él afirmó:

—Sí. ¡Vendrá!

Contenta, ella estaba dando saltos de alegría cuando Damián entró y, al verla, preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Divertida, la joven respondió, mientras le guiñaba un ojo a Tomi:

—¡Estoy estirándome para la fiesta!

Damián sonrió. Su chica era tremenda.

Entonces Peter entró acompañado de Menchu y Noelia, y Tomi cuchicheó, mirándolos:

—Hola, *my loveeeeeeeeeee*.

Peter le dio un beso en los labios a su amor. Tomi lo era todo para él, y con una sonrisa cómplice, tras mirar a las chicas, anunció:

—Cariño, tu regalo te espera en la entrada.

Sorprendido, él se llevó las manos al cuello y preguntó:

—¿Tan grande es?

Peter sonrió y, guiñándole el ojo, indicó:

—Ve y tú mismo lo verás.

Encantados, todos se dirigieron a la entrada, donde estaban Lucas y Juan, y Tomi, al verlos, susurró con una sonrisa:

—Si me vais a hacer un *striptease, please!*, traedme una silla, porque creo que me voy a desmayar.

Todos rieron, y entonces Lucas, que tenía las manos a la espalda, las alzó hacia él, y Tomi, al ver aquella bolita blanca de pelo, tembló y murmuró:

—¡Noooooooooooooooooooo..., que me lo comooooooooooooo..., que me lo comooooooooooooo!

Ante él tenía el cachorro de pomerania blanco que siempre había deseado y, acercándose, se lo cogió con delicadeza a un sonriente Lucas.

—Ahora —indicó Menchu— ya puedo contarte que lo que tú veías como un ligoteo entre Harry Goodman, el camarero, y Peter no era para nada lo que imaginabas. Harry y su marido tienen dos pomerania blancos e iban a tener cachorritos, y Peter se interesó por ellos para regalarte uno a ti.

Emocionado, Tomi abrazó a su nuevo bebé y, mirando a Peter, murmuró:

—*I'm sorry..., I'm sorry..., I'm sorry* por pensar tonterías.

Su chico sonrió y, acercándose a su amor, volvió a besarlo. Luego, tocando la cabecita del cachorro, señaló:

—No te cambiaría por nadie, cariño. Y siento mucho que sufieras esos días.

Enternecido por las palabras de Peter, su amor y su pianista preferido, Tomi lo abrazó y luego este último dijo:

—Es una bebita, a la que falta que le pongas nombre.

—*Marilyn...* Se llamará *Marilyn*, en honor a la Monroe —afirmó él.

Pero, al abrazar de nuevo a la perrita, algo chocó contra su cara y, al mirar y ver lo que vio, se quedó perplejo; entonces Peter lo cogió y, arrodillándose ante el hombre de bata dorada, declaró:

—Cariño, sé que estos días, rodeados de tanto amor, me has confesado algo que yo nunca imaginé, y por eso, y porque te quiero como nunca voy a querer a nadie, deseo preguntarte si me harías el honor de casarte conmigo y ser mi marido.

Eso fue una sorpresa para todos, y más para Tomi, al que estuvo a punto de caérsele el cachorro de las manos a causa de la impresión.

Noelia, al ver el nerviosismo de su primo, se apresuró a cogerle a *Marilyn*. Tomi, que nunca se quedaba sin palabras, se arrodilló junto a Peter y, dejándose poner aquel anillo de diamantes tan espectacular, respondió sin dudarle:

—*My love*, ¡claro que quiero casarme contigo!

De nuevo, la pareja se abrazó con un «¡Ohhhh!» general de todos, que aplaudían encantados, mientras Lucas y Menchu se miraban y sonreían. Sin duda, aquel momento se les quedaría clavado en el corazón.

\* \* \*

Veinte minutos después, Tomi seguía como en una nube.

Ya no le importaba su cumpleaños, ahora le importaba su boda, y estaba hablando sobre ésta cuando llamaron a la puerta y llegó el servicio de catering.

A partir de ese instante, todo se volvió un caos.

Histérico, Tomi no paraba de dar órdenes con su *Marilyn* en brazos, mientras todos intentaban ayudarlo para que su fiesta, un año más, fuera todo un éxito.

A las seis de la tarde, una vez que estuvo todo listo, Menchu entró en su cuarto para ducharse y, al hacerlo, comprobó que Lucas la esperaba dentro.

Un beso...

Dos...

Siete...

Besarse se había convertido en lo más deseable del mundo, y él la miró y dijo, sabiendo que en breve Nacho estaría allí:

—Decidí abrirte mi corazón porque vales la pena. Eres sincera, cariñosa, noble... Eres lo mejor que me ha pasado, y tengo una gran necesidad de compartir un futuro contigo. Yo no puedo ofrecerte diamantes, ni yates, ni casas en Aspen o en Canadá. Pero sí te prometo magia, cariño, felicidad y, si no es así..., espero que me abras la cabeza. —Ambos sonrieron, y él añadió—: Ahora

sólo quiero que lo pienses, que lo valores, y que, cuando aparezca Nacho, tengas muy claro si lo quieres a él o me quieres a mí.

Boquiabierta, ella lo miró. El romanticismo era algo que nunca habría esperado de Lucas, pero, tras lo que había dicho, estaba claro que era romántico, y mucho.

Segundos después, tras un último beso, él murmuró:

—Ahora te dejo. Te veo en la fiesta.

Y, dándole otro rápido beso, se fue dejando a Menchu sin palabras.

Después de ducharse, la joven se alisó el pelo con la plancha de Tomi y se puso el vestido negro que habían comprado tiempo atrás y, al ver que se le ajustaba como un guante, sonrió.

Sin dudarlo, se colocó unos pendientes grandes y el collar de piedras rosáceas que su amigo le había regalado y, en cuanto acabó, se miró en el espejo y, contemplando el bonito anillo que llevaba en el dedo, susurró:

—Hoy es la noche. Tiene que ser la noche.

Nerviosa, tras acabar de maquillarse, se puso sus zapatos negros de tacón y, cuando salió del cuarto, se cruzó con Juan, que, mirándola, silbó y musitó:

—Madre mía, Menchu, ¡estás espectacular!

Con una sonrisa, la joven se lo agradeció y, guiñándole el ojo, prosiguió su camino.

Los invitados comenzaron a llegar y, encantada, ella ayudó a Tomi y a Noelia a recibirlos.

Haber estado aquellos últimos meses viviendo allí había hecho que ya conociera a muchas de aquellas personas que entraban en casa y la saludaban con auténtico cariño.

Lucas, por su parte, tras darse una ducha que lo ayudó a templar sus nervios, y escuchar divertido las correrías de Emilio con la chica con la que había estado en los últimos días, se vistió con un pantalón gris claro y una camisa negra.

Estaba mirándose en el espejo cuando Damián entró en la habitación y los tres comenzaron a hablar de sus cosas.

Una hora después, cuando el trío bajó a la fiesta, la casa estaba llena de gente, y Emilio murmuró, al ver a unas preciosas chicas:

—Madre mía..., qué muñequitas.

Damián y Lucas sonrieron, y Juan, acercándose a ellos, comentó:



ya intuía que estaba preciosa.

Con delicia, recorrió con la mirada aquella espalda que el escote del vestido mostraba, y se excitó al pensar en cómo se lo quitaría mientras sus manos recorrían su sedosa piel.

Estaba atontado mirándola e imaginando cuando, de pronto, ella se puso en pie y, levantando los brazos, se abrazó y se besó con el recién llegado, que no era otro más que Nacho.

Lucas se puso tenso de inmediato.

Sintió el impulso de ir a partirle la cara, pero, en vez de eso, se quedó donde estaba y, refrenándose, observó cómo Menchu reaccionaba ante aquél, y su cabreo aumentó al ser consciente de cómo se cogían de las manos y hablaban entre risas.

Estaba agarrándose al borde la barra cuando Juan, que lo miraba a su lado, musitó:

—Tranquilo, y cambia esa cara.

Lucas cogió aire y le hizo caso, pero, en cuanto aquéllos desaparecieron de la vista de todos, le entró un no sé qué por el cuerpo y, cuando se disponía a seguirlos, su amigo lo detuvo.

—No. Ni se te ocurra.

Lucas cerró los ojos.

Perderlos de vista y no saber qué podían hacer lo martirizaba, aunque algo en él le decía que tenían que hablar. Menchu debía reaccionar.

\* \* \*

Nacho y Menchu entraron en la habitación, y él afirmó, mirándola:

—Estás preciosa, ¡despampanante!

—Gracias. —Ella sonrió.

Pero el mexicano, que ya la iba conociendo, preguntó al ver su gesto:

—¿Qué te ocurre?

Ella cerró la puerta sin soltarlo de la mano. Luego lo dirigió al baño para más seguridad y, una vez que hubo cerrado también la puerta, respondió:

—Ay, Nacho..., que Lucas se me ha declarado.

—¡Nooooo!



—Me ha dicho cosas tan bonitas que jamás pensé que algo así podría salir de su boca, y yo... yo... no he podido resistirme.

Sin sorprenderse mucho, él sonrió. Lucas había hecho lo que tenía que hacer.

—Pero eso es fantástico, ¿no?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó extrañado.

La joven negó con la cabeza y, mirándolo con cara de circunstancias, cuchicheó:

—A pesar de lo que me ha dicho, no le he contado la verdad.

—María..., pero ¿a qué esperas?

La joven cerró los ojos y, cuando los abrió, susurró descolocada:

—Sólo lo sabes tú. Me da pánico contárselo a Noelia y a Eva.

Divertido, Nacho la miró.

Estaba claro que Lucas no había perdido el tiempo, como había supuesto que haría, y tampoco le había hablado de su encontronazo.

—Escúchame, María —dijo, sentándose en el borde de la bañera—. Aquí lo importante eres tú y lo que tú deseas. Lo que piensen Noelia y Eva es secundario, porque se trata de tu vida, de tus sentimientos y de tu amor, ¿entendido?

La joven asintió y, retorciéndose las manos, murmuró:

—Pero estoy confusa, terriblemente confusa, porque no sé si lo que le ocurre es porque sabe que estoy contigo o porque lo siente de verdad. ¿Y si cuando regresemos a España y tú no estés vuelve a ser el mismo de siempre?

Nacho no supo qué responder, y entonces ella insistió:

—¿Y si le digo que lo nuestro es mentira y...?

—Si de verdad te quiere, lo entenderá.

Menchu resopló. Lucas era muy orgulloso, y más tal y como se había abierto a ella, por lo que no las tenía todas consigo.

—Todos los días me pide que me olvide de ti —afirmó—. Todos los días me recuerda lo especial que soy para él y...

—María —la interrumpió—, ¿y por qué no le has dicho que tú sientes lo mismo que él?

—Porque no sé cómo hacerlo. Se supone que organizamos esta mentira para separarlo de mí, pero, incomprensiblemente, el efecto ha sido el contrario.

—Ya te dije yo que te miraba de una manera especial —se mofó él.

Menchu sonrió. Sin duda, Nacho tenía ojo para aquello.

—Estoy muy agobiada —declaró.

—¿Por qué?

—Porque, por un lado, está él y, por otro, mis amigas. Y siento que, haga lo que haga, decepcionaré a alguno de ellos.

Nacho la entendía. Su posición no era fácil, pero, consciente de algo, dijo:

—Pero es a ti misma a quien no debes decepcionar. Ellas, con toda su buena intención, intentaron ayudarte. Deben entender que tú eras la que estaba en el medio y la que sin duda debía decidir. Mira, María, el amor es magia, y cuando esa magia se siente por ambas partes, sería muy tonto desaprovecharla.

Angustiada por ver hasta dónde había llegado aquel jueguito de la mentira, la joven se sentó junto a Nacho y, mirándolo, murmuró:

—¿Crees que debo arriesgarme?

—Sin duda. Como asegura el dicho, el que no arriesga no gana, y la magia del amor es para vivirla y disfrutarla.

Ella sonrió y, a continuación, quitándose el precioso anillo de diamantes, señaló:

—Esto es tuyo.

El mexicano miró la joya, y ella insistió:

—No. No me la voy a quedar. Cógela o te juro que la tiro por la ventana.

Él sonrió y, cogiendo la sortija, se la metió en el bolsillo. Luego, tras besar a Menchu en la mejilla, susurró:

—Sólo espero que el tal Lucas te haga muy feliz o, de lo contrario, se las verá conmigo.

Ambos sonrieron. Hablar entre ellos siempre era fácil; a continuación ella asintió:

—De acuerdo. Esta noche hablaré con él. Creo que se merece una explicación.

Nacho le cogió la mano y, besándole los nudillos, afirmó:

—Pero, hasta que hables con él, ¿qué te parece si lo pasamos de lujo?

Diez minutos después, felices y divertidos, Menchu y Nacho bailaban, hablaban y se divertían cogidos de la mano mientras Lucas los observaba y se encendía más y más a cada segundo que pasaba.

## Capítulo 68

La fiesta estaba siendo un auténtico suplicio para Lucas.

Ver a Menchu, tan bonita, divirtiéndose con aquél le estaba resultando muy complicado y, si no hubiera sido por sus amigos, sin duda habría aflorado su lado macarra.

Pero cuando Emilio bebió más de la cuenta y comenzó a ponerse patoso con las mujeres, con la ayuda de Damián, Lucas lo llevó a la habitación, donde permaneció durante horas ocupándose de aquel idiota mientras intentaba evitar que regresara abajo y la liara.

Sobre las cuatro de la madrugada, cuando su amigo se durmió, Lucas volvió al salón. Los últimos invitados se habían marchado, y ya quedaban únicamente los amigos de siempre y Nacho.

Al verlo tras haber estado toda la noche desaparecido, Menchu se acercó a él con sutileza y le preguntó:

—¿Por qué no has bajado antes?

Lucas la miró. Las dos veces que había bajado la había visto bailando muy divertida con Nacho, y con dureza respondió:

—¿Para qué? Por lo que he visto, te lo estabas pasando muy bien.

Menchu suspiró.

¿Por qué siempre tenía que ser todo tan difícil con él?

Tomí seguía subido en su nube particular, como él decía, y Noelia, tras un gesto de sus amigos, sonrió y, tendiéndole algo al cumpleaños, declaró:

—Y éste es el regalo del grupo. Esperamos que te guste.

Él lo cogió excitado, lo abrió y vio una foto de todos junto con un vale que decía:

*Vale por una luna de miel de dos semanas en el sitio que tú quieras.  
Te queremos.*

Emocionado, se llevó una mano a la boca y murmuró:

—*I love you! I love you..., I love you..., I love you...*

Todos rieron, y Nacho añadió:

—Y a eso tenéis que sumarle mi jet privado para que os lleve y os traiga.

Tomi y Peter se miraron encantados por su maravilloso ofrecimiento, pero Lucas, hastiado y tremendamente cabreado, soltó:

—Hombre..., no podía faltar su jet privado.

Su comentario burlón hizo que todos lo miraran, y Eva replicó:

—¿Y a ti qué te pasa?

A pesar de ver la reacción de Lucas y cómo Nacho la miraba animándola a que lo cogiera de la mano, se lo llevase y hablase con él, Menchu no se movió.

—¿Tienes algo que objetar a mi regalo? —inquirió el cineasta tomando la iniciativa, al ver que Menchu no reaccionaba.

Lucas se levantó y, acercándose a él, replicó:

—La verdad es que sí.

Pero, antes de que nadie pudiera hacer nada, el geo le soltó un rechazazo que hizo que el mexicano cayera sobre los sofás mientras siseaba:

—Te dije que o se lo decías tú o se lo decía yo y, por lo que veo, no se lo has dicho, ¿verdad?

Nacho, enfadado porque aquél le hubiera partido el labio otra vez, al ver la sangre en su boca, se lanzó contra él, haciendo que las chicas y Tomi chillaran.

Como pudieron, Juan y sus compañeros se metieron entre ellos para separarlos, pero Lucas estaba fuera de sí.

Ya no podía más.

Su límite de tolerancia, de paciencia..., de todo, ¡se había acabado!

Llevaba toda la noche sufriendo al comprobar que ella no lo buscaba, que sin duda ya había elegido con quién quería compartir su vida, y eso había terminado de calentarle la sangre. Así pues, cuando Juan lo sujetó, mientras Carlos contenía a Nacho, Lucas gritó:

—¿Le has dicho a ella que se la estás pegando con otra mujer?!

Menchu, descolocada, abrió mucho los ojos, y entonces Lucas, mirándola, añadió:

—Aquí, el que te regala diamantes, el que quiere casarse contigo, se lo pasa estupendamente con otra en un hotel..., ¿te lo ha dicho?

La joven no supo qué responder, y Nacho, molesto, siseó:

—Lo que yo hable o no hable con ella no es asunto tuyo.

De nuevo, los dos titanes se enzarzaron, tirando por tierra vasos, platos y mesas.

Horrorizado, Tomi chilló al tiempo que Peter lo apartaba para que aquellos brutos no lo lastimaran.

El salón se convirtió en un campo de batalla mientras todos intentaban frenar a aquellos dos, que se peleaban, hasta que al final Menchu gritó:

—¡Basta! ¡Basta ya!

Pero nadie le hacía caso; una vez más, los chicos consiguieron parar la pelea, y Eva, enfadada, exclamó, mirando a Lucas:

—¡Eres una mala bestia! ¿Has visto lo que has hecho?

—Por el amor de Diorrrr..., ¡cuánta testosterona junta! —gruñó Tomi, refiriéndose a aquellos dos.

Lucas miró a Nacho, que era atendido por las mujeres, y cuando iba a decir algo, Noelia le espetó:

—Lucas, eres un bruto.

Desconcertado porque aquéllas no se sorprendieran por lo que acababa de soltar con respecto a lo que había descubierto, iba a hablar cuando Damián intervino:

—Lucas acaba de decir que ese tipo se la está pegando a Menchu con otra, ¿y os ponéis de su lado?

—Madre mía..., madre mía... —susurró Tomi horrorizado.

Descolocada por lo ocurrido, Menchu no podía moverse de donde estaba. Su cuerpo había entrado en estado de *shock*.

—¿Y hay que hacerle caso a un tipo como Lucas? —replicó Noelia—. ¡Por favor, lo que hay que oír!

—¡¿Qué?! —bramó él ofendido.

Juan, sorprendido al oír aquello de su mujer, dio un paso adelante y gruñó:

—El que no entiende aquí nada soy yo.

Para echarle una mano a su cuñada, Eva afirmó entonces:

—Mira, lo que está claro es que Lucas, al ver que Menchu está enamorada de

Nacho, la ha tomado con él. ¿O es que no te das cuenta?

Al ver que su mujer iba a decir algo, Carlos la miró y ésta calló. Era mejor que no se metiera.

—Y mira —prosiguió Eva—, prefiero que mi amiga esté con un hombre como Nacho a verla con un macarra como Lucas.

—¿Aunque la engañe? —preguntó Juan sorprendido.

Lucas maldijo. Que hablaran de él lo estaba sacando de sus casillas, pero que lo cuestionaran ya era el colmo de los colmos. Sin embargo, cuando iba a protestar, Damián preguntó molesto, mirando a su chica:

—¿En serio el dinero lo vale todo?

A partir de ese instante, todo el mundo empezó a hablar, a opinar, a gritar... Todos menos Lucas, Menchu y Nacho, que escuchaban en silencio cuanto se decía a su alrededor.

Juan se encaró con su mujer; Damián, con Eva. Cada uno defendía su postura con tanta convicción que finalmente Menchu no pudo más y gritó:

—Es mentira. ¡Todo es mentira!

—*Oh, my God...* —cuchicheó Tomi asustado.

Las palabras de Menchu atrajeron la atención de todos, y Juan le preguntó:

—¿Qué es mentira?

La joven se retiró el pelo de la cara y respondió:

—Que Nacho y yo estemos juntos. Es mentira.

—¡¿Qué?! —exclamó Lucas descolocado.

Menchu, fuera de sí y con todos los ojos fijos en ella, prosiguió, mirando al hombre que adoraba:

—Quería desengancharme de ti. Necesitaba hacerte ver que yo también puedo enamorarme de otra persona y ser feliz. Por eso, cuando las chicas y yo urdimos un plan para...

—¿Que urdisteis un plan? —preguntó Juan boquiabierto.

Noelia, al ver que todo se estaba destapando, declaró, clavando la vista en su marido:

—Nos inventamos que Nacho y ella tenían algo para...

—¡¿Qué?! —gruñó Damián, mirando a Eva.

De nuevo se desató el caos en el salón, mientras Tomi se abanicaba con la mano al borde del desmayo.

Todos hablaban.

Todos gritaban.

Todos opinaban, hasta que Lucas, mirando a una desencajada Menchu, le soltó:

—Yo, abriéndote mi corazón, diciéndote todas las gilipolleces románticas que siempre quisiste oír, y tú..., ¿riéndote de mí con tus amigas?

Menchu se apresuró a negar con la cabeza.

—No. Ellas no saben nada.

Al oírla, Eva parpadeó y preguntó sorprendida:

—¿Que no sabemos qué?

Menchu cerró los ojos.

Aquello se le había ido de las manos; entonces Juan, consciente de lo que ocurría, siseó con la voz cargada de furia:

—En resumidas cuentas, nosotros ayudando a Lucas a que conquistara a Menchu, y vosotras, alejándola de él.

Noelia, boquiabierta al oír a su marido, preguntó:

—¿Que vosotros habéis ayudado a Lucas? ¿A qué?

—A conquistar a Menchu..., ¿estás sorda? —repitió Juan.

—Por el amor de *my life*... —dijo Tomi, tapándose la boca.

Instantes después, Juan y Noelia comenzaron a discutir, mientras Menchu y Lucas se miraban sin hablar y Nacho resoplaba. Sin duda, allí se estaba liando una buena.

Damián, junto a su amigo, se fijó en su chica, que los observaba con gesto hosco, y cuando fue a hablar, ella le espetó:

—¿Has estado ayudando a ese cenutrio a que conquistara a Menchu?

—Sí, y no es un cenutrio —replicó Damián.

Desconcertado por todo, al ver el cariz que estaba tomando la situación, Lucas se disponía a intervenir cuando Eva siseó, señalándolo.

—Y tú no pienses que vas a ser el padrino de mi boda, porque si...

—Pues no habrá boda. Se cancela desde este mismo instante —sentenció Damián, quitándose el anillo y dándoselo de malos modos.

Al decir eso, todos se callaron en el salón, y Lucas murmuró, dirigiéndose a su amigo:

—Deja de decir gilipolleces, Damián.

Pero aquél, enfadado, miró a una descolocada Eva y afirmó:

—Te quiero, pero hay ciertas cosas que no voy a permitir ni a ti ni a nadie.

Todos lo miraron, y cuando Juan iba a intervenir, él añadió:

—La otra vez me rechazó ella. Esta vez la rechazo yo.

—¿La otra vez? —preguntó Noelia sorprendida.

—¿Qué otra vez? —murmuró Laura.

—¡Qué *scandal!* —farfulló Tomi, sentándose en el sofá.

Eva suspiró y, al ver cómo todos la contemplaban a la espera de una explicación, musitó:

—Cuando me fui a Argentina fue porque Damián me pidió que me casara con él y yo lo rechacé.

—*Oh-my-God!* —gritó Tomi, y, dirigiéndose a Peter, cuchicheó—: Creo que me estoy mareando.

—Tranquilo, cielo. Tranquilo —susurró aquél.

—¡¿Qué?! —gruñó Juan, y, mirando a su hermana, masculló—: ¿Y por qué me dejaste creer que lo habías pillado tonteando con otra mujer?

—Eso se lo inventó él. Fue cosa suya —replicó Eva.

Todos observaron a Damián, y como éste no respondía, Lucas aclaró:

—Prefería que pensarais eso a que supierais la humillación que vivió. Bastante tuvo con su rechazo y con su marcha como para que, encima, cualquiera de vosotros se enterara de la verdad.

—¡Joder, macho..., yo lo flipo! —remugó Carlos.

Todos se miraban sin dar crédito; entonces Lucas añadió, dirigiéndose a Nacho:

—Siento ser tan bruto y haberte golpeado hoy y el otro día.

—¿Qué otro día? —preguntó Carlos.

Nacho sonrió y musitó:

—Espero que mi golpe en las costillas te demostrara que yo también sé golpear.

—No me jodas —farfulló Juan, recordándolo.

Al oír eso y saber a cuándo se refería, Menchu soltó:

—¿Y por qué no me lo dijisteis?

Nacho se encogió de hombros y repuso:

—Olvídate de eso y habla con Lucas.



Ella asintió y, cuando miró al aludido, éste dijo, levantando las manos:

—No. Ahora no tengo capacidad para hablar contigo.

—Lucas..., escucha...

Pero el policía, dando un paso atrás, le espetó delante de todos:

—Te abrí mi corazón..., ¿y tú has estado riéndote de mí?

—No, Lucas..., te juro que...

Él no la creía.

—Lo has pasado bien con tus amiguitas, ¿verdad?

Noelia y Eva se miraron, y la primera dijo:

—Ella no nos contó nada.

Lucas sonrió, no podía creerlas, y preguntó a Tomi:

—¿En serio que tú tampoco te fuiste de la lengua después de lo que viste?

El cumpleaños, al recibir las miradas de sus amigas, suspiró e indicó:

—Pues no..., ¡he estado bien calladito! Y ni te imaginas lo que me ha costado.

—Anda, que ya os vale —protestó Eva dirigiéndose a Lucas y a Menchu.

Él sonrió con amargura y, con gesto cansado, murmuró, al ver que la mujer de Juan iba a decir algo más:

—Noelia, ¡ya basta! Puedes creer que soy tonto, pero te aseguro que no me chupo el dedo.

—No les expliqué nada. Te lo juro, tienes que creerme —insistió Menchu.

Un extraño silencio se hizo entonces en el salón.

El bonito día de cumpleaños había acabado fatal, y Juan, tomando las riendas, dijo a su amigo:

—Creo que Menchu y tú tenéis que hablar.

Lucas quería negarse, pero le resultó imposible.

Con la ayuda de Nacho, Juan sacó entonces a todo el mundo del salón y, cuando se quedaron solos Menchu y Lucas, ella le aseguró:

—Te prometo que lo que ocurrió entre nosotros sólo lo sabíamos tú y yo.

Él no respondió nada, sólo la miró, y ella, nerviosa, insistió:

—Lucas, creo que...

El policía se movió y, sin dejarla hablar, replicó:

—Estoy tan saturado de todo ahora mismo que lo mejor es que no diga nada.

Ella suspiró y, entendiendo lo que decía, murmuró:

—Sólo necesito que sepas que te quiero, que este vestido me lo he puesto por ti y no por él, y que le he devuelto el anillo porque te escogí a ti.

Lucas la miró. Vio que aquel anillo ya no estaba en su dedo, pero, incapaz de razonar, siseó:

—Menchu, me conozco y sé que soy un *bocachancla* cuando estoy enfadado, y te aseguro que ahora mismo lo estoy y mucho. Por tanto, pospongamos esta conversación para otro momento en el que sea capaz de razonar, ¿de acuerdo?

Sin querer llevarle la contraria, a pesar de la necesidad que sentía de hablar con él, la joven asintió. Más tarde, después de un rato en el que ambos permanecieron en silencio, sin tocarse, ni mirarse, Juan entró en el salón seguido de todos y, mirándolos, dijo con el teléfono en la mano:

—Es mi padre.

—¿También tu padre quiere opinar sobre esto?! —gritó Lucas malhumorado.

Juan no se lo tomó a mal. Sabía lo nervioso que estaba su amigo y, dirigiéndose a Menchu, indicó:

—Debes regresar urgentemente a España. Ha ocurrido algo en la casa de tus abuelos por culpa de tu tía Petra.

Menchu cerró los ojos. Procediendo de aquella mujer, sin duda no sería nada bueno.

—Llamaré al aeropuerto para que preparen mi jet privado —dijo entonces Nacho, saliendo del salón junto a Peter.

La joven asintió y, mirando a Lucas, iba a decir algo cuando éste le soltó:

—Ya lo has oído. Vete en su *jet privado*.

—Lucas...

—¡Márchate! —espetó él.

Oírlo decir eso con tanta rabia le partió el corazón, y Noelia, acercándose a él, lo reprendió:

—Lucas, por el amor de Dios, ¿quieres dejar de ser tan burro!

Él no respondió, y Juan, enfadado con su mujer, indicó:

—Regresa con Menchu a España. Yo volveré con Lucas en un vuelo *regular*.

A Noelia la fastidió el modo en que se lo dijo, y, cuando a aquéllos se le unieron Damián y Carlos, Eva replicó enfadada:

—Pues no se hable más.

\* \* \*

Una vez que Menchu, Noelia y Eva, seguidas por un desolado Tomi, salieron del salón para preparar sus maletas, Carlos miró a su mujer, que había estado ajena a todo aquello. Se acercó a ella y, tras darle un cariñoso beso en los labios, le dijo:

—Churri, ve con las chicas, sé que te gustará montar en un jet privado.

Ella sonrió y, guiñándole el ojo, se encaminó de inmediato a hacer las maletas.

Cuando los hombres se quedaron solos en el salón, Carlos iba a hablar, pero Damián le espetó malhumorado:

—Desconecta el modo capullo si no quieres pillar.

Aquél cerró la boca, y en ese momento Juan preguntó a Lucas:

—¿Estás bien?

Él, con un gesto de desolación absoluta, negó con la cabeza y murmuró:

—No, y si es posible, no quiero hablar.

Los demás se miraron y, respetando la decisión de su amigo, nadie volvió a mencionar el tema.

## Capítulo 69

El viaje de regreso a España estaba siendo tan caótico como las últimas horas vividas en Los Ángeles.

Durante el trayecto, Noelia, Eva y Laura no pararon de hablar, hasta que Nacho, cansado por el tercer grado al que estaba siendo sometida Menchu, le pidió a ella:

—¿Qué tal si reaccionas de una vez y les dices algo?

Al oírlo, ella lo miró y, como si le hubiera echado encima un jarro de agua fría, se irguió en el sillón del jet y dijo, mirando a sus amigas:

—Os quiero. Os agradezco todo lo que hacéis por mí, pero, por favor, ¡basta ya!

Todas se callaron al oírla, y Menchu prosiguió:

—Me siento fatal por todo... Por Lucas, por Nacho, porque vosotras hayáis discutido con vuestras parejas y por haberle jorobado a Tomi su fin de fiesta, y sólo espero que todo se solucione.

—Tranquila —afirmó Laura.

—Y, en cuanto a lo ocurrido con Lucas —prosiguió—, no pretendo ser borde ni antipática con vosotras; os quiero con todo mi ser, pero he de deciros que estoy locamente enamorada de él, y que tiene un interior maravilloso, que, por suerte o desgracia, sólo conozco yo. Y... y sólo espero que, una vez que se haya tranquilizado, me dé la oportunidad de hablar con él, porque ese hombre, después de las cosas que me dijo, merece la pena. Y merece la pena porque lo quiero, me quiere, me conoce y porque, sin duda, creo que puede hacerme feliz. Y si yo respeto tu relación con Damián, por muy loca que ésta sea —añadió, mirando a Eva—, sólo espero que tú respetes la mía, y lo mismo va para

vosotras dos.

—Por supuesto —afirmó Laura.

—En la vida, cada uno tiene derecho a ser feliz —continuó Menchu—, a equivocarse o a rectificar. Y, como me dijo un buen amigo, cuando la magia surge entre dos personas, no hay que desaprovecharla. Y yo esa magia sólo la he sentido con Lucas.

Nacho sonrió, y ella, tapándose con una mantita, finalizó:

—Y ahora, quiero dormir y descansar y no seguir siendo sometida a un tercer grado, ¿de acuerdo?

Las tres mujeres asintieron, y Noelia murmuró sonriendo:

—Descansa, cielo, y no te preocupes por nada.

Menchu sonrió, y, después de que Laura le guiñase un ojo, Eva se acercó a ella y la abrazó.

—Te quiero, ¿lo sabes?

Ella asintió y afirmó complacida:

—Tanto como yo a ti.

En cuanto sus amigas cerraron los ojos para descansar, Menchu clavó la mirada en Nacho y éste le hizo el signo de la victoria con los dedos, cosa que a ella le gustó, a pesar de que la suya estaba siendo una victoria amarga.

## Capítulo 70

La llegada a España estuvo llena de desconcierto.

Caminar por el aeropuerto con Noelia siempre era un caos por los periodistas que había allí atrincherados y los curiosos que hacían fotos con sus móviles, pero esta vez por doble partida, pues las acompañaba el famoso Ignacio Duarte.

Una vez que lograron escabullirse del jaleo y meterse en el vehículo que el mexicano había alquilado, Noelia murmuró:

—Si Juan hubiera estado aquí, la salida habría sido más fácil.

—Ya te digo —afirmó Laura, mientras Eva y Menchu guardaban silencio.

Una vez que llegaron a Sigüenza, el padre de Juan los estaba esperando en la puerta de la casa de los abuelos de Menchu, junto al ayuntamiento. Al verlo, a Menchu se le aceleró el corazón.

¿Qué habría hecho su maldita tía?

Tan pronto como bajaron del vehículo, Manuel preguntó extrañado, al no ver a su hijo:

—¿Y Juan? ¿Y los chicos?

Tras besar a su suegro, Noelia iba a contestar cuando Eva explicó, mirando a su padre:

—Vienen en otro avión.

El hombre asintió y, al ver que su nuera miraba hacia todos lados, indicó:

—Abril se ha quedado con el abuelo, y Maite está en casa.

Ella sonrió, y Eva dijo:

—Papá, te presento a Ignacio Duarte, un amigo de Los Ángeles.

Nacho le tendió la mano y, con una sonrisa, declaró:

—Encantado, señor.

—Lo mismo digo, muchacho.

Tras los saludos y los besos, Manuel miró a Menchu.

—Hija, siento lo ocurrido —señaló—. Pero, tranquila, que todo está bien.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó ella asustada.

En ese instante, Inés, la joven que había conocido meses antes, salió de la casa, y Manuel indicó mirándola:

—Esta muchachita fue quien avisó a la policía y se enfrentó a tu tía y a sus amigos. Si no llega a ser por ella, no sé qué habría ocurrido.

Sorprendida, Menchu miró a Inés. Pero ¿qué hacía ella allí?

La chica se le acercó y, después de besarla, comenzó a explicarle:

—Estuve en el cementerio y, cuando regresé aquí para coger el autobús, vi a Petra bajarse de un coche. Por suerte, ella no me vio y, bueno..., imaginé que nada bueno podía estar tramando. La seguí, ella habló con una mujer y ésta le abrió la puerta de la casa. Después entraron tres hombres y...

Desconcertada, Menchu preguntó:

—¿Y cómo sabías tú quién era Petra?

Manuel y la joven se miraron, y a continuación ésta soltó:

—Porque..., por desgracia, Petra es mi madre.

—¿Qué?! —dijo Menchu con un hilo de voz.

Al ver el desconcierto de su amiga, Eva le cogió la mano para darle fuerzas, y en ese momento Inés prosiguió:

—Como te conté, desde pequeña estuve en distintas casas de acogida hasta que fui mayor de edad, pero, lamentablemente, siempre supe quién era mi madre. En mi último encuentro con ella hace año y medio, a Petra se le escapó tu nombre y el de mamá Clara, incluso nombró el pueblo de Sigüenza. A partir de ahí, yo investigué y os encontré a las dos. Tenía familia... —murmuró emocionada—. Luego me inventé que mi abuela estaba en la residencia y así pude visitar a mamá Clara con ese pretexto.

—Inés... —musitó Menchu, atando cabos rápidamente.

—Antes de conocernos —continuó la jovencita—, te vi en innumerables ocasiones, y siempre pensaba: «Hoy me presento, hoy le digo quién soy». Pero... pero tenía miedo de tu reacción, porque no deseaba que pensaras que buscaba algo de ti, de vosotras, y menos teniendo la madre que tengo y...

Menchu no la dejó continuar. Soltándose de Eva, la abrazó con todo el amor

del mundo y, cerrando los ojos, susurró emocionada:

—Te tengo a ti. Tengo familia... Gracias, Inés..., gracias...

Sobrecogidos, todos los que las rodeaban se emocionaron, y la chica dijo entre lágrimas:

—Ni te imaginas lo mucho que he deseado poder decírtelo, pero..., me aterraba que me rechazaras y pensaras que podía ser como mi madre.

Manuel, emocionado al igual que el resto de los que observaban aquel encuentro, dijo, tras limpiarse las lágrimas que corrían por sus mejillas:

—Esta muchachita se enfrentó a la sinvergüenza de tu tía. Salvó a Rosa, la pollera, que fue quien le abrió la puerta de la casa a Petra, y se encaró con los chorizos hasta que llegó la policía.

—¿Rosa está bien? —preguntó Menchu horrorizada.

Inés sonrió, y Manuel explicó:

—Tiene un gran chichón en la cabeza por el golpe que le dieron después de abrirles, pero poco más. Eso sí, espero que esta vez aprenda a diferenciar a las buenas de las malas personas.

Cuando Menchu se separó de la muchacha, asintió sonriendo. Ya sabía quién informaba a su maldita tía de todos sus movimientos.

Cinco minutos después, todos entraron en casa de sus abuelos.

Como bien había dicho Manuel, los desperfectos eran pocos para lo que podría haber sido, y, sin soltar la mano de Inés, Menchu la recorrió.

\* \* \*

Una hora después, cuando salieron del lugar, ya más aliviada, la joven tuvo claro que debía dar un uso a la enorme casa. Dejarla como estaba, sin vida, muerta, sucia, no era adecuado, y supo que lo mejor que podía hacer era aceptar la propuesta del ayuntamiento y venderla. Sin duda, así tenía que ser.

Esa tarde, tras despedirse de sus amigos y dejar a Nacho en el parador para que pudiera descansar, Menchu regresó a su casa en compañía de Inés. Tenían mucho que hablar, y eso hicieron. Hablaron y hablaron y, por primera vez desde que mamá Clara se había marchado, sintió que tenía una familia.

Sabía que sus amigos lo eran, lo sabía perfectamente, pero encontrar a Inés le había llenado esa parte del corazón que había quedado vacía desde que su tía la



había dejado.

Al día siguiente, muy temprano, Inés y Menchu se levantaron y fueron a la comisaría, donde rellenaron la denuncia pertinente contra Petra y sus secuaces. Cuando salieron, ambas sonreían. Por suerte, Petra pasaría una larga temporada en la cárcel.

## Capítulo 71

Esa misma mañana, los chicos regresaron de Los Ángeles, y, una vez en Sigüenza, cada uno se dirigió a su casa. Carlos fue recibido con amor por Laura, pero a Damián y a Lucas sólo los esperaba la soledad de su hogar. Una soledad matadora.

Cuando Juan entró en casa, Noelia lo miró. Odiaba estar enfadada con él, pero éste, ofuscado aún con ella, y sin intención de arreglar el mal momento, murmuró:

—Voy a ducharme y luego me pasaré por la base.

Apenada, su mujer asintió, pero su orgullo le impidió decir nada más. Si él así lo quería, así sería.

Lucas, después de ducharse, acababa de ponerse una camiseta cuando llamaron a la puerta y, al abrir, se quedó sorprendido al encontrarse con Nacho.

Durante unos segundos, ambos se miraron, hasta que el recién llegado preguntó:

—¿Puedo pasar?

Él se echó a un lado y, cuando el mexicano entró y cerró tras de sí, preguntó:

—¿Qué quieres?

Nacho lo miró y, seguro de lo que había ido a hacer, empezó a decir:

—Esa chica te quiere, y aunque te hizo creer que...

—Mira —lo cortó Lucas—, no te lo tomes a mal, y si lo haces es tu problema, pero tú eres la última persona con la que deseo hablar sobre ella.

—Lo entiendo —afirmó Nacho—. Pero, aun así, incluso a riesgo de que vuelvas a golpearme, tengo que decirte que todo lo que hicimos fue con la finalidad de que dejaras de fijarte en ella. Según me contaron, tú huías de las

mujeres casadas y comprometidas, y María necesitaba olvidarse de ti para proseguir con su vida.

—¿Y eso le daba derecho a reírse de mí? ¿A utilizarme como juguete con sus amiguitas?

—Te equivocas.

—No, no me equivoco —sentenció malhumorado.

El cineasta resopló. Hacerle ver a aquél la realidad no iba a ser fácil; entonces Lucas preguntó:

—¿Tuviste algo con ella?

—No.

Él lo miró y, recordando ciertos episodios vividos en Los Ángeles, siseó:

—¿Y por eso la besabas, dormías con ella y la manoseabas delante de mí?

Consciente de lo que le decía, Nacho insistió:

—Lucas, eso no...

—Mira, mejor no me cuentes nada. No quiero saber —gruñó, muerto de celos.

El mexicano, al ver el gesto recio de aquél, declaró, necesitando ser sincero:

—Sólo hubo un beso real, pero cuando nos dimos cuenta de que entre nosotros no podía haber más que una amistad, no volvió a repetirse. Créeme, no ocurrió absolutamente nada de lo que te hicimos creer. Todo fue un teatro para...

—Para joderme.

—No —matizó Nacho—, para intentar que ella continuara con su vida.

Lucas asintió molesto. Odiaba verse en aquella absurda situación y, cuando iba a decir algo, Nacho añadió:

—Está visto que, más que alejarte de ella, lo que conseguimos fue acercarte. Ninguno esperaba tu reacción. Pero, si eso ha ocurrido, ¿no crees que debe de ser por algo? ¿No crees que es porque ella te importa más de lo que piensas?

Molesto por tenerlo delante de él, en su casa y hablándole de aquello, Lucas lo miró y, al ver que sonreía, preguntó:

—¿Se puede saber por qué te ríes?

Al notar su expresión de desconcierto, Nacho se acercó y murmuró:

—Porque luchas contra ti mismo para no aceptar lo que tu corazón ya sabe.

Lucas maldijo. Apenas estaba comenzando a entender, a gestionar sus sentimientos.

—Creo que eres la última persona con la que tengo que hablar sobre eso — farfulló.

—Lo sé. Pero debes entender que María sólo se protegía de ti antes de conocer tus sentimientos por ella y eso la llevó a actuar así.

El policía no contestó, y él insistió:

—Antes de regresar a Los Ángeles, necesitaba recordarte que esa mujer te quiere y siempre te ha querido, aunque tú ahora pienses cosas raras. No desaproveches la magia que existe entre vosotros o llegará el día en que te arrepentirás.

Lucas maldijo. Ya había oído eso mismo por parte de Juan y, al ver el gesto sincero de aquél mientras le tendía la mano, se la estrechó y dijo:

—Gracias por el consejo.

Nacho asintió y le cogió la mano. Poco más podía añadir, por lo que se encaminó hacia la puerta.

—¿Regresas en tu *jet privado*? —oyó que decía entonces Lucas.

Sonrió y, al volverse para mirarlo y comprobar que él hacía lo mismo, afirmó divertido:

—Si lo tengo, ¿por qué no utilizarlo?

Aquellas palabras, aquel momento, habían conseguido unir y pacificar algo que parecía imposible, y Lucas caminó hacia él, lo abrazó y, entendiendo que no había habido maldad en ningún momento por su parte, le deseó:

—Que tengas un buen vuelo, amigo.

Emocionado, Nacho se fundió en un abrazo con aquél y susurró:

—Gracias. Y recuerda, en ocasiones la magia sólo aparece una vez. No tires a la basura una bonita historia por tu orgullo de hombre.

Dicho esto, salió de la casa dejando a Lucas con una sonrisa en los labios y la sensación de que tenía que aclararse y aclararse ¡ya!

## Capítulo 72

Esa mañana, después de quedar con María para despedirse de ella sin decirle que había visto a Lucas, Nacho se fue al aeropuerto y regresó a Los Ángeles. Su vida continuaba.

Tras la comida, cuando Menchu regresaba de Guadalajara de dejar a Inés en su casa, al pasar por la plaza del pueblo con su coche, vio a Lucas junto a Juan y a Damián en una terraza tomándose algo con gesto hosco. Como era lógico, no paró. Sin duda Lucas no querría verla.

Una vez en su casa, la joven, tras poner varias lavadoras, pensó que tenía que hacer algo por sus amigos. No era justo que estuvieran enfadados por culpa suya y de Lucas, y sobre las siete de la tarde no dudó en enviarle un mensaje a éste:

¿Podemos hablar?

Lucas, que ya estaba en su casa, resopló al leerlo. Deseaba verla, hablar con ella, pero se sentía tan idiota que era incapaz de razonar, por lo que finalmente respondió:

No.

Menchu, al ver aquello, maldijo. Sin embargo, no contenta con la contestación y como necesitaba que entendiera que no era para hablar de lo suyo, insistió:

No quiero hablar de nosotros, pero sí de nuestros amigos.

Sentado en el sofá de su salón, Lucas suspiró al leerlo y, tras marcar su número en el teléfono, preguntó, cuando ella descolgó:

—¿Qué ocurre?

A Menchu la reconfortó oír su voz.

Sabía que no lo había hecho bien con él.

Sabía que había sido un despropósito no ser sincera cuando él le había abierto su corazón en canal diciéndole cosas preciosas.

Y, como conocía a Lucas, sabía que debía esperar. Lo sabía.

Por ello, olvidándose de las florituras y los saludos, fue al grano:

—No podemos consentir que, por nuestra culpa, nuestros amigos estén así.

Lucas asintió. Él había pensado lo mismo, y cuando iba a hablar, ella propuso:

—He pensado que tú podrías llamar a Damián y a Juan y yo a Eva y a Noelia. Quedar con ellos esta noche sin que sepan que queremos juntarlos e intentar que hablen. Creo que es lo mínimo que podemos hacer por ellos.

El policía, nervioso por hablar con ella, quiso preguntarle cómo estaba, pero, aún dolido por el doble juego que se había marcado, respondió con sequedad:

—¿Dónde y a qué hora?

La precisión de Lucas en ocasiones era incómoda, pero, sin dudarlo, dijo:

—A las nueve en el Sigma, ¿lo conoces?

—Sí.

Menchu suspiró. Estaba claro que Lucas seguía sin querer hablar con ella.

—Muy bien —añadió—, pues allí nos vemos. Y, por favor, ayúdame a que hagan las paces.

Él no dijo nada, sino que simplemente colgó.

Hablar con ella conseguía que el corazón le palpitara a mil por hora, pero, sin querer pensar en ello, llamó a sus amigos y quedó a las nueve menos cuarto en el Sigma. Éstos, ajenos a los planes, aceptaron sin dudarlo.

Cuando esa noche Menchu recogió a Noelia, al verla con una peluca pelirroja y unas gafas de pasta también rojas, murmuró divertida:

—Te sienta muy bien ese color.

Aquella suspiró y, con un gesto algo serio, repuso:

—Eso dice el atontado de mi marido, cuando me habla.

Menchu maldijo. Odiaba ver a sus amigos así, y, sin decir más, se fueron a

recoger a Eva.

Más tarde, aparcaron el coche en una calle cercana al Sigma y caminaron hasta allí charlando, hasta que, al llegar al restaurante, Eva vio a los chicos y, parándose, gruñó.

—Me cago en ti, Menchu. ¿Qué has hecho?

Noelia, al mirar hacia donde Eva señalaba, también se paró, pero Menchu dijo sin soltarlas del brazo:

—Vamos, seguid caminando hasta la mesa si no queréis que os monte un numerito que os aseguro que nunca vais a olvidar.

Con gesto hosco, Eva y Noelia se miraron y continuaron caminando, justo en el momento en que Damián las vio y, siseó a Lucas:

—Joder, macho..., qué ganitas tienes de tocar las pelotas.

Juan, al ver a su mujer con aquella peluca roja, quiso sonreír, pero, manteniendo el tipo, dijo, dirigiéndose a Lucas:

—¿Ahora vas de Celestino?

Él no respondió.

¿Qué hacía metiéndose en esos embrollos?

Una vez que las chicas llegaron hasta ellos, a diferencia de otras veces, ninguno se levantó, y Noelia murmuró con sorna:

—¡Qué galantes!

Su marido la miró y, metiendo el dedito en la llaga, susurró:

—En Los Ángeles, *estrellita*... Sin duda, allí están los auténticos galanes.

Damián y Lucas sonrieron, y Eva espetó:

—¿De qué os reís? ¡Empanados!

Lucas suspiró. Aquello no tenía buena pinta, y Damián, resoplando, cuchicheó dirigiéndose a él:

—Y a las doce de la noche, si le echas agua..., se convierte en un Gremlin.

Todos excepto Eva sonrieron, y ésta gruñó:

—Ja..., ja..., ja..., ¡qué gracioso eres!

Sin esperar un segundo más, Noelia cogió una silla y se sentó junto a Damián. Eva se sentó junto a su hermano Juan, y Menchu frente a Lucas. Sin duda, las lanzas seguían en alto.

El camarero se les acercó entonces y, tras preguntarles a las chicas qué querían beber, el silencio se hizo en la mesa hasta que Menchu dijo, mirando a

Lucas:

—Bueno..., pues aquí estamos todos.

—¡Qué ilusión! —siseó aquél.

Ella lo miró con gesto serio. Estaba claro que iba a tener que ser ella quien solucionara aquella movida, por lo que dijo en voz baja:

—Vamos a ver, chicos. Comprendo que metí la pata con Lucas al inventar una historia que no estuvo muy acertada, pero...

—Si no te importa —la interrumpió el aludido—, preferiría que no me mencionaras y te ciñeras a lo que hemos venido a hacer, ¿te parece?

Al oírlo y sentir su borderío, Menchu asintió. Estaba claro que seguía muy enfadado con ella, por lo que dijo, mirando a Noelia y a Juan:

—Sois las personas más sensatas y centradas que he conocido en mi vida. Os queréis. Os amáis. Tenéis una preciosa hija y vuestra historia de amor es, como poco, de película. ¿De verdad vais a seguir enfadados por lo que ha ocurrido?

Ninguno de los dos contestó, y ésta insistió:

—Por favor, miraos. Hacedlo por mí. Me siento fatal viendo que la pareja más idílica que he conocido en mi vida no se habla por mi culpa.

—Y por la mía —añadió Lucas.

Noelia suspiró, y Juan, quien tenía pensado hablar esa noche con su mujer, declaró mirándola:

—Estrellita, no me ha gustado ni lo que has hecho ni tus comentarios estos días sobre Lucas. Y no me han gustado, primero, porque él no se lo merece y, segundo, porque...

—Aiss, Juan, lo sé, perdóname —lo cortó ella—. Me siento fatal por todo, pero si lo hice fue para ayudar a Menchu. Sin embargo, tú me conoces y sabes perfectamente que el dinero no es lo que me mueve, sino el corazón.

—Pues lo has disimulado muy bien.

—Lo sé, cariño. Pero no olvides que soy actriz.

Al oír eso, Juan sonrió. Le resultaba imposible estar enfadado con ella, y cuando iba a decir algo, Noelia miró a su amigo y prosiguió:

—En cuanto a ti, Lucas, sabes que te adoro y te quiero, aunque también sabes que tu tema con Menchu me ha sacado en ocasiones de mis casillas. Ella sentía por ti algo que tú no sentías por ella, y me dolía verla sufrir. Pero yo te quiero, te juro por lo que más quieras que es así.



—Tranquila. Todo está bien —asintió él aliviado, mientras le cogía la mano con cariño sabiendo que era sincera.

Noelia suspiró y, serena al ver que Lucas la perdonaba, sonrió cuando su marido empujó a su hermana y dijo:

—Levántate y deja que mi preciosa mujer se siente a mi lado.

Eva resopló al oírlo, pero se levantó. Luego Noelia se sentó junto a él y, tras besarse, Juan señaló:

—Canija, sabes que me encanta el rojo. ¿Adónde ibas tú tan guapa?

Lucas y Menchu se miraron. Al menos, una pareja había hecho las paces.

En cambio, Eva cogió la silla y la alejó de Damián.

—Por mi parte, puedes evitarte las palabritas —soltó, dirigiéndose a Menchu—. Ni somos sensatos ni especiales y, por supuesto, no pienso mirar a ese cenutrio.

Damián negó con la cabeza y, con chulería, afirmó:

—Como siempre..., tan sobradita.

Menchu iba a hablar cuando Lucas metió baza:

—Vamos a ver, cabezotas. Os queréis. No podéis vivir el uno sin el otro y, si el problema es que yo sea el padrino de vuestra boda porque a Eva no le caigo bien, no lo seré. Pero, por favor, haced las paces, porque, si no las hacéis —dijo, mirando a Damián—, creo que esta vez no aguantaré tus lamentos sin partirte la cabeza, nenaza.

—Ni yo tus lloriqueos —añadió Menchu, mirando a su amiga.

Eva y Damián sonrieron con borderío, y ella aseguró:

—Tranquila, Menchu, que no pienso llorar.

—Ni yo lamentarme —apostilló Damián.

Lucas y Menchu suspiraron. Con aquellos dos cabezotas lo tenían más difícil. Pero entonces ella, apelando a la sensibilidad de su amiga, murmuró:

—Eva, no puedo permitir lo que ha pasado. Te ibas a casar. Estabas feliz. Le regalaste un precioso anillo que...

—Tranquila..., era del mercadillo y costó barato —replicó ella.

Juan, al oír a su hermana, sonrió y acto seguido se mofó, viendo el gesto de Damián:

—¿Cómo? ¿No era un diamante?

Noelia le dio un codazo, y Damián, mirándolo, afirmó:

—Soy un facilón. Así me va luego. ¡Está visto que elijo fatal! Y, en cuanto a ti —dijo, dirigiéndose a Lucas—, si alguna vez me caso, serás tú el padrino o no habrá boda.

—No me jodas —protestó él.

—Sí, amigo..., eso será así, como me llamo Damián.

Eva puso los ojos en blanco al oír eso, y Noelia intervino:

—Cuñada, ¿no has pensado en lo preciosa que estaría Abril llevándote las arras?

Eva comenzó a discutir entonces con Noelia. Pero ¿cómo se le ocurría decir aquello?

Lucas, al ver que todos estaban pendientes de su discusión, a la que Menchu también se había unido, murmuró bajito en dirección a su amigo:

—Anda, saca eso que siempre llevas en la cartera.

Damián lo miró boquiabierto, y Lucas cuchicheó:

—Venga, sé que lo llevas en el bolsillo secreto. Te pasaste seis meses enseñándomelo todos los días. Dáselo de una santa vez y termina con esta gilipollez. Estás loco por ella.

—Cállate, bocazas.

Menchu miró a Lucas. Estaba claro que con aquéllos no iban a funcionar las palabras bonitas, y, al entender en su mirada lo que le proponía, asintió y le preguntó a su amiga:

—Entonces ¿no queréis estar juntos?

—No —dijeron ellos al unísono.

—Pero ¿qué dices, Eva? —protestó Noelia—. Deja de decir tonterías y recapacita.

—Noe..., me estás cabreando —siseó Eva, a cada instante más enfadada.

Al verla, Menchu comprendió que había llegado el momento, e insistió:

—¿Seguro que pasas de Damián?

—Totalmente —afirmó ella con chulería.

—Y yo paso de ti —espetó él.

Juan y Lucas se miraron, y Menchu, sabiendo que lo que iba a decir llevaba toda la mala baba del mundo, indicó:

—Muy bien, pues entonces ¿qué te parece si llamo a Luis y a Sergio y nos vamos esta noche de fiesta a Madrid para celebrar que vuelves a estar libre?

A continuación, se hizo un silencio extraño en la mesa. Noelia miró a Menchu sorprendida y susurró:

—¿A eso lo llamas tú arreglarlo?

Ella no respondió, y Lucas, entendiendo su juego, se apresuró a decirle a Damián:

—Yo puedo llamar a la sobrina de las Chuminas y a su amiga y al hotel de Palazuelos para celebrar tu soltería. ¿Qué te parece?

Según dijeron aquello, Eva y Damián se miraron, y éste le preguntó, frunciendo el ceño:

—No se te ocurrirá irte con ese pijorro, ¿verdad?

—Ni a ti con la sobrina de las Chuminas... —replicó ella.

Nada más decir eso, ambos se dieron cuenta de la trampa en la que habían caído. ¡Eran unos idiotas! Y, aflojando la tensión, sonrieron, y Eva murmuró:

—Te mato si te vas con esa penca pechugona.

—Pero ¿no has dicho que no quieres nada conmigo?

Olvidándose de quienes la rodeaban, Eva se centró en Damián y cuchicheó:

—Tú también lo has dicho.

—Pero lo mío era mentira.

Sonriendo, la joven se levantó de la silla, se sentó sobre las piernas de aquel hombre al que por nada del mundo quería perder y afirmó:

—Lo mío era mentira también. Ya me conoces, tonto.

Sin más, se besaron, Menchu y Lucas sonrieron, y Juan musitó, mirando a su mujer:

—Madre mía, los quebraderos de cabeza que nos van a dar estos dos.

Durante un rato, charlaron riendo de lo ocurrido hasta que Damián, poniéndose en pie, sacó algo de su cartera y, haciendo que Eva se levantara de la silla, dijo, sorprendiéndola a ella y a todos excepto a Lucas:

—La primera vez que te entregué este anillo me rechazaste. La segunda vez, el anillo me lo regalaste tú a mí y tampoco salió bien, pero creo que a la tercera puede ir la vencida —y, clavando la rodilla en el suelo, preguntó—: ¿Quieres casarte conmigo?

Al ver aquel anillo que una vez rechazó, Eva se quedó sin palabras. ¡Creía que lo había devuelto! Y, mirando a Damián, parpadeó y éste dijo:

—Si me dices que no esta vez, te juro que no vuelvo a pedírtelo en la vida.

Todos soltaron una carcajada, y entonces la joven, sonriendo, afirmó:

—Sólo aceptaré si Lucas es nuestro padrino y me perdona por ser tan cabrona.

Al oír eso, Lucas levantó la vista hacia ella y murmuró:

—Estás como una cabra.

—¿Eso quiere decir que sí a ambas cosas? —preguntó aquélla.

—Por supuesto que sí —afirmó él sonriendo.

Encantada, Eva se arrojó a los brazos de Lucas, y Damián, mirando a Menchu, comentó divertido:

—Sin lugar a dudas, no somos muy normales. Yo le pido matrimonio y ella lo abraza a él.

Menchu rio. Quizá lo suyo no tuviera solución, pero al menos volvía a haber buena sintonía entre los amigos.

## Capítulo 73

Esa noche, tras la euforia inicial por la petición de mano de Damián a Eva, el grupo intentó que entre Lucas y Menchu hubiera un entendimiento, pero fue imposible. Él no estaba por la labor, por lo que no había nada que hacer.

Cuando llegó la hora de marcharse, las dos parejitas, encantadas y felices, regresaron a sus hogares, mientras Lucas y Menchu se despedían con cierta frialdad y se marchaban cada uno por su lado.

Poco después, cuando ella entró en su casa y cerró la puerta, miró a su alrededor. Llevaba meses sin vivir allí, pero nada había cambiado. El mismo sofá, el mismo televisor, los mismos cuadros, el mismo color de pared... Sin lugar a dudas, la vida pasaba, pero en aquella casa todo seguía igual.

Aburrida, se sentó en el sofá y sonrió al ver un pañuelo que Inés había dejado olvidado.

¿Quién le iba a decir a ella que a esas alturas la vida le iba a regalar algo tan bonito?

Estaba pensando en ello, cuando la sonrisa se le borró del rostro al acordarse de Lucas.

Aquel cabezota, a pesar de que le había abierto su corazón en Los Ángeles, había sido regresar a Sigüenza y volver a estar esquivo.

Le había pedido tiempo para pensar, para razonar, pero ¿y si no razonaba?

Menchu blasfemó para sí y, consciente de que ante aquello poco o nada podía hacer, sacó su portátil del maletín, lo encendió y comprobó su correo. Llevaba días sin mirarlo.

Como era de esperar, el trabajo se le acumulaba, y los de Cadillac solicitaban hablar con ella. Lo último que les había enviado días atrás les gustaba, pero

querían hacer algunos cambios. Tras mirar su reloj y calcular el cambio horario mentalmente, supo que era el momento de llamarlos.

Habló con el responsable del departamento para el que había sido contratada y, tras aclarar ciertos matices, quedaron en verse en Los Ángeles al cabo de dos semanas.

Cuando colgó, asintió. En quince días debía regresar a los Ángeles. Quince días.

Y, levantando el mentón, le dio también ese tiempo de plazo a Lucas. Si en quince días él no reaccionaba, definitivamente se trasladaría a Los Ángeles a vivir y comenzaría allí una nueva vida sin él.

Decidida, iba a apuntarlo en el calendario que tenía en la pared cuando se dio cuenta de que estaba atrasado. Tenía que pasar varios meses para actualizarlo y, cuando se disponía a hacerlo, oyó que llamaban al portero automático.

Sorprendida, miró el reloj.

Eran las doce y media de la noche y, acercándose al telefonillo, descolgó y, antes de que pudiera decir nada, oyó:

—Soy Lucas.

Sin dudarle, pulsó con el dedo el botón de abrir y, como en cientos de ocasiones había hecho, se apresuró a atusarse el pelo y a mirarse en el espejo.

¡Lucas estaba allí!

Cuando oyó que el ascensor se detenía en su rellano, abrió la puerta de entrada. Él salió del ascensor y se miraron, y Lucas empezó a decir, mientras caminaba hacia ella con las manos metidas en los bolsillos:

—No sé si algún día podré regalarte un anillo de diamantes ni si podré comprar una casa de más de cien metros o conducir un Ferrari, pero si algo he aprendido es que no hay nada que enseñe tanto en la vida como equivocarse. Y yo me he equivocado. Me he equivocado tanto contigo que he estado a punto de perderte.

Menchu tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta cuando él continuó:

—Te dije que tenía que tranquilizarme para poder razonar, pero aquí estoy, sin preparar nada que decirte, pero necesitando estar aquí.

Ella jadeó.

—Siempre has estado a mi lado —prosiguió aquél—. Has sido mi mejor

amiga, mi mejor confidente, mi enfermera, mi gran quebradero de cabeza, y tengo que decirte que, desde que te colaste en mi corazón y me hiciste creer en esa putadita llamada *magia*, me paso doce de las veinticuatro horas del día soñando contigo, y las otras doce pensando en ti.

Menchu sonrió. Lo que estaba oyendo era, como poco, increíble; entonces Lucas se detuvo frente a ella y finalizó:

—Tú, y sólo tú, eres la historia más bonita que el destino ha escrito en mi vida. Y ahora, tras haberte dicho lo más romántico que creo que soy capaz de decir, y sabiendo que te quiero y sintiendo que tú me quieres a mí..., ¿qué te parece si intentamos ser felices juntos?

Oír aquello era mágico.

Una vez más, y sin tener que presionarlo, él había ido de nuevo a ella; asintió y murmuró:

—Para no ser romántico ni tener nada preparado, lo que acabas de decirme es precioso.

Lucas sonrió, pero no se movió. Necesitaba que ella diera el siguiente paso, y entonces Menchu, sorprendiéndolo, susurró:

—¿Qué tal si me besas y nos dejamos de tonterías?

Divertido, él la miró.

—Eso no es muy romántico.

Con una sonrisa que a Lucas le llenó el alma, la joven dio un paso en su dirección y afirmó:

—Pero es efectivo y letal.

No hizo falta añadir nada más. Todo estaba dicho entre ellos, y el policía, cogiéndola entre sus brazos, la besó.

La besó con mimo, con deleite y con goce.

Llegar a aquello había costado, pero habían llegado, y ella pensó que allí estaba la magia de la que mamá Clara siempre le había hablado, y que Nacho, al hablarle de amor, le había recordado.

Y, sonriendo y sin necesidad de decir nada más, cerraron la puerta de la casa de la joven para entregarse el uno al otro en cuerpo y alma mientras la magia del amor inundaba sus vidas de felicidad.

## Epílogo

*Los Ángeles, un año después*

El enlace estaba siendo todo un acontecimiento.

Tomi, vestido con sus mejores galas, miraba emocionado a los ojos a su Peter mientras sus perrillas correteaban a su alrededor, cuando oyó decir:

—Yo os declaro marido y marido.

Eso hizo que el corazón le rebosara de felicidad.

¡Se había casado!

El gran sueño de su vida se había hecho realidad y, sin apartar los ojos de Peter, de su Peterman, aquel pianista que había conocido años antes en el parador de Sigüenza, lo besó y susurró:

—Te quiero, *my love*.

—Y yo a ti, cariño —afirmó él.

Su felicidad era algo muy importante para todos, y en cuanto Eva, junto con sus hermanas, Menchu y Noelia comenzaron a tirarles arroz, y Abril, que llevaba las arras, pétalos de rosas blancas, todos aplaudieron y gritaron: «¡Vivan los novios!».

Pasada la primera media hora en la que todo fueron felicitaciones, besos y abrazos, cuando Tomi quedó frente a aquel anciano con boina y garrote, que había cogido un avión por primera vez en su vida para asistir a su boda, exclamó:

—Aiss, ¡que te como, abuelo Goyo! ¡Que te comoooooooooooooo!

El anciano, sonriendo, abrazó a aquel muchacho tan aspaventoso al que había aprendido a querer.



Todavía había cosas que lo seguían sorprendiendo de él, pero como sus nietos y el mismo Tomi le habían enseñado, en la vida, respetar y amar era lo fundamental, y, mirando a la pareja, les deseó:

—Enhorabuena, hermosos. Que seáis muy felices. Os *aisloviu*.

Encantado, Peter le dio un abrazo y, cuando le tocó el turno a Tomi, éste lo miró de arriba abajo y cuchicheó:

—Pero, abuelo Goyo, ¿y ese traje tan *divine*?

El anciano, que estaba junto a sus nietos, le guiñó un ojo sonriendo y dijo:

—Es de color azul ozono. ¿Qué te parece?

Tomi se emocionó. Que aquel hombre, con su edad, hubiera aprendido que el azul tenía diversos matices, lo conmovió, y volvió a exclamar:

—¡Te comooooooooooooooooooooooooooooo!

Entre risas, los amigos se observaban cuando Eva, dirigiéndose a Damián, cuchicheó:

—¿Qué te parece si nos escapamos a Las Vegas?

—*Oh, my God!* —murmuró Tomi al oírla.

—Eva María, pero ¿qué dices? —gruñó su hermana Irene.

Almudena, su otra hermana, soltó una carcajada y comentó:

—¡Sería la bomba!

—Nosotros lo hicimos una vez —se mofó Noelia.

—Sí. El problema es que no lo recordamos —apostilló Juan.

Todos rieron por aquello, y Damián, mirando a su chica, susurró:

—No empecemos, cariño. Quiero una boda tradicional.

—Pero ¿no crees que sería más divertido si nos casáramos vestidos de Elvis y de Marilyn? —insistió Eva encantada.

Él sonrió y, al ver la expresión de Juan por lo que su hermana proponía, dijo, al tiempo que la cogía en brazos:

—Sin duda, lo será. Pero eso lo dejaremos para las bodas de plata.

—Eso me gusta, hermoso, ¡buena contestación! —afirmó el abuelo Goyo divertido.

Menchu, que estaba junto a ellos, miró a Lucas al oír eso, al hombre que en el último año había hecho su vida feliz y pletórica, y, tocándose su pequeña barriguita de cuatro meses, iba a hablar cuando éste cuchicheó en su oído:

—¿Y tú cuándo vas a querer casarte conmigo?

La joven sonrió.

Desde el día en que aquel increíble hombre había entrado en su casa declarándole su amor, la magia no había desaparecido de sus vidas y, sonriendo, murmuró:

—El día que menos te lo esperes.

—Tú, como siempre, despistándome.

Menchu, encantada, volvió a sonreír. Su vida era perfecta tal y como estaba y, mirándolo, se acercó a su oído y susurró:

—Ya me conoces..., Khal Drogo.

Divertido, Lucas asintió y la besó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó a continuación—. ¿Quieres sentarte? ¿Quieres agua?

Ella suspiró feliz. Ni en sus mejores sueños habría imaginado que Lucas pudiera ser tan maravilloso y atento como estaba siendo, y más desde que se había enterado que estaba embarazada. La ternura, la dedicación y el amor que sentía por su parte la desbordaban en ocasiones.

Pero entonces Carlos, que lo había oído, cuchicheó:

—Mariliendre..., que está embarazada, no enferma.

—Tú cállate, churri —se mofó Lucas al oírlo.

Juan, encantado porque la buena sintonía siguiera en el grupo, comentó al ver a Laura hablando con cierto actor:

—Vaya..., vaya..., Laurita y Vin Diesel juntos.

—¡Uiss, qué peligroooooooooooo! —se mofó Tomi.

Noelia le dio un codazo a su marido y cuchicheó:

—No digas tonterías. Ya sabes que se llevan muy bien.

Carlos, al ver aquello, sonrió. De todos era sabido lo bien que se llevaban después de que Noelia los presentara años atrás, pero estiró el cuello y dijo mientras se alejaba:

—Al final le voy a tener que sobar los morros a ese chuleras.

Todos rieron por aquello, y entonces Lucas gritó:

—Vamos, churri, ¡que tú puedes!

—Dale fuerte —lo animó Damián.

Estaban divirtiéndose con aquello cuando Tomi, dando unas palmaditas, indicó:

—Go..., go..., go..., ¡que dé comienzo el banquete!

Durante la celebración, Manuel, el padre de Juan, pronunció unas palabras mientras todos saboreaban la excelente comida. Como era de esperar, allí no faltó de nada, ni siquiera sus riquísimas croquetas.

Las palabras de Manuel agasajando a Tomi y a Peter por ser dos más en la familia emocionaron a todos los presentes, y más aún a Menchu, debido a su estado. Al verla llorar, Lucas se preocupó por ella, pero Nacho, que estaba sentado a su lado, señaló:

—Tranquilo, amigo. Son las hormonas.

Lucas asintió y cuchicheó molesto:

—Pues me cago en las puñeteras hormonas.

El mexicano soltó una risotada, y entonces Menchu, aceptando el clínex que éste le tendía, preguntó:

—¿Al final por qué no has traído acompañante?

Él se encogió de hombros.

—Porque ninguna es especial.

—Pero, Nacho... —susurró ella apenada.

El cineasta miró a aquella mujercita a la que le tenía tanto cariño y, guiñándole un ojo a Lucas, murmuró:

—Creo que la magia sólo ocurre una vez en la vida, y yo ya la disfruté.

Dicho esto, se levantó al ser requerido por Manuel, y Menchu musitó con los ojos llorosos:

—Pobrecillo. Cada vez que pienso que su mujer...

—Sí, es una putada —afirmó Lucas, que estaba al corriente de lo sucedido y le inquietaba el estado de Menchu.

—Nacho es una persona maravillosa —prosiguió ella— y se merece a alguien a su lado que lo quiera y... y...

No pudo continuar. El llanto se apoderó de nuevo de ella, y Lucas, preocupado, murmuró besándola:

—Sin duda la encontrará cuando menos lo espere, ¡ya lo verás! Y ahora, no llores, cariño, no llores más, ¿vale?

Consciente de lo *moñigosa* que la tenía el embarazo, la joven se secó las lágrimas; Juan y Noelia, que estaban a su lado, sonrieron y el primero dijo:

—Tranquilo... Cuando Noelia estaba embarazada de Abril, lloraba hasta con

los anuncios de la tele.

—Fue horrible —se mofó Noelia—. Pero, por suerte, ¡se pasa!

Lucas asintió agobiado, pero, de pronto, Inés se acercó hasta ellos y murmuró excitada:

—Dios..., Dios..., Dios..., acabo de ver a Ryan Gosling.

Para la muchacha, todo aquel mundo de lujo y de glamur era nuevo, y Noelia, que vio que Menchu sonreía, dijo, cogiendo a Inés del brazo:

—Ven..., te lo presentaré.

Lucas, al comprobar que la mujer que adoraba reía al fin, murmuró:

—Así, sí, Gafitas. Verte sonreír es lo mejor.

Menchu asintió.

Sin duda lo mejor para ella era él y, tras darle un beso lleno de amor, cariño y ternura, lo miró a los ojos y susurró:

—Tú sí que eres lo mejor, Gordunflas.

## *Referencias a las canciones*

- *O tú o ninguna*, WEA International Inc., interpretada por Luis Miguel.
- *The Last Time*, Warner Bros., interpretada por Eric Benét.
- *No vaya a ser*, Warner Music Spain, S. L., interpretada por Pablo Alborán.
- *Paranoid*, Gimcastle, Ltd., under exclusive license to Sanctuary Records Group, Ltd., a BMG Company, interpretada por Black Sabbath.
- *Black Magic Woman*, Sony BMG Music Entertainment, interpretada por Carlos Santana.
- *Felices los 4*, Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Maluma.
- *Maria*, Sony Music Entertainment, interpretada por Jim Bryant, Johnny Green y la West Side Story Orchestra.
- *Summer Wind*, Frank Sinatra Enterprises LLC, interpretada por Frank Sinatra.
- *Ribbon in the Sky*, Universal Motown Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Stevie Wonder.
- *Spend My Life with You*, Warner Bros. Records, Inc., interpretada por Eric Benét. (*N. de la e.*)
- *Havana*, Simco Ltd., under exclusive license to Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello y Yount Thug.
- *No me platiques más*, WEA International, Inc., interpretada por Luis Miguel.
- *At Last*, Music World Music/Columbia, interpretada por Beyoncé.
- *Quando, Quando, Quando*, Reprise Records for the U.S. and WEA International Inc. for the world outside the U.S., interpretada por Michael Bublé y Nelly Furtado.
- *Como yo te amé*, Warner Music Group, interpretada por Luis Miguel.

— *You & I*, Mo-B Entertainment, interpretada por Avant y KeKe Wyatt.



Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de treinta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta) y en 2017 resultó ganadora del

Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de novela romántica.

*Pídeme lo que quieras*, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<[www.megan-maxwell.com](http://www.megan-maxwell.com)>.

*¿Y a ti qué te pasa?*  
Megan Maxwell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada: Shutterstock / Eugene

© de la fotografía de la autora: Nines Mínguez

© Megan Maxwell, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.es](http://www.esenciaeditorial.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18297-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)



**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

